

Pauline A. Chen

EL
ENSUEÑO
del
PABELLÓN
ROJO

Una fascinante saga familiar en la China del siglo XVIII,
basada en un clásico de la literatura oriental



MAEVA

Pauline A. Chen

EL
ENSUEÑO
del
PABELLÓN
ROJO

Una fascinante saga familiar en la China del siglo XVIII,
basada en un clásico de la literatura oriental

Traducción:

ÁLVARO ABELLA VILLAR



MAEVA

Índice

Cubierta

Nota de la autora

Personajes principales

Árbol genealógico de la familia Jia

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

Segunda parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

Tercera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

Cuarta parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Quinta Parte

1

2

3

4

Sexta parte

1

2

3

4

5

6

7

Séptima parte

1

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Glosario

Créditos

«Y así, enfrentado a la muerte auténtica y a este nuevo cavilar sobre los hombres, dejé a un lado mis esbozos y mis vacilaciones y me puse a escribir a toda prisa sobre Jack y su jardín.»

V. S. NAIPAUL, *El enigma de la llegada*

Dedicado a la memoria de

BIH-JAU CHEN 6 DE OCTUBRE DE 1939, TAIPÉI, TAIWÁN
10 DE JUNIO DE 2008, PORT JEFFERSON, NUEVA YORK

Nota de la autora

El ensueño del pabellón rojo se inspira en el libro de Cao Xueqin *Sueño en el pabellón rojo*, novela del siglo XVIII reconocida generalmente como la obra de ficción más importante en la tradición literaria china. Sin embargo, la obra maestra de Cao es prácticamente desconocida entre el público occidental, debido quizá a su abrumadora extensión (dos mil quinientas páginas) y al complejo elenco de personajes (más de cuatrocientos). Mi libro, *El ensueño del pabellón rojo*, no pretende permanecer fiel al argumento del original, sino que es una recreación de las vidas interiores y las motivaciones de los tres personajes femeninos principales. En un mundo en el que las mujeres carecían de poder y se veían enfrentadas unas contra otras debido al sistema del concubinato, estos personajes resultan fuertes e inolvidables y establecen unos vínculos entre ellos que trascienden la rivalidad sexual. Además, como a tantos lectores, me obsesionaba la sensación de que la obra estuviese inacabada: el final original de Cao se perdió y, tras la muerte del autor, se añadió un nuevo desenlace escrito por otra mano. Lo que sigue a continuación es mi intento de concluir la historia, al mismo tiempo que rindo un homenaje a esta apreciada obra de arte y la comparto con un público más amplio.

Personajes principales

FAMILIA LIN

DAIYU, hija de un funcionario de Suzhou. MIN, su madre.

RUHAI, su padre.

FAMILIA JIA

BAOYU, consentido heredero de la familia Jia, primo de Daiyu.

ZHENG, su padre.

LA DAMA JIA, su abuela (conocida también como la Anciana Dama).

ZHU, hermano mayor de Baoyu, ya fallecido.

LIAN, primo de Baoyu.

HUAN, medio hermano de Baoyu.

WANG XIFENG, esposa de Lian.

PING'ER, doncella de Wang Xifeng.

«LAS DOS PRIMAVERAS»: TANCHUN, medio hermana de Baoyu, y Xichun, prima de Baoyu.

YUCUN, funcionario prometedor y pariente lejano de la familia Jia.

FAMILIA XUE

SEÑORA XUE, cuñada viuda de Jia Zheng que vive con la familia Jia. BAOCHAI, su hija.

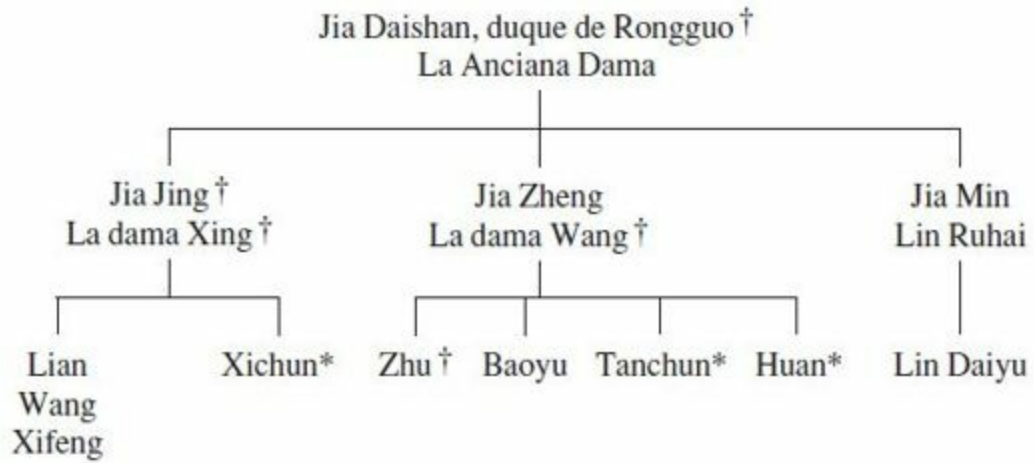
PAN, su disoluto hijo.

JINGUI, esposa de Pan.

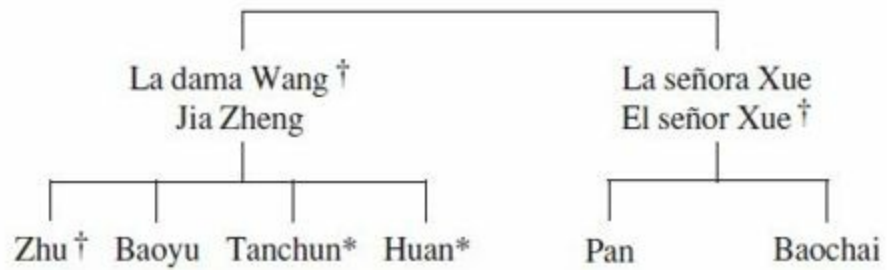
FAMILIA ZHEN

GANSO BLANCO, doncella de la dama Jia. SHIYIN, su hermano.

Árbol genealógico de la familia Jia



Árbol genealógico de la familia Wang



* Hijo de una concubina

† Fallecido antes de comenzar la novela

PRIMERA PARTE



Quinto mes, 1721

En el jardín de los Cinco Sentidos
deja que el placer no conozca límites.

Inscripción en una tablilla del jardín
del palacio Rongguo

Lin Daiyu machaca huesos de albaricoque y semillas de sésamo negro en un mortero de mármol. Rebaña la medicina, la vierte en un bol de sopa de nido de golondrina y la remueve con una cuchara de porcelana. Lleva el bol a la cama de su madre, junto a la ventana. Incorporada sobre las almohadas, la señora Lin sorbe su dosis con una ligera mueca de disgusto. Daiyu observa cada trago, como si con su vigilancia pudiera de algún modo conseguir que la medicina funcionase.

La señora Lin vuelve a recostarse, agotada por el simple acto de beber.

–Daiyu –dice; su voz es un hilillo atiplado.

–Dime.

–Quiero enseñarte algo.

–¿De qué se trata?

–Ve y mira en el fondo de mi viejo baúl.

Daiyu se arrodilla ante el armario y abre el destartado baúl en el que la familia guarda la ropa de invierno. Rebusca bajo las pilas de gruesos pantalones con relleno y chaquetas acolchadas y encuentra un bulto plano envuelto en un paño brocado de color carmesí.

–Sí, eso es. Tráelo aquí.

Los delgados dedos de su madre forcejean con el nudo, y Daiyu se agacha para ayudarle. Dentro hay dos cajas planas. La señora Lin abre una que guarda un collar de oro rojizo con la forma de un dragón enroscado. La otra contiene una diadema adornada con fénix voladores dorados y una cadenita de perlas que sobresale de cada pico.

–Son parte de tu dote, ¿verdad?

La señora Lin parece no oír la pregunta.

–Ayúdame a levantarme –dice.

Daiyu se sube a la cama y recoloca las almohadas para que su madre pueda incorporarse. La señora Lin se pone la diadema sobre su cabello sin peinar.

–Tráeme un espejo.

A regañadientes, Daiyu alcanza uno que hay sobre el tocador. Apoyándose en los cojines, su madre ladea el diminuto espejo de mano de bronce una y otra vez, captando breves reflejos de sí misma sobre la superficie bruñida.

–En aquel tiempo era una damisela muy fina; lo miraba todo por encima del hombro. Fíjate, nunca había tocado, ni mucho menos vestido, telas como estas, hechas por tejedores comunes. –Sus dedos palpan el desgastado material color miel de su túnica–. Todo lo que vestíamos lo cosían los tejedores imperiales de Palacio. ¡Ni siquiera nuestras criadas se ponían estas cosas!

La madre de Daiyu se ríe un poco, como asombrada de la imagen de su propia juventud.

–En aquella época me encantaban las cosas bonitas, y mis padres me malcriaban dándome todo lo que yo quería. A mi hermano mayor, Jing, no le importaba, pero mi segundo hermano, Zheng, siempre se ponía celoso.

Daiyu se sienta a los pies de su madre, contemplando los cambios de expresión en su rostro.

–Recuerdo un Año Nuevo, cuando nuestro abuelo, el primer duque de Rongguo, aún vivía. Nos pidió que escribiéramos, según la tradición, acertijos en verso en los faroles. Cuando leyó lo que

habíamos escrito los tres, dijo que era una pena que yo no hubiera nacido varón, porque seguro que habría traído la gloria para los Jia si se me hubiera permitido participar en los exámenes para el funcionariado.

Daiyu asiente. La señora Lin adoraba la poesía y enseñó a su hija las reglas del metro y la rima en cuanto aprendió a leer.

—Así las cosas, mi hermano Zheng tuvo que presentarse a los exámenes no sé cuántas veces hasta que aprobó. Tu padre los pasó a la primera, por supuesto. Sin embargo, al final, a Zheng no le fue nada mal. —Daiyu advierte un tono sarcástico en la voz de su madre—. Subsecretario en el Ministerio de Obras Públicas. Zheng siempre fue muy laborioso.

—¿Y tu hermano mayor?

—Jing nunca aprobó. Lo único que hizo fue malgastar el dinero de nuestro padre en concubinas y apuestas. —La sonrisa nostálgica se borra del rostro de la señora Lin, y su gesto se torna sombrío. Devuelve el espejo a Daiyu y se quita la diadema de la cabeza—. Y ahora Zheng es el único de nosotros que sigue vivo, en el palacio Rongguo, con mi madre.

—¿Tengo primos allí? —pregunta Daiyu.

—Bueno, está el famoso Baoyu, por supuesto.

—¿Por qué es famoso?

—¿No te he hablado de él? —Las delicadas cejas de su madre se arquean en un gesto de sorpresa—. Es el hijo de mi hermano Zheng. Fue el que nació con el jade en la boca. Por eso tu abuela le puso de nombre Baoyu, que significa «jade precioso».

—¿Cómo puede nacer una persona con un jade en la boca?

—¿Quién sabe? —La señora Lin se encoge de hombros—. Solo sé que mi madre, tu abuela, cree que es un milagro, y lo mima hasta la exageración. La madre de Baoyu murió cuando él apenas tenía doce o trece años, y por lo que he oído se ha convertido en un niño raro y problemático. Se fuga de la escuela un día sí y otro también, y se pasa el día con sus primas rondando por los aposentos de las mujeres en lugar de estudiar.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta Daiyu.

—Dieciocho, más que suficientes para presentarse a los exámenes. Tu otro primo, Lian, tiene más de veinticinco, pero hace años que perdieron la esperanza de que aprobara. Es el hijo de mi hermano mayor. De tal palo, tal astilla, supongo. No sé qué van a hacer los Jia para preservar su prestigio si no tienen más hijos que entren en el funcionariado. Si mi sobrino Baoyu no aprueba... —La señora Lin hace una pausa, tose y luego se recuesta en las almohadas con los ojos cerrados, intentando recobrar el aliento—. Ayúdame a tumbarme.

Daiyu se encarama a la cama y coloca con cuidado a su madre en posición horizontal. Le seca los labios.

Después de que su respiración se haya ralentizado, la señora Lin dice, todavía con los ojos cerrados:

—Tendrás que irte a vivir con ellos..., ya sabes..., después de que me muera.

—No vas a morirte —se apresura a decir Daiyu, pero incluso ella misma nota la falta de convicción en su voz.

—Sí que voy a hacerlo. Y cuando eso suceda, tendrás que irte con los Jia.

—Me quedaré con padre.

—No. Quiero que vayas a la Capital.

–¿Por qué? –Daiyu comienza a llorar.

–Allí podrás encontrar un buen partido, alguien que pertenezca a una familia importante. Los Jia se encargarán de ello.

–¿Y eso qué importa? –Daiyu sigue sollozando—. Tu matrimonio no fue de esos.

Aunque el padre de Daiyu proviene de una familia antigua y culta, era el único descendiente de un padre sin hermanos, y ahora solo los miembros lejanos del clan, a los que ella jamás ha conocido, siguen con vida.

–¿Por qué no puedo quedarme aquí? –insiste Daiyu.

Su madre guarda silencio durante un rato largo y contempla el techo. Finalmente, dice:

–Cuando yo era joven, creía que nada importaba mientras estuviese junto a tu padre. Ahora, desde mi enfermedad, he comprendido lo duro que es no tener familia. –Sus ojos se dirigen hacia Daiyu, quien advierte que están llenos de lágrimas—. Me preocupa lo que te pueda suceder cuando yo no esté. No quiero que tengas que luchar como yo...

Sus palabras llenan a Daiyu de algo similar al pánico.

–Pero... has sido feliz con padre, ¿no?

La señora Lin no responde. Sus ojos pasan de Daiyu a la diadema que reposa sobre el tocador.

–No deberíamos haberte educado así.

–Así ¿cómo?

–Tan apartada de los demás. No has conocido a gente de tu edad o condición. –Vuelve a mirar a Daiyu, y sus ojos resultan casi desafiantes—. Bueno, tendrás que aprender a congeniar con otra gente en Rongguo. Deberás aprender a pensar antes de hablar. –Tiende la mano y Daiyu la toma; los dedos de su madre están muy fríos—. Aun así, no debes dejar que te intimiden. Eres lo bastante fuerte como para hacerles frente.

Daiyu quiere hacer más preguntas, pero su madre empieza a toser de nuevo. Esta vez lo hace con tanta fuerza y durante tanto tiempo que Daiyu corre a traer una escupidera. La señora Lin escupe una flema enrojecida con sangre. Cuando finalmente deja de toser, Daiyu no dice nada más; se limita a meterse a su lado en la cama. Advierte lo pequeña y frágil que se ha vuelto su madre en los últimos seis meses; sus miembros son como ramitas que salen de su cuerpo fuerte y cálido. Aun así, su mente se encoge solo de pensar en un futuro sin ella. Hunde su cara un poco más en la curva del cuello de su madre y aspira buscando el último aroma que queda de su piel, con el que aún no han podido la medicina ni la enfermedad.



Hacia el final de los cuarenta y nueve días de luto, un hombre extraño se presenta en el templo en el que Daiyu y su padre velan el ataúd de su madre. Como ellos, lleva una túnica de luto de cáñamo sin teñir. El padre de Daiyu mira al hombre sin reconocerlo. Luego se pone en pie de un salto, soltando una exclamación.

–¡Vaya sorpresa! Eres Zheng, ¿no es así?

–Ruhai, viejo amigo, ¡cuánto tiempo!

Daiyu se levanta del suelo, sorprendida ante la inesperada visita de su tío. Busca en su rostro

preocupado y su figura achaparrada algo que le recuerde a su madre. El único parecido que puede encontrar son los ojos: una leve pesadez en los párpados que confiere a su tío el mismo aspecto soñador y ligeramente adormecido de su madre, y de la propia Daiyu.

El padre de Daiyu intenta inclinarse en un *koutou*, el saludo de respeto en el que se toca el suelo con la frente, pero su cuñado lo retiene agarrándolo por los codos.

–Partí en cuanto recibí su carta –dice Zheng–. ¿Cuándo murió?

–Hace más de un mes.

Los ojos de Zheng comienzan a humedecerse.

–Probablemente justo después de enviarme la carta. ¿Sufrió al final?

–No demasiado. Fue más rápido de lo que esperábamos.

Daiyu se gira para ocultar sus lágrimas. Su padre logra controlarse y estrecha la mano de su tío.

–Me alegro de que hayas venido. ¿Te quedarás el resto del duelo?

–Me temo que no puedo. Tengo unos asuntos que resolver en Nanjing. Mi barcaza me está esperando en el muelle.

–¿Vendrás a cenar al menos?

–Sí, por supuesto.

El resto del día, Zheng permanece en el templo con ellos, arrodillado ante la tablilla del espíritu. A lo largo de las últimas seis semanas, Daiyu y su padre han acudido al templo cada mañana, unidos por los rituales del duelo y los preparativos del funeral que marcan sus días. Ahora, la presencia del tío de Daiyu interrumpe esa compenetración silenciosa y hace que ella se sienta cohibida. Observa cómo su tío se limpia el torrente de lágrimas que cae de sus ojos; le resulta chocante que un extraño comparta su dolor.

Antes de la cena, su padre acompaña al tío Zheng a su barcaza. De regreso a la cocina, en su casa de la calle de la Calabaza, Daiyu se entretiene con sus tareas diarias. Prepara el fuego, lava el arroz y corta las verduras. El mango de madera del cuchillo, moldeado por años de uso, encaja sin esfuerzo en su mano, y sus ojos se tranquilizan ante la familiaridad de la estancia: los platos azules y blancos, la imagen desgastada del Dios de la cocina en la pared, el sonido de las voces de los vecinos que se cuele por la ventana abierta. Advierte que el cubo está casi vacío y se dirige al pozo a sacar agua. Ha llovido a primera hora de la tarde, uno de esos chaparrones de finales de verano, y los puentes y canales de piedra están oscuros y sucios. El ambiente se ve tan cargado que parece que la más mínima perturbación podría traer de nuevo la lluvia. Los caminos se encuentran casi vacíos a esa hora del día, pero al otro lado del canal una mujer se encorva junto al agua con una cesta de ropas de invierno. El sonido apagado de la pala de madera golpeando la colada recuerda a Daiyu que, a pesar del calor, el verano está llegando a su fin.

Cuando regresa con sigilo a la cocina, escucha voces en la sala.

–Daiyu, ¿eres tú? –llama su padre.

Daiyu se sorprende al ver a dos mujeres altas y elegantemente vestidas cerca de la puerta principal. Recuerda las palabras de su madre acerca de que ni siquiera las criadas en Rongguo vestían sedas ordinarias.

–Quiero presentarte a ama Li y ama Ma –dice el tío Zheng mientras se levanta de su silla–. Cuidarán de ti en tu viaje hacia el norte.

–¿Al norte? –Daiyu menea la cabeza. Retrocede instintivamente, apartándose de las mujeres–. No voy a ir al norte.

–Min escribió diciendo que ibas a venir. En Rongguo todos están haciendo preparativos para tu llegada. –Zheng sonríe, agachando la cabeza y frotándose las manos–. Te gustará aquello. Tendrás muchas primas con las que jugar. Hay otra chica que vive con nosotros también, Baochai. Es la hija de la señora Xue, mi cuñada. Tiene dieciocho años, solo uno más que tú.

–Yo no juego –dice Daiyu, molesta por que le hable como a una niña.

Ignorando la interrupción, su tío continúa:

–Y Wang Xifeng, la esposa de tu primo Lian, cuidará de ti. Solo tiene veintitrés años, pero dirige la casa como un pequeño general.

Daiyu mira a su padre en busca de apoyo, pero, para su sorpresa, este asiente como si estuviera de acuerdo con Zheng.

–¡No pienso ir!

Susurrando una disculpa a Zheng, su padre la saca por la cocina a la escalera de atrás para que puedan hablar en privado.

–No puedo dejarte aquí solo –dice ella.

–Antes de morir, tu madre me hizo prometer que irías al norte para vivir con su familia.

Daiyu siente un arrebató de ira, como si sus padres hubieran estado conspirando en su contra.

–Pero ¿qué pasará contigo? No puedes quedarte aquí solo.

La imagen de su padre comiendo sin compañía cada tarde se impone a su propio dolor.

–Por supuesto que puedo. Le diré a nuestra vecina, la anciana Liu, que cocine y limpie para mí. Estaré bien.

–Pero...

–Debes irte. Es lo que deseaba tu madre.

Daiyu percibe la vehemencia en la voz de su padre. Lo mira bajo la luz que se filtra por los paneles de papel de la ventana de la cocina. Su rostro parece cansado y un tanto irritado. Está demasiado agotado como para discutir con ella.

–No es más que una visita –dice.

–¿Cuánto tiempo tengo que estar allí?

–Solo unos meses. Podrás regresar a tiempo para Año Nuevo.

Daiyu echa cuentas rápidamente. Ahora es el séptimo mes. Para estar de regreso en Año Nuevo, tendrá que partir de la Capital a finales del undécimo mes.

Así fue como se decidió que Daiyu viajaría al norte con la familia de su madre.

Wang Xifeng, la esposa de Jia Lian, abre los ojos. La luz grisácea del alba ya se filtra por las ventanas, y ella puede oír el canto de un tordo en algún punto del patio. Permanece tumbada, escuchando. Solo ahora, a primera hora de la mañana, cuando el palacio Rongguo está en silencio, le resulta posible oír el ruido de la calle desde allí, en los aposentos de las mujeres. Distingue el murmullo remoto del tráfico, los rebuznos de los asnos y el ruidoso cacareo de los gallos, todos los fascinantes sonidos de la ciudad que en tan contadas ocasiones puede percibir, enjaulada en los cuartos interiores con las otras mujeres de la familia Jia.

Lian sigue roncando a su lado; un hilillo de saliva le cae desde la comisura de la boca abierta hasta formar una mancha oscura y húmeda sobre la almohada carmesí. Con cautela, Xifeng levanta el brazo de su marido, extendido despreocupadamente sobre sus pechos desnudos, y se libera de su peso. Girando sobre sí misma, se baja del *kang*, la gran estructura de ladrillos sobre la que reposa el lecho, y busca a tientas sus zapatillas con los pies descalzos; siente la ligera viscosidad del semen de Lian entre sus piernas. Sus zapatillas no están en su sitio. Manteniendo el equilibrio sobre un pie en el suelo frío, alcanza una bata. Sale sin hacer ruido a la sala principal. Su doncella Ping'er ya está levantada, sentada en cuclillas ante la estufa para atizar el fuego.

—Tráeme agua templada—dice Xifeng, e indica la zona entre sus piernas con un gesto de disgusto—. Y encuéntrame las zapatillas, ¿quieres?

La sirvienta asiente mientras una expresión de piadosa comprensión se extiende por su cara de mejillas rosadas. Derrama un chorro de agua humeante de la tetera en una palangana, usa una calabaza hueca para añadir agua fría del cubo del pozo y le lleva la palangana a Xifeng. Le ofrece a su señora un paño y jabón, pero aparta la mirada mientras esta se pone en cuclillas sobre el agua y se lava. Una vez que se ha secado, la doncella le entrega las ropas que su ama ha dispuesto la noche anterior: la ropa interior de una seda tan fina que se pega a su piel húmeda, la enagua turquesa de crepé de seda importada con bordados de flores. Se abotona los alamares del ajustado corpiño de su vestido de brocado rojo, estampado con mariposas en hilo de oro en relieve. Aunque ha vestido prendas como esa toda su vida, todavía siente un escalofrío de placer bajo el peso del grueso damasco sobre su piel.

Luego se sienta frente a su tocador y Ping'er, como lleva haciendo desde que las dos eran niñas en el palacio de su familia, en Chang'an, comienza a peinarla. Cuando la prometieron en matrimonio a Lian, más de tres años atrás, su madre, preocupada por lo lejos que iba a vivir, envió a cuatro doncellas para que la acompañaran a la Capital. De ellas, solo quedaba Ping'er. Una enfermó y murió, y Xifeng casó a las otras dos en cuanto cumplieron veinte años. Al igual que ella, la doncella tiene veintitrés años, pero Xifeng preferiría cortarse un brazo antes que prescindir de su servicio.

Ping'er suelta el cabello de Xifeng del recogido con el que ha dormido. Luego lo reúne, como si fuera una madeja de seda, y comienza a peinarlo, tomándolo en su mano entre cada pasada del peine. Cuando finalmente las púas se deslizan por el cabello sin la menor resistencia, la doncella saca un puñado de pasadores.

—Hoy se entregan las pagas, ¿te has acordado?—pregunta Xifeng, mirando a Ping'er en el gran espejo montado sobre el tocador. Desde el mismo momento en que su suegra, la dama Xing, murió

hace ya tres años, Xifeng se ha encargado de administrar la casa.

–Mmm –masculla la doncella. Se ha puesto los pasadores entre los labios y los va colocando uno a uno, mientras recoge el cabello de Xifeng en un moño. Indica con el mentón los paquetes envueltos en paño dispuestos en orden en una mesilla auxiliar, y Xifeng los cuenta para asegurarse de que están todos: dos grandes para los apartamentos del heredero de los Jia, Baoyu, y su abuela, la dama Jia; dos más pequeños para las Dos Primaveras; y luego tres más pequeños aún: uno para tía Zhao, la concubina de tío Zheng, y dos para Baochai, la hija de la familia Xue, y su madre, la señora Xue. La señora Xue es, por supuesto, lo bastante rica como para pagar los sueldos de sus sirvientas y las de su hija Baochai. Las pagas que reciben ellas, meramente simbólicas, tienen la finalidad de mostrar que están en Rongguo como invitadas de honor y, por lo tanto, se las considera como parte de la casa.

–Encárgate de que las pagas se entreguen esta mañana –dice Xifeng–. Y ¿te has enterado? Anoche vino un mensajero del tío Zheng. Su embarcación se encuentra a solo veinte *li* de la Capital. Él y la señorita Daiyu estarán aquí esta tarde. Ten una habitación preparada.

–¿Cuál?

–¿Qué tal ese pequeño cuarto detrás de los aposentos de la dama Jia?

Xifeng reclina la espalda y se mira en el espejo. Prende un tirabuzón suelto con un alfiler con forma de martín pescador azul turquesa y luego toma la caja de marfil tallado donde guarda la crema facial. Con dedos expertos, la extiende por su rostro, esmerándose en los párpados y los pliegues bajo la nariz, antes de empolvase toda la cara con una fina capa de polvos con aroma de jazmín. Después estira el extremo de su párpado con el dedo índice izquierdo y comienza a pintarse la raya del ojo con pinceladas firmes y seguras. Es consciente de que la forma de sus ojos, más que cualquier otro rasgo, es lo que distingue su rostro y le confiere su fama de mujer hermosa. Son redondeados en el extremo interior, pero alargados y afilados cerca de las sienas; como una lágrima, o un renacuajo: «ojos de fénix», los llaman. Ahora que ya es una matrona y se le permite llevar maquillaje pesado, ella acentúa su forma y se los pinta atrevidamente con kohl, extendiendo sus ángulos externos en largas puntas que llegan casi hasta las sienas.

La doncella reaparece tras ella. Sostiene una taza humeante de la medicina que el doctor Wang recetó a Xifeng para ayudarle a concebir.

–Pero si solo hace una semana que he tenido el periodo.

–No le hará daño empezar a tomarla pronto, sobre todo ya que usted y él..., ya sabe..., anoche.

–Oh, está bien.

Xifeng comienza a sorberla. Cuando se ha bebido la mitad, el reloj de pared suena seis veces. El desayuno se sirve a las siete, pero si la mesa no está lista para cuando la Anciana Dama salga de su dormitorio, le echarán la culpa a Xifeng. Apura el resto del amargo brebaje de un trago y corre hacia la puerta.

–Espere. Coma un poco –dice Ping'er, interceptándola con un tazón de gachas de arroz–. No quema.

–No tengo tiempo –dice Xifeng, y lo aparta con un gesto de la mano.

La doncella le corta el paso.

–El doctor Wang dijo que debe usted cuidarse más. No puede pasarse horas con el estómago vacío. No me extraña que perdiera el bebé la última vez...

Para evitar que la doncella siga hablando, Xifeng agarra la taza. Un gemido somnoliento se oye en el dormitorio. Lian debe de estar despertándose.

–Iré a ver qué quiere –se ofrece la doncella, apresurándose por el vestíbulo.

Después de tomar medio tazón, Xifeng se fija en que ningún sonido sale del dormitorio. Aunque sabe que debería ir a ver a la dama Jia, se cuela con sigilo por el vestíbulo y corre la cortina que hace de puerta. La doncella está en pie al lado de Lian, que sigue tumbado cerca del borde del *kang*. Su marido sonrío y estira un brazo vigoroso y moreno para agarrarla de la mano, como si quisiera atraerla hacia la cama. Ping'er se sonroja y se aparta, con una risita nerviosa. Xifeng repara de repente en lo hermosa que es su doncella, con esa coleta lustrosa y negra que cae por su espalda, su piel clara resaltada por su túnica de color albaricoque.

–Disculpad que os interrumpa –dice Xifeng con una voz crispada que apenas puede reconocer como propia.

Lian y Ping'er se separan bruscamente; la doncella le muestra un rostro afligido a su dueña.

–Las cochinas que te traigas entre manos cuando yo no estoy no son asunto mío –le dice a Ping'er–. Pero deberías tener cuidado, o este te pegará alguna enfermedad asquerosa que haya agarrado en cualquier prostíbulo.

–¡Cállate! –ordena Lian amenazante, pero, por supuesto, no se le ocurre ninguna réplica. ¿Qué podría decir? A fin de cuentas, lo que ella dice es cierto. Tres meses después de su boda, Lian empezó a pasar noches enteras fuera de casa.

Lian se levanta de la cama alzando la mano. Aunque nunca le ha pegado, Xifeng retrocede instintivamente hacia la puerta. Luego él deja caer el brazo, con aspecto sombrío y derrotado.

–No es lo que... –comienza a decir.

–No quiero oírlo –dice Xifeng, y luego da media vuelta para ir a ver a la dama Jia.

–¿Qué le parece? –pregunta Oriole.

Baochai, la hija de la señora Xue, la cuñada viuda de Zheng, mira su reflejo en el gran espejo, intentando ocultar su desagrado. Oriole le había asegurado que un peinado a la última le favorecería mucho más, pero los dos pesados moños a ambos lados de la cabeza hacen que su rostro parezca más ancho y plano que nunca. Sus ojos pequeños y de párpados sencillos, carentes de cualquier expresividad, la contemplan desde el espejo. Aparta la vista de su reflejo.

–¿No le gusta? –pregunta la doncella–. También puedo peinar el flequillo hacia arriba y...

–Hazlo como siempre. Tengo prisa. Mi madre tenía migrañas anoche y debo ir a ver cómo está – dice Baochai con brusquedad.

Espera con impaciencia mientras Oriole rehace su pelo. Siempre sucede lo mismo cada vez que prueba un vestido o peinado nuevo. La transformación prometida nunca llega, y ella se ve forzada, una vez más, a afrontar el desengaño de su aspecto: la extensión plana e insípida de su cara, la figura robusta, casi de matrona... Y eso que todavía no ha cumplido diecinueve años.

Cuando Oriole termina, Baochai sale apresuradamente de sus aposentos y cruza el jardín para ver a su madre. Igual que Baoyu, el heredero de la familia Jia, y que sus primas solteras en Rongguo, Baochai vive en una de las dependencias que rodean el lago del jardín, mientras que las matronas –su madre, la Anciana Dama, Xifeng– ocupan viviendas más imponentes y formales en la parte delantera de los cuartos interiores. Bordeando la orilla inferior del lago, recorre el camino hasta los aposentos de su madre y se dirige directamente al dormitorio. Encuentra a la señora Xue sentada al tocador mientras Puesta de Sol, su doncella, la peina. Su madre tiene unas grandes bolsas bajo los ojos.

–¿No te encuentras mejor? –pregunta Baochai.

La señora Xue sacude la cabeza, llevándose una mano a la sien.

–He pasado una mala noche. No encuentro mis pastillas. ¿Sabes dónde las he puesto?

–Quizá las olvidaste en los aposentos de la Anciana Dama cuando cenaste allí anoche. ¿Quieres que vaya a ver?

Baochai se dirige apresuradamente al apartamento principal de los cuartos interiores, ocupado por la dama Jia. Cuando atraviesa el pequeño recibidor y entra en el gran patio, ve a Jia Huan molestando con una pajita a una cacatúa de una de las jaulas que cuelgan a lo largo de la galería. Ella intenta pasar inadvertida. Huan es el medio hermano de Baoyu que tío Zheng tuvo con su concubina tía Zhao. Aunque ya casi ha cumplido diecisiete años, Huan no ha superado su debilidad por torturar a su hermana y a sus primas.

El muchacho se percata de su presencia y pregunta:

–¿Qué haces por aquí tan temprano?

–He venido a buscar las pastillas de mi madre. ¿Por qué no me ayudas?

Él entra tras Baochai en la sala principal de la Anciana Dama, vacía a esas horas. Ella se sube al *kang* y rebusca bajo almohadas y cojines.

Un instante después, Huan, al otro lado del *kang*, le enseña una bolsita de cordones bordada.

–¿Es esto?

–Sí –dice ella, aliviada. Se acerca a gatas, extendiendo la mano–. Gracias.

–¿Qué me darás a cambio? –pregunta él, y se guarda la bolsa tras la espalda.

La joven detesta que Huan siempre intente aprovecharse de las debilidades ajenas. Observa el mentón hundido del muchacho y sus ojos de roedor, tan distintos de los de Baoyu. Está empezando a enervarse, pero dice con cortesía:

–Por favor, Huan. Mi madre tiene migrañas.

–Más motivo para que aceptes darme algo a cambio.

–Vamos, Huan –insiste ella, más brusca.

Baochai siempre hace un esfuerzo especial por ser amable con él, por mostrar que no le echa en cara sus orígenes, pero hoy no tiene paciencia para sus bromas.

Baoyu, el hijo de Zheng, entra con su andar ligero. Huan intenta ocultar la bolsa en su manga.

Comprendiendo la situación de un solo vistazo, Baoyu extiende la mano y dice:

–Dámelo a mí, Huan.

–¿Por qué tendría que hacerlo?

–Porque si no lo haces, te obligaré.

Baoyu probablemente le saca seis o siete *jins* a Huan, y es tan ágil como torpe Huan.

Tras un instante, su hermanastro lanza la bolsa a Baoyu y abandona la estancia con un gesto altanero.

Baochai intenta ocultar el torrente de placer que la invade por el hecho de quedarse a solas con Baoyu. Se fija en que, al contrario que Huan, viste ropas de estar por casa: una bata azul un poco desgastada y unas sandalias rojas de suela gruesa en lugar de botas.

–¿Hoy no vas a la escuela? –pregunta ella.

–Le pedí a la Anciana Dama que me dejara quedarme en casa para poder dar la bienvenida a nuestra nueva prima.

–Huan sí que va a ir.

Baoyu la mira con una expresión que dice claramente que si Huan es tan estúpido como para no ser capaz de librarse de la escuela, no es culpa suya. Se sube al *kang* para darle la bolsa.

–Gracias.

Baochai estira la mano, pero justo cuando está a punto de alcanzar la bolsa, él se la lleva a la espalda.

–¡No empieces tú ahora! –dice la joven entre risas.

Los brillantes ojos negros de Baoyu están encendidos de malicia.

Baochai se lanza sobre él. Con rapidez, Baoyu cambia la bolsa a la otra mano. Ella intenta agarrarla desde el otro lado y él vuelve a cambiarla. Durante el forcejeo por hacerse con la bolsa, a veces ella roza una mano o el hombro con el pecho del muchacho. Ese tipo de contacto, incluso entre primos, es muy indecoroso. Baochai mira nerviosa hacia la puerta para asegurarse de que no viene nadie. Se abalanza de nuevo, riéndose y sin aliento, cada vez con más frenesí. Finalmente, en lugar de esquivarla, Baoyu deja que se choque de pleno contra su pecho y la rodea con sus brazos.

La joven no puede respirar. Nota un rubor ardiente que sube por su cara y baja la mirada. Siente los brazos de su primo a su alrededor, su pecho contra el suyo. Sabe que debería apartarlo de un empujón. Lo conoce desde que ella y su madre iban de visita desde Nanjing cuando era pequeña. Pero cuando ella y su madre se mudaron definitivamente a la Capital, el año anterior, Baoyu ya no era el chico travieso de ojos brillantes que ella recordaba. Se había vuelto tan guapo que le hacía perder el aliento.

–Suéltame –protesta, pero él la aprieta más fuerte–. Dame la bolsa.

Alza la vista hacia Baoyu con timidez. Su rostro, con esos ojos intensos y sonrientes, apenas está a unos centímetros del suyo.

–¿Qué me darás a cambio? –susurra Baoyu.

–¡Eres igual de malo que Huan!

–¿Qué me darás a cambio? –repite.

–Nada –responde la joven con un susurro.

Baoyu la aprieta más fuerte y baja la cabeza. ¿Va a besarla?

Se oye ruido de pasos por la galería, al otro lado de la cortina. Se separan dando un respingo.

Entra Xifeng, y Baochai advierte en sus ojos brillantes y burlones que ha adivinado –si no visto– lo que estaba sucediendo.

–Vaya, Baoyu, ¿qué estabas haciendo para que tu prima se sonroje de ese modo? –dice Xifeng, a la vez que se agacha para abrir el pesado *tansu* del rincón. Empieza a sacar los cucharones de plata y los fardos de palillos de marfil para servir el desayuno. La joven Baochai siempre ha temido la lengua afilada de Xifeng, conocida en toda la casa. Hoy, además, capta un tono de malicia especial.

Por fin, el muchacho le devuelve la bolsa a Baochai. Sin atreverse a mirarlo en presencia de Xifeng, la joven se marcha precipitadamente. Está a medio camino de los aposentos de su madre e intenta recuperar la compostura. Más allá de la vergüenza debida a que Xifeng la haya pillado en tal aprieto, siente una euforia desconocida. Baoyu siempre ha sido simpático y encantador con ella, pero esta ha sido la primera vez que ha mostrado que podría sentir algo más que el afecto propio entre primos. Nota que vuelve a sonrojarse al recordar cómo la ha estrechado y mirado. Cuando Baochai era un bebé, su madre bromeaba con su hermana, la madre de Baoyu, y decía que deberían concertar un matrimonio entre Baochai y Baoyu, que era solo seis meses más joven que ella. Cada vez que Baochai escuchaba esa historia se deleitaba en secreto y esperaba que se hiciera realidad. Sin embargo, aunque es consciente de que su linaje y fortuna la convierten en un excelente partido, nunca ha osado albergar la esperanza de poder atraer la atención del heredero Baoyu.

Cuando entra en la habitación de su madre con las pastillas, se detiene en seco al ver a su hermano mayor, Xue Pan, repantingado al borde del *kang*.

–¿Qué ocurre? –pregunta Baochai, dirigiendo muy despacio la mirada primero hacia su madre, cuyo peinado está todavía a medio hacer, y luego hacia su hermano, que parece azorado.

Su madre rechaza las pastillas, sin dejar de observar a Pan.

–Adelante. Cuéntale a tu hermana el lío en el que nos has metido esta vez.

–Mamá, no. No es para tanto... –protesta Pan.

Baochai lo interrumpe:

–Deja que mamá se tome una de sus pastillas antes de que sigamos hablando.

Mientras la señora Xue se traga la medicina, Baochai recupera la compostura.

–Vamos, ¿por qué no me cuentas lo que ha pasado, Pan?

–Hace dos días compré a una chica muy bonita, de apenas dieciséis años, en el mercado de esclavos. Pagué trescientos taeles, y ordené que la enviaran a mi casa esa misma noche. –A medida que habla, Pan comienza a adoptar un tono ofendido–. Solo una hora más tarde, un hombre llamado Zhang Hua se presentó asegurando que él ya la había comprado antes y que no se la había llevado a casa porque estaba preparando una boda para el día siguiente. Hubo una pelea. –Evitando la mirada de Baochai, Pan admite que Zhang recibió una buena tunda–. Y ahora, esta mañana a primera hora, la

familia de Zhang ha acudido al magistrado para pedir que abran diligencias por asalto con agresión.

—¿Le hiciste mucho daño?

—Te he dicho que no fui yo. Fueron los pajes.

—Aun así, estaban bajo tus órdenes. ¿Le hicisteis mucho daño?

Pan baja la vista.

—Le saltaron dos dientes, y creo que puede tener un brazo roto...

Baochai pierde la compostura.

—¡Un brazo roto! ¿Cómo puedes estar ahí diciéndome...? —No termina la frase y respira hondo—.

Tienes que enviar a la chica a casa de Zhang...

—¿Qué quiere él de ella? Está herido. Ni siquiera he tenido oportunidad de tocarla...

—Mucho mejor. ¿No comprendes que tienes que demostrar que te arrepientes de lo sucedido?

—Pero no quiero renunciar a ella.

—¡Puedes encontrar a otra chica fácilmente! No merece la pena tener tantos problemas por encapricharte con esta.

—Me quedaré a la chica y le daré dinero.

—Ya es tarde para eso. Han acudido al magistrado; si abren diligencias, ¡podrías acabar en la cárcel en cualquier momento!

Pan parece asustado, como si no se le hubiera ocurrido.

—De acuerdo —dice enfurruñado.

—Y además —continúa su hermana—, tienes que enviarle dinero, diciendo que es para los gastos médicos de Zhang. A todo esto, ¿qué clase de hombre es?

—Es hijo de un pequeño terrateniente, creo.

Pan lo dice con desdén, pero su hermana se alarma. Como terrateniente, es posible que Zhang tenga estudios y posea recursos financieros importantes.

—Si se trata de gente culta, no podemos intentar engatusarlos con una cantidad simbólica y esperar que se conformen. —Mira a su madre, mordiéndose el labio—. ¿Cuánto deberíamos mandarles, entonces? ¿Trescientos?

Su madre reflexiona durante un momento, luego asiente.

—No podemos permitirnos no ser generosos.

—Que sean cuatrocientos, para estar seguros. —Baochai se vuelve hacia su hermano—. Vete a casa y ocúpate de esto ahora mismo. No quiero volver a verte hasta que hayas devuelto a la chica y enviado el dinero.

Pan parece escarmentado y un poco asustado, como si por fin hubiera comprendido la gravedad del asunto. Cuando se marcha, Baochai siente la mirada de su madre fija en ella, pero ninguna de las dos dice nada. Están demasiado acostumbradas al carácter impulsivo y al temperamento incontrolable de Pan. Desde que lo expulsaron de la escuela a los diez años debido a una pelea, un tutor lo educa en casa. Era tan torpe para los estudios que, a pesar de todas las palizas que le propinaba su padre, nunca hubo ninguna esperanza de que aprobara los exámenes. Siete años después, cuando el señor Xue murió y Pan heredó su cargo de proveedor de la corte imperial, se dio a la bebida, a las peleas de gallos, al juego y a perseguir mujeres, sin pensar para nada en el futuro. De hecho, fueron las salvajadas de su hijo Pan las que obligaron a los Xue a marcharse de Nanjing año y medio atrás y viajar al norte para refugiarse junto a la familia Jia, quienes a fin de cuentas solo eran parientes por matrimonio. A pesar de todo, Baochai tenía a su hermano por alguien loco y

carente de autocontrol, pero nunca violento.

La señora Xue, rompiendo el silencio, parece poner palabras a los pensamientos de su hija:

–No sé por qué, pero nunca pensé que Pan acabaría haciendo daño a alguien.

De repente, a Baochai le sorprende ver lo mayor que parece su madre.

–Tal vez se dejó llevar –dice, intentando quitarle peso al asunto.

–Siempre se deja llevar. Pero puede que hasta él sienta que ha ido demasiado lejos esta vez y, por fin, aprenda una lección.

La señora Xue se interrumpe cuando Ganso Blanco, la doncella personal de la dama Jia, entra en la estancia.

–La dama Jia me envía para anunciarles que se va a servir el desayuno.

–Oh, sí. Ahora mismo vamos.

Baochai ayuda a su madre a incorporarse. Con una gran sonrisa, trata de ocultar su preocupación ante la posibilidad de que Ganso Blanco haya escuchado su conversación.

Incluso antes de que Daiyu descienda de la barcaza y pose el pie en el muelle del Gran Canal, el viento caliente la golpea: seco y polvoriento, lleno de gravilla y arena proveniente del desierto de Gobi, a más de cien *li* al norte de la Capital. Hasta el sol tiene un aspecto diferente, deslumbrante y amarillo, sin que las sombras o la vegetación difuminen su luz. Entrecerrando los ojos, ve a una docena de sirvientes con palanquines y un carro esperando su llegada en el muelle. Se pregunta cuánto tiempo llevarán aguardando ahí, bajo el ardiente sol de la tarde. Estira el cuello y ve la Capital a lo lejos, sus puertas fortificadas y las torres alzándose hacia el cielo, las murallas extendiéndose hasta donde alcanza la vista. Por encima de la ciudad permanece suspendida una nube de color negro claro, como una mancha en el cielo.

Apenas ha tomado asiento junto a tío Zheng, los porteadores se echan el palanquín a los hombros y parten a paso ligero. Se agarra a la repisa de la ventanilla, apretando su nariz contra la cortina de gasa. No hay nada que ver allí, solo unos pocos edificios de gran tamaño que parecen almacenes y un batiburrillo de casas desvencijadas a lo largo de las orillas del canal. Sin embargo, mientras el palanquín cruza el espacio polvoriento y vacío que precede a las murallas de la ciudad, Daiyu percibe una peste desconocida, compuesta de una mezcla de humo de carbón, aceite de cocina, estiércol y basura putrefacta que se cuece bajo el calor de finales del verano. Pasan junto a una puerta enorme, flanqueada por varias docenas de guardias uniformados, cuyos muros tienen más de cinco pasos de grosor.

Una vez que la atraviesan están en el interior de la ciudad, y su vehículo se ve rodeado por una multitud agitada de tráfico humano y animal. Hay palanquines, carros tirados por bueyes y burros, vendedores ambulantes que mantienen en equilibrio sus mercancías en yugos de madera sobre los hombros... Las amplias avenidas, tan distintas a Suzhou, están dispuestas en ángulos rectos, como un tablero de ajedrez. Sus oídos se llenan con el chirrido escalofriante de la piedra de un afilador de cuchillos, el sonido metálico y los borbotos de los cazos de cocina, el roce de ruedas y el tintineo de arneses, y, por encima de todo, con el clamor de cien voces alzándose en discusiones, regateos y chismorreos. El dialecto del norte, con sus guturales estridentes y chillonas, rechina en sus oídos. Como una niña que aprende a hablar, repite en silencio los nuevos sonidos, probando con sus dientes y lengua las extrañas posiciones.

Cuando el palanquín ralentiza la marcha para dejar paso a un hombre opulentamente vestido que avanza esplendoroso a lomos de un caballo, Daiyu repara en un callejón que da a un animado mercado. Hay un carnicero con un delantal ensangrentado, jaulas de aves soltando graznidos, pirámides de melocotones y albaricoques. Se fija en una mujer, apartada de la multitud, que agarra de la mano a una niña pequeña; las dos están embelesadas ante una pila de calabazas. La mujer, con sus hombros caídos y el pelo negro y sedoso, le recuerda a su madre, y cuando el palanquín reanuda su marcha Daiyu se gira y mira a la mujer durante todo el tiempo que puede.

Al cabo de unos cinco minutos, siente que los porteadores del palanquín reducen la velocidad hasta ir al paso.

El tío Zheng, que ha estado dormitando en una esquina de la cabina, abre los ojos.

—Ahí está el palacio Rongguo.

Daiyu pega la nariz a la ventana, a tiempo para ver un altísimo portón triple con pilares de color carmesí, flanqueado por dos grandes leones de piedra. La enorme puerta central está cerrada, pero las dos laterales se encuentran abiertas. Encima del portón principal cuelga una tabla en la que se lee:

PALACIO RONGGUO
FUNDADO Y ERIGIDO POR MANDATO IMPERIAL

Le da tiempo a descifrar la inscripción antes de que se cuelen por la puerta de la izquierda. Recorren disparados un estrecho corredor cerrado por altos muros encalados; los porteadores marchan en perfecta sincronización sobre el pavimento empedrado.

—Es una casa extraña —dice tío Zheng.

Daiyu se aparta de la ventana para mirarlo con curiosidad. Durante el largo viaje en barcaza Gran Canal arriba, su tío se ha mostrado distante y absorto, con la cabeza enterrada entre pilas de documentos oficiales.

—¿A qué se refiere?

Él suelta una breve risa.

—La mayoría de la gente piensa que es la Anciana Dama quien dirige el palacio Rongguo, pero en realidad es tu primo Baoyu quien manda aquí. —Sigue sin mirarla, con la vista fija en la ventana, aunque no hay nada que ver más que altos muros vacíos—. Todo debido a ese jade que tiene.

—No pudo evitar nacer con él.

—Puede que no. Pero el modo en que decide hacer ostentación de él, la manera en que lo usa para manipular a gente ingenua...

Aunque es consciente de que a su tío no le hace gracia el tema, no puede evitar preguntar:

—¿Podré verlo? ¿Podré ver el jade?

—¿Verlo? No podrás dar un paso sin tropezarte con él. ¡ Baoyu vive en los aposentos de las mujeres!

Dado lo estricto que parece su tío con los temas del decoro, a Daiyu le sorprende que se permita a un muchacho, casi adulto, vivir entre mujeres solteras.

Ahora Zheng vuelve a mirar por la ventana.

—Las cosas serían distintas si Zhu siguiera vivo.

—¿Zhu?

—Mi hijo mayor. Murió hace siete años, justo después de aprobar los exámenes.

Daiyu está a punto de preguntar algo más cuando siente que el palanquín desciende hasta el suelo. Los porteadores se esfuman, y en su lugar aparecen cuatro hermosos pajes jovencitos de apenas quince o dieciséis años. Deben de estar cerca de los aposentos de las mujeres, donde no se permite la entrada a sirvientes varones adultos. Los pajes conducen el palanquín a través de un portón fortificado con un techo encorvado de tejas semicilíndricas. Al dejar atrás las celosías del portón, Daiyu ve ante sí una montaña verde que se alza en inclinada pendiente, llena de arbustos en flor y riscos cubiertos de musgo. Es tan alta que no puede distinguir la cima.

—¿Cómo puede haber una montaña así, justo en medio de una ciudad?

—¿Eso? —dice tío Zheng mientras su seriedad se ve momentáneamente suavizada por la diversión ante su sorpresa—. La mandamos construir hace diez años para la visita imperial.

–¿Cómo se puede construir una montaña? ¿Y qué es una visita imperial?

–Hicimos transportar la tierra y las rocas, cesto a cesto. Tu tía abuela, que en paz descansa, era concubina imperial. Un año, su alteza decretó que todas las damas de Palacio debían visitar a sus familias en Año Nuevo. Construimos el Jardín para ella.

Algo en la manera en que su tío dice «el Jardín» le llama la atención, como si se tratara de algo conocido por todos, como «la Gran Muralla» o «el emperador».

–¿Qué es el Jardín?

Tío Zheng grita por la ventanilla a los porteadores:

–¡Tomad el camino que rodea la montaña, para que la señorita Lin pueda ver el Jardín!

El palanquín gira por una senda flanqueada por arbolitos. Daiyu ve ciruelas maduras entre lustrosas hojas oscuras y oye el murmullo del agua. Alza la mirada para observar una pequeña cascada que cae por una pared rocosa húmeda. Al otro lado hay un lago, purpurino con el sol del atardecer, con un puente de nueve giros que conduce a un pabellón. Cerca de un bosquecillo de bambú moteado, una garceta nívea se apoya en una pata larguirucha y hunde su pico en el agua.

–¡Es hermoso, como un reino encantado! –grita Daiyu.

Tío Zheng señala un tejado de terracota entre pinos, a la orilla del lago.

–Esa es la casa de Baochai. La que está cerca del puente de los arcos es la de Tanchun...

–¿Mis primas viven aquí?

–Tras su visita, la concubina imperial ordenó que se permitiera vivir aquí a las chicas para que no se quedara vacío. A las chicas y a Baoyu, por supuesto. –Su boca se tuerce irónicamente. Mira con simpatía a Daiyu–. ¿Quién sabe? Igual llegas a quedarte aquí también. ¿No te gustaría?

Daiyu no contesta. Su asombro inicial va dando paso a una toma de conciencia de lo extraño del lugar. Ha visitado los famosos jardines de Suzhou: espacios exquisitos en los que montículos de roca sugieren montañas y charcas musgosas representan lagos, evocando con su arte la amplitud más vasta de la naturaleza. Pero este jardín, en su intento por duplicar las maravillas naturales a escala real, resulta incongruente, como si hubieran aumentado un juguete infantil hasta alcanzar la escala de una persona adulta.

Los porteadores vuelven a posar el palanquín. En esta ocasión su tío se apea y la conduce a una pequeña puerta con un techo que se curva hacia arriba en las esquinas, como cuernos de búfalo. Daiyu lo sigue detrás de un biombo de mármol blanco y pasa a un patio espacioso. En el extremo más alejado hay un gran edificio de cinco cuerpos con columnas rojas esmaltadas. Los pájaros llaman su atención. Cuelgan en pequeñas jaulas de bambú a lo largo de las cuatro paredes del patio, por docenas: loros con todos los colores del trópico, cacatúas, cejas pintadas, tordos y pinzones. Algunos se posan en perchas, otros se aferran a los barrotes de sus jaulas. Quiere pararse a contemplarlos, pero su tío avanza con paso ligero por delante.

Mientras cruzan el patio hacia el aposento principal, una mujer joven sale como una flecha de una puerta lateral y los detiene.

–¡Por fin estáis aquí! Llevamos esperándoos desde hace una hora. ¡Bienvenido a casa, tío!

La joven une las palmas de sus manos e inclina la parte superior de su cuerpo en un *koutou*, pero lo hace con una sonrisa pícaro, como si nadie pudiera esperar seriamente ese tipo de formalidad en ella.

Daiyu se queda mirándola. Nunca en su vida ha visto a una persona vestida con tanta exquisitez, con sedas tan delicadas y ondulantes, como alas de mariposa. La muchacha se vuelve hacia ella,

separando sus labios pintados al sonreír.

–Y aquí está mi nueva primita. –Posa una mano ensortijada en el pelo de Daiyu–. Soy Wang Xifeng. Estoy casada con tu primo Lian. –Tira de Daiyu escaleras arriba, hacia el salón principal–. Entra. Todos se mueren de ganas de verte.

Lo primero que ve Daiyu es una habitación grande y amueblada con opulencia, llena de gente, algunos sentados en el *kang*, otros de pie junto a las paredes, todos tan hermosamente vestidos como Xifeng. Daiyu lleva su túnica de rosas estampadas, lo último que le confeccionó su madre antes de enfermar. Es su prenda favorita, pero ahora es consciente de lo arrugada y sucia que está a causa del viaje.

Sus ojos se posan en primer lugar en un chico, más o menos de su misma edad, que permanece de pie ante el *kang* mientras una anciana ajusta una magnífica capa sobre sus hombros. La capa, de una clase que nunca antes ha visto, está tejida con una especie de plumas negras sedosas, salpicadas de brillos de una iridiscencia verde bronce. La cabeza del muchacho, con su lustrosa trenza y sus brillantes ojos negros, se alza como la cresta de un pájaro exótico asomando del cuello, con incrustaciones de bordado dorado. En el *kang*, tres chicas lo miran con seriedad. La de más edad sostiene un espejo del tamaño de una palangana, y el muchacho estira el cuello para ver su reflejo.

–¿Qué te parece? –dice.

–Muy elegante –confirma la anciana.

La muchacha deja el espejo y se baja del *kang* para frotar la tela entre sus dedos.

–Le mantendrá caliente y seco, al fin y al cabo.

Pero la chica más joven, que no aparenta más de catorce años, interviene:

–Creo que los chicos con plumas parecen unos completos estúpidos. Mejor algo sencillo en camelote rojo o fieltro forrado en piel, diría yo.

–Eso demuestra lo poco que sabes, jovencita –replica con brusquedad la anciana–. Esto es oro de pavo real de la mejor calidad, ofrecido al príncipe de Nan'an por el embajador de Rusia. Es lo que visten allí los caballeros elegantes en invierno. Esta capa cuesta mil taeles como poco. Es mucho más valiosa que el camelote o la piel.

El muchacho parece muy afectado por la opinión de la chica más joven. Observa su rostro durante un instante, antes de arrojar la capa sobre el *kang*.

–Xichun tiene razón. Es demasiado ostentosa. Dádsela a otro –dice, despreocupadamente.

Antes de que la anciana pueda protestar, Xifeng empuja a Daiyu ante ella.

–Mire, Anciana Dama. ¡Ya está aquí!

La estancia se queda en silencio y todos se giran para mirar a Daiyu. La timidez se adueña de ella, pero, pensando en las instrucciones de su madre, recuerda sus modales y se arrodilla.

–Abuela –dice, plantando su frente en el suelo.

–Levántala, Xifeng –dice la anciana. La joven aúpa a Daiyu, tirando de ella sin miramientos.

–De modo que esta es la hija de Min. Deja que te eche un vistazo.

La dama Jia atrae a Daiyu a su lado. Esta espera que su abuela le pregunte por su madre, o quizá que la abrace. En lugar de eso, la dama Jia se limita a observarla fijamente. Daiyu sostiene su mirada, intentando sin éxito encontrar algún parecido con su madre. Cualquier pretensión de belleza que hubiera podido tener la mujer hace tiempo que desapareció. Su cabello gris hierro está recogido en un moño apretado, y su nariz chata y la mandíbula ancha confieren a su rostro un aspecto belicoso.

–Te pareces a tu padre –dice la dama Jia. Su tono no deja lugar a dudas de que no lo considera un

mérito.

–Veo algo de Min en ella –comenta tío Zheng, que se ha sentado en una de las sillas cercanas a la puerta y está tomando una taza de té.

–Déjame ver tu mano –dice la Anciana Dama.

Incapaz de pensar en un motivo para negarse, Daiyu le ofrece la mano derecha.

La Anciana Dama la agarra con fuerza y sequedad y se la acerca a pocos centímetros de los ojos.

–Ajá, muy bonita. Dedos alargados y finos como tallos de cebolleta. Incluso más bonitos que los tuyos, ¿eh, Baochai?

La chica de más edad en el *kang*, la que había estado sujetando el espejo, alza la vista y sonrío.

–Sí, Anciana Dama.

Daiyu teme que la comparación haya ofendido a la muchacha, pero su rostro plácido no muestra signos de descontento. Al contrario que ella y las demás chicas, Baochai tiene cuerpo de mujer, con caderas y pechos generosos. Su túnica de color miel, aunque salta a la vista que es costosa, resulta más sosa que las rosas y verdes que visten las otras chicas. Su cutis es hermoso: casi sin poros, con el rubor de un melocotón en sus mejillas redondeadas. Ofrece un aspecto distinguido, pero tras un examen más detallado, su cara no es realmente hermosa. La boca es bastante pequeña y los labios demasiado finos para su cara ancha, y los ojos, más bien pequeños y de párpados sencillos, hacen que su rostro resulte inexpresivo.

–¿Cómo está de salud tu padre? –pregunta la dama Jia.

–Bien.

–¿Cuántos años tiene?

–Cuarenta y cuatro.

–Tu madre dio a luz a un hijo hace unos años, ¿no es así?

–Sí, pero murió con solo tres años.

Daiyu todavía compone un gesto de dolor al recordar al dulce y delicado chiquitín.

–Tu padre está ya mayor. ¿Por qué no se buscó una concubina entonces, cuando murió tu hermano?

Ahora no tiene heredero, y los Lin están a punto de extinguirse.

Daiyu aparta su mano.

–Mi padre nunca tendría una concubina.

–Igual ahora se echa una.

El enfado libera a Daiyu de su timidez.

–Mi padre no tiene intención de casarse otra vez. Amaba a mi madre...

La dama Jia suelta una carcajada.

–Eso demuestra lo poco que conoces a los hombres.

Xifeng interviene enseguida, agarrando la mano de Daiyu con una sonrisa.

–¿Por qué no te presentamos a los demás?

Baochai se incorpora para hacer su reverencia, seguida por las otras dos chicas en el *kang*.

–A estas dos las llamamos «las Dos Primaveras» –dice Xifeng.

Aunque sus túnicas son de colores distintos, el corte y el diseño de sus ropas, así como las joyas y los adornos que visten, son prácticamente idénticos. La mayor, que es alta, con hombros caídos y posee una bonita cara ovalada, parece tener más o menos la edad de Daiyu. La joven que había criticado la capa es más bajita y rechoncha, con una nariz respingona como la de un gatito.

La chica de más edad, que se parece mucho al muchacho de la capa de oro de pavo real, sonrío a

Daiyu.

–Soy Tanchun, que significa «Búsqueda de la Primavera». – Señala a la otra muchacha—. Esta es Xichun, «Aprecio de la Primavera».

–Les pusieron esos nombres en honor a nuestra tía abuela, su alteza la concubina imperial –explica Baochai—. Se llamaba Yuanchun, porque nació el primer día de la primavera.

Ahora el muchacho que había estado probándose la capa se incorpora. No puede ser otro que Baoyu. Es tan hermoso que toda la luz de la estancia parece recaer en él. Sobre la frente lleva una diadema de oro con la forma de dos dragones jugando con una perla enorme. Viste una chaqueta de seda de color azul pizarra con flecos en los bordes y medallones cayendo por el pecho, por encima de unos pantalones bordados de color verde claro. No la saluda con un *koutou*, sino que se dedica a mirarla como si él y ella fueran las dos únicas personas en el mundo.

–¿No te he visto ya antes? –dice.

Daiyu esperaba que fuera arrogante, pero el tono en que se dirige a ella es amable, casi cortés.

–No. He pasado toda mi vida en el sur.

Aunque casi nunca ha hablado con un chico de su edad antes, no se siente cohibida con él.

–Qué extraño. Siento que te conozco. ¿Cuáles son los caracteres de tu nombre?

–El «yu» es jade, como en tu nombre, y el «Dai» es el kohl que usan las mujeres para oscurecer sus cejas.

Siente que Baoyu mira fijamente sus cejas largas y rectas, sin una pizca de arqueo, algo sobre lo que se burlaban los niños de su vecindario en Suzhou.

Baoyu se ríe.

–Te pega. ¿Tienes un apodo?

Daiyu niega con la cabeza.

–Entonces tengo uno para ti: Pin-Pin. –Se trata de un diminutivo de la expresión «cejas fruncidas».

Baoyu añade burlón–: Tu nombre de pila se refiere a un kohl que las mujeres se ponen en las cejas. Y tus cejitas parecen fruncidas. Es un apodo perfecto.

Daiyu siente que sus mejillas comienzan a sonrojarse, en parte debido al bochorno, en parte al disgusto.

–Os acabáis de conocer y ya le estás poniendo un apodo –murmura Baochai—. ¿No te parece que te estás pasando un poco con esas confianzas?

–Baoyu, ¿dónde están tus modales? –dice tío Zheng, pero el muchacho lo ignora.

–¿Sabes leer? –pregunta.

–Sí.

–¿Te refieres a lecturas de chicas, como *Los clásicos para mujeres* –dice con sorna–, o a libros de verdad?

Daiyu recupera la compostura y contesta:

–He leído los Cuatro Libros. Bueno, he leído las *Analectas de Confucio*, *Mencio* y el *Gran estudio*, pero todavía estoy a la mitad de *El invariable medio*. Mi propio padre me enseñó.

–¿Qué poetas te gustan?

Daiyu oye cómo la dama Jia chista con desaprobación.

–¿Es que no basta con que las chicas reciban una educación básica, lo suficiente para ser capaces de dirigir el hogar? Es una pérdida de tiempo que se las eduque como a hombres.

Sin hacer caso a su abuela, la joven contesta:

–Me gustan las canciones líricas de Li Qingzhao. Cuando era más pequeña me gustaba Li Shangyin, pero ahora me resulta bastante vulgar...

–¿Li Shangyin? –la interrumpe Baoyu–. Pues la mayoría de la gente considera sus poemas muy difíciles. Están llenos de referencias a muchos textos antiguos desconocidos. ¿Estás segura de que los entiendes?

–¿Qué sabes tú sobre textos antiguos, Baoyu? –interrumpe Zheng secamente.

–Leo lo que me interesa –replica Baoyu. Ahora son sus mejillas las que se sonrojan.

–Ya veremos de qué te sirve eso en los exámenes para el funcionariado. –Tío Zheng posa su taza de té–. Tenía entendido que antes de marcharme acordamos que no te perderías ninguna clase mientras yo estuviese fuera. Pero veo que te lo tomas con bastante calma.

–Yo le dije que podía quedarse en casa para conocer a su prima –interviene la dama Jia–. Además, no se ha sentido muy bien estos días.

–Ya. Bueno, Baoyu, ¿estás ya completamente recuperado? – El tono de tío Zheng es sarcástico–. ¿Sería razonable esperar que vuelvas a la escuela mañana?

–Sí, señor.

–Y si hablo con el maestro dentro de unos meses y veo que no has hecho ningún progreso, te azotaré. De hecho, siento que le debo una disculpa por haberle enviado un caso perdido como tú.

–¿Cómo puedes hablar así? –dice la dama Jia–. Baoyu posee un talento excepcional.

–¿De verdad? Todavía tengo que ver pruebas de algún don extraordinario, aparte de la holgazanería y la terquedad.

–No te entiendo, Zheng –dice la dama Jia–. Tan dispuesto a menospreciar a tu propio hijo... Se diría que tienes celos.

–¡Celos! ¿De qué podría tener celos?

La incredulidad de tío Zheng suena exagerada en los oídos de Daiyu. Recuerda las palabras de su madre: tío Zheng también tuvo celos de ella.

–Eso seguro que no lo sé, pero creo recordar al maestro azotándote por no aprenderte la lección cuando tenías la edad de Baoyu.

La cara de su tío enrojece de ira. De nuevo, Xifeng se apresura a intervenir:

–Seguro que nuestra prima está cansada tras su largo viaje. – Da unas palmaditas cariñosas en la mano de Daiyu–. ¿Por qué no me la llevo para que se lave y todos podamos cenar?



La cena es tan extravagante como Daiyu podría haber imaginado. Un desfile de criadas trae una interminable provisión de platos, mientras otras permanecen en guardia sosteniendo matamoscas y servilletas. En varias ocasiones es incapaz de distinguir qué está comiendo. Hasta los ingredientes comunes están preparados de forma elaborada y desconocida, como la berenjena, que ha sido cortada en tiras finas como hilos antes de freírla y macerarla en una salsa con pollo picado. No está acostumbrada a una comida tan sabrosa, y le hubiera gustado saciarse de arroz, pero incluso este, de un tipo exótico, los granos de un púrpura tan oscuro que casi son negros, carece de la familiar insipidez que la joven tanto ansía. Ella prueba y mordisquea, esperando que nadie se fije en lo poco

que come.

Dos jóvenes desconocidos para ella hasta entonces están presentes en la cena. El mayor se presenta como su primo Lian antes de tomar asiento. Es atractivo, un poco más rechoncho que Baoyu, y se comporta con aire despreocupado. El otro, un muchacho flacucho de su misma edad, entra con sigilo, casi como si temiese que lo fueran a echar. No pronuncia palabra, se limita a mirarla fijamente desde su silla en el otro lado de la gran mesa. Oye que los demás le llaman Huan. Ella se sienta entre Tanchun y Xichun, frente a Baoyu y Baochai. Tío Zheng y la dama Jia presiden la mesa.

Tío Zheng le está contando a su madre las inundaciones que se han producido en las haciendas de la familia Jia que ha visitado durante su viaje al sur.

—El daño es peor de lo que me esperaba. Dicen que las aguas llegaron hasta Hankou.

Comienza a describir las reparaciones que harán falta, pero la dama Jia apenas levanta la vista de su cena. A Daiyu le sorprende la avidez con la que ataca un muslo de pato asado.

Xifeng, en su condición de *xifu*, o nuera, no come con los demás, sino que supervisa el servicio de la comida desde detrás de la dama Jia.

—Ese trozo parece algo duro para usted, Anciana Dama.

Elige un pedazo de pechuga, arrancando la carne del hueso.

Alrededor de Daiyu, Baochai y las Dos Primaveras charlan sobre cómo se han pasado la tarde copiando *sutras*.

—Ay —dice Tanchun—. Tengo la mano tan dolorida que no podría escribir una palabra más.

Baochai se vuelve hacia Daiyu.

—La Anciana Dama quiso que lo hiciéramos para que la familia acumule méritos —explica.

—Me ha gustado copiar *sutras* —dice Xichun con la seriedad pintada en su pequeño rostro—. Antes no los entendía muy bien. ¿Has leído algún *sutra*, prima Daiyu?

—Solo *El sutra del corazón* —dice Daiyu, contenta de que la incluyan en la conversación.

Al otro lado de la mesa, Lian le pregunta a su primo Baoyu:

—¿Qué vas a hacer esta noche?

Baoyu suspira.

—Supongo que tengo que ir a la fiesta de cumpleaños del príncipe de Pekín. Preferiría quedarme en casa y pasar el rato con nuestra prima.

—¿Qué va a hacer el príncipe por su cumpleaños?

—Lo típico. Una compañía de ópera, algunas cantantes...

—Cuidado que no se enfade el tío —le previene Lian, lanzando una mirada hacia Zheng.

Baoyu se encoge de hombros.

—No puede esperar que me quede en casa a estudiar todas las noches. Sería un agravio para el príncipe si no asistiera.

—A mí no tienes que convencerme. Solo te digo que tengas cuidado ahora que el tío ha vuelto.

Por fin, la larga cena termina. Cuando se recoge la mesa, las criadas sirven té en tazas de celadón craquelado. Daiyu toma la suya y bebe con sed, ansiosa de enjuagar el sabor grasiento que se le ha quedado en la boca.

Un murmullo de risas se extiende por la estancia. Las criadas se tapan la boca para ahogar sus risitas. El chico llamado Huan suelta una carcajada. En un extremo de la mesa, la dama Jia agarra su taza, sorbe el té y hace gárgaras con él. Pausadamente, lo escupe en un bacín de porcelana Ding que una criada sostiene a su lado.

Daiyu se percata de que se ha bebido el té para hacer gárgaras. Se siente acalorada a causa del bochorno. Enfrente de ella, Baochai, evitando su mirada con tacto, hace gárgaras con delicadeza y escupe su té.

–Mira, Cejas Fruncidas –la avisa Baoyu, que toma su taza de té y se traga su contenido hasta la última gota.

Al segundo día tras su regreso a Rongguo, Zheng se dirige al dormitorio de su madre, al que la Anciana Dama se ha retirado después del desayuno, para informarle de que se va a reincorporar a su trabajo en el ministerio y que no volverá a casa hasta la tarde. La mujer se encuentra medio recostada en el *kang* mientras Plata, una de sus doncellas de mayor edad, le da un masaje en las piernas. Aunque hace apenas media hora que han terminado el desayuno, Ganso Blanco le trae dos pastelitos de ñame rellenos de dátil en una bandejita con forma de loto. Este es un aspecto de su madre que nunca deja de irritar a Zheng: a pesar de su estómago delicado, ella se niega a realizar el más mínimo control sobre su dieta. La dama Jia abre los ojos cuando Ganso Blanco le ofrece los dulces.

La mujer toma un pastel y se reclina, volviendo a cerrar los ojos.

–Espero que el funeral de Min no fuera demasiado deshonroso.

Él guarda silencio, sin saber muy bien qué decir. Su madre lleva veinte años enfadándose cada vez que se menciona el nombre de la hermana pequeña de Zheng. Cuando este recibió la carta de Min en la que anunciaba que se estaba muriendo y que deseaba que su hija conociera a su familia, su madre se mostró escueta, pero aceptó su sugerencia de viajar al sur para recoger a Daiyu. Esperaba que al menos su madre se arrepintiera de aquel largo distanciamiento. Ahora le sorprende su tono rencoroso.

–Fue algo modesto, pero...

–¡Modesto! Ya sé lo que significa eso. –Comienza a comerse el pastel, moviendo los carrillos enérgicamente–. ¿En qué clase de sitio vivían?

–Tenían una casita pequeña...

La anciana suelta una risa sarcástica.

–¿Criados?

–Una sirvienta, creo.

–No me extraña que Min muriera. Y Ruhai espera educar a una jovencita en esas condiciones...

–Parece un padre entregado.

–Pues no ha hecho un buen trabajo con los modales de la chica.

La anciana se mete el segundo pastel en la boca y devuelve el plato a Ganso Blanco.

Zheng guarda silencio. Aunque Daiyu es tímida y un poco torpe, no le parece maleducada. Incapaz de contradecir directamente a su madre, cambia de tema:

–Me voy al ministerio, no volveré para comer.

–¿Al ministerio? Pero si apenas llevas un día en casa.

–He pasado más de tres meses fuera. Es muy posible que haya cuestiones que deseen consultar conmigo sobre...

–Seguro que pueden pasar unos pocos días más sin ti.

Es típico de su madre menospreciar su papel en el ministerio; esto le recuerda su malestar por haber permitido que Baoyu se quedara en casa y no fuera a la escuela el día anterior.

–¿Cuántos días ha faltado Baoyu a la escuela mientras he estado fuera?

Ella lo mira fijamente, como si la pregunta la ofendiera.

–¿Y cómo voy a saberlo?

–Solo pido un cálculo aproximado.

–No tengo ni idea.

Zheng respira hondo, intentando controlar su rabia.

–Antes de marcharme le dije a Baoyu que debía dejar de faltar a clase. Solo quedan seis meses para los exámenes.

–¡Menudo revuelo por faltar unos días a clase! ¿Acaso no nos ha dicho el maestro que cuando Baoyu se lo propone, no hay un solo chico en toda la escuela que pueda igualarle en velocidad?

–Eso nos lo dijo hace años, y por lo que parece Baoyu todavía no ha considerado oportuno «proponérselo».

–Todavía tiene todo el otoño y el invierno para estudiar.

–Me temo que no lo entiendes, madre. Prepararse para los exámenes exige años de duro trabajo. No puede asimilarlo todo en unos pocos meses. ¿Es que no te acuerdas de lo mucho que estudió Zhu hasta que aprobó?

El hombre advierte que ella, aparentemente absorta en sus pensamientos, ni siquiera lo mira, y deja de hablar. Pasado un momento, la dama Jia dice:

–Hay algo sobre Baoyu de lo que quiero hablar contigo. ¿Conoces a Perla, la criada personal de Baoyu?

–Sí, pero...

–Es una buena chica, y muy leal a Baoyu. He estado pensando en hacerla su esposa de cámara.

–¡Esposa de cámara! ¿Para qué necesita una esposa de cámara? –exclama él alzando la voz a su pesar.

–Ya casi tiene diecinueve años. Experimenta deseos naturales, como cualquier otro hombre. ¿Por qué no darle una esposa de cámara, para que pueda...?

–Podemos prometerlo en matrimonio cuando apruebe los exámenes, igual que hicimos con Zhu.

Por desgracia, Zhu, el hijo mayor de Zheng, murió de una enfermedad repentina antes de que se pudiera celebrar la boda.

–Zhu aprobó a los dieciséis. Baoyu ya casi es un hombre adulto. Es una equivocación no esperar que se sienta atraído por las chicas, sobre todo teniendo en cuenta que vive en los cuartos interiores con ellas...

Zheng arremete contra su madre, interrumpiéndola:

–Yo nunca aprobé que siga viviendo dentro. Es inapropiado y la gente está empezando a contar chismes sobre el asunto...

–Típico de ti, querer privarme de la compañía de mi nieto favorito solo por el qué dirá la gente. Baoyu es el único que me divierte ahora que ya soy demasiado mayor como para serle de utilidad a alguien.

El reloj de la sala exterior da una campanada, ofreciendo a Zheng una excusa para cortar la discusión familiar.

–Debo irme. Dije que dejaría a Baoyu en la escuela de camino al ministerio. Ya hablaremos de esto en otra ocasión.

Cuando llega a las caballerizas, su estado de ánimo, ya de por sí crispado, se ve de nuevo puesto a prueba al descubrir que Baoyu no está. Envía a un paje a llamarlo, y espera en el carruaje durante varios minutos hasta que aparece su hijo.

–¡Date prisa! ¡Llegarás tarde a la escuela! –le grita mientras Baoyu se monta a su lado.

Es la primera vez desde que volvió a casa que se encuentra a solas con su hijo.

–¿Qué has estudiado en mi ausencia? –le pregunta mientras el conductor atiza a los caballos y el carruaje finalmente sale rodando a la calle por una puerta lateral.

–A Mencio.

–Cuéntame qué dice Mencio sobre la rectitud y la autopreservación.

–«El pescado es algo que deseo; la garra de oso también es algo que deseo –comienza Baoyu–. Si no puedo obtener ambas cosas, prefiero tomar garra de oso y renunciar al pescado. La vida es algo que deseo; la rectitud también es algo que deseo. Si no puedo obtener ambas cosas, preferiría quedarme con la rectitud y renunciar a la vida. Por una parte, aunque deseo la vida, hay algo que deseo más que la vida...»

La desgana con la que Baoyu recita de un tirón el pasaje irrita a Zheng. No puede negar que la memoria de Baoyu es excepcional, lo que le capacita para recitar un poema tras una o dos lecturas, pero el muchacho se muestra demasiado orgulloso de su capacidad.

–No te estás tomando tus estudios en serio –lo interrumpe.

Baoyu deja de recitar, componiendo una expresión de inocencia.

–Sí que me los tomo en serio, padre. Me sé el fragmento de Mencio del derecho y del revés...

–Me prometiste que no faltarías a clase.

–Solo me he ausentado unas pocas veces...

–Deberías dar ejemplo a los demás chicos, y no poner excusas. –De nuevo, su padre intenta explicar la responsabilidad especial que siente como siervo imperial, la misma que quiere que experimente Baoyu–. Mi abuelo, tu bisabuelo, fue uno de los primeros colonos en Mukden. Lo capturaron los manchúes cuando conquistaron Mukden, y le hicieron siervo...

–¡Un esclavo de los manchúes! Actúas como si fuera algo de lo que estar orgulloso –murmulla Baoyu.

Ignorando la interrupción, Zheng continúa:

–Después, cuando los manchúes conquistaron China, tu bisabuelo, y todos los demás siervos de la Bandera Blanca, fueron trasladados a la Mansión Imperial. De este modo, nuestra familia siempre ha tenido un vínculo especial con la familia imperial. Mi padre, tu abuelo, se crio prácticamente en Palacio. Su madre era nodriza de su majestad. En aquel entonces mi padre tendría cinco o seis años, y contaba que le dejaban sujetar el sonajero de su majestad cuando era niño. –Baoyu hace un gesto de impaciencia, pero Zheng sigue adelante–: Con el paso de los años, mi padre sirvió a su alteza imperial con una devoción singular. Tienes que entender que no somos como la mayoría, que se convierten en funcionarios solo porque han aprobado los exámenes. Debemos a su majestad no solo el servicio ordinario de un funcionario, sino una lealtad personal. –Zheng se esfuerza por encontrar las palabras adecuadas que expresen las convicciones profundamente arraigadas que le confieren su razón de ser–. Desde que los manchúes gobiernan China, es a nosotros a quienes su majestad recurre cuando necesita a alguien de confianza.

Los ojos de Baoyu se apartan de los de su padre.

–Para empezar –dice–, la mayoría de la gente ni siquiera quiere a los manchúes en China. Además, los siervos no tienen ningún poder real en nuestros días. Son los eunucos quienes controlan lo que sucede en Palacio.

–¿Quién te ha dicho eso?! –brama Zheng.

–Nadie lo dice en público, por supuesto, pero todo el mundo lo piensa.

–¿Como quién?

Baoyu alza los hombros.

–El príncipe de Pekín, por decir uno.

Zheng se contiene para evitar decir algo mordaz sobre el príncipe de Pekín. Se trata de un jovencito muy honorable, uno de los pocos amigos de Baoyu a los que da su aprobación. Por supuesto, las generaciones más jóvenes tienen un concepto distinto de las cosas. Zheng recuerda todas las ocasiones en las que lo llevaron a Palacio siendo un niño. Ahora que el emperador Kangxi tiene ya más de setenta años –y que viva otros diez mil más–, raramente aparece en la corte. No es de extrañar que resulte un simple figurante para los más jóvenes, y que parezca más cercano a los eunucos que a sus ministros y siervos.

–Su alteza imperial jamás dependería de los eunucos –le dice a Baoyu–. Él sabe que eso fue lo que acabó con una dinastía tan gloriosa como la Ming.

–¿Qué te hace creer que su sucesor pensará lo mismo?

Zheng se estremece ante la alusión a una eventual muerte del emperador Kangxi. Ha tenido la suficiente fortuna como para pasar toda su vida bajo el reinado sabio y pacífico del emperador, y no le gusta que le recuerden su inevitable fin.

–El príncipe Yinti siempre ha sido más cercano a los siervos, igual que su padre.

–¿Cómo puedes estar tan seguro de que el príncipe Yinti será su sucesor en el trono?

Zheng sonrío ante la ignorancia de Baoyu.

–Seguro que tú, con todos tus contactos en la corte, sabrás que el príncipe Yinti siempre ha sido el favorito de su alteza.

Baoyu ignora el sarcasmo de su padre.

–Entonces ¿por qué no nombra al príncipe su sucesor? ¿Y si ocurriera algo mientras el príncipe Yinti sigue fuera, en el frente tibetano?

Zheng se queda atónito. Por lo general, Baoyu lo escucha en un silencio taciturno. Esta es la primera ocasión en que se ha atrevido a retar directamente a su padre. Un recuerdo de su hijo mayor fallecido, Zhu, brota por un instante en su mente: Zhu pidiendo a Zheng que lea sus composiciones de práctica para los exámenes, removiéndose inquieto mientras espera a oír el juicio de su padre.

El carruaje se detiene ante la escuela de Baoyu. El patio delantero se encuentra desierto y las puertas del aula están cerradas. Zheng hace bajar a Baoyu de la carroza de un empujón.

–¡Deprisa! Llegas tarde.

Para irritación de su padre, Baoyu recorre el patio con calma, como si no tuviera la más mínima preocupación.

Baochai nunca ha visto a su hermano tan asustado. Pan se presentó en los aposentos de su madre antes de la cena, con su rubicundo rostro ojeroso.

–El ujier de la oficina del juez del distrito ha venido a verme esta tarde. Me ha dicho que Zhang Hua falleció anoche, y que su padre ha presentado una querrela por asesinato. ¿Qué voy a hacer? Me pueden arrestar en cualquier momento. ¡Y la pena por asesinato es la ejecución!

–Tendremos que mandar más dinero a la familia Zhang. ¡Tal vez así retiren los cargos! –grita la señora Xue.

–¡No! –Baochai corta bruscamente sus voces–. No podemos enviar más dinero. Parecerá que tenemos algo que ocultar.

Los dos se vuelven a mirarla.

–Entonces ¿qué podemos hacer?

Baochai se distancia de la inquietud de su madre y su hermano para intentar mantener la calma y poder pensar con claridad.

–¿Hay alguna prueba de por qué falleció el hijo del terrateniente, Pan? ¿Podría haber sido por otra causa?

–El ujier me dijo que había estado tosiendo sangre, así que sospechan que tenía heridas internas.

–Debemos encontrar al médico y plantear la posibilidad de que pudiera haber sido por otra causa. Y hemos de buscar un buen escribano, alguien que conozca toda la terminología legal, para ayudarnos a redactar un recurso. Sostendremos que se trató de una muerte accidental. Pan, tienes que encontrar a uno esta misma tarde.

–De acuerdo –dice, sumiso a causa del miedo.

–Y hagas lo que hagas, no vuelvas a casa. Diles a tus sirvientes que estarás fuera de la ciudad, y vete a una posada por ahí. Mientras tanto, alguien tiene que hablar con el juez del distrito en nombre de Pan.

Su madre se vuelve hacia ella con un gesto de preocupación.

–¿Te refieres a ofrecerle un soborno? Si nos descubren, eso sería un delito grave.

Baochai menea la cabeza.

–Si alguien con la influencia suficiente responde por Pan, el juez se limitará a retirar los cargos como un favor. Eso sería mucho mejor que ofrecer dinero.

–¿Deberíamos avisar al hermano de tu padre en Nanjing?

–No hay tiempo de avisar a Nanjing. Creo que debemos pedírselo a tío Zheng.

–¿Jia Zheng? –exclama su madre–. Solo es pariente por matrimonio.

–Sí, pero los Jia son una de las familias más importantes en la Capital. Después de tantos años en el funcionariado, tío Zheng conoce a todo el mundo.

–No me gusta tener que pedírselo a él –replica su madre–. No es que tengamos una relación cercana, precisamente.

–Pero si llevas casi dos años viviendo con los Jia –la interrumpe Pan.

Su expresión es esperanzada, como si él también comprendiera que pedir ayuda a los Jia es la mejor posibilidad para salir de su apuro.

–Pero nunca he hablado con ellos sobre... –La señora Xue no termina la frase.

Baochai lo entiende. Su madre vacila ante la vergüenza de revelar los problemas de Pan a la familia Jia.

–Madre, debemos actuar con la mayor celeridad posible, antes de que el proceso avance. Su madre sigue albergando dudas.

–Pero estaremos en deuda con los Jia. No sé cómo podremos pagar a Zheng por esto.

–Seguro que no quiere que su sobrino acabe en prisión, o algo peor.

Al final, acuerdan que su madre hable con tío Zheng esa misma tarde. Pan sale a buscar a un escribano. En lugar de quedarse a consolar a su madre, Baochai se retira a su aposento privado en el Jardín. Quiere estar sola, lavarse las manos y cambiarse de ropa. Se siente sucia, manchada por el hecho de ser ella la que dirige la estrategia para conseguir que no lo declaren culpable. Le avergüenza su conocimiento del sistema legal, obtenido tras años dedicada a resolver los apuros de su hermano. ¿Qué saben las otras chicas, encerradas en los cuartos interiores, sobre escribanos y jueces? Daría cualquier cosa por disfrutar del lujo de la ignorancia.



Cuando Daiyu le pregunta a su abuela dónde dormía su madre de niña, la dama Jia, sin apenas mirarla, señala con su mano hacia el rincón noreste de los aposentos. A la hora de la siesta, Daiyu recorre el vestíbulo hasta la habitación que le indicó la Anciana Dama, corriendo la cortina de color carmesí que hace de puerta. La austera impersonalidad de la estancia le sorprende. Es simplemente uno más de los cuartos grandes y amueblados con opulencia que parecen llenar el palacio, con una fila de sillas de madera de acacia contra la pared y un guardarropa con intrincados diseños labrados. Nada revela el gusto de su antigua ocupante: no hay desgastados manuales de rimas o libros de caligrafía en las baldas, ni tampoco pinceles y tinteros de piedra sobre el escritorio.

Siguiendo un impulso, Daiyu se dirige al tocador y abre un cajón. Está vacío. Abre otro. No sabe lo que espera encontrar.

–Señorita Lin, ¿qué está haciendo aquí? –Es Ganso Blanco, la criada personal de la Anciana Dama, con un plumero en la mano.

Daiyu cierra el cajón y retrocede de un salto, azorada.

–Solo estaba echando un vistazo. La dama Jia me dijo que este era el cuarto de mi madre.

Ganso Blanco asiente. Daiyu cree advertir una expresión de simpatía en el rostro de la criada.

–No se moleste por mi presencia. Solo estaba asegurándome de que las criadas jóvenes habían limpiado bien el polvo.

–¿Está igual que cuando mi madre vivía aquí? –pregunta Daiyu con timidez. De todas las criadas, le parece que Ganso Blanco, con su aire de autoridad silenciosa, resulta especialmente intimidante.

–Me temo que no lo sé. Eso fue antes de que yo viniera aquí. ¿Por qué no le pregunta a la Anciana Dama?

–Ya lo he hecho, pero dice que no se acuerda.

Daiyu contempla cómo Ganso Blanco limpia el polvo de las baldas, levanta con cuidado jarrones y biombos, y se siente incómoda ahí parada sin hacer nada mientras la sirvienta hace su trabajo.

Ganso Blanco se detiene.

–¿Qué le parece Rongguo?

Daiyu se pregunta si Ganso Blanco se sentirá ofendida o irá con el cuento a la Anciana Dama si le dice la verdad. Menea la cabeza.

–Me resulta extraño.

–¿A qué se refiere?

–No parece para nada una familia. Cada uno vive en sus propios aposentos, y nunca se ven excepto en las comidas.

No sabe cómo describir el inagotable boato, la atmósfera de sofocante formalidad.

Ganso Blanco suelta una risita, y continúa quitando el polvo del tocador y las sillas.

–Es extraño, supongo. Pero debería visitar a las otras chicas en sus aposentos. Supongo que es fácil que la dejen a usted de lado, puesto que ellas viven todas en el Jardín y usted está aquí.

–Me da vergüenza ir a visitarlas cuando no me han invitado, y ellas nunca vienen a verme.

–Debe superar su timidez. No tienen nada contra usted. – Ganso Blanco duda—. Supongo que la señorita Tanchun y la señorita Xichun no son de las que toman la iniciativa, pues han nacido en la cama equivocada, como dice el refrán.

–¿Nacido en la cama equivocada? –repite Daiyu, temerosa de estar demostrando su ignorancia.

–Quiere decir que son hijas de concubinas.

–¿Eso importa mucho?

Ganso Blanco lo piensa.

–Sí y no. Huan es hijo de una concubina. Solo es medio hermano de Baoyu, y ya ve el trato tan diferente que recibe. Casi nunca se le permite entrar en los aposentos interiores, y nadie le hace mucho caso cuando viene. Todo el mundo sabe que a la dama Jia no le interesa.

–¿Quién es su madre?

–La concubina del señor Jia, tía Zhao, una mujer muy desagradable. También es la madre de la señorita Tanchun. Todos la odian, por eso la señorita Tanchun la evita todo lo que puede, pero Huan siempre acude a ella en busca de atención. –Ganso Blanco se interrumpe abruptamente con una risa—. Pero ya vale de cotillear. Bastantes chismorreos hay por aquí, de cualquier modo. Solo se lo cuento porque usted es nueva en el palacio. Lo más importante es que venza su timidez y visite a sus primas. –Ganso Blanco le hace un gesto amistoso con la cabeza, antes de dirigirse hacia la puerta—. Sé que tiene que echar de menos a su madre y su hogar, pero debería intentar disfrutar del tiempo que pase aquí.

Sigue a la criada hasta la puerta, deseando hablar más.

–¿Y tú, Ganso Blanco? ¿Dónde está tu familia?

Al instante recuerda que muchas chicas que acaban de criadas son huérfanas o fueron vendidas de pequeñas por sus familias, de modo que enseguida se arrepiente de haber hecho la pregunta. Sin embargo, Ganso Blanco parece complacida por su interés.

–Me crie aquí, en la Capital, y me vendieron a la edad de doce años. Mi madre es cocinera en otra mansión, y mi padre es mozo de cuadra. Pero mi hermano mayor es herrero. Terminó su aprendizaje el año pasado y acaba de abrir su propio taller, en la calle de las Flores.

Daiyu repara en el orgullo y la felicidad que relucen en el rostro de Ganso Blanco, y envidia a la muchacha por tener un hermano.

–¿Los ves alguna vez?

–La Anciana Dama me permite visitarlos en algunas vacaciones, si puede prescindir de mí. A veces mi hermano se acerca a la puerta trasera y envía un mensaje, y salgo a verlo. Pero me temo que debo irme ya. La Anciana Dama se levantará dentro de poco y me necesitará.

Con otro gesto amistoso de la cabeza, sale de la estancia.

Daiyu siente un pinchazo de soledad. En ese palacio lleno de gente, pasa más tiempo sola que en su hogar. Su charla con Ganso Blanco ha sido la primera conversación de verdad que ha mantenido con alguien desde que llegó a Rongguo.

La oficina del juez del distrito es un pequeño cuarto mal ventilado ubicado en un patio polvoriento. Cuando Zheng atraviesa la entrada, ve a un joven con una túnica de funcionario raída sentado tras el escritorio revisando un documento escrito en letra diminuta con un pincel. Como el magistrado es más joven de lo que esperaba –seguramente no tiene más que veintipocos años–, le pregunta un tanto sorprendido:

–Disculpe, ¿es usted Jia Yucun?

El joven termina de dibujar una línea con cuidado sobre una columna de texto antes de levantar la vista. Su rostro es de rasgos delicados, con unos ojos inteligentes y almendrados, aunque unas marcas de viruela estropean sus mejillas imberbes.

–Sí, yo soy Jia Yucun –dice el joven, pero no le ofrece un saludo ni se levanta de su silla mientras sigue mirando fríamente a Zheng.

–Le ruego que disculpe que lo interrumpa –dice el otro, desconcertado–. Soy Jia Zheng, duque de Rongguo y subsecretario del Ministerio de Obras Públicas. Le envié una nota ayer diciendo que vendría a verlo hoy.

–Ah, sí. –Jia Yucun reclina la espalda en su asiento y junta las yemas de los dedos, pensativo, sin ofrecer asiento a su visitante–. ¿Quién no conoce a los Jia de Rongguo? De hecho, soy pariente suyo.

–¿En serio? Me lo estaba preguntando, al ver su apellido.

–Aunque muy lejano. Nuestros abuelos eran primos segundos, creo.

–¿Cómo se llamaba su abuelo?

–Jia Dairui, de Huzhou.

–Oh, sí. Me suena el nombre. –Zheng finge recordar.

–Lo dudo –dice el juez del distrito, encogiéndose de hombros.

Adoptando un gesto falso de alegría, Zheng se esfuerza a decir:

–No tenía ni idea de que tuviéramos otro pariente en la Capital. Tiene que venir a visitarnos a Rongguo alguna vez.

–Los Jia de Rongguo llevan ignorando a los Jia de Huzhou más de treinta años. –La sonrisa de Yucun es inconfundiblemente maliciosa–. ¿Está seguro de que desea cambiar eso?

Zheng empieza a inquietarse. Si el joven se siente desairado por los Jia, es poco probable que ayude a Pan. Recuerda vagamente haber oído a su padre quejarse hace años de una rama lejana de la familia en Huzhou. «No recibimos noticias tuyas más que cuando quieren dinero», solía decir.

–De verdad, no tenía ni idea de que vivía en la Capital –dice, sonrojándose–. De lo contrario, le habría...

El joven rompe a reír, como si le agradara la turbación de Zheng.

–¡No se preocupe! No me ofende. –Se levanta de su asiento y rodea la mesa para acercarse a su interlocutor–. ¡No soy tan susceptible! No habría llegado tan lejos si lo fuera. Mi padre murió cuando yo tenía dos años, y mi madre lo hizo diez años después. Se dedicó a coser para sacarnos a los dos adelante. Bueno, ¿qué le trae por aquí?

Desconcertado por esa pregunta tan directa, Zheng balbucea:

–Quizá recuerde entre sus casos uno en el que está involucrado un joven llamado Xue Pan.

–¿Xue Pan? Sí, no suelo olvidarme de los casos de asesinato.

–Bueno, resulta que ese Xue Pan es hijo de mi cuñada viuda...

–Su sobrino, entonces –interrumpe Jia Yucun–. Ya me preguntaba yo a qué se debía este honor inesperado.

Ante el sarcasmo del juez, Zheng guarda silencio. Pero el joven lo mira expectante, de modo que hace el esfuerzo de pronunciar las palabras que había estado practicando antes de venir:

–He venido a pedir clemencia en nombre de Xue Pan. Es un joven de bien, y nunca antes ha tenido problemas con la ley. Aunque es cierto que perdió los estribos e intentó echar a Zhang Hua de su casa, no tenía intención de causarle daños graves. De hecho, cuando se enteró de que Hua había muerto, la noticia le afectó tanto que se quedó sin habla.

Puede ver la incredulidad en el rostro del magistrado y se calla, sintiéndose estúpido.

Yucun vuelve a sentarse a su mesa y repasa un fajo de papeles.

–Sí, ya ha enviado una petición solicitando que los cargos se reduzcan de homicidio intencionado a lesiones físicas fatales sin premeditación. Aunque he emitido una orden de arresto, el muchacho no aparece por ninguna parte.

A pesar de que la expresión del joven es abiertamente despectiva, Zheng hace un esfuerzo y prosigue:

–He venido a preguntar si hay algo que usted pueda hacer para ayudar a mi sobrino. Está arrepentido de veras. Por ese motivo, cuando se enteró de que Hua había resultado gravemente herido, devolvió a la chica al instante e incluso pagó los gastos médicos...

–Querrá decir que intentó comprar su silencio –lo interrumpe el juez–. El caso parece serio. Mire la lista de lesiones que sufrió Hua: un brazo roto, dientes arrancados, varios cortes graves en la cara. Me resulta difícil creer que su muerte fuera algo accidental.

–Entiendo –dice lentamente Zheng–. De todos modos, le agradezco que haya perdido su tiempo hablando conmigo.

En su fuero interno, le alivia que su misión no haya tenido éxito. Cuando la señora Xue acudió a él, su primera reacción fue no querer tener nada que ver con el asunto. Sin embargo, cuando la mujer le rogó y suplicó, y sobre todo cuando dijo que la vida de Pan corría peligro, aceptó ayudar, en parte porque temía que el escándalo repercutiera sobre su propia familia, y también porque no podía permanecer tan incompasivo mientras su sobrino corría el riesgo de ser ejecutado. Zheng es un hombre que siempre ha seguido las reglas al pie de la letra. La noche anterior se durmió acosado por la sensación de estar obrando mal, y también por el temor de que su fechoría acabaría siendo descubierta de algún modo y castigada.

–Espere un minuto –dice el joven magistrado cuando Zheng llega a la puerta.

Este se detiene y se da la vuelta. El juez está sentado con la espalda recostada y las yemas de los dedos unidas, el mismo gesto que hizo cuando Zheng se presentó.

–He dicho que se trata de un caso serio, pero no que sea un caso perdido.

Zheng retrocede un paso, preguntándose si la renuencia de Yucun era fingida con el fin de obtener un soborno.

–¿Qué quiere decir?

El joven vuelve a repasar sus papeles.

–El testimonio no es del todo concluyente. Puedo ver ciertas incoherencias en los argumentos de la acusación. En los próximos días llamaré a declarar a los testigos: a los que estuvieron presentes en

la pelea...

–Los únicos que estaban allí eran los sirvientes de mi sobrino –dice Zheng.

–Interrogaré a los testigos para ver quién propinó el primer golpe –añade el juez como si no hubiera oído nada–. También haré algunas preguntas para determinar si su sobrino actuó en defensa propia. Pediré un examen del cadáver y un informe del forense. Por último, interrogaré al médico de Zhang Hua sobre sus heridas y su estado de salud general. –Levanta la vista de sus papeles–. Ya le avisaré si surge algo. ¿Por qué no regresa dentro de unos días?

Zheng duda. No sabe cómo tomarse este cambio radical del juez.

–Se está tomando demasiadas molestias por nuestra culpa. Seguro que hay algo que podamos hacer por usted...

El joven le corta con brusquedad, levantándose de la silla.

–Solo estoy cumpliendo con mi deber. No hay ninguna necesidad de ofrecerme nada. Y, en cualquier caso, no lo aceptaría.

Aunque nadie admitiría abiertamente un soborno, la respuesta de Yucun parece lo bastante tajante como para ser una negativa de verdad. Zheng puede reconocer que el funcionario es suficientemente listo como para no arriesgar su carrera por unos pocos miles de taeles.

Yucun vuelve a examinar los documentos que tiene en la mesa. Con un gesto de la cabeza, despide a Zheng.

–Recuerde lo que le he dicho. Vuelva en unos días.

Xifeng lleva con retraso las tareas de organización del hogar, así que se queda a trabajar sin descanso después de comer, mientras las demás echan la siesta. Hasta Ping'er, su doncella, que tiene jaqueca, está tumbada en su pequeño dormitorio detrás de sus aposentos. Xifeng se sienta ante su escritorio, lleno de altas pilas de libros de cuentas encuadernados en tela, y anota los gastos en carbón del palacio del último mes, moviendo con rapidez las cuentas de madera de su ábaco con los dedos. Alguien tose en la puerta. Xifeng alza la vista.

Es la señora Lai, una de las doncellas principales.

–Las porteras me dijeron que estaría usted aquí repartiendo las tablillas.

–¿Qué quieres?

La señora Lai le entrega una hoja en la que se solicita permiso para pedir papel para las ventanas del estudio de Baoyu en la parte exterior de la mansión. Xifeng comprueba la cantidad de papel requerida antes de anotarla en uno de los libros de cuentas. Abre una caja cerrada con llave en su escritorio y saca una tablilla de bambú.

–Ve a encargarlo –dice entregando la tablilla a la señora Lai–. Pero recuerda, no te daré la tablilla que autoriza el pago hasta que se reciba la mercancía.

–Por supuesto. Le traeré el recibo cuando llegue el papel.

–Una cosa más. ¿Puedes mandarme a Otoño?

Cuando la señora Lai regresa con Otoño, una de las criadas jóvenes de los aposentos, Xifeng confirma sus sospechas a primera vista. Otoño no se atreve a mirarla a los ojos, aunque su gesto es a la vez temeroso y desafiante.

Xifeng recuesta la espalda en la silla, contemplando a la criada.

–Es la segunda vez que se echa algo en falta después de tu turno.

Capta un tic de temor en el cuerpo escuálido de la criada, suprimido velozmente.

–Primero fueron dos docenas de velas –añade Xifeng–. Ahora se trata de más de medio kilo de jabón. Quizá piensas que como hay tantas cosas caras en el palacio, nadie se dará cuenta si algo desaparece.

–Oh, no, señora. De verdad, no tengo ni idea de dónde han ido a parar esas cosas. Igual se las llevó otra persona.

–¡Otra persona, encima! –La señora Lai suelta una risa sarcástica–. Las demás criadas llevan aquí más de dos o tres años. ¡Las cosas no empezaron a desaparecer hasta que llegaste tú!

Es cierto. Nunca habían tenido problemas de este tipo hasta hace cuatro o cinco meses, cuando la dama Jia le entregó a Otoño a Xifeng. La Anciana Dama imaginaba que Otoño podría ser una buena doncella: es inusualmente hermosa, espabilada y bien hablada. A Xifeng le desagradaron desde el principio esos ojos alargados que miraban de reojo, pero como fue un regalo de la dama Jia es imposible despedirla.

Lian, el marido de Xifeng, entra en la estancia. Casi nunca vuelve a los aposentos antes de la cena.

–¿Qué sucede? –pregunta Xifeng, levantándose de un salto.

–Nada. Estoy cansado, sin más. Voy a echarme una siesta –dice desapareciendo por el vestíbulo hacia su dormitorio.

Xifeng se dirige a Otoño.

–La última vez te dije lo que sucedería si volvía a faltar algo. –Mira a la señora Lai–. Dale veinte azotes con la vara de bambú y quítale un mes de paga.

Otoño cae de rodillas y empieza a suplicar y sollozar.

–Si sigues armando escándalo, haré que sean treinta. Ahora, llévatela.

La señora Lai arrastra a Otoño. Xifeng anota el descuento del sueldo de la criada en uno de los libros de cuentas y devuelve escrupulosamente la cantidad al presupuesto disponible del mes. Es consciente de que, de estar en su lugar, mucha gente simplemente se guardaría en el bolsillo los dos taeles, pero ella no se dignaría a rebajarse de ese modo. Cierra el libro de cuentas y corre al dormitorio.

Lian está sentado en el borde del *kang* desatándose el cinto y despojándose de la túnica. Xifeng se arrodilla para quitarle los zapatos y los calcetines.

–¿Te encuentras mal?

–Estoy bien. ¿Qué estaba pasando ahí fuera?

–Es la segunda vez que pillamos a esa criada robando. Solo estaba dándole una lección.

–Tienes que ser menos dura con las sirvientas.

Su tono es bastante suave, pero aun así la crítica exaspera a Xifeng.

–No te haces idea de lo difícil que es mantener el orden y el respeto en esta casa –le dice–. No soy más que una *xifu*, una hija política. –No menciona que su incapacidad para dar un hijo a la familia hace que su estatus sea aún más bajo–. Si mostrara la más mínima debilidad, todos saltarían sobre mí como un banco de tiburones. Es bueno que todo el mundo sepa que le caigo bien a la dama Jia. De lo contrario, no habría llegado hasta aquí.

Lian hace un gesto de indiferencia, sin dignarse a responder. Cuando le ayuda a quitarse la túnica, Xifeng repara en unas cuantas zonas de piel enrojecida y seca en los brazos de su marido.

–Tu eccema está rebrotando. ¿Quieres que te ponga lirio rosa?

–De acuerdo.

Le quita la túnica y rocía las palmas de sus manos con polvo de lirio rosa. Se arrodilla detrás de él en el *kang* y frota el polvo en su espalda suave y lampiña y en sus hombros anchos. Al principio de su adolescencia, Lian adoraba todos los deportes: tiro con arco, equitación, esgrima..., pero se vio obligado a abandonarlos para estudiar los exámenes. Xifeng recuerda lo atractivo que le pareció la primera vez que lo vio, cuando ella levantó una esquinita de su velo nupcial y lo miró desde detrás de la cortina de su palanquín. Ahora es demasiado vago como para hacer ejercicio, y prefiere pasar su tiempo libre jugando y bebiendo. Aunque conserva su complexión atlética, una flacidez en expansión se ha formado alrededor de su vientre, que se agita un poco cuando ella frota sus hombros.

Normalmente, cuando ella extiende el lirio rosa por su pecho y su vientre, nota que el cuerpo de Lian se relaja bajo sus dedos. Hoy, sus músculos siguen tensos.

–¿Qué sucede?

–Nada.

–¿De verdad?

Xifeng se inclina para aplicar el polvo en sus muslos y pantorrillas. Pasado un momento, su marido dice de mala gana:

–Bueno, si tanto quieres saberlo, ahora que tío Zheng ha vuelto, querrá repasar las cuentas conmigo.

Xifeng asiente, comprendiendo la razón de la preocupación de su esposo. Cuando Lian suspendió los exámenes, se le asignó la tarea de administrar las propiedades agrícolas de la familia en el sur. Se supone que debe llevar un registro de las rentas, cosechas, gastos de explotación, impuestos y salarios. Pero su marido no tiene buena cabeza para los números ni la paciencia necesaria para repasar los recibos y registros todos los meses. Cada vez que a tío Zheng se le ocurre preguntar por las cuentas, la negligencia y el desorden de Lian se ponen en evidencia. Tío Zheng le grita y le llama vago. Pero al final nada cambia porque, sospecha Xifeng, el mismo tío Zheng tampoco tiene mucha idea sobre cómo administrar sus propiedades.

–Yo podría ayudarte –dice con timidez.

Siempre ha sido rápida con los números, y ha aprendido un sistema para registrar ingresos y gastos a la perfección. Aunque organizar un hogar es cosa de mujeres, sospecha que la administración de una propiedad agrícola implica unos principios similares.

–No, gracias –dice Lian, cortante.

Por supuesto, Xifeng ha hecho mal al proponérselo. Su marido nunca ha sido capaz de aceptar que sea más inteligente que él. Cuando la dama Jia elogia el modo en que ella administra la casa, siempre nota que se molesta, celoso por no ser merecedor de esas alabanzas.

Lian parece arrepentirse de su brusquedad, y cambia de tema.

–¿Qué te parece Daiyu?

–Si quiere sobrevivir aquí, más le vale aprender a caerle bien a la Anciana Dama.

–Baoyu parecía bastante encandilado de ella. Siempre he oído decir que las chicas del sur tienen un atractivo lánguido especial...

Xifeng siente una punzada de celos.

–No seas ridículo. Ella no es del sur de verdad. Su madre era tu tía Min, a fin de cuentas. Solo se fueron al sur porque su padre fue destinado allí.

–Aun así, tiene algo. Tío Lin es del sur, ¿no?

Xifeng se limpia el lirio rosa de las manos y extiende las sábanas para él.

–¿Por qué no te tumbas ya?

Lian se estira en ropa interior, pero en lugar de cerrar los ojos, la mira.

–¿Qué pasa? –dice Xifeng, sintiendo una premonición.

Lian aparta la mirada de ella.

–¿Cuánto hace que tuviste el aborto? –pregunta de repente.

La mención a su aborto hace que se estremezca. Sabe lo que se avecina y la inunda un temor que raya con el pánico.

–Un año y cuatro meses.

–Más que eso, ¿no? Yo diría que hace casi dos años.

–No, fue la pasada primavera. Me acuerdo porque Baoyu estaba pensando en presentarse a los exámenes, y justo se puso enfermo...

Lian levanta la mano como si no tuviera paciencia para escuchar los detalles.

–Creo que debería buscarme una concubina.

Xifeng se abraza al cuello de su esposo y entierra la cabeza en su pecho.

–No, por favor. Concédeme un poco más de tiempo. El doctor Wang me ha dado una medicina, y la tomo cada mes...

–No, escucha. –Lian la agarra por los hombros para que se vea forzada a mirarlo a la cara–.

Siempre actúas como si echarme otra mujer se tratara de un ataque contra ti, pero no lo es. Si tengo un hijo de otra esposa, se le seguiría considerando nuestro hijo, tuyo y mío. A ti se te llamaría «madre» y...

Xifeng forcejea y se aparta de él, moviendo la cabeza. Ha crecido en el palacio de la familia Wang y sabe lo que sucede cuando una primera esposa no puede tener hijos. El marido se vuelve a casar y favorece a las concubinas que le dan descendencia. Luego los hijos se hacen mayores y hacen todo lo posible para apoyar a sus madres naturales sin ocultar su rencor hacia la primera esposa, a la que están obligados a llamar «madre». Mientras tanto, todo el mundo se burla de su esterilidad a sus espaldas. El hecho de que conserve los atributos y el título de maternidad no hace más que empeorar las cosas.

Xifeng se agarra al brazo de su marido.

–Por favor, dame un poco más de tiempo. Dos años...

Él aparta su brazo.

–Y luego ¿qué? Ya te prometí un año, y ahora me estás pidiendo otro. ¡Como si no pudieras tener hijos si me caso con otra!

Xifeng sacude la cabeza enérgicamente, volviendo a agarrar su brazo. Sabe que si su marido elige una concubina, tendrá que competir con una chica más joven y novedosa. Si ahora no consigue concebir, ¿no será mucho más difícil cuando solo se acueste con ella ocasionalmente? Las lágrimas comienzan a correr por su rostro, aunque odia llorar delante de él.

De nuevo, Lian se aparta de ella.

–Y luego ¿qué? –repite–. ¿Cuánto más tengo que esperar?

Xifeng siente que todo el viejo dolor resurge en su interior.

–Nunca te importó que perdiera al bebé –dice.

Recuerda el modo en que Lian fue a mirar a la pequeña criatura ensangrentada en el barreño. Con el índice separó sus piernecitas, y luego se alejó sin decir palabra cuando vio que era una niña. Xifeng nunca le ha perdonado.

Lian no se molesta en responder a su acusación.

–De nada sirve suplicar. Ya he tomado mi decisión.

Se viste rápidamente y sale de la habitación. Una vez que su marido se ha marchado, Xifeng permanece largo rato sentada, intentando detener su llanto. Cuando mira el reloj, ve que son más de las tres. La Anciana Dama ya se habrá levantado de su siesta. Siente un rayito de esperanza. Seguro que la Anciana Dama se pondrá de lado de su preferida. Sin lavarse la cara ni maquillarse, Xifeng se dirige apresurada al dormitorio de la dama Jia, que se encuentra sentada en la cama con el cabello gris como el hierro todavía suelto, mientras Ganso Blanco le da un masaje en las piernas. Xifeng sube al *kang* y se arrodilla ante la mujer.

–Anciana Dama.

Pensando que la dama Jia no será capaz de ver las manchas de lágrimas en su rostro, empieza a sollozar de nuevo.

–¿Qué sucede, Xifeng?

Xifeng sigue llorando. La Anciana Dama posa una mano nudosa sobre su hombro.

–Cuéntale a la Anciana Dama qué pasa. Ganso Blanco, ¿ves lo molesta que está la señora Lian? Tráele un té. Ahora, cuéntame qué ha pasado.

–Lian se ha cansado de mí. Quiere buscar una nueva mujer para reemplazarme. –Se cubre la cara

con las manos—. Anciana Dama, no sabe lo que me esfuerzo por servirle y complacerlo. Todo lo que hago es para hacerle feliz...

Mirando entre sus dedos, Xifeng advierte que el gesto de la dama Jia es más perspicaz que comprensivo. Intenta una nueva táctica:

—No es que yo piense que no debe casarse con otra. Es solo... ¿Por qué tiene que ser tan pronto? Apenas llevamos casados unos años.

—Tiene que ser tan pronto porque todavía no le has dado un vástago. —La voz de la dama Jia es tan seca como el crujido de las hojas de otoño—. Me sorprende que alguien tan inteligente como tú no sea más razonable. No puedes esperar ser esposa única en una familia como esta. Si querías ser esposa única, tendrías que haberte casado con una familia de clase más baja.

—Usted fue esposa única.

—Yo le di a mi marido tres hijos, dos de ellos varones —dice la dama Jia, con aún más sequedad—. Solo te lo digo por tu bien. No querrás que la gente diga que eres una arpía celosa, ¿verdad?

—Ya lo dicen, de todos modos.

—Más motivo entonces para no darles razones para que sigan hablando. Hace tiempo que quería conversar de esto contigo. ¿Qué te parece si mando venir a Lian para que podamos arreglar el asunto?

—Pero él no sabe que he acudido a usted... —dice Xifeng, que empieza a sentir que la situación se le escapa de las manos.

Ignorándola, la dama Jia envía a Ganso Blanco a buscar a Lian.

—Vamos, ayúdame a salir a la sala.

A Xifeng no le queda otra opción que ayudar a la Anciana Dama a bajar del *kang*. Cuando llegan a la sala, Xifeng ve que hay cuatro criadas barriendo y limpiando el polvo, y entonces entiende. La Anciana Dama sabe que si discuten del asunto delante de las sirvientas, Xifeng no pondrá pegas, por temor a perder prestigio.

Cuando llega Lian, la dama Jia comienza a hablar:

—Xifeng me dice que finalmente has decidido buscar una concubina. Ya era hora.

Una expresión triunfal cruza el rostro de Lian al darse cuenta de que la Anciana Dama está de su parte.

—Sí, es nuestro deseo darte otro heredero cuanto antes.

Consciente de que las criadas están escuchando con avidez, Xifeng se fuerza a sonreír y asiente.

—¿Cuánto crees que costará? —pregunta la Anciana Dama.

—Ese es el único problema —se apresura a decir Xifeng, aferrándose a la menor oportunidad de salvación—. Como poco costaría doscientos o trescientos taeles. Me temo que por ahora no disponemos de esa cantidad de dinero en efectivo. Quizá sea mejor posponerlo para dentro de unos meses.

—Lo pagaré yo —dice la dama Jia—. Ganso Blanco, ve y trae trescientos taeles de mi cuarto.

Xifeng sabe que el cuarto de la Anciana Dama está lleno de dinero y tesoros que ha ido acumulando a lo largo de los años, ocultos en todos los armarios y baúles alineados contra las paredes. Ganso Blanco resulta indispensable porque solo ella recuerda dónde está todo.

—Un momento —dice Lian. Parece tan cohibido y disgustado que Xifeng se pregunta qué más podrá querer.

—¿Sí? —pregunta la Anciana Dama.

–Pues resulta... –balbucea– que ya he pensado en alguien.

–¿Quién es?

Lian mira al suelo y dice:

–Quiero a Ping'er.

Xifeng se queda boquiabierta. Se siente enfermar al recordar que los descubrió flirteando dos semanas atrás.

La Anciana Dama, tras un primer momento de sorpresa, parece complacida.

–¡Es una idea magnífica! Ping'er es una chica encantadora. Siempre he dicho que es una pena que haya nacido criada. –Se ríe–. ¡Y no hay peligro de que se lleve mal con Xifeng!

Una ola de amargura inunda a Xifeng. Se parece un poco al ardor de los celos, pero no son celos; y si lo son, no está segura de quién los provoca. No sabe qué es lo que más le duele, si compartir a Lian con Ping'er o compartir a Ping'er con Lian. ¿Es que la Anciana Dama no se da cuenta de que permitir a Lian adueñarse de su doncella supone robarle su paz? Ping'er es la única persona en toda la casa en quien confía Xifeng.

Con un esfuerzo desesperado por controlarse, consigue hablar con calma:

–Has olvidado una cosa. Ping'er es mi criada personal. No puedo prescindir de ella.

–Eso no es un problema. –Ahora que cuenta con el apoyo de la Anciana Dama, Lian se muestra altanero y relajado–. ¿Por qué no te quedas los trescientos taeles? Es más que suficiente para adquirir media docena de criadas.

–¿Crees que es tan fácil? Ping'er no es una criada cualquiera. Llevo años enseñándole a ayudarme a administrar el hogar.

–Tengo una idea –dice Lian, como si estuviera siendo muy generoso–. Incluso después de casados, ella puede seguir ayudándote.

–No puede encargarse de todo lo que necesito si tiene que preocuparse de servirte...

–¿Y si te doy a Sol Nublado? –interrumpe la dama Jia–. De ese modo podrás prescindir de Ping'er.

Como la Anciana Dama parece estar concediéndole un gran beneficio –Sol Nublado es una de sus criadas más antiguas–, parece imposible negarse.

La Anciana Dama toma su silencio como una aceptación.

–Bien, ya está acordado. Ganso Blanco, llama a Ping'er para que podamos informarle de su buena fortuna.

Xifeng empieza a desesperarse, como si estuviera arrastrándose colina arriba por una montaña cuyas rocas se desmoronan. Su única esperanza es que la doncella se niegue.

Ping'er aparece al instante, con aspecto asustado. Se postra en un *koutou* ante la Anciana Dama.

–Verás, Ping'er, se te concede una gran oportunidad.

La muchacha no dice nada y retuerce nerviosa las manos.

–Tu amo Lian se ha encaprichado de ti. Está planeando convertirte en su número dos. ¿Qué piensas?

Ping'er lanza una mirada suplicante a Xifeng. Incluso ante los ojos suspicaces de su ama, la doncella no manifiesta la más mínima señal de triunfo o placer. Parece desdichada.

–Venga, Ping'er –insiste la dama Jia–. ¿Por qué no realizas un *koutou* ante el amo Lian para agradecerle el gran honor que te está haciendo?

Finalmente, Ping'er susurra:

–Solo si mi ama da su aprobación.

–No tienes que preocuparte por eso –dice la dama Jia–. Tu ama está de acuerdo. El amo Lian ha aceptado permitir que continúes al servicio de Xifeng, para que no sientas que la estás abandonando.

–Pero... –La muchacha todavía alberga dudas. Vuelve a mirar a Xifeng–. ¿Está usted segura?

Ping'er está dándole otra oportunidad, pero Xifeng no es capaz de admitir su debilidad. Es demasiado consciente de las criadas que se mueven a su alrededor, procurando hacer su trabajo en el mayor de los silencios para poder captar hasta la última palabra. No importa lo duro que trabaje para administrar el hogar, todas la odian por su severidad. Esperan impacientes la hora en que muestre un signo de debilidad para poder atacarla.

Alza los hombros, fingiendo indiferencia.

–No me importa –dice. Luego se dirige a Lian–: Creo que podrías escoger a una chica bastante más guapa y joven que Ping'er. Pero si eso es lo que deseas, adelante.

Lian sonríe a Ping'er, sin hacer caso a la pulla de Xifeng.

–Ya lo has oído. No le importa. –Aferra la mano de Ping'er–. Voy a consultar con un astrólogo sobre la fecha propicia para la boda.



–¿Por qué no le dijiste que no querías? –dice Xifeng cuando se queda a solas con Ping'er en sus aposentos.

La doncella la mira fijamente:

–¿Cómo iba a hacerlo? No soy más que una esclava.

Xifeng sabe que está siendo injusta al esperar que Ping'er se opusiera a Lian y a la Anciana Dama cuando ella misma no ha sido capaz de hacerlo.

–Supongo que era una oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar. De criada a señora... ¡Menudo ascenso!

Ping'er se echa a llorar.

–No es justo. ¿Por qué no se negó usted?

Xifeng no puede explicarle que la Anciana Dama la acorraló para que discutiera el matrimonio de Lian en presencia de las sirvientas, y que después le ofreció su dinero y a su propia criada para que le resultara imposible negarse.

–¿Cómo iba a hacerlo?

–Con solo decir que no, el tema se habría zanjado...

–Lo dije al principio, pero luego...

–Tendría que haberse mantenido firme. –La doncella habla con un tono tan socarrón como Xifeng momentos antes–. Pero no, usted prefería quedar como la nuera perfecta, la favorita de la dama Jia, a la que nadie puede criticar...

Xifeng propina una bofetada a Ping'er.

–¡Baochai, buenas noticias! –grita la señora Xue cuando su hija entra en sus aposentos después del desayuno–. ¡Zheng acaba de decirme que el asunto de Pan está arreglado!

–¿Arreglado? ¿Qué ha pasado?

–Todos los testigos declararon que el hijo del terrateniente dio el primer golpe, lo que justifica que Pan se defendiera. Y el médico afirmó que Zhang Hua padecía problemas crónicos de corazón, lo cual podría haber sido la causa de su muerte, en lugar de la paliza. De manera que el juez decidió que las pruebas eran insuficientes y retiró los cargos.

–¡Eso es magnífico! –dice Baochai.

Sin embargo, tras la primera oleada de alivio, se siente algo decepcionada. ¿Eso es todo? Su hermano ha matado a alguien. ¿Es verdad que puede salir impune? Intenta borrar esa sensación, sorprendida de su reacción.

–Sí, y todo gracias a Zheng –dice la señora Xue–. Nunca podremos estarle lo bastante agradecidas.

Baochai está cansada, cansada de vivir a la sombra de las interminables crisis y alarmas provocadas por Pan. Seguro que su madre también lo está.

–Madre –dice de repente.

–¿Sí?

–¿Alguna vez has pensado que mientras haya gente que lo ayude a salir de sus líos, Pan nunca afrontará las consecuencias de sus actos?

–Bueno, ¿qué quieres decir?

–Tal vez, si hubiese creído que de verdad podría ir a la cárcel, no le habría pegado una paliza a Zhang Hua.

–¡Qué vergüenza, Baochai! ¿En serio te gustaría ver cómo castigan a tu hermano? ¿Verlo sufrir?

Desconcertada por la expresión de sorpresa de su madre, Baochai se arrepiente de haber hablado.

En silencio, la señora Xue se instala en el *kang* y retoma su labor. Baochai se fija en que está arreglando una de las chaquetas de Pan. Baochai acerca lentamente su costurero y se pone también a coser.

–Creo que no lo entiendes, Baochai –dice finalmente su madre–. La naturaleza de una persona es algo innato. Tu hermano siempre ha andado metido en líos, incluso de bebé. En cuanto aprendió a gatear, lo tiraba todo: libros, muebles, manteles. Una vez se le cayó encima una tetera caliente y se hizo una quemadura terrible; por eso tiene esa cicatriz en el brazo. Entonces pensé que por fin aprendería la lección, pero en cuanto se recuperó siguió haciendo lo mismo. Luego, cuando creció, tu padre le pegaba cuando hacía el gamberro o descuidaba sus deberes. Pan lloraba y prometía rectificar, pero incluso antes de que se le curaran las heridas ya estaba de vuelta a las andadas. –La señora Xue se ríe un poco, y a Baochai le sorprende la ternura que aflora en su rostro–. Después de la muerte de tu padre, yo no tenía coraje para pegarle. Además, sabía que no serviría de nada.

La señora Xue parece reparar en el gesto de desaprobación de Baochai. Sonríe, y aferra la mano de su hija.

–Contigo sucede lo mismo. Incluso de bebé, eras igual que ahora. Nunca había visto ni imaginado

un bebé que llorara tan poco. Nada te molestaba. Y luego, a medida que crecías, aprendías todo tan rápido: a coser, a tejer, las labores del hogar... Tu padre te enseñó a leer y escribir, solo por diversión, y eras capaz de leer fragmentos enteros del *Clásico de los tres caracteres* cuando no tenías más que cuatro años. ¡Qué orgulloso estaba él de ti! –La señora Xue sonríe al recordar el pasado–. Pan ya tenía ocho o nueve, y todavía le costaba escribir su propio nombre. Tu padre y yo bromeábamos sobre el asunto: teníamos un hijo que nunca nos daría un instante de paz, y una hija que nunca nos daría ni un instante de preocupación.

Su madre le aprieta la mano con cariño, y Baochai se ve forzada a devolverle el afecto. Se siente oprimida por el peso de ser la hija perfecta. Tiene casi diecinueve años, y no puede evitar preguntarse hasta qué punto sus perspectivas de futuro se verán afectadas por los problemas de su hermano.

–He estado pensando en qué hacer con él –dice–. No es bueno que se dedique a divertirse por la Capital sin nada que hacer. Solo conseguirá meterse en más líos.

–¿Y qué otra cosa podemos hacer?

–¿Por qué no intentamos que uno de los antiguos empleados de padre lo lleve al sur este otoño a comprar provisiones? El viejo Feng sabrá cómo mantenerlo a raya.

La señora Xue parece dudar.

–¿Aceptará ir?

–Tal vez intente oponerse, pero seguro que puedes obligarlo a ir, con todos los problemas que ha causado.

–Tienes razón. Además, después de todo esto, lo mejor para él será que pase un tiempo lejos de la Capital.

Alguien llama desde el otro lado de la cortina que hace de puerta.

–¡Tía! ¡Prima! –Daiyu asoma la cabeza–. ¿Puedo pasar con vosotras? –dice, con rostro abstraído.

Baochai se ríe del modo en que Daiyu permanece ahí parada, como insegura de ser bienvenida.

–Pasa. ¿De qué tienes miedo?

–No sabía si estabais ocupadas.

Baochai y su madre se bajan del *kang* para darle la bienvenida.

–Pues claro que no –dice la señora Xue–. Y aunque así fuera, estaríamos encantadas de recibir tu visita. ¡Puesta de Sol! –llama. La doncella aparece desde uno de los cuartos de atrás–. Prepara té para la señorita Lin. Y saca esos pastelitos que nos envió la condesa de Zhenguo.

Conducen a Daiyu al *kang*. Baochai está contenta de que haya venido; le cayó bien desde el principio. Aunque parece callada y tímida en las comidas, percibe cierta agudeza en ella, una chispa de la que carecen las demás.

–Seguro que el clima aquí te resulta terriblemente seco y polvoriento, después de vivir en el sur –dice la señora Xue.

Daiyu la mira con curiosidad:

–¿Ha vivido usted en el sur?

–Somos de Nanjing. Nos mudamos a la Capital hace unos años.

–¡Nanjing! Mis padres me llevaron cuando era niña. Recuerdo que estuve jugando cerca de los animales de piedra en Mingxiao Ling.

–Mingxiao Ling –dice Baochai–. Recuerdo que yo también quería jugar allí cuando era pequeña. –Se vuelve hacia su madre, riendo–. Pero tú nunca me dejabas. Decías que no era adecuado jugar

cerca de un mausoleo imperial.

Daiyu también se ríe.

–Probablemente mi madre también me decía que parara, solo que yo no le hacía caso. ¿Por qué dejasteis Nanjing para venir aquí?

Dado que no desea explicar que se fueron debido a los escándalos de su hermano Pan, Baochai trata de buscar una excusa. Por fortuna, su madre dice:

–Después de la muerte de mi marido, pasábamos mucho tiempo aquí para poder estar junto a mi hermana, la dama Wang. Era la madre de Baoyu.

–Entiendo. –Daiyu sonrío a Baochai–. Así que tú también eres prima de Baoyu. Eso quiere decir que nosotras también somos primas. –Mira a la señora Xue–. Pero la madre de Baoyu murió hace años, ¿no es cierto?

–Sí –suspira la señora Xue–. Las cosas eran muy distintas aquí cuando mi hermana estaba viva. Después de su muerte, todo el ambiente de la casa cambió. Los padres de Lian también están muertos. Normalmente, son las madres las que mantienen unida a la familia.

Ante este último comentario, los ojos de Daiyu se llenan de lágrimas. La señora Xue se percata y pasa un brazo sobre sus hombros.

–Debes de echar muchísimo de menos a tu madre.

–Sueño con ella todo el tiempo. Sueño que sigue viva, y que estamos en casa, en Suzhou, juntas, lavando los platos o dando de comer a las gallinas..., y entonces me despierto y me doy cuenta de que no está. –Daiyu alza la vista y mira a la cara a la señora Xue–. ¿Conoció usted a mi madre cuando era joven? ¿Cómo era?

–La vi por primera vez cuando mi hermana se casó con Zheng. Llevaba un vestido verde, y era tan grácil como un junco mecido por el viento. Mi hermana le tomó mucho cariño antes de que tu madre se marchara al sur con tu padre. Siempre decía que Min era tan cariñosa y alegre...

Puesta de Sol entra portando el té y unas cajas de comida en una bandeja. Daiyu deja de llorar y se seca la cara con la manga.

–Son pastelitos de mazapán hechos con raíces de loto y flores de casia azucaradas –dice la señora Xue, abriendo las cajas–. ¿Quieres uno? Me temo que has perdido peso desde que llegaste aquí.

–Lo dudo. La comida es tan rica que no creo que quepa en mi ropa cuando tenga que volver a casa.

–¡No tienes que preocuparte por eso! Para empezar, estás muy delgada –dice Baochai, riendo–. ¡Las personas como yo somos quienes nos tenemos que preocupar!

–Esperaba que las cosas serían más fáciles para ti aquí en Rongguo –dice la señora Xue–. Que estar en un sitio nuevo te ayudaría a pensar en otras cosas. ¿Qué te parece tener todas estas primas nuevas para jugar?

–La verdad es que casi no las veo.

–¿Cómo es posible?

–Todas viven en el Jardín, pero yo estoy en casa de la dama Jia. Ni siquiera sé lo que hacen durante el día.

Baochai se da cuenta de que ha estado demasiado preocupada con los problemas de su hermano como para fijarse en que Daiyu estaba siendo excluida.

–Tengo una idea. ¿Por qué no vienes a vivir conmigo?

Una sonrisa cruza el rostro todavía manchado por las lágrimas de Daiyu, como si no pudiera creer su buena fortuna.

–¿Lo dices en serio?

–¿Por qué no? –A Baochai la adula el entusiasmo de Daiyu—. Tengo mucho sitio. Hay un dormitorio libre al fondo del vestíbulo.

–Es una idea maravillosa –exclama con afecto la señora Xue—. Las dos os podéis hacer compañía. Baochai siempre ha querido tener una hermana.

–Sí, es cierto –dice Baochai—. Como mi hermano Pan era mucho mayor, siempre quise una niña con la que jugar.

–¡Me encantaría! –dice Daiyu—. Pero ¿me lo permitirán?

–Tendremos que pedírselo a Xifeng. Pero no veo ningún motivo por el que pueda negarse...

En ese momento escuchan una risotada en el patio. Xifeng entra trayendo un bulto. Daiyu mira a Baochai. «Hablando del general Cao, por la puerta asoma», cita con una risa.

Cuando la señora Xue manda a Puesta de Sol que sirva más té y pasteles, Baochai le dice a la recién llegada:

–Queríamos preguntarte si la prima Lin podría instalarse conmigo en mis aposentos del Jardín.

Xifeng lo piensa por un momento.

–No veo por qué no. El único problema es que, como la prima Lin no tiene una criada personal, Ganso Blanco ha estado ayudándole. Y si se traslada allí, veo poco factible que pueda seguir haciéndolo.

–No pasa nada. Yo tengo dos sirvientes personales –dice Baochai—. Le cederé una de las mías.

–No se me ocurrirá privarte de tu criada –objeta Daiyu.

–Tonterías. No necesito dos criadas personales. Bien, ¡ya está arreglado!

Impulsivamente, Baochai aferra la mano de Daiyu y la aprieta. Xifeng abre su fardo.

–Estas son unas ropas que he preparado para ti, prima Lin – dice, sonriendo.

Dentro hay dos chaquetas, una de satén color granada forrada de armiño, la otra de seda verde puerro forrada de ardilla gris. Además hay un par de faldas acolchadas, una azul pizarra y la otra negra punteada con varias flores coloridas.

–En apenas unas semanas empezará a hacer frío, y temía que tus prendas no fueran lo bastante cálidas.

Baochai espera que Daiyu suelte una exclamación ante la belleza de las prendas y que dé las gracias con efusividad. Sin embargo, Daiyu palpa con los dedos la tela de su túnica estampada de flores y no se mueve para tocar las ropas.

–He traído prendas más abrigadas –dice con frialdad—. Es solo que no las he sacado todavía.

Baochai se da cuenta de que Daiyu se ha ofendido, tomándose el regalo como una sugerencia de que sus ropas son inapropiadas. Siente la necesidad de darle un codazo a Daiyu, de susurrarle que acepte las ropas. ¿No se da cuenta de lo poco inteligente que es ofender a alguien como Xifeng?

Finalmente, Daiyu esboza una sonrisa y consigue dar las gracias a Xifeng con bastante elegancia. Pero ya es demasiado tarde para borrar la pobre impresión que ha dejado.

–¡Mira esto! –Tanchun estalla en carcajadas al desenroscar un pergamino de la caja que Xifeng ha enviado.

Daiyu observa la pintura de una mujer entrada en carnes con algo que parece ser un vestido de metal. Tiene unos ojos azules de mirada fija y dos trenzas de cabello amarillo que cuelgan hasta su cintura.

–¿Quién es?

Baochai se acerca, Xichun se coloca detrás de ella.

–Es una imagen de una occidental, creo –dice Baochai–. Una vez mi padre vio a una, una chica, cuando estaba visitando el puerto cerca de Shen. Dice que intentó hablar con ella en chino, y que la muchacha supo contestarle.

–¿Por qué lleva una espada? –pregunta Daiyu.

–Creo que es una guerrera –dice Baochai–. Por eso sus ropas son de metal. Es una especie de armadura.

–Mira qué pálidos son sus ojos –se ríe Xichun.

–¿Cómo demonios consiguió Xifeng algo así? –dice Baochai.

–Alguien se la daría al abuelo –responde Tanchun–. ¿Por qué no la cuelgas? –le pregunta jocosa a Daiyu. Esta se ríe.

–No, gracias. Prefiero la caligrafía.

Su nuevo dormitorio en los aposentos de Baochai está lleno de muebles, alfombras y ropa de cama enviada por Xifeng. Sus primas le están ayudando a amueblar la habitación. Libres de la presencia de adultos, se muestran alegres y despreocupadas, como las chicas que conocía Daiyu en la calle de la Calabaza, en su ciudad natal. Por la mañana se ha probado las ropas que le había dado Xifeng, y era incapaz de apartar los ojos de esa elegante desconocida que se reflejaba en el espejo. Rodeada por las parlanchinas de sus primas, se siente como una de ellas por primera vez.

–¡Venga, todas! –Baochai da unas palmadas–. Queremos terminar antes de la cena. ¿Por qué no ponemos estas baldas junto a la puerta, y la mesa al lado de la ventana?

La habitación es casi tan grande como la casa entera de los Lin en Suzhou, y Daiyu no sabe cómo disponer los enseres.

–Es una buena idea.

Xichun se arrodilla en el suelo para ayudarle a escoger un juego de té.

–Aquí hay uno bonito –dice, abriendo una caja forrada en seda–. Es de porcelana fina de color blanco dulce. Mira qué tapas tan preciosas. Cuando me case, quiero tener un conjunto como este.

–¿Quién va a querer casarse contigo? –interviene de repente Huan, el medio hermano de Baoyu.

Tanchun dice:

–¿Qué estás haciendo aquí? ¿No se supone que tendrías que estar en la escuela?

–El maestro nos dejó salir antes –dice Huan, molesto con el tono autoritario de su hermana–. He venido a ver a nuestra madre.

Tanchun frunce el ceño.

–¿Cuántas veces tengo que decirte que no te refieras a ella como si fuera también mi madre? Mi

madre era la dama Wang.

–De acuerdo. *Mi* madre, entonces. –Huan mira a Daiyu y se dirige a ella por primera vez–. Así que tú te instalas aquí también. Tienes suerte. Me encantaría poder vivir aquí.

Nadie más se hace eco de su deseo. Daiyu piensa en cuánto debe de dolerle a Huan ver cómo Baoyu vive colmado de privilegios que a él se le niegan.

Huan dice:

–¿Puedo tomar un té?

Baochai le dice a Oriole, la doncella:

–Prepara un poco de ese té llamado Cejas de Patriarca.

–¿Por qué no haces algo útil? –le pregunta Tanchun a su hermano–. ¿No ves que estamos ocupadas ordenando los muebles?

Mientras las criadas mueven las baldas, Oriole regresa con una taza de té. Huan da un pequeño sorbo y luego se agacha para mirar las alfombras enrolladas en el suelo.

–¿Cuál vas a poner en el *kang*? –le pregunta a Daiyu.

–Me gusta esa roja.

–¿La de Cachemira? Es bonita. ¿Y qué te parece esta verde? Es persa. Es incluso más bonita.

Al desenrollarla, golpea con el codo la taza de té que había dejado al borde de la mesa, que cae al suelo y se rompe en media docena de trozos.

–Lo siento –se apresura a decir Huan, pero Tanchun lo interrumpe:

–¡Serás patán y torpe!

–He dicho que lo siento...

–Además, era una bonita taza de porcelana Ru. Más te vale hacer un *koutou* ante la prima Baochai por haberla roto.

La actitud arrepentida de Huan se desvanece ante las bravatas de Tanchun.

–¡Como si la Señorita Oro no pudiera permitirse una nueva! –dice con una risita.

Sorprendida ante el extraño apodo, Daiyu le pregunta a Baochai:

–¿Qué te ha llamado?

Baochai evita su mirada, pero Huan repite:

–Señorita Oro.

–¿Por qué te llama eso? –pregunta Daiyu, ansiosa por que la instruyan en las historias íntimas de las relaciones entre sus primos.

Baochai sigue sin contestar.

–¿Por qué no le pides que te deje ver su colgante de oro? –dice Huan, burlón.

Baochai parece molesta, pero ante la mirada inquisitiva de Daiyu, se desabrocha los botones superiores de su túnica azul oscuro y muestra un colgante con forma de nube ribeteado por gemas brillantes.

–Tiene algo escrito –Daiyu entorna los ojos para descifrar los minúsculos caracteres.

–Dice «Nunca me dejes, nunca me abandones; y disfrutarás de una rica vejez» –le explica Baochai–. De pequeña era muy enfermiza. Mis padres le pidieron a un monje mendicante que me leyera el futuro. Me dio estas palabras, y dijo que había que tallarlas en algo de oro porque, de los cinco elementos, yo poseía muy poco metal. Dijo que tenía que llevarlo todos los días. – Vuelve a ocultarlo debajo de sus ropas–. Para ser sincera, no lo llevaría si no fuera por eso. Es tan pesado que siempre está chocando contra mi pecho.

Como casi nunca tiene celos de la opulencia que la rodea, Daiyu se sorprende al sentir una aguda punzada de envidia.

–Qué casa tan extraña. Parece que aquí todos tienen algo especial que llevar al cuello. Me siento un poco excluida.

Baochai la mira con una repentina intensidad.

–¿Te refieres a Baoyu?

–Por supuesto.

–No es lo mismo, en absoluto –se apresura a decir Baochai–. Él nació con su jade. A mí esto me lo dieron.

Aun así, su tono es cohibido. Daiyu sospecha que Baochai siente un vínculo especial con Baoyu debido a los colgantes que ambos llevan. ¿Cómo dice ese antiguo refrán? «Oro y jade hacen una pareja perfecta.» Intenta descubrir alguna emoción en el rostro sin mácula de Baochai, pero, como siempre, lo encuentra sereno e inescrutable. Quizá se precipitó al leer unos sentimientos hacia Baoyu en la actitud de Baochai; o bien, se dice, probablemente no haya una sola chica, criada o ama, dentro de las paredes de Rongguo, que no abrigue sueños secretos por él.

Justo en ese momento, el propio Baoyu entra en la habitación.

–Oh, bien. Ya has vuelto. Hoy hemos comido tu pudin favorito –le dice Tanchun–. Encargué a Ganso Blanco que te guardara un trozo.

–¿Te refieres a esa crema de almendras? –Baoyu posa un brazo despreocupado sobre el hombro de su medio hermana–. Muy dulce por tu parte.

Lleva unas botas altas negras y una capa de camelote, como si acabara de volver a casa en caballo.

Baochai ordena a Oriole traer más té y aperitivos mientras Baoyu se lanza sobre una silla y mira a su alrededor.

–No parece que hayas hecho muchos avances –le dice a Daiyu.

–Acabamos de decidir dónde poner los muebles –dice ella.

Tras suspirar, Baoyu se incorpora apoyándose en los reposabrazos, como si estuviera agotado.

–¿Qué puedo hacer?

–¿Vas a colaborar? Todavía estás con tus ropas de calle.

–Pues claro. –Se fija en la alfombra roja de Cachemira a medio desenrollar y se la echa al hombro–. ¿Quieres poner esto en el *kang*?

–¿Qué tal esa verde? –dice Huan.

Baoyu lo mira por encima del hombro.

–Esta es de una calidad mucho mejor.

La desenrolla sobre el *kang* y luego se deja caer encima, usando sus manos de almohada.

–Estoy descansando de mis tareas.

Cuando Oriole entra con las cajas de comida, Baoyu la llama:

–Tráelas aquí. Eso es, buena chica. Ponlas a mi lado.

Entre risitas, la criada prepara una pequeña mesa en el *kang* a su lado, y coloca encima las cajas de comida.

–¡Mmm! ¡Buñuelos de tofu! –Toma uno con los dedos.

La criada le da una palmada juguetona en la mano.

–¡Coma con educación, amo Baoyu! Espere a que le traiga un plato y palillos.

Pasado un momento, vuelve con una bandeja llena.

—Aquí tiene, señor Baoyu. —Le entrega un plato, palillos y una servilleta—. Y aquí tiene una vela, también, ¡para que vea mejor!

—Sí, está oscureciendo —dice Baochai, mirando el patio sumido en la penumbra—. Mejor que nos demos prisa si queremos acabar antes de la cena.

Ordena a las criadas que pongan la ropa de Daiyu en el armario, y le dice a esta que elija un juego de cortinas de cama.

—Yo te colocaré los libros en las estanterías —dice Tanchun.

Daiyu acaba de elegir unas cortinas para la cama de un color verde claro, cuando Tanchun exclama:

—Está ya tan oscuro que no puedo leer los títulos para ordenarlos. Tráeme esa vela, Huan —dice, señalando la candela que está junto a Baoyu.

Huan se sube al *kang* para agarrarla. Tiene que rodear a gatas a Baoyu, que sigue tirado de espaldas comiendo un buñuelo mientras conversa con Xichun a su lado. Cuando Huan pasa de rodillas alrededor de Baoyu con el portavelas en la mano, Daiyu capta entre la luz amarillenta un gesto extraño en el rostro del muchacho. De repente, la vela se vuelca sobre Baoyu, que suelta un grito ronco y se lleva los brazos a la cara. Alguien chilla. Daiyu se queda petrificada al ver la expresión de Huan. ¡Lo ha hecho a propósito! Sube apresuradamente al *kang* tras las demás.

—¿Estás bien? —llora Baochai, inclinándose sobre Baoyu.

Lentamente, Baoyu aparta los brazos de la cara. Tiene el lado derecho del rostro, desde la frente hasta la mejilla, cubierto de cera endurecida sobre la piel. Horrorizada, Daiyu aparta la vista. Una de las criadas se echa a llorar.

—No pasa nada —dice Baoyu. A Daiyu le sorprende lo tranquila que suena su voz.

—Oriole, trae aceite de almendras —dice Baochai, que ha recobrado la compostura y, aunque habla más rápido de lo normal, su voz es igualmente tranquila.

Cuando Oriole trae el aceite, Baochai vierte el frasco entero en su pañuelo. Daiyu hace un esfuerzo por observar cómo Baochai extiende el aceite sobre la cera, que se reblandece y se resquebraja, revelando la piel cubierta con ampollas rojas que hay debajo. Baoyu abre lentamente el ojo derecho, y mueve el párpado hinchado.

—¿Ves? —dice Baochai.

—Sí, estoy bien.

—¡Gracias al cielo! ¡Si no hubieras tenido el ojo cerrado habrías perdido la vista! —dice Tanchun, temblando. Se baja del *kang* y se acerca hasta Huan—. ¿Qué ha pasado?

Huan parece aturdido.

—No lo sé. Se me cayó de las manos.

—Xichun, tú estabas justo al lado —dice Tanchun—. Dinos qué ha sucedido.

Xichun parece asustada. Sacude la cabeza.

—No lo sé. No estaba prestando atención. Estábamos hablando y lo siguiente que vi es que Baoyu estaba gritando...

—Me choqué con él, y perdió el equilibrio —interviene Baoyu. Tiene los ojos cerrados. Baochai todavía está dándole toquécitos en la cara.

¿Cómo puede encubrir a Huan?, piensa Daiyu, indignada. ¿Es que no se ha dado cuenta? Se dispone a hablar, pero entonces comprende que tal vez Baoyu prefiera que guarde silencio delante de

tanta gente.

–¿Qué ocurre aquí? –Xifeng, seguida de Ganso Blanco, entra en la habitación. Cuando repara en Baoyu, su voz se vuelve más afilada–. ¿Qué te ha pasado en la cara?

Baoyu se sienta y comienza a explicarse. Xifeng se agacha para examinar su rostro.

–Guarda tus explicaciones para la Anciana Dama. –Se vuelve para mirar a los demás–. Me pregunto cuándo alguna de vosotras iba a tener la deferencia de informarme del accidente de Baoyu.

–No tuvimos tiempo. Sucedió de repente –protesta Tanchun.

–Vamos a llevarte a ver a la dama Jia. ¡Venid aquí! –gruñe a una pareja de criadas–. ¡Ayudadme a levantarlo! La Anciana Dama querrá que avisemos al médico. Y estoy segura de que a ti tendrá algo que decirte, Huan –añade en un tono poco amistoso.

–Fue un accidente –dice Huan, con aspecto asustado.

–No fue culpa suya –dice Baoyu–. Y no hace falta ningún médico.

–No seas ridículo. ¿Te has visto la cara?

Xifeng le ayuda a bajar del *kang* con la colaboración de las criadas y lo conduce fuera. Todos los siguen y Daiyu se queda a solas con Ganso Blanco, quien, según se fija Daiyu, tiene en las manos una caja llena de objetos para su aseo: jabón, un peine, sal gruesa para limpiarse los dientes...

Cuando Ganso Blanco coloca los objetos en el vestidor, se detiene y alza la vista:

–¿Qué ha pasado exactamente?

Daiyu relata el accidente, sin omitir la extraña expresión en el rostro de Huan.

–¡Estoy segura de que lo ha hecho a propósito!

–Sí, imagino que sí.

–¿Por qué Baoyu no lo ha delatado?

Ganso Blanco se agacha para colocar las toallas de mano en un cajón bajo.

–¿Quién sabe por qué Baoyu actúa como actúa?

–Es noble por su parte proteger así a su hermano pequeño. ¿No te parece?

En vez de contestar, Ganso Blanco dice:

–Huan no sería tan malo si Baoyu no lo eclipsara constantemente. En otra familia quizá sería considerado un chico prometedor –suspira–, pero a la dama Jia no le importa lo que hace. Y el señor Jia, a pesar de ser tan estricto con Baoyu, no parece prestar ninguna atención a Huan.

Ganso Blanco cierra el cajón.

–Pero ¿por qué se preocupa tanto de otra gente? Usted debería preocuparse de sí misma.

–¿De mí? ¿De qué tendría que preocuparme?

–¿Por qué no intenta pasar más tiempo con la dama Jia? A fin de cuentas, está usted aquí para conocer a la familia de su madre. Intente caerle bien.

Daiyu se ríe.

–¿Y eso qué importa? De cualquier modo, dentro de un mes o dos me vuelvo a mi casa.

—**A** las cejas todavía les falta un poco —dice Xifeng a Ping'er, mirándola con un gesto de desaprobación. Corta otro trozo de hilo blanco, lo enrosca alrededor de un pelo fino y negro que surge encima de la ceja de Ping'er y tira de los dos extremos.

—¡Ay! —protesta Ping'er con una mueca de dolor.

—Aguanta. Veo unos cuantos pelos más.

Los ojos de Ping'er se dirigen nerviosos al reloj.

—Pero si son casi...

—Quédate quieta. ¿No quieres estar perfecta el día de tu boda?

Xifeng arranca otros pelillos diminutos.

—Así. Ya vale.

Retrocede un paso para contemplar el resultado. Casi no puede reconocer a Ping'er, que tiene los ojos fijos en el vestido de novia rojo que descansa en la silla ante el tocador de Xifeng. Lo que queda de sus cejas son dos finas líneas en forma de media luna, delicadas como antenas de mariposa, que le confieren una expresión de cierta sorpresa. Su piel, cubierta con un polvo hecho a base de semillas de jalapa machacadas, en lugar del albayalde habitual, brilla con una palidez lustrosa, acentuada por el carmín rojo intenso de sus labios. Su cabeza surge como una flor hermosa sobre el cuello alto y rígido de su vestido. Su cabello, que ha llevado toda la vida con el peinado propio de las sirvientas —un moño a cada lado, como dos cuernos, y una larga coleta por la espalda—, está recogido por primera vez en un elegante rodete en la coronilla. Pero Ping'er se siente incómoda con el cambio de papeles, sentada pasivamente ante su reflejo en el espejo mientras Xifeng se ocupa de ella.

Xifeng siente que los músculos de la cara de Ping'er se tensan.

—Se están acercando. ¿Lo oyes? —dice Ping'er.

Xifeng tiene que prestar atención durante un momento antes de oír el lejano resonar de los gongs en el silencio de la clara mañana otoñal.

Ping'er se quita sus viejas sandalias y se calza unos zapatos rojos de tacón alto. Ahora Xifeng puede oír el clamor de las *suonas* por encima de los gongs. Ping'er toma un pañuelo del tocador y se lo lleva a la nariz. Solo ahora Xifeng se da cuenta de que los ojos de la muchacha se están llenando de lágrimas.

—No llores. Echarás a perder el maquillaje.

Ping'er asiente. Aprieta el pañuelo en el rabillo del ojo para absorber las lágrimas antes de que se derramen mejilla abajo.

Con un sonoro estallido y el retumbar de los gongs, la procesión nupcial atraviesa la puerta principal.

—Deprisa. Suénate la nariz —dice Xifeng.

Mientras Ping'er entierra la nariz en el pañuelo, Xifeng corre para traer el cuadrado de seda rojo. Lo coloca sobre la cabeza de Ping'er. La última imagen que capta de su cara es una mirada obnubilada mientras se muerde el labio inferior. Sus dientes incisivos están manchados de rojo.

La procesión nupcial inunda la estancia con su cacofonía de sonidos. Dos ancianas toman a Ping'er

de la mano y la escoltan por la puerta. Incapaz de ver nada detrás del velo, la novia se choca con el marco. Se monta en el palanquín nupcial, engalanado con guirnaldas y lazos, y una vez que ha subido corren la cortinilla roja. Cuando los porteadores alzan el palanquín sobre sus hombros, los músicos vuelven a formar una pequeña procesión. Comenzando con una nueva melodía, conducen el palanquín fuera del patio. Y un momento después, Ping'er ya no está.



Daiyu entra con sigilo en los aposentos de la dama Jia. El salón está vacío, las sillas dispuestas en fila contra la pared, toda evidencia de la hora de la comida ha sido eliminada. Recorre de puntillas el vestíbulo hasta el dormitorio de la dama Jia. Ganso Blanco aparece por la cortina que hace de puerta. Cuando ve a Daiyu, se lleva un dedo a los labios.

–Silencio. Acabo de dejar dormida a la Anciana Dama –susurra.

Conduce a Daiyu de vuelta al salón.

–¿Qué desea?

–Nada. Solo venía a verte. Ahora que vivo con mi prima Baochai, ya nunca nos vemos.

–¿En serio? Muy amable por su parte –es todo lo que dice Ganso Blanco, pero Daiyu nota que la sirvienta se siente complacida–. Por desgracia, no puedo quedarme. La dama Jia quería que llevase esto a casa del amo Baoyu. Es un unguento para su quemadura que le ha enviado la abadesa del convento de la Luna en el Agua. –Saca un pequeño paquete del armario–. Y luego tengo que volver y quedarme con ella. ¿Por qué no me acompaña?

–¿Baoyu está bien para recibir visitas? –pregunta Daiyu, siguiendo a Ganso Blanco por el patio.

La sirvienta asiente.

–Los primeros días tuvo bastante dolor, pero ahora se encuentra mucho mejor.

–¿La quemadura era muy grave?

–Tenía un aspecto terrible, cubierta de ampollas y pus. Luego se le peló la piel en muchas zonas, y ahora ya no impresiona tanto. La dama Jia no quiere que vuelva a la escuela hasta que no se cure del todo.

–¿Han castigado a Huan?

–Sí. La dama Jia ordenó que no se le permitiera entrar más al Jardín. Puede acceder a los cuartos interiores para ver a su madre en casa del señor Jia, pero no le dejan ir a ningún otro sitio. La Anciana Dama estaba furiosa. Huan tuvo suerte de que no mandara azotarlo.

Ahora recorren el Jardín, entre los árboles desnudos que bordean la orilla del lago. En lugar del azul límpido del verano, las aguas son en esta época de un verde insondable. En la otra punta del lago, un jardinero en una barca recoge hojas muertas de la superficie con una red.

–¿Ha recibido ya noticias de su padre? –pregunta Ganso Blanco.

Daiyu sacude la cabeza.

–No he recibido nada más que aquella breve carta después de mi llegada. Estoy empezando a inquietarme.

–Usted me dijo que iba a volver a casa antes de Año Nuevo. Quizá su padre no le escribe porque sabe que la verá dentro de poco.

–Sí, pero tendré que comenzar a preparar mi partida en menos de seis semanas. Todavía no he recibido noticias tuyas acerca de cómo viajaré, o si enviará a alguien aquí para recogerme. Y mi padre no es de los que dejan esos detalles para el último minuto.

Llegan a los aposentos de Baoyu, al otro lado del lago, frente a los de Baochai. Daiyu solo los ha visto por fuera. Tienen que cruzar una abertura circular en una valla de bambú antes de llegar a los muros encalados del recinto, rodeados de sauces llorones, ahora sin hojas. Atraviesan la puerta principal y entran en un primer patio con plátanos de hojas anchas a un lado y manzanos de Sichuan al otro. Ganso Blanco la conduce por el porche hacia la puerta principal.

Entran en una sala de un diseño que Daiyu nunca antes había visto. Algunas paredes están cubiertas de paneles con exquisitos tallados en forma de murciélagos, nubes y girasoles, o de los «tres amigos del invierno» –pinos, ciruelos y bambú–, todos con incrustaciones de oro y gemas nacaradas. Otras paredes están perforadas con huecos a modo de ventanillas en forma de cítaras, espadas, jarrones o biombos, a través de los cuales se pueden ver las salas adyacentes. Tumbado en el *kang* bajo un edredón bordado en oro, con la cabeza y los hombros aupados por cojines, se encuentra Baoyu. El tercio superior derecho de su cara aparece cubierto con un parche de piel manchada y escamosa. Está pálido y parece que ha perdido peso, pero sus ojos son brillantes y habla con el mismo tono vivaracho de siempre.

Su primo Lian está sentado en una silla sobre el *kang*, hablando de una fiesta que Baoyu se ha perdido.

–Estuvo el príncipe de Pekín. Me preguntó por ti. Shang Pingren también te manda recuerdos.

Baoyu tuerce el gesto.

–¡Shang Pingren! Si hay una persona que merezca ser llamada gusano en busca de honorarios, esa es...

–¿Gusano en busca de honorarios? –Esa expresión desconocida llama la atención de Daiyu–. ¿Qué es eso?

–¡No me digas que llevas un mes en la casa y no has aprendido lo que es un gusano en busca de honorarios! –dice Ganso Blanco alegremente–. ¡Así es como llama el amo Baoyu a la gente que se prepara con ahínco para los exámenes!

La joven mira a Baoyu, curiosa.

–¿Qué otra cosa esperas que hagan?

–¿A qué te refieres?

–¿Qué otra cosa pueden hacer para ganarse la vida? Tu familia es rica y poderosa...

–Yo nunca he pedido nada de eso –se apresura a decir Baoyu.

–Pero te aprovechas de ello, que es lo mismo –apunta Daiyu, sorprendida ante su propia osadía–. Heredarás una posición, o tu padre te comprará una. ¿Quién te crees para criticar a la gente que no tiene tanta suerte, que debe esforzarse para prosperar?

–¡Prosperar! –grita Baoyu, aprovechando la frase–. En eso consiste todo, ¿verdad? Siempre pensando en el «deber cívico», la «formación moral» y el «amor por el conocimiento», cuando lo único que anhelan es prosperar.

–Eso son los exámenes; por eso estudian. No creo que haya ningún secreto en ello.

–Pero es tan hipócrita...

Lian interviene entre risas.

–¡No lo provoques! –le dice a Daiyu–. Se supone que no debe alterarse.

Luego conmina a Baoyu a descansar, y se marcha. Ganso Blanco avanza con el paquete.

–La dama Jia le manda esto.

–¿Qué es?

–Dicen que evita las cicatrices. Tiene que ponérselo dos veces al día.

Cuando Ganso Blanco deja el remedio en una mesa atestada ya de ungüentos y vendas, Baoyu sonrío a la joven.

–Vaya, por fin has venido a verme. –Daiyu no responde, turbada ante esa insinuación de que esperaba con ansia su visita–. Ven a sentarte –la invita él, dando unas palmaditas sobre el *kang*.

En su lugar, Daiyu toma la silla que ha dejado Lian.

–¿Cómo te encuentras?

–Bastante bien. Aburrido, sobre todo.

–¿Puedes salir de la cama?

–El médico dice que tengo que pasar el resto de la semana acostado.

–Me temo que debo regresar con la dama Jia –dice Ganso Blanco.

Daiyu se levanta y dice:

–Iré contigo.

–No, no te vayas –le pide Baoyu–. No llevas ni cinco minutos.

–Estarás cansado de tu visita anterior. ¿Por qué no reposas un poco?

–Me quedaré muy solo y aburrido si te vas.

Daiyu titubea. Quiere quedarse a charlar con Baoyu, pero le da reparo permanecer a solas con él.

Baoyu estira la mano suplicante.

–Por favor, quédate.

Daiyu mira a Ganso Blanco, que se encoge de hombros.

–Oh, está bien –dice finalmente Daiyu, y vuelve a sentarse–. Me quedaré un poquito más.

Un breve silencio sigue a la marcha de Ganso Blanco. Luego, Daiyu pregunta:

–¿Por qué defendiste a Huan? Sabes que te tiró la vela encima a propósito.

Espera que Baoyu lo niegue, que insista en que fue un accidente, pero los ojos del muchacho la miran con fijeza, aparentemente reconociendo la verdad de sus palabras.

–¿Para qué complicarle más las cosas?

–Sabes que Huan te odia. ¿No quieres protegerte de él?

Baoyu parece reflexionar sobre el asunto. Luego, sonrío y hace un gesto de indiferencia.

–Huan no puede hacerme daño.

–Ya lo ha hecho. Te ha quemado.

–No lo cuentes delante de nadie, ¿de acuerdo?

–¿Por qué no?

–Porque lo meterías en más líos. Dime, ¿qué haces para entretenerte todo el día?

–No intentes cambiar de tema.

Baoyu suspira.

–¿Qué quieres que diga?

¿Qué quiere ella que diga? En realidad, lo comprende. Baoyu sigue su código particular de honor: consciente de que los demás tratan injustamente a su medio hermano, intenta protegerlo, sin que eso implique que Huan le caiga bien o que deba portarse bien con él.

–¿Qué haces para entretenerte? –repite Baoyu, sonriendo.

–Leo mucho. A veces hablo con Baochai.

–¿Qué estás leyendo?

–*Cuentos fantásticos del estudio del charlatán*, de Pu Songling.

–¿Qué cuentos te gustan más? –Baoyu se incorpora apoyándose en la almohada, junta las rodillas y posa sobre ellas los codos, preparándose para una larga conversación.

–Me gusta el del hombre que era un entendido en piedras.

–¿Cuál es ese?

–Aquel sobre un hombre que coleccionaba rocas, que encontraba una piedra hermosa y rara enganchada en su red de pescar. Tenía la forma de una montaña, con todo tipo de túneles y grietas, y poseía poderes mágicos: siempre que iba a llover, soltaba bocanadas de niebla, como una montaña de verdad.

Baoyu frunce el ceño.

–Me suena. Creo que lo leí hace mucho tiempo. ¿Qué pasa luego?

–Un poderoso funcionario desea arrebatársela, y acusa al hombre de un crimen que no ha cometido. Luego confisca la piedra y el hombre acaba en la cárcel.

–¡Ah, sí! ¡Ya me acuerdo! Después la piedra se le aparece en sueños al hombre y le dice que solo puede pertenecer a alguien que la quiera de verdad, y que algún día encontrará el modo de volver a él.

–Sí, eso es.

–Es una buena historia. Casi la había olvidado. Debería volver a leerla algún día.

El cuento le recuerda algo a Daiyu.

–¿Sabes?, todavía no he visto ese famoso jade tuyo.

Baoyu no dice nada; la mira con un gesto serio por encima de sus rodillas recogidas.

–No importa –se apresura a decir Daiyu, temerosa de haberse imaginado una complicidad entre ambos que en realidad no existe.

–Realmente no es tan especial –dice él.

–De verdad, no necesito verlo. Siento habértelo pedido.

–Todos los que lo ven se decepcionan –continúa Baoyu, haciendo caso omiso de sus palabras.

Daiyu se revuelve incómoda en la silla, sin saber si debería contradecirlo. Baoyu se comporta como un niño mimado: la rechaza y a la vez pide consuelo.

–Lo odio –añade él–. Hace que la gente piense que soy muy especial.

Daiyu tiene que contener la risa, porque resulta obvio, por su forma de hablar y actuar, que Baoyu está plenamente convencido de su singularidad.

–¿De qué te ríes? –le pregunta con recelo.

–De nada. No tienes que enseñármelo si no quieres.

Sin embargo, Baoyu mete los dedos en el cuello de su túnica y saca por su cabeza un cordón de seda negro y dorado.

–Toma.

Daiyu lo sostiene en la palma de su mano, todavía caliente debido al contacto con la piel del muchacho. Es del tamaño y la forma de un huevo de gorrión, posee el brillo atenuado y lechoso de una nube iluminada por el sol y está surcado por vetas de color iridiscentes. En cierto sentido, Daiyu esperaba que un jade hallado en la boca de una persona tuviera un aspecto basto, sin pulir; pero el tacto de este es suave como la seda. Baoyu tiene razón: la piedra en sí misma no es nada especial. No

es difícil encontrar algo parecido en cualquier puesto de joyas por treinta o cuarenta taeles.

–Lo odio –repite Baoyu–. Odio las cosas que la gente se imagina sobre mí por su culpa.

–Son todo cuentos, ya sabes.

–¿A qué te refieres?

–La gente se inventa historias para explicar las cosas que no entiende.

Baoyu se muestra dubitativo.

–Supongo que tienes razón.

–Deberías inventarte también tu propia historia.

–¿Como cuál?

Ella le devuelve la piedra.

–Oh, no sé. Como... Érase una vez, arriba en los cielos, a orillas del río de la Inmortalidad, una piedra que quería bajar a la tierra a degustar los placeres de la vida humana. Rogó y suplicó a los dioses, y finalmente le concedieron su deseo. Aceptaron dejarla nacer en el mundo de los hombres en la boca de un bebé, Jia Baoyu, del palacio Rongguo...

Baoyu se ríe, volviendo a colgarse el jade del cuello.

–Me gusta. ¿Qué le pasó en la tierra a la piedra?

–¿Cómo voy a saberlo? Quizá se enamoró de una chica humana.

–¿Y...?

–Bueno, tal vez se casaron y vivieron felices para siempre.

–Pero la chica terminaría por morirse, ¿no? –señala Baoyu–. Porque es humana, mientras que el jade es inmortal.

–Entonces se le rompería el corazón.

–Quizá podría pedir a los dioses que volvieran a convertirlo en piedra.

–¿Y por qué haría eso?

–Porque es mejor ser piedra que sentir el dolor del sufrimiento humano –explica Baoyu.

–¿De verdad piensas eso? –dice Daiyu, recordando a su madre.

–Sí –responde él–. Porque siempre iba a echarla de menos, y el dolor nunca remitiría.

Habla como si pensar en ese dolor emocional le resultara insoportable, aunque aguantó el dolor físico de su quemadura sin un quejido.

–No lo creo –dice Daiyu–. Si yo perdiera a alguien a quien amo, nunca querría olvidarlo, por mucho dolor que me produjera hasta el fin de mis días.



Para cuando Xifeng regresa a sus aposentos tras supervisar la cena en la casa de la dama Jia, ya son más de las diez. Por primera vez que ella recuerde, Ping'er, la que durante tantos años ha sido su doncella, no está esperándola para darle un masaje en sus pies doloridos o prepararle un refrigerio. Allí plantada, en la penumbra del salón vacío, puede oír la conversación, las risas y el ruido de platos al otro lado del vestíbulo. Los recién casados celebran su noche de bodas en el nuevo dormitorio que han preparado para Ping'er. Distingue la voz de Lian, su risa estrepitosa intercalada entre sus historias sobre los caballos que ha comprado y las apuestas que ha ganado. De vez en

cuando capta la voz de Ping'er, soltando una respuesta dócil o una risita cohibida.

Xifeng avanza lentamente hacia su dormitorio y enciende las lámparas. Las ropas de Ping'er están tiradas en un revoltijo sobre el *kang*. El tocador está repleto de alfileres para el pelo y recipientes de maquillaje. No puede soportar que la habitación se quede en ese estado. Dobla la ropa. Piensa en llamar a una de las sirvientas jóvenes, pero decide no hacerlo; no quiere que nadie más sea testigo de esta escena que le resulta tan humillante.

Guarda las ropas de Ping'er. Otoño, la joven criada a quien acusó de robo, entra desde el patio con una jarra de vino en una mano y una pila de cajas de comida en la otra. Parece sorprendida al ver allí a Xifeng y hace una reverencia nerviosa.

—¿Por qué no has recogido este desorden? —pregunta Xifeng.

—Estaba ocupada trayendo comida y vino para amo Lian y ama Ping'er. Lo haré en cuanto les lleve estos platos.

Sin embargo, después de que Otoño se escabulla por el vestíbulo hacia el dormitorio de Ping'er, Xifeng permanece allí en lugar de irse a su cuarto, temerosa de lo que pueda oír pero al mismo tiempo incapaz de apartarse. Escucha a Lian bromear con Otoño mientras ella les sirve la comida. Toma una escoba y barre el suelo.

Otoño aparece de nuevo, esta vez con un montón de platos sucios.

—Puedo limpiar ahora la habitación, si lo desea —dice—. El amo Lian me ha dicho que ya no me van a necesitar más.

—No importa. Ya lo hago yo. ¿Por qué no te llevas eso a la cocina?

Xifeng, ahora a solas, ordena los alfileres del pelo y los cosméticos en los cajones. Recoge el polvo derramado en un papel y lo dobla por la mitad para verter otra vez el maquillaje en su cajita de jade. Ya no oye voces en el cuarto de Ping'er. Se dice que debería irse a la cama, pero no puede soportar afrontar el vacío de su dormitorio. Nunca, que ella recuerde, se ha ido sola a la cama. De pequeña, en Chang'an, Ping'er se acostaba a su lado todas las noches. Luego, cuando se casó, dormía con Lian. Si su marido volvía tarde, Ping'er entraba a prepararle la cama y apagaba la lámpara de un soplido.

Xifeng cierra la puerta principal y echa el pestillo, mirando a su alrededor en busca de alguna otra tarea que hacer. Sus ojos se posan en su viejo telar, abandonado en una esquina, que lleva largo tiempo en desuso, desde que ella asumió la responsabilidad de administrar el hogar. Toma una lámpara de la mesa y la acerca al telar. Cuando quita la capa de polvo, ve que lo último en lo que estuvo trabajando era una funda de almohada con un dibujo de un par de patos mandarines flotando entre lotos. Había completado el tercio superior, y los patos se desvanecían en la nada por debajo de sus cabezas crestadas y sus cuellos arqueados.

Tras contemplar el dibujo, se sienta frente al telar. Como si estuviera a punto de comenzar a tañer una pieza difícil en la cítara, flexiona los dedos y luego se remanga. Con la mano izquierda, agarra la lanzadera, enroscada con hilo plateado. Coloca la mano derecha bajo la trama y comienza a pasar la lanzadera entre sus manos, maniobrando por encima y por debajo de la urdimbre. Al principio sus dedos se mueven torpes, pero tras un par de minutos recuperan su antiguo ritmo, y casi no se ve la lanzadera entre sus manos. A pesar de lo concentrada que está, intenta captar sonidos provenientes de los aposentos de Ping'er. Ahora no oye nada, apenas algunos murmullos y susurros ocasionales. A veces se imagina que escucha el sonido de una respiración pesada, pero quizá no sea otra cosa que el palpar de la sangre en sus propios oídos.

Llega al final de la hilera. Sus dedos ralentizan el movimiento de la lanzadera por los últimos hilos de la trama. Oye un gemido. Pisa más fuerte el pedal. El freno se dispara y cae con un golpe. Aprieta la hilera que acaba de coser con el borde de la tela acabada, y luego empuja con violencia el batán. Empieza una nueva hilera. De nada sirve intentar dormir. Dominada por una inspiración perversa, se dice que pasará toda la noche tejiendo: el golpeteo del telar informará a Lian y a Ping'er de que ella sigue allí, viva, despierta.

Gira la cabeza, distraída por un movimiento que capta con el rabillo del ojo. Una polilla se ha colado en la pantalla de cristal de la lámpara. El insecto se arrastra una docena de pasos, da media vuelta y aletea con impotencia contra el cristal caliente, mientras los ocelos amarillentos de sus escamosas alas marrones laten nerviosos. Xifeng retira la cubierta de la lámpara y estira los brazos para capturar la polilla. Siente el batir de sus alas peludas y sorprendentemente fuertes contra sus manos cerradas. Abre el pestillo de la ventana con el codo y empuja el marco de madera cubierto de papel. Se asoma al exterior y la libera, aspirando el frescor de la noche hasta lo más profundo de sus pulmones.

Jia Zheng conduce al juez del distrito Jia Yucun a un recibidor en la mansión exterior.

–Me hubiera gustado que mi sobrino Xue Pan estuviera aquí para agradecerle personalmente su ayuda, pero me temo que mi cuñada lo ha enviado al sur para que aprenda el negocio familiar.

–Sin lugar a dudas, lo más inteligente es que abandone la Capital –comenta cortante el magistrado.

–¿Quiere sentarse y tomar un té?

En lugar de tomar asiento, Yucun permanece en pie frente a un antiguo trípode de bronce que reposa sobre la mesilla.

–¿De dónde ha sacado esto?

Aunque mantiene las manos unidas tras la espalda, como para demostrar que no tiene intención de tocar nada, observa tan fijamente el trípode que su nariz está a apenas tres o cuatro centímetros del objeto. Igual que un comerciante, piensa con disgusto Zheng.

–Se lo regaló a mi abuelo el difunto emperador, su majestad Shunzhi –responde.

El juez dirige ahora su atención a los dos tableros de ébano taraceados con caracteres de oro a ambos lados de la puerta.

–«Que la joya del saber brille en esta casa con más fuerza que el sol y la luna» –lee en voz alta–. «Que la insignia del honor reluzca en estas salas más brillante que el cielo estrellado.» ¿Qué es esto?

–Su alteza el príncipe Yinti me los regaló cuando mi hijo Zhu aprobó los exámenes.

–¿Zhu? No sabía que ya tuviera un hijo en el funcionariado.

–Murió hace ocho años.

Yucun acepta por fin la taza de té que le ha servido Zheng. Ofrece una sonrisa cómplice a su interlocutor, como si hubiera descubierto algo deshonesto en él.

–Como es natural, una antigua familia de siervos imperiales como la suya tiene vínculos con el príncipe Yinti.

–¿Qué insinúa con eso? –Zheng se enfurece ante el tono de su invitado.

–Bueno, solo que no me sorprende que apoye usted a Yinti. Es uno de los pocos príncipes que todavía ve alguna utilidad a los siervos imperiales.

–Todo el mundo sabe que el príncipe Yinti siempre ha sido el favorito de su alteza...

–Entonces ¿por qué su alteza no lo ha nombrado su heredero natural? De lo contrario, ¿qué van a hacer los príncipes, más que pelear por el trono? ¿Y quién sabe cuánto durará esa lucha y cuán sangrienta será? Respecto a quién terminará siendo vencedor, yo apuesto por el príncipe Yongzheng...

–¡Yongzheng! –Zheng no puede evitar soltar una carcajada–. Ese... ¡ese mequetrefe!

–Se equivoca usted. He hablado con él y, por el contrario, lo encuentro muy inteligente.

–Yo diría que, de los veinte príncipes, ese es el que menos posibilidades tiene de vencer. Su alteza nunca se ha interesado por él. Es tan..., tan vulgar, sus modales tan rudos. Y esa manera de hablar, lenta y vacilante; casi parece tartamudo...

El joven magistrado sonrío con malicia.

–Bueno, ya veo que no le haría gracia que llegase a ser emperador. No es ningún secreto que el príncipe Yongzheng odia a los siervos imperiales.

Para alivio de Zheng, Baoyu, acompañado por su primo Lian y su medio hermano Huan, entra para conocer a su nuevo pariente. Zheng se adelanta para hacer las presentaciones. Lian y Huan realizan un *koutou* ante el magistrado.

–Yo ya he tenido el gusto –dice Baoyu con desidia.

Zheng, sorprendido, capta el tono insolente en la voz de Baoyu.

–No me había contado que ya se conocían –le dice al juez.

Este permanece en silencio.

–Fue el mes pasado, en la fiesta del duque de Nan'an –dice Baoyu–. Estaba allí con Papá Xia.

Papá Xia es el apodo del eunuco chambelán. Por primera vez, el joven juez parece incómodo, probablemente porque sabe que la mayoría de los funcionarios miran con desdén a los eunucos y se muestran reacios a juntarse con ellos. Al contrario que los funcionarios, los eunucos son personas de extracción humilde y sin estudios cuyos padres dieron el deshonroso consentimiento para castrarlos a fin de que pudieran servir en el Palacio Imperial.

–Se pasó usted toda la noche con él –añade Baoyu–. ¿Cómo lo conoció?

Yucun se encoge de hombros, y sus mejillas se sonrojan. Consciente de que es peligroso dejar que Baoyu ofenda al magistrado, Zheng intenta desviar sus ataques.

–Baoyu, el juez Jia aprobó los exámenes el año pasado con muy buenas notas. Tal vez pueda ayudarte con tus redacciones.

–Sí. –Yucun intenta recuperar la confianza–. A muchos les resultan muy difíciles los ensayos en ocho partes. Estaré encantado de ayudarle.

–Es usted muy amable –dice Baoyu–, pero el académico Mei me aseguró que leería mis prácticas de ensayo cuando yo se lo pidiese.

El académico Mei es un funcionario de alto rango conocido por sus ensayos en ocho partes. Baoyu está siendo tan grosero que Zheng se pregunta si debería pedir disculpas por su comportamiento. Mirando a los dos jóvenes, le llama la atención el contraste entre ambos. A pesar de la marca de piel áspera debida a su quemadura, Baoyu, lustroso gracias a los mejores cuidados y a la alimentación más saludable, es como un gatito mimado; Yucun, por su parte, es como un perro callejero, dispuesto a ladrar y lanzarse sobre las peores sobras. Se pregunta si la repulsión que siente hacia él debido a su falta de refinamiento le ha impedido ver las buenas cualidades del magistrado.

–Al primo Yucun le gustaría ver el Jardín –dice–. ¿Por qué no lo lleváis los tres a dar un paseo? –Luego le hace un gesto a Yucun–. Por favor, discúlpeme. Me gustaría acompañarlo también, pero mi reuma me está molestando.

Baoyu le lanza una mirada severa a su padre, en la que Zheng puede leer la rabia que le produce que se permita a este pariente lejano, casi un extraño, entrar en el sanctasanctórum del Jardín.

–Lo haré encantado –dice Lian–. Pero en otoño no es tan hermoso como en primavera. Tendrá que volver otra vez en esa época. –Se muestra amistoso con el juez, entablando conversación y ofreciéndose a enseñarle sus lugares favoritos en la Capital. Huan también parece entusiasmado con la excursión; desde el accidente de la quemadura, no se le ha permitido el acceso al Jardín.

Solo Baoyu rehúsa, ofreciendo una excusa banal.

–Id sin mí. Hoy tengo jaqueca.

Cuando los demás abandonan la estancia, Baoyu le dice a su padre:

–Deberías enviar a un sirviente para avisar a las chicas de que no salgan de sus aposentos. Podrían asustarse al ver a un extraño en el Jardín.

Zheng encuentra irrespetuoso el reproche de Baoyu.

–Estás montando un escándalo por nada –dice.

–No entiendo por qué te relacionas con alguien como ese, y mucho menos por qué lo invitas al Jardín.

Zheng no quiere contarle a su hijo cómo ha ayudado el joven en el caso de Xue Pan. Desea proteger a Baoyu de realidades tan desagradables, se dice a sí mismo, pero esa reticencia oculta también la vergüenza que siente por haberse implicado en el asunto.

–¿Cómo te atreves a tratar así a un invitado en nuestra casa?

Baoyu se seca los dedos en la ropa, como si se hubiera ensuciado por el mero contacto con el magistrado.

–Nunca he conocido a nadie tan vulgar.

La teatralidad del gesto de Baoyu irrita a su padre.

–No sé qué tienes contra él.

–Deberías haberlo visto en la fiesta del duque, intentando congeniar con toda la gente importante...

–Te sientes superior a él solo porque no tiene tan buenos contactos como tú...

–Se mostraba adulador y servil con cualquiera que se le presentaba, y luego contó esa historia sensiblera de que su padre murió cuando él era pequeño, como si esperara que todo el mundo sintiera lástima y admiración por ello...

Zheng sonríe al ver a Baoyu alterado y sin su habitual suficiencia. Resulta evidente que se ve amenazado por un joven que ha triunfado exclusivamente por su valía, sin gozar de ninguna de las ventajas de las que disfruta su hijo. La antipatía que sintió en un primer momento hacia Yucun se desvanece. A Zheng se le ocurre que podría actuar como mentor del joven, pues a fin de cuentas es su pariente.

–Estás siendo mezquino. Deberías aprender de él en lugar de menospreciarlo.

Baoyu lo mira fijamente, como si hubiera notado el cambio en los sentimientos de su padre.

–Te está usando para codearse con gente importante, para llegar a los miembros de las altas esferas...

Medio divertido y medio ofendido, Zheng rechaza las acusaciones de Baoyu con un gesto de la mano. Al fin y al cabo, es subsecretario del Ministerio de Obras Públicas. ¿Acaso su propia posición no es lo bastante alta como para que a la gente le merezca la pena codearse con él?

–Recuerda lo que te digo. Es un hombre peligroso.

–¡Peligroso! –Zheng se ríe abiertamente–. Qué infantil eres, a pesar de todos tus aires de grandeza. Tachas a alguien de villano solo porque tiene una educación inferior a la tuya. Tal vez cuando apruebes los exámenes y lleves unos años en el funcionariado te vuelvas más inteligente.

Baoyu abre la boca, pero luego la cierra. Airado, se da media vuelta y se marcha.

Baochai, sentada cosiendo a solas, se asusta al oír un sonoro golpe en la puerta. Corre a abrir. Se encuentra con una banda de hombres que visten chaquetas amarillas de esmerados bordados.

–¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? –grita con una voz que le cuesta reconocer como suya.

–Buscamos a Xue Pan.

Con una punzada de terror, Baochai comprende de quiénes se trata: los Chaquetas Bordadas, la guardia secreta del emperador. Su corazón comienza a latir con fuerza.

–Debe de haber algún error. Mi hermano no ha hecho nada malo. ¿Pueden decirme de qué se le acusa?

Los agentes intentan apartarla de un empujón.

–¡No pueden entrar! –grita Baochai, forcejeando para cerrar la puerta—. Mi madre no se encuentra bien. Pan no está aquí; se marchó al sur la semana pasada.

–De todos modos, tenemos que registrar la vivienda.

Cuando abren por la fuerza, Baochai corre hacia el que parece el jefe y se aferra a su brazo.

–¡No, no pueden! Les digo que no está aquí. ¡Solo conseguirán molestar a mi madre!

Pan aparece por la puerta.

–¡Pan! ¿Qué estás haciendo aquí?

Antes de que su hermano pueda comprender lo que sucede, los Chaquetas Bordadas caen sobre él.

–¡Es Xue Pan! ¡Estás bajo arresto!

–¡Corre, Pan! ¡Corre! –se oye gritar a sí misma.

Los Chaquetas Bordadas lo rodean, y su hermano comienza a pelear con una ferocidad que la aterra. Da un puñetazo a uno, una patada en el estómago a otro. Baochai capta por un instante el rostro de su hermano: tiene los labios torcidos en un gesto fiero y desesperado que le confiere el aspecto de un extraño.

–¡Baochai! ¡Baochai! –oye que alguien la llama por su nombre.

Se vuelve para ver de quién se trata y se encuentra contemplando la oscuridad. Su corazón late acelerado y su cuerpo está empapado en sudor.

–¡Baochai! –Alguien la está sacudiendo por los hombros. Comprende que ha estado soñando y que se encuentra tumbada en la cama de su cuarto—. Baochai, ¿estás bien?

Vislumbra un rostro pálido en la oscuridad, y se da cuenta de que es Daiyu. Con dificultad, se incorpora sobre sus codos.

–Sí, estoy bien –dice entre jadeos—. Estaba teniendo una pesadilla terrible.

Las imágenes de los guardias con sus chaquetas amarillas y el gesto fiero de Pan siguen vivas en su mente.

–Te oí gritar en sueños. –Daiyu está de rodillas a su lado en el *kang*. Aferra las manos de Baochai—. Estás temblando. Tienes las manos heladas. ¿Quieres que te traiga agua?

–No, no –dice Baochai, que sujeta instintivamente la mano de Daiyu cuando esta intenta soltarse para traer el agua—. Quédate conmigo.

–Por supuesto. ¿Qué estabas soñando? Parecías muy asustada.

–Yo... Era... era con mi hermano, Pan.

Daiyu estornuda. Baochai se fija en que solo lleva una túnica sin mangas y unas calzas.

–Será mejor que te metas bajo el edredón si no quieres enfriarte.

Daiyu se tapa junto a Baochai y se abraza a ella. La piel de Daiyu está caliente, y su pelo, que cae sobre la mejilla de Baochai, es suave y huele un poco a sudor mezclado con jabón de sándalo.

–¿Qué le pasaba a Pan en tu sueño?

Baochai permanece tumbada en silencio.

–¿Te preocupa que enferme o resulte herido en su viaje? – comenta Daiyu.

–No, en absoluto. No se trata de nada que nadie pueda imaginar.

–Entonces ¿qué es?

Abandonando su cautela habitual, Baochai confiesa la verdad sobre Pan: sus problemas con la bebida y el juego, sus salvajadas. Mientras habla, siente un extraño alivio al poder compartir por fin lo que ella y su madre llevan tanto tiempo manteniendo oculto. En la oscuridad, sin poder ver la expresión de Daiyu, solo la sombra pálida de su rostro, resulta más sencillo hablar. Aun así, también es consciente de que hay algo en Daiyu que despierta su sinceridad. Se trata de alguien que ha crecido fuera de la complicada red del clan familiar que dificulta los movimientos de Baochai. Es curiosa y observadora como un gorrión, pero sus respuestas no carecen de sentido crítico, suavizado por una aguda lucidez.

Baochai llega incluso a hablarle del asesinato de Zhang Hua. Cuando concluye su relato, su alivio momentáneo se diluye en la habitual sensación de temor. Se queda callada, preparándose para ver cómo Daiyu retrocede de conmoción y horror, quizá tanto por lo que ha hecho Pan como por ella misma.

Durante un momento, Daiyu no dice nada. Su mano, con sus dedos cálidos y sudorosos, busca a tientas la de Baochai bajo las mantas.

–No me extraña que tu madre y tú estéis siempre tan nerviosas –dice Daiyu, como si finalmente obtuviera la respuesta a una pregunta que lleva tiempo planteándose. –Ante la inesperada reacción de Daiyu, Baochai suelta una risita involuntaria–. Jamás lo hubiera dicho. Las pocas veces que he visto a tu hermano, parecía una persona de lo más agradable.

–Eso es lo más duro. En muchos sentidos, es una persona encantadora. Solo que parece no tener control sobre sus actos cuando pierde los estribos...

–Da miedo pensar que pegó tan fuerte a alguien, incluso aunque no tuviera intención de matarlo.

–Pero después estaba horrorizado por lo que había hecho.

A Baochai le sorprende su propio instinto por defender a su hermano.

–Si realmente lo estaba, tal vez pueda cambiar.

Baochai suspira, sacudiendo la cabeza.

–Llevamos años suplicádoselo y regañándole.

–Pero que te lo pidan los demás es distinto a sentirlo tú mismo. Mi madre... –Daiyu guarda silencio por un instante, algo que Baochai ha observado que hace siempre antes de hablar de su madre, como si tuviera que armarse de valor para mencionar el tema–. Antes de enfermar, mi madre solía traer a casa a los niños de los vecinos para enseñarles algunos caracteres, y yo le ayudaba. A veces me frustraba que aprendieran tan despacio, o que se olvidaran de lo que les habíamos enseñado el día anterior. Ella siempre me decía que la gente aprende a ritmos distintos, pero que al final todos aprenden. Afirmaba que alguien incapaz de aprender nada es igual de raro que alguien capaz de aprenderlo todo. De modo que quizá Pan simplemente sea lento para aprender...

Sintiendo que se relaja con el calor del cuerpo de Daiyu pegado al suyo y con el runrún agradable de su voz, Baochai bosteza.

–¿Crees que puedes volver a dormirte? Temo que mañana estés cansada. Pero si quieres permanecer despierta, encenderé la lámpara y me quedaré contigo.

–No, es mejor que tratemos de dormir.

Baochai se tumba de costado, apartándose de Daiyu. Con un suspiro, esta se hace un ovillo y se pega al cuerpo de su prima, de modo que su torso siga la curva de la espalda de Baochai.

–¿Estás calentita? –pregunta Baochai.

–Sí, estoy bien.

Permanecen durante un largo rato en silencio. Han pasado varios años desde la última vez que Baochai durmió con alguien. Solía hacerlo con su madre, pero luego, cuando se mudaron al Jardín, se habituó a dormir sola. Siente que la respiración de Daiyu se vuelve más lenta y profunda. Gira la cabeza para mirar a su prima. Una débil luz grisácea entra por la ventana; el alba debe de estar cerca. Distingue los labios rosas de Daiyu, separados, y las manchas amoratadas bajo los ojos, debajo de sus pestañas lisas. La pequeña arruga entre sus cejas se ha relajado en un gesto suave. Baochai sonrío mientras escucha el gorjeo de un ronquido procedente de la nariz de Daiyu. Luego, se deja llevar por el sueño.

Xifeng se despierta en mitad del fresco amanecer otoñal y sale arrastrando los pies de su dormitorio al salón. La estancia está fría y a oscuras, con las persianas todavía bajadas. El fuego del *kang* está casi consumido del todo. Es la cuarta vez en seis semanas que Otoño llega tarde. Mientras se agacha para remover las brasas moribundas, piensa en que tendrá que mandar azotar a la criada y, además, descontarle un mes de sueldo. A pesar de todas sus amenazas y regañinas, Otoño sigue sin hacer bien su trabajo. En el fondo, tiene que admitir que ascendió a la joven a doncella solo porque le caía mal a Ping'er.

Xifeng vierte agua en una tetera y deja el metal sobre la cocina con un golpe. Se dirige al armario y comienza a vestirse. Mira el reloj de la pared, consciente de que debería darse prisa para llegar a tiempo a los aposentos de la dama Jia. Sin embargo, siente una pesada desgana en sus miembros, como si no hubiera dormido lo suficiente. Se pone un chaleco forrado en piel sobre la bata, y luego se acerca al tocador y se sienta ante el espejo.

Desde que su marido empezó a abandonarla por su antigua doncella se ha sentido más vieja, aunque apenas es nueve meses mayor que Ping'er y ni el examen más minucioso descubriría arrugas ni falta de frescura en su piel. Solo parece cansada y desanimada, con esas pequeñas rayas en la frente y en las comisuras de los labios. Le disgusta tener que peinarse ella sola, puesto que Ping'er siempre se ocupaba de ello, y comienza en su lugar por el maquillaje. Hace un esfuerzo por sonreír y abrir mucho los ojos mientras se aplica el polvo, el colorete y el kohl, animándose un poco con el semblante vivaracho y hermoso que se refleja en el espejo.

Está terminando de peinarse cuando oye un sonido en el vestíbulo, procedente del cuarto donde Lian duerme con Ping'er cada noche. Esta entra, bostezando y abotonándose la túnica, que es lo único que lleva puesto además de unos calzones anchos de cintura. Xifeng intenta mantener los ojos fijos en el reflejo del espejo. Aun así, por el rabillo del ojo no puede evitar fijarse en la apariencia sonrosada y ruborizada de la joven, bañada, piensa con amargura, con el brillo de la alegría y la satisfacción sexual.

Sin dar siquiera los buenos días, Ping'er se dirige al armario junto a la cocina y se pone a hurgar en su interior.

—¿Has visto el Pu'er?

Pu'er es el té favorito de Lian.

—Creo que se nos ha acabado.

Xifeng no aparta los ojos de su reflejo. Es responsabilidad de Ping'er mantener provisionado el armario.

—Oh, bueno, prepararé otro. ¿Qué es esto?

Sale del armario con el frasquito metálico de hierbas que el doctor Wang le recetó a Xifeng para ayudarle a concebir.

Xifeng no responde.

Ping'er se da cuenta de lo que es. Cierra la boca y se queda allí, con un gesto un poco atontado. Menea el frasco, fijándose en que está lleno. Hay un silencio. Luego dice:

—¿Por qué has dejado de tomar la medicina?

Xifeng aparta los ojos de su reflejo en el espejo y posa la mirada en Ping'er, mientras comienza a hacerse un recogido en el pelo.

—No tengo tiempo para preparármela por las mañanas. Casi no me da tiempo a lavarme y vestirme, antes de tener que irme a los aposentos de la Anciana Dama.

—¿Por qué no le encargas a alguna de las criadas, como Otoño, que te lo prepare?

Xifeng guarda silencio por un momento antes de responder:

—¿Y de qué serviría?

Vuelve a mirar su reflejo. Lian no ha pasado una sola noche con ella desde que adoptó a la joven como concubina.

Ping'er no pronuncia palabra. Sin preocuparse por colocarse sus adornos en el pelo, Xifeng se levanta para dirigirse a los aposentos de la Anciana Dama.

—Espera un momento —dice Ping'er. Xifeng continúa avanzando hacia la puerta—. ¿Qué día es hoy? —pregunta, justo cuando Xifeng alarga el brazo para abrir.

Xifeng se detiene, un poco sorprendida por lo irrelevante de la pregunta.

—Es el decimotercer día del décimo mes.

Ping'er corre hacia Xifeng. La agarra del brazo y le susurra al oído:

—Eso significa que ahora eres fértil. ¿No te viene el periodo siempre a principios de mes?

Xifeng intenta soltarse el brazo, asqueada ante ese intento de actuar como si todavía fueran amigas íntimas. La otra sigue reteniéndola mientras mira el calendario de la pared.

—Fue a principios de mes, ¿verdad?

—Sí, pero... ¿y qué?

Ping'er mira hacia el pasillo.

—Busca alguna excusa para mandarme fuera esta noche —susurra—. Y que se acueste hoy contigo.

—Ya no le intereso.

—Ya sabes cómo es. —Ping'er le da un codazo cómplice a Xifeng—. Lo único que tienes que hacer es pedir vino y ponerte un vestido corto.

Xifeng no se mueve, avergonzada por tener que compartir ahora con Ping'er el conocimiento íntimo de los gustos sexuales de Lian.

—¡Vamos! ¿Por qué no? —la apremia Ping'er—. De lo contrario, tendrás que esperar otro mes entero para tener una nueva oportunidad. —Se encuentra ante los fuegos, poniendo la medicina en una taza y echando agua de la tetera—. Vamos —repite—. No puedes permitirte abandonar.

Ofrece la taza humeante a Xifeng.

De entrada, Xifeng no la acepta, llena de desconfianza, como si la taza contuviera algún veneno. ¿Por qué de repente Ping'er es tan amable con ella después de haberla ignorado durante semanas? Sin embargo, sean cuales sean los motivos de Ping'er, Xifeng no puede permitir que se le escape la oportunidad. Se toma la medicina.

—¿Me dejas que te arregle el pelo mientras te la bebes? Lo tienes desigual por detrás.

Ping'er conduce a Xifeng de regreso al tocador y comienza a soltar sus alfileres.

—¡Ay! Me haces daño —protesta Xifeng cuando un alfiler le tira del pelo. Por dentro, se siente sumamente agradecida por la ayuda de Ping'er.



Baoyu atraviesa a toda prisa el portón interior, alegre de que en honor al Día del Fantasma de pasado mañana el maestro les haya permitido salir antes. Le dirá a su abuela que está en casa, y luego se pasará por los aposentos de Baochai con la esperanza de pasar la tarde con Daiyu. Cuando entra en casa de la Anciana Dama, le extraña encontrarse el salón vacío, aunque ya son casi las cuatro. Recorre el pasillo hasta su dormitorio. Antes incluso de atravesar la cortina de la puerta, el fuerte olor medicinal del linimento de *baiyao* que Ganso Blanco suele aplicar en las piernas de su abuela invade su nariz. Cuando entra en la habitación, las persianas están todavía bajadas, los armarios y baúles alineados contra la pared como oscuros armatostes. Baoyu avanza hacia el *kang*, acostumbrando sus ojos a la oscuridad, y ve que la dama Jia sigue dormida en el *kang* mientras una criada le masajea las piernas. Al acercarse con sigilo, ve que no se trata de Ganso Blanco, sino de la hermosa y coqueta Plata, una de las doncellas de la Anciana Dama. La muchacha también parece un poco adormilada; tiene los párpados medio cerrados y da cabezadas mientras sus manos amasan mecánicamente las piernas de la anciana. Baoyu sabe que debería marcharse, pero hay algo en la somnolencia de la sirvienta, en sus párpados temblorosos y sus labios rojos medio abiertos, que dejan entrever sus dientecitos blancos, que despierta en él el deseo de quedarse un poco. La muchacha no parece darse cuenta cuando Baoyu sube al *kang*. Él se agacha y le tira del pendiente. Plata abre los ojos sorprendida, pero sus labios forman una sonrisa en cuanto ve de quién se trata.

Baoyu se inclina a su lado y le susurra al oído:

—¿La Anciana Dama no se encuentra bien?

Plata gira la cabeza de modo que sus labios rocen el pelo de Baoyu, y responde en un susurro:

—No, tiene jaqueca.

—¿Dónde está Ganso Blanco?

—La dama Jia la mandó al médico a buscar medicinas.

A Baoyu le alegra que Ganso Blanco no esté. Siempre le ha resultado extraño que una chica tan bonita como ella tenga un carácter tan arisco. Ganso Blanco lo mantiene a raya, y Baoyu tiene la vaga sensación de que no lo mira con buenos ojos. Con Plata y las demás sirvientas, las cosas son distintas. Hace años que las conoce, ha asistido a su transformación de chicas desgarbadas y risueñas en adorables mujeres jóvenes. Todavía recuerda cuando la Anciana Dama compró a Plata, una chiquilla huesuda a la que todavía le faltaban algunos dientes. Su madre aún vivía, así que ahora ella debe de tener diecisiete o dieciocho años. Baoyu se pregunta cómo terminará. Normalmente, los Jia casan a sus sirvientas con mayordomos o mozos de cuadra cuando llegan a la veintena y ya son demasiado mayores para el servicio. A veces les conceden la libertad y se les permite regresar con su familia, si es que la tienen. Por algún motivo, la idea de que Plata se case y abandone el palacio hace que le entren ganas de llorar.

—¿Puedes traerme algo de comer? Anda, sé buena —le susurra al oído.

—¿Cómo? Me da miedo que se despierte si paro —responde Plata—. Además, soy yo la que necesita beber algo. Llevo hora y media masajeándole las piernas.

—Te traeré un té de la otra habitación.

—¿Y cómo voy a beberlo? —protesta Plata, haciendo pucheros—. No puedo usar las manos.

—Yo te sostendré la taza.

—No, no hace falta. Si pudiera tener algo que chupar, para salivar un poco...

Baoyu se acuerda de las pastillas de Nieve Perfumada que lleva en una bolsa bordada en su fajín.

Saca una. Plata ve el caramelo y abre la boca, cerrando los ojos. La visión de sus labios rojos abiertos, mostrando su pequeña lengua rosada, excita a Baoyu, y en un arrebató se inclina hacia delante y le da un rápido beso en los labios antes de meter la pastilla en su boca.

Plata abre los ojos y lo mira.

—¿Por qué ha hecho eso? —pregunta con coquetería y fingida inocencia.

Cierra los ojos y comienza a chupar la pastilla, con una ligera sonrisa asomando en la comisura de sus labios.

Baoyu nota que le ha gustado el beso. Eso mitiga su vergüenza y le incita a ir más allá. Se acerca de nuevo a la muchacha.

—¿Le pregunto a la abuela si puedo quedarme contigo, para que podamos estar juntos? —susurra burlón. Plata no dice nada, con los ojos todavía cerrados—. Se lo preguntaré cuando se despierte.

La sirvienta abre los ojos y lo mira fijamente. Alza los hombros y dice:

—«Lo suyo, suyo es. Dondequiera que esté», como le dijeron a la mujer cuyo alfiler de oro cayó en un pozo.

La expresión de los ojos de la muchacha, una mezcla sincera de cálculo y deseo, casi asusta a Baoyu, que retrocede un poco.

La dama Jia se incorpora de repente y le propina una sonora bofetada en la cara a Plata.

—¡Serás ramera! ¡Así es como hablas con Baoyu cuando piensas que no te oye nadie! ¿Cómo puede mantenerse decente un jovencito con alguien como tú dándole ideas?

Baoyu está tan sorprendido ante la furia de su abuela que por un momento no se le ocurre qué decir. Plata rompe a llorar, tapándose la mejilla colorada con una mano.

Baoyu comienza a dar explicaciones:

—Solo estábamos bromeando.

—Oh, no. —La dama Jia ni siquiera lo mira—. Lo que esta jovencita ha dicho no era ninguna broma. ¿No te da vergüenza? Después de tanto tiempo trabajando aquí, después de todo lo que he hecho por tí, así es como me tratas...

A Baoyu estas palabras le parecen injustas. Plata ha servido fielmente a la Anciana Dama durante casi diez años. ¿Cómo puede su abuela tratarla así? La muchacha no protesta. Solloza y se disculpa mientras la Anciana Dama la reprende.

Baoyu vuelve a intentarlo:

—No la culpes a ella. Fui yo quien empezó a flirtear.

Esta vez la Anciana Dama lo mira, y por un breve instante el joven cree advertir un brillo de antipatía en sus ojos.

—Voy a avisar a tu madre para que venga a recogerte —le dice a Plata.

La sirvienta cae de rodillas soltando un grito.

—¡No! Azóteme, insúlteme, no me importa. Pero, por favor, ¡no me despida! Llevo diez años a su servicio. ¿Cómo voy a atreverme a mirar a la gente si ahora me echa?

La chica, que tan hermosa estaba hace solo unos instantes, tiene ahora los ojos rojos y el rostro descompuesto por el llanto. Parece haber olvidado la presencia de Baoyu.

—¿Qué sucede? —pregunta Ganso Blanco, que entra trayendo un paquetito de medicina.

—Manda buscar a la señora Bai, la madre de Plata —le ordena la Anciana Dama.

—¿Cómo es posible?

Plata cae de rodillas ante Ganso Blanco, rogándole que interceda por ella ante la Anciana Dama.

Cuando Plata relata lo que ha sucedido entre ambos, lo que antes parecía un juego inocente ahora parece algo sucio, y la vergüenza invade a Baoyu. Intenta defender a Plata una última vez:

–Por favor, abuela. No era nuestra intención hacer nada malo. Por favor, no despidas a Plata.

–Tú mantente al margen de esto –dice la Anciana Dama. Su hostilidad no deja lugar a dudas.

La dama Jia vuelve a insultar a Plata, mientras Ganso Blanco intenta razonar con ella. Baoyu abandona con sigilo la habitación, incapaz de soportar los estridentes chillidos y las lágrimas. Asume la culpa, pero no sabe cómo arreglar la situación.



Lian le había dicho a Ping'er que cenaría con sus amigos, pero que más tarde volvería a casa. En cuanto se retira la cena en el salón de la dama Jia, Xifeng se dirige apresuradamente a sus aposentos a prepararse para el regreso de su esposo. Se frota los dientes con sal gruesa y mastica clavo para endulzar su aliento. Se limpia la cara, retoca su maquillaje con una capa más ligera y se unta los labios con aceite de almendras para que parezcan suaves y gruesos. Por último, se dirige a su dormitorio y se quita la ropa. Permanece frente al armario, dándole vueltas a qué ponerse. Al final, elige una túnica ajustada y sin mangas de color rosa claro, con un cuello escotado en forma de *pipa*, un instrumento parecido al laúd, y unas calzas holgadas con brocado verde hiedra.

Sale trastabillándose al salón, los pies enfundados en un par de sandalias de tacón alto. La cena que ha encargado de la cocina acaba de llegar. Abre las cajas de comida. Ahí están todos los platos favoritos de Lian –rollitos de piñones, buñuelos de grasa de ganso, pastelitos de semillas de sésamo fritos con forma de flores–, así como los típicos aperitivos para acompañar la bebida: pipas de melón tostadas, ciruelas pasas, judías anisadas... Dos clases de vino se calientan en el brasero. Xifeng está apagando una lámpara cuando oye los pasos de su marido fuera. Sirve una copa llena de *samshoo* y sale a recibirlo.

–¿Dónde está Ping'er? –pregunta él.

–Toma un poco de *samshoo*. –Xifeng ignora su pregunta–. Es el *samshoo* «Rocío Rojo» que nos envió la condesa de Xining desde Shaoxing el año pasado. He decidido abrir la barrica.

Acerca la copa a los labios de su marido, que da un trago largo.

–Rico, ¿verdad?

–Mmm –asiente Lian–. ¿Dónde está Ping'er? –vuelve a preguntar.

–Ha salido –responde Xifeng mientras se sube al *kang*. Pone un rollito de piñones en un plato y se lo ofrece.

En vez de usar los palillos, Lian lo toma entre el pulgar y el índice y lo muerde. Siempre ha sentido debilidad por la comida frita y aceitosa.

–Es tarde para que no esté en casa –comenta con la boca llena.

–Ya es mayor. Se le permite salir hasta tarde si quiere. –Xifeng señala sus dedos pringados de aceite entre risas–. ¡Por lo menos siéntate y usa los palillos!

En lugar de subir y recostarse en los cojines, Lian se sienta al borde del *kang*. Xifeng se arrodilla junto a las cajas de comida y sirve un surtido de aperitivos en un plato.

–Solo uno más.

Lian agarra con las manos un buñuelo de grasa de ganso y se lo traga regado con el resto del *samshoo*. Se levanta y se encamina hacia el dormitorio de Ping'er.

–¿No quieres más?

–No me apetece comer mucho –responde girando la cabeza–. Es el cumpleaños de Jin el Gordo, y le dije que me acercaría a visitarlo.

Xifeng se baja del *kang* y corre tras él, que ya está desabrochándose el fajín ante la puerta abierta del armario. Le sorprende ver lo lleno que está, la cantidad de ropa de Lian que ha emigrado sin que ella se diera cuenta desde su dormitorio a este otro, en el que Ping'er la guarda inmaculadamente lavada y planchada. Lian elige un fajín de color añil y se lo pone alrededor de la cintura.

–Espera, deja que te ayude.

Desde detrás, Xifeng envuelve la cintura de su marido con sus brazos, alisando la pesada seda contra su torso. Aprieta su cuerpo contra la espalda de Lian y deja que una mano circule de su estómago a su pecho, mientras la otra baja hacia sus ingles.

–Puedo hacerlo solo.

Lian agarra los dos extremos del fajín, pero ella permanece aferrada a él, deslizando la mano entre su ropa y acariciándole la pierna bajo su fino pantalón. Palpa su muslo y su trasero, abriendo los dedos sobre sus músculos abultados. Luego avanza por el interior de su pantalón en dirección a la entrepierna.

–Será mejor que me vaya.

Esta vez el hombre se suelta con firmeza de su abrazo.

–Todavía es pronto. En casa de Jin no te esperarán hasta dentro de una o dos horas –dice Xifeng, con la respiración un poco acelerada, apoyándose en la puerta del armario.

–Ya conoces el dicho: «El que antes sale, antes vuelve».

Se abrocha el fajín sin mirarla.

–Este vino es mucho mejor que cualquier cosa que puedas tomar allí. ¿Por qué no bebes otra copa?

–No, gracias.

Su cortesía la desespera. Lian se alisa la ropa debajo del fajín y avanza hacia la puerta del dormitorio.

Xifeng no puede controlarse y dice:

–No puedes pasar ni una noche en casa con tu mujer... –Su voz suena más estridente de lo que hubiera deseado. Se calla. Mostrarse como una gruñona no ayudará. Lian se marcha dando grandes zancadas, sin mirar atrás.

Xifeng se queda sola. De repente, siente mucho frío con esas ropas tan finas, con los brazos y el pecho al descubierto. Cruza los brazos. Desea que Ping'er vuelva, para tener a alguien a quien quejarse de Lian. Ni siquiera son las diez, y Ping'er dijo que intentaría quedarse fuera todo lo que pudiera. Se echa una bata por encima de los hombros y mira la habitación vacía a su alrededor: los decantadores y las copas dispuestas en una bandeja, los calentadores de vino todavía humeantes en el brasero; la mayoría de las cajas de comida están intactas.

Le consuela fingir que ha pedido todas estas cosas para su propia diversión, que está contenta por tenerlas todas para ella sola.

–Mmm –murmura en la sala en silencio mientras abre las cajas.

Le gusta el vino, aunque nunca bebe mucho por temor al qué dirá la gente. Ahora es su oportunidad de beber todo lo que le venga en gana. Se quita los incómodos zapatos y se sube al *kang*. Ordena los

cojines y se recuesta junto a la mesa de comida.

Se sirve una copa llena de *samshoo*. Prueba un sorbo. Está caliente y dulce, y le quema la garganta. Da un trago más largo y toma un puñado de pastelitos de sésamo, dejando que las migas caigan sobre el tapete de cachemir rojo que cubre el *kang*. Agarra una pipa gorda de melón y la abre con sus dientes delanteros. Cuando era pequeña, desarrolló un pequeño hueco entre sus incisivos de tanto comer pipas. Todavía le resulta profundamente relajante: colocar la cáscara en la posición adecuada, morder con la fuerza justa para abrirla en dos partes, y luego mordisquear el pequeño fruto aplanado; pero ahora nunca dispone de tiempo para pasar tanto rato echada. Ve un buñuelo de grasa de ganso. Nunca come ese tipo de alimentos por miedo a los granos, pero decide que uno no puede hacerle daño. La salsa jugosa llena su boca. Se termina el vino y se sirve otra copa. Aunque nota un calor desagradable en la cabeza, al mismo tiempo se siente extrañamente a gusto, como si su cuerpo se estuviera fundiendo con los cojines que tiene debajo. Es un buen vino, piensa reteniéndolo sobre su lengua. Rico y complejo, no como ese matarratas amarillo que bebe Lian.

Toma la cazuela para servirse más *samshoo*. Para su sorpresa, está casi vacía, así que se sirve una copa del otro calentador. Cuando lo saborea, le sorprende un poco lo fuerte que es este otro vino. Es diferente del *samshoo*. No tan rico, igual de suave al gusto, pero en cierto modo más limpio y agudo. Bebe un poco, y luego come más pipas de melón. Bebe un poco más. Como este vino es mucho más fuerte, tiene que comer más para pasarlo. Alcanza otro buñuelo de grasa de ganso. De todos modos, Lian no va a mirarla. Tras el segundo mordisco, nota un ligero mareo. Posa la copa y se dice que debería descansar un poco. La cabeza le da vueltas, tiene que estirar la mano para evitar caerse hacia delante. Se recuesta entre los cojines.



Abre los ojos sobresaltada, saliendo de un sueño profundo. Tiene algo pegado a la cara. Levanta la cabeza y ve que está tumbada boca abajo en el *kang*, con una cuchara de porcelana en la mejilla. Le duele la cabeza y tiene la boca seca. Tras soltar un gemido, se incorpora con dificultad entre el revoltijo de almohadas y platos sucios. Gira el cuello entumecido a causa del dolor y se frota los ojos. Aunque la lámpara sigue ardiendo, puede ver la débil luz del amanecer a través de las ventanas de papel.

Mira distraída a su alrededor, preguntándose qué la ha despertado, y entonces escucha una tos, seguida de una arcada y un gorgoteo ahogado. Alguien está vomitando. A pesar de lo mal que se siente, casi se ríe en voz alta. De modo que Lian se ha emborrachado por ahí y ha vuelto a casa arrastrándose al salir el sol. Mira cómo ha acabado «el que antes sale, antes vuelve». Escucha sus jadeos buscando aire, y luego más arcadas. Se levanta del *kang* para lanzarle alguna pulla. Ve una figura en cuclillas en una esquina del cuarto, inclinada sobre el bacín.

De repente, Xifeng se da cuenta de que no es su marido, sino Ping'er. La muchacha sufre más arcadas, y luego gira el rostro hacia Xifeng. Parece un animal salvaje, ahí agazapada, con el pelo cayéndole en mechones mojados sobre su cara pálida. Ping'er agarra el bacín y vuelve a vomitar, y Xifeng comprende.

Cuando Zheng regresa a casa del ministerio, ya son casi las nueve. Tras su larga jornada, no se siente con fuerzas para ver a su madre y se dirige directamente a sus aposentos, esperando que su concubina tía Zhao haya tenido el buen criterio de guardarle algo para comer. La encuentra en el *kang* conversando con Huan.

—No paraba de llorar y defenderse, y no ha probado un bocado ni ha bebido nada desde que volvió a casa... —está diciendo la mujer. Huan se encuentra sentado ante una mesilla sobre el *kang*, inclinado hacia delante para sorber de un gran tazón de fideos. El aroma especiado de la pasta llega hasta la nariz de Zheng, a quien se le hace la boca agua.

—Ya era hora —dice tía Zhao—. ¿No pueden dejarte volver a casa a una hora decente en vísperas de festivo?

Zheng no se molesta en explicarle que nadie le ha obligado a quedarse en el ministerio; de hecho, era el único que quedaba allí.

—¿Hay algo para comer?

—No, lo que me han mandado era casi incomedible, para empezar. —Tía Zhao nunca deja de quejarse de la grosería de los sirvientes y de que siempre le traen lo peor de todo—. ¿Por qué no pides algo de la cocina?

—Seguro que ya han cerrado para la noche.

—¿Y eso qué importa? ¡Como si tuvieran algo mejor que hacer! —dice Zhao. Esa es la actitud que la hace tan impopular en la casa.

—No, no quiero obligarlos a encender de nuevo los fuegos a estas horas de la noche. ¿Por qué no me sirves unos fideos de esos que está tomando Huan?

Al oír su nombre, su hijo, que ha seguido comiendo sin parar, alza la vista de su cuenco.

—Y por cierto, ¿qué estás haciendo aquí? —dice Zheng, molesto a causa de que el muchacho siga atiborrándose cuando su padre está hambriento.

Tía Zhao responde por su hijo, trajinando malhumorada con las cazuelas y sartenes mientras pone a cocer más fideos.

—Es festivo, ¿no? ¿No puede tomarse un respiro para ver a su madre?

—Más te vale retomar tus tareas pasado mañana. —Mientras se desabrocha la ropa, Zheng recuerda la pregunta que quería hacer antes de que el hambre lo distrajera—. ¿De qué estabais hablando cuando he entrado? ¿Quién ha estado llorando todo el día, y por qué no quería comer ni beber?

Madre e hijo intercambian una mirada rápida.

—Oh, no es nada —dice tía Zhao, encogiéndose de hombros; pero Zheng advierte que su concubina desea seguir hablando del tema, de modo que repite la pregunta—. Se trata de Plata, nada más —contesta tía Zhao, finalmente.

A Zheng le cuesta un poco recordar quién es Plata.

—¡Ah! La doncella de madre —dice, aliviado de que sea algo tan banal. Se quita la ropa—. ¿Qué le ha pasado?

Capta otro intercambio de miradas. En esta ocasión es Huan quien contesta:

—Mi hermano Baoyu intentó cortejarla por la fuerza. La muchacha se resistió, y Baoyu se desquitó

quejándose a la dama Jia. Después, ella la despidió...

–¿Cómo sabes eso? –se apresura a preguntar Zheng.

–Mi madre ha estado hoy visitando a la madre de Plata, para decirle cuánto sentía que hubieran echado a su hija. Su madre se lo ha contado.

Zheng se dirige a tía Zhao.

–¿Es eso cierto?

–Sí, lo es –dice ella–. Es lo que me contó la señora Bai. Me dijo que ahora Plata está en casa llorando desconsolada por lo injustamente que ha sido tratada. La dama Jia no ha querido escuchar ni una palabra de ella. Espero que te sirva para comprender cómo es Baoyu en realidad, por mucho que todo el mundo lo trate como si fuera un Buda vivo...

Zheng vuelve a ponerse la ropa, forcejeando con los cierres. Sale apresuradamente de sus aposentos, gritando:

–¡Haced venir a Baoyu a mi despacho!

Es consciente, a pesar de su ira, de que si azota a Baoyu en los cuartos interiores alguien se lo contará a su madre, que intentará detenerlo. Al llegar a su estudio, con la respiración acelerada, encuentra la vara de bambú en un rincón, medio oculta por la librería. Recorre la estancia mientras ensaya lo que dirá. Está preparando una perorata sobre la fama que tienen los Jia por el buen trato que prestan a sus sirvientes, y sobre lo abyecto que es aprovecharse de quienes están bajo la protección de uno, cuando se gira y ve que Baoyu ha entrado en silencio en la estancia.

Al ver a su hijo ahí parado, cauteloso, se olvida del discurso en el que ha estado pensando, superado por su disgusto ante la falsedad de Baoyu, ante el contraste que hay entre su apariencia noble y su comportamiento vil. Agarra el bambú.

–Actúas como un animal, así que veo que tengo que tratarte como si lo fueras.

Baoyu guarda silencio por un momento antes de decir, como si estuviera razonando con un demente:

–¿Tendrías la amabilidad de decirme de qué estás hablando?

–Estoy hablando de lo que le has hecho a Plata.

Zheng no puede emplear una palabra más específica. Se imagina a Baoyu abalanzándose sobre Plata en el *kang*, y a la muchacha aterrada revolviéndose impotente. Intenta apartar la imagen de su mente, asustado por su brutalidad. Su padre fue un hombre de mal temperamento, despiadado con sus hijos varones y pródigo con su hija. De joven, Zheng nunca pensó en nada más que en estudiar duro para aprobar los exámenes. Aun así, su padre le azotaba con regularidad. Él nunca entendía qué había hecho para despertar la rabia de su progenitor. En aquel tiempo, se limitaba a asumir que se debía a su propia estupidez: no era un mal estudiante, pero hasta el maestro, que se mostraba amable con él, decía que era «lento».

Cuando nacieron sus hijos, Zheng resolvió no ser el temible tirano que había sido su padre. Con Zhu, el mayor, le resultó sencillo. Aunque Zhu fue uno de los alumnos más brillantes en la escuela del clan, jamás perdió su diligencia y humildad ni su temor a cometer un error, que expresaba en las miradas inquisitivas que dirigía a su padre en busca de consuelo o guía, incluso después de haber aprobado los exámenes. Con Baoyu las cosas fueron distintas. Casi desde el momento de su nacimiento, debido al jade, tanto la madre como la esposa de Zheng se unieron para malcriarlo, interpretando cada palabra o acto suyos como signo de una genialidad latente. Por naturaleza, Zheng se tomaba cualquier cosa extraña o inusual con profundas reservas, por lo que el jade lo llenó de

desconfianza. A lo largo de los años pudo ver con sus propios ojos cómo el jade pervertía el trato que todo el mundo dispensaba al chico. ¿Acaso resultaba sorprendente que Baoyu fuera un vago y demostrara una visión ridículamente inflada de su propia importancia y capacidades? De este modo recayó en Zheng la tarea de inculcar en él algún sentido de la disciplina y el deber.

Al escuchar el nombre de Plata, Baoyu baja la vista.

–Tienes razón. Lo que le hice es imperdonable.

Ante el reconocimiento de su pecado, el enfado de Zheng se atenúa un poco, a su pesar.

–Huan me contó lo que ha sucedido.

–¿Qué te dijo? –pregunta rápidamente Baoyu.

–No quiero volver a repetirlo.

–Claro, pero lo sabes todo porque mi hermano te lo ha contado.

Ante el sarcasmo de Baoyu, la ira de Zheng empieza a encenderse de nuevo.

–¿Qué importa lo que haya dicho? No lo has negado.

De nuevo, Baoyu guarda silencio y mira al suelo antes de responder:

–No.

–¿Es todo lo que tienes que decir en tu favor? –La mano de Zheng agarra la vara convulsivamente–. ¿No te da vergüenza? No me puedo creer que un hijo mío sea culpable de algo así, de aprovecharse de una chica inocente...

Baoyu alza la mirada.

–No, Zhu jamás habría hecho algo así, por supuesto.

Zheng se queda pasmado. Baoyu casi nunca menciona a su hermano fallecido.

–¿Qué tiene que ver Zhu con esto?

–Siento decepcionarte. Lamento no ser tan perfecto como él.

–¿Qué estás diciendo? ¿Te estás burlando de tu hermano mayor?

–¿Cómo puede alguien burlarse de Zhu? –Baoyu ha bajado los ojos de nuevo, pero habla con una especie de intensidad contenida–. Además, no me ibas a escuchar. Aunque sí tienes oídos para lo que dice Huan de mí.

–¿Por qué metes a Huan y Zhu en esto? No tiene nada que ver con ellos. ¡Estamos hablando del acto deshonesto que cometiste!

Baoyu vuelve a alzar la vista.

–Sí, y merezco ser castigado.

Esta vez, la aparente sumisión de Baoyu le irrita. Es como si estuviera decidido a arrebatarse a su padre la autoridad del castigo.

–¡Quítate la ropa!

Zheng se remanga el brazo derecho.

Baoyu se despoja de la ropa, la dobla con esmero y la coloca sobre una silla. Zheng esperaba que su hijo pusiera excusas o suplicara. Debería haber pensado que Baoyu es demasiado orgulloso, que está demasiado convencido de su superioridad como para darle a su padre esa satisfacción.

–¡Date la vuelta!

Baoyu le da la espalda a Zheng, con los brazos pegados al cuerpo. Viste únicamente una túnica ligera y unos pantalones.

Su padre le azota. Pone todas sus ganas en los golpes, sin preocuparse de si caen en la espalda o en el trasero de Baoyu. Una y otra vez, la vara atiza golpes secos en el cuerpo de su hijo,

produciendo el único sonido que retumba en la sala. Pensaba que zurrar a Baoyu calmaría su ira, pero cuanto más le pega más crece su rabia. Le exaspera que su hijo lo obligue a convertirse en esa clase de padre brutal y vengativo que él mismo teme y desprecia. Además, se siente molesto porque está convencido de que el castigo no surtirá efecto. Le asalta la tentación de gritarle más, pero sabe que Baoyu no lo respeta ni lo escucha, y que no conseguirá otra cosa que quedar más en ridículo a los ojos de su hijo. Lo único que puede hacer es continuar atizando con la vara, aunque le empieza a doler el brazo.

Empieza a quedarse sin aliento, y puede oír un pitido en sus pulmones entre golpe y golpe de la vara. ¿Por qué Baoyu no gime ni grita? Si lo hiciera, Zheng podría acabar con el castigo. El joven desafía a su padre incluso con su silencio, negándose a reconocer el efecto de los golpes, de modo que él debe seguir pegándole. Los únicos signos de dolor son la respiración entrecortada y la extraña postura de su cuerpo. Un defecto fatal de Baoyu es el hecho de malgastar su tenacidad en ser desobediente, y que nunca la emplee en un objetivo que merezca la pena.

Con una especie de distanciamiento indiferente, Zheng ve la sangre que empapa el trasero de los pantalones de Baoyu, la fina tela pegándose a la piel en carne viva. Le duele el brazo derecho. Cambia la vara a la mano izquierda. Le cuesta, pero sigue pegando, aunque siente que sus fuerzas están llegando al límite. Azota cada vez más salvajemente, deteniéndose solo para secarse el sudor de los ojos.

Ahora desea por encima de todo que el muchacho grite. Aunque la tela de su ropa está desgarrada en muchas partes, y la vara golpea sobre la carne abierta y sangrienta, Baoyu sigue sin emitir sonido alguno. El corazón de Zheng se siente superado por la desesperación cuando comprende que Baoyu jamás cambiará, y es esta desesperación la que dirige sus golpes. Su corazón está disparado. Sus brazos arden. Suda a mares.

A Baoyu se le escapa un gemido débil. Zheng deja caer la vara y su hijo se desploma en el suelo.

Daiyu recorre la orilla del lago en dirección a los aposentos de Baoyu. Esa mañana, cuando Baochai y ella llegaron a casa de la dama Jia para el desayuno, encontraron la vivienda patas arriba debido al castigo que recibió Baoyu. Ni la Anciana Dama ni tío Zheng se habían presentado. Xifeng supervisó que se sirviera el desayuno como de costumbre, pero parecía distraída, esperando la llegada del médico en cualquier momento. La señora Xue permaneció sentada en silencio, sin apenas comer o alzar la vista de su tazón, como si quisiera hacer su presencia lo más discreta posible. Solo al escuchar la conversación entre susurros de las Dos Primaveraes, Daiyu se hizo una vaga idea de lo que había sucedido: tío Zheng había propinado una terrible paliza a Baoyu, tan fuerte que el muchacho se había desmayado.

Titubea al llegar a la celosía de bambú frente a la puerta de Baoyu, y se pregunta si será ir demasiado lejos entrar en sus aposentos sin haber sido invitada. Sin embargo, atraviesa el patio plantado con plátanos y manzanos mientras su respiración, acelerada por la timidez, forma una columna de vapor en el aire gélido.

El salón está vacío a excepción de Baoyu, que se encuentra tumbado en el *kang* boca abajo en una posición extraña, tapado con una manta, y de su criada personal, Perla, sentada cerca de él. El muchacho tiene la cabeza ladeada de modo que mira hacia la puerta. Sus ojos están cerrados, pero se abren cuando entra Daiyu. Está casi irreconocible; su rostro, siempre radiante, presenta ahora un aspecto pálido y mortecino, con manchas oscuras bajo los ojos. A Daiyu le sorprende el escozor de las lágrimas en sus propios ojos. Pestañea para contenerlas.

–¿Estás bien?

–No demasiado mal –responde Baoyu con voz débil.

–¿Te duele?

–Un poco.

Daiyu sospecha que le está mintiendo.

–No quiero molestarte. Solo quería ver cómo estabas, y decirte... cuánto lo siento. ¿Qué ha dicho el médico?

–Que no hay ningún daño duradero. Solo... –esboza una sonrisa– que me será imposible volver a la escuela hasta que el trasero se cure y pueda sentarme.

–¿Te ha recetado alguna medicina?

–Me dio un anticongestivo para dispersar la sangre mala, y algo para el dolor, para que duerma mejor.

–Creía que habías dicho que no te dolía mucho.

–Solo un poco, cuando intento dormir.

–Seguro que estás cansado, así que no te molesto más.

En la boca de Baoyu se dibuja algo parecido a su vieja sonrisa.

–¿Piensas que voy a dejarte marchar ahora que por fin he conseguido que vuelvas a visitarme? Quédate y habla conmigo.

–No es posible que quieras hacer el esfuerzo de hablar en un momento así.

–Te equivocas. Tenerte aquí para charlar me ayuda a olvidar mis dolores y sufrimientos. –Mueve

un poco la cabeza para poder dirigirse a su criada, que está cosiendo sobre el *kang*—. Perla, ¿por qué no te vas al dormitorio a descansar? Anoche casi no dormiste. Mi prima se quedará a hacerme compañía.

Daiyu piensa que está despachando a la sirvienta para que los dos puedan charlar en privado. Su sospecha se ve confirmada por el ligero aire ofendido con el que Perla recoge su costurero y se baja del *kang*.

—Procure no hablar demasiado. Amo Baoyu necesita descansar —le dice, con un ligero gesto de desdén.

—Ven y siéntate a mi lado —le pide Baoyu.

Consciente de que el muchacho tendrá que forzar más su cuello y su voz si se queda lejos, Daiyu se sube al *kang* a su lado.

—¿Te traigo alguna cosa? ¿Hay algo que pueda hacer para que estés más cómodo?

—No, solo hablar.

—¿Por qué te pegó así tu padre?

El rostro del joven se ensombrece.

—Tiene algo que ver con la criada de la abuela, Plata. Huan le contó algo que no era verdad, y mi padre decidió creérselo.

—¿Y tú no le contaste la verdad?

Los ojos de Baoyu, retadores, se clavan en los de ella.

—Me negué a contarle lo que sucedió en realidad. Él debería confiar en mí. Si elige pensar lo peor...

—Pero ¿cómo iba él a saberlo si no se lo explicas?

—¿De qué iba a servir? ¿Piensas que me iba a creer? —Los ojos de Baoyu, brillantes de rabia y desesperación, se apartan de los de la muchacha—. Además, hice algo malo. Merecía ser castigado.

El chico guarda silencio, con el rostro sombrío y distante.

Daiyu lo observa dubitativa, preguntándose qué habrá hecho exactamente. Está indignada por lo que le ha sucedido pero, al mismo tiempo, dolida por la hostilidad y el recelo que hay entre Baoyu y su padre. Tío Zheng siempre le ha parecido una persona amable tras su apariencia reservada. Le resulta difícil imaginarlo perdiendo los estribos. Recuerda, sin embargo, el tono irónico en su voz cada vez que habla con Baoyu, y comienza a comprender por qué se siente tan frustrado con su hijo. A Baoyu no le interesan los asuntos de Estado, las doctrinas e ideologías que rigen a los otros hombres, incluido su padre. En su lugar, él sigue su propio código caballeresco, tan intrincado y delicado como un viejo brocado.

—Háblame de tu madre —dice Daiyu—. Nunca me han contado nada de ella.

—Murió hace más de siete años. A veces, temo que estoy empezando a olvidarme de su aspecto. Recuerdo lo suaves y secas que tenía las manos, sin el menor rastro de aceite o sudor. Olían a jazmín. Cuando me ponía triste, solo quería agarrar sus manos, y entonces me sentía mejor.

Daiyu sonrío para ocultar las lágrimas que asoman a sus ojos.

—Sí, a mí me pasaba lo mismo con mi madre. Cuando era pequeña y no podía dormir, ella se inventaba cuentos sobre mis juguetes favoritos, o acerca de gente que conocíamos, como el vendedor de tofu, o sobre un fantasma que vivía en el pozo...

—Como el que te inventaste sobre el jade.

—Sus historias eran mucho mejores. Por lo general era muy cariñosa y paciente, pero también tenía

mal carácter. Había un abusón en nuestra calle que tenía aterrorizados a los niños más pequeños. Una vez, mi madre lo pilló colgándome por los tobillos sobre el canal. Se puso tan furiosa que lo llevó hasta su casa tirándole de la oreja. Les dijo a sus padres que si no lo azotaban ellos, lo haría ella misma.

Se ríe, pero el recuerdo hace que le resulte más duro todavía contener las lágrimas. Baoyu saca el brazo de debajo de la manta, torciendo el gesto a causa del dolor provocado por el movimiento, y toma su mano.

–La echas mucho de menos –dice.

Daiyu asiente, reprimiendo un sollozo.

–Tú también debes de echar de menos a la tuya.

–La mía murió hace mucho más tiempo. Además, después de la muerte de mi hermano cambió.

–¿A qué te refieres?

–Es difícil de explicar. Parecía que todo hubiera dejado de importarle. Dejó de administrar el hogar, y ya no nos prestaba mucha atención a Tanchun, Huan ni a mí. Era como si no tuviera interés en seguir viviendo.

–Mis padres tuvieron un hijo, cuatro años menor que yo, pero murió a los tres años. Cuando sucedió, a mi madre le pasó lo mismo, pero tras un par de años se recuperó.

–Con mi hermano Zhu fue distinto. Mis padres consideraban que era absolutamente perfecto. Lo adoraban. Era trabajador, respetuoso y educado, y aprobó los exámenes.

A Daiyu le parece captar un ligerísimo tono de escarnio en su voz. Luego, Baoyu se queda en silencio, apartando los ojos de ella.

–¿No lo querías, entonces? –pregunta la joven.

Desde que perdió a su hermano pequeño, Daiyu envidiaba a la gente que tenía hermanos y hermanas, y suponía que los hermanos se amaban y se querían. En Rongguo ha descubierto que sucede más bien lo contrario.

–Pues claro que lo quería. –Baoyu alza los ojos para mirarla de nuevo–. Pero cuando él murió yo acababa de entrar en la edad en que se empieza a conocer el mundo, y descubrí que mi hermano no era exactamente como se presentaba a nuestros padres. Era inteligente, y es cierto que se aplicaba en sus estudios. Dado que había aprobado los exámenes, mis padres nunca dieron importancia a lo que hacía fuera de casa. La verdad era que jugaba y bebía, y que tenía una amante. No es que sean cosas tan terribles, pero para él era importante conservar su imagen de perfección delante de nuestros padres. Lian lo sabía; el hermano mayor de su amigo Feng Ziyang era uno de los amigos de mi hermano. No lo contó nunca, tampoco. Tras la muerte de Zhu, Lian tuvo que hacer un esfuerzo para saldar las deudas de juego de mi hermano y darle algo de dinero a su amante.

Daiyu está impresionada por el tono reverente con el que se cita siempre el nombre de Zhu.

–Esta casa está llena de secretos.

–Lo odio –dice Baoyu, apartando el rostro de ella y mirando hacia la pared. Daiyu nunca le había oído hablar con tanta amargura–. ¿Sabes? Por eso aguanto a Huan. Me odia, pero al menos no lo esconde. Los demás...

Guarda silencio durante un buen rato, hasta que Daiyu pregunta:

–¿Tienes algún recuerdo de mi madre de cuando eras niño?

Baoyu se gira para mirarla.

–¿Cómo podría tenerlo? Solo soy un año mayor que tú. Apenas tendría dos cuando tu madre se fue

al sur con tío Lin. Recuerdo a nuestra tía abuela, la concubina imperial, eso sí. La última vez que vino de visita, antes de morir, yo tendría unos diez años.

—¿Cómo era?

—Recuerdo que nos despertamos al amanecer para recibirla, y luego resultó que no se la esperaba hasta la tarde, pero nadie se había preocupado por decírnoslo. Más tarde, justo cuando se ponía el sol, llegó con un tropel de eunucos. No nos dejaron pasar ni un minuto a solas con ella. Incluso cuando supuestamente le permitieron una «charla informal» con la abuela, había tres o cuatro eunucos en la sala, y ella no se atrevía a hablar libremente delante de ellos. Me dio la impresión de que intentaba no llorar. Solo le dejaron quedarse unas pocas horas. Y luego, cuando se la llevaban en su palanquín de oro, me puse de puntillas para lanzarle una última mirada. Vi dos regueros de lágrimas, uno debajo de cada ojo, entre el maquillaje de su rostro. Me pareció que no se atrevía a secárselos por miedo a que alguien se fijara en ellos...

—¿Por qué era tan infeliz en Palacio?

—No son más que suposiciones..., pero imagina lo restringida y confinada que tendría que ser su vida, cien veces peor que la de las chicas aquí. Y luego, que te tengan apartada de toda la gente en quien confías y a quien quieres...

Perla entra en la estancia.

—Amo Baoyu, es la hora de su medicina. —La doncella no se esfuerza en ocultar su descontento a causa de todo el tiempo que se está quedando Daiyu—. Ahora debe descansar. Recuerde que el médico le recomendó que no se fatigase.

Daiyu se baja del *kang*.

—Lo siento. No me había fijado en el tiempo.

—Tonterías. Me ha sentado bien conversar contigo —dice Baoyu.

Daiyu abandona con sigilo la habitación, helada por el relato de Baoyu sobre la concubina imperial. Entrar en Palacio y ascender era el mayor honor al que podía aspirar una mujer; jamás se hubiera imaginado que pudiese proporcionar tan poca felicidad. Al tomar el sendero junto al lago, ve a Huan lanzando piedras desde la orilla.

El muchacho se vuelve al oír sus pasos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta Daiyu—. Pensaba que ya no te permitían entrar en este sitio.

—Me he colado —dice, con su extraña mezcla de mal humor y vulnerabilidad. Arroja otra piedra al agua. En lugar de rebotar sobre la superficie, el canto se hunde con estrépito en las aguas oscuras.

—¿Y tú qué haces en esta parte del lago? Visitar a Baoyu, supongo.

La joven capta el tono de malicia en su voz.

—Estarás contento. Tu padre casi hace puré a tu hermano.

—¿Qué te hace pensar que tiene algo que ver conmigo?

—¿Qué le contaste sobre Plata? —Huan aparta los ojos de los suyos—. Y lo que le contaste ni siquiera era cierto.

—¿Quién sabe lo que pasó realmente? Plata no quería contar nada, así que me lo imaginé —admite Huan con tono huraño.

—¿Por qué quieres meterlo en líos? Baoyu no te ha hecho nada malo...

—¿Qué quieres decir? —Huan explota—. Ya ves cómo me trata todo el mundo, y cómo lo tratan a él...

—Eso no es culpa suya.

—¿No? Si está siempre aparentando, e intentando hacerme quedar mal...

–¡Eso no es verdad! –grita Daiyu–. Te protege y te defiende incluso cuando le haces daño. Él sabía que dejaste caer esa vela sobre su cara a propósito. Y aun así te defendió e insistió en que fue un accidente.

El rostro de Huan parece sorprendido.

–¿Qué estás diciendo? –Huan intenta contenerse–. Fue un accidente.

–Vi la cara que pusiste. Sé que lo hiciste a propósito.

El muchacho la mira fijamente y pregunta, pasado un momento:

–¿Por qué no dijiste nada?

–No lo sé. –Daiyu intenta recordar el incidente, sucedido apenas unas semanas después de su llegada a Rongguo–. Estaba muy nerviosa. Y después quise contarle, pero Baoyu insistió en que no fue intencionado. Más adelante, cuando le comenté que lo habías hecho a propósito, lo único que me contestó fue que no se lo contara a nadie para no meterte en más líos.

De nuevo, Huan la mira sin pronunciar palabra. Daiyu se fija en que está muy sorprendido; quizá hasta lamenta el modo en que ha calumniado a Baoyu. La joven se gira dispuesta a marcharse.

–Espera un minuto.

–¿Sí?

–Gracias... por no delatarme.

Huan se sonroja, y se muerde el labio inferior.

–De nada. Pero es a Baoyu a quien deberías dar las gracias.

Parece que Huan quiere decir algo más, pero Daiyu echa a andar por el sendero hacia la casa de la dama Jia. Tiene la mente ocupada por su encuentro con los dos medio hermanos, y quiere hablar con Ganso Blanco. Podría contárselo a Baochai, por supuesto, pero no resultaría tan interesante. Ella es demasiado diplomática como para hablar mal de un miembro de la familia. Baochai se ha portado tan bien con ella que Daiyu se siente culpable por que su amistad no haya llegado a más. Aquella noche que calmó a Baochai después de su pesadilla, Daiyu pensó que se convertirían en amigas íntimas; sin embargo, con la luz del día volvieron las típicas reservas de Baochai.

No hay nadie en el salón cuando llega a los aposentos de la dama Jia. Recorre con sigilo el vestíbulo hasta el dormitorio de la Anciana Dama y asoma la cabeza por la cortina de la puerta.

–¿Quién anda ahí? –oye la voz de la dama Jia, brusca y recelosa, proveniente del *kang* a oscuras.

Deseando poder salir corriendo, la muchacha responde:

–Soy yo, Daiyu.

–¿Qué quieres?

–Estaba buscando a Ganso Blanco.

De repente, se siente cohibida e incómoda. Se da cuenta de que, desde su llegada a Rongguo, esta es la primera vez que está a solas con la Anciana Dama, sin ninguna de las sirvientas alrededor.

–¿Qué quieres de ella?

–Solo... solo quería hablar con ella.

Se produce un silencio.

–Curioso gusto para una jovencita, querer pasar el tiempo con una sirvienta cuando tiene a sus primas para entretenerse –murmulla finalmente la dama Jia.

–También me gusta pasar el tiempo con mis primas –balbucea Daiyu.

–Bueno, no te quedes ahí. Ven y dame un masaje en las piernas. Me duele todo el cuerpo; me he pasado media noche en vela preocupada por Baoyu. He mandado a Ganso Blanco a que me traiga una

tisana, pero se debe de haber entretenido por ahí.

Daiyu avanza a regañadientes. En las pocas ocasiones en que ha entrado en la habitación, siempre ha detestado lo oscura y sofocante que resulta. No importa lo mucho que frieguen y barran las criadas; nunca consiguen deshacerse del olor a polvo y decadencia que parece emanar de los viejos baúles y armarios. Se arrodilla en el *kang* junto a su abuela y le frota tímidamente las piernas.

–¡Más fuerte!

Aplica más presión sobre la carne fofa de las pantorrillas de la Anciana Dama.

–Ahora dales golpecitos.

Daiyu golpea con el canto de las manos las canillas de la dama Jia.

–Los muslos también. ¡Más fuerte!

Daiyu sube y baja por las piernas de la anciana, golpeando lo más fuerte que puede, convencida de que hará daño a la anciana. Sin embargo, los golpes parecen agrandar a la dama Jia. Cierra los ojos con un suspiro. El esfuerzo pronto cansa a Daiyu, y empieza a perder el aliento. Hace un esfuerzo por continuar, pero la respiración se le atraganta y tose tan fuerte que se dobla, cubriéndose la boca con las manos.

–No sabía que estuvieras enferma –dice la dama Jia con tono de reproche.

–No lo estoy –replica Daiyu, jadeando–. Siempre me da la tos en otoño. Se me pasará en unas semanas. Este año es peor porque no estoy acostumbrada a este clima. ¿Sigo frotándole las piernas?

–No. De todos modos, no lo haces bien. Me imagino que cualquier cosa será mejor que el clima de ahí abajo. Aquello es como una jungla cenagosa...

–Es bonito..., exuberante y verde...

La Anciana Dama hace un sonido de escepticismo. Tras un breve silencio, casi a regañadientes, pregunta:

–¿Qué le parecía aquello a Min?

–Le encantaba. –Daiyu lanza un rápido vistazo al rostro de su abuela, incapaz de captar su expresión en la penumbra–. Nunca me habla de mi madre. ¿Cómo era de pequeña?

Hay un largo silencio. Finalmente, la dama Jia dice:

–Era una niña de lo más alegre, siempre charlando y riéndose. Era testaruda, como Baoyu, pero tan dulce y hermosa que nadie podía resistirse a sus encantos.

Daiyu escucha con ilusión, pero la incongruencia le sorprende: si la abuela quería tanto a su madre, ¿por qué se alejó ella de su familia?

–Era muy tozuda –continúa la dama Jia–. Una vez se llevó un berrinche porque quería ponerse los mismos zapatos rojos todos los días. ¡Cómo pataleaba y chillaba! –Hace otra pausa–. Me recuerdas bastante a ella.

–Me alegro. Pero ¿a qué se refiere?

En lugar de contestar, la Anciana Dama pregunta:

–¿Qué era lo que le gustaba a Min del sur?

–Le encantaba el clima, los paisajes... Poder ver los sitios sobre los que había leído en los poemas antiguos. Le gustaba mucho cuando mi padre nos llevaba en barca por el lago Tai, porque le recordaba ese poema de...

–¡Qué típico de ella! –suelta la anciana–. Siempre más preocupada por un poema antiguo que por lo que tenía delante de los ojos. Ese fue el motivo por el que quiso casarse con tu padre y no con otro. ¿Piensas que fue el único que vino a pedir su mano? Podría haberse casado con el general Xue

Ke, ¡el comandante en jefe de Chang'an!

Daiyu percibe el sarcasmo en la voz de la Anciana Dama, pero no entiende la razón.

—¿Xue? ¿Es pariente de Baochai?

—Todas las familias poderosas están emparentadas. Me puse muy contenta cuando el general envió a una casamentera. Min iba a casarse con él, pero entonces tu padre tuvo el descaro de mandar también a una casamentera. Él había sacado la tercera mejor nota de todo el país en los exámenes trienales; pero no tenía dinero, y los Lin prácticamente se estaban extinguiendo. Por si todo eso fuera poco, lo habían destinado al sur.

—Y luego ¿qué pasó?

—Tu madre no aceptó al general. ¡Quería casarse con Lin Ruhai! ¿Por qué? —La dama Jia se contesta a sí misma—: ¡Por sus poemas! Fue culpa de Zheng. Algunos poemas de Lin gozaban de cierta fama. Zheng los copió en un abanico, y Min los leyó.

—Sus poemas —repite Daiyu, contenta de que la oscuridad no deje ver su sonrisa. Así que sus padres, sin haberse visto antes, se habían reconocido por medio de la poesía. Siempre supo que lo que había entre su padre y su madre era algo más dulce y mucho más íntimo que el sentido del deber y los intereses comunes que parecían unir a otros matrimonios.

—Juré que si me desobedecía y se casaba con Lin, no volvería a hablar con ella. —Las palabras de la Anciana Dama caen sobre Daiyu como piedras—. Mantuve mi palabra. No asistí a la boda, y tampoco le escribí ni una línea en veinte años. Bueno, sabía de ella porque se escribía con su padre mientras estuvo vivo. Así fue como me enteré de que habías nacido tú, y también un varón, que murió. Pero hasta que no escribió a Zheng para comunicarle que se estaba muriendo, no le escribí ni una palabra. Entonces, le mandé una carta para decirle que te enviara al norte, para poder conocerte.

Daiyu siente de repente que está en presencia de un enemigo, de la mujer que obligó a su madre a elegir entre casarse con el hombre a quien amaba y su propia familia. Recuerda lo que le dijo su madre antes de morir. ¿Había terminado lamentando su elección, el largo distanciamiento? Se la imagina de joven, vestida con sedas como las que ahora lleva Daiyu, con su diadema del fénix sobre su cabello reluciente. Esa joven jamás había barrido un suelo ni fregado un plato. ¿Compensaría estar con el padre de Daiyu la vida de comodidades que había perdido? Entonces, en un esfuerzo desesperado, su mente salta atrás en el tiempo, más allá de la enfermedad de su madre, para recordar el período sin sombras de antes: su madre agarrada al costado de una barquita mientras el viento soltaba el pelo de su moño, riéndose mientras el padre de Daiyu la aupaba para que alcanzara un melocotón que colgaba alto. Incluso aunque al final hubiese sentido una pizca de remordimiento, Daiyu no puede creer que su madre fuera infeliz durante todos esos años.

La dama Jia rompe el largo silencio.

—El clima de allí abajo la mató.

Su madre está muerta. ¿Por qué la Anciana Dama necesita seguir demostrando que ella tenía razón?

—Eso no es cierto.

La anciana se incorpora con gran esfuerzo. Un tenue rayo de luz ilumina su rostro. Sus ojos negros brillan como ciruelas pasas en sus cuencas hundidas.

—Todo el mundo sabe que el clima del sur trae todo tipo de fiebres...

—¡No es verdad!

Daiyu siente la necesidad de sacudir a su abuela. Aprieta los puños sobre su regazo. A fin de

cuentas, su madre la envió aquí en un intento de enmendar el largo distanciamiento. Pero ¿cómo va a repararlo si la ira de su abuela sigue ardiendo?

SEGUNDA PARTE



Undécimo mes, 1721

Todos decían que el sur estaría bien,
pero los años pasaron y envejecí en el sur:
aguas de primavera más azules que el cielo,
me quedé dormido bajo la lluvia.
Una mujer como la luna junto al fuego,
sus muñecas relucen como la nieve.
No vuelvas a casa hasta que te hagas viejo,
porque seguro que tu corazón se partirá.

Wei Zhuang, canto lírico de la composición
Bárbaro Boddhisatva

A comienzos del undécimo mes, por fin llegan noticias del padre de Daiyu. La misiva no va dirigida a su hija, sino a tío Zheng. Lo único que dice es que él, el padre de Daiyu, está enfermo, y pide que envíen a su hija de vuelta a casa lo antes posible. La muchacha estudia la carta, intentando extraer algo más de sus breves líneas. ¿Es grave la enfermedad de su padre? ¿O simplemente la quiere a su lado porque no se encuentra bien? Pasa los dedos por la escritura. No hay signos de temblor ni de debilidad. Se imagina a su padre redactándola, encorvado sobre su escritorio en una esquina del salón, en esa mesa tan desgastada que el barniz se ha desprendido en algunos puntos y se puede palpar la suave veta del nogal con los dedos.

Se decide que Daiyu emprenda el viaje a la mañana siguiente, acompañada por Lian. En un principio, la dama Jia propuso ponerla al cuidado de algunas doncellas mayores, pero Zheng objetó que no era apropiado ni seguro mandarla solo con sirvientes. Además, desea que Lian visite las propiedades de la familia en el sur. Por primera vez, que alguien recuerde, la cosecha ha sido tan magra que Xifeng va a tener que comprar arroz para el sustento del palacio. A Daiyu le cohíbe realizar un viaje tan largo junto a Lian, con quien apenas ha hablado desde que llegó. Teme que el muchacho sienta rencor hacia ella por verse obligado a abandonar Rongguo ahora que Ping'er está embarazada. Sin embargo, tío Zheng, ignorando las protestas de Daiyu, ha enviado esa misma mañana al puerto a Lian, que se quejó amargamente, para que alquile una embarcación que los lleve al sur.

En el dormitorio, ante su baúl vacío, Daiyu contempla el revoltijo de vestidos y chaquetas como si no fueran suyos.

Ganso Blanco entra y comienza a ordenar la ropa.

—¿Cuándo parten?

—Mañana, al amanecer.

—¿Qué decía la carta de su padre?

—Poca cosa. Eso es lo que me asusta. Solo que estaba enfermo y que yo debía regresar.

Ganso Blanco envuelve la fría mano de Daiyu entre las suyas, más calientes.

—Bueno, usted siempre ha dicho que quería volver a casa.

La señora Xue y Baochai llegan en ese momento para despedirse.

—Acabamos de enterarnos de lo de tu padre —dice la señora Xue, estrechando a Daiyu entre sus brazos—. Pobrecita mía.

Daiyu siente la necesidad de derrumbarse en ese tierno abrazo, de estallar en llanto al calor de la señora Xue, pero otra voz en su interior le dice que no se deje llevar, que se arme de valor para lo que le aguarda. Permanece rígida y con los ojos secos.

—Te hemos traído una cosa. —Baochai abre un paquetito de papel. Está lleno de las raíces de ginseng más grandes que Daiyu haya visto nunca, tan gruesas como su dedo pulgar—. En estos tiempos, a no ser que tengas buenos contactos, solo puedes conseguir «bigotes de gato», como llaman a esas raicillas tan finas. Nosotras podemos conseguir estas gracias a que mi padre fue amigo del médico imperial hace años.

Daiyu sacude la cabeza.

—Son muy caras. Además, ni siquiera sé lo que tiene mi padre.

–El ginseng es bueno para casi todas las enfermedades, porque refuerza el *qi*, el flujo vital.

–No, guardadlas para vosotras. ¿Y si os ponéis malas?

Baochai cierra con suavidad los dedos de Daiyu sobre el paquete.

–Llévatelas. Perderán sus propiedades si las guardamos durante tanto tiempo. La Anciana Dama tenía unas, incluso más gruesas que estas, de cuando era niña, pero se hicieron migas en cuanto las tocó. Además –añade, cortando el intento de Daiyu por darle las gracias–, tus pulmones no están todo lo fuertes que deberían. Por la noche te oigo toser mucho. Si no los fortaleces ahora que eres joven, empeorarán con la edad. Esto son nidos de golondrina. Debes cocer uno cada mañana.

Sonriendo ante el tono de autoridad de Baochai, Daiyu acepta el segundo paquete. En los tres meses que lleva viviendo junto a Baochai, ha terminado comprendiendo que la chica mayor esconde sus emociones bajo esa actitud algo autoritaria, que le cuesta muchísimo mostrarse vulnerable por medio de un gesto o una palabra tierna. Hace semanas, cuando Daiyu le confesó la historia del enfado de la Anciana Dama con su madre, Baochai, que parecía impactada, no pronunció ni una palabra de conmiseración. Daiyu se sintió herida y molesta, y decidió no volver a confiar en ella. Más adelante, recordando lo amable y generosa que había sido su prima, intentó acercarse a ella de nuevo. Ahora se pregunta si volverán a verse alguna vez. Toma la mano de Baochai.

–Tía Xue y tú iréis algún día al sur a visitar a vuestros parientes, ¿verdad? Asegúrate de que pasáis a verme.

Los dedos de Baochai devuelven la presión de los suyos.

–Por supuesto.

Xifeng entra cargada de ropa. Daiyu no ha superado la mala impresión que le causó desde el principio, con sus aires de superioridad y su enervante jovialidad. Ahora, mientras Xifeng extiende una chaqueta forrada de piel y una capa de camelote rojo sobre el *kang*, Daiyu ve que muestran signos de haber sido utilizadas antes.

–Son tuyas, ¿verdad? –pregunta sorprendida. Que Xifeng le ofrezca su ropa le parece un acto de generosidad, no de condescendencia–. ¿Estás segura de que no las necesitas?

–¡Santo cielo! ¿Crees que yo voy a tener la oportunidad de viajar alguna vez? –Xifeng se ríe–. Bueno, dime, ¿necesitas medicinas, o algo para tu viaje? Vamos, no seas tímida, después de tanto tiempo como has pasado entre nosotras.

–No, gracias; tía Xue y Baochai me han dado todo lo que necesito.

–Entonces, deja que te dé un consejo, aunque no me lo hayas pedido. –La voz de Xifeng está desprovista de ese tono de burla ligeramente arrogante que suele adoptar cuando se dirige a las chicas solteras–. Cuando llegues a Suzhou para cuidar de tu padre, todo a tu alrededor pedirá a gritos que le prestes atención. Sentirás la tentación de sacrificararte para encargarte hasta del último detalle. Pero recuerda: duerme lo que necesites y aliméntate bien. La gente siempre se olvida de la cuidadora, pero vas a ser la persona de la que dependa todo el mundo.

Su rostro, con sus ojos brillantes delineados de forma llamativa, muestra una mezcla de astucia y amabilidad.

Daiyu lo entiende. Cuando regrese a Suzhou, le tocará llevar el peso de la casa a ella sola. Por primera vez, toma la mano de Xifeng por iniciativa propia.

–Gracias –dice–, lo tendré en cuenta.



Después de la siesta, Xifeng repasa rápidamente las túnicas y los pantalones de Lian para su viaje. La repentina partida ha sumido la casa, ya de por sí tensa con los preparativos de Año Nuevo, en el desorden. Probablemente, Xifeng tendrá que pasar toda la noche en vela para que el equipaje de Lian esté a punto. Ping'er podría echar una mano, por supuesto, pero se pasa el día en la cama, con el pretexto de tener náuseas. Cuando Lian les contó que se marchaba de viaje, Ping'er se echó a llorar. En cierto modo, a Xifeng le pareció una muestra de lo distinta que era de su criada. Incluso en los buenos tiempos, imaginaba que a ella nunca le afectaría tanto la ausencia de Lian. Ahora se toma como un raro golpe de suerte que tío Zheng lo mande lejos, pues de ese modo no tendrá que ver cómo su marido y Ping'er se pasan el día pegados el uno al otro.

Otoño entra en la estancia y anuncia:

—La abadesa del convento de la Luna en el Agua ha venido a verla.

—¿Qué quiere? —pregunta Xifeng, molesta por la interrupción.

—No lo sé.

Xifeng duda. El convento de la Luna en el Agua, uno de los templos más grandes de la Capital y alrededores, lo frecuentan mujeres nobles y esposas de altos funcionarios. La abadesa es un personaje importante, así como una excelente fuente de rumores y noticias políticas.

—Muy bien. La recibiré.

Xifeng contiene un escalofrío de disgusto al ver el áspero vello negro que salpica la cabeza afeitada de la abadesa, y su cuerpo rollizo y asexuado cubierto por una túnica gris sin forma.

—Ah, mi querida abadesa. Qué amable es al visitarnos.

—No es nada. —Su rostro rechoncho se arruga en una sonrisa—. Solo lamento no poder venir más a menudo. ¿Cómo está?

—Bien, gracias.

Xifeng conduce a la abadesa al *kang*, buscando a Otoño para que sirva el té. Para su disgusto, no se ve a la sirvienta por ningún lado. Está a punto de llamarla a voces cuando la abadesa hace un gesto de rechazo con la mano.

—Acabo de tomar té con la dama Jia. —Da unas palmaditas en el *kang* a su lado—. Sentémonos y tengamos una charla íntima, solas usted y yo. —Sus ojos se posan en Xifeng mientras pestañean entre pliegues de grasa—. La Anciana Dama me ha contado la buena nueva. —Se refiere al bebé de Ping'er, por supuesto—. ¿Cuándo será el feliz evento?

—A principios del cuarto mes.

—¡El niño nacerá en el año del tigre! Qué buen augurio para toda la familia. —La abadesa mueve la cabeza y sonrío, pero sus ojos expresan que comprende muy bien que para Xifeng sea cualquier cosa menos una noticia alegre—. Bien, sé que siempre está usted muy atareada, así que iré directa al grano. Probablemente adivine por qué he venido. —Cruza sus manos rechonchas y blancas sobre el regazo—. Cada año, antes de Año Nuevo, pido a las damas importantes de la Capital una contribución para poder comprar aceite con el que mantener ardiendo todo el año las lámparas de nuestra santísima dama Guanyin...

—¡Ah, sí! —Xifeng salta—. Se me había olvidado por completo.

Se dirige corriendo a su dormitorio, abre la caja donde guarda el dinero suelto y rápidamente prepara un paquetito con cincuenta taeles de plata, casi todo el contenido de la caja. Regresa junto a la abadesa con el dinero.

—Aquí tiene. Gracias por recordármelo. Se me había pasado del todo este año.

Xifeng sabe que se trata de una extraña incongruencia de su carácter que otros, incluido Lian, han observado: aunque es testaruda hasta llegar a la tacañería en lo relativo a compras y ventas, en lo concerniente a la religión es tan generosa que nunca ha permitido que un solo monje, sin que importe la mala reputación que tenga, se haya ido de la mansión con las manos vacías. Y Guanyin, la diosa de la misericordia, con su rostro distante pero amable y su túnica de un blanco immaculado, siempre ha sido su preferida.

La abadesa se baja del *kang*, asintiendo y riendo entre dientes.

—Muy propio de usted, señora Lian. Siempre tan generosa. Que su próxima vida esté colmada de bendiciones por su bondad.

La abadesa está ofreciendo una bendición de despedida a Xifeng cuando añade, como si se le acabara de ocurrir:

—Ah, por cierto, quería hablar con usted de otra cosa.

A Xifeng, la naturalidad con que lo dice le suena calculada.

—¿De qué se trata?

—La condesa de Xiping acudió el otro día al templo a quemar algo de incienso para su hijito, que está enfermo. —La abadesa se acerca a Xifeng—. Resulta que comentó que andaba un poco mal de dinero, y que estaba buscando un préstamo...

Xifeng baja la vista para ocultar su excitación. Desde su llegada a Rongguo, ha estado deseando ganar algo de dinero por su cuenta. Sabe, aunque todo el mundo prefiera ignorarlo, que todos los años los gastos del palacio superan los ingresos. La riqueza de la familia Jia, por enorme que sea, se está consumiendo lentamente a causa de sus caprichos, la corrupción de sus criados y la mala administración de sus posesiones. Sospecha desde hace tiempo que los capataces que supervisan las haciendas del sur desvían ganancias para su propio beneficio. También sabe que los Jia llevan años postergando el mantenimiento y las reparaciones en el sistema de regadío y los edificios de sus granjas. Ella fue la única que no se sorprendió ante la pobre cosecha de este año. Desconfiando de la capacidad de tío Zheng y de Lian para enderezar las cosas, ha apartado cuatrocientos o quinientos taeles, para sentirse segura si algo sucede, pero sabe que nunca amasará una buena fortuna a base de ahorrar. Necesita un modo de invertir su capital.

—¿En serio? —dice, esperando que su voz no traicione su entusiasmo.

—Sí, quiere comprar una promoción para su hijo mayor.

Xifeng no conoce mucho a la condesa de Xiping. Es de la misma edad que su difunta suegra, y cuando la dama Xing vivía, la condesa vino a Rongguo en varias ocasiones a pasar las vacaciones o a fiestas de cumpleaños. Xifeng la recuerda como una mujer de treinta y muchos o cuarenta que insistía en usar pintalabios y vestir sedas estampadas de mariposas como una jovencita. Había dado a luz a un varón un año o dos después de casarse, pero luego no fue capaz de concebir de nuevo hasta que, de repente, casi veinte años después de su primer hijo, tuvo un segundo.

—Entiendo. ¿Cuánto quiere?

—Dos mil taeles.

—¿Para cuánto tiempo?

—Un mes o dos.

Xifeng echa cuentas rápidamente. Dentro de unos pocos días recibirán las rentas de las propiedades de los Jia en la Capital. Por norma general, Xifeng usa ese dinero para repartir las

pagas a principios de mes, y gasta el resto en provisiones para las cocinas y otros gastos de la casa. Podría prestar el dinero de las rentas a la condesa y pagar los sueldos y gastos de cocina de su propio bolsillo. Si se queda corta, desviará algo de dinero de otras cuentas –por ejemplo, el que ha estado apartando para las dotes de las Dos Primaveras–, de momento. Será difícil, debido a todos los gastos que se avecinan con motivo de las celebraciones del Año Nuevo, pero pospondrá las compras innecesarias.

–Una cosa más –añade la abadesa ante el silencio de Xifeng–. Debe guardarse la máxima discreción. Si su marido llega a enterarse...

Xifeng se pregunta por qué hay que mantener el préstamo en secreto. En su caso, prefiere que Lian no se entere, porque intentaría reclamar una parte de las ganancias. Pero ¿por qué motivo el esposo de la condesa no quiere comprar la promoción de su hijo? La condesa debe de haber gastado el dinero para la promoción en otras cosas, y ahora trata de ocultar ese hecho a su marido.

–Naturalmente.

Y no añade nada más. Quiere que la abadesa solicite el préstamo de forma manifiesta, para que quede bien claro quién está pidiendo el favor y quién lo concede.

–Bien, señora Lian –dice finalmente la abadesa–, ¿cree usted que puede ayudarle?

–Eso depende. ¿Qué hay de los intereses?

–La condesa estaría dispuesta a devolver el dinero con intereses, por supuesto.

Xifeng suelta un suspiro de impaciencia a duras penas contenida.

–¿Acaso pensaba que iba a conseguir un préstamo de tal magnitud *sin* intereses? Todo depende de la cuantía.

–Bueno, ¿y cuánto quiere usted, señora Lian?

Dado que va a correr tantos riesgos y complicaciones, más vale que merezca la pena.

–Un diez por ciento mensual –se aventura a decir.

–¡Un diez por ciento! –La abadesa abre los ojos como platos–. Eso está muy por encima de la tasa legal. ¡La podrían denunciar por usura!

–Creía que se trataba de un préstamo privado, entre dos particulares –dice con frialdad Xifeng–. ¿Qué tiene que ver la ley con esto?

–Sí, tiene razón, por supuesto –se apresura a decir la abadesa–. Es solo que me resulta un poco elevado.

Xifeng alza los hombros.

–Si a la condesa le parece muy alto, puede pedir el dinero prestado a otra persona.

Habla con seguridad, consciente de que a la condesa le resultará difícil pedir tanto dinero en otra parte. ¿Cuántas mujeres hay en la Capital que puedan disponer de una cantidad tan elevada en tan poco tiempo? La condesa podría intentar empeñar algunas joyas, pero se arriesgaría a que su marido o sus sirvientes descubrieran su ausencia.

La abadesa duda por unos instantes. Luego asiente.

–De acuerdo, visitaré a la condesa a ver qué dice. –Mira a Xifeng de arriba abajo, y sus ojos ya no pestañean–. La gente dice que es usted una mujer avara, pero siempre ha sido tan generosa con nuestro convento que no me lo creía.

Xifeng sonrío, sin dejar que las palabras de la abadesa le afecten.

–No veo qué tiene que ver la generosidad en esto. No se trata de caridad, sino de un negocio.

Después de acompañar a la abadesa a la salida, Xifeng regresa a su dormitorio. Abre el armario y

pone las pilas de ropa en el *kang*. Se arrodilla en el suelo y encaja la punta afilada de un atizador en la juntura donde se une la pared del fondo con el suelo del armario. Tira hacia arriba y levanta el panel inferior del mueble. Debajo hay un gran agujero oscuro. Se agacha e introduce las manos en la negrura. Sus dedos tocan el viejo saco de arroz, de los que se usan para enviar la cosecha desde el sur, en el que guarda el dinero. Siente el tacto duro de la plata en su interior a través del tejido, y echa cuentas: si la condesa le devuelve el dinero en solo dos meses, sus ahorros se habrán doblado.

Xifeng oye cómo Lian entra en el salón. Está gritando algo sobre sus polainas de lana: ¿se ha acordado de incluirlas en el equipaje? Solo la llama cuando necesita algo, nunca habla con ella por otro motivo. Vuelve a colocar el falso panel y mete a empellones la ropa de nuevo en el armario. Lo último que desearía sería que su marido descubriera que ella tiene dinero. Cierra la puerta del armario y sale corriendo a ver a Lian.



Daiyu echa un vistazo a su habitación vacía para asegurarse de que no se ha dejado nada. Se acerca descalza hacia la lámpara, tiritando con su fina ropa interior, y comprueba el baúl que ha preparado con precisión Ganso Blanco. Al borde del *kang* está la ropa que Xifeng le ha regalado para el viaje del día siguiente. Se agacha para soplar la lámpara, cuando alguien susurra su nombre al otro lado de la cortina de la puerta.

—¿Quién anda ahí? —pregunta.

—Soy Baoyu.

De modo que al final ha venido a despedirse. No había vuelto a casa para cenar tras la escuela, así que Daiyu se había hecho a la idea de marcharse sin verlo.

—¿Qué quieres?

—He venido a decirte adiós. ¿Puedo pasar?

—Sí.

Daiyu toma una bata y se la echa sobre los hombros.

Baoyu entra arreglado como si acabara de volver de una fiesta, con la capa de oro de pavo real que se estaba probando la primera vez que lo vio. La Anciana Dama lo habrá convencido para que se la ponga, al final. Fuera debe de estar nevando, porque unos pocos copos sin derretir brillan entre las lustrosas plumas negras.

Baoyu permanece allí, en el umbral de la habitación, mirándola con la respiración acelerada, como si hubiera corrido para llegar.

—No sabía que te ibas. Estaba en la fiesta del príncipe de Pekín, y Hoja de Té vino a buscarme. Me dijo que te marchabas a primera hora de la mañana. ¿Por qué nadie me ha dicho nada? — Para sorpresa de Daiyu, el muchacho habla con un tono acusador—. ¿Qué pensabas hacer?, ¿desaparecer sin tan siquiera despedirte?

Confusa ante el enfado de Baoyu, la muchacha nota que se sonroja.

—La carta de mi padre llegó hoy mismo.

–¿Qué decía?

Baoyu repara en la capa de viaje sobre el *kang*. La agarra, la observa y luego la arroja de nuevo. Nunca antes lo ha visto en ese estado.

–Solo que está enfermo, y que debo regresar a casa de inmediato.

Una punzada de temor por su padre la inunda cuando pronuncia estas palabras. Cruza los brazos sobre el pecho y tiembla.

–Tienes frío. Tápate con las mantas.

Daiyu sacude la cabeza. No puede meterse en la cama mientras él esté en la habitación.

–¡Por todos los santos, olvídate del decoro! –dice Baoyu impaciente–. No va a servir de nada que pilles un resfriado.

Tras un momento de duda, Daiyu se quita la bata y desliza las piernas bajo los edredones. Se sienta sobre la almohada con la barbilla apoyada en las rodillas y el edredón subido hasta el cuello.

Baoyu se desabrocha la capa y la deja sobre una silla. Sin ella se le ve todavía más elegante, con una túnica de mangas estrechas de damasco carmesí con un fajín de sedas de colores cuidadosamente trenzadas y anudadas. Se sienta en el *kang*. Daiyu permanece cerca de él, sin forzarse a apartarse de su lado. Se siente radiante a causa de la felicidad que le proporciona la presencia de Baoyu, el poder estar a solas con él una última vez, si bien la brusquedad del muchacho, tan distinta de su suavidad habitual, la desalienta. Percibe olor a vino en su aliento.

–Tenía muchas ganas de pasar las vacaciones de Año Nuevo contigo –protesta Baoyu con el mismo tono–. La abuela contrata una compañía de ópera y se monta un escenario. Hay un banquete en el pabellón, y jugamos a resolver acertijos en las lámparas a la luz de la luna...

Daiyu tiene la sensación de que no es eso lo que realmente quiere decirle Baoyu.

–Bueno, quizá puedas aprovechar las vacaciones para estudiar; así te aseguras de aprobar los exámenes en primavera...

–No estropees nuestros últimos minutos juntos con esas tonterías –la interrumpe Baoyu.

Daiyu cierra la boca, ofendida.

–¡No pienso dejarte marchar! –explota Baoyu. Lo dice con tanta pasión que la muchacha se pregunta si no habrá bebido demasiado. Baoyu parece adivinar su pensamiento y se excusa–: No estoy borracho. Solo temo no volver a verte más.

El corazón de la joven se acelera a causa de la felicidad, pero más abajo, en su estómago, todavía hay un cosquilleo de temor. ¿Está hablando él sin pensar, o comprende el alcance de sus palabras? Daiyu dice, con toda la frialdad que logra reunir:

–¿Quién sabe lo que sucederá? Puedo venir de visita de nuevo dentro de unos años. O quizá vayas tú antes al sur a ver las propiedades de tu familia.

Baoyu sacude la cabeza con vehemencia.

–En un año o dos te habrás casado. Quién sabe dónde estarás, o si tu marido te dejará venir a visitarnos.

–¿Cómo sabes que estaré casada? –protesta ella–. Mis padres siempre decían que no tenían ninguna prisa en dejarme marchar. No creo que mi padre me prometa con nadie hasta que cumpla por lo menos veinte años. Probablemente tú te casarás antes que yo.

–Le pediré a la abuela que me prometa contigo –dice.

Daiyu siente un ataque de rabia. Al final resulta que Baoyu se lo toma a la ligera.

–No deberías bromear con esas cosas.

–No bromeo.

¿Está Baoyu fingiendo que no comprende la brecha que los separa? ¿O solo intenta provocarla para ver cómo reacciona ella?

–No seas ridículo. Sabes que te casarás con una muchacha rica y bien relacionada...

–Nada de eso me importa.

–A la Anciana Dama y a tío Zheng les importará por ti.

De repente, Baoyu la rodea con sus brazos y la atrae hacia sí. Daiyu siente el calor de las manos de su primo sobre sus brazos desnudos, y nota que le despeina el cabello con su respiración.

–Bésame.

Daiyu menea la cabeza, intentando soltarse, pero él la acerca más.

–Bésame –repite Baoyu–. Puede que no volvamos a vernos nunca.

Está asustada y avergonzada, pero también siente una extraña excitación ante ese contacto. Baoyu pone la mano en su barbilla y la levanta suavemente para que ella lo mire, pero aún se resiste. El joven inclina la cabeza y Daiyu nota los labios de él en su pelo, en sus párpados. Entre el aroma a jabón y champú, capta el olor de su cuerpo, con su trasfondo de sudor animal. Eso la atrae y le entran deseos de enterrar la cara en sus hombros. Advierte que se le acelera la respiración, que tiene las manos pegajosas de sudor, y comprende que él está nervioso también. Deja de resistirse. Los labios de Baoyu avanzan por sus mejillas, cada vez más cerca de su boca. Le excita la aspereza de su barba de tres días. En su aliento hay un ligero aroma a vino, pero más fuerte es el olor familiar y reconfortante del arroz. Acariciando su cabello, Baoyu la besa en la boca, con sus labios fuertes y cálidos.

–¡Daiyu! –llama la voz de Baochai al otro lado de la cortina de la puerta.

Se separan dando un respingo y Baoyu se baja espantado del *kang*.

–Me pareció oír voces, y he venido a ver por qué no te habías acostado todavía –dice Baochai–.

¿Puedo pasar?

–Pues claro.

Daiyu se envuelve en su bata, incómoda y consciente de su cabello despeinado y su cara sonrojada.

Baochai entra totalmente vestida. Debe de haber oído la voz de Baoyu desde el recibidor, pero se queda allí mirándolo como si le sorprendiera su presencia.

Daiyu se apresura a dar una explicación:

–Baoyu ha venido a despedirse...

Baochai no le deja terminar la frase:

–Es muy tarde, y tienes un largo viaje por delante. ¿No crees que deberías acostarte? Solo venía a ver si algo iba mal, o te habías olvidado de algo.

–No, todo está bien.

–Entonces, vamos. Deja que te haga una trenza en el pelo para que no esté revuelto por la mañana.

–Se sube al *kang* y se arrodilla detrás de Daiyu. Antes de tocar su cabello, mira a Baoyu y espera.

Daiyu lo mira también, con el cuerpo todavía palpitando por la manera como la ha tocado. Casi sin atreverse a mirarla, Baoyu dice:

–Adiós. Que tengas un buen viaje.

–Adiós –dice ella, y Baoyu se marcha.

Daiyu siente los dedos de Baochai separando y trenzando suavemente su cabello.

–Así no tendrás que peinártelo por la mañana –dice Baochai–. No dispondrás de mucho tiempo para prepararte. Se supone que tienes que estar en el puerto al amanecer. Temía que estuvieses demasiado preocupada para dormir. ¿No estás cansada?

–Sí –dice Daiyu, aunque se siente totalmente desvelada.

–Apagaré la luz. –Baochai se levanta y se dirige hacia la lámpara. A medio camino, se gira–. ¿Estás segura de que no quieres que me quede a dormir contigo? De ese modo, si te entra miedo por la noche...

A Daiyu le sorprende el ofrecimiento. Dada su cautela habitual, no es propio de Baochai insistir en acompañar a nadie. Lo único que desea Daiyu es correr tras Baoyu, pero siente que no puede negarse.

–Sí, gracias. Eres muy amable.

Baochai sonrío, y luego apaga de un soplo la lámpara. En la oscuridad, Daiyu oye cómo Baochai se quita la ropa. Se aparta para hacerle sitio, y la joven se desliza bajo las mantas sin tocarla. Baochai estira el brazo, da un apretón cariñoso a la mano de Daiyu, y luego la suelta y se da la vuelta.

–Que duermas bien –dice.

A falta de diez días para el duodécimo mes, Baochai se sienta en el cuarto de su madre a preparar los regalos de Año Nuevo para los sirvientes. Sus aposentos privados parecen vacíos sin Daiyu, y se ha acostumbrado a pasar más tiempo con su madre. Durante semanas ha lamentado el modo en que se despidió de su prima. Sorprendida ante el ataque de celos que sintió al oír la voz del joven en el cuarto de Daiyu, interrumpió deliberadamente su momento íntimo. Ocultó sus celos bajo una apariencia de tranquilidad, pero fue incapaz de infundir algo de calor a sus últimos momentos con ella. Ahora la echa de menos, y se pregunta qué pensó ella de su frialdad. Y sus celos no tienen sentido, lo sabe: Baoyu no le ha prestado la menor atención desde el día en que casi la besó el verano anterior.

Baochai está metiendo medallitas de oro y plata en bolsas bordadas. Su madre, en lugar de ayudar, mira al vacío con el ceño fruncido. La joven levanta la mirada de su tarea y pregunta:

–¿Qué sucede, madre?

La señora Xue no responde. Baochai suspira, pues sabe que está preocupada por Pan. Solo han recibido una carta suya, hace ya casi dos meses, en la que comunicaba que había llegado a Nanjing. Para distraer a su madre, la joven dice:

–La Anciana Dama va a contratar a la mejor compañía de niños actores para la actuación de la víspera de Año Nuevo. Se supone que su soprano es excelente en papeles de ingenua. ¿Qué escenas quieres verles representar?

–¿Qué? –pregunta la señora Xue, dando un respingo.

Baochai repite la pregunta. Su madre, con los ojos fijos en la ventana, no responde.

–Viene alguien.

Baochai mira hacia la puerta. Entra Pan, vestido con ropas de viaje.

–¡Sorpresa! –dice mientras Baochai y su madre saltan del *kang*.

–¿Qué sucede? ¿Estás enfermo? –exclama la señora Xue. Lo agarra por los antebrazos y contempla el rostro de su hijo con aprensión.

–El viejo Feng me dijo que os escribiera –dice Pan entre risas–. Pero pensé que sería más divertido si me presentaba y os daba una sorpresa...

–Sí, pero ¿por qué has vuelto tan pronto? –pregunta Baochai–. Pensaba que se suponía que no ibas a regresar hasta la primavera.

–Se suponía, pero ha sucedido algo.

Baochai se prepara. Le resulta imposible creer que el repentino regreso de Pan no sea presagio de un desastre.

–¡Una noticia maravillosa! –anuncia Pan.

–¿Qué es?

–He conocido a una chica. ¡Y quiero casarme con ella!

Baochai mira a su madre y ve que también ella parece alarmada.

–¿Te refieres a adoptar una concubina? –pregunta la señora Xue.

–No, me refiero a una esposa de verdad. Quiero casarme con la hija de los Xia. He vuelto para que podáis acordar el enlace.

—¿Los Xia? —Los ojos de la señora Xue se abren como platos debido a la sorpresa—. ¿Te refieres a Xia Jingui?

Pan asiente, con una sonrisa radiante.

—¡Son viejos amigos de la familia! —dice la señora Xue, mirando a Baochai. Su hija frunce el ceño.

—Nunca había oído ese apellido.

—Eran proveedores de la corte imperial también. Inmensamente ricos: hicieron su fortuna vendiendo casia, la planta de la que se extrae la canela. Tu padre hacía negocios con el señor Xia, pero este murió poco después de que falleciera tu padre, y perdimos el contacto.

La señora Xue empieza a reír, aparentemente encantada.

—¿Cómo los has conocido, Pan?

—El viejo Feng me recordó que eran amigos de padre, así que fui a visitarlos en Nanjing. La señora Xia se alegró de mi visita después de todos estos años, e insistió en que conociera a su hija. Dijo que habíamos jugado juntos de pequeños. En cuanto vi a Jingui, supe...

—¿Cómo es?

—Tiene diecinueve años, y es la mujer más hermosa que he visto nunca. Es educada y muy refinada, también. Madre, enviarás a una casamentera, ¿verdad que sí?

La señora Xue vuelve a reírse.

—¡No veo por qué no iba a hacerlo, teniendo en cuenta que has elegido a una pareja tan perfecta!

Cuando Pan se marcha para lavarse y descansar, la señora Xue le dice a su hija:

—No puedo creerlo. ¡Menuda suerte!

Hacía mucho tiempo que Baochai no veía a su madre tan contenta. Sus mejillas brillan de emoción.

—Es una suerte que se haya encaprichado de una chica de buena familia —dice Baochai—. Pero cuéntame más sobre los Xia.

—Déjame pensar. Recuerdo que tu padre y el señor Xia solían comentar en broma que el señor Xia estaría dispuesto a ceder a tu padre el negocio de la casia a cambio de un hijo como Pan. Como comprenderás, estaban desesperados por tener un hijo varón. Pero aunque el señor Xia tenía dos o tres concubinas, parecía que no conseguía traer más descendencia.

Baochai se extraña ante la idea de que el señor Xia pudiera querer un hijo como Pan, pero no dice nada. La señora Xue continúa:

—El señor Xia era un hombre agradable, siempre estaba riendo y bromeando, pero tu padre decía que era muy astuto en lo referente a los negocios. La señora Xia era más seria, que yo recuerde. Estaba muy orgullosa de los logros de Jingui incluso cuando esta no era más que una niña.

—¿Recuerdas algo de la propia Jingui?

La señora Xue frunce el ceño, concentrada.

—Recuerdo que tenía las uñas muy largas, para tocar el *qin*. Además, sus dedos eran ya de por sí muy largos y finos, lo que le confería un aspecto extraño: unas manos de mujer en una niña. —La señora Xue sonrío, como si el recuerdo fuera entrañable—. Tengo que preguntarle a Pan si sus manos todavía son así.

Baochai advierte que su madre está demasiado feliz como para ser cauta. Para ella, el enlace parece suponer un punto final para la vida que han llevado hasta ahora: Pan sentará la cabeza y se concentrará en sus obligaciones, y ella tendrá una buena nuera para servirla, una vida familiar estable y nietos.

—Entonces ¿no tienes reparos al enlace?

–No veo por qué debería tenerlos. No habría encontrado una chica más apropiada si la hubiera elegido yo misma.

Aunque Baochai no ve una objeción real al enlace, su naturaleza precavida le hace tener en cuenta el peor de los casos posibles.

–¿Se te ha ocurrido pensar que podrían rechazar a Pan? Aparte del pasado familiar, no es que él sea un partido deseable, dado que no ha aprobado los exámenes. Teniendo en cuenta las cualidades de Jingui, deberían aspirar a un graduado de Palacio.

–Podrían decir que no, por supuesto. Pero no se pierde nada por probar, ya que Pan está tan ilusionado.

–Si dicen que no, es que no –dice Baochai–. Y es posible que por una vez a Pan le venga bien no conseguir algo con lo que se encapricha.

Se oye ruido de pasos al otro lado de la puerta y Pan aparece de nuevo en la habitación.

–¡Ya me había subido al caballo cuando me he acordado! – Se dirige a donde está sentada Baochai sobre el *kang* y abre sus alforjas–. Te he traído esto de Nanjing.

–¿Qué es? –pregunta Baochai con curiosidad mientras su hermano saca una camisa enroscada. La despliega y muestra un revoltijo de figuritas de colores brillantes.

–Mira esto.

Coloca una de ellas sobre una mesa del *kang*. La figurita de un hombre comienza a moverse sola hasta que finalmente da una voltereta completa. Baochai se echa a reír. Nunca ha visto algo así.

–Y mira esto.

Toma otra figurita, la sostiene boca abajo durante un momento y luego la pone de pie junto a la primera. El muñeco empieza a menear lentamente brazos y piernas.

–¿Cómo funciona? –dice la señora Xue, riendo maravillada.

–La primera figura tiene mercurio dentro. Cuando este llega hasta la cabeza, da una vuelta de campana. La otra tiene arena. Las conseguí en un sitio llamado Huqiushan, donde son expertos en hacer estas cosas. ¡Y mirad estas!

Saca otra prenda enroscada, esta vez una chaqueta. A nadie más que a Pan se le ocurriría traer regalos envueltos en sus ropas sucias.

Son figuritas de personajes de obras de teatro y óperas, moldeadas en arcilla de colores. Baochai toma una y se maravilla ante lo bien hecha que está. Entonces, Pan pone otra figura ante sus ojos. Es una réplica del propio Pan, perfecta en cada detalle, desde los grandes pies planos y la ligera panza a la postura desgarbada. Estalla en risas mientras se la enseña a su madre.

Pan también se ríe de alegría.

–Sabía que os gustarían –dice, estrechando a su hermana entre los brazos–. Quería hacerte reír, después de todo lo que habéis pasado.

Se cuida de decir «después de todo lo que os he hecho pasar», pero Baochai sabe que eso es lo que realmente quería decir su hermano, de todos modos.

Ve a Pan orgulloso y alegre por haberlas sorprendido, y comprende que por eso resulta tan difícil ser dura con él. Lo rodea con sus brazos, atrapada entre las risas y las lágrimas.

–Bienvenido a casa, Pan. Me alegro de que hayas vuelto.

–¿Quería verme, señora?

La cocinera Liu permanece en pie en el umbral del salón de Xifeng, secándose nerviosa las manos coloradas en el delantal.

Xifeng, sentada a su mesa, no levanta la vista del libro de cuentas. Con gran parsimonia, realiza una comprobación infinitesimal en el margen, junto a uno de los números, antes de levantar los ojos del cuaderno. Posa su pincel de tinta.

–He estado repasando las cuentas de la casa –dice.

Todavía sin mirar a la cocinera, saca otro cuaderno, este de gastos de cocina, de un rincón del escritorio. Lo abre por una página marcada con un trocito de bambú. Por fin alza la vista y dice:

–Me parece que has estado gastando bastante más de lo habitual.

–Verá, mi señora... –Las manos de la cocinera se retuercen bajo su delantal mientras da una explicación apresurada–. Se acerca Año Nuevo, ya sabe, y con todas las celebraciones, las visitas y la preparación de los sacrificios, hemos gastado tres o cuatro veces más de lo normal en un mes corriente...

–Si piensas que eso es nuevo para mí, eres más tonta de lo que suponía –la interrumpe Xifeng–. No, no me refiero solo al último par de meses. Hablo de los seis últimos, o más. Las cocinas han sobrepasado considerablemente su presupuesto. Y estando las cosas tan difíciles como están, simplemente no podemos permitirnos ser tan derrochadores. Mira esto, por ejemplo.

Xifeng pasa el dedo por la página del cuaderno y encuentra una línea cerca del final. Coloca el palito de bambú debajo, para marcar la anotación, y gira el pesado libro para que la cocinera pueda verlo.

Liu avanza un paso y entorna los ojos para ver los pequeños caracteres.

–Dos docenas de pollos de hueso negro –lee.

–¿Y cuánto costaron? –Xifeng apunta las cifras.

–Veinticuatro taeles.

–Un tael por cabeza, ¡unos simples pollos! Y para empezar ya tenemos un pedido fijo de veinticinco pollos al mes. Encargar más, y encima de la variedad más cara, en...

–Pero, mi señora –replica la cocinera, abriendo mucho los ojos–, seguramente sabrá que cocinamos uno cada dos días con jínjol y nueces de *ginkgo* para la señora Ping'er. Ya sabe que el pollo, especialmente el de hueso negro, es bueno para las mujeres en estado, por toda la sangre y el *qi* que pierden en el parto, y para dar el pecho al bebé...

Xifeng la interrumpe:

–Bueno, tal como están las cosas no podemos permitirnoslo. Por favor, no encargues más.

Cierra el libro y lo devuelve al rincón de su escritorio. Luego toma de nuevo su pincel.

La cocinera, sin embargo, sigue ahí parada, retorciendo aún los dedos de la mano en su delantal. Xifeng pasa otra página en el libro y comienza a realizar un recuento de las columnas.

–En cuanto se enteró de que la señora estaba embarazada –dice la cocinera–, el amo Lian vino en persona a las cocinas. Nos dijo que nos encargáramos de que recibiera un guiso de pollo de hueso negro cada pocos días.

–¿Os dio dinero para pagarlos? –dice Xifeng sin alzar la mirada.

La cocinera niega con la cabeza.

–Si el amo Lian quiere que tome pollo, debería pagar por ello –dice Xifeng.

–¡Pero siempre está en el sur!

–Eso no es problema mío, ¿no te parece?

Xifeng acerca su ábaco y comienza a pasar las cuentas.



A los pocos días, cuando Ping'er abre la caja lacada que le han traído de las cocinas para su desayuno, exclama:

–¡Qué extraño!

–¿Qué pasa? –pregunta Xifeng, mirándola desde el tocador, aunque sabe perfectamente lo que sucede. Ahora que Lian lleva más de una semana fuera, Xifeng y Ping'er han recuperado, al menos en apariencia, parte de su antigua camaradería.

–Bueno, solían traerme guiso de pollo de hueso negro por la mañana, pero hace días que no me lo traen.

–¿En serio?

Xifeng se levanta y se acerca a donde está sentada Ping'er en el *kang*, con la caja humeante recién abierta ante ella. Hay una tartaleta de huevo, con su cremosa capa amarilla salpicada de vieiras secas, unos pescaditos fritos salados, rábanos en vinagre, algunos panecillos *mantou* al vapor y tofu, así como tiras de cerdo frito y un tazón de gachas de arroz.

–Tienes razón –dice–. Bueno, justo el otro día la cocinera Liu me dijo que los precios de la comida, huevos y demás han subido tanto últimamente que han tenido que reducir gastos.

–¿En serio? –Ping'er agarra sus palillos, con un gesto de indiferencia–. Oh, bueno. Hay comida de sobra, no pasa nada.

Xifeng regresa a su tocador. Recoge su peine y, llevada por un impulso, comenta:

–Pero una mujer embarazada no puede descuidar su alimentación, ya sabes. –Sonríe a Ping'er–. Hablaré con la cocinera y le diré que aparte los cuellos y alas de pollo y te haga un buen guiso todas las mañanas.

Ping'er levanta la vista de su desayuno, con los ojos brillando de gratitud:

–Eres muy amable.

–No hay de qué. –Empieza a peinarse de nuevo–. Tienes menos náuseas, ¿verdad?

–Sí. Me siento mucho mejor desde principios del duodécimo mes. Incluso he estado pensando en salir e ir al convento de la Luna en el Agua a quemar incienso en honor a Guanyin para que me procure un parto tranquilo.

–Es una buena idea.

Además de la deidad de la misericordia, Guanyin es la diosa de los partos. Xifeng sufrió un aborto tantos meses antes de la fecha prevista para su parto, que no tuvo ocasión de ir al templo a rezarle. Haciendo un esfuerzo por hablar con suavidad, dice:

–Cuando vayas, házmelo saber, ¿de acuerdo? Tengo que entregarle una cosa a la abadesa.

–Por supuesto.

Otoño entra en la habitación.

–Ha venido un sirviente de Feng Ziyang. Dice que el amo Lian le debe una deuda de una partida de dados. Dice que normalmente no la molestaría estando el amo Lian fuera, pero que necesita el dinero ahora mismo para pagar otra deuda.

–Vaya, vaya. –Xifeng se levanta del tocador, irritada–. Bueno, puedes decirle que tendrá que esperar a que regrese Lian para cobrar, porque no pienso tirar el dinero en sus deudas de juego...

–¿Cuánto es la deuda? –interrumpe Ping'er.

–Cien taeles –responde Otoño.

–Yo puedo pagarlos –dice Ping'er, intentando levantarse del *kang*–. Lian me dejó algo de dinero.

Con una mezcla de indignación por el hecho de que Lian guarde dinero sin su conocimiento y de triunfo por estar a punto de descubrir dónde lo esconde, Xifeng se acerca para ayudar a Ping'er a bajarse del *kang*. La muchacha no necesita ayuda, pero Xifeng necesita una excusa para seguirla a su dormitorio. En la habitación, Ping'er le indica una esquina del *kang*.

–Está ahí, bajo un ladrillo suelto.

Xifeng se arrodilla en el *kang* y levanta la alfombra. Desencaja el ladrillo y encuentra una bolsita. La vacía y advierte con un sentimiento de desdén que no hay suficiente, solo unos ochenta taeles. También encuentra otra bolsita cerrada con un cordón. La palpa con los dedos y siente que contiene el pequeño bloque de piedra con el nombre de Lian tallado que usa para sellar documentos oficiales. Ocultando su emoción, dice:

–No hay bastante, tendré que dejarte unos veinte taeles.

–Gracias. Seguro que Lian te los devolverá en cuanto regrese.

Xifeng refunfuña con escepticismo, maravillada ante la inocencia de Ping'er.

Por la tarde, Xifeng manda a Ping'er a hacer un recado en otro punto de la casa y se cuela en su dormitorio con un contrato de préstamo sin firmar. La condesa de Xiping le ha devuelto el dinero, y ahora la abadesa le ha ayudado a pactar un nuevo préstamo aún mayor. Saca el sello de su escondite e imprime el nombre de Lian con tinta roja en una esquina del documento. Como las mujeres no pueden firmar contratos, el acuerdo será más vinculante si en él figura el nombre de Lian. Oye ruidos en el salón y sale apresurada, doblando con cuidado el papel.

Ajedrez, la doncella de Xichun, la está esperando.

–Señora Lian, ¿podría venir a los aposentos de la señorita Xichun? ¡Su collar de perlas con el fénix de oro ha desaparecido!

–¡Desaparecido!

El año anterior, la dama Jia regaló a las Dos Primaveras un par de collares iguales, las joyas más valiosas que poseen ambas muchachas.

–¿Has preguntado a la señorita Xichun y a las otras doncellas?

–Sí, pero todas dicen que no lo han visto.

–¿Echas en falta algo más?

–No, que yo sepa.

–Muy bien, te acompaño.

Aunque Xifeng se ha resignado a tener que soportar un cierto número de pequeños robos en una mansión de ese tamaño, es la primera vez que desaparece algo de tanto valor.

Cuando llegan a los aposentos de Xichun, la encuentra sobre el *kang* con la nariz hundida en un

libro.

–¿Qué es eso de que ha desaparecido tu collar de perlas y oro? –pregunta Xifeng.

–¡Oh! –Xichun parece molesta–. No es nada. ¿Por qué te ha importunado Ajedrez con eso?

–¿Qué quieres decir con eso de que no es nada? ¿Sabes dónde está el collar o no?

Xichun se encoge de hombros.

–Seguro que termina apareciendo –dice, y vuelve a centrarse en su libro.

Xifeng le arranca el libro de las manos, fijándose en que es un *sutra*, como de costumbre.

–¿Cómo que terminará apareciendo? ¿Desde cuándo lleva perdido?

–No lo sé, la verdad –dice Xichun, parpadeando, como si le sorprendiera el enfado de Xifeng.

–¿Dónde lo guardabas?

Es Ajedrez quien contesta:

–Lo teníamos en una caja, en uno de los cajones del tocador de la señorita Xichun.

Xifeng abre el cajón. Todas las piezas más pequeñas, brazaletes, anillos y alfileres, parecen estar en su sitio. Solo la caja más grande está vacía.

–Deberías controlar un poco mejor tus cosas.

–¿Por qué? Los *sutras* recomiendan no tener vínculos con el mundo material...

–¿Ah, sí? –grita Xifeng, perdiendo la paciencia–. ¿Por qué no le cuentas eso a la Anciana Dama cuando te pregunte en Año Nuevo dónde está tu collar?

Xichun parece asustada. Xifeng empieza a sospechar que la muchacha sabe quién se ha llevado el collar, pero le da miedo decirlo.

Se sienta en el *kang* al lado de su cuñada, e intenta hablar con calma:

–¿No entiendes que si hay un ladrón es un asunto serio? Quién sabe lo siguiente que robará, y no solo a ti.

Xifeng se calla por un momento, esperando que Xichun hable. La muchacha baja la vista a sus manos.

–Bien. –Xifeng se levanta–. Si no tienes idea, tendré que interrogar a las doncellas una por una. Si ninguna habla, se lo sacaré a golpes.

–¡No! –grita Xichun.

–¿Por qué no?

–No ha sido una doncella.

Xifeng se aferra a eso.

–Si sabes que no ha sido una doncella, entonces sabes quién ha sido.

Xichun empieza a llorar.

–De nada sirve llorar. Hasta que no descubramos quién ha sido, azotaré a cualquier persona que tenga permiso para entrar en estos aposentos.

En ese momento, Ajedrez estalla como si no pudiera contenerse más.

–¡Ama Li se llevó el collar!

Xichun llora ahora con más intensidad. Xifeng se vuelve para mirar a Ajedrez.

–¿Ama Li?

Por el momento, no consigue ubicar el nombre.

–La nodriza de la señorita Xichun.

–¡Ah! –No es de extrañar entonces que Xichun la proteja–. ¿Cómo lo sabes?

Ajedrez también está a punto de echarse a llorar.

–No es la primera vez que se lleva algo para empeñarlo. Le he suplicado a la señorita Xichun, pero se niega a hacer algo al respecto. Le he dicho una y otra vez que tenía que dejar de hacerlo, o acabaría metiéndonos a todas en un lío.

–¿Y para qué demonios necesita la ama Li todo ese dinero?

–Por la noche, algunas mujeres tienen un círculo de apuestas en el Jardín –confiesa Ajedrez.

–¿Qué? –Debido a la sorpresa y el susto, Xifeng retrocede un paso y casi se cae en el *kang*. Recupera rápidamente el equilibrio—. ¿Un círculo de apuestas? ¿Dónde?

–Se quedan hasta tarde en el portón, después de que todos se hayan acostado. Muchas de las doncellas, jardineras y nodrizas más mayores participan en el juego. Ama Li es una de las que llevan la banca.

–¿Sabías todo eso? ¿Y no me lo has contado antes?

De repente, le entran ganas de abofetear a Ajedrez, pero se controla, consciente de que si pega al portador de malas noticias, nadie le contará nada. Se vuelve hacia Xichun.

–¿Tú también lo sabías, y no me lo has dicho?

Xichun y Ajedrez la miran con gesto desconcertado ante su ira.

–¿No lo entendéis? ¡El juego lleva a la bebida, y la bebida a descuidar los deberes, y a dejar paso a extraños que no tienen por qué entrar en los cuartos interiores! Debemos considerarnos afortunadas de que lo único que haya sucedido sea el robo de un collar. ¿Y si se hubiera colado un hombre? – Xifeng percibe el temor en los ojos de Xichun. Continúa, tratando de impresionarla con la gravedad de la situación–: Por la noche, no habría nadie para protegerte más que algunas doncellas.

Xifeng siente un escalofrío de temor ante sus propias palabras. Xichun y Ajedrez vuelven a sollozar. El modo en que se abrazan y sus infructuosas lágrimas le hacen sentirse sola. Las muchachas pueden llorar todo lo que quieran, pero ella será la responsable si alguna de las cosas terribles que imagina llega a suceder. Decide resolver el asunto rápidamente, antes de que la Anciana Dama pueda enterarse. Hace llamar a la ama Li y ordena que la azoten. Tras unos golpes de bambú, ama Li se derrumba y confiesa. Es peor de lo que Xifeng se imaginaba: más de dos docenas de mujeres se reúnen en el portón casi todas las noches. No puede creer que esto haya llegado a suceder sin enterarse. Dos horas más tarde, ha despedido a ama Li y a otras dos cabecillas de la timba e identificado a las participantes habituales y ocasionales. Le dice a la señora Lai que propine veinte azotes a cada una y les quite dos meses de paga.

Cuando se levanta de su silla en el cuarto de la muchacha para regresar a sus aposentos, Xifeng está ronca de tanto chillar. Xichun, que no le ha ofrecido más que una taza de té, sigue sollozando en el *kang*.

–¿Por qué lloras?

–Porque has despedido a mi nodriza –gime Xichun–. Se me ha deshonrado ante toda la casa, porque era mi sirviente. Ninguna de las sirvientas de las otras chicas ha sido despedida.

Xifeng se da cuenta de que tiene razón. La mayoría de las jugadoras eran jardineras, porteras y celadoras, más que sirvientas personales.

–Pues que esto te sirva de lección. No debes culpar a nadie más que a ti misma. Es tu obligación mantener a raya a tus sirvientas. Si hubieras hecho algo al respecto antes, las cosas no habrían terminado así.

Sin pensarlo, le viene a la cabeza un viejo dicho: «El ciempiés tarda más de un día en morir».

–Ojalá pudiera ser monja, para no tener que presenciar todos estos gritos y azotes –dice la chica

entre sollozos.

–¿Qué tonterías son esas?

Xifeng sabe que Xichun pasa mucho tiempo leyendo textos budistas, pero nunca antes le había oído hablar de hacerse monja. Rezar y hacer ofrendas en el templo es una cosa; afeitarse la cabeza y apartarse de la familia es otra completamente distinta.

–Si pudiera entrar en un convento, no tendría que vivir aquí y tratar con los sirvientes...

–¡Serías tú la sirvienta, a todos los efectos! ¿Quién te crees que hace la colada de la abadesa y friega sus platos? Más te valdría estar agradecida por lo que tienes...

Xichun la ignora.

–Quiero alejarme del polvo rojo, del mundo material, y leer *sutras*.

–Las chicas de familias como la nuestra no se van de casa para meterse monjas. Solo se despacha así a las muchachas de familias pobres que no consiguen encontrar un buen partido. ¡Para alguien como tú, entrar en un convento sería considerado una auténtica desgracia!

–No me importa.

Xifeng sacude a Xichun por los hombros, incapaz de contener su exasperación.

–Más te vale que la Anciana Dama no te oiga hablar así.

Xifeng deja a Xichun llorando desconsolada y comienza a cruzar el Jardín, enfurecida por la insensatez de su cuñada. Está anocheciendo, y ya es casi la hora de que se presente en los aposentos de la Anciana Dama para supervisar los preparativos de la cena. A Xichun no le basta con vivir entre algodones y a salvo de cualquier preocupación y atención del hogar. No es suficiente para ella no haber tenido que mover nunca un dedo. A pesar de todo eso, quiere «escapar» a lo que se imagina es la paz y el retiro de un convento. Xifeng tiene que hablar con Lian cuando este regrese. Por lo general, su marido no se preocupa demasiado por su hermana, pero debería actuar ante un hecho así, que podría perjudicar la reputación de toda la familia.

Tan absorta está en sus pensamientos mientras bordea el lago helado que casi suelta un grito cuando un hombre vestido con ropas oscuras surge tras los rosales desnudos de hojas y se planta en el camino delante de ella. Dominada por el pánico, su primer pensamiento es que sus palabras se han hecho realidad: las porteras se han vuelto tan descuidadas que un intruso ha conseguido colarse en el Jardín. Todo su cuerpo sufre una sacudida de temor visceral, y su reacción instintiva es echar a correr. Pero entonces recuerda que ya no es una niña inocente que deba aterrarse al ver a un hombre desconocido.

–¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo aquí? –grita, satisfecha con lo alta y fiera que resuena su voz en el silencio del Jardín.

El hombre está a apenas unos pasos de ella. En la penumbra del atardecer, Xifeng puede ver en el rostro del extraño que, lejos de estar aguardándola, parece tan sorprendido como ella.

–Siento haberla asustado. Estoy aquí con permiso.

–Permiso ¿de quién?

–Del señor Jia. Soy amigo suyo. –Inclina la cabeza y los hombros realizando un rápido *koutou*–. Me llamo Jia Yucun.

–¿Jia Yucun? –repite Xifeng. Pasado un momento, cae en la cuenta: es ese primo lejano con el que tío Zheng trabajó amistad en otoño–. Si ha venido a visitar a tío Zheng, debería esperarlo en su despacho, no en los cuartos de las mujeres.

–Suelo visitarlo aquí, en sus aposentos privados.

—¿En serio?

Xifeng se siente molesta. Los únicos hombres a los que se permite la entrada en los cuartos interiores son parientes cercanos. No es propio de tío Zheng precisamente quebrantar las reglas de este modo.

Observa con curiosidad al hombre. Ahora, entre la penumbra, puede ver que viste el atuendo propio de los funcionarios. Parece joven, como mucho de la edad de Lian. Es apuesto, con rasgos pálidos y marcados. Xifeng se da cuenta de que él también la está mirando, y se pone nerviosa.

—La próxima vez, procure quedarse en los aposentos de tío Zheng. No es oportuno que se pasee usted por aquí, con tantas chicas solteras viviendo en esta parte del palacio.

Resuelta a hablar con las porteras, se despide con un gesto de la cabeza y continúa por el camino.

—Un momento —dice él, corriendo tras ella—. Ha llamado usted tío al señor Jia. ¿Es usted la hermana pequeña de Lian?

Xifeng tuerce el labio con desdén. Solo a un palurdo se le escaparía que su atuendo es de matrona, y no de chica soltera.

—Para su conocimiento, soy la esposa de Lian.

Xifeng imagina lo que debe de pensar sobre Lian un jovencito como este, un funcionario al comienzo de una carrera prometedora, y siente una punzada de humillación por verse asociada con Lian.

—¡Santo cielo! —Parece sorprendido.

—¿Por qué dice usted eso?

—Es que... Es solo que nunca me hubiera imaginado que Lian estuviera casado con alguien como usted.

Xifeng aparta la mirada, halagada a su pesar.

—Lo que quiero decir es que... —continúa Yucun— no parece que tenga usted edad para estar casada.

Xifeng no puede evitar reírse ante esta descarada lisonja, pero luego piensa en lo triste de su situación.

—Pues llevo cuatro años casada —dice con sobriedad, y echa a andar por el camino.

El joven magistrado sigue su paso a su lado, y pregunta:

—¿Cómo se llama?

—¿Por qué tendría que decírselo? —espeta Xifeng. Sin embargo, pasado un momento, se lo dice.

—Wang Xifeng —repite él, pronunciando las sílabas muy despacio—. ¿Qué caracteres son esos?

—*Xi* significa «brillante», y *feng* es «fénix».

Xifeng está acostumbrada a que la gente se ría de su nombre, porque suena como si fuera masculino. Sus progenitores esperaban que fuera un varón, y su padre insistió en ponerle el nombre que tenía pensado para un hijo. Pero Yucun ni siquiera sonrío.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinte. —Por algún motivo, miente. En realidad tiene veintitrés.

—¿Dónde vivía antes de venir aquí?

—En Chang'an.

—¿Tiene hermanos o hermanas?

—Tengo dos hermanos pequeños.

—¿Sus padres?

—Están muertos los dos.

Hace mucho tiempo que nadie le pregunta esas cosas tan simples sobre su vida. Aunque vive en Rongguo desde hace cuatro años, no siente que en el palacio haya alguien que sepa algo de su pasado, o quién es. Nadie se imagina que, antes de casarse, era tan adorada y estaba tan consentida como el mismísimo Baoyu. Aunque su padre quería un varón, la sagacidad y el espíritu de su hija no tardaron en cautivarlo. Incluso después de que nacieran sus hermanos pequeños, no perdió su lugar prominente en la casa. Una anécdota familiar contaba que un perro medio salvaje y feroz se coló una vez en el recinto de su casa. A sus siete años, Xifeng consiguió aupar a sus hermanos a la rama de un árbol, y la encontraron lanzando piedras al chucho para mantenerlo a raya.

Su padre, un general retirado, creía que las chicas no debían aprender otra cosa que un puñado de caracteres y unas nociones básicas de aritmética, pero Xifeng eclipsó a sus hermanos varones con su facilidad para los números. Aunque no sabía nada de actividades tan «refinadas» como la caligrafía o la pintura de paisajes, su vista de lince y sus dedos ligeros la capacitaban para destacar en las artes femeninas: tejido, costura, bordado, corte de papel y macramé. No puede evitar suspirar cuando piensa en lo distintas que son ahora las cosas respecto a los días de su niñez. Su madre primero y luego su padre murieron en los últimos cuatro años. Ahora nadie se preocupa por enviarle mensajes desde Chang'an. A pesar de su estatus aparentemente elevado como administradora del palacio, su situación resulta precaria. Está demasiado ocupada como para pasar mucho tiempo cultivando sus relaciones con las otras mujeres, y los sirvientes la odian por su severidad y sus esfuerzos para ahorrar dinero.

Yucun sigue a su lado, mirándola con creciente osadía, recorriendo su cuerpo de arriba abajo con los ojos. Su mirada asusta y excita a Xifeng. Hace mucho tiempo que nadie la observaba así, desde su juventud, cuando no le importaba dejar que los hombres la miraran. Recuerda su noche de bodas, cuando Lian le quitó el velo y la desvistió por primera vez. Los ojos de su marido recorrieron su cara y su cuerpo, y Xifeng tuvo la clara impresión de que lo que veía no le agradaba. Ella supuso que no era su tipo.

La mirada de Yucun le recuerda el peligro de hablar con un extraño en mitad del Jardín. El hecho de no ocultarse tras un biombo cuando un hombre que no sea un pariente cercano entra en la habitación merecería una severa reprimenda; ¿cuánto más el conversar abiertamente con un extraño? Cualquiera podría verlos, una criada o una jardinera. Si se lo contaran a la Anciana Dama, ninguna excusa la libraría del castigo.

Xifeng echa a correr.

—¡Espera! —Yucun la agarra del brazo, pero ella se suelta, asustada cuando advierte que ha tenido el descaro de tocarla. Corre más rápido y no se detiene hasta llegar a casa de la dama Jia. Su corazón late acelerado, igual que cuando Yucun apareció desde detrás de los rosales.

Es la Fiesta de los Faroles, el decimoquinto día del año, la última gran celebración de Año Nuevo. Todos los miembros del clan Jia en la Capital han sido invitados. El amplio pabellón de recepciones del Jardín está inundado de luz: grandes faroles de palacio con armazón de madera tallada y borlas carmesí; faroles hechos de cuerno, cristal y gasa; unos bordados y otros pintados, y algunos estampados a base de recortes de papel o seda. Todas las invitadas se encuentran sentadas en el interior del pabellón de recepciones, mientras que los varones están en la veranda, separados del interior por celosías de madera tallada. Al fondo de la sala se ha levantado un escenario cubierto, y una famosa compañía de niños actores está representando escenas de obras populares con acompañamiento de cuerda y flautas.

En la veranda, Zheng deambula de mesa en mesa, asegurándose de saludar a cada uno de sus veinticinco o treinta invitados. «¡Bienvenido, bienvenido! ¡Cuánto me alegro de que estés aquí!» Mientras recorre las mesas rellenando las copas de sus invitados, le sorprende ver que a la mayoría casi ni los conoce, y que poco tiene que decir más que algunas palabras triviales de cortesía. Solía suceder que, gracias a la escuela del clan, hombres de ramas menos prósperas de la familia aprobaban también los exámenes. Pero al no disponer de los buenos contactos con el trono que tenían los Jia de Rongguo, no ascendían tan rápido, y con frecuencia se estancaban en rangos medios y bajos. Sin embargo, Zheng los veía en las sesiones de la corte, o se cruzaba con ellos en las calles aledañas a los ministerios. Ahora, por algún motivo, los pocos hombres que han conseguido entrar en el funcionariado están bien entrados en la edad madura. En los últimos siete u ocho años, ningún joven ha logrado aprobar. Zheng ha oído comentar que el primo Rong, al que está educando su madre viuda, Loushi, es un muchacho brillante; quizá consiga aprobar en uno o dos años.

Mientras se esfuerza por mantener conversaciones, Zheng piensa que le gustaría que Baoyu o Lian estuvieran allí con él. Pero Lian está en el sur acompañando a Daiyu, y Baoyu parece tan débil y apagado últimamente que la dama Jia insistió en que se quedara en el lado de las mujeres. Tiene a Huan, por supuesto, pero sus modales son tan torpes que Zheng evita centrar la atención en el muchacho cuando están acompañados.

Se detiene cerca de la celosía de madera, y estira el cuello para mirar al otro lado. Lo único que puede ver a través de los agujeros del biombo son los destellos de colores brillantes que despiden las ropas femeninas. Siguiendo un impulso, se cuela detrás del biombo, en el lado de las mujeres. Ve a Xifeng yendo de mesa en mesa, igual que él, saludando a todas las invitadas. No manifiesta la incomodidad que él sentía. Bromea y charla y provoca risas desternillantes en cada mesa. Bajo el brillo de la luz de los incontables faroles, Xifeng viste con más elegancia de lo habitual, tocada con una coqueta cinta de marta cibelina roja sujeta con un enorme broche de perlas. Bajo la cinta, su rostro parece tan hermoso y vivo que a Zheng casi le duelen los ojos de mirarlo. La vivacidad de Xifeng le resulta un poco indecorosa, y piensa si debería reprochárselo.

Pero recuerda que es Año Nuevo, a fin de cuentas, y que es la única mujer de la familia que está cumpliendo con sus obligaciones sociales. La Anciana Dama está medio recostada en un asiento de madera tallada, con las piernas cubiertas por una mantita de pieles. A su lado, Baoyu le susurra cosas al oído mientras ella le acaricia el cabello con sus dedos nudosos. Sentadas a la misma mesa están

Tanchun, Xichun y Baochai. Ninguna de ellas se levanta para hablar con las invitadas. En lugar de eso, charlan entre ellas, y Zheng puede ver, por los trozos de papel y los pinceles de tinta dispersos por la mesa, que están componiendo acertijos para las lámparas.

Antes de ir a saludar a su madre, se detiene para intercambiar unas palabras con la señora Xue, que está conversando tranquilamente en otra mesa con Loushi, la madre del primo Rong. Los sobrios atuendos de ambas viudas contrastan con el brillante amasijo de colores de los otros vestidos.

–Espero que se lo estén pasando bien –dice Zheng.

–Ah, hermano Zheng, todo está perfecto –dice la señora Xue, con una amplia sonrisa.

–Y ahora tenemos algo más que celebrar.

–¡Pues sí! Los regalos de esponsales de los Xia llegaron anteayer.

–¿Han elegido ya una fecha para la boda?

–Enviaremos una caravana nupcial al sur para traer a la señorita Xia en cuanto terminen las celebraciones de Año Nuevo.

–Magnífico. ¿Pan piensa comprar una casa en la Capital?

–Oh, no. Los Xia poseen una casa muy buena aquí. Vivirán en ella.

A Zheng le irrita que tras salir impune del asunto del pleito, Pan vaya a realizar ahora un enlace con una familia que, por lo que se cuenta, parece excepcionalmente rica y refinada. Tras dejar a la señora Xue, se acerca a la mesa de su madre. La dama Jia alza la vista y deja de atender a lo que le está contando Baoyu.

–¿Qué haces tú aquí? ¿No deberías estar al otro lado entreteniendo a los invitados?

Resulta evidente que su presencia le resulta molesta a la Anciana Dama. Zheng fuerza una sonrisa:

–He venido a ver si os estabais divirtiendo.

–Estamos escribiendo acertijos en los faroles para intentar animar a Baoyu –dice Xichun, señalando un farol blanco cuadrado en mitad de la mesa, con papelitos escritos a mano pegados en él.

Zheng mira con severidad a su hijo.

–Baoyu, ¿a qué se debe que estés triste precisamente en Año Nuevo? Pensaba que te gustaban las fiestas. ¿Estás enfermo?

Baoyu no responde y baja la vista. Zheng se fija de nuevo en su aspecto pálido y desanimado y en las oscuras ojeras.

Es Xichun quien responde:

–Es porque la prima Lin se marchó. Está deprimido desde entonces.

–Tonterías –interviene Baochai al instante–. Es solo que Baoyu no se encuentra bien.

Aunque a Zheng no se le había pasado por la cabeza la versión de Xichun, lo cierto es que no le sorprende en absoluto. Que Baoyu sufra enamoramientos violentos y pasajeros, creyendo amar profundamente a una chica hasta que se encapricha de otra, es algo que concuerda con el concepto que tiene de su hijo: alguien egocéntrico y tendente al dramatismo. Debido a que no quiere echar a perder la fiesta, y también porque es de mal augurio regañar a los hijos en Año Nuevo, Zheng cambia de tema:

–Bueno, ¿no tenéis acertijos de farol para que los adivine? – dice, intentando mostrarse jovial.

Se produce un silencio mortal. Zheng ve cómo sus sobrinas y su hija intercambian rápidas miradas. Tanchun le pasa tímidamente un papelito.

–Este es el mío, padre.

Zheng lo lee en voz alta:

*El Día de Barrer las Tumbas, los chiquillos miran al cielo,
para ver cuán orgullosa yo vuelo.
Cuando el hilo se rompe, mi fuerza se agota,
y me dejo llevar por el viento con el alma rota.*

Zheng ríe con entusiasmo y finge tener que pensar mucho, rascándose la cabeza y frunciendo el ceño. Finalmente, aventura:

–¿Una cometa?

Todas las chicas sonríen. Tanchun aplaude.

–¿Quién más? –pregunta Zheng, mirando a su alrededor.

Nadie se ofrece, aunque Baoyu parece tener un pareado terminado delante de él. Para romper el incómodo silencio, Zheng toma uno de los acertijos pegados al farol.

–Vamos a probar este.

Ve que está escrito meticulosamente con los diminutos caracteres llamados «cabeza de mosca».

–Ese es de Baochai –le dice Tanchun.

Zheng lee en voz alta:

*Mis «ojos» no ven y por dentro hueca estoy.
Cuando brota el loto, a tu lado siempre voy.
Cuando caen las hojas del otoño, me despido,
pues al terminar el verano, nuestro matrimonio ha concluido.*

Comprende que la respuesta debe de ser una esposa de bambú, esos cilindros de tiras de bambú que se usan en la cama en verano para estar más fresco. A Zheng le extraña lo tristes que son los poemas de ambas chicas. Los dos tratan sobre la pérdida y la separación. ¿No se dan cuenta del mal augurio que produce hablar de esas cosas en Año Nuevo? Y no son más que un par de jovencitas. ¿Qué pueden saber ellas de esas cosas? Zheng observa sus rostros. Tanchun lo mira con ojos brillantes e impacientes, preguntándose si resolverá el acertijo. Los recatados ojos de Baochai permanecen fijos en su regazo, como si temiera darle una pista sin querer por mirarlo directamente.

Zheng menea la cabeza.

–No se me ocurre qué puede ser.

A todos les agrada su derrota.

–Le has ganado, Baochai –se jacta Tanchun.

Baochai sonríe y le dice la respuesta:

–Es una esposa de bambú.

A Zheng le sorprende el aire triunfal de la muchacha. Siempre se muestra tan sosegada que no se esperaba verla emocionada con las adivinanzas de los faroles.

Cuando regresa al lado de los hombres, Zheng se siente todavía más extraño y de peor humor. Casi se choca con Xifeng, que circula de una mesa a otra, con un decantador en una mano y una copa de vino en la otra.

–¡Oh, discúlpame! –exclama ella con una sonrisa resplandeciente, aunque casi parece que no lo reconoce. Resulta evidente que ha bebido de más. Zheng retorna a su asiento en el lado de los

varones; se siente demasiado decaído como para saludar a más invitados.

Al pasar frente a la mesa de Yucun, el joven se levanta de un salto.

–¡Señor Jia! Qué placer verlo.

Zheng fuerza una sonrisa.

–Hombre, Yucun. ¿Cómo está usted? Ya me fijé, cuando se anunciaron los ascensos para este año, en que ha conseguido una buena promoción.

–Sí, subsecretario del presidente de la Junta de Guerra.

–¡Espléndido! –Es bastante excepcional que un joven funcionario ascienda tan rápido–. Debe de haber impresionado a alguien.

El joven se prodiga en elogios acerca de lo maravillosa que está siendo la celebración.

–Solo una cosa –añade–. En circunstancias normales no lo mencionaría, pero como usted se ha portado tan bien conmigo...

–¿De qué se trata?

–Cuando tuvo la amabilidad de invitarme a realizar las ofrendas a los ancestros el día de Año Nuevo, no pude evitar fijarme en una pareja de leones bañados en oro en el Salón de los Ancestros.

–¿Qué leones? –dice Zheng sin recordar. Su mente repasa las estatuas, trípodes y pergaminos que decoran la estancia, muchos de ellos con los nombres de sus donantes escritos–. Ah, sí, los del príncipe Yinti.

–Sí. Debe deshacerse de ellos –dice Yucun, bajando la voz.

–¿Por qué debería hacerlo?

Yucun habla con el tono de quien explica una obviedad a un palurdo.

–Si otro príncipe llegase a emperador, no querrá usted que haya pruebas de sus vínculos con el príncipe Yinti.

–¡Santo cielo! –exclama Zheng, sin preocuparse por bajar la voz–. Sé que usted piensa que es posible que el príncipe Yinti no alcance el trono, pero, aunque no lo consiga, no es delito aceptar regalos de él. ¿Deshacerme de ellos? –Menea la cabeza, irritado y sin dar crédito.

Zheng ve que Yucun desea añadir algo, pero su paciencia ya se ha agotado. Regresa a su asiento, se sirve una copa de vino y se bebe la mitad de un trago. Dirige la mirada a los actores, e intenta sumirse en el drama que transcurre en el escenario.

Cuando divisa los puentes y canales de piedra flanqueados por sauces desnudos desde la ventanilla del palanquín que la lleva junto a Lian desde la barca, una sensación de paz y bienestar que casi había olvidado invade a Daiyu. Cuando se marchó, en la ciudad florecían las glicinias y los árboles de Júpiter. Ahora, percibe el perfume del quimonanto y el jazmín. Después de aguantar el polvo y la arena de la Capital, el aire templado la envuelve como una nube. Lo aspira muy hondo, deleitándose con su humedad y su aroma a vegetación.

En cuanto el palanquín se posa frente al portal de la calle de la Calabaza, la muchacha sale corriendo y entra en casa. Su padre está sentado en el salón con un libro en el regazo.

–¡Daiyu!

–¡Padre!

Corre hacia él y se abraza a su cuello antes de que su padre tenga tiempo de incorporarse con dificultad.

–¿Cómo estás, padre? ¿Cómo te encuentras?

Lo suelta para poder mirarlo con más detenimiento. Se le ve débil y delgado, más incluso que cuando ella partió, pero tiene buen color.

Él le sonríe.

–Estoy un poco mejor. He estado viendo a un médico, y dice que trabajo demasiado. Así que pedí un permiso, y estoy tomándome las cosas con calma por una temporada.

Daiyu aferra la mano de su padre, comprendiendo que su enfermedad no es tan grave al fin y al cabo.

–¿Por qué no me has escrito? –dice, entre risas y lágrimas de alivio–. ¿No eras consciente de lo mucho que me iba a preocupar? ¡Pensaba que no me escribías más a causa de lo enfermo que estabas!

Su padre parece sorprendido.

–Este otoño he tenido muchísimo trabajo. Y mandar un mensajero resulta muy caro. Además, sabía que volverías pronto a casa. ¿Te lo has pasado bien en tu visita?

Daiyu duda antes de responder.

–Al principio lo odiaba. Detestaba estar lejos de ti, y no me gustaba lo frío y formal que parecía todo. –Recuerda su conversación con la dama Jia, pero decide no mencionarla, aunque su padre debería conocer toda la amarga historia–. Sin embargo, al final hice buenas migas con algunos de los primos.

–¿Con cuáles?

–Con Xue Baochai y con Baoyu. –La joven siente que se sonroja al pronunciar el segundo nombre.

–Ah, Baoyu –dice su padre con una sonrisa burlona–. Cuéntame qué te parece.

Entra Lian y Daiyu lo presenta.

–¡Jia Lian! –dice su padre–. La última vez que te vi fue en Rongguo, hace dos décadas. ¡Debías de tener cinco años! Te estoy muy agradecido por haber hecho todo este viaje por Daiyu.

–No es nada. La verdad es que tío Zheng quiso que viniese al sur para ver las tierras de la familia, de todos modos.

Daiyu se dirige a la cocina para preparar el té. Cuando entra en esa estancia tan familiar para ella,

le sorprende lo bajo que es el techo, las formas sencillas y bastas de la mesa y los armarios, lo oscuras que son las ventanas de papel. Eso mismo debió de sentir su madre la primera vez que vino desde Rongguo. Abre el armario y pasa un dedo por el borde de un viejo tazón azul y blanco, imaginando cómo lo habría desembalado su madre veinte años atrás, recién casada. Pero su madre ya no está. De ahora en adelante, ella sola debe dirigir esa cocina.

Esa tarde, antes de partir a las tierras de la familia, Lian concierta una consulta para el padre de Daiyu con un médico reputado. El doctor Hu confirma el diagnóstico del galeno anterior: el *qi* del señor Lin se ha visto dañado por las preocupaciones, la falta de sueño y la mala dieta. Padece un exceso de fuego en el estómago y su bazo está dañado, lo que produce como resultado una fatiga aguda y problemas digestivos. Si bien el estado de su padre es grave, con unos cuidados y medicación apropiados no tiene por qué ser irreversible.

Daiyu se prepara para cuidar de su padre. Se dirige al mercado y carga su cesta con brotes de bambú y carpas frescas del lago. Prepara sopas y gachas de arroz, y pasa horas en los fogones elaborando medicinas. Por primera vez, se ve obligada a matar y desplumar un pollo. Cuando siente los saltos frenéticos del corazón del pollito entre sus dedos, a punto está de abandonar y llamar a la anciana Liu. Pero, recordando la calma de Baochai, controla el temblor de sus manos y retuerce el cuello de la pobre criatura. Mientras despluma el cuerpo ahora flácido, se pregunta qué pensaría Baoyu si la viera. Aunque lo echó de menos con pasión durante el trayecto hacia el sur en barco, ahora que está en casa el joven ya no ronda tanto sus pensamientos. Aun así, a veces se pregunta si él la echará de menos, y si volverá a verlo algún día.

Por fortuna, su inquietud por su padre se va disipando. Tiene mejor color y ha ganado peso. Aunque no habla mucho, es cariñoso y amable con ella. Por las noches, Daiyu le pide que lea en voz alta sus cuentos y poemas favoritos, mientras ella se dedica a zurcir. Si no se lo pide, suele captar la mirada de su padre desviándose del libro que tiene delante, con una expresión triste y distraída en los ojos.

Y otra vez tienen el Año Nuevo encima. Por primera vez, Daiyu debe encargarse de limpiar y decorar la casa, preparar las ofrendas y confeccionar ropa nueva ella sola. La salud de su padre les excusa de entretener a invitados o realizar visitas de Año Nuevo entre sus conocidos. Lian, sin embargo, ha escrito que volverá a Suzhou para pasar las vacaciones, después de lo cual, si la salud del señor Lin parece estable, viajará de regreso a la Capital.

La víspera de Año Nuevo, su padre, Lian y ella queman incienso y realizan ofrendas ante el pequeño altar en un rincón del salón. A medida que cae la oscuridad de la noche, su padre dice que por primera vez en mucho tiempo se siente con fuerzas para dar un paseíto por las calles. Su hija lo toma entre sus brazos para ayudarlo a levantarse y salen a la calle de la Calabaza; Daiyu lo agarra de un brazo y Lian del otro. Las calles están repletas de niños del barrio que corren, gritan y tiran petardos. El resplandor de las explosiones ilumina el rostro de su padre, y Daiyu lo ve sonreír ante las travesuras de los pequeños.

Dos días después de Año Nuevo, llega un mensajero de las haciendas de los Jia para informar de que uno de los graneros ha sufrido un incendio durante las celebraciones. El fuego se extendió al granero colindante, y ambos edificios sufrieron daños de consideración antes de que logran extinguir el fuego. Lian, maldiciendo que el contratiempo lo obligue a retrasar su viaje de vuelta a la Capital, parte rumbo a las tierras. Daiyu y su padre se quedan solos y pasan tranquilos las dos primeras semanas del Año Nuevo. El día de la Fiesta de los Faroles, Daiyu decide colgar unos

farolillos de papel. Era una de las festividades favoritas de la familia; su madre y su padre siempre disfrutaban volviéndose locos mutuamente con complicados acertijos. Cuando Daiyu fue lo bastante mayor, solía participar también.

–Apuesto a que no puedes resolver mis acertijos, padre –dice después de la cena, colocando en mitad de la mesa un farol para pegar las adivinanzas y preparando papel y pinceles.

Su padre levanta la vista del libro con una sonrisa y se acerca a la mesa.

–No seas tan arrogante. Soy un experto en resolver acertijos. –Se sienta a moler algo de tinta–. De hecho, estoy seguro de que tendrás problemas con los míos.

Dispuesta a demostrar su valía, Daiyu no contesta y se sienta a tratar de concebir un acertijo mientras muele su propia tinta. Decide que su adivinanza será sobre un reloj de incienso, de modo que toma un pincel y comienza a garabatear en su papel. Cuando lee las cuatro líneas que ha escrito, piensa que sus pistas son demasiado vagas. Decide hacer un poema de ocho versos. Escribe otras dos líneas, pero no se le ocurren más rimas. Pasado medio minuto, idea un modo de terminar el poema y apunta rápidamente el último pareado.

–¡Lo tengo! –proclama triunfante, y sostiene el papel para leerlo en voz alta:

Sales de palacio con mi humo en tus mangas:

distinto soy de músicas y mantas.

Conmigo, no necesitas vigía que anuncie el amanecer,

ni doncella que en el ocaso te traiga placer.

Día y noche arde mi cabeza,

año tras año, mi corazón se consume con pereza.

Te ayudo a disfrutar de los momentos más preciados.

¿Qué más da si el día está claro o nublado?

–¿Lo adivinas, padre? –exclama, mirándolo.

Su padre está sentado con un papel delante y un pincel en la mano, pero el papel permanece en blanco y su rostro brilla debido a las lágrimas.

–¿Cómo te encuentras hoy? –pregunta Xifeng a Ping'er cuando vuelve a sus aposentos tras servir el desayuno en casa de la dama Jia.

–Bastante bien, gracias.

Ping'er está sentada en el *kang*, bordando flores de *ume* en un diminuto chaleco rojo.

Como quiere pedirle un favor, Xifeng se abstiene de comentar que Ping'er se dedica a perder el tiempo bordando mientras ella se agota administrando la casa. Aún no han recogido los platos del desayuno de Ping'er. Xifeng se fija en los huesos de pollo, espinosos y atravesados de finos nervios, que ha dejado tras mordisquear la carne, y siente una pizca de satisfacción porque tienen el color blancuzco de los pollos normales, no el de los de hueso negro.

–Entonces ¿te importaría hacer un recado para mí?

–Claro que no. ¿De qué se trata?

–Necesito entregarle una cosa a la abadesa del convento de la Luna en el Agua. ¿Te importaría ir? Ya he llamado a un carruaje. Lo llevaría yo misma, pero todavía tengo que repasar todos esos regalos que recibimos en Año Nuevo.

–Está bien –dice Ping'er.

–Y así podrás rezar a Guanyin para pedirle un parto sano, como deseabas.

Xifeng, al contemplar cómo Ping'er se baja con torpeza del *kang*, se sorprende ante el tamaño de su tripa, que tira con fuerza de la cintura de su vestido. Hasta sus piernas parecen hinchadas; los pies asoman rechonchos por encima del empeine de sus zapatos, como masa subiendo en el horno. Se gira disgustada y se dirige a su dormitorio para comprobar el dinero que va a entregar a la abadesa. Es su préstamo más grande, tres mil taeles, bien envueltos en seis fajos sobre el *kang*. En uno de los paquetes va el contrato de préstamo en el que Xifeng estampó el sello de Lian mientras Ping'er se ausentaba de la habitación. Es mucho dinero, y prefiere enviarlo a cargo de Ping'er en lugar de confiárselo a una sirvienta cualquiera. Su único temor era que Ping'er preguntase de qué se trataba, pero esta ya no muestra ningún interés por los asuntos del hogar.

En cuanto Ping'er parte en el carruaje con el dinero, Xifeng se dirige al dormitorio de la muchacha. Abre la puerta del armario. No sabe exactamente qué espera encontrar, pero se estremece ante lo que ven sus ojos. Las ropas que quedan de Lian están apartadas a un lado. En su lugar hay pilas meticulosamente dobladas de pequeños vestidos y chaquetitas, una montaña de pañales blancos como la nieve y, encima, un par de sandalias minúsculas. Apenas son más largas que su dedo meñique, pero cada centímetro está cubierto de un esmerado bordado. Les da la vuelta y mira las suelas. Aunque el calzado de un niño tan pequeño jamás tocará el suelo, Ping'er las ha acolchado con cuatro capas de tela mediante incontables puntitos, para formar una suela gruesa y fuerte. Le entran ganas de hacerlas trizas.

Oye ruido en el salón. Ping'er debe de haber olvidado algo y ha vuelto. Rápidamente, deja los zapatitos en su sitio, colocándolos en el mismo ángulo en que los encontró. Cierra suavemente la puerta del armario. Al azar, agarra un par de tijeras de la mesilla.

Sale hacia el salón, diciendo:

–No encontraba mis tijeras, así que entré en tu habitación a buscar las tuyas...

Pero no es Ping'er, sino Jia Yucun. El hombre ha cruzado el umbral y se encuentra unos pasos dentro de la estancia, encorvado e incómodo. De pronto, Xifeng siente la garganta tan seca que es capaz de oír el roce de su respiración al pasar. Ella advirtió que él la miraba durante las celebraciones del Año Nuevo, hace casi un mes. En el Salón de los Ancestros, cuando tío Zheng quemó las ofrendas de seda y realizó las libaciones, sintió que Yucun la contemplaba desde el lado del patio reservado a los varones. Cuando Xifeng ayudó a la Anciana Dama a realizar las ofrendas de comida a los retratos de los ancestros, distinguió su rostro entre la masa de parientes y sirvientes que observaban la ceremonia. La observaba con tanta intensidad que casi hacía daño. Le puso tan nerviosa que le tembló la mano y estuvo a punto de tirar el plato de pasteles que le estaba pasando a la dama Jia. Hace dos semanas, en la Fiesta de los Faroles, sabiendo que él estaría presente, Xifeng se vistió y acicaló con más detalle de lo habitual. Con el pretexto de comprobar si los sirvientes estaban haciendo bien su trabajo, se coló tras el biombo en la veranda donde se encontraban los invitados varones. Allí, bajo la luz de uno de los grandes faroles de palacio con borlas, notó que Yucun la miraba desde una esquina de la mesa. Sabía que podía meterlo en un lío, solo por haberla mirado. En su lugar, guardó silencio. Jamás se habría imaginado que Yucun se atrevería a entrar así en sus aposentos.

—He venido a verla —dice el joven. Intenta hablar con tono resuelto, pero a la luz de mediodía que se filtra por la ventana de papel, Xifeng puede ver lo asustado que está. La parte de su mente que aún puede razonar, y que observa con frialdad la escena como un testigo indiferente, le dice que no tiene nada que temer de un joven funcionario de pueblo. El resto de su cuerpo, su corazón, su respiración, palpita con un ritmo guiado por el pánico. No se mueve de donde está, a unos pasos del recibidor. La calidad de la luz esta mañana es inclemente, piensa, y revela la barba que crece incipiente en las mejillas del muchacho, el tono púrpura claro bajo sus ojos.

—No debería estar aquí —dice Xifeng.

—¿Cree que no lo sé?

No se mueve. Se produce un breve silencio. Yucun se frota las manos y Xifeng repara en que tiene los nudillos agrietados y en carne viva.

—¿Podría tomar un té? —dice—. Hace un viento helador.

Xifeng duda, y luego cruza muy despacio la habitación hasta el fogón, dejando las tijeras de Ping'er sobre la mesa.

—Debe marcharse en cuanto se lo haya tomado.

—De acuerdo.

Yucun permanece en pie junto a la puerta.

Los dedos de Xifeng tiemblan un poco al sacar el té y echar unas cucharadas en una tetera.

—¿Dónde está su criada? —pregunta él.

—La he enviado al templo.

Cuando sirve el agua hirviente, el pico de la tetera golpea descontrolado en la taza.

—Quería decirle una cosa —dice Yucun, todavía en pie e incómodo al otro lado de la habitación—. Aquella vez que me crucé con usted en el Jardín no era la primera vez que la veía.

Habla con una intensidad que provoca que Xifeng lo mire, preguntándose qué está intentando decir. Yucun baja la vista y añade:

—En realidad fingí que no sabía quién era. Su marido me había hablado de usted. —Sonríe irónico y Xifeng puede percibir en su rostro inteligencia y un sutil sentido del humor—. Él solía quejarse de

usted, me contó que estaba harto y que había tomado a su doncella como concubina. Ya entonces me resultó extraño... ¡Casarse con la doncella de su mujer! Una noche, Lian me invitó a una fiesta. Se suponía que íbamos a encontrarnos en la parte exterior de la mansión, pero no se presentó. Pedí a las mujeres del portón interior que me dejaran pasar a buscarlo en sus aposentos. No quería molestar a nadie si él no estaba allí. Era una noche calurosa y la ventana se encontraba abierta. Me asomé y la vi tejiendo en su telar.

Su rostro adquiere una expresión extraña y soñadora, como si acabara de leer un poema o estuviera contemplando un hermoso cuadro. Una parte de ella quiere reírse, pero la otra está conmovida.

—No me podía creer que usted fuera la persona de la que me había hablado Lian. Estaba inclinada sobre su telar, tan concentrada que ni siquiera me oyó. Parecía tan bella, tan inalcanzable. —Se ríe, con algo de amargura—. En mi mundo, las mujeres son muy distintas. Mi madre, por ejemplo. Se dedicaba a coser para sacarnos adelante. Siempre estaba malhumorada y cansada, y nunca se cuidaba. Lo único que podía hacer era peinarse y recogerse el pelo.

El comentario sobre su madre sorprende a Xifeng. Aunque sabía que Yucun pertenece a una rama menos pudiente de la familia Jia, no había imaginado a qué grado llegaba su pobreza.

—Cuando llegué a la Capital, conocí a otras mujeres. No como usted, por supuesto; los hombres de clase alta encierran bajo llave a sus esposas e hijas. Salí con cantantes. Bueno, *adornan* bastante, pero... —Hace una pausa para buscar las palabras adecuadas—. Nunca llegas a conocerlas bien, porque están obligadas a cantar y a mostrarse alegres sin importar cómo se sientan.

A Xifeng le entran ganas de decirle que ella no es tan distinta de las cantantes; todas las mujeres tienen que sonreír, dar conversación y ser agradables.

—Aun así —continúa Yucun—, cuando la vi allí tejiendo, tan hermosa, sentí lástima por usted, también.

—¿Sintió lástima por mí? —repite ella, sorprendida, y preguntándose si debería sentirse ofendida.

—Sí. —De nuevo, hace un esfuerzo por encontrar las palabras—. Parecía usted tan frágil y solitaria... —Se interrumpe, con una sonrisa de disculpa—. Esto debe de sonarle ridículo.

En contra de su voluntad, Xifeng siente que las lágrimas asoman a sus ojos. Sacude la cabeza.

—Fue entonces cuando comprendí cómo era Lian, cómo son los Jia. Son egoístas. Creen que tienen derecho a conseguir todo lo que quieren y son capaces de pisotear a los demás para lograrlo. Tener una esposa como usted, una mujer que la mayoría de los hombres darían la vida por poseer, y tratarla así... Obligarla a competir con su propia doncella. —Aparta la mirada de ella, como avergonzado de sus palabras—. Y entonces, desde aquella vez que hablé con usted en el Jardín, no he podido pensar en otra cosa más que en verla de nuevo.

—Si ni siquiera me conoce —dice Xifeng, con voz temblorosa.

Yucun se acerca un paso. Todo este tiempo ha permanecido en el otro extremo de la habitación, lejos de ella. Avanza otro paso. El corazón de Xifeng vuelve a acelerarse.

—Será mejor que se marche —dice ella.

Yucun continúa avanzando.

—Alguien podría entrar.

El joven se dirige a la puerta, echa el pestillo y luego vuelve a caminar hacia ella.

—Mi doncella podría regresar.

Él está a solo unos pasos de ella. Xifeng intenta esquivarlo y dirigirse al recibidor. Yucun la sujeta

antes de que se haya podido alejar apenas unos pasos. Intenta zafarse, pero con poca convicción. Ahora que está tan cerca, puede respirar su olor. Huele un poco a sudor rancio. Xifeng lo nota con objetividad, sin disgusto y sin juzgarlo. De hecho, le resulta agradable, reconfortante, como su propio olor tras un largo día. Yucun toca su pelo y ella apenas lo siente, es como si le estuviera sucediendo a otra persona. Al contrario que Lian, la toca despacio y con dulzura, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Yucun susurra su nombre.

Xifeng piensa que debería resistirse, apartarlo de un empujón, pero en cierto sentido es incapaz de moverse. Es consciente de que corre un grave peligro. Yucun besa la raya de su pelo, pero sus caricias y sus cumplidos la llenan de una sensación siniestra. Sin embargo, en lugar de resistirse, se abraza a su cuello. Mientras ella permanece apoyada en su hombro con la mirada perdida, Yucun hunde los labios en su cuello, apretándose contra su cuerpo.

Xifeng está cayendo, y no tiene nada a lo que agarrarse. No hay nadie para detenerla, nadie a quien le importe. Ni siquiera su familia en el oeste, a la que no ve desde el día que se casó. Ni los Jia, que hacen de ella su esclava, pero no tienen clemencia cuando no cumple sus expectativas. Durante mucho tiempo confió en Ping'er, pero ha perdido a su doncella. Es evidente que Ping'er ama a Lian, como ella jamás lo quiso. Además, el corazón de Ping'er está ya ocupado por el bebé que espera.

Ahora Yucun la besa en los labios. No le produce placer. Desde que dejó a su familia y se casó con Lian, hace tiempo que se volvió de piedra. Sin embargo, se abraza a Yucun con más fuerza, hundiendo el rostro en su cuello. Se está cayendo, y no hay nadie para detenerla. Deja que Yucun la lleve al dormitorio.

En circunstancias normales, Baochai y su madre habrían pasado el mes y medio previo a la llegada de la novia de Pan amueblando y preparando una casa para la nueva pareja. Sin embargo, como los Xia ya poseen una vivienda en la Capital, Pan ha accedido a instalarse en ella con Jingui, al menos de momento. Los Xue deberían haber celebrado la boda en su casa, y después haber acogido a la novia en su nuevo hogar y familia. Pero como la pareja va a casarse en la Capital, los Jia han ofrecido celebrar ellos la boda, que no será muy grande, dado que casi todos los parientes de los Xue y los Xia viven en el sur.

A Baochai esto le resulta chocante, dado que la relación entre los Jia y los Xia es, en el mejor de los casos, endeble; pero no se le ocurre una solución mejor. Finalmente, ella y la señora Xue deciden instalarse con Pan ahora que va a fundar un hogar en la Capital. Pan acepta, pero no se puede hacer ningún plan hasta que llegue Jingui, dice, porque de momento él desconoce la estructura y la disposición de su nueva casa. Mientras tanto, ninguno de ellos, ni siquiera Pan, ha puesto un pie en la vivienda, aunque ya han mandado regalos de boda y muebles.

Si bien se pueden explicar atendiendo a las circunstancias, estos alejamientos del proceder habitual provocan en Baochai una sensación de profunda incomodidad. Es casi como si los papeles sociales se hubieran invertido. En vez de ser la señora Xue quien recibe en su hogar a Jingui como nuera, parece que estuvieran entregando a Pan a la familia Xia. Se pregunta si es fruto de la generosidad o si existirá algún motivo más egoísta que mueve a Xia a ofrecer su casa a la nueva pareja. A fin de cuentas, al no contar con un hijo varón, podrían estar deseando añadir a Pan a su familia en lugar de entregar a Jingui a los Xue. Un acuerdo de este tipo no sería ventajoso ni para Pan ni para Baochai y su madre.

Pero la señora Xue y Pan están demasiado eufóricos con la inminente boda como para comprender sus reservas y su cautela. Pan está perdidamente enamorado de su prometida, y la señora Xue, que disfrutaba del tan esperado papel de suegra, está absorta en amueblar la habitación nupcial.

—¿Crees que a Jingui le gustará el raso brocado o la gasa para el cortinaje de la cama? —pregunta.

—No lo sé, madre. Haz lo que consideres oportuno.

—Tal vez, si hay tiempo, podemos hacer un juego de cada clase. Quiero que Jingui se sienta feliz en sus nuevos aposentos. Pan, cuéntanos otra vez cómo es.

—A mí no me preguntes —protesta Pan—. Ya sabes que no se me dan bien las descripciones.

—¿No te recuerda a alguien?

—Se parece un poco a Xifeng.

A Baochai esta comparación no le resulta nada tranquilizadora. Aunque admira a Xifeng por sus dotes administrativas, sus ansias de control hacen que el trato con ella no sea fácil, ni como esposa ni como nuera.

—¿En qué se parece a Xifeng?

—No lo sé.

—¿Es vivaracha y le gusta bromear, como a la prima Xifeng? —apunta Baochai.

Pan frunce el ceño debido al esfuerzo que hace por pensar.

—No exactamente. Es más seria, y... digna que Xifeng.

—Entonces ¿en qué se parece a Xifeng? —insiste Baochai.

—Oh, no lo sé. Supongo que no es tranquila, como tú. Es más segura de sí misma, como la prima Xifeng. A eso me refería. ¡Pero es cien veces más bonita que ella!

Baochai duda antes de preguntar:

—¿Le gusta hacer las cosas a su manera, como a Xifeng?

Pan prorrumpe en carcajadas.

—¡Pues claro que no! ¡Debes de pensar que soy tonto, si crees que me casaría con una mujer así! No es de ese tipo en absoluto. ¡Todo lo contrario! Es muy amable, siempre dispuesta a hacer lo que más me plazca. Ya sabes, como su madre y ella llevan tanto tiempo sin un hombre en la familia, tenían un interés especial en mis consejos y opiniones.

El discurso no tranquiliza a Baochai tanto como Pan se figura. Sin decir nada más, retoma su costura, esperando la llegada de la novia para el segundo mes.



Hace muchos años, cuando los Xue todavía vivían en Nanjing, una niña mayor que Baochai fue de visita a la casa y se llevó su muñeca favorita. En aquel entonces, su padre todavía estaba vivo; ella debía de tener solo cuatro o cinco años. La niña —Baochai no recuerda nada de ella ni de su familia— se había fijado en cómo acunaba a la muñeca y jugaba a meterla en la cama. Cuando se la arrancó de las manos, Baochai se quedó más sorprendida que otra cosa. Al principio pensó que la chica quería jugar un rato con la muñeca y que se la devolvería más tarde. Pero la niña no hizo nada con ella; se limitó a guardarla bajo la manga para que Baochai no pudiera jugar. Finalmente reunió el coraje para pedirle que le devolviera la muñeca, pero la niña simplemente se giró y se puso a jugar con otros juguetes. Baochai pensó en contar lo ocurrido —su madre y su padre estaban sentados en la habitación contigua charlando con los padres de la niña—, pero era demasiado educada y tímida; estaba demasiado metida en su papel de anfitriona y no dijo nada. Al final, la niña se marchó, con la muñeca todavía escondida en la manga. Aquella noche, Baochai lloró en silencio en la cama, intentando dormirse sin poder abrazar a su muñeca. Nunca volvió a tener un juguete favorito.

Al ver el rostro de Jingui cuando Pan le quita el velo rojo, el incidente regresa a su memoria tras todos estos años. Reconoce los pómulos marcados, los ojos más bien pequeños y brillantes bajo las finas cejas y, en especial, la nariz diminuta con sus orificios pegados y su peculiar punta respingona. Por supuesto, Jingui ha cambiado muchísimo. Ahora es una jovencita alta, de innegable belleza con sus galas de novia, con ese tipo esbelto que tanto envidia Baochai. Sus ojos están oscurecidos con kohl, y sus labios finos muy pintados. Sin embargo, conserva algo, cierta aspereza en el gesto, cierta cualidad dura y firme en su mirada que le recuerda a Baochai a aquella niña de hace tantos años.

Mientras Pan, rebosante de orgullo, conduce a Jingui para saludar a la señora Xue, Baochai se fija en que la muchacha anda con un porte confiado, como Pan había dicho. Jingui exhibe una sonrisa descarada ante su suegra, nada que ver con la de una novia cándida. La señora Xue, tan feliz que está a punto de echarse a llorar, la abraza. Jingui recibe sus caricias con compostura, pero no se las devuelve. A continuación, Pan la lleva a saludar a la dama Jia y a tío Zheng. Jingui se comporta en las presentaciones con el mismo aplomo sonriente. Baochai escucha a la Anciana Dama comentarle a

la señora Xue que la novia no es tímida y callada como muchas otras jovencitas de estos tiempos. A Baochai le sorprende la buena impresión que Jingui causa en la dama Jia. Durante años la han machacado con la idea de que las muchachas, que han de ser recatadas y sumisas, apenas deben atreverse a mirar a los ojos a los mayores. Sin embargo, hace tiempo que descubrió que ese comportamiento más desinhibido, que sería considerado un defecto grave en gente corriente, es fácilmente perdonado cuando lo manifiestan aquellos que poseen una hermosura física fuera de lo común.

Le llega el turno a Baochai de conocer a Jingui. Avanza, sonriendo, consciente de que de ningún modo debe escatimar en buenos modales. Por un instante se pregunta si Jingui la reconocerá, pero la novia casi parece no mirarla. Baochai agacha la cabeza todo lo que puede, diciendo:

–Hermana mayor. –Cuando alza la cabeza, sonrío y toma la mano de Jingui–. Me alegro tanto de tenerte aquí. ¡Espero que pronto seamos tan íntimas como hermanas de verdad!

Al escuchar sus palabras, la atención de Jingui parece centrarse por fin en ella. No da muestras de reconocerla. En su lugar, sus ojos recorren a Baochai de pies a cabeza con una mirada inquisidora que la hace sentirse vulgar y torpe. Lamenta no haberse arreglado más, como las otras chicas.

–Hermana menor –dice Jingui, despachándola con una mirada de soslayo, antes de dejarla para saludar a Baoyu.



Cuando Xifeng sale de la boda de Xue Pan para pedirle a una doncella que traiga más *samshoo*, alguien la agarra y tira de ella hacia la sombra de un pino. Sabe, en cuanto la tocan, que se trata de Yucun. Durante toda la velada, en la ceremonia nupcial, ha sentido la mirada del muchacho clavada en ella. Ha tenido que esforzarse por mantener sus ojos apartados.

–¿Quieres dejar de mirarme? Alguien se va a dar cuenta...

Sus palabras se ahogan cuando Yucun la besa en la boca.

–Para. Podrían vernos...

Xifeng levanta la mano y aparta su boca, aunque deja sus dedos en los labios de Yucun, y él los besa.

–Escápate conmigo.

–Es muy peligroso.

–Solo unos minutos. ¿No hay ninguna habitación vacía por ahí?

Xifeng piensa por un momento. Sin decir palabra, lo conduce al otro extremo del pabellón de recepciones, donde hay algunas estancias sin usar. Este lado del edificio se encuentra desierto. Busca a tientas en el pesado llavero que lleva colgado de la cintura y abre una puerta.

–Es de chica lista tener una llave –susurra Yucun, besándola en el cuello.

Entran en la habitación. Xifeng cierra la puerta. Están en completa oscuridad; se encuentran por el tacto y se tiran en el suelo. Yucun está encima, besándola, recorriéndola con sus manos, frenético por tocar su piel desnuda. Para su sorpresa, ella también está igual de deseosa de acariciarlo. Al contrario de la ocasión anterior, cuando Xifeng se mostró tan insensible, ahora siente cada roce de sus labios y su cuerpo con un placer tan afilado que casi duele. Yucun le baja los pantalones por

debajo del vestido. Ella siente su mano cálida y fuerte apretando su trasero desnudo. Roza el culo contra su mano. Yucun desliza un dedo dentro de ella y nota lo húmeda que está. Con un gemido, Xifeng se aferra a sus hombros y empuja con las piernas para ponerse encima de él. Tira de sus pantalones, sintiendo su erección bajo la seda.

–¿Qué quieres? –susurra Yucun, burlón.

–Tenerte dentro de mí –dice ella, apretando su cuerpo contra él. Nunca le ha hablado así a Lian.

Con una risa, Yucun se quita los pantalones. Xifeng siente su pene alzándose entre sus piernas y se encarama sobre él tan rápido que los dos gimen. ¿Qué le está pasando?, piensa mientras cierra los ojos, sintiendo que el calor la sofoca. Tiene la impresión de que se está despertando, volviendo a la vida tras la insensibilidad de una larga tristeza.

–Madre, ¿puedo hablar contigo a solas?

En lugar de ir al ministerio después de desayunar, Zheng asoma la cabeza en la habitación de la dama Jia. Su madre levanta la vista del tazón de sopa de azufaifa que está tomándose a cucharadas.

–A ver, ¿qué sucede?

Zheng no responde, y mira a Ganso Blanco, que está recolocando los cojines sobre el *kang*.

–Bueno, ¿qué? –repite impaciente su madre.

–He dicho «a solas» –musita Zheng, avergonzado.

–Ganso Blanco, tendrás que irte a otro sitio. El señor Jia no quiere que oigas lo que tiene que contar –dice la dama Jia.

Zheng arde de rencor contenido por el modo en que su madre parece trivializar lo que va a decirle, incluso antes de saber de qué se trata. No habla hasta que Ganso Blanco ha salido de la habitación.

–El maestro de Baoyu vino a verme al ministerio ayer por la tarde.

Interesada, la Anciana Dama posa el tazón de sopa.

–¿Y qué te dijo?

Zheng duda, consciente de que sus palabras van a herir a su madre. En su fuero interno, siente un secreto placer por presentarle evidencias de que Baoyu no es tan maravilloso como ella siempre ha creído.

–Me disuadió de inscribir a Baoyu para los exámenes de este año. Dijo que, casi con toda seguridad, mi hijo suspendería y que incluso podría quedar como un inútil...

–¡Qué tontería! Es solo que tiene prejuicios contra Baoyu.

–¿Por qué iba a tenerlos?

–Oh, no lo sé. Envidia, quizá.

–Me temo que no. Anoche le pedí a Jia Yucun que se pasara a leer los ensayos de Baoyu para tener una segunda opinión. También dijo que sus textos demostraban un dominio muy pobre de la estructura en ocho partes. Y añadió que los intentos de Baoyu por interpretar a los clásicos son tan forzados que resultan casi risibles.

–¿Por qué haces caso de un don nadie de pueblo? –dice su madre, indignada.

–Ahora es subsecretario del presidente de la Junta de Guerra...

Su madre sacude la cabeza, desconcertada.

–Pues no lo entiendo. Hace solo unos meses, nos informaron de los fantásticos progresos que estaba realizando...

–En efecto, el maestro dijo que iba bien, hasta más o menos un mes antes de Año Nuevo, cuando de repente empezó a dejar de prestar atención en clase, y a no entregar sus tareas. ¿Qué crees que ha podido suceder?

La dama Jia guarda silencio por un momento. Finalmente, dice con tono poco amistoso:

–Bueno, fue por entonces cuando casi lo matas a palos, ¿no?

Zheng tiene que controlar su rabia ante ese intento de responsabilizarle de los defectos de Baoyu.

–No. A mí también se me ocurrió. Le pregunté al maestro expresamente si el rendimiento de Baoyu había comenzado a decaer tras la azotaina. Faltó a la escuela durante más de dos semanas. El

profesor dijo que, por lo que él recordaba, el trabajo de Baoyu seguía siendo bueno cuando se reincorporó a las clases. El cambio se produjo más tarde, cerca del duodécimo mes.

—Entonces, ¿qué ha podido ser?

—¿No le sucedió nada entonces? ¿Nada con Huan?

—No, que yo sepa.

—Entonces, a mí tampoco se me ocurre nada. —Guarda silencio antes de añadir, dubitativo—: Solo está ese comentario que hizo Xichun en Año Nuevo.

—¿A qué te refieres?

—Dijo que Baoyu estaba decaído porque Daiyu había vuelto al sur.

La dama Jia guarda silencio por un momento. Por fin, suelta una risita y dice:

—La olvidará en un mes. No puede ser que pensase seriamente en ella.

Por la reacción de su madre, Zheng comprende que Xichun estaba en lo cierto: Baoyu tenía algo con Daiyu, y su madre lo sabía.

—¿Crees que sentía algo por ella?

La Anciana Dama se encoge de hombros.

—Ya sabes cómo es él. Siempre anda encaprichándose con una o con otra.

—Yo pensaba que siempre era con criadas. Esta es la primera vez que se encapricha, como tú dices, de alguien con quien realmente podría prometerse.

Su madre lo mira incrédula.

—¿De verdad te plantearías prometerlo con ella?

—¿Por qué no, si tan alterado está por la marcha de Daiyu que no puede ni estudiar? —Guarda silencio, intentando recordar los informes del maestro durante los últimos seis meses—. De hecho, ahora que lo pienso, nunca ha realizado tantos progresos como este otoño, mientras ella estaba aquí. Por eso me pareció que este año por fin estaba listo para presentarse a los exámenes.

—No tiene sentido pensar que su rendimiento en la escuela tenga algo que ver con Daiyu. Ese enlace es algo completamente inadmisibile.

Zheng advierte, y no es la primera vez, que por algún motivo su madre siente antipatía por Daiyu.

—¿Por qué? —intenta razonar con ella—. No sería un enlace ideal, pero tampoco es malo, de todos modos. Daiyu es una muchacha inteligente y sensible, y los Lin son una buena familia. Por norma general no creo en el matrimonio entre primos, pero si su corazón realmente se ha prendado de ella... Si todavía la quiere dentro de un año o dos, una vez que haya aprobado los exámenes, no veo ninguna objeción al enlace.

—¡No ves ninguna objeción al enlace! —grita su madre—. ¡Daiyu no tiene un céntimo, y la familia Lin prácticamente está extinguida! Pero lo peor es la educación que ha recibido esa muchacha. Sus modales son una vergüenza.

Al contemplar cómo se fruncen las cejas de la anciana por encima de la nariz, Zheng comprende que el viejo odio que sentía la dama Jia hacia su hija Min, lejos de haberse disipado tras su muerte, se ha transferido a su nieta. Le duele que el resentimiento de su madre hacia Min sea tan implacable, y sabe que no sirve de nada discutir, de modo que guarda silencio, deseando cambiar de tema.

La dama Jia retoma su sopa y comienza a sorberla con ruido. Luego comenta:

—Y, además, creo que te equivocas respecto a Baoyu.

—¿A qué te refieres?

La ira del rostro de su madre ha sido reemplazada por un gesto de astucia calculada.

–No creo que Daiyu le interese especialmente. ¿No comprendes que su encaprichamiento por ella es síntoma de un problema mayor?

–¿Qué problema?

–Lo tratas como a un niño, pero Baoyu lleva más de cuatro años afeitándose. No puedes esperar que no tenga apetitos naturales. –Le lanza una mirada elocuente–. Ha cumplido ya diecinueve, y siempre ha sido físicamente maduro para su edad. Ya podría estar prometido.

–Ya conoces mi posición al respecto –replica Zheng–. No puede comprometerse hasta que apruebe los exámenes, igual que su hermano Zhu.

–Pero Baoyu ya tiene unos cuantos años más de los que tenía Zhu. ¿Cuánto tiempo vas a hacerle esperar? Solo conseguirás traernos más problemas.

–¿Qué quieres decir exactamente con eso?

Le inquieta la expresión provocadora de su madre.

–Ya no es un niño. Tendrás que enfrentarte a otros incidentes como el de aquel asunto con Plata, o tal vez a cosas peores, si sigues negándolo.

–¡Negándolo! ¿Acaso pedirle que se concentre en sus estudios hasta que apruebe los exámenes es negar algo? –dice, pero las palabras de su madre han prendido el temor que alberga en su interior desde el incidente de Plata–. Siempre te he dicho que no está bien que viva en los cuartos de las mujeres. Eso da pie a chismorreos. Además, ¿cómo podemos estar seguros de que alguna doncella alocada no se acueste con él y se quede embarazada? Entonces tendríamos un escándalo entre manos.

Su madre suelta una risa cómplice.

–Si tuviera una esposa atractiva, ¿por qué iba a querer tontear con doncellas?

Zheng compone un gesto de dolor ante la rudeza de su madre.

–Pero si le dejo casarse, ¿cómo va a concentrarse en sus estudios?

–¿Por qué no lo prometemos para que tenga algo con lo que ilusionarse? Y después, cuando apruebe los exámenes, podrá casarse. –La Anciana Dama vuelve a reírse–. ¡Te lo aseguro, te sorprendería el incentivo tan fuerte que es!

Zheng duda. Cada vez que su madre saca el tema de buscar esposa para Baoyu, él muestra su más enérgico rechazo. En primer lugar, teme que, con la facilidad que tiene Baoyu para distraerse, la novedad de verse casado haga que le resulte imposible concentrarse. También le preocupa que Baoyu, caprichoso e impredecible, sea incapaz de tratar a una joven esposa con la paciencia y el temple esperados por ella. Sin embargo, comienza a sentir que está intentando retrasar lo inevitable. Recuerda que incluso Pan, que es aun menos de fiar que Baoyu, está ahora casado. El ejemplo de Pan le hace pensar en la importancia de encontrar una mujer adecuada, lo cual podría llevar meses o incluso años.

–Supongo que podríamos empezar a realizar alguna búsqueda preliminar... –comienza a decir lentamente.

La dama Jia se echa a reír, como si su hijo estuviera siendo muy tonto.

–¿Para qué hacer una búsqueda cuando tenemos la respuesta delante de nuestras narices?

–¿A qué te refieres?

La Anciana Dama ríe alegremente.

–¿Tu esposa y la señora Xue no estaban siempre bromeando con la idea de casar a Baoyu y Baochai cuando eran pequeños?

–Sí, pero esperaba que esas tonterías se hubieran olvidado.

La dama Jia lo mira con los ojos muy abiertos.

–¿Por qué son tonterías?

–En primer lugar, no apruebo los matrimonios entre primos.

–Pero estabas dispuesto a hacer una excepción con Daiyu. ¿Por qué no con Baochai, que es mucho mejor partido? Además, ya conoces el refrán: oro y jade hacen una pareja perfecta.

–¿Qué tiene eso que ver?

–Bueno, ya sabes, Baoyu tiene su jade, y Baochai su colgante de oro.

–No tengo paciencia para esas supersticiones –dice Zheng–. Siempre he pensado que le dais demasiada importancia a ese jade.

–No es superstición, es predestinación. Solo sé que no se me ocurriría mejor esposa para Baoyu –dice su madre–. Dime, ¿qué defecto le encuentras a la muchacha? Los Xue son inmensamente ricos e influyentes. Baochai ha recibido una buena educación, y sabe perfectamente cómo comportarse en un gran palacio como el nuestro. De todas las chicas de la familia, siempre ha sido la más cabal y capaz. No sé qué puedes tener en su contra.

–Yo no he dicho que tenga algo en su contra. –La verdad es que Zheng no encuentra ninguna objeción en particular contra Baochai, aunque no le ha tomado el menor cariño a la muchacha en los años que lleva viviendo en Rongguo. Es demasiado fría, demasiado circunspecta; no le parece que posea el encanto de sus otras sobrinas, Daiyu y Xichun–. Pero hay otras muchas buenas familias en la Capital. No entiendo por qué estás tan obsesionada con este enlace.

–Lo único que podrías decir en contra de Baochai –continúa la dama Jia, ignorándolo– es que su belleza no es más que pasable. Sus manos y su tipo están bien, pero su cara... Por otra parte, se puede ser *demasiado* atractiva...

–No considero que tener un hermano como Pan sea una ventaja.

–Bueno, no creo que Pan suponga ningún peligro. En todas las familias hay un bribón.

–¿Estás segura de que sus caracteres encajan? –Baochai y Baoyu le parecen polos opuestos: Baoyu padece un exceso de sentimiento, mientras que ella no parece poseer mucho–. Baochai parece muy mayor para su edad. ¿No encontrará más bien infantil a Baoyu?

–Más motivo para que sea un buen matrimonio. Ella es tan juiciosa y madura que seguramente ejercerá una influencia atemperadora sobre él.

Molesto por el modo en que su madre sigue rechazando sus objeciones, Zheng regresa a su viejo hábito de denigrar a Baoyu:

–Asumiendo que sea cierto lo que dices, me pregunto por qué los Xue iban a querer desperdiciar a una buena chica como Baochai entregándosela a un gandul como Baoyu.

Al instante, su madre salta, indignada.

–Típico de ti. ¡Siempre menospreciando a tu propio hijo! No niego que sea un enlace favorable para Baoyu, pero Baochai también debería considerarse afortunada por conseguir a alguien tan guapo y talentoso. Y en uno o dos años habrá aprobado los exámenes, quizá con las mejores calificaciones.

–¿No olvidas algo? Baoyu todavía no ha aprobado los exámenes, y ni siquiera se presentará este año.

–No lo he olvidado. Pero creo que si ordenamos desde ahora su futuro, se aplicará y aprobará el año que viene. Hablaré con la señora Xue del tema, ¿de acuerdo?

–¿Qué prisa hay? –exclama Zheng, todavía reacio a comprometerse con el enlace.

–¿Que qué prisa hay? –repite su madre indignada–. ¿Acaso esperas que una muchacha como

Baochai esté disponible para siempre? Ahora que ha casado a Pan, seguro que la señora Xue empezará a pensar en buscar un marido para su hija.

Zheng sacude la cabeza, airado. Le irrita la obstinación de su madre, pero se siente incapaz de hacerle frente. A fin de cuentas, no le preocupa demasiado con quién se case Baoyu siempre que la chica esté bien educada y provenga de una buena familia. Si a su hijo le gusta Daiyu, no ve motivo para impedir que se casen; pero ahora tiene claro que su madre jamás lo permitiría. Zheng conoce a Baochai y confía en ella. Quizá sea mejor aceptar ese matrimonio que enfrentarse a lo desconocido.

–De acuerdo –suspira–. Pero prométeme una cosa a cambio.

–¿El qué?

–No le digas nada de esto a Baoyu de momento.

–¿Por qué no?

Mira a su madre, sorprendido ante la poca consideración que muestra por los sentimientos de su nieto. Acaban de comentar que el joven está deprimido por la marcha de Daiyu. Seguramente se sentirá dolido cuando se entere de que van a prometerlo con otra persona. Para cuando Baoyu se case finalmente con Baochai habrán pasado muchos meses, y Zheng supone que ya habrá olvidado a Daiyu. Consciente de que si menciona de nuevo a la joven solo conseguirá enfadar a su madre, dice:

–Temo que le resulte más difícil concentrarse.

La Anciana Dama suelta una carcajada burlona, pero acepta.

La mañana del tercer día tras la boda de Pan, la señora Xue insiste en realizar una visita a los recién casados.

—¿Estás segura de que deberíamos ir tan pronto? —pregunta Baochai, subiendo al carruaje con su madre—. Quizá deberíamos dejarles algo más de tiempo para ellos solos.

Durante la boda, bajo la capa de cordialidad de Jingui, Baochai sintió cierta hostilidad hacia ella y su madre.

—¿Tiempo para ellos solos? —La señora Xue la mira sorprendida. Por lo general, la familia política apenas deja respirar a la novia desde el momento de su boda—. No quiero que Jingui se ofenda porque no la recibimos como es debido. Además, tenemos que llevarles estas fundas para los cojines.

Cuando el carruaje se detiene en la dirección que les dio Pan, Baochai ve que el lugar tiene el aspecto de ser una mansión de buen tamaño, aunque en ningún modo tan grande como Rongguo. Mira por la ventana, observando las inscripciones en las columnas y las puertas recién pintadas.

—Parece bien conservada —comenta su madre—. Y también está bien situada, aunque este lugar es algo más ruidoso que Rongguo.

Baochai oye la voz del cochero discutiendo fuera.

—¿Qué es eso de que tienes que consultar a tu ama antes de dejarnos pasar? ¿Es que no ves que es la madre de tu amo la que viene de visita?

—Nuestras órdenes son no admitir a nadie sin el permiso de la señorita Xia —escucha que responde el portero. Es extraño que todavía llame a su ama «señorita Xia» en vez de «señora Xue».

—Qué sirvientes más maleducados —dice la señora Xue—. Tendremos que hablar con Pan acerca de ellos.

—Pero son los sirvientes de los Xia. Resultará embarazoso que los critiquemos.

—Claro, tienes razón.

Para sorpresa de Baochai, el carruaje se ve obligado a esperar en la puerta durante diez minutos. A pesar de sus chaquetas forradas en piel y sus manguitos, pronto sienten frío. Baochai advierte que su madre está intentando controlar su disgusto.

Cuando finalmente las dejan pasar, una doncella las conduce al portón interior. Baochai repara en que los patios y los edificios son grandes y elegantes. Por fin llegan a lo que parecen ser los aposentos principales de los cuartos interiores. La doncella las precede por el patio y las anuncia desde fuera de la cortina que hace de puerta, pero deja que entren solas.

Pasan a una estancia grande que a pesar de la opulencia de su mobiliario da una impresión de desorden: hay piezas de té y prendas tiradas por el *kang*. Pan y Jingui están todavía sin vestir: Pan con una túnica y pantalones anchos, Jingui con una ajustada blusa escotada que deja ver una gran porción de sus blancos pechos. Bajo sus pantalones sueltos color granate, sus pies están descalzos. Se apoya en un almohadón mientras come con los dedos. Hay una cazuela de vino calentándose en un hornillo.

Pan se baja con torpeza del *kang* para saludarlas:

—¡Madre! ¡Baochai! Estábamos pensando en ir a visitaros esta misma mañana, pero Jingui se

encuentra un poco cansada.

Baochai percibe el aliento a vino de su hermano. Jingui no se levanta y sigue masticando el bocado que acaba de meterse en la boca. Sus dedos largos y finos están pringados de grasa, y se los limpia en una servilleta antes de dar un sorbo de vino. Está comiendo lo que parecen ser huesos de pollo fritos.

Baochai nota que su madre está desconcertada por el hecho de que Jingui no la haya saludado como es debido, pero la señora Xue se limita a comentar:

–No me extraña que estés cansada después de un viaje tan largo. Solo hemos venido a ver si necesitabais algo. Además, acabamos de terminar estas fundas para los cojines esta misma mañana.

–La verdad –dice Jingui–, la colcha que nos disteis no era muy cómoda.

Baochai siente que su cuñada la mira con disimulo. Jingui debe de saber que fue ella quien hizo la colcha. Empezó a coserla casi en cuanto se concertó el matrimonio, quedándose hasta tarde todas las noches para terminar los elaborados bordados.

Baochai hace un esfuerzo por sonreír.

–Siento que no te guste.

–El bordado pica, y el forro está mal cosido –dice Jingui.

Aunque Baochai intenta mantener un gesto inexpresivo, siente que se está sonrojando. Siempre ha recibido halagos por ser una costurera excepcional. Espera que su madre, o incluso Pan, salgan en su defensa, pero ambos permanecen en silencio. Pan parece incómodo, mientras que la señora Xue luce una sonrisa forzada.

–Lo siento –repite la joven–. Puedo haceros otra.

Jingui alza los hombros.

–No te molestes. Haré que me traigan una de casa.

–Bien. –La señora Xue intenta cambiar de tema–. También estábamos preguntándonos cuándo sería conveniente mudarnos. ¿Habéis pensado en qué habitaciones vamos a instalarnos?

–¿Mudaros? –Jingui deja de comer–. ¿Qué quieres decir?

Baochai se pone tensa, siente que se avecina un peligro. Confusa, su madre dice:

–Estábamos esperando a que estuvierais instalados para elegir una fecha.

Jingui se baja apresuradamente del *kang*, plantándose a unos pasos de su suegra y fijando sus ojos en un punto por encima de la cabeza de la señora Xue.

–¡Qué raro! –dice, como dirigiéndose a una persona invisible que estuviera allí–. ¡Haciendo planes sobre mi casa sin consultarme! Supongo que lo siguiente será empeñar mis joyas.

La señora Xue la mira fijamente; dos marcas rojas arden en sus mejillas.

–No es necesario hablarme así.

–Es culpa mía –interviene Pan. Su rostro está colorado, bien a causa del vino o bien por la vergüenza. Se dirige a su esposa, sin mirar a su madre–: No debería haberle dicho nada a mi madre – se disculpa, bajando la cabeza sumiso. Se vuelve hacia la señora Xue–. ¿No crees que será mejor que os quedéis de momento con los Jia? Así podrás hacer compañía a la dama Jia, y Baochai tiene a las Dos Primaveras para estar entretenida.

–Pero ¿qué disparate es este? –grita la señora Xue, incapaz de controlarse–. Aunque no le hayas dicho nada, tenemos derecho a vivir contigo. –Se vuelve hacia Jingui–. Tú te casas con *nuestra* familia. Y si piensas que tienes derecho a pisotearnos solo porque la casa sea tuya, permíteme que te recuerde que nosotros también somos capaces de comprar una casa en la Capital para que viváis en

ella.

–Si podéis, ¿por qué no lo hacéis? –pregunta Jingui con desdén–. En lugar de hacer que mi familia corra con los gastos. Le pregunté a Pan si tenía dinero para comprar una casa nueva, y me dijo que siempre os confiaba casi todos los beneficios del negocio familiar a vosotras.

A Baochai le horroriza que los recién casados estén discutiendo de dinero apenas unos días después de la boda. Sabe que estas peleas no tienen fin.

–Es cierto que Pan siempre ha sido generoso con nosotras – dice la señora Xue, con la voz temblorosa a causa de la ira. Se gira hacia Pan y añade–: Sí, usé gran parte de ese dinero para pagar las facturas del médico de Zhang Hua, para que su familia no te denunciara por asesinato.

A Baochai le sorprende que su madre mencione el caso de Zhang en presencia de Jingui, pero la señora Xue parece fuera de sí.

–También tuve que sobornar al médico que lo examinó y a uno de los secretarios del tribunal. Antes de eso, me vi obligada a pagar más de veinte mil taeles para saldar tus deudas de juego, no una vez, ¡sino dos! Y mucho antes, en Nanjing, también tuve que sobornar al marido de aquella mujer a la que acosaste en el templo, y comprar al juez del distrito. Y luego, de lo que quedó, gasté casi la mitad para pagar el precio de novia de Jingui. La otra mitad es para la dote de Baochai. ¿O tal vez Jingui también quiere quedarse con eso?

Pan parece tan miserable que Baochai siente lástima de él.

–Oh, no. Jingui no quiere tocar ese dinero –dice Pan.

Pero la señora Xue se está poniendo histérica.

–Baochai, ¿por qué no vamos a casa y traemos nuestros joyeros para Jingui?

–Madre, no seas así –le ruega Pan.

La señora Xue se vuelve hacia su hijo, con el rostro blanco de ira.

–Creo que es mejor que nos marchemos, Pan. No creo que vayamos a ganar mucho con esta conversación. –Durante todos los años de problemas con Pan, es la primera vez que Baochai ve a su madre perder los estribos de esa manera. La señora Xue empieza a sollozar–. Yo te he parido y te he criado durante veinte años, y ahora que por fin te has asentado y yo me hago mayor, ¿no se me permite vivir contigo?

–Mamá, no es bueno para tu salud enfadarte así –dice Baochai, intentando acariciar la mano de su madre.

–No llores, madre –murmura Pan–. ¿Por qué no hablamos de esto en otra ocasión?

–No hay nada que hablar –dice Jingui–. El día en que se instalen aquí, yo me voy.

Baochai conduce a su madre fuera de la habitación.

–No sirve de nada –dice–. Vámonos a casa. –Mientras cruzan el patio, le susurra–: Contrólate, madre. No queremos que los sirvientes chismorreen.

En cuanto están a solas en el carruaje, la señora Xue vuelve a echarse a llorar.

–No llores, madre. Pan no sabe qué hacer. Es todo muy nuevo para él. Y está en una posición terrible.

–Lo sé. Solo me duele que ahora sea tan fiel a una mujer a la que solo conoce desde hace unos meses. A mí jamás me hizo el más mínimo caso. –Se pone a sollozar con más fuerza–. Después de tantos años de preocupaciones, de regañarle y de suplicarle..., nunca se me pasó por la cabeza que un día pertenecería a otra persona.

Las palabras de su madre provocan un frío inesperado en el pecho de Baochai. ¿También ella

«pertenece a otra persona» cuando se case? Sacude la cabeza para alejar esa desagradable idea.

—Llevan muy poco tiempo casados. Quizá las cosas cambien en uno o dos meses. Tal vez Pan aprenda a hacerle frente.

Su madre menea la cabeza.

—No lo creo. Lo que sucede en los primeros meses de un matrimonio por lo general establece las pautas para el futuro. — Vuelve a sacudir la cabeza, secándose los ojos—. ¡Qué terrible error! Pensaba que este matrimonio sería próspero para él.

—¿Cómo íbamos a saberlo?

—Debería haberlo sospechado. Siempre me pareció demasiado bueno para ser cierto.

La señora Xue se reclina en su asiento por un momento, cerrando los ojos. Cuando los abre, parte de su astucia, que parecía haber permanecido suspendida durante los últimos meses, regresa:

—Si Jingui era tan buen partido, ¿por qué ninguna familia de Nanjing se la quedó? Ya tiene más de veintidós años. Y los Xia aceptaron muy rápido nuestra oferta. Quizá todos en Nanjing sabían cómo era Jingui. ¿Por qué no me informé un poco sobre ella? ¿Por qué no escribí a nuestros parientes en el sur? Creo que podríamos haber descubierto la verdad. Pero estaba tan ilusionada por que las cosas salieran bien que no quise ver todos los síntomas.

Baochai sabe que lo que dice su madre es cierto, pero replica:

—¡No seas tan dura contigo misma! Es fácil ver las cosas con claridad cuando ya han ocurrido.

—¿Y ahora qué? ¿Vamos a perder a Pan?

Durante muchos años, Baochai ha considerado a Pan una carga insoportable. ¿Por qué, entonces, se siente ahora tan triste?



—¡Padre! ¿Qué sucede? ¿Estás bien? —Daiyu percibe la nota de pánico en su propia voz.

Los dos acaban de salir a dar un paseo. Su padre ha ido mejorando constantemente desde Año Nuevo, e incluso han hablado de su regreso al trabajo a comienzos del segundo mes. Pero ahora, al cruzar el umbral de la casa, de repente se lleva la mano al costado derecho y cae al suelo. Daiyu lo rodea con sus brazos, empleando toda su fuerza para evitar que se haga daño al desplomarse.

—¿Qué te pasa?

Su padre no contesta, pero puede ver en la mirada fija en sus ojos que le duele.

—¿Puedes llegar a la cama?

Su padre asiente y, apoyándose en el brazo izquierdo, consigue levantarse del suelo. Juntando sus fuerzas, logran llegar tambaleándose hasta la cama, donde vuelve a derrumbarse. Cuando Daiyu le echa una manta encima, su padre dice:

—Me duele el lado derecho.

—Voy a buscar a un médico.

—No hace falta. Ya se me pasará.

Daiyu duda, mirando su rostro. Nunca lo ha visto tan pálido, un poco torcido por el dolor y con un brillo enfermizo. Temerosa de dejarlo solo, se acerca a la puerta y llama a gritos al hijo de los vecinos para que vaya a buscar al doctor.

–¿Quieres algo de beber?

–No, solo siéntate a mi lado.

Se sienta y toma la mano de su padre, que está fría y sudorosa.

–¿Te duele mucho?

No contesta. Daiyu sigue sosteniendo su mano con cariño, esperando que se duerma.

Cuando por fin llega el médico, Daiyu observa mientras le toma el pulso, primero en la mano derecha y luego en la izquierda. La cara del doctor muestra un gesto de profunda concentración. Le pide que salga de la habitación para realizar una exploración física a su padre. Cuando el médico la llama, Daiyu regresa al cuarto. Su padre sigue tumbado en la cama con los ojos abiertos.

–No puedo entender qué ha pasado. La última vez que vi a tu padre parecía tener un exceso de fuego en el estómago, y el bazo le daba molestias. Sin embargo, ahora tanto el bazo como el estómago parecen funcionar bien.

–Sí, pensábamos que estaba mejorando...

–Pero ahora tiene acelerado el pulso distal izquierdo bajo, mientras que el pulso medial izquierdo bajo está fuerte y sano. –El médico habla rápido, como si estuviera pensando en voz alta–. En el lado derecho, el pulso distal es débil y le falta fuerza, y el pulso medial es apenas perceptible y carece de vitalidad.

–¿Y eso qué quiere decir?

–Que el humor del hígado se ha bloqueado, provocando deficiencias en la sangre. Por si esto fuera poco, creo que el humor predominante en el corazón está haciendo que este órgano genere demasiado fuego.

–Pero la última vez nos dijo que había mucho fuego en el estómago.

–Sí, pero ahora veo una gran deficiencia de humor en los pulmones. Mira, pienso que el fuego del estómago estaba creando el problema del bazo. Ahora parece que la tierra del bazo se está viendo sometida por el elemento madera del hígado.

Daiyu menea la cabeza, frustrada y confusa.

–¿Eso significa que se equivocó la vez pasada?

El médico guarda silencio durante un momento.

–No estoy seguro del todo. En mi visita anterior todo parecía indicar un problema en el estómago, pero esta vez siento que las pruebas apuntan a un contratiempo en el hígado.

–¡El hígado! Pero eso es más serio, ¿no?

El médico no contesta.

–¿Y qué pasa con el tratamiento? –pregunta Daiyu–. He estado dándole las medicinas que nos recetó la última vez. ¿Debería tomar algo más?

–Creo que debo prescribirle un tratamiento nuevo –responde el médico, dubitativo–. Tiene que ser algo que fortalezca el bazo y calme el hígado, quizá conioselinum y raíz de peonía blanca. No estoy seguro del todo. Mira, voy a reflexionar sobre ello y esta tarde te mando a alguien con la prescripción.

–Sí, está bien –contesta Daiyu, pero le inquieta que el doctor esté tan indeciso como para necesitar más tiempo para elaborar un tratamiento.

El médico vuelve a dudar.

–Y parece que tiene dolor. Deja que te dé algo para eso. Puedes preparárselo ahora mismo. –Escribe una receta–. Esto hará que se sienta mejor.

–Ahora mismo voy al boticario.

Después de marcharse el médico, Daiyu se acerca a ver a su padre. Para su alivio, está dormido. Mira su rostro, que parece haber cambiado incluso durante la última hora. Hay arrugas marcadas alrededor de los ojos y la boca, y su piel ha adquirido una palidez cetrina. Mira la receta que tiene en las manos. Cree que el médico es bueno. Fue el mismo que trató a su madre, y siempre ha confiado en él. Sin embargo, le gustaría que otro médico viese a su padre, quizá el famoso doctor Hu, el que les buscó Lian la primera vez que llegó a Suzhou. Tiene la sensación de que los honorarios del doctor Hu son elevados; Lian insistió en que él pagaría sus servicios. Hurga en el baúl de la ropa de invierno y encuentra la diadema de la dote de su madre. Le pide a la anciana Liu que se quede con su padre, antes de salir corriendo hacia la botica y la casa de empeños.



Tres semanas después de su boda, Pan se presenta en Rongguo. Cuando repara en el agotamiento que muestra el rostro de su hermano, Baochai se teme lo peor. Su madre está tan feliz y aliviada de ver a su hijo que no muestra ningún rencor por su último encuentro.

–¿Cómo estás? –dice la señora Xue. Le invita a sentarse en el *kang* y se afana en traerle un aperitivo.

–Bien.

–Mira. –La señora Xue destapa unos encurtidos de nabo rebozados—. Tus preferidos.

–Gracias. –Pan agarra los palillos, y luego los deja.

–¿Qué sucede? ¿No tienes hambre?

Pan no responde.

–¿Qué sucede? –repite la señora Xue.

–Jingui quiere que me vaya al sur otra vez –dice.

–¡Pero si acabas de volver! ¿Por qué?

–Hay que hacer algunas reparaciones en una propiedad de los Xia en las afueras de Hangzhou. Además, ella dice que en la Capital escasean los artículos de papelería y perfumería. Quiere que vaya al sur y compre todo lo que pueda para traerlo aquí. Dice que podemos obtener unos porcentajes de beneficio muy elevados.

–Si quiere hacerlo, seguro que puede enviar a alguno de sus empleados. Y a ellos les queda mucho más cerca enviar a alguien desde Nanjing –protesta airada la señora Xue—. Seguro que no hace falta que vayas tú, que acabas de hacer el viaje.

–Dice que no confía en los sirvientes para un encargo tan importante.

–Bonita forma de tratar a un marido. Apenas lleváis un mes casados y ya te está mandando fuera. ¿Por qué no te niegas?

Pan agacha la cabeza, sin contestar. Baochai lo mira y lee la vergüenza y la derrota en el rostro de su hermano. ¿Quién sabe qué batallas se habrán desatado entre los recién casados? Recuerda que Pan ha pegado a un hombre hasta matarlo, y cuánto le aterraba su brutalidad. Pero en aquella ocasión Pan se atrevió a atacar a un solo rival gracias a la presencia de tres o cuatro sirvientes. Quizá la verdad sea que su hermano no es un hombre fuerte ni valiente.

–¿Cuándo quiere que partas? –pregunta la señora Xue.

Pan guarda silencio de nuevo, consciente de que la respuesta enfurecerá aún más a su madre.

–Dentro de dos o tres semanas –responde en voz baja.

–¡Dos o tres semanas! Dile que no vas a ir.

–¿Cómo voy a decirle eso? –pregunta desconsolado.

–¡Invéntate una excusa! Dile que tenemos que consultar un almanaque para buscar una fecha propicia.

–No me escuchará.

–No pienso tolerar esto. Iré a hablar con ella yo misma.

–¡No, no! Se enfadará mucho... Es mejor que tú..., quiero decir, que nosotros no digamos nada... –

Pan se pierde en un embrollo de palabras.

Baochai no tiene claro si a su hermano le da miedo que Jingui se enfade con él por inmiscuir a su familia o si lo que le asusta es la forma como trataría Jingui a la señora Xue. Hubiera preferido permanecer en silencio, pero ahora se siente arrastrada inevitablemente a la crisis.

–No serviría de nada, madre –dice, posando la mano en el brazo de la señora Xue.

–¿Qué quieres decir? –Su madre se vuelve hacia ella, con los ojos desconcertados por la rabia y el dolor.

–Es mejor que no interfiramos. Solo empeoraríamos las cosas para Pan.

–¿Para Pan? ¿Y qué hay de nosotras?

Pero Baochai puede ver en los ojos de su madre que es consciente de que será Pan quien sufra si se ve atrapado entre ellas y Jingui. La señora Xue se echa a llorar, y Baochai la estrecha entre sus brazos. Entiende la peculiar amargura del dolor de su madre. Tras todos estos años sacrificándose por Pan, esperaba obtener algún día la recompensa de tener a un buen hijo que la cuidara durante su vejez. En su lugar, le está pidiendo que vuelva a sacrificarse, en esta ocasión para facilitar la relación de su hijo con Jingui.

A espaldas de su madre, mira a los ojos de Pan. Su cara muestra la expresión bobalicona y testaruda a la que recurre cuando está dolido o incómodo. Con un gesto de la barbilla le pide que se marche, y su hermano abandona la habitación. Baochai siente que está atrapada en una red compleja. Se encuentra atrapada entre su madre y Pan, quien a su vez está atrapado entre ellas dos y Jingui, que quizá esté a su vez atrapada entre los demás Xia y los Xue. Demasiadas personas, la mayoría de las cuales nunca se han visto, unidas por los filamentos invisibles y pegajosos que conforman el tejido social de la élite del Imperio. No puede mover un músculo sin sentir el tirón de esos hilos pegajosos.

Xifeng espera a su amante en el desván del gran almacén ubicado en un extremo de los cuartos de las mujeres, sentada en el sitio de siempre, entre los imponentes muebles abandonados, oculta detrás de un enorme armario y un viejo biombo cubierto de polvo. Ha traído una capa forrada en piel para extenderla sobre las duras tablas del suelo. Hace un día frío, así que se la echa por encima, frotando distraída la mejilla en el suave cuello de zorro. Solo hay una ventanita redonda en la pared más cercana del desván. Xifeng cruza las rodillas y contempla soñadora las motitas de polvo que flotan en la tenue luz del sol. Para ella, estos momentos son los más felices de la semana, mientras aguarda a Yucun, en equilibrio entre el pasado y el futuro: dejando que su mente retroceda y vague por el tiempo que ha pasado con él, a la vez que todo su cuerpo rebosa emoción ante la inminencia de volver a estar a su lado.

Escucha el ruido de una puerta abriéndose en la planta baja.

–¿Hola? –llama Yucun.

–Estoy arriba.

Oye sus pasos rápidos y ligeros cruzando la planta baja. Al momento, está en la escalera. Xifeng corre a recibirlo. Nada más subir, Yucun la envuelve entre sus brazos y la besa. Se detiene para recoger la escalera y cerrar la trampilla. Extiende la capa de piel y se tumba encima, alargando los brazos hacia ella. Xifeng se recuesta sobre su pecho, suspirando.

–¿Qué tal tu semana? –pregunta Yucun.

–Muy bien –le dice Xifeng–. Están hablando de prometer a Baoyu con Baochai.

–¿Eso a ti en qué te afectaría? –dice Yucun, y eleva unos centímetros la cabeza para mirarla a la cara.

–No creo que vayan a casarse hasta dentro de un tiempo – dice Xifeng, encogiéndose de hombros–. A mí me da lo mismo.

–Tal vez ella pueda ayudarte con parte del trabajo.

–Tal vez –repite Xifeng, mientras hunde la cabeza en el hueco bajo la barbilla de Yucun. Hasta hace unos pocos meses, ese enlace le habría preocupado. Le asustaba que Baochai diera pronto un hijo a Baoyu, minando aún más su estatus en el palacio, y temía que Baochai compitiera con ella por el control de la casa. Ahora, ya no le importa–. ¿Y tú? –pregunta, girando la cara para susurrar al cuello de Yucun.

–Corren rumores de que la salud del emperador está empeorando. No sé cuánto aguantará.

–¿Crees que su alteza nombrará finalmente al príncipe Yinti como su sucesor?

–No lo sé. Todavía no ha mencionado ese tema.

Xifeng asiente, consciente de que Yucun está muy interesado en la sucesión, ya que espera que el ascenso de un príncipe menos favorecido le ayude a progresar en su carrera. Encerrada en los cuartos interiores, ella tiene pocas nociones de la situación política, más allá de lo que le cuenta Yucun. Tío Zheng casi nunca menciona los asuntos oficiales. Lian, con su pandilla de vividores, ni se preocupa ni sabe demasiado de política. Ella misma siente un interés relativo por las rivalidades e intrigas existentes entre los numerosos príncipes, eunucos y altos cargos. Yucun, al contrario de otros funcionarios, se ha granjeado la amistad de los eunucos para mantenerse al corriente de los asuntos

de Palacio. Lejos de menospreciarlo por esto, Xifeng lo respeta por su ambición y pragmatismo.

–Te he echado de menos –dice Yucun, atrayéndola hacia él.

Si pudieran se quedarían horas charlando, pero siempre son conscientes de que el tiempo se esfuma, de que ella debe regresar antes de que alguien la eche en falta. Empiezan a besarse, esta vez con más pasión. Se besan durante largo rato, ella encima de él. Luego, lentamente, tras entrar en calor, comienzan a desvestirse.

Xifeng contempla bajo la luz suave y tenue sus cuerpos entrelazando sus extremidades entre tirones y forcejeos. Alza la cabeza para besarlo, y luego la deja caer y se mira la pierna, enroscada en el tronco de su amante, y el brazo, que cubre su hombro, como si pertenecieran a otra persona. Yucun recorre su muslo con la mano, y la pasa por su trasero. Unas veces la toca con dulzura, otras, con más brusquedad; pero siempre está atento a ella, captando sus respuestas de placer o de malestar, presto a adaptarse a sus apetitos. Es justo lo contrario de cuando está con Lian. Xifeng se siente relajada y su mente se llena de las fantasías más extrañas. Mientras observa sus cuerpos, suaves y grises bajo la luz débil, piensa en criaturas acuáticas, siluros gigantes de nariz chata peleando y surgiendo de las profundidades enlodadas de un río.

Cuando terminan, se tumban y charlan, encajando las piezas del puzzle de sus vidas. Xifeng ya le ha descrito con todo detalle las dos mansiones en las que pasó su infancia en Chang'an. Una era de su padre, la otra de su tío, y todos los niños de la familia crecieron correteando entre las dos casas. De los veinte primos de su generación, ella era la líder, la típica marimacho. Ping'er era su compinche y no se separaba de ella. Juntas, las dos podían enfrentarse a cualquiera de sus primos, pequeños o mayores, chicos o chicas, en cualquier deporte o juego. A veces disfruta hablando de su infancia junto a Ping'er. Pero, con frecuencia, la pena debida a su distanciamiento actual hace que se interrumpa.

–Todo cambió cuando me casé –dice, suspirando y meneando la cabeza.

Por su parte, Yucun narra su amarga infancia: cómo su madre a duras penas reunía lo justo para vivir dedicándose a coser para otras personas y cómo logró enviarlo a la escuela del pueblo. Le cuenta que estaba lleno de envidia hacia los otros niños porque comían carne y verduras en el almuerzo, mientras que él solo tenía arroz blanco sin siquiera una pizca de sal para hacerlo más sabroso. Le explica que, después de tres años en la escuela, sabía ya más incluso que el maestro y estaba listo para estudiar por sí mismo. Se quedaba hasta tarde con una vela solitaria en su mesa, para ahorrar dinero y para no despertar a su madre, que roncaba a unos pasos de él. Aprendió a sumirse tan profundamente en los clásicos que, al terminar el día, se daba cuenta de que se había olvidado de comer y beber, e incluso de ir al baño. Esta capacidad para desaparecer en los textos le ayudó a superar la muerte de su madre cuando él tenía doce años. Pero su trabajo duro y sus sufrimientos tuvieron su recompensa, y ahí estaba ahora, en su puesto de subsecretario del presidente de la Junta de Guerra.

Cada vez que Yucun describe su infancia, Xifeng no puede evitar pensar en el resentimiento que debe de sentir su amante hacia los Jia, a causa de su lujo arrogante y consentido. Teme que también esté resentido con ella, pero él siempre dice que la considera tan víctima de la riqueza y poder de los Jia como cualquier sirviente. A pesar de su vida de lujos, Xifeng está de acuerdo. Ni siquiera Yucun es capaz de comprender hasta qué punto la han pervertido los favoritismos, cotilleos y ruines rivalidades del palacio.

Como siempre, una mirada al reloj que le regaló la Anciana Dama le dice que ya lleva demasiado

tiempo allí. Se sienta y comienza a ponerse la ropa interior.

–Tengo que irme.

Yucun alarga la mano para acariciar su brazo desnudo.

–Solo un poquito más.

–No, debo irme, de verdad. La dama Jia va a asistir esta noche a la fiesta de cumpleaños de la marquesa de Nan'an, y necesita que le busque algo para llevar de regalo.

Con un gruñido de protesta, él también se sienta y comienza a vestirse. A la luz que entra por la ventana, Xifeng se fija en que los codos y puños de sus prendas están deshilachados. Su ropa interior se encuentra tan desgastada por los múltiples lavados que la tela es tan fina como una gasa vieja. Una repentina ternura se apodera de ella, y tiene que contenerse para no estrecharlo de nuevo entre sus brazos y besarlo.

–Tus prendas están un poco viejas. Déjame que te compre un juego nuevo.

–¿Estas? No están tan mal –dice, ajustándose el fajín.

Xifeng siente la necesidad de verlo elegante y guapo, como Baoyu o Lian. Sonríe para sus adentros, y decide que lo sorprenderá con ropas nuevas.

–¿De qué te ríes? –dice Yucun.

–Oh, de nada.

–Sí, de algo. ¿Qué es?

–Pienso en cuándo volveré a verte.

–¿Y cuándo será?

–No podrá ser hasta dentro de unos días. Es muy peligroso. No quiero que nadie me eche en falta.

–Pasado mañana, entonces –dice él, rodeándola entre sus brazos.

Xifeng ríe, y lo besa. Sabe que están corriendo unos riesgos temerarios, pero la alegría que la inunda no deja lugar para la precaución.



Baochai sale a hurtadillas del dormitorio de su madre, con cuidado de no hacer ningún ruido. Preocupada por la partida de Pan hacia el sur en solo diez días, la señora Xue no pudo dormir la pasada noche hasta la tercera vigilia. Después de comer, Baochai la convenció para que se echara una siesta. Su madre estaba tan tensa e inquieta que tuvo que masajearle las piernas durante casi una hora antes de que sus párpados finalmente comenzaran a pestañear y cerrarse. Ahora Baochai se siente entumecida y agotada. Recuerda que últimamente ha descuidado sus obligaciones sociales porque se encontraba demasiado ocupada atendiendo a su madre. Sacudiendo la cabeza para despejarse, decide saltarse su siesta e ir a ver a la dama Jia, que probablemente ya se habrá despertado de su cabezada.

Encuentra a la Anciana Dama sentada en su almohadón en el salón mientras Ganso Blanco le masajea las piernas. Parece estar un poco irritable, y apenas responde al saludo de Baochai.

–¿Qué tal la siesta, abuela? –pregunta.

En lugar de contestar, la Anciana Dama despidió a Ganso Blanco con un gesto de la mano y dice:

–A ver, ¿dónde se ha metido Xifeng?

–Probablemente estará todavía echando la siesta –dice Ganso Blanco.

–Le pedí que buscara esa mano de Buda de alabastro que me regalaron los Shi el año pasado. Esta noche voy a la fiesta de cumpleaños de la marquesa de Nan'an, y pensaba llevársela de regalo.

–No va a salir hasta después de la cena. Todavía queda mucho tiempo para que se la traiga –dice Ganso Blanco con tono tranquilizador.

–Xifeng no debería haberlo olvidado –protesta la dama Jia–. Ve a decirle que la traiga ahora mismo.

–Probablemente esté todavía descansando.

–Pues despiértala.

–La señora Lian también necesita reposar. –Ganso Blanco intenta razonar con la Anciana Dama–. Lleva unas semanas quejándose de migrañas.

Baochai también se ha fijado en que últimamente Xifeng no parece la misma. Está distraída y ausente, y en más de una ocasión ha oído a la Anciana Dama regañarle por algún error trivial en la rutina del hogar.

–Solo está fingiendo, para librarse de trabajar –dice la dama Jia–. ¿Dónde se mete, además? Cada vez que la necesito, no la encuentro.

–Son esas migrañas. Deberíamos llamar a un médico –dice Ganso Blanco.

–¡Solo está fingiendo, te lo digo!

Aunque Baochai es consciente del respeto que le debe a la dama Jia, a veces le sorprenden la arbitrariedad y las ansias que muestra la anciana por encontrar defectos incluso en aquellos a los que asegura favorecer.

–¿Quiere que vaya yo a buscar la mano de Buda? –se ofrece Baochai, intentando evitar que a la Anciana Dama le entre un ataque de rabia.

La mujer la mira.

–No sabes dónde está.

–Está en el almacén, ¿no es así? ¿Por qué no iba a encontrarla?

–El almacén es enorme. No la encontrarás si no sabes de antemano dónde está.

–Bueno, si no consigo encontrarla, entonces se lo pediremos a Xifeng –dice Baochai, sonriendo.

–No tenemos las llaves. Habrá que despertar a Xifeng de todos modos –dice la Anciana Dama, a todas luces empeñada en molestarla.

–No –dice Ganso Blanco, y saca una llave del gran manajo que lleva a la cintura–. Yo tengo una copia. Mejor que lleves una lámpara –añade, encendiendo una para Baochai–. Aquello está bastante oscuro.

Cuando la joven llega al almacén, le sorprende encontrar la puerta abierta. Permanece un momento quieta, contemplando la cerradura. Mientras empuja la puerta con delicadeza, oye un ligero correteo en alguna parte del edificio. Se pregunta si habrá alguien dentro, o si no serán más que ratones o ratas. No es propio de Xifeng olvidar cerrar el almacén, quizá es cierto que cada día está más distraída. Deja la puerta abierta de par en par y avanza unos pasos, preguntándose si debería llamar en voz alta. Tantea en la oscuridad, pero no consigue ver ningún rastro de luz y concluye que el sitio debe de estar vacío.

Pero algo en la oscuridad y el silencio del lugar la asusta, y duda antes de entrar. Supone que la mano del Buda está al fondo del almacén, donde sabe que hay muchas baldas con piezas de arte. Arrepintiéndose de haberse ofrecido para ir allí, zigzaguea entre los enormes armarios y cabeceros

de cama, en una oscuridad creciente ahora que se aleja del chorro de luz de la puerta. A cada paso le parece que se le enganchan telas de araña en la cara, y sacude la mano en el aire para apartarlas. Mirando a su alrededor, mientras sostiene en alto la lámpara, siente que hay voces susurrantes en la negrura. Nunca ha sido supersticiosa, pero casi parece que el lugar estuviera encantado.

Llega a las estanterías del fondo y acerca apresurada la lámpara a las filas de jarrones, bandejas de té y biombos de mesa. Avista la mano de Buda en la segunda balda. Cuando va a agarrarla, oye un gemido de mujer, y se da cuenta de que al final no eran imaginaciones suyas. Hay alguien en el desván del almacén. Repara en que falta la escalerilla que conduce al altillo. Entonces oye una voz masculina, y comprende que una pareja está usando el lugar para verse a escondidas.

Aferra la mano de Buda y, con cuidado de no chocar con nada, comienza a caminar apresuradamente hacia la salida. Su primer pensamiento es que alguna doncella ha colado a su amante y se encuentra con él en el desván. Pero eso no puede ser; una sirvienta no se atrevería a meter allí a un hombre. Entonces se le pasa por la cabeza que podría ser Xifeng.

Se le corta la respiración ante tal riesgo, tal peligro. Está demasiado asustada como para pensar en quién puede ser la persona que podría estar con Xifeng. Recorre a trompicones los últimos pasos y sale precipitada a la luz del sol.

–Baochai, cariño, ¿puedo hablar contigo de una cosa?

La joven da un respingo. Se encuentra sentada en el salón de su madre, con su bordado en el regazo. Al bajar la vista se da cuenta de que lleva media hora sin dar una sola puntada. Está demasiado preocupada por lo que escuchó en el almacén hace dos días. No para de dar vueltas y vueltas a lo sucedido, hasta el punto de que parece haber abierto un surco en su cabeza. ¿Será verdad que Xifeng es tan imprudente? Quiere ir a verla, para intentar confirmar de algún modo sus sospechas. Pero ¿de qué serviría, más que para poner a Xifeng en guardia y provocar que la trate como a una enemiga? Baochai no se imagina a qué hombre puede estar colando Xifeng en los cuartos interiores, ni qué sucedería si la descubriesen. ¿Un divorcio? ¿Un proceso judicial? La devolverían con su familia, y ni los Jia ni los Wang podrían volver a caminar con la cabeza erguida a causa de la vergüenza. Baochai es consciente de que Xifeng está en sus manos, aunque en realidad ella no desea tener ese poder, y Xifeng le da todavía más miedo ahora que sabe de lo que es capaz.

–Sí, madre, ¿de qué se trata? –contesta, intentando sacudirse de encima sus preocupaciones.

–Hay algo que tengo que comentarte.

Baochai advierte en el rostro de su madre que el asunto es importante.

–¿Qué es? ¿Ha pasado algo con Pan?

–No, no tiene que ver con Pan. Tiene que ver contigo.

–¿Conmigo? –Baochai alza las cejas, sonriendo.

Su madre duda antes de hablar, con una expresión que bascula entre la emoción y la inquietud.

–La dama Jia me comentó ayer la posibilidad de casarte con Baoyu.

Baochai permanece totalmente quieta por un momento; después baja la vista y mira, sin verlo, el bordado en su regazo. No sabe si debería sentirse adulada o sorprendida. No le sorprende tanto, al fin y al cabo. Sabe de las bromas que su madre y su tía hacían sobre ese matrimonio. Su corazón da un extraño brinco de gozo, pero no es nada comparado con la euforia que hubiera sentido en otros tiempos. Recuerda aquel día del verano pasado, cuando Baoyu la rodeó entre sus brazos y estuvo a punto de besarla. ¿Qué ha cambiado desde entonces? ¿Fue por lo de la noche de la partida de Daiyu, cuando sorprendió a Baoyu en el dormitorio de su prima? Pero Baochai recuerda que ahora ella ya no está, y lo más probable es que no la vuelva a ver nunca más.

–¿Qué sucede, Baochai? ¿No te agrada este enlace? –pregunta su madre, confundiendo su largo silencio con cierta reticencia.

Baochai mira a su madre, atónita por su pregunta.

–Yo no tengo opinión, madre. Eres tú la que debe concertar mi matrimonio.

Su madre sonrío.

–No hace falta que me demuestres que eres una hija obediente, Baochai. Estoy convencida de que no puede existir mejor hija que tú. Te estoy pidiendo tu opinión, porque quiero que seas feliz.

–La verdad es que no sé, madre.

Una parte de ella desea que su madre simplemente le diga lo que tiene que hacer. Le resulta muy difícil expresar sus sentimientos en un tema así, incluso con su madre. Lo cierto es que no sabe lo que quiere. Su atracción por Baoyu sigue ahí, enterrada pero todavía viva. Sin embargo, ya no le parece

el héroe reluciente y sofisticado de antes. Todavía no ha aprobado los exámenes, para empezar.

—A decir verdad —dice su madre, lentamente—, yo misma tampoco estoy convencida. Por una parte, Baoyu es agradable, incluso cariñoso. Jamás pisotearía tus sentimientos o sería cruel contigo, como hace Lian con Xifeng.

A Baochai, la simpatía que siente su madre por Xifeng le resulta inapropiada, y se pregunta qué pensaría si supiera la verdad sobre ella.

—Recuerdo que una vez, cuando era niño, lo encontré llorando —continúa la señora Xue—. Le pregunté qué pasaba, y me dijo que lloraba porque una de las doncellas le había contado que se había quedado huérfana a los cuatro años. Siempre fue más sensible que la mayoría de los chicos. Por otra parte —añade, con una sonrisa irónica—, es tan blando que no tiene disciplina. Por ese motivo todavía no ha aprobado los exámenes. Aunque es bastante brillante, no cabe duda. Pero tiene una vena tan retorcida... —La señora Xue sacude la cabeza—. Si quieres que haga una cosa, seguro que hace justo lo contrario.

—Solo es un poco mimado y rebelde, porque tío Zheng es muy estricto con él.

La señora Xue menea la cabeza.

—Es más que eso. De todas formas, si todo el mundo conociera los defectos de los demás, nadie se casaría. —Da una palmadita en la mano de Baochai—. Ahora, quiero que sepas que debes sentirte libre para rechazar este compromiso. A fin de cuentas, estoy segura de que no será la única propuesta que nos llegue por tu mano...

Avergonzada, Baochai intenta retirar su mano, pero su madre la retiene.

—Baochai, eres una chica inteligente. Hay otras cosas que querrás tener en cuenta antes de tomar tu decisión.

A Baochai le sorprende el tono serio de su madre, y la mira nerviosa a la cara.

—En primer lugar, sabes tan bien como yo que Jingui nos va a dar problemas con el dinero. En esas circunstancias, para ti será una ventaja comprometerte cuanto antes y así dejar pagada tu dote para que Jingui no pueda ponerle las manos encima. Si concertamos este matrimonio con la familia Jia, podemos arreglarlo enseguida, y Pan podría pagar tu dote antes de marcharse. Eso me tranquilizaría un poco. En segundo lugar —continúa la señora Xue—, a los Jia por lo menos los conocemos. Tras esta experiencia con Jingui, he empezado a pensar que casarte con una familia a la que no conocemos bien es un riesgo demasiado grande.

Cuando menciona a Jingui, el intento de su madre por hablar con un tono racional y sereno comienza a desmoronarse.

—En tercer lugar —Baochai repara en las lágrimas que brillan en los ojos de su madre, pero la señora Xue se los frota—, ahora que no puedo vivir con Pan, si te casas con Baoyu podré seguir viviendo aquí contigo. Si te desposaras con otra persona, podría darse el caso de que no quisieran dejarme vivir contigo.

Es la primera vez que a Baochai se le pasa por la cabeza que no es necesario abandonar a su madre cuando se case. Siempre ha asumido que, de acuerdo con las costumbres, su madre viviría con Pan, mientras que ella se vería forzada a irse con sus nuevos suegros. Siempre le ha dado miedo la idea de separarse de su madre. Pero dado que Jingui es tan insufrible, ¿no sería mejor que ella y su madre se quedaran juntas en casa de la familia Jia?

Su madre recoge su bordado y retoma la labor, sin mirarla. Baochai sabe que no quiere manipularla con sus lágrimas. Se pone a coser también, consolándose en la reconfortante tarea de

conducir su aguja por la seda. Como siempre, cuando piensa en Baoyu, lo compara con Pan y con otros jóvenes que conoce, como los primos Xue de Nanjing. Su madre tiene razón. Por muchas puñaladas que tía Zhao y Huan le asesten, Baoyu jamás intenta protegerse, y mucho menos vengarse. No se lo imagina actuando con brutalidad o maldad contra nadie.

–Estoy de acuerdo contigo, madre –dice, sin apartar los ojos de su labor–. Creo que es un buen matrimonio.

Siente los ojos de su madre posados en ella, pero no se atreve a mirarla.

–¿Estás segura, Baochai? No quiero presionarte.

La joven asiente y la invaden unas extrañas ganas de llorar. En lugar de hacerlo, dice:

–Solo hay otro problema.

–¿Cuál?

–Si me van a prometer con Baoyu, ¿cómo voy a seguir viviendo en el Jardín con él y viéndolo todos los días?

Su madre lo confirma con un gesto.

–Sería muy inapropiado que lo vieras una vez que estéis prometidos. –Piensa por un momento–. Lo sé. ¿Por qué no te instalas aquí conmigo? En cierto sentido, esta casa está separada del resto de los cuartos interiores, y podemos encargarnos que nos traigan aquí la comida, para que no tengas que verlo. La Anciana Dama y Xifeng comprenderán nuestros motivos sin tener que decírselo de forma expresa.

–De acuerdo –dice Baochai. No le importa mudarse con su madre, puesto que su propia casa resulta muy solitaria ahora que Daiyu se ha ido. Duda un momento, antes de añadir–: ¿Y qué pasa con Baoyu?

–¿A qué te refieres?

Baochai baja la vista a su labor antes de preguntar, con cierta dificultad:

–¿Está al tanto de lo del matrimonio? ¿Qué dice?

–En realidad, no creo que tengan intención de contárselo todavía –responde su madre–. Creo que temen distraerlo de sus estudios si se lo cuentan.

La señora Xue intenta hacer parecer que todo este secretismo es algo completamente natural, pero no lo consigue del todo.

Baochai también percibe que toda la transacción es extraña, pero no sabe qué hacer. Dejando a un lado su inquietud, se dice que prefiere que Baoyu no lo sepa.

TERCERA PARTE



Cuarto mes, 1722

Cuando sufres, yo también me entristezco.
Cuando ríes, yo también me alegro.
¿No ves los árboles unidos por las ramas?
Pese a tener distintas raíces, sus brazos se entrelazan.

Canción de Ziyè

Por segunda vez, Daiyu atraviesa en palanquín los leones de piedra del enorme portón triple del palacio Rongguo. En esta ocasión, apoyada en silencio contra una esquina del habitáculo, con los ojos cerrados, agotada por el funeral de su padre y el viaje en barca rumbo al norte. El trayecto, ya de por sí largo, resultó más fatigoso debido al ritmo que llevaban. Ansioso por llegar a la Capital antes de que Ping'er diera a luz, Lian insistió en ponerse en marcha cada día al salir el sol y en viajar hasta que oscureciese, con el resultado de que un viaje que normalmente se completaría en un mes se realizó en poco más de tres semanas.

El palanquín se posa ante el portón interior. Mientras caminan hacia la casa de la dama Jia, Daiyu contempla la montaña artificial que domina el Jardín. Su contorno achaparrado de color verde jade le resulta al mismo tiempo ajeno y familiar, como si hubiera sido otra persona la última vez que la vio, cinco meses atrás. Mientras entran al patio de la Anciana Dama, entre las jaulas de pájaros cantores, puede ver lo feliz que está Lian por volver a casa. Ese entusiasmo le recuerda que su propio hogar ya no existe. Intenta no obsesionarse con su pérdida, y se dedica a pensar en Baoyu, Baochai y Ganso Blanco. La idea de verlos le ha ayudado a sobrellevar el viaje.

Cuando entran en el salón, solo la dama Jia y tío Zheng están en el *kang*. Daiyu se adelanta para realizar un *koutou* ante su abuela, quien en lugar de saludarla se queda mirándola.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

Sorprendida, Daiyu permanece inmóvil.

Lian avanza un paso.

—¿No habéis recibido mi carta?

—No —dice tío Zheng, bajándose del *kang* para saludarlos—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo está Lin Ruhai?

—Falleció a mediados del segundo mes.

—¡Falleció! —exclama tío Zheng, impactado—. Pero en la carta que mandaste después de Año Nuevo decías que estaba mejorando.

—Y lo estaba, pero empeoró repentinamente a comienzos del segundo mes. Los médicos no pudieron hacer nada. Os escribí, diciendo que venía de vuelta con la prima Daiyu.

—No nos llegó ninguna carta más. ¿De qué murió?

La dama Jia interviene:

—¿No habría sido más inteligente dejarla con algún pariente de la familia Lin?

Una mezcolanza de rabia y vergüenza atónitas perfora el lúgubre pesar de Daiyu. Aunque sabe que ella y su abuela no se caen especialmente bien, jamás se imaginó que la Anciana Dama no la acogería en su casa después de quedarse huérfana. Desearía poder darse la vuelta y marcharse, pero no tiene más opción que entregarse a merced de los Jia.

—Escribí para preguntaros qué debía hacer —dice Lian—. Había unos primos lejanos en Yangzhou. Fui a verlos, pero no estaban dispuestos a quedarse con ella. —Lanza una mirada azorada a Daiyu, temeroso de hierirla con la brusquedad de sus palabras—. Dijeron que, tal y como están las cosas, apenas podían llegar a fin de mes. Además, son primos cuartos. Dijeron que nosotros éramos parientes mucho más cercanos que ellos. Por si fuera poco, la prima Lin no los había visto en la vida.

–Puede ser –dice la dama Jia–. Pero es una Lin, no una Jia.

–¿Y qué querías que hiciera? –dice Lian–. ¿Dejarla allí sola?

–Deberías haber escrito y pedido permiso.

–Pero ¿qué despropósito es este? –interrumpe irritado tío Zheng, que había guardado silencio, aparentemente asimilando la muerte del padre de Daiyu–. ¿Adónde va a ir Daiyu, más que aquí?

La dama Jia se vuelve hacia él:

–¡Así que quieres hacer el papel de buen benefactor! Adelante. Pero no acudas a mí cuando necesites dinero para su dote.

–No se trata de su dote –dice tío Zheng–. Es la hija de Min. ¿Adónde va a ir si no?

–Min dio la espalda a su familia. No sé por qué...

–¿Acaso no entiendes que este no es momento para sacar ese tema? –Daiyu nunca ha visto a tío Zheng hablar con tanta dureza a su madre. Se vuelve hacia ella y fuerza una sonrisa–. Debes de estar agotada. Has realizado un largo viaje. ¿Por qué no te retiras a descansar?

–¿Dónde mando que dejen su equipaje? –pregunta Lian.

–Esto... –responde Zheng, buscando con la mirada a Xifeng, que normalmente se encarga de esas cosas. Frunce el ceño al comprobar que no está, y mira a Daiyu–. La otra vez dormiste en los aposentos de Baochai, ¿verdad? ¿Por qué no te instalamos allí otra vez?

Daiyu asiente e intenta darle las gracias, pero su tío replica con brusca cortesía:

–No es necesario. Tienes que quedarte con nosotros, eso está fuera de toda discusión.

Baochai entra en la estancia, y Daiyu grita:

–¡Baochai!

Justo cuando se abalanza para abrazar a su prima, se fija en una expresión extraña en el rostro de Baochai. No sonrío. Su cara parece seria, y en sus ojos hay –¿será posible?– una mirada de hostilidad. Confusa, Daiyu se detiene y deja caer sus brazos.

–Baochai, ¿te has enterado? Mi padre...

–Ya me lo han contado. Lo siento mucho. –Pero Baochai no hace ningún movimiento para abrazar a Daiyu.

–Y tú, ¿cómo estás? –balbucea Daiyu.

¿Debe interpretar la seriedad de la joven como un modo de expresar que la acompaña en el sentimiento? ¿O lo único que sucede es que ha olvidado lo fría y reservada que es su prima?

–Ya sabrás que Pan se casó después del Año Nuevo.

–Una noticia maravillosa.

–Sí, pero ha regresado al sur.

Con esas pocas palabras, Daiyu comprende que vuelve a haber algún tipo de problema con Pan. Quizá sea ese el motivo por el que Baochai está tan apagada y distante.

–Ahora mismo me dirigía a tus aposentos en el Jardín. Ven conmigo. Podemos hablar allí.

El rostro de Baochai se torna más hostil si cabe.

–Ya no vivo allí.

Daiyu se sorprende.

–¿Por qué no? ¿Dónde vives, entonces?

–Me he mudado con mi madre.

–Pero ¿por qué?

–Se sentía un poco sola, y necesitaba mi compañía.

–Entiendo –dice Daiyu, pero no comprende por qué la señora Xue iba a sentirse más sola ahora que antes–. Bueno, si no vamos a vivir juntas, entonces tendré que ir a visitarte a casa de la señora Xue.

–Sí, por supuesto.

Daiyu se fija en que Baochai no ha dicho en ningún momento que se alegre de volver a verla. Baochai sube al *kang* y se sienta junto a la dama Jia.

Daiyu sale lentamente de la habitación. Al otro lado de la cortina de la puerta, escucha cómo la dama Jia y tío Zheng empiezan a discutir de nuevo. Mientras cruza el patio, los pájaros, molestos por su presencia, estallan en reprimendas y gorjeos indignados. Lo que faltaba, piensa la muchacha, apartándose de la furiosa algarabía que confiere a su regreso a Rongguo el aspecto de una pesadilla.



Xifeng retira el brazo de debajo del cuerpo de Yucun y, entornando los ojos, mira su reloj en la tenue luz. Solo quedan diecisiete minutos para las siete. Suelta un grito ahogado y aparta a su amante de encima.

–¡Tengo que irme!

Sale rodando de debajo de Yucun y comienza a ponerse la ropa interior.

–No te vayas todavía –dice él, envolviéndola entre sus brazos y besando su cuello desnudo.

Xifeng lo aparta de un empujón.

–¡Para! –dice enfadada–. ¡Esta vez llego tarde de verdad!

Se pone el vestido y se ata el fajín, con los dedos moviéndose nerviosos debido a las prisas. Se calza las medias y los zapatos. En silencio, Yucun le entrega su chaqueta forrada de piel, que se embute rápidamente. Luego, sin mirarlo o decirle adiós siquiera, baja a toda prisa la escalerilla y sale del almacén. Tras varias semanas evitándolo por los pelos, esta vez lo ha conseguido: llegar tarde a la cena, donde estará toda la familia esperándola. Siente un acceso de ira contra Yucun, por provocar que se olvide del tiempo y rogarle que se quede más, sin comprender el terrible riesgo que corre si la descubren. Se apresura por el corredor en las traseras de las cocinas hasta llegar a casa de la dama Jia, retocándose el pelo y alisando su ropa mientras corre.

Cuando llega al patio se obliga a reducir el paso, para poder recuperar el aliento antes de entrar. Atraviesa la cortina de la puerta; espera que no se le haya corrido el maquillaje con los besos de Yucun. Para su consternación, ve que la dama Jia, tío Zheng y las Dos Primavera se encuentran ya reunidos para la cena, y que Ganso Blanco está ayudando a la Anciana Dama a ocupar su asiento, desde el que preside la mesa. Actuando como si no pasara nada, se acerca hacia el *tansu*, el mueble donde se guardan los cubiertos de servir, como de costumbre.

–¿Qué estás haciendo aquí, Xifeng? –pregunta la dama Jia.

Xifeng da un respingo.

–¿Qué quiere decir?

–¿No te ha llegado mi mensaje?

–No –dice Xifeng, aterrada ante la idea de que alguien haya estado buscándola mientras se encontraba con Yucun–. ¿Qué sucede?

–Le pedí a Lian que te dijera que no hacía falta que vinieses a ayudarme con la cena hoy, dado que es su primera noche aquí.

Xifeng está desconcertada.

–¡Lian! ¿Ha vuelto?

Le cuesta un instante asimilar las palabras de la dama Jia y refrenarse para no seguir hablando. Es demasiado tarde. A su alrededor, ve que las sirvientas intercambian sonrisitas y miradas. Lian ha regresado de un viaje de cinco meses sin pasarse a saludarla.

–Estaba... estaba en el almacén –balbucea, intentando desesperadamente guardar un poco las apariencias–. Creo que no se lo dije a nadie, así que por eso... –Xifeng pierde el hilo–. Bueno, entonces, si no me necesitáis esta noche, volveré para asegurarme de que Lian está bien.

Da media vuelta, sintiendo todas las miradas curiosas y maliciosas clavadas en ella. Mientras atraviesa el patio, se concentra en mantener la espalda recta, la cabeza bien alta, el paso lento y pausado. En cuanto deja atrás la puerta principal, sin embargo, echa a correr, invadida por el pánico. Se pregunta por qué habrá vuelto Lian sin avisar y sin informarla de su llegada. En el fondo, teme que su marido haya oído algún rumor sobre su romance con Yucun. Este miedo hace que fuerce una sonrisa en su rostro, en lugar de regañarlo por haberla humillado, cuando atraviesa la cortina que hace de puerta de sus aposentos.

–¿Qué tal ha ido tu viaje? ¿Por qué no me escribiste para decirme que volvías a casa?

Lian, vestido con una túnica y pantalones anchos, se encuentra reclinado sobre un almohadón en el *kang*, recién bañado y con el pelo mojado. Ping'er le está sirviendo la cena en una mesilla a su lado. Lian no responde, y en su lugar vacía una copa de vino que Ping'er acaba de escanciar para él.

–¿Cómo ha ido tu viaje? –repite Xifeng, avanzando un paso hacia el *kang*, preguntándose si la habrá oído–. ¿Está todo bien?

Lian posa la copa vacía en la mesa. Ping'er le ofrece una servilleta y se seca la boca.

Xifeng lo mira fijamente, entre irritada y asustada.

–¿Qué sucede?

Lian sostiene su mirada, con un gesto inexpresivo en el rostro. Finalmente, dice:

–¿Por qué cancelaste el pedido de pollos de hueso negro para Ping'er?

–¿Qué? –dice Xifeng, sin entender.

–He dicho –repite Lian, más alto y con cierta aspereza en su voz– que por qué cancelaste el pedido de pollos de hueso negro para Ping'er.

Entonces, Xifeng lo recuerda. Le parece que aquello sucedió hace una eternidad, y es tan trivial en comparación con lo que se temía que casi se echa a reír.

–Ah, eso –comenta Xifeng, recuperándose del susto–. Las cocinas estaban sobrepasando su presupuesto, así que hablé con la cocinera para que redujera gastos –dice con rapidez–. Lo dejé todo en sus manos. No recuerdo bien lo que terminó recortando, pero puede que...

–He mandado venir a la cocinera Liu para preguntarle –la interrumpe Lian–. Me contó que tú le dijiste expresamente que dejara de comprar pollos de hueso negro.

Xifeng comienza a ponerse nerviosa ante su tono acusador.

–La verdad es que no puedo recordar al detalle cada artículo que le pedí que eliminara. Fue hace meses...

–Dime alguna otra cosa que le dijeras que dejara de comprar.

–¡Santo cielo! ¿Cómo quieres que recuerde...?

Se siente humillada al ver que han descubierto su impostura, pero su orgullo le impide admitir la falta.

–En toda tu vida, jamás has olvidado algo que tenga que ver con el dinero –dice Lian.

–¡Menudo alboroto estás armando por nada! Si no te gusta cómo administro las cosas, ¿por qué no lo haces tú?

–Me mentiste –Ping'er habla por primera vez, sentada al lado de Lian en el *kang*–. Hiciste que pareciera que me ayudabas, cuando desde el principio fuiste tú quien le dijo a Liu que dejara de encargar los pollos.

Casi se había olvidado de cómo la engañó. Ping'er suelta un sollozo y, de repente, Xifeng se siente avergonzada. Mientras intenta pensar en un modo de suavizar su engaño, ve que Lian pasa un brazo protector sobre los hombros de Ping'er.

Algo se desata en su interior. Fue ella, Xifeng, quien ascendió a Ping'er de entre las docenas de doncellas de la mansión Wang, hasta convertirla en su sirvienta personal. Antes, Ping'er no era más que una criada inferior que barría el patio y recogía agua del pozo. Xifeng la introdujo en la casa y le dio la oportunidad de aprender tareas más sofisticadas, sin las cuales una sirvienta jamás podría prosperar: la habilidad para hablar formalmente y con precisión de modo que pudiera impresionar a amos y amas, conocimientos para arreglar el pelo y aplicar maquillaje, autoridad para organizar y dirigir a otros criados. Le inculcó modales, y cómo mantener la cabeza erguida y caminar con pasos cortos. Enseñó a Ping'er a contar y a calcular, incluso a reconocer algunos caracteres básicos. Desde que las dos tenían doce o trece años, Xifeng la trató como a una hermana, compartiendo con ella su ropa, joyas y cosméticos. Convirtió a Ping'er en alguien capaz de atraer a Lian. Ahora, ambos actúan como si Xifeng fuera un monstruo, alguien de quien Ping'er debe protegerse.

De pronto, Xifeng empieza a gritar, llamando ramera a Ping'er y diciendo a Lian unas obscenidades que jamás antes habían salido de sus labios. Está casi asustada ante el sonido de su propia voz en el silencio de la habitación. Empieza a decirle a Lian lo que siempre ha pensado sobre su estupidez y holgazanería, y luego, de un modo igual de abrupto, se calla. Entrecierra los ojos y las palabras se forman solas, sin que ella llegue a pensarlas.

–¡Fuera!

–¿Qué dices? –Lian la mira como si estuviera loca.

–Ya me has oído. He dicho fuera. Los dos. Estos son mis aposentos. –Ahora su voz suena tranquila. Apunta con los dedos hacia los muebles y los pergaminos de las paredes–. Todo esto es mío.

Casi todo formaba parte de su dote, digna de una princesa.

Lian la mira fijamente. Xifeng se siente satisfecha ante el aspecto indefenso y asustado que muestra su marido.

–¿Adónde... adónde vamos a ir?

–No me importa. Buscad otro sitio para vivir. Hay mucho espacio en la casa.

Ping'er y Lian se miran, como un par de niños abandonados. A Xifeng casi le dan risa sus gestos asustados. Qué sencillo, piensa. De haber sabido lo fácil que era, lo habría hecho mucho antes.



Sola en los aposentos que antes compartía con Baochai, Daiyu vierte agua fría en una palangana. En el silencio de la noche, oye el vacío de las estancias a su alrededor, el espacio desierto entre estos cuartos y los de las demás chicas. Le hubiera gustado pedirles a Baochai y a su madre que la dejaran dormir con ellas esa noche, pero dada la extraña frialdad de Baochai, no se habría atrevido incluso aunque se le hubiera ocurrido en ese momento. Una sensación de desolación la invadió cuando entró en los aposentos, tan distintos ahora que están deshabitados. Olía a humedad y a abandono. Alguien había dispuesto con prisas una cama en el *kang*. La otra vez que estuvo allí, siempre había una doncella de Baochai para ayudarle, pero ahora no hay nadie. Se pregunta si no le han asignado una criada porque la dama Jia ha querido dejar bien claro que no es bien recibida.

Abre una ventana. Siente el aire frío de la noche en sus brazos y tiritita. Nota que su respiración se ralentiza tras las últimas semanas de prisas y ajeteo. Durante el funeral y el viaje, no ha tenido ni un momento para estar sola. Cae de rodillas sobre el suelo y aprieta el rostro contra la alfombra del *kang*, que huele a humedad. Al principio, no llora. Luego, los sollozos parecen aflorar desde su estómago, primero lentamente, separados por largos intervalos, y luego más rápido, haciéndola boquear para buscar aire. Se derrumba en el suelo del *kang*, y deja que las lágrimas corran por sus mejillas. Lloro, con grandes gemidos atragantados cuyo eco resuena en la estancia, sin saber durante cuánto tiempo. Finalmente, se queda fría en el suelo. Apaga de un soplido la lámpara y se mete en la cama sin quitarse la ropa. Se acurruca bajo las mantas, con las rodillas en el pecho, todavía sollozando. Es extraño, pero el llanto no la alivia. Le parece una simple reacción física, como bostezar o tener hipo, que no logra deshacer el nudo de dolor que la atenaza.

Cuando por fin los sollozos comienzan a remitir, se lleva un pañuelo a la boca y se seca las lágrimas que todavía caen de vez en cuando de sus ojos. Oye un ruido al otro lado de la ventana abierta.

—¿Ganso Blanco? —llama.

—Soy yo. Baoyu.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dice, secándose los ojos. Esperaba haberlo visto durante la cena, pero el muchacho no había vuelto a casa.

—Voy a colarme por la ventana —dice.

—No sé por qué no puedes entrar por la puerta.

Escucha los goznes de la ventana crujir, y ve la silueta de Baoyu recortada en la oscuridad e iluminada por la luna. Después oye sus pies arrastrándose por el suelo, y otro crujido cuando cierra la ventana.

—Ya te has enterado de lo de mi padre...

—Sí. —Baoyu se acerca a ella—. Pero cuéntame qué pasó. Lian escribió diciendo que estaba mejor.

—Y lo estaba, en Año Nuevo. Pero luego, de repente, un día se derrumbó. —Daiyu siente las lágrimas asomando de nuevo a sus ojos—. El médico dijo que era el hígado, cuando llevaba todo el tiempo diciendo que eran el estómago y el bazo. Empeoró muy rápido. Probamos todo tipo de medicinas, distintos médicos, pero nada parecía ayudar. —Se tapa la cara con las manos y solloza. Baoyu la rodea con sus brazos en un gesto protector—. Una mañana, me desperté y fui a su cuarto. Ya estaba muerto, tenía el cuerpo frío y rígido.

Baoyu la abraza más fuerte, acariciando suavemente su nuca. Deja que lllore un rato. Cuando ella se calma un poco, le pregunta:

—¿Cómo conseguiste soportarlo?

—Sabía lo que tenía que hacer, porque cuando murió mi madre... Aunque entonces fue mi padre quien se ocupó de casi todo. No sabía la cantidad de cosas que hay que hacer. Casi no tuve tiempo para estar triste...

—Lo entiendo.

Daiyu siente un alivio aturdido al poder expulsar todas las miserias de los últimos meses ante Baoyu.

—Lian me ayudó, pero tenía tanta prisa por regresar que me pidió que recortara los cuarenta y nueve días de luto. Había hecho tanto por nosotros que sentí que no podía negarme. Pero quedaban muchas cosas por hacer antes de marcharnos. Tuvimos que vender o regalar todo, dejar pagadas todas las facturas y despedirnos.

—Debe de haberte resultado muy duro dejar Suzhou.

—¿Cómo iba a quedarme? Allí ya no había nada para mí. Pero cuando llegué aquí, la abuela me dejó bien claro que no era bien recibida.

Con un sollozo, le cuenta lo que dijo la dama Jia. Aunque no puede ver su cara, Daiyu tiene la impresión de que a Baoyu aquello no le sorprende.

—No dejes que te afecte. Ya sabes el carácter que tiene.

—Es algo más que el carácter. ¿Por qué me odia tanto?

—No estoy seguro.

—Gracias por no fingir. Le conté a Baochai que no le caía bien a la Anciana Dama, y me dijo que eran imaginaciones mías.

—No te preocupes por Baochai. Yo pensaba que la abuela te odiaba por culpa de tu madre.

—Yo también.

—Sin embargo, no estoy seguro de que eso lo explique todo. Pero no debes dejar que te afecte. — Baoyu la acerca a él—. Este es tu hogar. Mi padre lo sabe. Él se encargará de que te traten como mereces.

Por la cabeza de Daiyu cruza la idea de que tío Zheng apenas repara en los asuntos mundanos de los cuartos interiores y que nunca se hará ni la más remota idea de cómo la tratan. Pero dice:

—Sí, tu padre se ha portado muy bien.

—Bueno, él sabe que... —Se interrumpe de forma abrupta—. Me había olvidado de lo tarde que es. No debería estar interrumpiendo tu descanso. Debes de estar agotada de cuidar a tu padre y del viaje. Es muy importante que ahora te ocupes de tu salud.

Se desliza del *kang* y avanza hacia la ventana.

Daiyu recuerda lo silenciosa y desolada que resultaba la habitación antes de que él viniera.

—Quédate un poco más.

—Necesitas descansar —dice Baoyu, pero regresa al *kang*, y ella siente que la observa en la oscuridad—. Túmbate. Me quedaré a tu lado hasta que te duermas.

Daiyu se acomoda bajo las mantas, todavía con la ropa de calle. Se pregunta si Baoyu se acostará a su lado, pero en lugar de ello él se sienta sobre la almohada con las rodillas cruzadas. A Daiyu le alegra que no hable ni intente tocarla. Solo quiere su presencia silenciosa. El agotamiento comienza a vencerla. Siente que su respiración se ralentiza y sus ojos se vuelven pesados, y se deja llevar por el sueño.

—Baochai, ¿te importaría llevar esta nota a la dama Jia? —dice la señora Xue después del desayuno—. Baoyu ya debe de estar en la escuela, así que no corres peligro de verlo.

—Pues claro, madre.

Está a punto de preguntar por el contenido de la nota cuando comprende que probablemente trate sobre los regalos de bodas y la dote. Los preparativos para la celebración de sus esponsales se completaron la semana pasada, antes de que Pan se marchara al sur.

Al cruzar la puerta principal de la casa de la Anciana Dama, sin embargo, ve por el rabillo del ojo a Baoyu y a Daiyu conversando al amparo de la veranda que discurre a un lado del patio, medio ocultos tras las jaulas de los pájaros. Seguramente hoy Baoyu vaya más tarde a la escuela por algún motivo. No puede escuchar lo que dicen desde esa distancia, pero algo en su manera de hablar le atraviesa el corazón como un pequeño dardo envenenado. Daiyu está pálida y alicaída, como lo ha estado desde que regresó del sur. Mira hacia el suelo, y Baochai cree ver lágrimas en sus mejillas. Baoyu se encuentra muy cerca de ella, con el cuerpo ladeado hacia su prima en actitud protectora y la cabeza agachada para captar sus palabras. Hay una intimidad, una comprensión tácita entre ambos. Baoyu ama a Daiyu; ha sido una tonta por pensar lo contrario. Los sentimientos de Daiyu hacia él están menos claros. Asiente y escucha lo que Baoyu le dice, pero por el modo en que su cuerpo se aparta de él, Baochai cree que está demasiado sumida en su dolor como para mostrarse receptiva a los avances del joven.

Los dos están tan concentrados en su conversación que no se dan cuenta de su presencia. Baochai se da la vuelta sin entregar la nota. Esperando que el paisaje la calme, se dirige al Jardín y pasea por la orilla del lago. El loto florece sobre las verdes aguas, pero ella casi no se fija en las flores; en su lugar su mente la ocupa la imagen de Baoyu y Daiyu, separados por apenas medio paso, hablando en voz baja para que nadie los oiga. Daiyu exagera su pena y su impotencia para resultar atractiva a Baoyu, piensa Baochai. Es consciente de que el muchacho es muy sensible, y usa esta ternura para manipularlo y atraerlo hacia ella.

Entonces, se acuerda de que Daiyu no sabe nada sobre sus esponsales con Baoyu. Sigue siendo un secreto, y ella nunca ha mencionado el enlace, ni siquiera a la medio hermana de Baoyu, Tanchun, pues se considera más correcto que las damas jóvenes se comporten como si no supieran que van a casarse dentro de poco. Sin embargo, llega a la conclusión de que debe vencer sus reservas para contarle a Daiyu que está prometida al joven heredero. Por el bien de su amistad con Daiyu —y lo más importante, por el bien de su matrimonio—, debe acabar con esta peligrosa intimidad entre ellos.

Ahora que ha tomado esa decisión, se siente más tranquila. Se da la vuelta y comienza, más despacio, a desandar el camino hacia la casa de la dama Jia. Cuando vuelve a entrar en el patio de la anciana, ya no hay ni rastro de Daiyu ni de Baoyu. Entrega la nota, y luego se dirige hacia sus antiguos aposentos en el Jardín. Al principio camina con paso acelerado, ansiosa por resolver el malentendido. Sin embargo, cuanto más se acerca al edificio, más comprende lo difícil que será sacar el tema de los esponsales. Se siente molesta con Daiyu por obligarla a hablar de un tema tan embarazoso y lacerante.

Encuentra su antiguo salón vacío. Aunque todos los muebles y la decoración siguen allí, el lugar da

la impresión de estar deshabitado, incluso un poco polvoriento. Recuerda que Daiyu no tiene doncella; en esta ocasión no siente demasiadas ganas de prestarle a una de sus sirvientas. Le sorprende oír voces femeninas procedentes del dormitorio de Daiyu. No esperaba que las Dos Primaveras hubieran tomado la iniciativa de visitarla. Cuando atraviesa la cortina de la puerta, descubre a Ganso Blanco, tan cerca de Daiyu que sus rodillas se tocan. En cuanto la ven, interrumpen su conversación.

Ganso Blanco se baja del *kang* y se queda de pie, en posición sumisa.

—La dama Jia me ha dado el día libre para visitar a mi familia, y he venido a ver cómo estaba la señorita Lin antes de marcharme —se explica.

—Ya lo veo —dice Baochai.

No está mal que Ganso Blanco pase un rato conversando con Daiyu, pero tantas confianzas le resultan impropias.

—Ganso Blanco estaba diciéndome que ahora que vivo aquí, y no estoy de visita, debo preocuparme más por ganarme la simpatía de la dama Jia —dice Daiyu.

Ganso Blanco interviene:

—Señorita Xue, ¿por qué no le dice usted que no puede seguir así, presentándose tarde al desayuno, y luego comiendo apenas un par de bocados? A veces incluso se pierde el desayuno. Eso ofende a la dama Jia, y daña su salud. —Lo dice como si ella y Baochai compartieran su preocupación por Daiyu—. Me da miedo que las demás sirvientas, al ver que no goza del favor de la dama Jia, empiecen a tratarla mal, igual que hacen con la tía Zhao y el amo Huan.

Baochai siente una punzada de remordimiento por el hecho de que tenga que ser Ganso Blanco quien aconseje a Daiyu sobre cómo manejarse en la casa; se da cuenta de que tiene bastante abandonada a su prima, atrapada como está en los preparativos de sus esponsales.

—Naturalmente, le debemos a la familia Jia tantos gestos de respeto y consideración como sea posible —comenta con frialdad.

Cuando Ganso Blanco se retira para visitar a su familia, Baochai se siente de nuevo molesta al ver la despedida tan afectuosa que le ofrece a Daiyu. Cuando por fin se queda a solas con ella, se sienta a su lado en el *kang*.

—No me había percatado de que no llegabas puntual al desayuno. Te conviene cuidarte más.

—¿Cómo ibas a hacerlo? —dice Daiyu, alzando las cejas—. Ya nunca comes con nosotras.

Aunque Baochai ha venido a explicarle el motivo, termina diciendo, evasiva:

—Mi madre no se encuentra bien últimamente, y prefiere que comamos en nuestros aposentos.

—¿Vuestros aposentos? —repite Daiyu—. Estos eran vuestros aposentos, pero esta es la primera vez que te pasas por aquí desde que llegué.

Baochai capta el tono cortante en la voz de Daiyu.

—Lo siento. He estado ocupada con mi madre. Pero Ganso Blanco tiene razón. Deberías esforzarte por demostrarle a la dama Jia lo agradecida que estás.

La cara de Daiyu adopta una expresión obstinada.

—¿Por qué debería estarlo? Ha dejado muy claro que no me quiere aquí.

—Pero es tu abuela.

—¿Y qué? Hasta este año no la conocía. No, las personas a las que quiero aquí sois Ganso Blanco, tu madre y tú. No le debo nada a nadie más.

Baochai está sorprendida.

—¿Cómo puedes decir eso? La Anciana Dama es la madre de tu madre.

—Pero la abandonó. No, no puedo querer a alguien solo porque nos unan vínculos de sangre.

Baochai nunca antes había advertido ese carácter contumaz en Daiyu, que parece renegar de todo lo que ella aprecia.

—Pues si te ha aceptado aquí aunque no le caigas bien, más motivo para que le estés agradecida. — Intenta cambiar de tema—: Hay algo más que quería hablar contigo.

—¿Qué es?

—Me ha sorprendido el modo en que hablabas acerca de tu actitud con Ganso Blanco, permitiéndole incluso que te aconsejara sobre cómo comportarte.

Daiyu sonríe.

—No veo por qué no debería pedirle consejo. Conoce esta casa mejor que nadie.

Baochai sospecha que Daiyu está intentando malinterpretarla a propósito.

—¿No ves que si quieres el respeto de los sirvientes, tienes que mantener unas distancias apropiadas?

Daiyu se ríe.

—¿Por qué no iba a hablar con Ganso Blanco? Aquí todo el mundo se dedica a chismorrear con los sirvientes.

Irritada por la ingenuidad de Daiyu, Baochai dice:

—Chismorrear es una cosa, pero tú le permites que se ponga a tu nivel dejándole hacer comentarios sobre tu relación con las demás damas. ¡Ni siquiera yo me atrevería a darte esos consejos!

La sonrisa del rostro de Daiyu se desvanece.

—¡Santo cielo, Baochai! Jamás pensé que fueras tan presuntuosa.

Baochai tiene que morderse el labio para no responder; siente que una amplia distancia las separa. Ojalá hubiera algún tema neutro sobre el que conversar amistosamente; parece que todo lo que ha dicho hoy, no importa lo inofensivo que sea, irritase a Daiyu. Sacar ahora el tema de su matrimonio parece imposible. Forzando una sonrisa, pone una excusa para marcharse. Daiyu no intenta retenerla. Mientras recorre el patio, se da cuenta de que no le ha hablado de los problemas que tienen su madre y ella con Jingui, y tampoco se ha enterado de los detalles de la enfermedad y muerte del padre de Daiyu. Su antigua camaradería se ha desvanecido.



Xifeng se pasea por el espacio recién desalojado de sus aposentos, pensando qué hacer con las habitaciones ahora desocupadas. Abre el armario del antiguo dormitorio de Ping'er y Lian; está vacío. Si quedara algo, lo arrojaría en medio del patio, donde ambos pudieran verlo desde sus nuevos aposentos en el otro lado. Decide dejar ese cuarto para el bebé y la nodriza. Regresa al armario de su dormitorio. En su interior, además de su ropa, están la ropita y los pañales que le ha hecho al bebé, no tan elaborados como los que ha confeccionado Ping'er pero cosidos con firmeza y usando los mejores materiales.

Cuando comprendió que ella, como esposa principal, tenía derecho a hacerse cargo del bebé, estuvo a punto de prorrumpir en carcajadas. Ahí tenía el modo de castigar a Lian y Ping'er por la

forma como la han tratado: cuando nazca el bebé, se lo arrebatara de los brazos a Ping'er y lo traerá aquí. Mientras tararea en voz baja, traslada las pilas de ropa del bebé al armario del otro dormitorio. Después se dirige al cesto de la ropa y elige las sábanas más suaves que encuentra.

Al oír un ruido en el salón, Xifeng sale corriendo y se encuentra a una joven de mejillas sonrosadas y atuendo rústico.

—¿Señora Lian? —dice la joven con el acento cantarín típico de Shandong—. Me han dicho que necesitaba usted una nodriza.

—¿Cómo te llamas?

La mujer hace una reverencia brusca y responde:

—Me llaman la mujer de Zhang. Estoy casada con Zhang He, de los establos.

—¿No tienes nombre propio?

—De niña, mi familia me llamaba la «número cinco».

—No puedo llamarte así. —En algunas familias de clase baja, tener hijas está tan mal visto que los padres ni se preocupan por darles un nombre y simplemente se dirigen a ellas por el orden de nacimiento—. Tendremos que pensar en otra cosa.

—Como usted desee.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Un niño, de seis meses.

—¿Cómo vas a dar el pecho a otro bebé?

La mujer de Zhang sonríe y señala con sus pulgares hacia sus abultados senos, apretados bajo el áspero algodón azul de su blusa.

—Tengo de sobra para dos.

—¿Gozas de buena salud?

—Estoy fuerte como un buey. Estuve fregando suelos hasta tres días antes de dar a luz.

—¿Bebes?

—Válgame Dios, nunca.

—¿Juegas?

La mujer de Zhang se ríe como si Xifeng hubiera contado un buen chiste, mostrando una boca llena de dientes torcidos.

—¿Acaso tengo dinero con el que apostar?

—Lo tendrás, pero cuídate mucho de las malas compañías. Vivirás aquí, conmigo y con el bebé. Te pagaré tres taeles al mes. Comerás aquí, también. Te encargarás del niño: darle de comer, cambiarle los pañales, bañarlo, dormir con él por la noche.

La mujer de Zhang asiente. Xifeng advierte que está contenta con el sueldo.

—Puedes traer a tu hijo aquí, siempre que se comporte.

La mujer de Zhang sonríe ahora abiertamente y hace una nueva reverencia.

—Solo una cosa —dice la nodriza.

—¿Qué es?

—Esto... ¿Para cuándo espera al bebé?

—Para dentro de dos semanas.

Xifeng nota que la muchacha mira de reojo hacia su vientre plano, pero se limita a decir:

—De acuerdo, señora.

Una vez que la nodriza se ha marchado, Xifeng se sienta en su cuarto con un pincel y papel para

calcular los intereses de sus últimos préstamos. Siempre hay alguien que necesita dinero. Tras echar cuentas, descubre que cuando le devuelvan lo que prestó, tendrá casi siete mil taeles a su disposición. No es mucho comparado con lo que seguramente posee la dama Jia, pero es una suma considerable, suficiente como para hacer que se sienta bastante segura.

Oye otro ruido en el salón, y rápidamente dobla el papel y sale a ver quién es. Se encuentra a Yucun, en pie junto a la cortina de la puerta. Esta última semana de peleas diarias con Lian, casi se había olvidado de su amante.

—¿Qué haces aquí?

Yucun parece sorprendido.

—Se suponía que habíamos quedado en el almacén hace cuatro días, pero no te presentaste. He venido a ver si algo va mal.

—Sí, algo va mal —dice Xifeng—. Lian ha vuelto.

—Ya lo sé. Lo vi ayer, pero...

—¿Sabes que ha regresado y todavía tienes el coraje de venir aquí a buscarme? ¿Estás loco? ¡Podría presentarse en cualquier momento!

—Entonces, ven a verme al almacén.

—Es muy peligroso.

Yucun se acerca a ella.

—Podemos encontrar un sitio para citarnos fuera del palacio. Di que quieres ir al templo a quemar incienso.

Xifeng sacude la cabeza. Tras el regreso de Lian, no tardó en recobrar la sensación de que verse con Yucun es algo peligroso e imposible. ¿Cómo ha podido dejarse llevar por un sueño tan alocado en los últimos meses? Cuando comprendió con qué facilidad podrían haberla descubierto si Lian hubiera vuelto a buscarla, Xifeng entró en razón. Por mucho que sueñe con escaparse, su vida, su futuro, están confinados dentro del palacio. Por muy infeliz que sea, ¿qué sería de ella si la descubriesen? La devolverían con su familia a Chang'an, deshonrada y rechazada, y se convertiría en un parásito, como Daiyu, que vive sin ningún prestigio ni seguridad en la casa. No, no puede renunciar a la posición que tantos años le ha costado consolidar solo por un alocado desliz.

Lo empuja hacia la puerta.

—Tienes que marcharte.

—No, tenemos que hablar.

—¿No lo entiendes? Lian ha vuelto. Ya no puedo verte.

—Entonces ¿solo estabas buscando algo de diversión mientras él estaba fuera? —dice Yucun con amargura.

A Xifeng le duele ver la expresión abatida del joven, y decide dejarse arrastrar a una conversación en lugar de echarlo de inmediato, como era su intención.

—¿Qué más quieres de mí? Ya te has acostado conmigo. ¿No es suficiente? ¿Por qué no te vas y me dejas en paz?

Yucun aferra sus manos con fuerza.

—¿Piensas que es eso lo que quería de ti? Si ese hubiera sido mi objetivo, ¿crees que habría andado colándome aquí a todas horas, arriesgando mi carrera?

Xifeng aparta sus manos.

—¿Y qué piensas que arriesgo yo? ¿No sabes lo que me sucederá si alguien nos descubre?

Yucun guarda silencio por un momento. Luego dice:

–Lian se divorciará de ti, y yo me casaré contigo.

Xifeng lo mira fijamente. El aplomo con que lo ha dicho, no como una floritura retórica, sino como un hecho consumado, le sorprende.

–No puedes casarte conmigo. Me convertiría en una desgraciada, una mujer perdida.

–¿Por qué no? No tengo una familia que se preocupe por lo que hago.

–¿Y qué hay de tu carrera? Necesitas buscarte un buen matrimonio para tener unos suegros influyentes, un mentor...

–Eso no me importa. He llegado hasta donde estoy sin un mentor...

–Sí, pero podrías llegar mucho más lejos con uno. Algún día será de vital importancia para tu carrera...

Yucun la agarra por los hombros.

–No paras de hablar de mí, pero ¿qué hay de ti? ¿Estarías dispuesta a casarte conmigo?

Xifeng se revuelve y se aparta de él, irritada por el tiempo que están perdiendo en discutir algo tan ridículo.

–¿Por qué estamos hablando de esto? ¡Es imposible! ¿Cómo puedes pedirme que...?

Escucha un sonido apagado al otro lado de la puerta e instintivamente se aparta de Yucun dando un salto.

Entra Baochai, diciendo:

–Siento molestarte, pero la Anciana Dama quiere saber qué hiciste con el tributo de satén que su alteza nos regaló... –Se calla de repente, con los ojos abiertos de pasmo al ver a Yucun, aunque Xifeng y él están ahora separados por varios pasos. Baochai se retira apresurada de la habitación.

Dominada por el pánico, Xifeng corre tras ella, gritando:

–No, Baochai, ¡espera!

Atraviesa la puerta, pero Baochai ya está saliendo espantada del patio.

Xifeng regresa al interior y dirige su rabia hacia Yucun.

–¿Ves lo que has conseguido? ¿Y si se lo cuenta a alguien?

–¿Qué importa? Tenemos que hablar, decidir qué hacer. ¿No comprendes que igual no nos quedan muchas oportunidades de volver a vernos?

Al oír estas palabras, Xifeng asume por primera vez que esta podría ser la última ocasión en que lo ve. Por un instante recuerda la salvaje dulzura que ha sentido entre sus brazos, pero aparta esa imagen de su cabeza.

–¡Vete y no vuelvas! –grita, con un tono violento causado por el miedo.

Daiyu siente de repente que su ropa está mojada. Se incorpora apoyándose sobre los codos para mirar a su alrededor, y descubre que está tumbada en una balsa en medio de un océano infinito y embravecido. La embarcación está hecha con tablones finos, atados con cuerdas y lianas. Las olas saltan por encima y se cuelan por las grietas. Daiyu quiere anudar más fuerte las cuerdas y lianas, pero teme que al soltarlas solo consiga que la balsa se desintegre. Otea el horizonte en las cuatro direcciones, en busca de ayuda. No hay nada, solo millas y más millas de mar desierto y agitado. Se arrodilla y mira por el borde de la embarcación, atisbando las profundidades sin límite que hay debajo. Una extraña sensación de mareo se apodera de ella, casi un vértigo, como si no estuviera sobre una balsa, sino en la planta más alta de una pagoda. Se sienta en cuclillas y se agarra al borde de la embarcación con los ojos cerrados, sintiendo unas incómodas náuseas mientras intenta evitar marearse.

Se despierta, parpadeando, de la pesadilla. Había dormido mal la noche anterior, y cuando se tumbó después de almorzar se hundió en un pesado sopor. Ha vuelto a tener el sueño de siempre, que la deja hastiada y desganada. Mira a su alrededor, contemplando la estancia vacía, y se siente tentada de pasar la tarde en la cama. Luego recuerda las recomendaciones de Ganso Blanco, que le aconsejaba cuidarse más... La fiel Ganso Blanco, que se pasa a verla antes de que la Anciana Dama se despierte para asegurarse de que se levanta de la cama. Suspirando, se calza.

Decide visitar a Baochai, y empieza a caminar por la orilla del lago hacia los aposentos de la señora Xue. Su prima solo ha venido a verla una vez desde su regreso a Rongguo, y ella sigue desconcertada ante su frialdad. ¿Acaso Baochai no comprende lo sola que se encuentra en el palacio? ¿Por qué no le muestra ninguna empatía por la pérdida de su padre? ¿La habrá ofendido sin darse cuenta?

Oye que alguien la llama y al alzar la vista ve una barquita en medio del lago. Baoyu maneja la pértiga en popa y Huan va sentado delante. Daiyu se anima un poco al ver a los medio hermanos juntos. Últimamente, casi no ve a su primo. El muchacho está ocupado todas las noches hasta las diez en punto con un maestro que le imparte unas clases intensivas de preparación para los exámenes. A veces él se cuelan en su dormitorio después de las lecciones, como hizo la primera noche tras su regreso, pero solo se queda unos minutos. Daiyu baja por el terraplén hasta la orilla.

—¿Qué hacéis aquí? ¿No se supone que tendríais que estar en clase?

—El maestro no se encontraba bien. Nos ha dejado salir antes, y se nos ha ocurrido dar una vuelta en bote —dice Huan, mientras Baoyu pilota la embarcación hacia ella—. Íbamos a pedirte que nos acompañaras, pero temíamos que estuvieses todavía echando la siesta.

—Lo estaba. Acabo de despertarme —responde, sonriendo. Desde su regreso a Rongguo, Huan ha empezado a caerle bien. El muchacho ha sido amable con ella, le preguntó por la enfermedad y la muerte de su padre y le dijo cuánto lo lamentaba. Ahora está más alto, casi tanto como Baoyu, y ya no hace rabiar a sus primas. Además, ha oído decir a su hermana Tanchun que estaba progresando mucho con sus estudios.

—Es mi turno —dice Huan.

—De acuerdo. —Baoyu le pasa la pértiga y se agacha para cambiar de puesto. El bote se balancea

bruscamente y casi se vuelca cuando Huan pasa con dificultad a la parte trasera.

–¿No os parece que os estáis acercando demasiado a la orilla? –grita Daiyu–. Podríais encallar.

–Vamos a buscarte –dice Baoyu, mientras Huan acerca aún más la embarcación.

–¿A mí? ¿Pensáis que aguantará tres personas?

–Se supone que es para cuatro.

–No estoy segura de que no vaya a volcar.

–No te preocupes. Huan es un barquero excelente. Además, se supone que el lago no es muy profundo.

–Eso es un alivio.

El bote está ya a solo unos pasos. Baoyu extiende el brazo para ayudarle a montar. Daiyu titubea, pero finalmente estira la mano para aferrar la suya. Agarrándola fuerte, la atrae hacia sí, y en un instante la tiene entre sus brazos sobre la oscilante barca.

–Siéntate antes de que volquemos –dice.

Riéndose, Daiyu se acurruca en proa y Baoyu se sienta a su lado.

–¿Adónde queréis ir? –pregunta Huan desde atrás.

La joven mira a su alrededor, contemplando el pabellón que se erige sobre las aguas onduladas, el loto en flor y la espuma blanca de la cascada que cae de la montaña. Por primera vez desde su regreso a Rongguo, no se siente embargada por la amarga añoranza de su hogar, sino por un sentimiento de fascinación y hermosura.

—¿A quién le apetece estar todo el día soportando el traqueteo de un carruaje? —exclama con alegría Xifeng—. ¡Nos lo pasaremos mejor aquí en casa! ¿Por qué no organizamos nuestra propia merienda en el pabellón del Jardín?

Mientras Xifeng ordena a los sirvientes que preparen provisiones para la celebración, Baochai la mira, preguntándose qué otros secretos esconderá tras sus ojos brillantes y sus labios sonrientes.

Es *Qingming*, el Día de Barrer las Tumbas, en el que las familias visitan los sepulcros de sus ancestros y ofrecen sacrificios. La Anciana Dama, la señora Xue y todos los varones de la familia, desde tío Zheng hasta Huan, se han marchado al cementerio familiar, en las afueras de la Capital. Baochai, Daiyu y las Dos Primavera se han quedado en casa, pues la dama Jia no aprueba que las muchachas solteras salgan de excursión fuera del palacio. Ping'er también permanece en Rongguo, pues su embarazo está demasiado avanzado como para soportar los botes de una calesa durante dos horas y media. Xifeng iba a acompañarlos, pero en el último minuto, justo cuando ya estaban saliendo los carruajes, cambió de opinión y le dijo a la Anciana Dama, con un guiño pícaro, que se quedaría en casa para cuidar de las chicas.

Ahora las seis se encuentran en el pabellón, almorzando. La mesa está dispuesta con vino y comida: ensalada de medusa, tiras de oreja de cerdo y exquisitos platos de salchichas y jamón. Como no se pueden encender fuegos en señal de respeto por la festividad, toda la comida es fría. Todas beben vino porque, como señala Xifeng entre risas, lo único peor que el vino frío es el té frío. Las Dos Primavera se dedican a bromear entre ellas, como si la ausencia de adultos las liberara de restricciones. Baochai se fija en que las tres restantes no parecen tener mucho ánimo de fiesta. Ping'er está sentada en silencio, con las manos entrelazadas sobre su enorme tripa y la frente sudorosa aunque no hace demasiado calor. No toca el vino, y apenas ha probado un par de bocados; hasta eso parece darle náuseas. Tras unos comentarios jocosos, Xifeng también permanece en silencio, revolviéndose nerviosa, con un gesto preocupado en el rostro. Tampoco come demasiado; en su lugar bebe vino y toma pipas de melón.

Daiyu está sentada en silencio al otro lado de la mesa junto a Xichun, con el ceño fruncido en un gesto pensativo. Probablemente la fiesta le ha hecho pensar en sus padres, y en que no puede ir a visitar y cuidar de sus tumbas, tan lejanas de allí. Tampoco come, y se dedica a mirar desde la barandilla hacia los nenúfares en mitad del lago. Baochai todavía no ha reunido el coraje para confesarle su compromiso con Baoyu. Sabe que los celos trastornan su forma de comportarse, y que por ese motivo Daiyu se siente herida y desconcertada. Decide dejar a un lado su resentimiento. Encontrará algún modo de tener un gesto con ella que muestre que no le guarda rencor.

Xifeng se anima y pide a Xichun que le pase el vino. Al tomar el cazo, se chupa un dedo y lo levanta en el aire.

—Pensé que hoy podríamos volar cometas, pero me temo que no hay viento.

—¿Cometas? —dice Baochai—. ¡Oh, sí! —Casi se había olvidado de la costumbre de volar cometas el Día de Barrer las Tumbas.

—Igual sopla más viento por la tarde —dice Xichun.

—Eso espero —comenta Tanchun—. Ya ni me acuerdo de la última vez que volamos cometas.

–Yo tampoco –dice Xichun–. El año pasado llovía, así que no lo hicimos.

Baochai se fija en que Ganso Blanco se acerca por el puente de los nueve giros. Cuando la doncella entra en el pabellón, comprende que algo va mal nada más ver su rostro.

–¿Qué sucede? –El tono brusco de la voz de Xifeng hace que las demás se callen.

–La madre de Plata ha venido a ver a la dama Jia –responde Ganso Blanco–. Como la Anciana Dama no está, pensé en traeros el recado a vosotras.

–¿Cuál es el recado?

–Dice que Plata se ha suicidado, y ha venido a pedir a la dama Jia algo de dinero para los gastos del funeral y ropa para la mortaja. –Ganso Blanco habla sin levantar la vista del suelo, pero Baochai percibe el temblor en su voz. Recuerda que Plata y ella han servido a la dama Jia juntas durante muchos años.

–¡Se ha suicidado! –exclama Xifeng–. ¿Por qué demonios haría algo así?

–Su madre dice que ha estado deprimida desde que la dama Jia la despidió en otoño, y que esta mañana no aparecía por ninguna parte. Cuando alguien fue a sacar agua del pozo, encontró algo enganchado en la cuerda. Lo sacaron, y era el cadáver de Plata.

–¡Santo cielo! –exclama Xifeng, para luego guardar silencio, sobrecogida.

Un escalofrío premonitorio recorre el cuerpo de Baochai, pero dice, con un aire de confianza que no siente:

–Seguramente no haya razón para suponer que se suicidó. Probablemente estaba haciendo algo cerca del pozo, se resbaló por accidente y se cayó.

–Sí, supongo que eso tiene más sentido –dice lentamente Xifeng.

Ganso Blanco mira a Baochai, que puede ver que la doncella tiene los ojos enrojecidos.

–Solo les digo lo que me contó la madre de Plata. Dice que su hija no hacía otra cosa que estar tirada llorando desde que la despidieron.

–Pues fue una tontería por su parte tomárselo tan a pecho – dice Baochai. En su interior, intenta apartar la idea de que Baoyu es, en cierto sentido, el responsable. No sabe lo que pasó entre Plata y él; supone que hubo algo más que aquel beso fortuito que una vez estuvo a punto de darle y que Plata estaba deseando. Pero aquel descuido ha tenido unas consecuencias demasiado terribles. Baochai piensa que Baoyu solo trae desgracias a las chicas que se enamoran de él. Ese pensamiento la asusta, pero recuerda que Plata fue castigada por su comportamiento ilícito, mientras que ella será la esposa legal de Baoyu.

–¿Qué hago con la madre de Plata? –pregunta Ganso Blanco a Xifeng.

–Dale cincuenta taeles.

–¿Y las ropas para la mortaja?

Xifeng duda antes de decir:

–Me gustaría darle un conjunto nuevo, pero no tenemos nada preparado. La única que ha recibido ropa nueva últimamente es Daiyu...

Xifeng lanza una mirada inquisidora a Daiyu. Baochai advierte el terror en el rostro de Daiyu, al pensar que sus ropas serán usadas para un propósito de tan mal augurio, así que se apresura a decir:

–Yo tengo unos vestidos que no me he puesto nunca. ¿Por qué no los usamos?

–¿No eres supersticiosa? –le pregunta Xifeng.

–Ya sabéis que nunca he creído en esas cosas. –Baochai cae en la cuenta de que esa noticia molestará mucho a la dama Jia y a Baoyu–. La cuestión más importante, creo, es si contárselo o no a

la Anciana Dama cuando vuelva. –Como de costumbre, no permite que el nombre de Baoyu salga de sus labios.

Xifeng la mira, sorprendida.

–¿Piensas que no debemos contárselo?

Por su parte, a Baochai le sorprende que Xifeng no haya pensado en guardar la noticia en secreto.

–¿Por qué deberíamos hacerlo? Solo conseguiremos enfadarla, y que se culpe por haber despedido a Plata.

–¿En serio crees que podremos conseguir que no se entere?

–¿Por qué no? Si ninguna de nosotras lo menciona, nadie más se enterará.

Xifeng piensa un momento, frunciendo el ceño.

–Supongo que tienes razón. –Mira a las demás–. ¿Lo habéis oído todas? Nadie va a contar una palabra de esto a la Anciana Dama. Ganso Blanco, tú tampoco dirás nada.

–No, señora Lian –acepta Ganso Blanco, pero Baochai cree que tras el esmerado gesto inexpresivo de su rostro se oculta su disconformidad.

Cuando Ganso Blanco se retira, se produce un largo silencio.

–Pobre Plata –dice por fin Tanchun.

Xifeng suelta una risa áspera.

–¿Eso piensas? Yo creo que se ha ahorrado un montón de problemas al morir joven.

Baochai la mira.

–¿Qué demonios quieres decir?

–¿Piensas que su destino ha sido mucho peor que el de la mayoría de las mujeres? –Xifeng usa un tono de voz y una mirada desafiantes.

Esta vez es Tanchun la que pregunta, frunciendo el ceño:

–¿Por qué? ¿A qué te refieres?

–Pues lo que acabo de decir –responde Xifeng–. ¿Piensas que su destino ha sido peor que el de la mayoría de las mujeres? –El vino o la conmoción por la muerte de Plata parecen haber soltado la lengua de Xifeng. Su sonrisa alegre ha desaparecido. Sin ella se le forman unas arrugas duras en las comisuras de los labios–. A la mujer no se le deja elegir nada en su vida. Incluso en una buena familia como la nuestra, las mujeres tienen que casarse con quien decidan sus padres. Si, por un golpe de suerte, resulta ser una persona decente, entonces será afortunada. Pero si se trata de un hombre malo, y esto es lo más probable, la mujer sufrirá. –Xifeng se termina de un trago otra copa de vino–. ¿Qué no será en una familia pobre como la de Plata, en las que normalmente se vende a las chicas como criadas o concubinas al mejor postor?

Xichun parece sorprendida y un poco asustada.

–Pero ¿la abuela y el tío no velan por nuestros intereses? ¿No podemos confiar en ellos para que nos busquen buenos maridos?

–Puede que sea eso lo que deseen, pero ¿qué saben ellos del verdadero carácter de un hombre?

–Pueden elegir a alguien de una buena familia –dice Tanchun–. De ese modo, sabrán que está bien educado.

Xifeng suelta otra risa amarga.

–No hay modo de saber eso. Pensad en Lian y Zhu. Eran de la misma familia, primos que crecieron juntos, pero no podían haber salido más diferentes. Mirad a Jingui. Los Xia son una familia muy respetable... –Xifeng observa la cara de Baochai, y cierra su boca. Retoma la conversación tras un

momento—. Pero insisto, las mujeres no tienen elección. ¿Qué van a hacer?, ¿salir a buscar a alguien con quien casarse? ¿Qué puede hacer una mujer, más que aceptar lo que sus padres elijan para ella, sea bueno o malo?

—Sí, creo que Xifeng tiene razón —interviene Daiyu—. Las mujeres no podemos elegir nada en la vida. Si los padres deciden dejar aprender a una chica algunos caracteres, puede tener suerte y llegar a leer y educarse. Pero luego no puede hacer nada con esa educación.

Xifeng asiente y añade:

—Todas hemos tenido la suerte de que nuestros padres decidieran no dejarnos en la total ignorancia... Pero ¿cuántas veces hemos escuchado el viejo refrán? «La mujer virtuosa es la mujer analfabeta.»

El pesimismo de las opiniones de Xifeng y Daiyu irrita a Baochai. Aunque no le gustan los debates ni las discusiones de ningún tipo, y no tenía pensado unirse a la conversación, dice con tono reprobador:

—Os equivocáis al decir que las mujeres no pueden hacer nada con su educación. Pueden usarla para enseñar a sus hijos y administrar su hogar. Seguramente ese sea el mejor uso que una mujer puede hacer de sus conocimientos.

—Pero una mujer no puede presentarse a los exámenes —dice Daiyu—. Ni siquiera puede ganarse la vida como profesora.

—No lo necesita —dice Baochai.

—Pero entonces —señala Daiyu—, como no puede mantenerse ella sola, no le queda otra elección que casarse cuando se lo impongan, para bien o para mal. Xifeng tiene razón. Las mujeres no pueden elegir.

Por algún motivo, Baochai siente la necesidad de refutar ese argumento. La insistencia de Daiyu y Xifeng en que las mujeres no pueden elegir le hace sentir que, al cumplir con su deber, está en cierto modo atrapada e indefensa; mientras que ella siempre ha pensado que, cumpliendo con su deber, encontraría la satisfacción y la libertad.

—Igual pensáis que estáis siendo muy profundas y sagaces —dice, forzando una sonrisa—, pero en realidad, vuestra visión es bastante limitada. ¿Qué hay de los hombres? Si nacen en una familia pobre, están obligados a realizar trabajos duros para sobrevivir. Si son de buena familia, deben estudiar para los exámenes. ¿Qué capacidad de elección tienen ellos, entonces? Quizá no tenga sentido hablar de elegir. Tal vez sería más inteligente decir que hombres y mujeres tienen distintas responsabilidades y deberes.

Xifeng suelta una risita burlona mientras se sirve otra copa de vino.

—Ya veremos lo que opinas cuando te cases.

Baochai siente que le arde la cara. Cree que Xifeng no está haciendo un comentario general, sino que se está refiriendo a su compromiso con Baoyu.

Xichun interviene:

—Sí que existe algo que todos podemos decidir. Toda persona puede elegir hacerse monje o monja, y renunciar al polvo rojo, al mundo material.

Xifeng parece irritada:

—No te entiendo... Siempre soñando con meterte monja, como si con eso fueras a solucionar algún problema.

—¿No sabes que todos los males que padece el ser humano están causados por su apego al mundo

material? Si consiguiéramos abandonar nuestros vínculos con...

–Ahórranos el sermón –la interrumpe Xifeng.

Xichun, avergonzada, se calla.

Pasado un rato, Tanchun dice, mirando a su alrededor desde el pabellón:

–Cuando seamos mayores, estemos casadas y tengamos hijos, ¿cómo creéis que veremos el tiempo que pasamos aquí? –Mira a las demás–. ¿Pensáis que lo consideraremos como los momentos más felices de nuestra vida?

–Sin lugar a dudas. –Xifeng se ríe de un modo desagradable. Daiyu vuelve su rostro, pero no antes de que Baochai vea lágrimas brillando en sus mejillas.

Baochai mira a su alrededor y contempla el Jardín en el que tanto tiempo pasó durante su infancia: la montaña cubierta de musgo verde, la amalgama de rosas sobre la pérgola, los sauces y parasoles chinos en la otra orilla. Si por algo siente nostalgia, es por su infancia en Nanjing, cuando su padre todavía vivía. Pero sí, a excepción de las preocupaciones que le ha causado Pan, su estancia en Rongguo ha sido feliz, y cree que la recordará con cariño en el futuro.

Por el rabillo del ojo, se fija en que una servilleta enganchada a la barandilla comienza a aletear.

–Mirad, se está levantando aire. ¿Pedimos que nos traigan las cometas?

Todas se levantan, llamando a las criadas para que busquen sus cometas, ansiosas, aparentemente, por poder acabar con esa dolorosa conversación. Solo Daiyu permanece inmóvil, todavía sentada en su taburete mientras mira el agua. Baochai sabe que no tiene cometa, así que envía a una criada para que traiga dos de las suyas.

La criada regresa con dos cometas, un ciempiés articulado y una mariposa con largas cintas. Baochai las lleva junto a Daiyu. Las demás ya se han ido a la orilla a volar las suyas.

–¿Cuál quieres? –le pregunta.

Daiyu menea la cabeza y fuerza una sonrisa, pero sin levantarse de su asiento.

–No, gracias, Baochai. Eres muy amable, pero no me apetece.

Tanchun suelta un grito cuando el viento arranca la cometa de sus manos y la lanza despedida hacia el cielo.

–No, insisto –dice Baochai–. Trae buena suerte volar cometas, especialmente hoy. –Ayuda a Daiyu a incorporarse–. Tú volarás la mariposa –dice–, y cuando esté alta en el cielo, cortaremos el hilo y mandaremos lejos tu mala suerte y tu tristeza.

Ya hay varias cometas volando sobre el lago: un murciélago escarlata y una dama bonita, una cometa tradicional con forma de mujer. Hasta Ping'er, sentada en un taburete que alguien le ha traído, sujeta el hilo de una cometa con forma de cangrejo.

Daiyu asiente. Juntas, caminan por el puente hacia la orilla. Baochai lanza la cometa con forma de mariposa al aire, mientras Daiyu sostiene el carrete de hilo. En lugar de alzarse con la brisa, sin embargo, la mariposa da unas cuantas vueltas alocadas antes de caer al suelo.

La recuperan, y Daiyu rebobina el hilo.

–Tal vez pesa demasiado por delante –dice Daiyu–. Probaré a correr con ella.

Esta vez, cuando Baochai la lanza lo más alto que puede, Daiyu echa a correr por el camino junto al lago. La cometa permanece en el aire mientras ella corre a toda velocidad, pero cae en picado en cuanto reduce el paso. Una y otra vez, las dos intentan lanzar la cometa, incluso volviendo a atar los hilos para corregir el equilibrio. Daiyu corre y corre hasta que sus mejillas, por lo general pálidas, se tiñen de color. Aun así, la cometa se niega a volar.

Después de volar las cometas, Xifeng recorre el camino de vuelta desde el lago hacia sus aposentos. Se siente obligada a aparentar que camina junto a Ping'er, pero verla con sus andares de pato le irrita tanto que no puede mirar y se adelanta, dejándola atrás. Luego, después de dar unos quince pasos, se siente culpable y se detiene para dejar que la alcance, mientras escucha sus ruidosos jadeos a sus espaldas. Cuando Ping'er llega a su altura, ella vuelve a adelantarse. Y así continúan hasta encontrarse a medio camino de los aposentos, momento en que Xifeng nota que Ping'er se ha quedado en silencio. Se da la vuelta y la ve arrodillada en el suelo.

—¿Qué pasa? —pregunta, y regresa corriendo para inclinarse junto a ella.

Ping'er tiene la mano apretada en el costado. Respira de un modo ronco y entre jadeos.

—Creo... que viene el bebé.

A pesar de que Xifeng lleva meses preparándose para este momento, y de que se había quedado en casa por temor a que Ping'er diera a luz mientras ella estaba fuera, siente un ataque de emoción.

—¿Puedes andar?

Ping'er no responde. Agarra las manos de Xifeng con tanta fuerza que casi le hace gritar. Durante más o menos el tiempo que lleva contar hasta treinta, Ping'er se aferra a ella, con los labios tensos y la cara contorsionada en una irreconocible expresión animal de dolor. Luego se relaja, comenzando a respirar de nuevo. Xifeng retira su mano y se la masajea.

—Ya estoy mejor —gime Ping'er.

—Será mejor que volvamos a los aposentos.

Xifeng pasa el hombro bajo su brazo y consigue ponerla en pie. Aguantando lo que le parece la mayor parte del peso de Ping'er, avanza tambaleante. Una vez, cuando eran niñas, las dos se escaparon al barrio de los sirvientes, detrás de la mansión Wang. Todavía recuerda aquella conejera de callejones, la gente bañando a sus bebés y lavándose los dientes en las puertas, y lanzando después el agua a una zanja de fango marrón verdoso que serpenteaba por la avenida principal. Las dos corrieron por allí agarradas de la mano, riendo y gritando de pura emoción. Pero entonces Ping'er se torció el tobillo con una piedra suelta, y Xifeng tuvo que llevarla medio sosteniéndola hasta casa, justo igual que ahora.

Ya casi han llegado a los aposentos cuando se presenta la siguiente contracción. Xifeng intenta soltar las manos de Ping'er.

—Quédate aquí. Voy a buscar ayuda.

—No me dejes sola.

Xifeng intenta apartarse de un tirón.

—Tengo que mandar a buscar a la matrona. —Está aterrada ante la idea de que Ping'er dé a luz antes de que llegue la comadrona, y que solo ella esté presente.

—Ayúdame. —Ping'er le dirige una mirada suplicante.

—¿Qué puedo hacer yo?

Ping'er, perdida en los dolores de una nueva contracción, no contesta, se limita a estrujar de nuevo los dedos de Xifeng.

Cuando se le pasa, Xifeng tira de ella por el patio, medio arrastrándola, mientras llama con gritos

frenéticos a Otoño. Ha conseguido subirla al *kang* de su dormitorio cuando aparece la sirvienta.

–¡Ve a buscar a la anciana Ma! –vocifera Xifeng, revolviendo almohadas y mantas para aupar a Ping'er. Por una vez, Otoño no pierde el tiempo y sale corriendo de la habitación.

Cuando llega la matrona, Xifeng ha ayudado a Ping'er a desvestirse entre las contracciones, ha avivado el fuego y ha puesto un caldero de agua a hervir. Está inclinada sobre ella encima del *kang*, secándole la frente con una toalla húmeda. Ya casi no puede mover la mano después de cómo se la ha maltratado Ping'er durante las contracciones. Cuando la anciana Ma entra, le grita que se dé prisa y se lave las manos, convencida de que, con unas contracciones tan intensas, el parto se producirá en cuestión de minutos.

Después de examinar a Ping'er, la matrona se ríe y dice que al bebé todavía le queda bastante para salir.

–Es su primera vez, no lo olvide –añade, bajándose las mangas–. Le sorprendería cuánto pueden alargarse estos partos en primerizas.

–¿Cuánto piensa que tardará?

La anciana Ma ladea la cabeza, calculando.

–Me extrañaría que el bebé naciera antes de la medianoche.

–¡Eso son más de ocho horas!

–Y es probable que para entonces todavía no haya nacido.

Dado que el asunto va para largo y que tendrá que traspasar, Xifeng decide tumbarse en el salón a descansar. Al dirigirse hacia la puerta, Ping'er dice:

–No me dejes.

–Ya no tienes que preocuparte. La matrona está aquí.

Pero, al comenzar una nueva contracción, Ping'er extiende lastimera sus manos hacia ella, que vuelve a subir al *kang* para dejar que la abraza. Una vez más, la joven estruja sus manos sin clemencia, aparentemente sin sentir otra cosa que su propio dolor.

–Eso no está bien –dice la matrona, fijándose en el gesto de suplicio de Xifeng–. Si sigue así, al terminar no será capaz ni de agarrar un par de palillos.

La mujer hace un nudo con una vieja sábana arrugada, la enrosca alrededor de la pata de una mesa, ata los extremos y le da el nudo grande a Ping'er para que lo agarre. En la siguiente contracción, Ping'er aprieta, retuerce y tira de la sábana anudada como un gato montés.

Al final de la contracción, mira con unos ojos inyectados en sangre a Xifeng.

–¿No te puedes quedar conmigo?

–Solo iba a descansar un poco. Volveré más tarde. Puedo llamar a Otoño para que te haga compañía.

Ping'er menea la cabeza sobre la almohada, ya oscurecida a causa del sudor.

–No quiero a Otoño. ¿No puedes quedarte tú?

Suspirando de forma ostensible, Xifeng vuelve a subirse al *kang*. Aunque actúa como si la estuvieran obligando, siente la extraña satisfacción de que, en un momento de necesidad, sigue siendo indispensable para ella. Piensa que marcharse le serviría de lección, pero no se siente muy inclinada a hacerlo.

Su satisfacción aumenta cuando Lian y los demás regresan del cementerio a la hora de la cena. Él parece disgustado al ver el cuerpo hinchado de Ping'er medio desnudo bajo la sábana empapada. Le da unas palmaditas incómodas en la mano, y pone una excusa para salir de la habitación antes incluso

de que ella haya tenido otra contracción. Ahora podrá comprobar por sí misma cuánto se puede fiar de Lian, piensa Xifeng, pero Ping'er, que pide un poco de agua, apenas parece notar la marcha de su marido.

Las horas pasan lentamente, solo interrumpidas por las visitas de Otoño y Ganso Blanco para preguntar por los progresos del parto. Xifeng sale en una sola ocasión de la habitación, a eso de las diez, para ir al cuarto de baño y enviar un mensaje a la nodriza para que espere en el otro dormitorio. Por fortuna, Ping'er cae en un ligero sueño una hora después de la medianoche. Xifeng se tumba a su lado en el *kang* y se duerme de inmediato. Se despierta al oír los gemidos de Ping'er. La muchacha tiene los ojos cerrados, pero está claramente despierta. Presenta un aspecto terrible, con unas enormes ojeras azuladas y el labio inferior agrietado y ensangrentado.

Observando a la parturienta, Xifeng nota que hay un cambio en el ritmo de las contracciones. Aparecen con más frecuencia, y son más largas e intensas que antes. La parturienta comienza a gemir y a gruñir a voz en grito. Xifeng se fija en las gotitas de sudor que asoman encima de sus labios. Cuando Ping'er ve que Xifeng está despierta, dice entre jadeos:

–No puedo soportarlo más.

Xifeng le agarra la mano. Sus dedos, fríos y húmedos, se aferran a los suyos.

–Creo que ya casi está –dice Xifeng.

Se baja corriendo del *kang* y se acerca hasta la matrona, que está dormitando junto a la estufa, y sacude a la anciana por los hombros.

–¿No cree que ya casi es la hora?

La anciana Ma se despierta de un respingo, asustada. Frotándose los ojos, se acerca a Ping'er y se agacha para examinarla bajo las sábanas.

–Ya estás abierta del todo. ¡Empuja!

El tiempo parece adoptar un ritmo diferente. Ping'er se tensa, como si intentara levantar un peso aplastante. Su cara se pone colorada como un tomate, las venas de sus sienes asoman oscuras. La matrona se arrodilla sobre el *kang*, separando las rodillas de Ping'er. Le grita que empuje y le deja que retome el aliento durante unos segundos, antes de empezar a gritar de nuevo. Xifeng se inclina, esperando ver la cabeza del bebé asomando, pero no distingue nada distinto a lo que veía antes. Ping'er empuja y empuja, casi llorando, pero no parece servir de mucho.

De repente, la anciana grita. Xifeng ve un círculo negruzco del tamaño de un champiñón entre las capas de color rojizo.

–¡Empuja! ¡Empuja! ¡Empuja! –grita la anciana Ma.

El círculo se agranda, ya tiene el tamaño de un huevo de ganso. Luego, de forma repentina, toda la cabeza pasa, y la partera se arrodilla para ayudar a los pequeños hombros cubiertos de líquido viscoso a salir del cuerpo de Ping'er, hasta que el bebé entero acaba en sus manos, mientras Ping'er aúlla y tiembla de dolor.

Xifeng se acerca y ve que no hay pene entre las piernas huesudas que se retuercen débilmente. Casi no puede creer que sea una niña, tras todos estos meses de suspense. Agotada, se derrumba en una silla. Se encontraba poseída por la amarga certeza de que el bebé sería un varón, algo que habría reforzado para siempre la posición de Ping'er tanto en el corazón de Lian como en la casa.

–Está bien –dice la matrona, empujando a Ping'er para que vuelva a acostarse sobre el *kang*–. Ya puedes descansar.

Ping'er levanta la cabeza.

–¿Es niño?

–No. Es una preciosa *guixiu*. –La anciana Ma utiliza el término eufemístico que significa «belleza de los cuartos interiores» en lugar de la palabra «niña».

–Vaya. Lian tenía muchas ganas de un varón –dice ella con voz débil, recostándose de nuevo con un pequeño suspiro. Abre los ojos y estira los brazos–. ¿Puedo tenerla en brazos?

–Un minuto.

La anciana ha cortado el cordón y lleva al bebé a una palangana cerca de la estufa. Es una cosa fea, con la piel llena de manchas y la cabeza afilada terminada en una punta roma. Xifeng siente un acceso de lástima por la criatura indefensa, venida a este mundo solo para sufrir.

–¿Por qué no llora? –pregunta Ping'er desde el *kang*.

–A veces tragan mucha agua durante el parto, especialmente cuando son largos como el suyo. Espere a que la seque, y le daré unas palmaditas en la espalda... ¡Ya veremos si entonces no llora!

La anciana se pone al bebé en las rodillas y le da unas palmadas en la espalda, tan bruscas que Xifeng pone un gesto de dolor. La pequeña gimotea y se retuerce un poco. Tras unos cuantos golpes, empieza a llorar débilmente.

–¿Le pasa algo en los pulmones? –pregunta Xifeng, al mismo tiempo que la matrona pregunta:

–¿Cómo la van a llamar?

–Lian tendrá que consultar a un astrólogo para elegir un nombre que le dé suerte –dice Ping'er.

–Me refería, evidentemente, al nombre de leche –dice la anciana Ma, envolviendo al bebé en un pañal–. Eso seguro que lo puede elegir usted sola.

–Supongo que tiene razón. Creo que la llamaré Qiaojie. – Ping'er estira los brazos–. Acérquemela ya.

La partera entrega al bebé a Ping'er, que está tumbada en una postura incómoda, con el recién nacido sobre el pecho. Se fija en que Xifeng sigue allí, en pie.

–¿Me ayudas a sentarme?

Xifeng se sube al *kang* y le ayuda a incorporarse hasta quedar sentada.

–Gracias –dice contemplando a la pequeña–. ¿A que es bonita?

Xifeng se arrodilla junto a Ping'er. Aunque no la llamaría precisamente bonita, la recién nacida está ahora más presentable, después de haberla lavado y de haber tapado sus escuchimizados miembros de mono. Xifeng se agacha y observa la carita hinchada y cubierta de granitos. Con cuidado, le toca una mano. Para su sorpresa, el bebé la abre y aferra su dedo. Su piel es cálida y húmeda, y se agarra con una fuerza sorprendente.

Ping'er se ríe y bromea:

–¡Vaya! ¡Qiaojie! ¿Ya conoces a la tía Xifeng?

Xifeng tira más fuerte de su dedo, y Qiaojie sigue agarrándolo. La actitud de Ping'er la desconcierta; es como si ahora, después del parto, estuvieran otra vez tan unidas como antes. Ping'er mece a Qiaojie suavemente de un lado a otro, hundiendo los labios en el pelo suave y escaso de la pequeña.

–Oh, qué bien huele. –Saca los pies de la niña de debajo de la manta y toca los diminutos dedos. Levanta la vista y le pregunta a Xifeng–: ¿Quieres acunarla?

Xifeng titubea, pero luego estira los brazos para sostener a Qiaojie. La recién nacida es increíblemente ligera. Apenas sabe qué hacer con ella. Mueve los brazos de un lado a otro, igual que hizo su madre, canturreando:

—Qiaojie, Qiaojie.

Los ojos del bebé se abren de golpe, primero uno y después el otro. Son negros como el carbón y están llenos de brillo, como los de Baoyu.

Ping'er se ríe encantada.

—¡Mira! ¡Ya conoces a tu tía!

Xifeng no puede evitar sonreír. Sus ojos se llenan de lágrimas. Antes de que pueda secárselos, una cae sobre la nariz del bebé, que empieza a lloriquear de nuevo.

—¿Estás llorando? No me lo puedo creer —dice Ping'er, con su antigua jocosidad.

La nodriza entra en la habitación, frotándose los ojos a causa del sueño. Probablemente ha oído el llanto del bebé. Se acerca al *kang*.

—¿Me llevo ya al bebé?

—¿Quién es esta? —pregunta sorprendida Ping'er cuando Xifeng se baja del *kang* con el bebé.

De repente, Ping'er comprende. Grita con voz ronca, sentándose en la cama:

—¡No, *jiejie*! ¡No!

Xifeng se queda paralizada al escuchar la palabra *jiejie*, que significa «hermana mayor». Es el nombre con el que Ping'er se dirigía a ella cuando eran niñas. Al hacerse mayores y venir a Rongguo, comenzó a llamarla «ama», igual que las demás criadas. Sospechando que Ping'er está intentando manipularla, se vuelve y la mira. En el rostro ojeroso de Ping'er, la incipiente comprensión de lo que está sucediendo lucha contra su incredulidad. Hay sorpresa e incertidumbre, pero todavía no ira ni reproche. Como alguien a quien acaba de morder su perro favorito, el primer impulso de Ping'er, antes de asimilar lo sucedido, es calmar y acariciar a la criatura con su mano herida. Xifeng pensaba que el vínculo que la unía a Ping'er llevaba tiempo roto; no tenía nada que perder. Ahora, al mirarla, comprende que toda la hostilidad de los últimos meses no ha hecho mella. Ahí sigue el cariño de siempre. Xifeng solo tiene que volver a él.

La nodriza está a apenas un paso. Si Xifeng le entrega al bebé, podrá resarcirse hasta del último gramo de la humillación y el dolor que le han infligido Lian y Ping'er. Sin embargo, en vez de hacerlo, se gira y devuelve a la criatura a los brazos de su madre, que prorrumpe en lágrimas. Xifeng, por su parte, se aleja con los ojos secos. ¿Cómo va a sobrevivir en este mundo si no es capaz de endurecer su corazón?

Daiyu se sienta a esperar a Baoyu. Lleva tres o cuatro días sin venir, de modo que confía en que la visite esta noche. Cuando dan las once y sigue sin presentarse, deja a un lado el libro de poesía que estaba leyendo y, desencantada, apaga de un soplido la lámpara y se mete en la cama. Se queda dormida casi al instante, pero en cierto punto de la noche se despierta y encuentra a Baoyu sentado a su lado en la oscuridad.

–Al final has venido –susurra–. ¿Por qué vienes tan tarde?

–Estaba en una fiesta en casa del príncipe de Pekín y se pusieron a hablar de la situación política. –Cambia de postura para sentarse a apenas un palmo de su cabeza, con las rodillas apretadas contra el pecho.

–¿Qué han dicho?

–La salud de su alteza está empeorando rápidamente, pero todavía no ha llamado al príncipe Yinti para que regrese del frente tibetano.

–¿Eso qué significa? –Notando la excitación en la voz del muchacho, Daiyu se incorpora apoyándose en los codos.

–Bueno, si el príncipe Yinti no regresa para cuando su alteza deje este mundo, habrá más de un príncipe que desee hacerse con el trono.

Daiyu se sienta y se frota los ojos.

–¿Y por qué su alteza no nombra al príncipe Yinti su sucesor legítimo?

–Nadie sabe el motivo. No puedo entender por qué no lo hizo hace ya siete u ocho años, cuando desheredó al príncipe Yinreng. Seguramente sabe que si los príncipes terminan peleando por el trono, habrá derramamiento de sangre, o, Dios no lo quiera, una guerra civil.

–¿En serio? –Daiyu lo mira en la oscuridad, de pronto un poco asustada.

–Es posible. La verdad es que no lo sé.

–¿Crees que nos afectará? –Allí, en los cuartos interiores, se siente tan aislada del mundo exterior que le resulta difícil imaginar que la situación política pueda afectar de alguna manera a su vida cotidiana.

Baoyu guarda silencio durante mucho más tiempo del que cabría esperar. Al final, tras más de un minuto, menea la cabeza y afirma:

–No lo creo. Mi padre no se implica en este tipo de cosas. No pertenece a ninguna facción, y no tiene vínculos cercanos con ningún príncipe imperial.

Daiyu siente que, a pesar de todo, Baoyu está inquieto.

–Entonces ¿qué pasa?

–Que no sé qué sucederá.

Baoyu guarda silencio. La joven puede vislumbrar su perfil en la tenue luz de la luna que se cuele por la ventana, y ve que tiene la mirada perdida al frente, con un gesto sombrío. Deseando consolarlo, alarga el brazo y aferra su mano. Baoyu entrelaza sus dedos con los suyos y le da un suave apretón.

–No pasa nada. No pretendía asustarte.

Baoyu no suelta su mano, sino que se la acerca a sus cálidos labios, que le hacen un poco de

cosquillas en la piel. Es la primera vez que la toca desde que ella se marchó a Suzhou meses atrás, y siente una extraña sensación trepando por su nuca, tan agradable como inquietante. Suelta su mano y dice:

–No debería haberte despertado. Mañana estarás cansada.

Se mueve hacia la ventana. De repente, Daiyu se siente privada de lo que estaba aguardando.

–¿No vas a besarme? –le espeta. Sus propias palabras hacen que le arda la cara de vergüenza. Oye a Baoyu reír suavemente.

Al momento, el joven está de nuevo en el *kang*, a su lado. La envuelve entre sus brazos, acercándola. La besa una vez, largo rato, en los labios, y luego se va.



Al principio, Xifeng intenta conciliar el sueño a pesar del llanto que oye a su lado en el *kang*. Se da la vuelta, poniéndose una almohada sobre la cabeza para ahogar el ruido, y logra dormirse de nuevo. Pero el sonido del llanto a pleno pulmón de Qiaojie termina por penetrar en sus oídos. Se gira y ve al bebé retorciéndose, con la cara colorada y las manos cerradas en unos puños diminutos. Son las seis de la mañana, falta una hora para el desayuno. Ping'er, al otro lado de Qiaojie, está repantigada, profundamente dormida, con la túnica todavía abierta de la última vez que amamantó a la pequeña.

Xifeng agarra una bata y sale tambaleándose al patio con Qiaojie para que Ping'er pueda dormir. En cuanto la toma en brazos, el llanto ensordecedor de la pequeña se reduce a un suave gimoteo. Xifeng pasea de un lado para otro, flexionando las rodillas para producir los saltitos que tan soporíferos le resultan a Qiaojie. Mira al otro lado del patio, hacia la habitación en la que Lian lleva durmiendo solo desde que nació la niña. O al menos se supone que duerme solo, pues últimamente Xifeng ha empezado a sospechar que comparte su cama con Otoño. Vuelve a dirigir la mirada a la boca medio abierta y los párpados temblorosos de la niña. Ping'er insiste en que será guapa cuando crezca, pero por el momento Xifeng no ve ninguna prueba de ello. Sin embargo, tiene que reconocer que la pequeña es graciosa, con sus cejitas con forma de media luna y su nariz chata de diminutos agujeros. Ahora tiene los ojos cerrados y su respiración es plácida y constante. Con un suspiro de alivio, Xifeng se sienta a descansar en las escaleras principales. Disfruta de ese raro momento de paz y siente una inesperada felicidad. Aunque el bebé no es suyo, Qiaojie, con sus pañales y eructos, su necesidad de que la bañen y la acunen, ha apartado un poco a Xifeng del monótono mundo de sumas y libros de cuentas. Siente el bulto ligero y cálido en su regazo, vivo y con aliento. Sin abrir los ojos, saca una de las manitas de Qiaojie de entre las telas que la envuelven. Como siempre, le sorprende la suavidad aterciopelada de su piel. Palpa con los dedos los hoyitos de cada nudillo y el pliegue más grande de la muñeca.

Se queda allí descansando con los ojos cerrados hasta que el bebé comienza a sollozar de nuevo. El sol le dice que ya casi es la hora de que se prepare para ir a los aposentos de la dama Jia. Regresa al apartamento y deja a Qiaojie junto a Ping'er.

–Siento despertarte. Creo que tiene hambre otra vez.

–Gracias por acunarla –murmura Ping'er. Medio dormida, lleva a la pequeña hasta su pecho,

enroscando su brazo alrededor del bebé.

—¿Cómo ha dormido esta noche?

—Mucho mejor. Solo tomó el pecho tres veces. Creo que ya saca más leche.

Xifeng mira a Qiaojie, y se fija en la comisura de su boca, arrugada mientras chupa rítmicamente. Le preocupa un poco que la pequeña no esté creciendo tan robusta y vigorosa como debiera. A veces, incluso le sorprende descubrir cierta languidez en ella, lo cual resulta extraño en un recién nacido. Mientras se prepara para servir el desayuno en los aposentos de la dama Jia, se dice que cuando Qiaojie coma más, dormirá mejor y se volverá más activa.

Su buen humor dura hasta el final del desayuno. Tío Zheng, al levantarse de la mesa, dice:

—Lian, quería preguntarte, ¿has visto últimamente a Jia Yucun?

Xifeng deja de apilar tazas para escuchar.

—No. ¿Por qué? —responde Lian, encogiéndose de hombros.

—Antes venía de visita a todas horas, pero hace una temporada que no pasa por aquí. Me preguntaba si estaría enfermo o algo parecido.

—No que yo sepa. Tal vez ahora que es subsecretario del presidente de la Junta de Guerra está demasiado ocupado como para relacionarse con nosotros.

Xifeng se agacha frente al *tansu* para que nadie pueda ver la expresión de su rostro.

A veces, en algún momento aislado, se ha preguntado qué será de Yucun. Incluso se ha preguntado si le sería posible citarse con él en algún lugar fuera del palacio, como sugirió él, pero teme que con ello solo conseguiría que el muchacho la importunase para volver a verla. Ahora que está tan felizmente absorta cuidando de Qiaojie con Ping'er, ya no desea correr esos riesgos. Sus sentimientos por él son como un corte en el dedo. Solo duele cuando se roza con algo.



Daiyu recorre la orilla del lago, intentando sacudirse de encima el desasosiego que la invade desde la visita de Baoyu la noche anterior. Pasa bajo la pérgola, con sus enredaderas de rosas blancas y rojas, en dirección al extremo más alejado del lago. Durante tres meses, sumida en el dolor por la muerte de su padre, se ha conformado con no cuestionar la naturaleza de las visitas de Baoyu, y se ha limitado a aceptar el consuelo de su presencia. El beso de la víspera, sin embargo, le ha hecho recordar aquella noche, antes de partir para Suzhou, en la que Baoyu habló de casarse con ella. Entonces se lo tomó como una broma, y no se había tomado la molestia de preocuparse por ello. Pero desde la noche pasada una esperanza jubilosa se adueña de ella, aunque por otra parte no logra deshacerse de una sensación agorera: no tiene dote, no tiene familia y, por si fuera poco, no le cae nada bien a la dama Jia. Recuerda lo mucho que se enfadó la Anciana Dama con su madre por haberse casado con su padre en lugar de con el general Xue. ¿Por qué iba a ser más indulgente con Baoyu?

Siguiendo el camino tras el bosquecillo de bambú moteado, casi se choca con Huan, que está agazapado junto a la orilla.

—¿Qué haces?

Huan le muestra que está colocando cantos sobre hojas de bambú y empujándolos sobre las aguas

para ver si flotan.

–Hoy he terminado pronto mis deberes.

–¿Cómo llevas los estudios? –Daiyu se agacha a su lado para agarrar también una hoja de bambú.

–Mejor. Una vez que quedé como un tonto delante de toda la clase, Baoyu se ofreció para ayudarme con las lecciones que me costaba entender. Desde entonces, acudo a él cuando tengo problemas. Tengo que reconocer que a veces explica las cosas mejor que el maestro.

El corazón de Daiyu se hincha de orgullo.

–¡Cuánto me alegro! ¿Ves? Baoyu quiere ayudarte. –De la emoción, se le cae el canto negro y plano que está intentando poner en equilibrio sobre la hoja.

–Supongo que sí –reconoce Huan–. Pero sigue siendo un presumido.

–No lo es.

–Sí que lo es. Siempre está intentando encandilar a todo el mundo.

–Eso no es verdad.

Huan la observa atentamente. Temiendo que su expresión la traicione, Daiyu aparta la mirada y se agacha para recoger otra piedra.

–Estás enamorada de él, ¿verdad?

–No seas ridículo. –La muchacha siente que se sonroja, pero consigue forzar una carcajada.

–Sí, lo estás. Puedo verlo en tu cara.

–¡Estás soñando!

–Ahora que lo pienso, se nota en cómo lo miras. Todas las chicas se enamoran de él. –Lo dice con tono burlón, como si sus viejos celos por Baoyu se reavivaran–. ¿Qué te ha estado contando para que te pongas así de colorada? No se te ocurra tomarte en serio nada de lo que dice. Ya sabes, tontea con todas las chicas.

–¡Eso no es verdad!

Huan vuelve a mirarla, y luego suelta una risita.

–Bueno, sea lo que sea lo que te haya prometido, no sucederá. Jamás le dejarán casarse contigo. Además –su rostro se enciende de malicia–, ya está prometido.

–¿Qué quieres decir? –Daiyu está demasiado conmocionada como para fingir indiferencia.

–Que se va a casar con Baochai.

–¡Baochai! –Daiyu se refugia en la desconfianza–. Pues no he oído nada de eso...

–La abuela lo arregló todo cuando tú volviste al sur. Lo están manteniendo en secreto.

–Entonces ¿cómo lo sabes?

–Mi padre se lo contó a mi madre, y ella me lo dijo a mí.

Daiyu se queda sin habla. Ahora todo encaja: por eso Baochai se mudó con su madre y ya no come con el resto de la familia. Pero ¿por qué no se lo ha contado Baochai? Incapaz de seguir pensando que Huan miente o se equivoca, pregunta:

–¿Baoyu lo sabe?

–Creo que sí.

Daiyu se da la vuelta y corre por el camino hacia sus aposentos, para que Huan no pueda ver sus lágrimas. Todo encaja a la perfección: oro y jade, la pareja ideal. Jamás podría esperar penetrar en su maravilloso círculo de riqueza y poder. ¿Por qué la ha engañado Baoyu? ¿Por qué se ha aprovechado de su vulnerabilidad tras la muerte de su padre para enamorarla? ¿Cómo ha podido ella llegar a pensar que podría estar con él? Es una chica insignificante, una pariente pobre que vive de la

caridad, y la dama Jia nunca dejará de recordárselo.



La sala del trono está tan repleta de funcionarios que a Zheng le cuesta quince minutos llegar a la puerta. Todos murmuran sobre el último edicto de su alteza, que ordena el regreso del príncipe Yinti del frente. Zheng se cuela por el vestíbulo abarrotado y se abre paso por las escaleras, ansioso por volver a su ministerio para comentar el anuncio con sus colegas. Al final de las escaleras, ve a Yucun y se acerca a saludarlo. Entonces se fija en que el joven está sumido en una conversación con Papá Xia, el cabecilla de los eunucos de la Ciudad Prohibida. El eunuco chambelán está tan pegado a Yucun que sus gruesos labios casi rozan la oreja de su interlocutor.

—¡Hombre, señor Jia! —dice Papá Xia, interrumpiendo su cuchicheo—. Ya no nos vemos casi nunca. —En el pasado, cuando vivía la concubina imperial, Zheng tenía trato frecuente con el eunuco—. ¿Cómo se encuentra su apreciada madre?

Sin embargo, casi sin esperar la respuesta de Zheng, el eunuco chambelán se aleja, volviéndose para hacer un gesto a Yucun y decirle:

—Ya seguiremos hablando en otra ocasión.

Una vez a solas con su joven pariente, Zheng no puede evitar regodearse de que sus predicciones sobre la sucesión estén a punto de hacerse realidad.

—Bueno —dice, posando la mano en el codo de Yucun mientras la muchedumbre los empuja hacia la puerta principal—. El príncipe Yinti seguramente estará de vuelta en la Capital dentro de seis o siete semanas.

—Sí.

—Y entonces su majestad lo nombrará su sucesor.

Yucun no responde.

Zheng se fija en que el joven no tiene buen aspecto. Presenta mal color, y ha perdido peso.

—¿Ha estado enfermo? Llevo mucho tiempo sin verlo.

—No, no. —Como Zheng sigue mirándolo con gesto de preocupación, añade—: Solo estoy recuperándome de un episodio de gripe intestinal, eso es todo.

—Debería comer gachas de arroz durante uno o dos días hasta que se limpie su sistema. —Zheng aprieta el brazo del joven—. ¿Está libre? ¿Por qué no me acompaña a Rongguo y cenamos juntos?

—Lo siento. —Yucun sacude la cabeza, e intenta sonreír—. Ahora no puedo ir. Acabo de ver al ministro Nian entre la multitud, y quiero hacerle una consulta acerca de una petición que estoy redactando.

—¿Está seguro de que se encuentra bien?

—Sí, lo estoy.

—Entonces ¿vendrá a vernos en otra ocasión? —Zheng se pregunta si Yucun habrá encontrado a otros funcionarios mayores que le hagan de mentor y ya no necesita su ayuda.

—Sí, en otra ocasión —acepta Yucun, alejándose.

Cuando Daiyu escucha los toques en su ventana cerrada, permanece quieta, resuelta a no moverse ni hacer ningún ruido. Baoyu vuelve a llamar. A continuación, le llega su voz:

–¡Daiyu! ¡Daiyu!

No le contesta. Él la llama más alto y empieza a agitar el marco de la ventana. Finalmente, se pone a gritar:

–¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

Pasado un minuto, Daiyu se levanta de la cama y corre a la ventana, incapaz de cumplir su propósito.

–Por el amor de Dios, ¿quieres callarte? Te van a oír.

–¿Por qué no abres la ventana?

–Vete. No quiero hablar contigo.

–¿Por qué no?

–He dicho que te vayas.

–No hasta que me cuentes qué sucede.

Daiyu regresa a su cama y se mete bajo las mantas.

–¡Daiyu! ¡Daiyu! ¿Puedes abrir la ventana para que al menos podamos hablar?

Daiyu se tapa la cabeza con las mantas.

–Si no abres la ventana, la rompo.

Ella sigue sin moverse.

–Está bien, como quieras.

Daiyu escucha el golpe que propina Baoyu a la ventana, intentando desencajarla de su marco. Corre a la ventana y quita el cierre.

–¡Para!

En cuanto la abre, Baoyu cuelga la cabeza dentro para que no pueda volver a cerrarla.

–¿Qué pasa?

Daiyu no contesta. Con un rápido salto, el chico entra en la habitación y cierra la ventana.

–Cuéntame.

Ahora que ya lo tiene delante, la viva imagen de la inocencia y el desconcierto, en vez de actuar con frialdad y sarcasmo como era su intención, estalla con la voz temblando de rabia:

–¿Por qué no me has dicho que estás prometido con Baochai?

Baoyu permanece en silencio e inmóvil delante de ella. Daiyu intenta ver su cara, pero lo único que puede distinguir es el brillo pálido de la luz de la luna sobre su frente y su nariz.

–Así que te has enterado –dice finalmente Baoyu.

–Sí. Me lo contó Huan. –Se cruza de brazos y sube a la cama, dándole la espalda.

Hay un largo silencio. Daiyu puede sentir que sigue ahí, incómodo, cerca de la ventana. Oye cómo se acerca a la cama. Se acurruca entre las mantas para protegerse mientras él se sienta a su lado en el *kang*. Piensa en decirle que se vaya, pero decide que es más digno guardar silencio.

–Tendría que habértelo contado.

Daiyu no contesta. Tras otra pausa, el joven añade:

–Al principio no estaba seguro, ya sabes. En realidad, nadie me ha dicho nada. Pero me lo figuraba por el modo en que actuaba Baochai.

Cuando pronuncia ese nombre, una llamarada irracional de celos se adueña de Daiyu, que se encoge aún más.

–No quiero casarme con ella. He estado pensando en un modo de escapar de este compromiso.

Daiyu permanece allí, inmóvil. Luego, sin volverse, con toda la maldad que consigue reunir, dice:

–No veo por qué no deberías casarte con ella. Es rica, tiene buenos contactos y está bien educada.

Haríais una pareja encantadora, unos perfectos *caizijiaren*, «la bella y el erudito», como en todas las historias de amor...

Baoyu se inclina sobre ella y la agarra con premura de los hombros, girándola para tenerla de frente.

–¿Por qué me haces esto, Dai? ¿Acaso no sabes lo que siento por ti?

–No, no lo sé –responde ella, apartando su rostro–. ¿Cómo voy a saberlo? ¡Llevas todos estos meses prometido y yo ni lo sabía!

–No quiero casarme con ella. Solo estaba buscando el modo de escapar del enlace...

–Bueno, ¿y qué se te ha ocurrido? –Le agrada lo irónica que suena su propia voz.

–No es tan sencillo. Estaba intentando descubrir si tú me querías...

–Pero ¿por qué no me lo has contado? ¿Por qué me lo has ocultado? –Daiyu se revuelve con tanta fuerza para soltarse que se hace daño en los hombros.

–¿Cómo iba a decírtelo? Te habrías enfadado y no habrías querido volver a verme...

Baoyu intenta volver a abrazarla, pero ella rechaza sus manos.

–No intentes defenderte. Tendría que haber hecho caso de todos los rumores que circulan sobre ti.

–¿Qué rumores?

–Lo de Plata –dice, arrojándole el nombre.

Baoyu se queda mirándola.

–¿Qué pasa con Plata? Ya te conté lo que sucedió.

–No es verdad. ¡Nunca me contaste nada! ¡Fuiste vago y misterioso, igual que con todo! Plata se suicidó, ¿lo sabías? ¡Se suicidó, y fue por tu culpa!

Daiyu le escucha aspirar hondo.

–¿Qué dices?

–Su madre vino y dijo que se había arrojado a un pozo.

–¿Cuándo?

–Hace más de dos meses, el Día de Barrer las Tumbas. Tu amorcito, Baochai, nos pidió a todas que no lo contáramos. No quería que te sintieses mal por lo que habías hecho.

Baoyu guarda silencio. En lugar de defenderse, hunde su rostro entre sus manos.

–¿Cómo puede haber acabado así? –dice. Daiyu nota en su voz que está llorando–. No pasó nada, pero la abuela se enfadó mucho. ¿Cómo puede haber acabado así?

Las lágrimas del chico la aplacan un poco, pero vuelve a retarlo:

–¿Qué quieres decir con que no pasó nada?

Baoyu aparta sus manos del rostro, y Daiyu puede ver el brillo de las lágrimas en sus mejillas.

–Mi padre creyó que yo la forcé. Lo único que hice fue besarla, ¡y ella no se resistió! Luego la abuela se enfadó y la despidió. Eso fue lo que pasó, y bien sabe el cielo que después me culpé por haberle causado un problema tan grande.

Daiyu jamás creyó en serio que Baoyu fuera capaz de forzar a nadie, pero la frase que ha usado le duele en el alma.

–¿Eso es lo que dirás de mí, que lo único que hiciste fue besarme?

–¿Piensas que contigo es igual que con Plata?

–¿Qué quieres que piense, si ni siquiera me has contado que estás prometido?

–Con Plata solo estaba tonteando...

–¡Lo mismo que haces conmigo!

–Yo no he tonteado contigo. ¡Te amo, y quiero casarme contigo!

Daiyu se siente invadida por la alegría, pero luego recuerda lo poco que significan esas palabras, teniendo en cuenta que Baoyu ya está prometido en matrimonio a Baochai.

–¿Por qué debería creerte? Me... me insultas viniendo aquí y colándote en mi dormitorio, y... –No es capaz de pronunciar la palabra «besándome» después de lo que él acaba de decir sobre Plata–, y en todo momento sabías que ibas a casarte con otra.

Baoyu la mira con los ojos entrecerrados durante un instante, aparentemente incapaz de hablar a causa de la ira. Luego se da la vuelta y, antes de que Daiyu pueda comprender lo que está haciendo, el muchacho se saca el cordón de su jade por la cabeza y deposita la piedra fría y dura sobre la palma de su mano.

Instintivamente, Daiyu retrocede.

–¿Qué estás haciendo?

–¿Tú qué crees? Te regalo mi jade.

–¿Estás loco? –Daiyu se lo devuelve.

–No, estoy más cuerdo de lo que nunca he estado en mi vida. Quiero que lo tengas tú.

Agarra la mano de Daiyu y presiona con fuerza sus dedos para cerrarlos alrededor de la piedra.

–¿Por qué? –Daiyu intenta apartar su mano.

–Como una promesa. Quiero que lo lleves hasta que consiga romper mis esponsales.

Daiyu empieza a temblar.

–Pero eso es imposible. ¿Cómo demonios vas a hacerlo? La Anciana Dama nunca dará su consentimiento.

–Hablaré con mi padre primero. Y luego, si eso no funciona, le pediré a Xifeng que interceda ante la abuela por mí. Y si eso tampoco funciona, yo mismo le suplicaré a la Anciana Dama.

–Dudo que acepten. A la abuela no le caigo bien, y a Xifeng tampoco...

–No importa. No pararé hasta que acepten. Y hasta que eso suceda, quiero que lleves esto.

–No puedes deshacerte del jade. –Intenta devolvérselo–. Es tu amuleto de la buena suerte. Casi forma parte de ti.

Baoyu no responde. En su lugar, pasa el cordón por el cuello de Daiyu, con cuidado de no engancharlo en su pelo.

–Llévalo por debajo de la blusa. Es mejor que nadie lo vea.

–A ti ni siquiera te gusta –dice ella, medio llorando, medio riendo.

–Ahora sí que me gusta. –La atrae hacia sí y hunde su rostro en su pelo–. Me gusta porque es lo único que puedo darte que es mío de verdad.

Aunque el *kang* está apagado y lo han cubierto con frescas esteras de bambú, Baochai se despierta de la siesta pegajosa e incómoda. El calor del verano ya ha hecho su aparición, y ella tiene la boca y los labios reseco debido al ambiente cargado y bochornoso. Observa a su madre, que duerme a su lado. La señora Xue tuvo una terrible jaqueca la noche anterior, y Baochai se quedó en vela con ella hasta la una de la madrugada. Ahora se siente pesada y adormilada, pero se levanta, se viste y se arregla el pelo. Sale al salón y se sienta en el *kang* con su bordado. Cose durante unos minutos, pero siente tanto calor y apatía que tiene la tentación de volver a dormir. Mientras intenta sacudirse el letargo, decide caminar hasta la casa de Tanchun para ver qué hacen las otras chicas.

Encuentra a las Dos Primaveras y a Daiyu en el salón de Tanchun, escuchando las historias que les cuenta una de las ayas más viejas. Todas se han quitado los vestidos y están sentadas sobre el *kang* con túnicas ligeras y calzas. A Baochai le sorprende que Daiyu haya realizado el esfuerzo de visitar a las otras; últimamente, parece más animada. Cuando se sube al *kang*, Daiyu le ofrece una sonrisa y deja sitio para que se siente entre ella y Xichun. Baochai se acomoda y comienza a escuchar a la anciana con su marcado acento de Hubei. Por su aspecto debe de ser una de las sirvientas de más edad del palacio —probablemente tenga más de sesenta años—, y está hablando sobre el gran incendio que destruyó amplias áreas de la Capital más de cincuenta años atrás. El aya no era más que una niña en aquel entonces, dice, pero lo recuerda todo con nitidez: la pared de llamas, tan alta como el árbol más elevado, que avanzaba barriendo y devastando la ciudad, saltando de edificio en edificio, de calle en calle; el constante crepitar, tan fuerte que no dejaba oír ni un grito a apenas unos pasos de distancia. Con gestos vivos y expresiones dramáticas, la mujer narra que las vigas se partían encima de sus cabezas y las ventanas de papel ardían repentinamente debido al intenso calor. Cuenta que la gente corría y se arrojaba presa de la desesperación a estanques, ríos y cualquier superficie de agua que encontraban. Baochai no disfruta con estos relatos, y se niega a escuchar historias de fantasmas: sospecha que la anciana se aprovecha de la credulidad de su público para exagerar. Atiende con cortesía, pero se permite mostrar una ligera sonrisa en sus labios para expresar su incredulidad.

A su lado, Daiyu guarda silencio, totalmente absorta en el relato. Observa al aya Chen, con los ojos abiertos como platos a causa del terror, mientras acaricia con los dedos algo pequeño y redondo que lleva bajo la túnica, por debajo de su garganta. Baochai lo adivina al instante: es el jade. Daiyu no posee joyas. Baoyu debe de habérselo regalado como prenda. Se dice que quizá está siendo demasiado fantásica, pero no puede apartar la idea de su cabeza.

Incapaz de seguir allí sentada, Baochai se baja del *kang*. Daiyu aparta su atención del relato de aya Chen.

—¿Adónde vas? ¿No quieres oír más historias?

—Tengo que ir a ver si mi madre se ha despertado.

—Me gustaría que te quedaras. Siento que ya casi no nos vemos.

Baochai fuerza una sonrisa.

—Entonces ¿por qué no vienes a visitarme mañana por la tarde?



Al entrar en casa de la dama Jia para desayunar, Daiyu se encuentra con Ganso Blanco en el salón.

–Dichosos los ojos que la ven –dice Ganso Blanco con una sonrisa–. ¿Por qué ya no viene temprano a verme como antes?

A Daiyu le avergüenza confesarle a su amiga que no es capaz de levantarse pronto porque Baoyu se queda hasta muy tarde cuando la visita por las noches. Pero al advertir el gesto preocupado de Ganso Blanco, siente la necesidad de compartir con ella su felicidad.

–Ven al patio conmigo. Quiero contarte un secreto –susurra.

Salen a la veranda y, protegidas por el trino de los pájaros, Daiyu le habla de las visitas secretas de Baoyu, le cuenta que se ha enterado de sus esponsales con Baochai, y que el muchacho le ha regalado el jade para tranquilizarla y le ha prometido que se casará con ella. Está tan atolondrada debido a la emoción que no se fija en la expresión grave de Ganso Blanco hasta el final de su perorata.

–¿No le había dicho yo que tuviese cuidado con Baoyu? –dice Ganso Blanco.

–No, creo que no –bromea Daiyu–. Pero no es lo que parece. Me ha dado su jade. –Daiyu echa un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no hay nadie rondando cerca, y luego se acerca a Ganso Blanco y saca el jade de debajo de su blusa.

En lugar de tranquilizarse, Ganso Blanco contempla la piedra como si fuera una serpiente venenosa.

–Aparte eso –le chista.

Daiyu vuelve a ocultarlo bajo su blusa.

–Ahora, escúcheme. –Ganso Blanco agarra la mano de Daiyu y la mira fijamente a los ojos–. Tiene que devolverle el jade, y romper con Baoyu. Él no debe visitarla por la noche nunca jamás. ¿Cómo no me di cuenta de que dejarla vivir sola en esos aposentos sin nadie para vigilarla terminaría causando problemas?

Daiyu nunca ha visto a Ganso Blanco hablar con esa insistencia.

–Pero ¿no lo ves, Ganso Blanco? Baoyu no está tonteando conmigo. Al regalarme el jade, está dando a entender que soy la persona con la que quiere compartir su vida...

–Tiene que devolvérselo –repite Ganso Blanco, sin hacerle caso–. Usted no entiende en qué líos puede meterse si alguien se entera...

–Pero yo quiero que se enteren. Baoyu va a hablar con tío Zheng y con la Anciana Dama.

–¡Hablar con ellos! ¿De verdad cree que eso servirá de algo? Está claro que quieren casarlo con alguien rico y poderoso, como Baochai.

–¿Qué más dará eso? Ellos ya son lo bastante ricos y poderosos.

–Por ese mismo motivo quieren que se case con otra persona rica y poderosa.

–Pero ¿no crees que a la dama Jia le importa la felicidad de Baoyu? Ella lo quiere mucho. Si él logra convencerla de que el único modo de que sea feliz es conmigo...

–La única persona a la que quiere la dama Jia es a sí misma.

–Pero ¿y si aprueba los exámenes? ¿No se darán por satisfechos y le dejarán casarse con quien le apetezca?

–Si aprueba los exámenes, necesitará una esposa rica y poderosa para ascender... –Ganso Blanco se interrumpe de repente, como si se le hubiera ocurrido una idea nueva–. ¿Y qué pasa con Baochai?

–Oh, a ella no le importará –afirma Daiyu con seguridad–. Pronto la prometerán a otro, siempre que pertenezca también a una buena familia.

Ganso Blanco menea la cabeza.

–Nadie quiere pasar por la humillación y las preguntas incómodas que conllevan unos esponsales rotos.

–Pero no tiene por qué pasarlo tan mal, porque, para empezar, el compromiso se ha mantenido en secreto. Además, no se puede decir que Baochai quiera demasiado a Baoyu.

–¿Qué le hace estar tan segura de que no lo ama?

Daiyu se limita a sonreír. Ganso Blanco no conoce a Baochai tanto como ella. ¡Está claro que solo se casa con Baoyu porque su madre concertó el enlace! A Daiyu le resulta inconcebible que Baochai sienta algo por él.



Antes de que llegue Daiyu, Baochai le pide a Oriole que caliente agua. Hace que la doncella prepare jabón, una red para el pelo, toallas limpias y una botella de aceite de flores. Su madre, que ha sufrido otra migraña, sigue durmiendo en la habitación del fondo.

Cuando Daiyu se presenta, Baochai la saluda afectuosamente, y luego comenta con una sonrisa:

–Hace un día tan hermoso y soleado... Me iba a lavar el pelo. ¿Quieres aprovechar y lavártelo tú también, ya que lo tengo todo listo?

Daiyu sonríe, aparentemente complacida con la simpatía de Baochai.

–Qué buena idea.

Baochai le pide a la doncella que disponga la jofaina en una mesita en un sitio en el que dé el sol, cerca de la puerta abierta. Luego se dirige a su tocador para quitarse las pulseras y remangarse.

–¿Empiezas tú?

–No, claro que no. Después de ti.

–No hace falta que seas tan educada. –Se ríe Baochai–. Tú primero.

La joven insiste, y finalmente Daiyu cede. Le pone una toalla sobre los hombros y comienza a quitarle los alfileres del pelo.

–Puedo hacerlo yo.

–¡Santo cielo! ¿Por qué estás siendo hoy tan educada? Es más fácil que te lo hagan. Además, soy muy buena dando masajes de cabeza, ¿recuerdas? Te lavaré el pelo, y luego me lo lavas tú a mí.

Daiyu se sienta en un taburete junto a la jofaina, y Baochai le desenreda los nudos del pelo con su propio peine. Se fija en que es muy distinto al suyo. El de Daiyu es fino y negro como la tinta. Los mechones enredados son tan delicados que tiene que poner atención para no arrancarlos. El pelo de Baochai, por su parte, es áspero y grueso, con tintes castaño rojizo. Cuando por fin consigue pasar el peine sin resistencia por los largos y sedosos mechones, le pide a Daiyu que se levante e incline la cabeza sobre la palangana.

–Me da miedo salpicar tu blusa. ¿Te la puedes desabrochar un poco para que no se moje? –pide.

–Claro.

Daiyu se abre el cuello ceñido de la blusa, desabrochando los tres botones de arriba, para poder doblar el tejido y apartarlo del cuello. Se inclina sobre la jofaina, lanzando el pelo por detrás de la coronilla para que caiga sobre el agua. Sin sorprenderse demasiado, Baochai ve el jade que cuelga del conocido cordón negro y dorado alrededor del cuello de Daiyu. Se alegra de que la otra no pueda ver su cara. Qué extraño, piensa, que tenga un romance con Baoyu –que él le haya dado su jade no puede significar otra cosa–, pero que al mismo tiempo sea capaz de mirar a Baochai a la cara y recibir favores de ella, sin un aparente sentimiento de culpa ni vergüenza.

Junta las palmas y echa agua sobre el pelo de Daiyu; luego frota jabón en su cuero cabelludo, usando las uñas para que el aceite llegue a las raíces. A veces las clava en la piel con más fuerza de lo normal. En más de una ocasión siente que Daiyu hace un gesto de dolor bajo sus manos. Tras someter a su cabeza a un frotado inclemente, mete el pelo en la jofaina para aclararlo. Siente que Daiyu se relaja mientras le echa el agua tibia por la cabeza. Bajo la marcada raya del pelo, la joven posee una piel blanca como la nieve y perfectamente suave. Su cuello surge largo y esbelto desde la graciosa curva de sus hombros. Los hombros de Baochai, en cambio, son fofos y están cubiertos de granos, y el cuello es corto. Quizá, si fuese tan bonita como Daiyu habría conseguido atraer la atención de Baoyu.

Al mirar ese cuello, se imagina que él lo habrá tocado y besado y se llena no de celos, sino de repugnancia. No alberga dudas de que esas escenas suceden realmente, pues sospecha que Baoyu se cuelga en su dormitorio al amparo de la noche. Ahora, el carácter liberal de Daiyu, que antes le gustaba, le resulta peligroso. Ha roto la confianza que la familia había depositado en ella, malogrando con su inmoralidad la dignidad y la rectitud de la casa, así como sus propios sentimientos. ¿Es que no entiende que pertenecer a un gran palacio es como estar colgada en una tela de araña? No es posible mover un músculo sin sentir que al hacerlo se tira de los hilos, sin saber que los movimientos producen un eco a lo largo y ancho de toda la estructura. ¿Es que no se da cuenta de que, sin esos hilos invisibles que la mantienen a salvo en las alturas, se caerá irremisiblemente?

Retuerce el pelo de Daiyu para escurrirlo, y luego le hace un recogido.

–Así mejor, ¿verdad? Ahora me toca a mí.

Baoyu apenas ha pegado ojo la noche anterior, tras regresar a hurtadillas a su habitación después de visitar a Daiyu. Está resuelto a abordar a su padre después de la cena, antes de que llegue su maestro para darle clase. Le da miedo hacer que se enfade, pero a pesar de sus constantes conflictos confía en su padre más que en cualquier otro miembro de la familia. No es de esas personas que muestran favoritismos. A pesar de su temperamento intempestivo y de sus ideas anticuadas, Zheng tiene principios. Con esta decisión en mente, Baoyu permaneció despierto hasta el alba, ensayando varios discursos, intentando hallar el modo de hacer entender a su padre que casándolo con Baochai solo conseguirá una vida de miserias para ambos, y también para Daiyu.

A la hora de la cena, su padre no se presenta. Su ausencia no es algo inusual. Lo extraño es que no haya enviado un mensaje excusándose y diciéndoles que empiecen sin él. La Anciana Dama retrasa la cena tres cuartos de hora, refunfuñando en todo momento, hasta que al final se impacienta y ordena que sirvan la comida. Para entonces, todo el plan de la noche se ha echado a perder. Entra un paje para anunciar la llegada del profesor, y Baoyu tiene que marcharse corriendo a su estudio, en la parte exterior de la mansión, sin cruzar una palabra con Daiyu.

No logra concentrarse en las lecciones, y tan distraído está que el tutor amenaza con contárselo a su padre. Al finalizar la clase, sale corriendo hacia los aposentos de su progenitor para buscarlo. Sin embargo, Zheng todavía no ha vuelto. Allí no encuentra más que a tía Zhao, en camisón, jugando a los dados con una doncella.

—¿Mi padre no ha enviado ningún mensaje? —pregunta Baoyu.

—No. —Sin aparente preocupación por el retraso de Zheng, la mujer se baja del *kang*—. ¿Por qué no te quedas aquí a esperarlo? Quinta te puede preparar unos aperitivos y vino.

Baoyu sabe que tía Zhao lo odia y lo difama a sus espaldas, pero en su presencia es dulce como el azúcar. Para no ofenderla, se queda a tomar algo de vino y unos pasteles. Le cuesta entablar conversación con una mujer tan arisca y estrecha de mente. Se esfuerza por sonreír y asentir a lo que ella dice mientras, subrepticamente, observa el avance de las manecillas en el reloj.

Cuando este marca las diez y media, Baoyu se despide con el pretexto de que se va a acostar. Sin embargo, se dirige hacia el portón interior. A esa hora está cerrado, y tiene que llamar a las centinelas para que le abran. Las mujeres lo miran sorprendidas cuando les dice que quiere ir al despacho de su padre. Una vez allí, enciende la lámpara en la estancia vacía y silenciosa y se dedica a examinar las pertenencias de su padre para distraerse de sus preocupaciones. En una esquina del escritorio ve un libro muy desgastado. Con cuidado de que el marcapáginas no se caiga de su sitio, descubre que es un ejemplar de Mencio. Se ve obligado a sonreír. La mayoría de los funcionarios, una vez aprobados los exámenes, nunca vuelven a abrir los clásicos; pero ahí está su padre, leyendo a Mencio en su tiempo libre.

Por fin oye pisadas al otro lado de la puerta y mira el reloj. Es casi medianoche.

—Padre, tengo que hablar contigo... —comienza a decir, pero se detiene al ver la expresión de su rostro—. ¿Qué sucede? ¿Por qué has vuelto tan tarde?

El hombre no contesta. Baoyu le acerca una silla.

—Toma, siéntate.

Zheng se derrumba en la silla, con la mirada perdida al frente. Baoyu hace un esfuerzo por continuar, temeroso de que su coraje le falle.

—Debo hablar contigo acerca de algo importante. Quiero romper mis esponsales con Baochai y casarme con Daiyu. No quiero a Baochai. Si no me caso con Daiyu, se me partirá el corazón y...

El hombre sacude la cabeza, alzando ambas manos, en un intento por detener las palabras de su hijo.

—¿Qué pasa? —grita Baoyu—. ¿Por qué no dices nada? ¿Te encuentras bien?

El rostro de Zheng se contrae. Baoyu se fija en que su padre está luchando por no echarse a llorar.

—Padre. —Baoyu se arrodilla y aferra las manos de su padre—. Cuéntame qué sucede.

—Su alteza está muriéndose —responde él tras un silencio.

—¿Qué? Pero si hoy en la escuela he oído que estaba mejorando.

—Sufrió un ataque esta noche, durante la cena.

—¿Y el médico imperial no puede hacer nada?

Zheng hunde el rostro en sus manos y menea la cabeza.

—Dicen que está en coma y que es posible que no vuelva a despertar.

Baoyu permanece allí, sintiendo una extraña indiferencia ante el grave estado del emperador, mientras su mente piensa disparada. El príncipe Yinti todavía no ha regresado a la Capital, por lo que es probable que se produzca una lucha por la sucesión. La perspectiva de que estallen disturbios en la Capital acrecienta su determinación por resolver el asunto de su compromiso, a fin de poder proteger a Daiyu si algo sucede.

—Padre.

Zheng lo ignora, sollozando.

—Padre, sé que estás preocupado por su alteza. Yo también lo estoy. Pero esto no puede esperar. Necesito hablar contigo acerca de mi compromiso.

Pasado un momento, Zheng aparta las manos de su rostro y alza la mirada.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me ayudes a romper mis esponsales con Baochai. Deseo casarme con Daiyu.

Zheng tiene la cara roja y abotargada, pero sus ojos hinchados parecen centrarse en Baoyu. Guarda silencio, y luego repite:

—¿Quieres romper tus esponsales?

—Sí.

—¿Y casarte con Daiyu?

—Sí.

Su padre se echa atrás en la silla y cierra los párpados. Parece que le cuesta asimilar el significado de las palabras de su hijo. Un instante después, abre los ojos.

—Lo entiendo, pero este no es momento para hablar de ello. Recuérdamelo más adelante. Ya veré lo que puedo hacer.



Baoyu se cuela en la habitación de su amada y la despierta a besos.

–¿Qué pasa? –pregunta ella, adormilada.

–He hablado con mi padre esta noche.

–¿Sí? –Daiyu se frota los ojos.

–Su alteza ha sufrido un ataque y está en coma.

–Eso es terrible.

–Sí. –Baoyu se mete bajo las sábanas. El aire de la noche se ha vuelto fresco, y el cuerpo de Daiyu le da calor—. Mi padre estaba llorando. Nunca antes lo había visto tan triste.

–¿Qué va a pasar?

–No lo sé. –La rodea entre sus brazos. No quiere preocuparla—. Quizá su alteza aguante hasta que el príncipe Yinti esté de vuelta en la Capital.

–Pero no es seguro que lo haga. –Daiyu levanta la cabeza y lo mira a la cara—. ¿Qué crees que sucederá?

–Nadie puede saberlo. Pero he hablado con mi padre para romper mis esponsales.

–¿Qué ha dicho?

–Estaba muy afectado por lo de su alteza, pero cuando le insistí en el tema dijo que vería lo que podía hacer.

–¿Quieres decir que no se ha opuesto? –Baoyu siente la alegría en la voz de Daiyu.

–No, parecía que no.

–Entonces, eso significa... No me atrevía a albergar esperanzas... –Daiyu lo abraza y entierra la cara en su cuello—. ¡Soy tan feliz!

Una de las cosas que el joven adora en ella es su espontaneidad. Las demás chicas son tan prudentes que nunca se muestran naturales.

Baoyu la estrecha entre sus brazos.

–Pero será mejor que moderemos nuestro optimismo. Todavía tiene que convencer a la abuela –recuerda, aunque él también se siente ebrio de esperanzas.

Allí tumbados y abrazados, Daiyu se acerca a su cara y lo besa, con cierta timidez. Ante el roce de sus labios, suave como el aleteo de una mariposa, Baoyu le devuelve el beso, primero con suavidad y luego con más apremio. Enrosca los dedos en su pelo. Ella responde a sus besos, aferrándose a sus labios. La boca de Daiyu es suave y tiene el ligero sabor agridulce del arroz que ha tomado durante la cena. A continuación se besan de un modo más atrevido, entreabriendo los labios. Baoyu lleva tiempo reprimiendo las ganas de tocarla, pero esa noche ya no puede contenerse. Entierra el rostro en su cabello sedoso, perfumado con aceite de flores, y lanza las manos por su cuerpo, siguiendo el arco de su estrecha cintura y palpando las curvas de su trasero. Al principio la toca de forma vacilante, pero Daiyu lo envuelve entre sus abrazos y lo atrae hacia sí. El joven aumenta su osadía y desliza una mano debajo de su túnica. Escucha cómo Daiyu contiene el aliento.

Sin dejar de besarla, acaricia su vientre terso y el delicado trazado de sus costillas y su columna. Daiyu se incorpora y comienza a desabrocharle el traje. Baoyu se despoja de él y se queda también en túnica y calzas. Se restriega contra su cuerpo, tocando con las manos sus pechos pequeños y puntiagudos. Ella gime y todo su cuerpo se tensa y se sacude contra él. Baoyu afloja el talle de sus pantalones y deja que sus dedos recorran sus caderas delgadas. Su mano avanza lentamente hacia el lugar húmedo y resbaladizo entre sus piernas. Daiyu enrosca las suyas a su alrededor y hunde su rostro en el cuello de él. Baoyu la acaricia despacio, provocando sus gemidos. Daiyu suelta el cordón de sus pantalones y envuelve su pene entre los dedos. Al sentir el calor de su mano

agarrándolo, el chico gime y casi se encoge. Ella tira suavemente de él, mirando su cara. En la oscuridad, Baoyu puede ver el brillo de sus ojos, aunque no puede distinguir el gesto de su rostro. Está fascinado ante su naturalidad. Le entran ganas de llorar. Nunca en su vida se ha sentido tan cerca de una persona.

Siente una necesidad irresistible de hacerle el amor. Solo se ha acostado con una mujer en su vida. Cuando cumplió dieciséis años, Lian lo llevó a un *qinglou* y lo arregló todo para que una de las cantantes se acostara con él. La chica era bastante guapa y sabía cómo hacer disfrutar a Baoyu, pero en cierto modo el acto, si bien placentero, le resultó vacío y sórdido. Ahora quiere fundirse con Daiyu, eliminar hasta el último rastro de separación entre ambos. Se baja los pantalones de un tirón, y luego forcejea con los de Daiyu. Ella no se resiste. Baoyu guía su pene hasta que su extremo toca la zona húmeda entre las piernas de ella. Los dos gimen y se apartan ante la intensidad de la sensación.

–Daiyu.

–¿Sí? –responde entre gemidos.

–¿Te parece bien si yo... si nosotros...? –Enmudece, azorado, sin saber qué palabras usar.

–No sé –dice Daiyu con una voz apenas audible.

–¿Sabes... sabes a qué me refiero?

–Sí. –Debido a la vergüenza, hunde su rostro en el pecho de Baoyu. Al moverse, su pene vuelve a ponerse en contacto con ella. Esta vez no se separan. Entre gemidos, Baoyu escucha su respiración acelerada y profunda.

–¿Tú quieres? –pregunta ella.

–Sí. ¿Y tú?

La joven guarda silencio un momento, antes de responder:

–Sí.

Baoyu levanta una mano y acaricia su pelo.

–¿Estás segura?

–Sí. –Como para demostrarlo, se acerca más a él para que todo su pene se deslice entre sus piernas.

Con un gruñido, Baoyu la tumba de espaldas para colocarse encima. Durante unos minutos se frota contra ella. La sensación es a la vez exquisita e inaguantable. Luego, se ayuda de la mano para guiar su pene, que resbala y encuentra resistencia. Con toda la suavidad que puede, la penetra. Daiyu emite un leve quejido.

–¿Te ha dolido? –dice él, retirándose.

–Solo un momento –responde, atrayéndolo hacia ella hasta tenerlo bien dentro. Daiyu parece fuera de sí, temblando como si le doliera. El joven está tan abrumado por lo que siente que teme no ser capaz de controlarse si mueve un solo músculo. Muy despacio, sus respiraciones se van ralentizando, se miran, y él empieza a moverse lenta y rítmicamente en su interior. Daiyu rodea su cuello entre sus brazos y comienza a mover las caderas, al principio con torpeza y luego más suavemente, para acompañarse a sus empellones. Mientras Baoyu empuja, aspirando el aroma del cuerpo de Daiyu y escuchando sus gemidos, siente como si una gigantesca burbuja, probablemente de alegría, se inflase dentro de su pecho y casi no le dejara respirar. La habitación y todo lo que los rodea queda en un segundo plano, hasta que siente que ellos dos son las únicas personas en el universo. Daiyu lo aprieta más fuerte, dirigiendo su cabeza hacia sus pechos.

Más tarde, Baoyu la mira, tumbada entre sus brazos, y ve que está quedándose dormida.

–No puedes quedarte –susurra Daiyu.

–No, ya lo sé. Volveré a mis aposentos en cuanto te quedes dormida.

Unos minutos después, Daiyu ronca plácidamente. Baoyu acaricia su cara, conmovido por una sensación de fascinación y alegría, antes de escabullirse por la ventana.

La brillante luz del sol despierta a Daiyu. Instintivamente busca a Baoyu a su lado, y luego recuerda que él prometió regresar a sus habitaciones. Ligeramente decepcionada, vuelve a cerrar los ojos y se lo imagina acariciándola. Se sobresalta al oír voces a la entrada de sus aposentos. Dándose cuenta de que no lleva los pantalones, se levanta de un salto y se los pone. Justo acaba de regresar bajo las sábanas cuando la dama Jia, apoyándose en el brazo de Xifeng, entra en la habitación.

—¿Qué sucede? —dice incorporándose, sorprendida de ver a su abuela, que raramente sale de sus aposentos.

La Anciana Dama se acerca a la cama y dice:

—Dame el jade.

Su primera reacción es negar que lo tenga ella. Luego sacude la cabeza.

—No.

—¿Tienes el jade o no?

—Lo tengo, pero no pienso entregarlo. Baoyu quiere que me lo quede yo.

Daiyu espera que la dama Jia se enfade, pero su gesto impasible no se altera. Se gira para mirar a Xifeng.

—De modo que Baochai tenía razón. ¡Quítaselo!

Con un acceso de ira, la joven comprende que Baochai debió de ver el jade cuando le lavó el pelo, y que probablemente se inventó ese pretexto como un medio para descubrir si tenía la piedra. Pone las manos sobre la joya para protegerla, mientras Xifeng avanza hacia ella.

Xifeng dibuja en su rostro una ligera sonrisa de disculpa.

—¿Por qué no me lo das, prima Lin?

—¡No! —Daiyu aprieta con fuerza el jade.

Xifeng intenta sacar el cordón por encima de la cabeza de Daiyu. Se le engancha en el pelo, y los tirones hacen que se le salten las lágrimas. La joven se asusta ante esa brusquedad, pero no suelta la piedra.

—Me lo ha dado Baoyu. ¡No tenéis derecho a quitármelo!

Xifeng la suelta, y mira interrogante a la dama Jia.

—¿A qué esperas? —le espeta esta.

Esta vez, ante la resistencia de Daiyu, Xifeng emplea las dos manos para apartar la muñeca izquierda de la muchacha, que grita de dolor antes de rendirse.

—Dámelo —dice su abuela.

Xifeng le entrega el jade a la Anciana Dama.

—Ahora, recoge tus cosas.

—¿Por qué? ¿Qué vais a hacerme? —Daiyu, con temor creciente, salta de la cama.

La dama Jia la mira con frialdad, y luego se dirige a Xifeng:

—Haz que lleven sus cosas al almacén que hay detrás de mis aposentos.

—¡No podéis encerrarme! —grita Daiyu, pero la anciana la ignora.

—¿El almacén? —pregunta Xifeng enarcando las cejas—. ¡No estará pensando en serio en meterla en un sitio así! Si quiere impedir que Baoyu se cuele para verla, ¿por qué no pone una doncella para que

la vigile, o la envía a casa del primo Rong?

—¿Crees que una sirvienta puede detener a Baoyu? Y en casa del primo Rong no hay sitio.

Xifeng suspira, evitando la mirada de Daiyu.

—Si insiste en encerrarla, hay un almacén detrás de mis aposentos con una ventana alta desde la que le resultará imposible saltar. Si no quiere que Baoyu hable con ella, puede apostar dos criadas para vigilarla.

La Anciana Dama asiente.

—Supongo que eso servirá. —Luego se vuelve hacia Daiyu—. Ahora, que recoja sus cosas.

Hablan de ella como si no estuviera presente. Luchando contra su sentimiento de indefensión, grita:

—¡No podéis hacer esto! Baoyu no lo permitirá.

La dama Jia no se digna responder.

—¡Él quiere casarse conmigo!

En lugar de mostrarse enfadada o sorprendida como esperaba Daiyu, la dama Jia suelta una risita.

—No dudo que te haya dicho eso. ¿Qué otra cosa iba a contarte para acostarse contigo? —Se vuelve hacia Xifeng—. Supongo que el mejor modo de evitar un escándalo es concertarle un matrimonio a esta muchacha cuanto antes.

Xifeng frunce el ceño.

—¿Qué tipo de enlace tiene en mente? Tendrá que reunir una dote y...

Daiyu las interrumpe:

—Baoyu no os dejará. No os tiene miedo...

Un sonoro gong resuena en el jardín, ahogando sus voces.

—¿Qué es ese ruido infernal? —pregunta la dama Jia.

Xifeng alza un dedo pidiendo silencio, con un gesto arrobado en el rostro.

—Es el gran carillón de hierro del portón interior. Uno, dos, tres, cuatro... —La mujer cuenta los cuatro toques de mal agüero—. Cuatro toques para muertos —dice con un repentino gesto de miedo.



Los vehículos colapsan la calle que conduce al Palacio Imperial. Zheng, sudando con sus ropajes de luto en el calor del verano, se revuelve en su asiento, nervioso por el lento avance del carruaje entre la muchedumbre. Enjugándose los ojos, contempla a su abatida familia. Frente a él, la señora Xue y Xifeng intentan consolar a la Anciana Dama. Lian parece aturdido y algo asustado, mientras Baoyu, con los ojos enrojecidos y la tez pálida, mira por la ventanilla. Apartando la cortinilla, Zheng mira hacia fuera y contempla el río blanco de luto que serpentea calle arriba hasta el palacio. El débil viento agita lentamente los estandartes blancos. Todo vehículo, persona o caballo está cubierto con el color de la muerte. Las lágrimas le escuecen en los ojos, y se imagina el rostro de su alteza, con sus finas arrugas y su expresión benévola. No puede soportar ni un minuto más en ese carruaje que avanza a paso de caracol.

—Voy a bajarme. Seguiré a pie —dice.

—Pero, Zheng, ¿estás seguro? —pregunta su madre con voz temblorosa. Zheng no se había dado

cuenta de cuánto ha afectado la muerte de su alteza a la Anciana Dama—. La multitud ahí fuera es terrible.

—No pasa nada. Seguramente llegaré antes que vosotros. Os veré en la entrada principal. Baoyu, Lian, cuidado de la abuela.

Dicho esto, Zheng sale bajo el sol abrasador. No hay tanto tráfico de peatones y camina con vigor, perdiendo pronto de vista su carruaje entre la multitud de vehículos. Se fija en que todas las tiendas están cerradas, con las puertas atrancadas y los toldos recogidos. Salvo a los que se apresuran por llegar al palacio para llorar al emperador, no hay nadie más en las calles. El silencio es escalofriante.

A unos cientos de metros del palacio, la multitud se adensa. Cuando se acerca al enorme tramo de escaleras que asciende a la sala del trono, Zheng se ve atrapado por la muchedumbre de dolientes que bajan de sus carruajes. Intenta encontrar un lugar donde esperar a su madre y a los demás, pero se ve empujado hacia la escalera por la presión de la gente. A la fuerza, pasa la puerta y sube los peldaños. En el cuarto o quinto escalón, se gira y ve a Yucun un poco más atrás. La situación es demasiado solemne como para llamarlo a voces, de modo que alza las cejas y gesticula con la cabeza, intentando llamar la atención de su pariente. Parece imposible que Yucun no lo vea, pues está mirando en su dirección, pero el joven fija la vista en otro punto, sin reconocer el saludo.

Zheng distingue a otros cuantos colegas y conocidos que pasan a ambos lados, acompañando a los miembros femeninos de sus familias, esposas o madres ancianas, algunas de las cuales no se dejan ver en público desde hace años. Nota el mismo silencio siniestro. Le sorprende que haya poca gente llorando; en lugar de ello, la mayoría luce un gesto tenso y receloso. ¿Qué temen? Cerca del final de las escaleras, reconoce al primer ministro, Nian Gengyao, con aspecto demacrado por la pena.

En una avalancha semejante a una ola que rompe, Zheng es empujado a través de las grandes puertas hacia el interior de la sala del trono. Al alzar los ojos sobre las cabezas que tiene delante, ve el impresionante féretro blanco colocado sobre un estrado y flanqueado por filas de monjes arrodillados. Medio cegado por las lágrimas, sus ojos se dirigen automáticamente a la derecha del ataúd, al trono en el que tantas veces ha visto al emperador sentado. Para su sorpresa, no está vacío. El príncipe Yongzheng ocupa el lugar de su padre. Zheng observa su rostro feo y astuto, reluciente de triunfo, y el traje dorado bordado con dragones que solo el emperador puede vestir. Zheng había creído que su dolor era tan grande que no dejaba espacio para ninguna otra emoción, pero se equivocaba. Ahora, su corazón palpita de miedo.

La cuarta jornada de duelo, Baoyu está agotado. Ha pasado en Palacio los últimos tres días, desde la salida del sol hasta las diez de la noche, arrodillándose y postrándose entre la multitud de dolientes. La primera noche, al regresar de Palacio, fue directo a la habitación de Daiyu, todavía con su vestimenta de luto. Al encontrarla vacía y no ver sus cosas por ninguna parte, corrió asustado a la vivienda de Tanchun. Las puertas de los aposentos estaban cerradas, y tuvo que deslizarse hasta la ventana de su dormitorio para despertarla. Lo único que la muchacha pudo decirle fue que la dama Jia se había enfadado con Daiyu y que había mandado trasladarla a un almacén situado en los aposentos de Xifeng. Baoyu salió corriendo hacia allí, dejando a Tanchun con la palabra en la boca. Para su alivio, las puertas de los aposentos de Xifeng aún estaban abiertas. Vio lámparas encendidas en el dormitorio y oyó el llanto de Qiaojie. Cuando llegó al almacén, se topó con dos criadas que montaban guardia en la puerta. Rogó y suplicó que le dejaran hablar con Daiyu, e incluso les ofreció sobornos, pero ellas se negaron alegando que tenían orden expresa de prohibirle ver a la joven. Desconcertado, el chico regresó a sus aposentos para acostarse. Dos horas más tarde decidió volver. En esta ocasión, las puertas de la casa de Xifeng estaban cerradas y tuvo que colarse en el recinto trepando a un manzano para alcanzar el otro lado del muro. Las dos criadas que montaban guardia, distintas a las de antes, se asustaron tanto con su repentina aparición en mitad de la noche que amenazaron con ponerse a gritar si no se marchaba.

Ahora, después de tres noches sin poder ver a Daiyu, el joven se pone su vestimenta de luto y se encamina directamente a casa de la dama Jia. En la puerta se encuentra con Xifeng, que ayuda a la Anciana Dama a vestirse. Su padre, ya ataviado de luto, yace derrengado sobre una silla. Zheng presenta un aspecto terrible, con el rostro de un amarillo cadavérico, y Baoyu se pregunta si también él habrá pasado la noche en vela. Se siente culpable por sacar un tema que preocupará y enfadará aún más a su padre, pero, haciendo un esfuerzo, dice:

–Necesito hablar contigo.

Xifeng, que parece adivinar de qué quiere hablar, lo fulmina con la mirada y dice:

–No es un buen momento, Baoyu. Tenemos que ir a Palacio dentro de una hora, y nadie ha desayunado todavía.

Baoyu se planta ante su padre y dice:

–Padre, han encerrado a Daiyu en un almacén.

–¿Qué? –Su padre levanta la cabeza–. ¿Encerrado?

–Sí –responde Baoyu antes de que la Anciana Dama pueda ofrecer una explicación–. ¿No debería ser liberada de inmediato?

Zheng parece furioso.

–¡Por supuesto que sí! –Sacude la cabeza, como para despejarla–. ¿Por qué la han encerrado?

–Tú no sabes a qué se dedicaban estos dos por las noches – interviene la dama Jia–. Tenía que acabar con ello, y no encontré otro modo de hacerlo.

–¿Es eso cierto? –Zheng mira a Baoyu, quien de nuevo se sorprende ante el mal aspecto de su padre, que parece casi enfermo. Ha hecho la pregunta no como si le interesase la respuesta, sino como si por respeto a su madre estuviese obligado a preguntar.

–La visité alguna noche. Sé que he hecho mal, pero no volverá a ocurrir. –Baoyu mira a los presentes, primero a su padre, quien casi no parece haber oído sus palabras, luego a Xifeng y finalmente a la Anciana Dama. Quería tenerlos a los tres juntos: si puede conseguir que uno de ellos apoye su matrimonio con Daiyu, seguro que logrará convencer a los otros dos–. Quiero romper mis esponsales con Baochai. Amo a Daiyu, y no podré vivir –tenía intención de decir «ser feliz», pero esa fue la palabra que brotó de sus labios– sin ella.

–¿Romper los esponsales? No haremos algo así –dice la dama Jia. Baoyu se pregunta cómo ha podido creer durante tanto tiempo que su abuela lo quería. Confundido, recuerda todos esos años en los que la Anciana Dama lo mimaba y le concedía todos sus caprichos. Ahora todo ha cambiado, y al mirarla a los ojos siente que se han convertido en enemigos–. Es un enlace excelente. Baochai es una jovencita bien educada, no como Daiyu, que es arrogante y...

–¿Por qué te preocupas por eso ahora, Baoyu? –dice Xifeng–. Estamos de luto nacional. No está permitido celebrar bodas hasta dentro de seis meses.

El tono de Xifeng no es hostil. En su rostro, Baoyu puede ver que también ella está agotada. Se acuerda de que, cada vez que se acerca a los aposentos de Xifeng por la noche, oye el llanto de Qiaojie, y comprende que la mujer quiera evitar una discusión ahora que están a punto de salir para pasar otro largo día en Palacio.

–Ya sé que ahora es imposible casarse, pero necesito dejar esto arreglado. ¿Qué pasaría si la abuela prometiera a Daiyu con otro, o la enviara lejos? ¿Y si la maltratan? ¡Ya la han encerrado como a un criminal, cuando no ha hecho nada malo! –Ya no le preocupa ofender a la Anciana Dama. No puede callarse nada. Se dirige a Xifeng y toma su mano–. Xifeng, tú mejor que nadie comprendes lo duro que es... estar casado con alguien cuando la pareja no termina de encajar... –Baoyu se trastabilla torpemente cuando pronuncia estas palabras.

–No sé de qué estás hablando –replica Xifeng apartando la mano–. ¿Qué esperas que entienda?

Baoyu comprende que ha cometido un error. El orgullo de la mujer no le permitirá reconocer su miserable situación con Lian. ¿Cuántas veces le ha oído repetir aquel dicho? «Si se te rompe el brazo, ocúltalo debajo de la manga.»

Xifeng parece recuperarse, porque pasado un momento dice:

–Si insistes en hablar acerca de tu matrimonio en un momento como este, intentemos al menos hacerlo de un modo inteligente. En primer lugar, en teoría, romper unos esponsales no es algo imposible siempre que se haga con el tacto oportuno. A fin de cuentas, el compromiso no ha llegado a hacerse público.

Aquí hace una pausa y lanza una mirada rápida a Zheng. Baoyu tiene la impresión de que a Xifeng no le cae bien Baochai y no le disgustaría que se rompiera el compromiso. Por eso quiere hacerle ver a su padre que, si él no aprueba el matrimonio, ella se pondrá de su parte contra la dama Jia. Pero Zheng sigue tirado en la silla, y ni siquiera la mira.

–¡Os lo advierto! –grita la Anciana Dama, encendida por la deslealtad de Xifeng–. ¡Eso ni se plantea! ¿Qué pensará la gente si rompemos los esponsales, más aún teniendo en cuenta que la señora Xue y Baochai llevan tanto tiempo viviendo entre nosotros? Pensarán que nos echamos atrás porque hay algún problema con la reputación de Baochai, y entonces a la señora Xue le costará encontrar marido para su hija. ¡Jamás lo aceptará!

–Solo quería decir –asegura Xifeng– que es posible hacerlo en teoría, pero difícil en la práctica. –Mira a Baoyu, que sospecha que Xifeng ha cambiado de postura ante la falta de apoyo de su padre y

ahora intenta complacer a la dama Jia, como de costumbre—. Además, ya han pagado la dote; de hecho, la hemos gastado ya en algunas reformas importantes en nuestras haciendas del sur.

A Baoyu esta objeción le resulta cómica y pregunta:

—¿Y por qué no podemos devolvérsela?

Xifeng lo mira como si su pregunta fuera singularmente estúpida.

—Porque no podemos permitirnoslo.

—¿Qué quieres decir? —dice, con una risita de perplejidad—. Pensaba que teníamos mucho dinero.

—Los hombres de esta familia son todos iguales. Nunca prestan la menor atención al dinero hasta que necesitan gastarlo. El palacio tiene pérdidas desde hace dos años, y en el pasado tuvimos que pedir dinero prestado. Llevamos años dilapidando todos los beneficios que generan nuestras tierras, sin emplear nada en el mantenimiento de las propiedades. ¿Por qué crees que hemos esperado a cobrar la dote de Baochai para llevar a cabo las reparaciones?

Baoyu siente sorpresa, y luego ira. Nunca se le había pasado por la cabeza la idea de que el dinero pudiera ser un obstáculo a la hora de cumplir algún deseo.

—¿Por qué no me lo habíais dicho antes?

—Nunca preguntaste. ¿Me equivoco?

El joven debe reconocer que nunca ha mostrado el menor interés en los asuntos prácticos del hogar. De haber sabido que la familia necesitaba realmente su sueldo de funcionario, se habría esforzado más por aprobar los exámenes.

—Padre, abuela, ¿vosotros lo sabíais? ¿Es cierto?

La Anciana Dama parece no oírle. Quizá guarda tanto dinero escondido en sus aposentos que no le preocupan las finanzas del resto de la casa. Su padre sacude la cabeza con un gesto desesperado y se cubre el rostro con las manos.

—¿Qué importa eso? De todos modos, estamos hundidos —dice, dirigiéndose a su madre, aunque sin volver la cara hacia ella—. Eso es lo que he venido a contarte esta mañana, pero no me atrevía a hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Baoyu.

—¿Acaso no estás al corriente de la situación política?

—No, he... —Baoyu ha estado tan absorto con sus preocupaciones por Daiyu que casi ni se ha acordado de ello—. Sé que el príncipe Yongzheng ha debido de maquinarse una especie de golpe...

Zheng aparta las manos de la cara y dice:

—Un secretario del primer ministro Nian vino a verme esta mañana antes de la salida del sol porque no quería que lo vieran. —Su voz se reduce a un murmullo ronco. Baoyu se arrodilla en el suelo ante su padre para captar sus palabras—. Se cuenta que el príncipe Yongzheng pagó a los eunucos para que envenenaran a su alteza e impidieran que el médico imperial lo atendiera. Luego llevó a sus soldados a Palacio cuando el emperador agonizaba. Así fue como se hizo con el trono. Cuando pienso en su alteza, pasando sus últimos momentos indefenso y traicionado por las personas que suponía a su servicio... —Su padre vuelve a enterrar el rostro entre las manos.

Baoyu aferra el hombro de su padre.

—Pero ¿y los demás príncipes? Seguro que rechazarán la legitimidad de esa sucesión.

—En cuanto entraron en Palacio, los soldados de Yongzheng arrestaron al príncipe Yinsi y al príncipe Yintang. —Yinsi y Yintang eran los hijos octavo y noveno del difunto emperador, y también sus favoritos—. Antes incluso de apoderarse del trono, Yongzheng envió más soldados para

interceptar al príncipe Yinti. Ayer lo detuvieron, a medio camino entre Suzhou y la Capital, mientras todo el mundo permanecía en Palacio a causa del duelo.

El príncipe Yinti había llegado a menos de cien *li* de la Capital, apenas unos días de marcha. La inminencia de su llegada debió de ser el motivo por el cual el príncipe Yongzheng dio el drástico paso de envenenar al emperador.

Baoyu advierte que su padre está horrorizado ante estos arrestos, pero él se lo toma de un modo distinto. Al final, dado que todos los príncipes rivales están detenidos, es posible que no tenga lugar lucha alguna por el trono.

–Pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros? Sé que al príncipe Yongzheng no le caen bien los siervos imperiales, pero ¿de verdad crees que esto nos afectará?

Su padre suelta una risita que a Baoyu le resulta casi histérica.

–¿Que qué tiene eso que ver con nosotros? Anoche arrestaron al primer ministro Nian Gengyao cuando volvía a su casa de Palacio. ¡Ni siquiera han esperado a que pasen los primeros días de luto! Y no solo a él..., también a todos sus hijos y hermanos. Además, su mansión fue confiscada. Y esta mañana, a primera hora, han detenido a Cao Fu y Li Xu...

Por primera vez el miedo se adueña del corazón de Baoyu. Si el nuevo emperador siente que su poder es inestable, purgará a cualquier persona conocida que haya apoyado a alguno de los favoritos del difunto emperador.

–Pero, padre... –balbucea Baoyu–, esos hombres, el primer ministro Nian, y Cao y Li, eran reconocidos partidarios del príncipe Yinti.

–No necesariamente. Li Xu ha sido arrestado por haber entregado una vez al príncipe Yinti un par de cantantes.

–Pero tú nunca te has implicado en esos asuntos. –Baoyu mira inquisidor a la cara de su padre–. Sé que preferías que venciera el príncipe Yinti, pero no has cometido la indiscreción de declararlo abiertamente en público.

–¡No puedo recordar todas las cosas que he dicho! –Zheng se baja bruscamente de la silla y comienza a pasearse por la estancia–. En ningún momento he mantenido en secreto que el príncipe Yinti me parecía el heredero más adecuado. ¿Por qué iba a hacerlo? Era lo que quería su alteza. No, espera... –Se detiene de repente–. En Año Nuevo, Yucun me dijo que me deshiciera de esos leones de oro que nos regaló el príncipe Yinti. Yo me negué y le dije...

–¿Jia Yucun? –Las esperanzas de Baoyu se desvanecen de un plumazo–. ¿Acaso no te has enterado?

–¿De qué? –pregunta su padre, mirándolo fijamente.

–Siempre me pregunté por qué pasaba tanto tiempo con los eunucos. Hace poco, el príncipe de Pekín me contó que Yucun se había hecho muy amigo del príncipe Yongzheng, y que incluso había llegado a entrar en su círculo más cercano.

–¡No me extraña que últimamente haya estado comportándose de un modo tan extraño! –exclama Zheng al mismo tiempo que la dama Jia grita:

–¡Es todo culpa tuya, para empezar, por haber traído aquí a ese advenedizo! –Baoyu mira a su padre y luego a la Anciana Dama. El rostro de su abuela está lívido, y sus manos tiemblan–. ¡Nunca has sabido cuándo tenías que cerrar la boca! Ibas por ahí sin dejar de nombrar a los príncipes solo para dártelas de importante. Si te detienen, ¿qué va a ser de nosotras?

–No era mi intención causar ningún daño...

–Tendrías que haber pensado en tu madre de setenta y cuatro años antes de dedicarte a fanfarronear...

Dolorido al ver que su padre recibe una reprimenda como si se tratara de un niño, Baoyu se solivianta.

–Eso no importa ahora –dice, tomando la mano de su padre–. ¿Hay algo que podamos hacer para ayudar?

–¿Por qué no nos deshacemos de los leones de oro? –interviene Xifeng. Está pálida, pero perfectamente serena.

–Ya es tarde para eso. Si intentamos hacer algo ahora, nos podrían acusar de destrucción de pruebas. –Zheng vuelve a sentarse, mirando al suelo, y añade, como pensando en voz alta–: Nuestra única esperanza es que alguien mueva algunos hilos por nosotros. Mucha gente no querrá tener nada que ver con la familia, pero nuestros parientes por matrimonio no tienen más remedio que apoyarnos. –Mira a Xifeng–. Si pudiéramos enviar mensajeros a tu familia antes de que suceda algo... Le pediré a la señora Xue que escriba a su cuñado en Nanjing.

La mención a la señora Xue le sienta como una puñalada a Baoyu.

–¿Tienes que pedírselo a los Xue?

Su padre lo mira.

–¿Por qué no? Los Xue tienen unos contactos excelentes.

–Si les pedimos ayuda –consigue balbucear Baoyu–, ¿cómo vamos a romper los esponsales?

Por el gesto de sorpresa de Zheng, resulta evidente que se había olvidado por completo del deseo de su hijo de anular su compromiso.

–¡Santo cielo! ¿Cómo puedes estar pensando en eso en un momento como este? Necesitamos conservar una buena relación con los Xue.

–¿No podemos pedírselo a la familia Wang?

–¿Es que no lo entiendes? Tenemos que hacer todo lo que esté en nuestras manos, e incluso es posible que eso no sea suficiente. ¿No comprendes todo lo que está en juego? Si, el cielo no lo quiera, acabo en prisión, ¿qué crees que les sucederá a la abuela, a tu hermana y a tus primas?

–Pero... –empieza a decir Baoyu, mas se detiene. Por primera vez es consciente de las cadenas que lo atan a su familia, cada eslabón forjado a base de obligación y sacrificio, y de las cuales jamás podrá escapar. No es de extrañar que la Anciana Dama lo haya mirado con tanto odio. Está tan unida a él como él a ella. Baoyu piensa en el error que ha cometido al hacer creer a Daiyu que podían llegar a casarse. Encerrada y sin poder intercambiar palabra con él, seguramente pensará que la ha traicionado.

–Mirad qué hora es –dice Xifeng–. Tenemos que partir a Palacio en diez minutos.

Baoyu no se mueve. Su padre también permanece en silencio y sin moverse durante unos instantes, pero finalmente se pone en pie.

–Supongo que tenemos que irnos.

–¿Dónde está el jade? –dice la Anciana Dama.

Baoyu se sorprende de que su abuela se acuerde del jade en ese momento.

–Se lo di a Daiyu.

–Ya lo sé, pero yo se lo quité.

Por un instante, la rabia lo arranca de su desolación.

–¡No tenías derecho! Yo quiero que lo lleve ella.

Ignorándolo, la dama Jia pregunta:

–Xifeng, ¿dónde lo pusiste?

–Se lo di a usted.

–¿Estás segura? –pregunta la dama Jia frunciendo el ceño—. No sé dónde está.

–Tal vez se lo dio a Ganso Blanco para que lo guardara. ¿Por qué no le pregunta a ella?

–¡Ganso Blanco! –llama la dama Jia, pero la doncella no aparece—. Ah, es verdad. La envié a los establos. No sé por qué no ha vuelto todavía.

Baoyu experimenta una maliciosa sensación de triunfo. Si Daiyu no puede tener el jade, no quiere que nadie más, ni siquiera él, lo lleve.

En ese momento se oye un ruido de pasos presurosos fuera de la casa. Una portera entra corriendo, con ojos asustados.

–Unos hombres..., parecen soldados..., han entrado en el palacio. Se dirigen a los cuartos interiores...

–¿Qué clase de hombres? –Zheng palidece.

–Llevan uniformes amarillos y cascos en punta...

Zheng se derrumba en el *kang*.

–¡Son los Chaquetas Bordadas! –Baoyu siente que su corazón rebota contra sus costillas: se trata de la guardia secreta del emperador—. ¡Deben de haber venido a confiscar el palacio!

–¿Cuántos son? –pregunta su padre.

–¡Decenas!

Zheng se pone en pie.

–Debo salir a verlos. Tengo que intentar hacerles entrar en razón.

Baoyu apenas tiene tiempo para sorprenderse ante la valentía de su padre, porque su mente está disparada imaginando lo que puede suceder: si los guardias encuentran a Daiyu encerrada, no se darán cuenta de que se trata de un miembro de la familia; como mucho supondrán que es una concubina, o una doncella. ¿Qué será de ella? Tal vez la envíen a servir a otra mansión. Debe liberarla antes de que los Chaquetas Bordadas lleguen, aunque para lograrlo tenga que derribar la puerta.

–Baoyu, ven conmigo y ayúdame a hablar con ellos –dice su padre, dirigiéndose hacia la entrada.

–¡No puedo!

El joven aparta a su padre de un empujón y sale corriendo como nunca lo ha hecho en su vida.

Una llave revuelve la cerradura. En un instante, Daiyu se levanta de su cama improvisada. Por fin, tras cuatro días de espera, Baoyu ha venido a rescatarla. Sin embargo, cuando la puerta se abre, descubre que no es él, sino Ganso Blanco.

–¡Ganso Blanco! ¿Qué está pasando?

Ganso Blanco la agarra de la mano sin decir palabra y la saca de allí de un tirón.

–¿Qué sucede? –pregunta de nuevo Daiyu, tropezándose.

–Señorita Daiyu, tiene que salir de aquí. –Ganso Blanco tira de ella hacia la puerta principal de los aposentos de Xifeng.

–Pero ¿por qué? –Contagiada por las prisas de la doncella, Daiyu también echa a correr.

–Han venido los Chaquetas Bordadas. Están confiscando el palacio a la familia Jia. –Las palabras salen de la boca de Ganso Blanco entre jadeos–. Los he visto cerca de los establos y he venido corriendo para sacarla. Puede escapar por la puerta lateral antes de que lleguen.

–¿Que están confiscando el palacio? Pero ¿por qué? –pregunta mientras rodean las traseras de los aposentos de Xifeng.

–No lo sé.

–¿Les pasará algo a tío Zheng y a Baoyu?

–No estoy segura. Pero eso a usted no debería importarle, ¿no le parece?

Daiyu reduce el paso.

–No puedo salir corriendo y dejarlos...

Ganso Blanco la agarra con más fuerza del brazo.

–¿Y qué otra cosa va a hacer? No les debe nada después de cómo la han tratado. –Han llegado a una puertecilla en el muro trasero de los cuartos interiores. Ganso Blanco la abre con una llave que lleva colgada a la cintura–. Ahora, cuando salga, vaya directamente a la calle de las Flores, cerca de la puerta de Chongwen, en la parte sur de la ciudad. Pregunte por Zhen Shiyin, el herrero. Todo el mundo en la calle de las Flores sabrá decirle dónde vive. ¿Se acordará?

–Pues claro, pero ¿cómo voy a quedarme con tu familia? –Daiyu sabe que los Zhen son demasiado pobres como para alimentar a una boca más.

–Nos las arreglaremos. Cuando llegue allí, dícales quién es y lo que ha pasado. Les he hablado mucho de usted. –Ahora están corriendo por un pasadizo trasero en la mansión exterior.

Por fin llegan a la muralla. Al otro lado, Daiyu oye el alboroto de las calles: el ruido de cascos y de ruedas, el rumor y los chillidos de cientos de voces. Ganso Blanco abre la puerta.

–¿Recuerda adónde tiene que ir?

–Sí, pero ¿y tú? –pregunta la muchacha aferrando la mano de Ganso Blanco–. ¿No vienes conmigo? ¿Estarás a salvo si regresas ahí dentro?

–Solo soy una sirvienta. Lo más probable es que me envíen a otra casa. Vendré a verla en cuanto pueda.

Ganso Blanco la empuja por la puerta. Daiyu titubea, pues la imagen de Baoyu la retiene. Luego recuerda que no ha sabido nada de él en los últimos cuatro días.

–Si Baoyu quiere saber dónde estoy, se lo dirás, ¿verdad?

–Claro que lo haré. Ahora, ¡váyase!

La puerta se cierra con un golpe metálico. Daiyu está sola fuera del palacio. La golpea el aire tonificante de las calles, tan distinto al del interior: más cargado de humo y polvo, pero en cierto modo más puro y vigorizador. Aspira hondo, mira el callejón en el que se encuentra y luego camina hacia la vía principal, guiándose por el ruido, cada vez mayor. Cuando llega a la calle, permanece un momento detenida entre la corriente de personas, animales y vehículos que circulan en ambos sentidos, consciente de que no lleva con ella otra cosa que las ropas que viste. Se lleva la mano a la garganta para palpar el jade, una costumbre que ha adquirido durante las pocas semanas que lo ha llevado puesto, y entonces recuerda que ya no lo tiene.



Mientras corre hacia los aposentos de Xifeng, Baoyu advierte por todas partes indicios de que los Chaquetas Bordadas ya han irrumpido en los cuartos interiores: fuertes voces masculinas, ruido de pasos enérgicos, crujidos de madera astillándose... Toma el callejón que hay detrás de los edificios para evitar a la guardia. Oye los gritos de tía Zhao y las criadas en los aposentos de su padre. Los Chaquetas Bordadas habrán hecho caso omiso a las súplicas de Zheng y ya deben de estar registrando el palacio. Se apresura.

En el muro trasero de la vivienda de Xifeng, Baoyu se cuelga de la rama baja de un árbol cercano. La puerta trasera se abre de repente y aparecen media docena de Chaquetas Bordadas. Se da la vuelta para salir corriendo, pero al instante se le echan encima.

–¡Soltadme! –El muchacho consigue zafarse y correr unos pasos, pero vuelven a agarrarlo.

–¡Soltadme! –Baoyu se resiste con fuerza. Uno le retuerce el brazo por detrás. Medio encogido a causa del dolor, alza la vista para mirar a los guardias. Con sus mangas anchas y sus cascos en punta, parecen funestas aves de presa.

–No tenéis derecho a detenerme. –Intenta liberar su brazo, pero el soldado se lo dobla con tanta fuerza que le hace gritar.

–¿Quién eres? –grita el guardia.

–Soy Jia Baoyu.

–Jia Baoyu, estás bajo arresto.

Es extraño, pero no está asustado. Su mente se aferra a la esperanza de que si deja de oponer resistencia y habla razonadamente con ellos, le dejarán explicarles lo que sucede con Daiyu y conseguirá que la liberen y la conduzcan junto a las demás mujeres de la familia.

Deja de forcejear y, con la mayor calma posible, pregunta:

–¿De qué se me acusa?

–¿No has oído el edicto que se ha leído?

–No.

–Te llevaré ante el teniente. Él te lo explicará todo.

Todavía retorciéndole el brazo, el soldado lo conduce al patio de los aposentos de Xifeng. El lugar está infestado de Chaquetas Bordadas, pero no hay rastro de Daiyu.

–¿Sabe si han encontrado a una chica encerrada en una de esas habitaciones?

–Si tienes preguntas, será mejor que se las hagas al teniente.

Sin embargo, el teniente no aparece por ningún sitio. Por lo menos, el soldado suelta el brazo de Baoyu y le permite esperar, flanqueado por dos guardias, en una esquina del patio. Baoyu observa el flujo de guardias entrando y saliendo de los aposentos. En ocasiones se oye el ruido de la porcelana al romperse o de algún mueble grande mientras es arrastrado.

Finalmente, un hombre con un uniforme más elaborado que los demás entra en el patio. El soldado que retorció el brazo de Baoyu lo aborda.

–Este es Jia Baoyu. Quiere saber de qué se le acusa.

El teniente mira a Baoyu de arriba abajo, con un gesto inexpresivo.

–Nos han enviado para proceder al arresto de Jia Zheng, duque de Rongguo, así como el de Jia Lian, el de Jia Huan y el suyo, bajo cargos de traición y colaboración con enemigos del Estado. También se les acusa de recibir regalos de enemigos del Estado.

Baoyu está sorprendido. La traición y la colaboración con el enemigo son delitos graves que conllevan penas de prisión importantes. Aunque no es extraño que se incluya a todos los varones adultos de una familia en una acusación de delito político, le resulta inusualmente severo que detengan a los cuatro hombres del clan. ¿Cómo se las arreglarán las mujeres solas?

El teniente continúa:

–Jia Zheng también está acusado de obstrucción a la justicia en el caso de los familiares del difunto Zhang Hua contra Xue Pan.

–¿Obstrucción a la justicia? –repite Baoyu, desconcertado. ¿Xue Pan había asesinado a alguien, y su padre había intercedido en su favor? Con un destello de lucidez, por fin comprende por qué su padre se hizo amigo de Yucun, así como los vínculos secretos y tortuosos que unen a los Xue y los Jia.

–Jia Zheng ha sido desposeído oficialmente de su título de duque de Rongguo –añade el teniente, hablando con la sucinta precisión de un militar–. También hemos encontrado pruebas de más delitos.

Baoyu sabe que las confiscaciones son así; por regla general, aunque de entrada resulten débiles, las pruebas halladas durante el registro a fondo de las propiedades de una familia terminan siendo suficientes para arrestar a la mayoría de sus miembros.

–Hemos encontrado artículos prohibidos en la propiedad: más de dos docenas de rollos de seda imperial, cuyo uso está restringido a Palacio. Por lo tanto, también serán acusados de posesión ilegal de artículos de contrabando.

–¡Pero si nos las entregó su alteza la difunta concubina imperial!

–La ley establece claramente como delito que una casa privada esté en posesión de artículos cuyo uso se reserva a Palacio.

Baoyu quiere protestar que es una práctica de lo más común que las mujeres de Palacio saquen artículos como regalos para sus familias, pero de repente se avergüenza de ello y se contiene.

–El último cargo es el de usura –dice el teniente con desprecio.

–¡Usura! No hemos prestado dinero...

–Hemos encontrado en estos mismos aposentos pagarés con el sello de Jia Lian estampado.

–Es imposible que Lian haya realizado esos préstamos.

Lian, extremadamente desprendido, es incapaz de calcular el precio de unos toneles de vino. Entonces, a Baoyu se le ocurre algo: ¿será cosa de Xifeng? Esa misma mañana ha hablado sobre lo precaria que es la economía de la familia. Se pregunta si debería contarle la verdad al teniente, pero

la idea de que arresten también a Xifeng le resulta inconcebible.

–¿Tiene alguna otra pregunta, antes de que lo conduzcamos al *yamen*?

–Sí. ¿Han terminado de registrar estos aposentos?

–Sí.

–¿Han hallado a una muchacha encerrada en un almacén?

El teniente parece sorprendido, pero responde:

–No. Encontramos una cama y un baúl en un almacén, pero no había nadie.

El alivio inunda a Baoyu. Alguien debe de haberse acordado de Daiyu y la ha liberado. Deja que los soldados lo saquen de los aposentos de Xifeng y lo conduzcan a la casa de la Anciana Dama, preguntándose si la verá allí. El patio de la dama Jia está a rebosar de gente. Tras un primer momento de confusión ve que, además de los Chaquetas Bordadas, hay otros tres grupos: el primero, en un rincón alejado, está compuesto por la Anciana Dama y Xifeng, Ping'er y Qiaojie, Tanchun y Xichun, así como Baochai y la señora Xue. Daiyu no se encuentra entre ellas. La dama Jia permanece encorvada en las escaleras de la veranda mientras Xifeng la sujeta. Todas las mujeres excepto Xifeng lloran. Baochai, con la cara abotargada a causa de las lágrimas, abraza a su madre. Baoyu siente un escalofrío de repulsa.

El grupo más numeroso, en mitad del patio, lo forman las doncellas y sirvientas, así como las otras criadas de mayor edad. Baoyu lo repasa rápidamente con la vista, buscando a Daiyu, pero no está allí. Sus ojos se dirigen al último grupo, en la otra esquina y rodeado de Chaquetas Bordadas, al que lo están conduciendo. Al acercarse, ve que lo componen su padre, Lian y Huan. Al ver a su padre, algo –vergüenza o compasión– le revuelve el estómago. Zheng está custodiado por cuatro guardias, como si sospecharan que fuera a intentar escapar. Incluso hay uno que lo sujeta del brazo. Aunque Baoyu no se enfadó cuando le retorcieron el suyo, siente un impulso irrefrenable de empujar a ese soldado. Su padre, con la cabeza y los hombros caídos, tiene la mirada fija en el suelo.

Baoyu se percata de la desgracia absoluta en la que se encuentran. Está lo bastante versado en la vida judicial como para comprender que su padre no ha hecho nada para merecer la acusación de traición, sino que es víctima de una lucha entre facciones rivales. Los restantes cargos, aunque probablemente conlleven sentencias más leves, le preocupan más: la usura, la intervención de su padre en el caso de asesinato de Pan, el contrabando de artículos del Palacio Imperial... Por muy insignificantes que parezcan, expuestos a la severa mirada del escrutinio público apestan a corrupción y abuso de poder. Por primera vez, piensa que la grandeza y la pompa de su vida entera se han erigido sobre esos pequeños actos inmorales. Mientras Xifeng se dedicaba a cobrar intereses de préstamos ilegales, él llevaba las mejores ropas y montaba los mejores caballos, sin ser siquiera consciente del valor de esas cosas. Ha sido un presuntuoso que se las daba de librepensador y que desdeñaba la ambición y las obligaciones. Mientras tanto, su padre y Xifeng hacían el trabajo sucio. Siente una oleada de desprecio por sí mismo.

Con suavidad, aparta a Huan y Lian y se coloca junto a su padre.



Xifeng se aparta un poco del corro de mujeres que lloriquea cerca del portón interior. Ping'er

intenta calmar a Qiaojie, sucia y mojada porque no le han cambiado el pañal en todo el día. La dama Jia, el rostro rígido debido a la conmoción, está sentada en las escaleras junto a Baochai. Cuando se llevaron a Baoyu junto a los demás hombres, Xifeng vio por primera vez a Baochai perder la compostura. Gritó su nombre, e incluso corrió unos pasos tras él. Quizá lo quiere más de lo que ella suponía. Ahora Baochai ha recuperado su entereza de hierro y reparte su atención entre la Anciana Dama y su madre. Las Dos Primaveras lloran abrazadas.

Los hombres han sido conducidos a prisión; Xifeng no sabe cuándo volverán a tener noticias de ellos. Rongguo ya no pertenece a la familia, y las mujeres deben abandonar el palacio antes de que el día llegue a su fin. No se le ocurre otro sitio para pasar la noche que la vivienda de dos habitaciones del primo Rong. Antes de marcharse, tiene que volver a sus aposentos. Necesitan pañales y ropa para Qiaojie, y debe comprobar si sus reservas ocultas de dinero se han salvado del registro. Lo necesitan urgentemente: para sobornar a los guardias de la prisión y para enviar mensajeros a amigos y parientes rogando que intercedan por ellos. Si pudiera echar mano de algo de plata se sentiría menos desamparada.

Ha oído hablar de gente que se ahorca cuando confiscan sus bienes. Ahora comprende por qué. Al principio se lanzó sobre el *kang*, temerosa de que los guardias se la llevaran. No lo hicieron; solo le ordenaron que saliera al patio. Sin embargo, los pocos instantes que empleó en ayudar a la Anciana Dama a salir de la habitación fueron suficientes para ver lo que estaban haciendo: reventaron la cerradura del *tansu*, abrieron armarios y volcaron cajones. Observando cómo los soldados manoseaban los objetos de su vida cotidiana, se sintió violada, como si se hubieran atrevido a tocar su propio cuerpo. Mientras atendía a la Anciana Dama, haciendo una almohada con su blusa y acomodándola a la sombra de la veranda, se fijó en el desfile de Chaquetas Bordadas que salían de sus aposentos con baúles abiertos que contenían un revoltijo de pergaminos, antigüedades y joyas. Vio un par de budas de oro macizo –tan pesados que hacían falta dos hombres para levantar el baúl–, collares de perlas, hebillas del jade blanco conocido como «grasa de cordero», relojes de mano y de pared, pieles de tigre y de zorro, sargas de yak tibetano..., todos los tesoros que la dama Jia había acaparado a lo largo de su vida. Mientras los guardias desfilaban, algunos de ellos portando baúles de plata y cobre, calculó que se estaban llevando de una sola vez propiedades por valor de sesenta o setenta mil taeles. Xifeng se aferró a la febril esperanza de que sus reservas, mejor escondidas, lograsen burlar el registro.

Ahora corre hacia sus aposentos, sobrecogida ante el tétrico silencio. Esa misma mañana había más de ciento cincuenta sirvientes en los cuartos interiores. Los Chaquetas Bordadas habían reunido a unos cuarenta, las doncellas, mayordomos y camareras más antiguos, para «interrogarlos». El resto, sospecha Xifeng, habrían escapado asustados. Mientras camina, llama para ver si hay alguien. Su voz suena débil y pequeña en el espacio vacío. Toda su vida ha tenido que luchar para evitar a los sirvientes cuando deseaba estar sola. Ahora bien puede gritar, que nadie va a venir.

En la penumbra vislumbra la puerta principal de sus aposentos, cerrada con un candado y sellada con tiras de papel que la declaran propiedad del Estado y cuyos extremos sueltos se agitan al viento. La puerta pequeña del muro trasero, que seguramente pasó desapercibida, no ha sido clausurada. La abre con una de las llaves que lleva a la cintura y se encamina por un callejón hacia una entrada lateral a los aposentos. Cuando intenta abrir la puerta, la encuentra atascada por pilas de ropa y cerámica rota desperdigadas por el suelo. Fuerza más la puerta y, pisando los despojos, llega hasta el salón. Los armarios han sido vaciados, y hay montones de té y arroz desparramados por el suelo.

Libros tirados a sus pies. Han abierto hasta las almohadas y edredones, como si los Chaquetas Bordadas sospecharan que ocultaban algo en su interior. Sus polvos de maquillaje están tirados sobre el tocador, y los botes de cremas y lociones han sido abiertos y revueltos con un objeto punzante para asegurarse de que no escondían nada en el fondo. Todos los objetos de valor han desaparecido: el reloj, los pergaminos de las paredes, la pantalla de nácar.

Xifeng avanza a trompicones sobre los despojos del saqueo hasta su dormitorio. La puerta del armario está abierta. Han arrancado el falso fondo del armario y descubierto su escondite. Aun así, se arrodilla y pasa sus dedos sobre cada palmo del recoveco, rompiéndose una uña con el áspero ladrillo. Nada. Han quitado la alfombra del *kang*. Xifeng levanta el ladrillo suelto bajo el cual escondía una bolsa con sus joyas más preciadas. No están. Queda un último sitio: el fondo de un jarrón donde guardaba algunos anillos de oro y jade. Encuentra la planta tirada y fragmentos de porcelana por el suelo.

No puede evitar volver al armario y rebuscar una vez más. Lanza sus manos heridas y sangrantes al interior del hueco, hundiendo sus dedos en las fisuras. Entonces se acuerda: además del dinero, había escondido allí los contratos de los préstamos. Con los papeles confiscados, nunca recuperará los miles de taeles que había prestado. Además, como los documentos establecían unos elevados intereses ilegales, Lian, cuyo nombre figura en los contratos, será acusado de usura. El gélido dedo del pavor toca su corazón cuando piensa en la cólera de su marido. El hecho de que esté en la cárcel y no pueda descargar su rabia contra ella es un alivio. Pero ¿qué le llevará a hacer esa furia, incapaz de encontrar su objetivo? ¿Se lo contará todo a tío Zheng? ¿Testificará contra ella en los tribunales? Aparta esas ideas de su mente y se agacha para recoger algunas ropas de Qiaojie del suelo.

Mecánicamente, sus manos repasan los montoncitos de desechos; recoge pañales, pantalones, una chaqueta, mantas, y lo reúne todo en un hatillo. Vaya día más largo y terrible. ¿Era esa misma mañana cuando estaba sentada en el *kang* con la Anciana Dama, tío Zheng y Baoyu, hablando sobre los esponsales del chico? ¿Qué estaban diciendo cuando llegaron los Chaquetas Bordadas? Se acababan de dar cuenta de que habían perdido el jade de Baoyu, cuando la calamidad cayó sobre ellos. Un temor mayor que cualquiera que haya sentido a lo largo del día se apodera de ella. Nunca ha creído en las coincidencias, pero ¿cómo iba alguien a dudar que el destino de la familia está unido al jade de Baoyu? Y ahora que la piedra ha desaparecido, la familia también se ha quedado sin suerte.

CUARTA PARTE



Octavo mes, 1722

¿Cuándo no habrá más luna de otoño y flores primaverales,
para mí, que gocé de tantas horas memorables?
Mi desván, que anoche en el viento del este se mantuvo en pie,
me recuerda con crueldad la perdida tierra iluminada por la luna.
Barandillas talladas y peldaños de mármol han de quedar,
pero los rostros sonrosados no serán tan hermosos.
Si te interesa saber de qué modo ha crecido mi pena,
¡mira tan solo el desbordado río que fluye hacia el este!

LI YU, último emperador de la dinastía Tang del sur,
canción lírica de la oda *La hermosa dama Yu*

Xifeng se presenta en el *yamen*, el edificio burocrático que acoge la administración de la ciudad, casi una hora más tarde de lo que pretendía. La nueva casa que han alquilado está situada bastante más al sur que Rongguo, y no ha calculado bien lo que le llevaría llegar caminando hasta el centro. Sin aliento y sudando a causa del esfuerzo, a pesar del frío otoñal, se dirige apresurada a la sala de audiencias. La encuentra desierta, a excepción de un joven secretario que ordena una pila de papeles cerca de la silla del juez.

Intentando calmar su respiración resonante, Xifeng avanza entre los asientos vacíos y le pregunta:

–Disculpe, ¿se ha celebrado ya el juicio a la familia Jia?

El secretario alza la vista y responde:

–Terminó hace un cuarto de hora.

Xifeng recompone sus rasgos en una sonrisa y se detiene a apenas unos pasos del hombre.

–¿Podría decirme cuál ha sido la sentencia?

Tiene preparado un soborno de unos cuantos taeles de plata bajo la manga, pero necesitan tanto el dinero que espera no verse obligada a usarlo. Con ese fin lavó y almidonó su vestido la víspera, y luego fue a casa del primo Rong para pedir prestado maquillaje de su madre. Se embadurnó la cara con el barato polvo de albayalde, que en circunstancias normales ni se atrevería a tocar, y dio brillo a sus mejillas con el pegajoso colorete. Siente la mirada del secretario, a la vez curiosa y admirada, fija en ella. El muchacho consulta los papeles que tiene delante y dice:

–El primer cargo era el de traición. Jia Zheng ha sido condenado a siete años. –Xifeng contiene un gemido. ¿Cómo va a sobrevivir el tío Zheng siete años en prisión? Será un anciano cuando lo suelten–. Jia Baoyu, Jia Lian y Jia Huan han recibido cada uno tres años de condena –continúa el secretario.

¡Tres años! Todo el mundo sabe que Lian y Huan no se inmiscuían en absoluto en política; incluso Baoyu no era más que un mero aficionado. El tribunal ha debido de valerse de ellos para dar ejemplo. Con un sentimiento creciente de terror, pregunta:

–¿Había más cargos?

–Sí. Jia Lian ha sido condenado a dos años más por usura.

La boca del estómago se le hiela debido a la conmoción. De modo que han empleado los contratos de los préstamos en contra de su marido. Xifeng imagina que estará furioso con ella. Y el enfado de Lian es de esos que, en vez de disiparse con el tiempo, se acrecientan si no tienen una válvula de escape. De un modo abyecto, se siente agradecida por poder librarse de su ira durante cinco años. Pero ¿qué pasará cuando salga de la cárcel? Obnubilada, da la espalda al funcionario y se encamina hacia la puerta. La voz del secretario la detiene:

–Había un cargo más.

Xifeng, sorprendida, pregunta:

–¿Cuál es?

–Jia Zheng y Jia Baoyu fueron acusados de obstrucción a la justicia, y cada uno ha sido condenado a dos años más.

–¿Obstrucción a la justicia? –repite Xifeng–. ¿Por qué?

El secretario vuelve a consultar las actas.

–El sobrino de Jia Zheng, Xue Pan, estuvo involucrado en un caso de asesinato el pasado otoño...

–¡Un caso de asesinato! No sabía nada de eso.

–A Jia Zheng se le acusa de haberse dirigido ilegalmente al juez del distrito para obligarlo a retirar los cargos –añade el funcionario.

Una punzada de sospecha penetra en la cabeza de Xifeng. Jia Yucun fue juez del distrito antes de ser ascendido. ¿Es posible que el caso de Xue Pan estuviera a su cargo? Nunca supo cómo se conocieron tío Zheng y Yucun, para empezar. ¿Es posible que Yucun haya testificado contra tío Zheng?

En ese momento, otro secretario entra en la sala y comienza a chismorrear en voz baja con el primero:

–¿Te has enterado de que se va a casar con la hija del marqués de Donghou? ¡No está nada mal para un don nadie de pueblo!

Xifeng no ha visto nunca a la hija del marqués de Donghou, pero ha oído decir de ella que es tan hermosa como refinada, alguien que podría haber sido considerada un buen partido para Baoyu antes de la confiscación de los bienes de la familia, de no haber estado prometido con Baochai. Se pregunta de quién estarán hablando.

–Y ahora lo han ascendido de subsecretario del presidente de la Junta de Guerra a ministro de Ritos –dice el primer funcionario–. ¿Alguna vez se ha visto a alguien tan joven de ministro de Ritos?

Una ola de amargura invade a Xifeng cuando comprende que están hablando de Yucun. Apenas unos meses atrás quería casarse con ella, y le había dicho que no tenía intención de buscar un buen matrimonio para impulsar su carrera.

–¿No sabes por qué lo han ascendido tan rápido? –pregunta con malicia el segundo secretario.

–Siempre he oído decir que era uña y carne con los eunucos.

–Sí, pero hay otro motivo. –El segundo secretario se agacha y comienza a susurrar al oído del primero. Xifeng está lo bastante cerca como para oír algunas palabras–: ... testificó en contra de otros funcionarios que mantenían vínculos con los demás príncipes.

Su sospecha inicial se convierte en una realidad amarga: Yucun los ha traicionado. Hasta entonces, se había tomado los arrestos y la confiscación de sus bienes como golpes producto de un destino impersonal, y fue capaz de sobrellevarlos con filosofía. Pero ¿cuánto debía de odiarla Yucun para ser capaz de volverse de este modo en su contra? ¿Era porque había roto su romance? ¿O se debía simplemente a la ambición del joven?

Despacio, Xifeng se encamina hacia la puerta. De nuevo, la voz del secretario la detiene:

–¿Desea saber algo más?

En la expresión del funcionario, Xifeng puede ver que espera ser recompensado por sus molestias, pero se vuelve y dice:

–No, nada más.



Ni el largo paseo mientras va cayendo la oscuridad consigue mitigar el temor y el dolor que la

traición ha provocado en su corazón. Llega a la calle del Tambor y entra en la atestada casa de techos bajos, iluminada por una única lámpara. Desde el pequeño *kang*, la dama Jia, Tanchun y Xichun se vuelven impacientes hacia ella, pidiéndole noticias de las sentencias. Ping'er, que está dándole a Qiaojie jarabe de níspero para la tos, alza la vista con un gesto inquieto. Una vez más, a Xifeng le sorprende la ausencia de Daiyu. Desapareció durante el desconcierto de la confiscación de Rongguo, y ninguna de sus pesquisas ha conseguido aportar pista alguna sobre su paradero. La señora Xue y Baochai salen del único dormitorio de la vivienda. La casa está tan abarrotada que a veces se pregunta por qué madre e hija siguen viviendo con los Jia, en vez de mudarse con la esposa de Pan.

—¿Qué noticias traes? —Desde su cojín, la voz imperiosa de la dama Jia interrumpe el alboroto de las demás.

Cuando Xifeng les informa de las sentencias por traición, todas guardan silencio, sorprendidas. La dama Jia se recuesta con los ojos cerrados, como si no pudiera soportar hacer frente a la noticia. Las otras comienzan a sollozar. Hasta Qiaojie se contagia de las lágrimas y lloriquea en brazos de su madre.

—Siete años —dice Tanchun—. ¿Cómo vamos a arreglárnoslas tanto tiempo sin padre?

Xifeng se hace la misma pregunta. Ha reunido todas las joyas que llevaban encima el día de la confiscación y las ha cosido en el relleno de una colcha. En circunstancias normales, las alhajas que acostumbra a vestir tendrían un valor de varios miles de taeles. Sin embargo, como estaban de luto nacional, todas llevaban menos piezas, y de menor valor. Aun así, había más de una docena de joyas, incluyendo artículos menos valiosos como adornos para el pelo y su reloj de muñeca. Los ha estado empeñando uno a uno, para pagar el alquiler y los gastos de manutención, pero, incluso economizando del modo más estricto, las joyas no les permitirán vivir más que unos pocos años.

Intentando no mirar a las Xue, Xifeng hace el esfuerzo de añadir:

—También había otro cargo. El tío y Baoyu han sido condenados por obstrucción a la justicia.

—¿Obstrucción a la justicia? —exclama la dama Jia, perpleja.

—Parece ser que tío Zheng intervino a favor de Xue Pan en un caso de asesinato.

—¡Un caso de asesinato! ¿De qué estás hablando? —La dama Jia se vuelve hacia la señora Xue, que rompe a llorar.

—Sí, es cierto. Pan mató a alguien el año pasado en una pelea, y la familia denunció a Pan por asesinato. Yo le pedí a Zheng que intercediera ante el juez del distrito, y retiraron los cargos. Zheng no contó nada porque sabía que nos humillaría. —Se arrodilla en el suelo ante la Anciana Dama, realizando un *koutou*—. Jamás se me ocurrió que os podrían castigar por la amabilidad de Zheng.

El gesto de Baochai no se altera, pero su cara se sonroja, adquiriendo el tono poco favorecedor de la remolacha, mientras sus pequeños ojos miran al suelo. Se arrodilla junto a su madre.

—Nunca habríamos pedido la ayuda del tío de haber sabido que os perjudicaría, después de lo buenos que habéis sido con nosotras.

Durante un rato no se escucha otro sonido que el llanto de la señora Xue. Finalmente, la dama Jia dice:

—No pasa nada. —A pesar de la aparente generosidad de sus palabras, su rostro se muestra impasible, y su voz seca—. Somos parientes muy cercanos. Habéis vivido con nosotros durante más de tres años.

—Sí —balbucea la señora Xue—. Estamos más unidos de lo que suelen estarlo normalmente los parientes.

–Si no nos apoyamos entre nosotros en los tiempos difíciles, ¿quién lo hará? –dice la dama Jia.

–Intentaremos estar a la altura de la amabilidad que nos habéis demostrado. –Reina el silencio mientras la señora Xue y Baochai se levantan del suelo.

Con gran esfuerzo, Xifeng lo rompe:

–Había un cargo más.

Durante el paseo de vuelta a casa, ha estado dudando si contar a las demás el asunto de la usura. Podría mentir acerca de la sentencia de Lian; se imagina que tardarían años en descubrir la verdad. Sin embargo, no puede soportar la idea de vivir con un secreto así a sus espaldas, que podría destaparse y salir a la luz en un momento de debilidad.

–¿Cuál? –pregunta la dama Jia–. Sé que encontraron en mis aposentos esos rollos de seda para uso exclusivo de Palacio. ¿Nos han condenado por posesión de contrabando?

–¡No! –pronunciando las palabras con gran esfuerzo, Xifeng dice nerviosamente–: Lian ha recibido dos años más de condena por usura.

–¡Usura! –La Anciana Dama no sale de su asombro–. ¿Se dedicaba a prestar dinero? ¿A quién? –Volviéndose hacia Xifeng, le espeta–: ¿Cómo se lo permitiste? ¿Por qué no...? –De repente se detiene, al comprender la verdad–. Él no hacía esos préstamos, ¿no es así? –Se levanta con gran esfuerzo, con la cara contraída por la rabia–. ¿Cómo te has atrevido? Después de todo lo que hemos hecho por ti, así es como pagas nuestra amabilidad.

Xifeng había decidido de camino a casa que la mejor estrategia sería admitir su culpa, pero se siente asfixiada por la injusticia y replica:

–Teníamos demasiados gastos. Me preocupaba que tuviéramos problemas económicos más adelante. No me pareció mal ganar algo de dinero por mi cuenta.

–¿Tienes la osadía de defenderte después de haber humillado así a nuestra familia? Deberías suplicar mi perdón. ¡Mira lo que tu codicia y tu egoísmo han traído a nuestro clan!

–¡Yo no he traído nada a la familia! Nadie habría descubierto los préstamos de no ser por la confiscación de nuestros bienes, que fue por culpa de tío Zheng. Y si los Chaquetas Bordadas no lo hubieran encontrado, el dinero que gané nos estaría manteniendo ahora mismo, ¡y tendríais que estar agradecidas! –Xifeng no sabe por qué se comporta así, por qué no es capaz de callarse y mostrarse sumisa. Ya no tiene tanto miedo a la Anciana Dama como antes. Despojada de su casa, sus sirvientes y su dinero, la dama Jia no es más que una anciana quejumbrosa que solo conserva el poder porque las demás son tan débiles como para obedecerla–. ¿Qué tiene de malo intentar ganar algo de dinero? Los hombres de esta familia solo saben gastarlo, no ganarlo. ¡Mírese usted! ¡Todas sabemos cuánto dinero y joyas encontraron los Chaquetas Bordadas en sus aposentos durante el registro! ¿Cómo lo reunió, si no fue...?

La Anciana Dama avanza un paso y la abofetea con toda la fuerza de su brazo. Xifeng, sorprendida y humillada por el golpe, permanece inmóvil.

–¡Cállate ya! Has cometido un delito por el que el pobre Lian, y toda la familia, tiene que pagar. Y en vez de suplicar un perdón que no te mereces, tienes la osadía de justificarte.

Xifeng se lleva la mano a la mejilla ardiente. Baja la vista para ocultar no sus lágrimas, sino su rabia. Luego se da la vuelta y entra en el dormitorio.

Para alivio de Baochai, Jingui apenas la hace esperar unos minutos antes de permitirle pasar a los cuartos interiores. Con gran sorpresa, encuentra a su cuñada en el *kang* sumida en una animada conversación con un joven desconocido.

—Mira, este es mi hermano adoptivo, Xia San —dice Jingui en respuesta a la mirada atónita de Baochai. Se trata de un jovencito vestido de manera llamativa que parece tener la edad de Jingui, o tal vez un poco más.

—No sabía que tuvieras un hermano adoptivo —dice Baochai, intentando apartar de su voz el tono de reproche. No está bien que Jingui se dedique a recibir a hombres en casa estando Pan ausente.

—Mi madre lo adoptó esta primavera. Ha venido a la Capital por negocios. —Jingui se vuelve hacia San con una risita risueña—. ¿Por qué no vas a divertirte por ahí? Mi cuñada no está acostumbrada a tener mucha compañía.

Cuando el joven se marcha, Jingui indica a Baochai que ocupe su lugar en el cojín a su lado. Sorprendida ante este gesto de amistad, Baochai se sube al *kang*. Sentada junto a su cuñada, es más consciente que nunca de lo poco que se parecen. Jingui va engalanada de un modo exquisito, con un chaleco rojo forrado en piel de marta cibelina y un vestido de brocado amarillo. Baochai lleva la misma ropa que se ha estado poniendo desde el día de la confiscación, un brocado con espigas de lavanda de color desteñido y manchado en los puños. Por encima se cubre con una gruesa chaqueta con hombreras que se hizo ella misma cuando comenzó a hacer frío. Le ha entregado a Xifeng hasta el último de sus alfileres del pelo para que los empeñe. La única joya que le queda es el colgante de oro. Xifeng se negó a aceptarlo, insistiendo en que formaba parte de Baochai igual que el jade era parte de Baoyu. Ahora, le agrada notar su peso bajo su vestido.

—Mi madre quería venir también —dice—, pero no se encontraba bien. Te envía recuerdos. ¿Has recibido noticias de Pan últimamente?

—No. Cuéntame, ¿cómo les va a los Jia? —La cara de Jingui se enciende con una curiosidad maliciosa.

Obligada por las preguntas de Jingui, Baochai repite las acusaciones y sentencias que ha recibido tío Zheng. A pesar de las exclamaciones de sorpresa de su cuñada, Baochai tiene la extraña impresión de que ya las conocía.

—¿Y Baoyu? —pregunta.

Logrando mantener la compostura, Baochai le cuenta que el joven pasará cinco años en la cárcel.

—¡Santo cielo! No puedes esperar tanto. ¿Por qué no rompes los esponsales?

Baochai baja la vista, sintiendo que se sonroja.

—No creo que sea posible. A fin de cuentas, ya se ha pagado la dote, y en estas circunstancias no podemos esperar que nos la devuelvan.

—Sí, es cierto. Además, no creo que vayas a encontrar un buen partido a estas alturas. Todo el mundo sabe que has estado viviendo durante años con la familia Jia. Si ahora rompes con Baoyu, no conseguirás otra cosa que empeorar tu imagen.

Lo que dice Jingui es cierto, pero Baochai no se atreve a contarle el verdadero motivo por el que no puede romper el compromiso: tío Zheng y Baoyu han sido condenados por obstrucción a la

justicia por ayudar a Pan. ¿Cómo van Baochai y su madre a abandonar a los Jia después de los riesgos que ha corrido tío Zheng y de las sentencias que deben cumplir él y Baoyu? Fue ella misma quien instó a su madre para que pidiera ayuda a los Jia. ¿Cómo iba a saber que ese favor uniría a las dos familias para siempre? Y en lo más profundo de su corazón alberga otra razón para no romper el compromiso: el día de la confiscación, cuando los guardias se llevaban a los hombres, Baochai miró para otro lado en un primer momento, pensando que la visión sería demasiado dolorosa. Pero entonces vio a Baoyu pasando un brazo protector por encima de tío Zheng, con el rostro lleno de preocupación hacia su padre. Parecía tan noble, tan guapo, que su corazón empezó a latir descontrolado, hasta el punto de que gritó su nombre y salió corriendo unos pasos tras él. En ese momento, Daiyu y el romance que había tenido con ella se borraron de su mente.

—¿Y las mujeres de la familia Jia? —pregunta Jingui—. ¿Dónde viven ahora?

—Al principio se quedaron con el primo Rong, pero no había espacio suficiente y además la dama Jia no se llevaba bien con la madre del primo Rong. De modo que se mudaron a una casita en la calle del Tambor, al sur de Rongguo. Lo cierto —Baochai hace un esfuerzo para proseguir— es que ese es uno de los motivos por los que he venido, para preguntarte si mi madre y yo podríamos quedarnos aquí contigo. —No le agrada la idea de vivir con Jingui, pero las condiciones en la vivienda de la calle del Tambor, con ocho personas durmiendo en una sola habitación, incluido un bebé que no para de llorar y toser, rozan lo inaceptable.

—¿Aquí? —pregunta Jingui. Ahora que le ha sonsacado toda la información que quería, se muestra bastante menos cordial—. Me temo que eso no sería muy conveniente.

—No causaremos molestias. No necesitamos mucho sitio.

—Es imposible.

—Seguro que Pan querría que nos dejases vivir contigo.

Jingui se encoge de hombros, expresando a las claras su indiferencia ante la opinión de Pan.

Baochai ya suponía que Jingui no aceptaría, pero espera que se muestre más receptiva ante la siguiente petición después de rechazar la primera.

—Si no es posible que vivamos aquí, entonces ¿podrías prestarnos dinero? —dice. Resuelta a hacer durar las joyas todo lo posible, Xifeng es extremadamente mezquina a la hora de comprar hasta productos básicos como comida y ropa.

—Pan se llevó casi todo el dinero al sur para comprar mercancías. Me temo que no nos sobra nada.

—Incluso treinta o cuarenta taeles nos serían de gran utilidad.

Jingui menea la cabeza.

—Lo siento, pero no es posible.

Baochai jamás ha conocido a alguien como su cuñada, que parece no tener el menor reparo a la hora de rechazar todas sus peticiones sin sentir siquiera la necesidad de poner una excusa. Baochai realiza su última demanda:

—Bueno, ¿puedes por lo menos enviar un mensajero al sur para Pan?

—¿Para qué?

—No sabe nada de lo que le ha sucedido a la familia Jia. Igual debería volver para ver si puede ayudar a mover algunos hilos a su favor.

Jingui frunce el ceño.

—No quiero que Pan se vea envuelto en estas cosas.

—Pero, para empezar, tío Zheng ha sido condenado por obstrucción a la justicia solo por ayudar a

Pan. No está bien que mi hermano lo deje pasar sin hacer nada...

–Yo no sé nada de eso, ni quiero saberlo –espeta Jingui.

–Aunque no lo sepas, ¿cómo vamos a evitar que tío Zheng involucre a Pan en todo este lío? Puede decir que Pan le presionó para que intercediera en su favor, y quizá reabran el caso de Pan.

Baochai conoce lo bastante a tío Zheng como para saber que en realidad hará todo lo posible por proteger a Pan, pero advierte que Jingui se asusta.

Tras pensárselo un momento, su cuñada frunce el ceño y dice:

–Está bien, le enviaré un mensajero a Pan.

–¿Cuándo?

–San vuelve a Nanjing la semana que viene. Haré que lleve un mensaje.

–¿Seguro?

–Sí.

Con eso, Baochai debe sentirse satisfecha.

Xifeng se despierta en el frío amanecer otoñal, preocupada por la tos de Qiaojie. A la luz que entra por los desgastados paneles de papel, se vuelve para mirar al bebé, tumbado a su lado en el *kang*. La niña tose un poco más, con la cara colorada a causa del esfuerzo, y luego se vuelve a dormir, con las manitas cerradas en puños por encima de la manta. Al otro lado de Qiaojie, Ping'er sigue profundamente dormida. Xifeng oye los ruidosos y silbantes ronquidos de Tanchun en el lado opuesto del *kang*, pero es el resuello más grave de la Anciana Dama el que no le deja dormir. Se tumba boca arriba, con cuidado de no rozar a Qiaojie, apenas a unos centímetros de ella, y contempla las manchas de humedad del techo. Las ocho duermen apiñadas sobre el *kang* de la habitación, para poder ahorrar carbón al no calentar la estancia por la noche. Recuerda los días anteriores a aquel en que les arrebataron Rongguo, cuando contaba el carbón por carretillas.

Qiaojie vuelve a toser, esta vez más fuerte. Xifeng se da la vuelta y ve a Ping'er dando palmaditas en la espalda de la pequeña para que vuelva a dormirse.

—¿Piensas que está mejorando de su tos? —susurra Ping'er.

Xifeng se incorpora sobre los codos e inclina la cabeza, de modo que la respiración de Qiaojie revuelve el pelo detrás de sus orejas. Se escucha el débil borboteo líquido proveniente de lo más profundo del pecho del bebé.

—Creo que no.

—El jarabe de níspero no está funcionando.

—¿Deberíamos probar con nidos de golondrina?

—Creo que necesitamos buscar otro médico. No me fío del último.

—A mí tampoco me gustó demasiado. —El doctor Lu era un galeno local recomendado por la madre del primo Rong—. ¿A quién podríamos acudir?

—¿No podemos ir al que nos visitaba antes de la confiscación?

—¿Al doctor Wang, del Colegio Imperial? Es probablemente uno de los más caros de la ciudad.

—Pero es bueno. Recuerda cómo curó a Baoyu de aquella terrible bronquitis que tuvo.

—Podríamos intentarlo con otro que no sea tan caro.

—Pero ¿y si no es bueno? Entonces solo habremos perdido nuestro tiempo y nuestro dinero. Además, cada vez hace más frío. Será mejor que Qiaojie se cure de su tos antes de que llegue el invierno.

Xifeng titubea. Sabe que deben ser cuidadosas con el dinero, pero ¿cómo va a negar el mejor médico para Qiaojie?

La pequeña se revuelve en sueños y comienza a gimotear. Ahora la habitación está llena de luz, y a su alrededor las demás se desperezan y se preparan con desgana para salir de la cama. La Anciana Dama pide que alguien le ayude. En vez de atender a su llamada, Xifeng deja que Baochai se ocupe de ella. Ayuda a Ping'er a levantarse y apoya al bebé en su pecho.

—Iré a ver al doctor Wang y le pediré que venga —dice.



Baochai regresa a toda prisa a casa después de visitar a Jingui, ansiosa por contarle a su madre las noticias. Su cuñada ha cumplido su promesa: Xia San partió la noche anterior rumbo a Nanjing con un mensaje para Pan. Al entrar en la calle del Tambor, con la cabeza agachada debido al viento tempestuoso, ve a una joven bien vestida que recorre de un lado a otro el callejón como si estuviera buscando una dirección. Cuando la mujer se vuelve hacia ella, Baochai descubre que se trata de Ganso Blanco.

—¡Ganso Blanco! —Corre hacia la doncella. Su primera reacción es darle un abrazo. Parece un fantasma proveniente de una vida pasada y más feliz—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, gracias. ¿Y usted, señorita Baochai?

—Bien. ¿Adónde te llevaron los guardias? ¿Sirves ahora en otra casa?

—Sí. Tras la confiscación de Rongguo, me enviaron al palacio de la princesa de Nan'an. Ahora soy su doncella personal.

No es de extrañar que Ganso Blanco, con su inteligencia y hermosura, haya logrado rápidamente un buen puesto en otra casa. Conserva el mismo aspecto refinado y sereno de siempre, con las manos envueltas en unos manguitos de piel de ardilla y las mejillas empolvadas y con colorete. A Baochai le sorprende que, pese a mostrarse agradable, Ganso Blanco mantiene una actitud formal; además, no demuestra una especial alegría por verla.

—¿Y las demás sirvientas? —pregunta Baochai—. ¿Adónde las han mandado?

—Creo que a Oriole la enviaron con la condesa de Xiping. Ajedrez acabó en casa del académico Mei, y Perla en la mansión del general Guo. No las he visto desde aquel día.

—¿Cómo nos has encontrado?

—El señor Rong me dio su dirección.

—¿Te has enterado de que el señor Jia y los demás están en la cárcel? —pregunta Baochai, sorprendida de que Ganso Blanco no parezca mostrar curiosidad por el destino del resto de la familia.

—Sí, me lo contó la princesa.

—Supongo que querrás ver a la dama Jia. ¿Por qué no pasas?

—En realidad, he venido a verla a usted.

Baochai se sorprende.

—¿Para qué?

—Quería pedirle un favor.

—Dime, ¿qué es? —pregunta Baochai, desconcertada.

—La señorita Lin está enferma. He recordado que usted tenía esas raíces de ginseng tan grandes y gruesas, y me preguntaba si me podría dar unas pocas para ella.

—¡La señorita Lin! —El corazón de Baochai da un vuelco—. ¿Sabes dónde está?

—Sí, se fue a vivir con mi familia. —Mientras habla, Ganso Blanco tiene la vista fija en los ojos de Baochai. Una criada está obligada a mirar sumisa al suelo cuando se dirige a un ama; la mirada franca de Ganso Blanco supone un desafío y una acusación: los Jia se despreocuparon tanto de Daiyu durante la confiscación de Rongguo que una sirvienta tuvo que hacerse cargo de ella.

—¿Está enferma, dices? —tartamudea Baochai.

—Es muy delicada, y el pasado invierno ya tuvo esa tos tan mala.

A Baochai le molesta que la doncella pretenda darle explicaciones sobre su prima, pero recuerda,

con una sensación de vergüenza, que después de lo que le hizo a Daiyu ha renunciado a cualquier derecho a reivindicar amistad o interés por su prima.

–Este otoño el frío ha llegado muy pronto –añade Ganso Blanco–. Y en nuestra casa hay mucha corriente.

Baochai no puede imaginar cómo será la casa de Ganso Blanco. Probablemente, incluso la vivienda actual de la familia Jia será un palacio en comparación. Debería rogarle a la Anciana Dama que permitiese a Daiyu volver a vivir con ellas, pero sabe lo implacable que es la furia de la mujer.

–Si puede prestarme un poco de ginseng... –repite Ganso Blanco.

–Lo siento mucho. Nos lo quitaron todo en la confiscación de bienes.

–Vaya. –Ganso Blanco tuerce el gesto.

Baochai titubea antes de preguntar:

–¿Está muy mal?

Ganso Blanco mira al suelo.

–¿Qué dice el médico?

–Dice que es tisis. –El tono de voz de Ganso Blanco es tan bajo que Baochai debe acercarse más para entender la última palabra. Su corazón se detiene. La tisis es casi incurable, incluso con los mejores médicos. La madre de Daiyu murió a causa de la misma enfermedad.

–¿Estás segura?

–Trajimos a otro médico, y nos dijo lo mismo.

Debe de haber supuesto un gran gasto para la familia de Ganso Blanco pagar a dos médicos. Baochai desearía tener un par de taeles para darle, pero Xifeng guarda todo el dinero de la familia. Ve lágrimas en los ojos de Ganso Blanco. La doncella se las seca rápidamente.

–Debo irme. La princesa no puede prescindir de mí más de una o dos horas.

–¿No quieres presentar tus respetos a la dama Jia?

–Me temo que no puedo. Quizá vuelva en otra ocasión. – Ganso Blanco se gira para marcharse.

De nuevo, a Baochai le sorprende la forma de hablar de Ganso Blanco, con educación pero sin asomo de afecto. Piensa en todos los años que ha servido a la anciana, pero ni siquiera ha preguntado por la salud de su antigua ama. ¿Qué la une tanto a Daiyu, a quien parece tratar como a una hermana?

–¡Ganso Blanco! –la llama. La doncella ya ha avanzado unos pasos.

–¿Sí? –responde, dándose la vuelta.

–¿Puedes darme tu dirección? Me gustaría ir a verla.

Ganso Blanco guarda silencio. Baochai teme que le diga que Daiyu no quiere verla. Finalmente, Ganso Blanco pregunta:

–¿Tiene algo para apuntarla?

Baochai saca una lista de la compra arrugada y un trozo de carbón. Ganso Blanco apoya el papel en una pared y escribe la dirección, lenta y meticulosamente, por detrás.

–No sabía que supieras escribir.

–Solo conozco unos pocos caracteres. Me los enseñó la señorita Lin.

Ganso Blanco devuelve el papel a Baochai y desaparece.

Xifeng se detiene al salir de la atestada botica y palpa el paquetito de medicina que le ha preparado el boticario. Repasa la receta del doctor Wang, asegurándose de que ha visto al farmacéutico midiendo todos y cada uno de los ingredientes: *banlangen*, lágrimas de Job, regaliz, hojas de morera, forsitia, crisantemo silvestre, monda de naranja y ginseng. El doctor Wang se tomó muy en serio la enfermedad de Qiaojie. Padecía un exceso de calor en los pulmones, acompañado de una carencia grave de *yin*. Además, era necesario complementar su dieta para fortalecer su *qi*. También recomendó nidos de golondrina como tónico para sus pulmones.

Este boticario, el mejor de la ciudad, tiene fama por la pureza y la gran calidad de sus ingredientes. Xifeng permanece junto a la puerta, preguntándose si debería ir a un sitio más barato para comprar los nidos de golondrina. Pasado un momento, vuelve a entrar a la botica y compra tres adarmes. Se aleja tanteando el único tael de plata que le queda. Cuando levanta la vista, ve a Yucun caminando hacia ella desde el otro lado de la calle. Hace más de medio año que no lo ve. Ha engordado, lo que le hace parecer mayor, más importante, y viste un pesado traje de brocado azul. Xifeng se escabulle por un callejón. ¿Cuánto ha cambiado ella, a peor, con su vestido raído y su cara áspera y sin maquillaje?

Apenas ha dado diez pasos cuando escucha sonido de pisadas apresuradas tras ella. Aprieta el paso. Por un breve instante, al oír el aliento jadeante y los pasos acelerados de Yucun a sus espaldas, siente una felicidad agridulce. Sea lo que sea lo que haya pasado entre ambos, sea lo que sea lo que vayan a decirse, es él quien la persigue.

Yucun la llama, pero ella sigue su camino, ignorándolo.

—¡Xifeng! —Siente la mano de Yucun posándose sobre su brazo, y se suelta. Él vuelve a agarrarla, de modo que Xifeng se gira y lo mira.

—¿Qué quieres?

—Quería saber... ¿Estás bien? —Su voz suena ronca y su cara está pálida, quizá debido al esfuerzo de la carrera.

—¿Y a ti qué más te da? —responde liberándose de nuevo.

—¿Por qué actúas así? —Yucun corre tras ella y vuelve a aferrarla del brazo.

—¿Crees que soy tonta? ¿Crees que no sé que delataste a tío Zheng?

—No tenía otra opción. —Xifeng suelta una risa irónica—. Es verdad —añade Yucun, atragantándose, ansioso por tener la oportunidad de explicarse—. Si no hubiera mencionado a Zheng, habrían pensado que estaba protegiéndolo por ser mi pariente. De todos modos, era muy vulnerable. Fue demasiado iluso, y no labró buenas relaciones con sus superiores. Aunque yo no lo hubiera delatado, otro lo habría hecho... —Toma sus manos, como suplicando su comprensión.

Xifeng se zafa.

—¡No intentes justificarte! ¿No se te ocurrió pensar lo que supondría para mí, para Ping'er y para Qiaojie que nos echaran de casa?

—Yo te amaba. Quise protegerte. —Xifeng repara en las gotitas de sudor que perlan su frente a pesar del gélido viento del otoño—. Fuiste tú la que rompió lo nuestro.

Xifeng siente un torrente de triunfo que la inunda —Yucun la quiere, y la separación todavía le

duele—, pero también una tristeza punzante.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Estoy casada. —Aunque le hace daño, Xifeng lo ataca—. Además, ¿por qué debería creerte? Si de verdad me amabas, elegiste un extraño modo de demostrármelo.

—¿Acaso tuve otra elección? Si ya no querías verme más, ¿qué iba a hacer yo, sino centrarme en mi trabajo?

—Sí, pero también te has casado. No te ha costado mucho olvidarme.

Xifeng lo conoce tan bien que puede ver en el rictus de sus labios que ha tocado un punto débil.

—El eunuco chambelán concertó mi matrimonio.

—Y seguro que tú te negaste —se burla Xifeng—. Me han dicho que es preciosa.

—Quería negarme. Pero ya conoces al marqués de Donghou. ¿Crees que me atrevería a desobedecerle en algo? Si hago cualquier cosa que no agrada a mi esposa, se queja inmediatamente a su padre. Sabía que esto iba a pasar, pero ¿cómo iba a negarme?

A su pesar, Xifeng le cree. Sin dinero ni familia, ¿cómo va a enfrentarse Yucun a su poderosa familia política? De repente, se siente muy cansada. Se da la vuelta y se encamina hacia la calle principal.

—Hablar no sirve de nada.

—¿Adónde vas? —Yucun la sigue.

—A casa.

—¿Dónde está?

Sin mirarlo, Xifeng responde:

—Hemos alquilado una casita en la calle del Tambor, al sur de Rongguo.

Tras una pausa, Yucun pregunta:

—¿Podemos vernos? —Suelta una risa incómoda—. A fin de cuentas, ahora Lian está en la cárcel.

Xifeng lo mira fijamente. ¿Estaría Yucun dispuesto a correr ese riesgo, ahora que tiene tanto que perder? Por su parte, aunque pudiera encontrar un modo de desaparecer por unas horas sin que nadie se diera cuenta, aunque pudiera separarse de Qiaojie, ¿querría hacerlo? Verse con Yucun, algo que en el pasado le resultaba tan placentero, ahora le parece puro dolor. ¿Qué ha cambiado? Yucun ha traicionado a los Jia, pero Xifeng, a pesar de todo, no se lo reprocha. ¿Acaso no habría hecho ella lo mismo en sus circunstancias? ¿Se trata, simplemente, de que ella ha perdido la esperanza de que Yucun pueda salvarla o ayudarle de algún modo? Siente una punzada de compasión, tanto por él como por ella misma. Yucun se encuentra tan atrapado como ella.

—Adiós —se despide Xifeng sin volver la vista. Luego se pierde en la marea de personas que recorre la avenida principal y se deja arrastrar por su corriente.

Baochai se abotona su bata acolchada en el dormitorio.

—Hace mucho viento en la calle —dice su madre—. Será mejor que te pongas una bufanda.

No le ha contado a nadie, ni siquiera a su madre, que tiene intención de visitar a Daiyu. En lugar de ello, ha dicho que va a comprobar si Jingui ha recibido noticias de Pan. Sale al salón, enroscándose una bufanda alrededor del cuello. Xifeng y Ping'er sostienen a Qiaojie, que no para de berrear, sobre una cazuela de agua hirviendo con una toalla envuelta sobre la cabeza de la pequeña. Tras comprobar que la congestión de los pulmones de Qiaojie había empeorado desde su última visita, el doctor Wang recomendó este método para despejarlos. Ahora Xifeng palmea con fuerza la espalda del bebé, para que suelte la flema.

Xifeng alza la vista y le pregunta:

—¿Vas a pasar cerca de una botica?

—Sí, hay una en la calle Huizhong.

—¿Puedes comprar un adarme de nidos de golondrina? Ya casi no nos quedan.

—Por supuesto que sí.

Xifeng se dirige a la habitación, donde guarda la caja del dinero bajo una pila de ropita de Qiaojie. Regresa al momento con las manos vacías y un gesto de preocupación.

—Déjalo. No tenemos dinero suficiente. Tendré que empeñar una pulsera.

—Puedo hacerlo yo, si quieres.

—No te preocupes, ya me encargaré yo. No conseguirás que te den tanto por ella como yo —dice Xifeng con un breve destello de su antigua alegría.

Cuando Baochai sale a la calle, mira la dirección que le dio Ganso Blanco. Calcula que deberá cruzar casi toda la ciudad, quizá una distancia de cuatro o cinco *lis*, la más larga que ha caminado nunca. Le preocupa que la molesten hombres extraños, pero todo el mundo avanza con la cabeza gacha a causa del viento polvoriento. El aire es lo peor del paseo, pues hace que le lloren los ojos y le duela la cabeza.

Cuando llega a los suburbios del sur de la ciudad, le sorprende comprobar cuán distinta es esta zona de la calle del Tambor. Su barrio actual le parece sucio y lóbrego, pero aquí las calles son más estrechas, las casas están más apiñadas, en las esquinas se acumulan montañas de basura. Reúne valor para preguntar por la calle de las Flores a una mujer que está vaciando un orinal. La mujer le indica un callejón un poco más adelante. Al llegar, ve a un herrero trabajando delante de su tienda y decide preguntarle dónde viven los Zhen. Baochai se acerca a la fragua, que escupe chispas rojas, y se dirige al hombre alzando la voz por encima del rugido del fuego. El herrero se aparta de la forja, y cuando oye que está buscando a los Zhen la mira sorprendido.

—Yo soy Zhen Shiyin. ¿En qué puedo ayudarle?

Sobresaltada, Baochai comprende que debe de tratarse del hermano de Ganso Blanco. Bajo el hollín y el sudor, parece un muchacho bastante joven. Le horroriza pensar que Daiyu viva allí, entre tanto humo y ruido.

—Discúlpeme —balbucea—. Soy Xue Baochai. Estoy buscando a mi prima, Lin Daiyu.

Ve que la expresión del muchacho se torna suspicaz, incluso un tanto hostil, y se pregunta qué le

habrán contado Daiyu y Ganso Blanco.

–Sí, está aquí. Venga conmigo –lo dice con una voz tan baja que Baochai apenas lo oye entre el crepitar del fuego. El muchacho se aparta de la fragua, secándose las manos en un trapo que cuelga de su delantal de cuero. Deja atrás su tienda, se acerca a una puerta que hay en un costado del edificio y llama con fuerza. Luego, asomando la cabeza dentro, dice:

–Ha venido alguien a verte. –Y abre la puerta para dejar pasar a Baochai.

Ella titubea un momento antes de entrar. La puerta se cierra a su paso, bloqueando gran parte del ruido de la fragua, pero también casi toda la luz. Parpadea, en un intento por adaptarse a la oscuridad, y sus ojos distinguen una estancia sórdida, mal iluminada por una única ventanita. En la penumbra descubre una figura envuelta en mantas sobre el *kang* que intenta abrocharse una chaqueta, con una manga metida y la otra no. La figura alza la vista, y Baochai comprueba que se trata de Daiyu, cuyos ojos negros refulgen de esperanza y alegría. Está tan demacrada que a Baochai le cuesta reconocerla. Cuando Daiyu la ve, el brillo y el color se borran de su rostro. Deja de vestirse y regresa a las almohadas con un suspiro decepcionado. Baochai comprende: al oír que alguien había ido a visitarla, Daiyu se habrá imaginado que era Baoyu. ¿Acaso no sabe que está en la cárcel? Baochai no la ha visto desde aquel día que le lavó el pelo, hace más de dos meses. Con toda seguridad, su frialdad significa que es consciente de que la traicionó.

Baochai avanza unos pasos en la habitación.

–¿Cómo estás? –pregunta. Impulsivamente, se sube al *kang* para ayudar a Daiyu a incorporarse. A través de la manga de su chaqueta, sus dedos palpan el brazo delgado y demacrado de la enferma.

Daiyu intenta apartarlo, pero le entra un ataque de tos cuya sonoridad llena de aprensión a Baochai. Es seca y ronca y proviene de lo más profundo de su pecho, lo que provoca que todo su cuerpo se sacuda. Tose durante un minuto largo, encogida, con la cara y los ojos enrojecidos. Poco a poco el ataque va remitiendo, y la muchacha se recuesta sobre los cojines. Se encoge de hombros y finalmente dice:

–Ya ves cómo estoy.

Horrorizada ante el estado de Daiyu, Baochai habla sin pensar:

–¿Es que nadie se ocupa de ti? ¡No me digas que te pasas todo el día aquí sola, tumbada!

Al instante se arrepiente de sus palabras. Daiyu la mira con frialdad.

–¿Y quién iba a ocuparse de mí? El señor y la señora Zhen trabajan de criados en otras casas durante el día. Ganso Blanco me visita cuando puede, pero no muy a menudo porque la princesa vive en la otra punta de la Capital.

–Pero ¿quién cocina? ¿Quién te prepara la medicina?

Daiyu mira a Baochai frunciendo los labios, como si estuviera pensando si contestar o no. Finalmente, dice:

–Shiyin hace casi todo para mí, y cuando no está muy ocupado entra y se queda conmigo.

La idea de que un hombre, un rudo trabajador por añadidura, sea quien cuida de Daiyu agudiza el sentimiento de culpa de Baochai hasta un punto casi insoportable. De no ser por ella, Daiyu todavía estaría con los Jia, rodeada y atendida por sus primas. De cuclillas sobre el *kang*, echa un vistazo a la pequeña habitación cerrada y de paredes oscurecidas por las humedades y el humo. El ambiente es fétido y húmedo debido a la pobre ventilación. Zhen Shiyin ha vuelto al trabajo, y Baochai puede oír claramente los golpes metálicos de su martillo.

Se produce un silencio incómodo. Para romperlo, Baochai dice:

–Ya sabrás que tío y los demás están en prisión. –No se atreve a mencionar el nombre de Baoyu.

–Ganso Blanco me lo contó. –Daiyu guarda silencio por un momento, tumbada sobre las almohadas, con un gesto inexpresivo en el rostro. Luego, como si sintiera que debe esforzarse un poco por conversar, añade: ¿Cómo está Qiaojie? –Con dificultad, se incorpora un poco y, tras un instante de duda, Baochai le ayuda a colocar los cojines para poder sentarse—. A ver... Debe de tener ya más de seis meses.

–La verdad es que está muy enferma.

–¿Qué le pasa?

–Lleva todo el otoño con una tos terrible. Tiene los pulmones congestionados, y parece cada vez más débil... –Baochai, dándose cuenta de que lo que está describiendo se parece mucho a los síntomas de Daiyu, se calla abruptamente. Se produce un silencio más largo todavía—. Si... hay algo que pueda hacer para ayudarte... Ropa, o algo de comida que necesites, podría traértelo.

–¡No! –Daiyu sacude la cabeza, y la vehemencia de su negativa le provoca otro ataque de tos. Este es peor y más largo que el anterior. Daiyu vuelve a tumbarse, jadeando, entre los cojines.

–¿Te traigo algo?

–Sí, un té –dice con dificultad Daiyu, señalando el hornillo al otro lado de la habitación mientras comienza a toser otra vez.

Baochai se baja del *kang*. Con prisas, levanta las tapas de las cazuelas y sartenes que se amontonan sobre la repisa junto al hornillo. Queda algo de arroz, un cereal hervido de aspecto grumoso –mijo, probablemente–, soja verde cocida y un cazo de un turbio líquido marrón que supone que será la medicina.

–No veo el té.

–Es eso de ahí –gime Daiyu, apuntando con el dedo el último cazo.

Baochai sirve el líquido en una taza y regresa al *kang*. Se encuentra a Daiyu inclinada sobre una escupidera con el borde roto, en medio de fuertes arcadas. Cuando Daiyu se traga el té, Baochai se fija en el contenido de la escupidera. El líquido viscoso está moteado por puntitos oscuros de sangre. Por encima hay una culebrilla enroscada de color escarlata vivo. Daiyu está en las últimas fases de la tisis.

–Sí, aquí llamamos té a esto –dice Daiyu secándose la boca con un pañuelo arrugado–, aunque en Rongguo no valdría ni para enjuagarse la boca.

Baochai no dice nada. Contempla la escupidera, preguntándose si Daiyu tiene idea de lo poco que le queda para morir. Toma la escuálida mano de la muchacha, temiendo que la aparte, pero ella no lo hace.

–Tienes que cuidarte más.

Daiyu se encoge de hombros, suspirando agotada.

–Hazme caso. Siempre has descuidado tu salud. ¿Recuerdas lo poco que te cuidabas cuando volviste de Suzhou después de la muerte de tu padre? Te conozco. Nunca te cuidas cuando algo te preocupa... –Se interrumpe, consciente de que no debe hablar sobre la herida emocional que sufre Daiyu tras verse separada de Baoyu y abandonada por la familia Jia, porque ha sido ella misma quien le infligió esa herida.

–¿De qué serviría? –Daiyu mira directamente a los ojos de Baochai desde sus almohadas—. Ya sé que tengo tisis. La misma enfermedad que mató a mi madre. He oído decir que quienes cuidan a un tísico se suelen contagiar. Hasta este invierno me sentía bien, pero supongo que las semillas de la

enfermedad han estado todo este tiempo en mi cuerpo.

Baochai interpreta las palabras de Daiyu como un reproche. Ha oído que, en ocasiones, la tisis permanece latente en su víctima hasta que el frío, la humedad y la mala alimentación favorecen las condiciones para que la enfermedad eche raíces. Las lágrimas asoman a sus ojos, pero se las aparta parpadeando antes de que Daiyu se dé cuenta. Busca algo que decir para animarla y consolarla, y un recuerdo que parece muy lejano le viene a la mente.

—¿Te acuerdas de aquella merienda que hicimos el Día de Barrer las Tumbas?

Daiyu la observa por un instante, antes de asentir con la cabeza.

—Sí, todos los hombres estaban en el cementerio familiar, y las chicas nos quedamos en el pabellón del lago. Fue entonces cuando nos enteramos de que Plata se había suicidado...

—Sí, eso es. Hablamos sobre las mujeres, de si tenían capacidad para elegir sobre su destino. —La mente de Baochai rebobina la escena, recordando lo que opinaban todas—. Xifeng decía que no la tenían.

—Sí, y yo estaba de acuerdo con ella.

Baochai asiente.

—He reflexionado sobre esa conversación más de una vez desde entonces —dice atropelladamente, con prisa por soltar las palabras—. En aquel tiempo yo no pensaba así, pero ahora creo que Xifeng y tú teníais razón.

Por primera vez Daiyu sonríe, con un poco de sorna.

—¡Vaya! ¿Teníamos razón? ¡Imagínate!

Baochai ignora el comentario de Daiyu.

—A la mujer se le elige un marido sin tener en cuenta su opinión, y ella está obligada a aceptarlo, sea como sea. Si el hombre comete un crimen y acaba en prisión, la mujer, aunque no tenga nada que ver, también sufre por ello. —Baochai no habla solo de su propia experiencia, sino de la de todas las mujeres de la familia Jia. Es raro en ella expresar sus opiniones y sentimientos de este modo, pero su conmoción ante el estado de Daiyu ha desbordado su naturaleza reservada—. Eso me ha hecho infeliz. Antes solía pensar que, si era virtuosa, una mujer podía controlar lo que hacían los demás, enseñándoles y sirviendo de ejemplo. Pero la gente no es así. No es tan fácil de controlar.

—No, no lo es. —Daiyu vuelve a sonreír. Esta vez su sonrisa es un poco triste.

—Supongo que tendría que haberlo aprendido hace mucho, con Pan —dice Baochai con un toque de amargura—. Pero ahora pienso que las mujeres sí que pueden decidir sobre una cosa que nadie más puede arrebatarnos.

—¿Cuál es?

—Pueden elegir entre vivir o morir —dice Baochai. Su mirada se cruza con la de Daiyu, y la sostiene con insistencia.

Pasado un momento, los ojos de la enferma se apartan de los de Baochai y ella suelta una risa nerviosa.

—¿Quieres decir que tienen la opción de suicidarse, como Plata?

—No. —Baochai sospecha que Daiyu está malinterpretándola a propósito—. No me refería a eso. Quiero decir —se explica, intentando poner sus ideas en palabras— que una mujer puede rendirse, o bien puede luchar para sobrevivir y sacarle el mayor provecho a su vida.

Daiyu guarda silencio durante un buen rato. Cierra los párpados, moviendo la cabeza inquieta contra las almohadas. Finalmente, los abre y mira directamente a los ojos de Baochai.

–Si estás insinuando que he abandonado toda esperanza, tienes razón. Ya no me quedan motivos para vivir. Mis padres están muertos. No he sido más que una carga para los Jia, y ahora lo soy para la familia de Ganso Blanco. Además...

Se interrumpe. Baochai tiene la certeza de que la muchacha iba a decir algo sobre Baoyu, pero se lo ha pensado mejor. Guarda silencio de nuevo.

Baochai toma la mano de Daiyu y le dice:

–Ahora las cosas son difíciles, pero ¿quién sabe cómo serán si consigues superar esto? –Incluso mientras habla siente que está siendo falsamente optimista. Su madre ha usado esas mismas palabras para consolarla, pero su posición y la de Daiyu son muy distintas. ¿Qué puede esperar Daiyu? Después de abandonar a los Jia, ¿quién va a buscarle un marido, o a pagar su dote? ¿Qué clase de vida podrá tener ahora?

Daiyu recibe el sermón de Baochai encogiéndose de hombros.

–No, yo no pienso así. Ya estoy resignada. De hecho, solo me queda un deseo antes de morir.

Baochai se tensa ante la mención aparentemente despreocupada que Daiyu hace de su propia muerte.

–¿Cuál?

–Volver a ver mi hogar. Pero, evidentemente, no se podrá cumplir. –Daiyu sonríe. En esta ocasión, sus labios expresan nostalgia. Luego cierra los ojos, como si estuviera agotada. Tras perder la vivacidad que tenía mientras hablaba, su rostro parece exangüe, como una máscara.

Baochai acaricia de nuevo la mano de Daiyu, queriendo decir algo más, cuando repara en que Shiyin ha entrado en casa. Tiene un aspecto mucho más presentable, tras quitarse su sucio delantal de cuero y lavarse la cara y las manos. Se acerca al *kang* y, en voz baja, sugiere que la señorita Lin debería descansar. A Baochai le agrada el tono protector del muchacho, pero después mira a Daiyu y ve que parece estar quedándose dormida. Volviendo la cabeza para observar la figura inmóvil de Daiyu, sigue a Shiyin hacia el patio. Cuando atraviesa la puerta, la luz del sol, el viento y el ruido de la fragua la golpean como un puñetazo. Permanece allí, en el patio, parpadeando e intentando recobrar la compostura. Advierte que el muchacho está a su lado.

–¿Desde hace cuánto está así?

–Desde que empezó a hacer frío, en el octavo mes, y desde entonces no ha hecho más que empeorar.

–¿Qué dice el médico?

–Que no se puede hacer mucho, aparte de procurar que esté cómoda.

Al mirarlo, Baochai se fija en que las cejas del muchacho se fruncen en una expresión de sufrimiento paciente y se le ocurre que podría estar enamorado de Daiyu.

Mete la mano en su manga, donde ha guardado los dos taeles de plata que le ha pedido a su madre con el pretexto de comprar un regalito para Jingui.

–¿Necesitará algo? Tal vez esto pueda ayudar a que esté más cómoda...

Antes de que pueda sacar el dinero, Shiyin la detiene con un gesto severo dibujado en el rostro.

–Insisto –dice Baochai, pensando que solo está mostrándose cortés.

Sin embargo, cuando saca la plata el muchacho parece realmente enfadado. Se siente humillada por el rechazo, y comprende que Shiyin lo hace por lealtad a Daiyu, sintiendo que no estaría bien aceptar dinero de alguien que le ha hecho daño. Aun así, Baochai no puede irse sin hacer algo por su prima. Si hubiera algún modo de hacer que estuviera más cómoda, de hacer su muerte más fácil...,

eso aplacaría su conciencia. Se lleva la mano al cuello. Sus dedos se cierran sobre su colgante de oro. Se lo saca por la cabeza y lo coloca en la mano de Shiyin.

Perplejo, el muchacho se niega a aceptarlo.

Con la otra mano, Baochai aferra la muñeca del muchacho y mete el colgante entre sus dedos.

–Acéptalo. Úsalo para los gastos del entierro. –Se echa a llorar–. Sé que le gustaría ser enterrada en el sur, junto a sus padres. Usa esto para llevar su cuerpo de regreso a Suzhou.

Shiyin toma el colgante y agacha la cabeza, en un gesto que reconoce la verdad de las palabras de Baochai.

—¿Crees que Qiaojie está caliente? —pregunta Ping'er, frunciendo el ceño, cuando da el pecho al bebé a primera hora de la mañana.

Es un amanecer gélido, y Xifeng está vistiéndose con prisa. Se detiene con la bata sin abrochar y se inclina para tocar la frente de Qiaojie. La nota un poco caliente, pero no en exceso. Levanta la chaquetita del bebé y palpa su tripa. De nuevo, la piel parece apenas un poco más cálida de lo normal.

—Igual tiene un poco de fiebre —comenta, sorprendida—. Pero no creo que sea muy alta.

Qiaojie lleva unos días en los que parece estar mejorando. Aunque no come más de lo habitual, ha dormido las dos últimas noches sin toser ni pedir el pecho.

—¿Deberíamos llamar al médico? Dijo que lo avisáramos ante cualquier cambio en su estado.

Xifeng duda. Se asustó cuando comprobó la cuantía de las facturas del médico y el boticario. Ya había tenido que empeñar tres joyas más.

—No creo que haga falta —dice lentamente—. No parece algo por lo que haya que preocuparse.

Tras el desayuno, Xifeng se inquieta al contemplar a Qiaojie, preguntándose si la pequeña no parece un poco débil. Incapaz de hacer caso a sus propias palabras, va a ver al doctor Wang. Le cuenta que la pequeña tiene algo de fiebre, pero el médico no se muestra muy preocupado y dice que se pasará a verla al día siguiente si la fiebre persiste. Aliviada, Xifeng regresa a la casa de la calle del Tambor. Cuando toca la frente de Qiaojie, no parece más caliente que antes. Ping'er y ella emprenden la rutina de todas las mañanas: dar al bebé su medicina y los nidos de golondrina y luego limpiar sus pulmones. Aunque está preparada para esas desagradables tareas, hoy transcurren con más facilidad de lo habitual. Qiaojie no llora cuando Xifeng le da su medicina, y apenas se resiste cuando la sostienen encima del cazo hirviente. Xifeng le da unas palmaditas en la espalda, y la pequeña tose y expulsa una pútrida flema amarillenta, tan espesa que parece sólida. Instintivamente, la limpia sin decir nada, para no asustar a Ping'er.

Tras los vahos, Ping'er se sienta con Qiaojie y Xifeng intenta que coma un trozo de carpa cocida. Para su dicha, la pequeña traga cuatro o cinco bocados.

—Mira cómo intenta masticar —dice Ping'er.

Los dos dientecitos de Qiaojie, que acaban de salirle en las encías, casi no se ven.

Xifeng limpia la mejilla del bebé.

—Se lo está tirando casi todo en la chaqueta.

Pone un trozo de carpa en la punta de la cuchara y hace como si esta fuera una abeja, zumbando y revoloteando alrededor de Qiaojie antes de bajar lentamente hacia su boca. La pequeña alarga el brazo y agarra la cuchara con su puñito, todavía rollizo. Aunque el pescado se cae al *kang*, las dos mujeres ríen encantadas.

—Nunca había hecho eso —dice Ping'er.

En un arranque de cariño, Xifeng toma a Qiaojie del regazo de Ping'er y la levanta en brazos.

—¡Qué niña más lista! —dice, hundiendo el rostro en la tripa del bebé. Qiaojie les ofrece su encantadora sonrisa desdentada. Xifeng la levanta en lo alto y baila con ella.

—¡Mirad! ¡Se está riendo!

Baochai, la señora Xue y las Dos Primaveras, atraídas por el extraño entusiasmo, se acercan y empiezan a hacer carantoñas y a decirle cositas al bebé, hasta que llega la hora de acostarla para que duerma un poco.

El resto del día transcurre con bastante placidez. Xifeng y Ping'er están de acuerdo en que no parece que a Qiaojie le esté subiendo la fiebre, y que lo mejor será esperar al día siguiente a que venga el médico. Xifeng no nota ningún cambio en su comportamiento, solo que está más dócil y menos llorona de lo que es habitual. Incluso deja que Xichun la tome en brazos mientras Ping'er se echa una siesta y ella va al mercado.

Después de recoger la cena, cuando Ping'er le está poniendo el pijama a Qiaojie, dice:

–Me parece que está caliente.

Incluso antes de tocar al bebé, Xifeng se fija en que tiene las mejillas coloradas y que respira con dificultad. Le arden las manos y la tripa.

–Tenemos que llamar ahora mismo al médico –dice con una voz que suena extrañamente ronca en la habitación en silencio.

–Es muy tarde, creo yo –dice la dama Jia desde el *kang*–. Se habrá acostado ya.

–Solo son las ocho y media –dice Xifeng mirando el reloj–. No creo que podamos esperar a mañana.

–Seguro que cobra un suplemento por visitas nocturnas –dice la dama Jia.

Xifeng la ignora y mira a las demás, que están pálidas y en silencio, como si sintieran la crisis que se avecina. Se pregunta si puede confiar en alguna para que traiga al médico, o si debería ir ella misma.

–Ya voy yo a buscarlo –dice Baochai. Xifeng se tranquiliza, pues sabe que es la más capaz de todas.

–Te acompaño –dice Tanchun. Las dos se abrigan para protegerse del frío helador de la noche y salen corriendo con una linterna.

–¿Qué podemos hacer? –dice Ping'er, casi llorando–. Está muy caliente.

–Podemos desvestirla, al menos. –Con manos temblorosas, Xifeng le quita la túnica y los pantalones a Qiaojie y la deja en pañales. Cada vez que sus dedos rozan la piel del bebé, se asusta de lo caliente y seca que está. Su aspecto es todavía más preocupante. Respira con pesadez, resoplando, casi como un sapo. No llora, pero su cabeza se mueve de un lado a otro constantemente. Tiene los ojos negros muy abiertos, pero no parece distinguirlos.

–¡Qiaojie! ¡Qiaojie! –dice Xifeng, intentando que esos ojos vacíos las enfoquen.

El cuerpo del bebé se retuerce y sufre espasmos, y está a punto de caerse de los brazos de Ping'er. La pequeña pone los ojos en blanco y Xifeng tiene la impresión de que ha dejado de respirar.

–¡Qiaojie! ¡Qiaojie! –chilla Xifeng. Agarra al bebé y acerca la oreja al pecho de la pequeña. Respira, pero sus miembros siguen sufriendo sacudidas espasmódicas–. Creo que tiene convulsiones provocadas por la fiebre. –Mira a su alrededor desesperada, intentando pensar–. ¡Poned unos paños a remojo! ¡Y calentad agua! –Le da miedo que el agua fría sea un choque demasiado fuerte para el organismo de la pequeña.

Xichun y la señora Xue corren a preparar los paños. Ahora el bebé yace inerte en sus brazos. Su tez tiene un tono ligeramente azulado, pero al menos Xifeng vuelve a oír su respiración estertorosa. Ping'er y ella se inclinan sobre Qiaojie, frotándole la cara y el cuello con los paños frescos, hasta que Xichun trae un cuenco de agua templada. Mojan los paños en el cuenco y le hacen friegas por el

pecho, la espalda y las piernas. Ahora parece dormida, pero todavía respira con dificultad.

–Me voy a la cama –anuncia la dama Jia, como si las demás hubieran provocado el alboroto con el único fin de no dejarle dormir. Xifeng ni siquiera la mira. Pasado un momento, la señora Xue, que había estado observando las friegas del bebé, ayuda a la dama Jia a ir hasta el dormitorio.

–¿Dónde está el médico? –pregunta Ping'er.

Xifeng mira el reloj. Le sorprende comprobar que solo han pasado cuarenta minutos desde que Baochai y Tanchun salieron a buscarlo.

Ve que Qiaojie tiene los ojos abiertos. Ping'er la llama, dándole palmaditas en la mano y besos en la mejilla, pero el bebé sufre otra convulsión. Esta vez Xifeng la sujeta con fuerza, intentando acariciar su frente ardiente. Poco a poco, los movimientos espasmódicos de sus brazos y piernas se calman, y la pequeña se sume en un pesado sopor, respirando con mucho ruido.

Poco después de las diez y media, el médico llega con Baochai y Tanchun. Toma el pulso de Qiaojie, con gesto serio.

–Su pulso está acelerado y es muy fuerte. Su cuerpo sufre un exceso de calor, hasta un grado de toxicidad, y la congestión de sus pulmones es muy grave.

–¿Qué podemos hacer? –dice Ping'er entre lágrimas.

–Prepararé un emplasto para la congestión del pecho. La toxicidad se puede combatir con una combinación de fármacos fríos y amargos extraídos de hierbas y raíces, como *huanglian*, *huangqin* y *zhizi*. Normalmente soy cauto a la hora de usar estas drogas, porque pueden hacer mucho daño al estómago, pero en este caso creo que los beneficios serán mayores que los riesgos.

Abre su maletín, lleno de diversos frasquitos y papelinas con hierbas, y comienza a pesarlos y a moler una mezcla. Cuando Xifeng le cuenta que Qiaojie ha tenido convulsiones y que la han refrescado con paños húmedos, el médico se pone serio.

–No deberían haber hecho eso.

–¿Por qué no?

–El enfermo tiene que sudar para expulsar las toxinas.

Mientras el doctor Wang ata una bolsita de gasa llena de hierbas y bálsamos alrededor del pecho de Qiaojie, le ordena a Xifeng que mezcle la medicina que acaba de elaborar con agua caliente. Xifeng se dirige al hornillo, tranquilizada por el aire de sosegada autoridad del médico. El doctor Wang les dice a las demás que la ayuda de Ping'er y Xifeng será suficiente, y que el resto deberían acostarse. Pide a Xifeng que apague todas las lámparas excepto la que está junto al hornillo. En la silenciosa oscuridad, Xifeng siente que su pánico comienza a remitir. Cuando ha mezclado la medicina, el doctor Wang le dice a Ping'er que despierte al bebé para poder administrársela. Ping'er llama a su hija, sacudiendo sus manitas y tirándole de los pies, hasta que finalmente la pequeña abre los párpados. Para alivio de Xifeng, sus ojos ya no se revuelven inquietos y ciegos en sus cuencas. La pequeña está tranquila. Sus ojos negros, que miran primero a Ping'er y luego a ella, le parecen más claros y lúcidos que nunca. Mareada de alivio, se inclina para besar la mejilla de Qiaojie, dando unas palmaditas en su cabeza y sus adorables manitas.

Se aparta para dejar que el doctor Wang le dé la medicina. Con mucha habilidad, el galeno la vierte en un tubito que ha metido por la comisura de la boca de Qiaojie, que se la traga sin resistirse.

–Vamos a esperar a ver si produce algún efecto –dice el doctor Wang. Se acomoda en un cojín sobre el *kang*, y Xifeng se alegra de que parezca dispuesto a quedarse toda la noche si fuera necesario. Se sienta junto a Ping'er para poder estar lo más cerca posible de Qiaojie. La pequeña las

observa en silencio, y luego mira la habitación a su alrededor. Xifeng agarra la mano del bebé y le canta una nana, meciendo suavemente su manita. Para cuando ha cantado dos veces la canción, la pequeña ha vuelto a quedarse dormida.

–¿Cómo sabremos si la medicina funciona? –pregunta Xifeng.

–Le bajará la fiebre, y quizá empiece a sudar.

La observan en silencio durante unos veinte minutos. La respiración de Qiaojie parece cada vez más costosa.

–Doctor, ¿no se puede hacer nada para que respire mejor? – pregunta Xifeng.

–Sí, eso también me preocupa. Dejadme ver si puedo preparar un dispersante más fuerte. –Abre su maletín y se pone a pesar más hierbas.

Qiaojie ya parece tener dificultades con cada inspiración. A veces hasta parece dejar de respirar por un momento, antes de jadear para tomar de nuevo aliento.

–Doctor, ¡mírela! –grita Ping'er–. ¡Casi no puede respirar!

El doctor Wang deja la medicina a medio preparar y se acerca apresuradamente.

–¡Intentad despertarla! –dice con brusquedad.

Xifeng y Ping'er llaman a Qiaojie, tiran de sus manos, cada vez con más energía, pero la pequeña no responde. Xifeng se fija, dando palmaditas en los pies del bebé, ahora con fuerza, que ya no tiene la cara sonrojada, sino de un amarillo cetrino. Gime cada pocas inspiraciones. Tras quedarse un tiempo sin respirar, Qiaojie alza la barbilla, como buscando aire. Separa los labios, pero no brota ningún sonido. Se queda tumbada, con la boca lista para el próximo aliento, pero incapaz de aspirar aire. Con frenesí, Xifeng y Ping'er le frotan las manos, le dan palmadas en las mejillas, la cambian de postura, pero Qiaojie no responde.

–Demasiado tarde –dice el médico.

Ping'er rompe a llorar, tapándose la cara con las manos. Por un momento Xifeng mira al médico, intentando comprender sus palabras. Se derrumba sobre Qiaojie, incapaz de creer que esté muerta. Se la lleva al pecho, acomoda la cabeza de la pequeña en su mejilla y la abraza con fuerza, como queriendo envolverla con su cuerpo, transferir de algún modo su energía y vida al bebé. Pero al apretar a Qiaojie contra sí siente un cambio. Ahora, entre sus brazos, nota que el calor insalubre del cuerpo de Qiaojie se va disipando. Le parece advertir que una ligera rigidez se apodera de sus finos miembros. Las manitas se cierran en puños laxos. La cabeza, rígida, cae hacia delante. Xifeng besa la frente de la pequeña, ahora más fría al tacto, y siente que el espíritu de Qiaojie ya se ha ido. Así de rápido –muy rápido– se ha extinguido la llama de su vida, convirtiendo su cuerpo en una concha vacía. Posa con cuidado el cadáver de Qiaojie al borde del *kang*, lo cubre con una manta y se derrumba en brazos de Ping'er.

Daiyu se encuentra acostada en el *kang* de la casa de los Zhen, entre el sueño y la vigilia. Estos días se pasa gran parte del tiempo en ese estado de duermevela, con frecuencia mezclando sus ensoñaciones con sus pensamientos de insomne, llegando a confundirlos mientras su mente flota libre de anclajes. Siente la cabeza más espesa que hace apenas unas semanas, embotada por la debilidad de su cuerpo y la falta de alimentación –apenas consigue tragar unos bocados al día–, así como por el largo tiempo que lleva tumbada en esa oscura habitación. Es como un río lento y perezoso cuya turbia corriente arrastrara y se llevase los despojos de su vida. Entre sueños confusos e inconexos, recuerda las muertes de sus padres, el tiempo que pasó en Rongguo, las traiciones de Baoyu y Baochai. A esta última podría llegar a perdonarla, pero su rabia contra Baoyu es mucho más profunda. Se ganó su confianza y su amor y luego la abandonó, permitiendo que la dama Jia la maltratara, y dejándola ahora morir sola. Allí tumbada, en la oscuridad de aquel cuarto, siente su soledad y su resentimiento contra Baoyu corriendo como veneno por sus venas.

Oye el sonido de la puerta al abrirse. Es Shiyin, que entra a almorzar. Demasiado cansada como para volver la cabeza y mirarlo, oye sus movimientos silenciosos por la cocina mientras se prepara algo. Aliviada por su presencia, vuelve a dormirse. Se despierta cuando Shiyin la llama, con esa dulzura que le resulta tan relajante. Ha terminado de preparar la comida y, como siempre, ha dispuesto una mesita en el *kang* a su lado. No importa lo poco que coma; él siempre pone dos boles de arroz, dos tazones de sopa y dos platos de coliflor en vinagre.

–Señorita Daiyu, ¿cree que podrá comer algo hoy?

–Tal vez un poco de sopa. –Daiyu se sorprende de lo débil y ronca que suena su voz. Apenas la reconoce como suya.

Shiyin la incorpora un poco sobre unas almohadas y sopla la sopa para enfriarla. Daiyu intenta agarrar el tazón, pero él no se lo permite y le da cucharadas del caldo claro. Tras unos tragos, Daiyu sacude la cabeza y el muchacho posa el tazón.

–¿Un poco de arroz? –ofrece Shiyin, esperanzado.

Daiyu menea la cabeza.

–¿Té?

–No, gracias.

–¿Quiere tumbarse?

–No, todavía no. Déjame sentarme contigo mientras comes.

Shiyin se sienta cruzado de piernas ante la mesita y, hambriento tras una mañana de trabajo, comienza a llevarse el arroz a la boca con sus palillos. Daiyu lo observa con la fascinación envidiosa que sienten los enfermos por los sanos, pero también con cariño. Le recuerda a Ganso Blanco, sobre todo en la delicada precisión de sus movimientos, a pesar de la dureza de su trabajo. Como su hermana, Shiyin no tiene facilidad para expresarse con palabras, pero su generosidad y sensibilidad se hacen patentes en la consideración con la que trata a Daiyu y a todo el mundo. La muchacha lleva tres meses viviendo con los Zhen, gastando sus exiguas ganancias y requiriendo su cuidado y atención constantes, pero él nunca le ha hecho sentir que su presencia sea otra cosa que un honor.

Shiyin se termina su bol de arroz y la coliflor. Se bebe la sopa, suspirando un poco de satisfacción. Daiyu piensa en lo cansado e incómodo que debe de ser para él trabajar desde la salida hasta la puesta del sol entre tanto ruido, hollín y calor. ¿Y para qué? A lo máximo a lo que puede aspirar es a ganar dinero suficiente para cuidar de sus padres cuando sean demasiado mayores para trabajar, y quizá para pagar la dote de Ganso Blanco.

—¿Nunca te cansas? —le pregunta ella de repente, girando la cabeza sobre las almohadas para mirarlo.

—¿De qué? —responde él, levantando la vista del tazón.

—De trabajar tan duro.

—Pues claro que me canso. Ya ha visto lo agotado que estoy al final del día, algunas veces.

—Pero es lo único que haces: trabajar día tras día. Nunca te permites un día de descanso. ¿No te sientes a veces frustrado o desesperado?

—Sí, pero entonces pienso en cuánto ayudo a mi familia con mi trabajo. Ya sabe todo lo que tuvieron que ahorrar y las privaciones que pasaron para que yo pudiera aprender un oficio... Fue en esos días cuando tuvieron que vender a Ganso Blanco. Siempre que lo recuerdo me entran ganas de hacer todo lo que esté en mi mano para compensarlos.

Eso es lo que le falta a ella, se dice Daiyu, la sensación de pertenecer a alguien, de tener a alguien por quien trabajar. Si sus padres estuvieran vivos, también tendría una razón para vivir.

—Pero ¿con eso te basta? ¿No quieres cosas para ti?

—¿Para mí? —responde Shiyin, sin saber a qué se refiere.

—Sí..., cosas que te hagan feliz a ti.

Al principio todavía parece sorprendido por sus palabras, pero luego, tras pensárselo un poco, dice:

—Bueno, me gustaría saber leer. Usted me ha enseñado algunas palabras, pero quiero aprender más, para poder leer libros, poemas y canciones yo solo. Y me gustaría viajar. He oído hablar mucho de lo bonito que es el sur, y me gustaría ir algún día y verlo con mis propios ojos. —Hace una pausa, y luego continúa con cierta timidez, sin atreverse a mirarla a la cara—. También me gustaría casarme algún día y tener hijos. Ya sabe lo que dicen: mil encuentros y mil desencuentros, todo está predestinado por los dioses. Por ejemplo, nunca imaginé que conocería a alguien como usted.

A Daiyu se le hace un nudo en la garganta, y comienza a toser antes de poder responderle. Es un ataque muy fuerte, y Shiyin tiene que acercarle la escupidera y darle a beber té hasta que se le pasa.

—No debería haberla cansado tanto con mi charla —dice—. Será mejor que descanse.

Agradecida, la joven deja que Shiyin le ayude a tumbarse de nuevo. Un profundo agotamiento planea sobre ella, y siente que se va sumiendo en el sueño. Cuando se vuelve a despertar, oye la voz de Ganso Blanco. Quiere llamarla, pero hay tal pesadez en sus miembros que apenas puede moverse. Permanece allí tumbada, intentando reunir fuerzas para hablar con su amiga, cuando escucha que Ganso Blanco y Shiyin están hablando de ella.

—¿Cuánto ha comido estos días? —pregunta Ganso Blanco.

—Casi nada. Apenas unos sorbos de sopa.

—¿Ha ido al baño?

—No, creo que no.

—¿Ha salido de la cama?

—No.

–¿Qué dijo el médico?

La respuesta de Shiyin es casi inaudible.

–Dijo que no tardaría mucho.

Escucha el sollozo de Ganso Blanco y le gustaría consolarla. Pero, en cierto modo, no puede ni girar la cabeza. Siente un cosquilleo en las puntas de los dedos de manos y pies. Durante largo rato, solo se escucha el lloriqueo de su amiga. Luego oye a Ganso Blanco decir:

–Creo que deberíamos encargarnos del ataúd y empezar a coser las mortajas.

–¡No! –Escucha el tono vehemente en la voz de Shiyin.

–Si esperamos demasiado, puede que no tengamos nada preparado cuando... –Ganso Blanco vuelve a llorar–. Además, dicen que trae suerte.

–Yo también lo he oído decir, pero no quiero.

Qué extraño, piensa Daiyu, escuchar ese tipo de conversación sobre una misma: oír hablar de los preparativos de tu funeral en tu presencia, como si ya estuvieras muerta. Recuerda que su madre permaneció tumbada en silencio toda la tarde antes de morir; igual era consciente de todo lo que sucedía a su alrededor, y podía sentir que ella le aferraba la mano. Quiere llamar a Ganso Blanco y a Shiyin para reprenderles, decirles que no está tan mal, que la situación no es tan desesperada. Pero una extraña pesadez la invade y ella siente que se hunde bajo su peso, como si resbalara desde un estanque poco hondo hacia aguas más profundas.

—Si queremos ofrecer un funeral digno a Qiaojie, vamos a tener que pedir dinero prestado. —Xifeng rompe el sombrío silencio de la estancia. Hace dos noches que murió el bebé. Aunque la familia, sobre todo Ping'er, está hundida por el dolor, es hora de ocuparse de las cuestiones prácticas.

Solo la Anciana Dama responde:

—¿Pedir dinero prestado? ¿Y por qué íbamos a hacer algo así? —dice desde su rincón del *kang*.

Xifeng la mira sorprendida. No se esperaba resistencia en este punto.

—No creo que dispongamos de dinero suficiente para hacerle un funeral decente.

—¿Qué pasó con el resto de las joyas que teníamos?

—Tuve que gastar una buena parte en el alquiler, la comida y el carbón, y luego, la semana pasada, tuve que empeñar mi reloj y esos alfileres del pelo para pagar las medicinas de Qiaojie y las facturas del médico...

—¿Cuánto te gastaste, exactamente? Xifeng cree percibir una nota de pánico en el tono acusatorio de la anciana.

—He empleado veinte taeles en el alquiler para el otoño y el invierno. Después nos gastamos cerca de dos taeles por semana en comida, y otro más semanal en carbón, velas y demás cosas menores. Tuvimos que comprar tela, agujas e hilo para hacernos ropa de invierno. Eso fueron unos quince taeles...

—¿No llevas libros de cuentas? —la interrumpe la dama Jia.

—No he querido malgastar dinero en comprar papel —dice Xifeng, intentando conservar la paciencia—. Además, me acuerdo de todo. En total suman unos setenta y cinco taeles. Ya nos gastamos cinco en el primer médico. Pero luego, la semana pasada, tuve que emplear veinticinco taeles en la medicina de Qiaojie y la consulta del doctor Wang, y otros treinta por su visita aquella noche. —A Xifeng le desagrada tener que repasar estos detalles, pero hace un esfuerzo por ser lo más clara posible, para que la Anciana Dama no pueda acusarla de engaño o mala gestión—. También hay que contar los nidos de golondrina, y la comida que compramos para intentar que Qiaojie comiera.

—Tendrías que haberlo administrado mejor —dice la dama Jia—. Tu cometido es hacer un presupuesto. No puedes dedicarte a gastar, gastar y gastar, y esperar que todo salga bien.

—Lo sé, pero han sido unas circunstancias inesperadas. No podíamos quedarnos sentadas sin hacer nada, viendo cómo la pequeña... —Se queda sin voz, sintiendo que las lágrimas le suben a la garganta.

—No digo que deberías haberte quedado de brazos cruzados —dice la anciana, con el tono de quien hace una concesión—. Pero podrías haber hecho menos. Ya lo dije en su momento, pero nadie me escuchó. ¿Por qué hacía falta buscar al mejor médico de la ciudad? ¡Y además le hiciste venir en plena noche!

Xifeng baja la vista para ocultar su rabia. Una de las pocas cosas que le ha servido un poco de alivio estos dos últimos días es saber que Ping'er y ella hicieron todo lo posible por salvar a Qiaojie.

—Ahora ya es difícil saber lo que deberíamos haber hecho o no —dice, intentando mostrarse conciliadora—. Ahora debemos pensar en cómo organizar el funeral y el entierro. Necesitamos por lo menos setenta y cinco taeles.

–¡Setenta y cinco! ¿Para qué?

–Hasta el ataúd más sencillo cuesta veinticinco taeles. Y tenemos que confeccionar su mortaja, y organizar su traslado al templo del Umbral de Hierro para velar su cadáver. Hay que contratar a unos monjes para que reciten *sutras*, y luego necesitaremos un carruaje para llevarla al cementerio familiar...

–¡El templo del Umbral de Hierro! Pero ¿tú qué te crees? Actúas como si estuviéramos todavía en Rongguo y dispusiéramos de todo el dinero del mundo. Podemos velar el cadáver aquí mismo. Y lo de los monjes recitando *sutras*..., eso no es necesario, ¿me equivoco? Era una recién nacida. ¿Qué pecados tendría que expiar?

–Bueno, aunque velemos aquí el cuerpo, todavía necesitaremos sesenta taeles para la mortaja y el ataúd.

–¡Seguro que podemos ahorrarnos la mortaja para una niña tan pequeña! Podrás arreglártelas con cuarenta taeles.

–¡Cuarenta! –Xifeng recuerda que entregó cincuenta taeles a la madre de Plata para el entierro de su hija, una simple criada. Tenía la esperanza de consolar a Ping'er organizando el funeral más digno posible en sus circunstancias. A ella no le preocupan demasiado la pompa y el ritual, pero le desagrada la idea de tirar a Qiaojie a un agujero sin despedirla con las ceremonias debidas. Controla su rabia y añade–: Bueno, aunque sean cuarenta, tendremos que empeñar los pendientes de coral. Después de eso, solo nos quedarán una pulsera y un alfiler del pelo. Eso no nos aguantará más que unos meses.

Una vez que haya pedido prestado el dinero, se dice Xifeng, podrá apartar un poco más para el funeral de Qiaojie.

–¿Me estás diciendo que solo nos queda dinero para unos pocos meses? –La nota de pánico en la voz de la dama Jia, antes sumergida, asoma ahora a la superficie–. ¿En qué estabas pensando cuando te gastaste todo ese dinero en los médicos? Deberías haberme consultado primero. Y todo se ha despilfarrado en vano. Al final, Qiaojie iba a morir de cualquier modo.

A Xifeng le duele pensar que todo haya sido en vano, que podrían haberle ahorrado a Qiaojie el sufrimiento y la incomodidad de los tratamientos médicos. Si hubieran sabido que su destino era morir, habrían pasado gran parte de sus últimas semanas teniéndola en brazos y jugando con ella.

–Mejor no hablemos de eso. Lo hecho, hecho está –dice con voz temblorosa.

–Eso es fácil decirlo, después de habernos metido en esta situación.

–He echado cuentas y lo he pensado una y otra vez. No se me ocurre otra solución que pedir dinero prestado.

–¿Piensas que es tan sencillo que te presten dinero? ¿A quién propones que se lo pidamos?

Xifeng contesta muy despacio:

–Bueno, había pensado en pedírselo al primo Rong. –En realidad, tiene la intención de rogarle a la señora Xue que le pida dinero a Jingui, pero no quiere poner a la mujer en un compromiso hablando con ella delante de todas las demás.

–¡Al primo Rong! Si ese apenas tiene dinero suficiente para ir tirando...

–Bueno, entonces se lo pediré al primo Yun.

–¿No le pediste ya que planteara un recurso a nuestro favor, pero se negó a recibirte?

–Sí, pero...

–Entonces ¿qué te hace pensar que puedes pedirle dinero prestado? No hay nadie...

—En realidad —se ve forzada a confesar Xifeng—, estaba pensando en pedirle a la señora Xue si puede solicitar a su nuera que nos conceda un préstamo. —Mira a la señora Xue y capta una inconfundible expresión de consternación en su rostro.

—Bueno, sí, me encantaría pedirselo a Jingui, pero... —La señora Xue enmudece.

Xifeng comprende que las relaciones entre la señora Xue y la esposa de Pan son tan tirantes que incluso en esta situación crítica no se ve segura de conseguir un préstamo de su nuera.

Baochai interviene, sonrojándose:

—Cuando Pan regrese del sur, no tendrá problemas en prestaros lo que necesitéis. Pero no sabemos muy bien cuándo volverá.

—No, eso no está bien —interviene de repente la dama Jia—. No podemos pedirles a nuestros parientes que nos presten dinero cuando nosotras no hemos hecho todo lo posible.

—¿Qué quiere decir que no hemos hecho todo lo posible? —protesta Xifeng—. ¿Qué más podemos hacer?

—La solución es obvia, ¿no te parece? —La dama Jia sonrío, como deleitándose con su propia astucia—. Podemos vender a Ping'er, está claro.

Xifeng retrocede. ¡Pensar en vender a Ping'er en un momento así es una crueldad!

—¡Imposible! Es la esposa de Lian. —La mujer quiere disuadir a la dama Jia antes de que Ping'er, que se encuentra en el dormitorio junto al cadáver de Qiaojie, escuche algo que la asuste.

—No es más que una concubina. Revender a las concubinas es normal. Y lo cierto es que ahora no le sirve de nada a Lian.

—¿Y qué dirá Lian cuando vuelva?

—No tendrá derecho a quejarse. ¿De qué espera que vivamos mientras él está en la cárcel?

Xifeng prueba con otra táctica:

—No merece la pena hacerlo. Por una buena doncella no se consiguen más de cuarenta taeles, como mucho.

—¿Por qué venderla como doncella cuando podríamos sacar más por ella como concubina o incluso como esposa principal? Todavía es joven y guapa. No veo por qué no podríamos conseguir doscientos taeles por ella.

Aunque Xifeng sabe que no es inteligente criticar directamente a la dama Jia, no puede evitar decir:

—¿No le parece cruel pedirle que sirva a un nuevo esposo cuando acaba de perder a su hija? —Ojalá hubiera podido cortarse la lengua antes de sacar el tema de pedir dinero prestado. Xifeng prefiere renunciar al funeral de Qiaojie mucho antes que perder a Ping'er.

—¿Por qué va a ser cruel? Su labor es servirnos. Ahora, el mejor modo de hacerlo es yéndose con otro dueño. Además, es una boca más que alimentar, y apenas mueve un dedo en esta casa. ¿Cómo vamos a pedirles a los Xue que consigan dinero prestado cuando tenemos a una criada vaga comiendo a nuestra costa?

—Ha estado comiendo más porque estaba dando el pecho a Qiaojie, y nos servía cuidando de su bisnieta. —Le duele el modo en que actúa la dama Jia, como si el bebé no formara parte de la familia. Qué distinta habría sido su actitud si Qiaojie hubiera sido varón—. Ahora que la pequeña ya no está, nos ayudará más con la cocina y la limpieza.

—Ya no la necesitamos para eso. Además, se pasa todo el día lloriqueando; dudo que nos pueda ser de alguna utilidad.

Xifeng está a punto de replicar cuando, para su sorpresa, Baochai dice:

–Es comprensible que Ping'er esté una temporada de duelo, pero al final volverá a trabajar.

Es lo más cerca que Baochai ha estado nunca de contradecir a la dama Jia. Xifeng la mira con sincera gratitud. Si Baochai y las demás chicas se ponen de su lado, podrá salvar a Ping'er.

La anciana guarda silencio y mira a Baochai, confirmando a sus palabras un peso que ya no concede a las de Xifeng.

–Creo que os olvidáis de lo doloroso que debe de resultar para Ping'er vivir aquí, recordando constantemente su pérdida. Sería mucho mejor para ella poder ir a un sitio nuevo. Quizá hasta pueda tener pronto otro hijo, y eso le ayudará a olvidar.

Xifeng no puede articular palabra. El modo en que la anciana finge estar preocupada por Ping'er solo para justificar sus fines egoístas le parece repulsivo. Recuerda cómo la Anciana Dama le obligó a aceptar el matrimonio entre Ping'er y Lian, con la esperanza de que Ping'er diera un heredero varón a la familia. Aquello sucedió apenas un año atrás, aunque parece que haya pasado toda una vida. Ahora que sus esperanzas se han visto frustradas, la dama Jia está dispuesta a deshacerse de ella. El viejo respeto que Xifeng sentía por la Anciana Dama ha desaparecido, sustituido por algo parecido al desprecio. Quizá hubiera sido más tolerante con la dama Jia si se hubiera adaptado un poco a la caída de la familia, pero la anciana todavía espera vivir a cuerpo de rey y comer hasta reventar de los mejores manjares sin preocuparse por si hay suficiente para los demás.

Sin embargo, Xifeng decide humillarse, dispuesta a hacer lo que sea por salvar a Ping'er. Se arrodilla e implora:

–Por favor, no la venda. Llévame a mi servicio desde que soy niña.

La dama Jia aparta la mirada con un gesto pétreo.

–No te molestes en suplicar. La decisión está tomada.

Han pasado cuatro semanas desde que Baochai visitó a Daiyu. En más de una ocasión, se ha dicho que debería hacer un esfuerzo por volver a ver a su prima, pero han sucedido demasiadas cosas. Primero, la muerte de Qiaojie, y luego el Año Nuevo. Seguían de luto por el bebé, así que nadie tuvo arrestos para organizar una celebración, por muy sencilla que esta fuera. Después vinieron el funeral y el entierro. Luego, unas semanas de frío gélido en las que apenas era posible aventurarse a salir de casa. Los últimos días ha habido un ligero deshielo. Aun así, Baochai ha terminado buscando excusas para no visitarla, temerosa de lo que pudiera encontrarse.

Finalmente, se dice que debe ir. Fue ella quien provocó que Daiyu acabara así. Lo mínimo que puede hacer es consolarla mientras esté con vida, o llorar junto a su ataúd si ya es demasiado tarde. El quinto día de temperaturas suaves, se abriga bien, preparándose para el largo paseo hasta la parte sur de la Capital. Mientras recorre la ciudad, Baochai piensa en lo débil que está Ping'er desde la muerte de Qiaojie. Ha dejado de comer, y se pasa todo el día sentada con apatía en el *kang* del dormitorio. A veces, por la noche, su llanto la despierta. Xifeng, por el contrario, sigue luchando por vivir, si bien es evidente que la muerte de Qiaojie también ha sido un golpe devastador para ella. Cuando no está consolando a Ping'er, se dedica a discutir con la dama Jia para que le permita conservar a su doncella. Varios días desaparece durante horas, intentando pedir dinero prestado a parientes o amigos, sospecha Baochai. Siente lástima por Ping'er, pero no está dispuesta a pedirle dinero a Jingui para quedarse con la muchacha. En primer lugar, su cuñada se negaría. Y además, siendo prácticos, vender a Ping'er es la mejor solución para afrontar los problemas financieros de los Jia. Por último, una voz interior calculadora y pragmática que no termina de agradarle del todo le dice que la venta de la doncella, aunque sea una pérdida para Xifeng, supondrá una ganancia para ella. Haciendo de la dulce y diplomática Ping'er su delegada entre los sirvientes, Xifeng ha disfrutado de mucho más poder y popularidad de los que podría obtener sin ella. Si algún día los Jia recuperan su posición, Baochai podrá imponer su autoridad en la casa con más facilidad si Ping'er no anda de por medio.

Siente la cara mojada y alza la vista. Unos grandes copos de nieve caen del cielo gris, pero no le da importancia, porque en la Capital casi nunca nieva con fuerza. Baochai ha empezado a notar este pragmatismo inclemente en sí misma con más frecuencia; la ocasión más reciente, en su reacción ante la muerte de Qiaojie. Le dio pena, por supuesto, pero una parte de ella se sintió aliviada de que la familia ya no tuviera que malgastar recursos y dinero en la pequeña. Cuando Xifeng y Ping'er despertaron a las demás con sus llantos sobre el cadáver de Qiaojie, Baochai se fijó en que, de todas, solo ella y la dama Jia conservaban los ojos secos. Sacó su pañuelo y bajó la cara para que no se notara, pero fue la primera vez que pensó que la dama Jia y ella se parecían en algo.

Ahora una ventisca de nieve la rodea, y le cuesta distinguir algo a más de cinco o diez pasos. Tiene frío en los pies, y le resulta difícil caminar. Ve que en el suelo ya se acumula una capa de nieve de más de tres centímetros de espesor. La nevada hace que todo resulte desconocido, y mira a su alrededor, intentando orientarse. Sigue caminando mientras los fríos copos le golpean la cara, esperando encontrar a alguien a quien preguntar por la dirección. Poca gente se aventura a salir con esta tormenta, y Baochai se ve obligada a caminar medio *li* antes de cruzarse con un afilador que

lleva la pesada piedra sobre su espalda encorvada. El hombre le dice que se ha pasado la calle de las Flores y que debe regresar una calle hacia el norte y otra hacia el oeste. Siguiendo sus indicaciones, desanda el camino y comienza a buscar la casa de los Zhen, esperando ver a lo lejos el humo que sale de la fragua. Sin embargo, tras mirar a ambos lados de la calle, no consigue distinguir la columna de humo. Se le ocurre que Shiyin no podrá trabajar bajo la nieve, y que la forja estará apagada. Fatigosamente, recorre la calle de arriba abajo, con las zapatillas ya empapadas, buscando la casa. Llega hasta el final de la calle. Nada le resulta familiar, pues todo está cubierto por la nieve. Decide retroceder por donde ha venido y continúa hasta la otra punta. Para su confusión, no ve ningún signo de la fragua, y se pregunta si el afilador le habrá dado una dirección equivocada. Una vez más baja por la calle, buscando a alguien a quien preguntar. Por fin, ve a un hombre de mediana edad con las piernas envueltas en trapos, barriendo la nieve delante de su casa.

–Disculpe, ¿me podría decir si esta es la calle de las Flores? –pregunta.

El hombre deja de barrer para mirarla y asiente.

–¿Puede decirme dónde vive Zhen Shiyin, el herrero?

–No lo conozco. No sabía que hubiera un herrero en esta calle.

La respuesta del hombre llena de ansiedad a Baochai. Resulta extraño que una persona no se fije en que hay una fragua en su misma calle. Tiritando ya por el frío, continúa calle abajo y luego vuelve a subir. Ahora la nieve parece borrarlo todo, dejándola sola en un páramo blanco e impenetrable. Finalmente, encuentra una casa cuya fachada, según recuerda, tiene más o menos el mismo tamaño y la misma forma que la de los Zhen; solo que aquí no hay fragua ni yunque, solo un gallinero destartalado. Avanza entre la nieve hasta la puerta y llama. Espera un minuto, y luego vuelve a aporrearla. Después de llamar una vez más, duda antes de empujar la puerta, que se abre sin resistencia, y entra en la casa.

–¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Una anciana, bastante mayor que la dama Jia, se encuentra sentada en cuclillas sobre un taburete, avivando el fuego del hornillo con un abanico de hojas de bambú trenzadas. Aunque la mujer parece estar mirando directamente a Baochai, no evidencia ningún tipo de reacción ante el hecho de que una extraña entre en su hogar, y sigue aventando el fuego.

–Siento presentarme así en su casa –empieza a decir Baochai, avanzando un paso en la habitación–. Me preguntaba si podría decirme dónde viven los Zhen.

La anciana no responde, pero sacude enérgicamente la cabeza y abre la boca para ofrecerle una sonrisa desdentada.

Baochai comprende que la mujer es sorda. Se acerca un poco más, repitiendo más alto y colocando las manos alrededor de su boca para formar bocina:

–¿Puede decirme dónde viven los Zhen?

La mujer asiente y sonríe más. Para alivio de Baochai, dice:

–¿Los Zhen? Ya no viven aquí. –Habla con la voz demasiado alta y monocorde de los muy sordos.

–¿Antes vivían aquí? –pregunta.

No hay respuesta. La joven indica la estancia con un gesto.

–¿Vivían aquí? –grita.

Echando un vistazo en la oscuridad, cree reconocer la habitación en la que visitó a Daiyu. Como los muebles son distintos, al principio no le resultó familiar, pero ahora distingue el pequeño *kang*, el alto ventanuco en la pared del fondo, la repisa sobre el hornillo. Su corazón empieza a latir

acelerado. ¿Adónde se han ido los Zhen, y por qué se han marchado? Ha oído decir que las familias pobres se cambian de casa con más frecuencia que las ricas, pues siempre están buscando viviendas más baratas, pero los Zhen apenas podrían moverse con Daiyu en ese estado. Si pudiera encontrar a Ganso Blanco y preguntarle qué ha pasado... Pero si bien la doncella le mencionó el nombre de su nueva ama, Baochai ya no lo recuerda.

—¿Adónde se han ido los Zhen? —Se agacha para gritar junto a la oreja de la anciana.

—Al sur.

—¿Y la joven dama? —insiste Baochai, indicando con un gesto de la mano un moño sobre la nuca que pretende representar el peinado de Daiyu.

—Se nos fue —dice la anciana, que por primera vez no sonrío ni asiente con la cabeza. Coloca ruidosamente la tapa del hornillo y deja el aventador.

—¿Se nos fue? —repite Baochai. Guarda silencio un momento—. ¿Quiere decir... quiere decir que ha muerto?

La anciana asiente.

Baochai la mira fijamente. Tiene que estar equivocada. Apenas hace un mes que la visitó. Aun así, la última vez que vio a Daiyu, Baochai comprendió en lo más hondo de su ser que su final estaba cerca. Por eso entregó a Shiyin su colgante de oro sin pensarlo; tenía miedo de que pronto fuera demasiado tarde.

Aunque Baochai rara vez llora, las lágrimas asoman a sus ojos. La última vez que lo hizo fue cuando vio a su prima. ¿Será verdad que aquella breve e incómoda conversación, en la que Daiyu apenas fue capaz de ocultar su hostilidad al principio, fue la última? Esa visita le sirvió, principalmente, para ser consciente de su responsabilidad en lo sucedido. En esta ocasión, al descubrir que Daiyu ya no está, experimenta un persistente sentimiento de pérdida. Aunque no tuvieron demasiado trato desde que ella regresó de Suzhou tras la muerte de su padre, Baochai siguió pensando que Daiyu era la única persona con la que podía hablar con libertad. Siempre dialogó con ella sin miedo a las consecuencias, sin la necesidad de guardar las apariencias, y llegó a conocerse mejor a través de sus palabras. Esto sucedió incluso en su última conversación. Hablaron de las posibilidades que tienen las mujeres de elegir su destino, y ella animó implícitamente a Daiyu a optar por la vida en lugar de entregarse a la muerte. Pero ¿acaso no estaba hablando también, sin ser consciente de ello, de la elección que ella misma estaba tomando? Aceptar las imperfecciones y vergüenzas de su situación, casarse con Baoyu cuando él saliera de la cárcel, cultivar mientras tanto su relación con los Jia, sacar el máximo provecho a su vida... Aun así, ¡qué fría y vacía le parece ahora su existencia sin Daiyu! Con su madre y Pan tiene que mostrarse siempre fuerte; solo ante su prima se permitía ser débil. Se está volviendo tan dura como una piedra, piensa, encerrada en la prisión de su propia desconfianza y sus miramientos.

—¿Cuándo murió? —pregunta, secándose las lágrimas.

La mujer la ignora.

Baochai vuelve a intentarlo, más alto:

—¿Cuándo murió?

La anciana tiene la mirada perdida en un punto del suelo. Baochai se da la vuelta. A fin de cuentas, no hay nada más que decir. Da las gracias a la mujer y sale lentamente a la calle nevada.

Cuando Xifeng alcanza las puertas de la ciudad, la nieve ya sobrepasa la altura de sus tobillos. Tiene empapados los zapatos, los calcetines y los pantalones casi hasta las rodillas. El chal que lleva sobre la cabeza y los hombros ha mantenido seca la parte superior de su cuerpo durante la tormenta, la peor que recuerda haber visto en la Capital, pero sus manos desnudas están heladas. Ha recorrido fatigosamente casi diez *li* bajo la nieve para ir y volver del convento de la Luna en el Agua, en los arrabales de la ciudad. Por la mañana, al ver lo cubierto y gris que estaba el cielo, deseó no realizar el largo trayecto. Sin embargo, la víspera Ping'er le contó que un mercader de esclavos había ido a casa cuando ella estaba ausente. El comerciante había examinado atentamente a Ping'er, abriéndole incluso la boca para echar un vistazo a su dentadura. Aterrada, Xifeng se vio obligada a dirigirse al convento para pedir un préstamo a la madre abadesa.

Ya ha acudido a casi una docena de personas para rogarles lo mismo. Antes de la confiscación de sus bienes, Xifeng hizo muchísimos favores. Cuando Jia Qiang, el primo de Lian, necesitaba un empleo, ella le buscó un trabajo comprando árboles y arbustos para el Jardín. También hizo uso de las conexiones de los Jia para ayudar a la hija del primo Yun a romper unos esponsales cuando se le presentó un matrimonio más conveniente. Pero ahora que es ella la necesitada, todo el mundo dispone de una excusa para no poder desprenderse ni tan siquiera de cincuenta o cien taeles. En estos tiempos, la gente tiene muy poco *liangxin*, sentido de la decencia; es como el lobo al que el señor Dongguo salvó de los cazadores, que más tarde, en cuanto tuvo hambre, intentó comerse a su benefactor. Xifeng ha dado explicaciones y suplicado hasta que se le ha secado la garganta, y aun así todos la han rechazado.

Hoy albergaba la esperanza de que la abadesa, con quien tan generosa había sido ella en el pasado, pudiera ofrecerle algo. Dado que la abadesa solicita de continuo contribuciones para el convento a las familias ricas, daba por seguro que tendría una buena cantidad de dinero a su disposición. La abadesa la ha invitado a sentarse y le ha ofrecido un té con mucha cordialidad. Ha chasqueado la lengua comprensiva cuando Xifeng le ha informado de las penurias de la familia y de la muerte de Qiaojie. Sin embargo, en cuanto ella ha hablado de un posible préstamo, la abadesa ha exclamado:

–¡Vaya! ¡Ojalá hubiera venido hace dos semanas!

–¿Por qué? –A Xifeng se le ha caído el alma a los pies al comprender que la iban a rechazar de nuevo con cualquier pretexto.

–¿No lo sabe? Llevo todo el otoño y el invierno de un sitio a otro recogiendo contribuciones para construir una nueva ala en el convento que albergue una estatua de Bodhidharma. Justo hace dos semanas entregué todo el dinero a los obreros.

–Pero estamos en mitad del invierno. Seguro que ahora no pueden empezar a trabajar.

–Bueno, pero necesitan el dinero para comprar los materiales, contratar carpinteros y todo eso. Me temo que no puedo ayudarle. No sabe cuánto lo siento.

–No necesitamos mucho. Incluso cien taeles nos servirían. Igual puede arañar un poco de los gastos corrientes de manutención...

–Me temo que eso es imposible –ha dicho la abadesa, y Xifeng ha captado el tono rotundo en su

voz—. Por favor, haga llegar mis saludos a la dama Jia.

Al entrar a la ciudad, caminando penosamente para atravesar la puerta occidental, Xifeng bulle de rabia al recordar que la abadesa ni se ha molestado en formular una excusa. Está claro que tenía el dinero y que sencillamente no quería dárselo. Si alguna vez los Jia recuperan Rongguo, piensa Xifeng, jamás contribuirá ni con una moneda de cobre al convento de la Luna en el Agua. Agotada, se desploma a descansar en un pequeño saliente en el interior de las murallas. ¿Adónde puede acudir?, piensa. Se le está agotando el tiempo. En menos de una hora se hará de noche. De repente surge una respuesta en su cerebro cansado: Yucun. Ha intentado no pensar demasiado en él desde que se lo encontró el día que iba a comprar las medicinas de Qiaojie, pero ¿acaso Yucun no había dejado claro que todavía sentía algo por ella? ¿Se negaría a darle ayuda ante lo desesperado de su situación?

Recuerda haber oído que Yucun se había trasladado a una nueva mansión no lejos de Rongguo. ¿Podría arriesgarse a esperar al día siguiente, para poder estar descansada y acicalarse para la visita? No se atreve a esperar. ¿Quién sabe cuándo encontrará el mercader de esclavos un comprador para Ping'er? Debe presentarse tal y como está, agotada y aterida de frío, con la ropa empapada y la cara sin maquillar. Por fortuna, ha cesado de nevar. Alisándose el pelo, se pone en pie. Sus esperanzas confieren fuerza a sus piernas.

Se encamina hacia Rongguo. Cuando está a solo unas calles de distancia, pregunta a un viandante dónde vive el ministro de Ritos, y el hombre le indica una calle a dos bloques al norte de Rongguo. Camina apresurada, deseando llegar antes de que la luz del día se desvanezca del todo. Cuando entra en la calle, comprueba que el portón triple, apenas un poco más pequeño que el de Rongguo, ya está cerrado. Se dirige a una de las puertas laterales y llama. Sale un guardián.

—¿Qué quiere?

Adoptando un tono de confianza que en realidad no tiene, Xifeng dice:

—Traigo un mensaje para el ministro Jia de parte de mi amo, el señor Jia Lian. —Confía en que Yucun, al oír el nombre de Lian, comprenda que en realidad se trata de ella.

Le parece que el guardián la mira de un modo extraño. No es normal que una sirvienta, en lugar de un paje, lleve un mensaje destinado a un varón. El hombre extiende la mano.

—Si traes una carta, yo se la haré llegar al ministro Jia.

Xifeng sacude la cabeza.

—No se trata de una carta. Traigo un mensaje. Mi amo me pidió que se lo comunicase en persona al ministro.

El guardián la mira aún más extrañado. Pasado un momento, cierra la puerta en sus narices y desaparece. Xifeng no está segura de si la ha despachado o ha ido dentro a preguntar si debe admitirla. Decide esperar un poco antes de volver a llamar. La temperatura está bajando tras la puesta del sol, y sus medias mojadas empiezan a escocerle la piel. Hace un esfuerzo por caminar de un lado a otro para mantenerse en calor. Transcurridos unos diez minutos de espera, la puerta se abre.

—Puedes pasar —dice el guardián.

Ella lo sigue por la puerta y atraviesan un patio grande y ceremonial. No hay luz en la mayoría de los edificios; lo único que advierte es que son grandes y elegantes. El guardián la conduce por otro patio, y luego por otro más. Se pregunta si la estará llevando al despacho de Yucun, hasta que ve que se acercan a lo que debe de ser el portón interior. Se sorprende. ¿Por qué iba Yucun a desear verla

en los cuartos interiores, donde su esposa podría con toda seguridad oír su visita? En el portón interior, el guardián, que tiene prohibido el acceso a los aposentos de las mujeres, la deja a cargo de una criada que estaba esperando allí. A la luz de los faroles de la puerta, vestida con sus sedas de mariposas, la doncella le recuerda a las sirvientas de Rongguo. Sin embargo, un segundo vistazo revela que no es muy atractiva; solo por ese motivo no la habrían elegido para servir en el palacio. La criada la conduce a lo que parecen ser los aposentos principales. Qué extraño, piensa Xifeng. ¿No estará aquí su esposa? Al cruzar el patio hacia la puerta principal, un repentino nerviosismo se apodera de ella y le entran ganas de darse la vuelta.

Haciendo un esfuerzo, sigue a la criada hacia el salón principal y comprueba que Yucun no está allí. En su lugar, una joven sentada al borde del *kang* la contempla con singular interés. La mujer viste una chaqueta forrada de armiño y una cofia de marta cibelina adornada con un alfiler de perlas. Su rostro es hermoso, pero lo estropea un gesto ansioso que une sus cejas y endurece su boca.

–¿Quién eres? –dice la mujer, alterándose al ver a Xifeng–. ¿Qué quieres de mi esposo?

De modo que esta es la esposa de Yucun, la hija del marqués de Donghou. Es bastante atractiva, pero su rostro y su figura carecen de distinción. Juguetea con un calentamanos con forma de pez, y se le cae al suelo de los nervios. Una doncella se apresura a recogerlo. Xifeng se fija en que esta criada es tan fea como la primera. Comprende que la esposa de Yucun es una mujer celosa e insegura que se rodea deliberadamente de muchachas poco agraciadas.

–Me llamo Ping'er –miente, porque Xifeng es un nombre demasiado distinguido para una sirvienta–. Traigo un mensaje para el ministro Jia. Si hace el favor de que una criada me lleve a su presencia, le entregaré mi mensaje.

–Mi esposo no está aquí. Ha ido a Tianjin por asuntos del ministerio. ¿Quién te envía?

Las esperanzas de Xifeng se desvanecen. ¿A quién va a acudir ahora? Lo único en lo que puede pensar es en salir de allí.

–Me manda mi dueño, el señor Jia Lian. Si el ministro Jia no está aquí, volveré en otra ocasión. ¿Puede decirme cuándo se espera su regreso?

–Mi marido no estará de vuelta por lo menos en una semana –dice la esposa de Yucun. Se refiere a él como «mi marido», en lugar de como «el ministro Jia», reivindicando sus derechos sobre él con cada frase–. ¿No puedes darme a mí el mensaje?

–Me temo que no. Lamento haberla molestado. –Se dirige hacia la puerta.

–Espera un minuto –dice con brusquedad la mujer.

–¿Sí?

–Si me entregas a mí el recado, te daré dos taeles de plata.

Por un instante, Xifeng se pregunta si puede aprovecharse de la curiosidad y las sospechas de la mujer para obtener el dinero que necesita. Sin embargo, comprende que los pocos taeles que podría conseguir de ella no merecen el esfuerzo.

–Lo siento. Mi amo, el señor Jia Lian, me ordenó no dárselo a nadie más que al ministro Jia.

–¿Por qué me mientes? –grita la esposa de Yucun, con la cara ardiendo por las sospechas–. Jia Lian está en la cárcel. ¿Quién te envía? ¿Una de las damas?

Xifeng se da cuenta de que ha entrado en un terreno peligroso.

–Me envía la dama Jia... Me pidió que dijera que venía de parte de Jia Lian porque no es propio de ella dirigirse en persona al ministro.

–¿Y qué quiere?

Xifeng decide contar una versión de la realidad, por si se da el improbable caso de que la esposa de Yucun decida ayudarle.

—La dama Jia me envía a pedir un préstamo. La familia está pasando momentos difíciles. Mi ama recordó que el ministro Jia solía visitar al señor Jia en el pasado, y esperaba que pudiera socorrerlos.

—¿Seguro que vienes de parte de la dama Jia? —repite la mujer, como si no hubiera oído el resto de las palabras de Xifeng. Se acerca un poco más, y la agarra de la manga—. ¡Estoy segura de que Yucun estaba enamorado de una de las jóvenes damas de esa casa! ¡Te daré diez taeles si me dices su nombre!

Xifeng la observa perpleja. ¿Por qué está tan celosa de una historia tan vieja? Si la esposa de Yucun le hubiera ofrecido cien, o incluso cincuenta taeles, Xifeng le habría dado su propio nombre. Pero tal y como están las cosas, se niega y se marcha de la mansión.

Cuando llega a casa, casi mareada a causa del frío y el agotamiento, la familia está a punto de cenar. Agradecida, se cambia la ropa mojada y se sienta a tomar la sopa de calabaza blanca y el arroz humeante. Apenas ha probado unos bocados, cuando la Anciana Dama anuncia:

—Ya le he concertado un matrimonio a Ping'er. Su nuevo marido va a mandar un palanquín nupcial mañana por la mañana.



Esa noche, Xifeng y Ping'er no duermen en el dormitorio con las demás. Xifeng toma una almohada y una colcha, y pasan su última noche juntas acurrucadas en el *kang* del salón. Al principio, Xifeng permanece callada. Ping'er llora en silencio, y su amiga le da palmaditas en el hombro. Finalmente, cuando se calma un poco, Xifeng le dice, con lágrimas en los ojos:

—He hecho todo lo posible por encontrar un modo de retenerte. Si me dieran un poco más de tiempo...

Ping'er asiente y traga saliva, atragantándose con un sollozo.

—No pasa nada. Sé lo mucho que lo has intentado. —Vuelve a llorar, y Xifeng le da su pañuelo—. A veces, ni tú puedes arreglar las cosas.

El modo en que Ping'er dice «ni tú» le hiere. En el pasado, Xifeng también llegó a creer que no había nada que no pudiera conseguir. Había sido una tirana, siempre jactándose de lo bien que administraba Rongguo. Qué orgullosa se sintió cuando ganó todo aquel dinero a base de préstamos. Ahora, qué limitada, qué impotente se siente. No pudo salvar a Qiaojie, y tampoco es capaz de salvar a Ping'er.

—¿La dama Jia te ha contado algo sobre tu pretendiente?

—Se apellida Jiang. Tiene treinta y tres años.

—¿Vas a ser su primera esposa, o una concubina?

—Primera esposa.

—Eso está bien. —El hombre ya es mayor para casarse por primera vez, pero Xifeng confía en que un esposo de edad sea más cariñoso y atento con ella.

—El problema—dice Ping'er— es que es mercader de té. Suele residir en Anhui, donde están sus

plantaciones.

–¿Quieres decir que no vive en la Capital?

–No, solo viene una o dos veces al año a la Capital para vender su té. –Ping'er rompe a llorar de nuevo—. Pero decidió buscar esposa aquí, porque pensó que podría conseguir algo mejor.

A Xifeng no se le había pasado por la cabeza que Ping'er pudiera marcharse de la Capital. Había asumido que al menos podría verla algunas veces al año. Tiene miedo no por Ping'er, sino por ella. ¿Cómo será capaz de sobrevivir entre los Jia sin alguien en quien confiar? En toda esa gran ciudad de miles de habitantes, no habrá nadie que se preocupe por ella, nadie a quien poder acudir. Es probable que nunca vuelvan a verse. Un horrible temor a la soledad se apodera de ella. ¿Cómo va a seguir luchando sola? Comprende que, incluso durante la época en que estuvieron distanciadas, ella todavía sacaba fuerzas de la presencia de Ping'er. Comienza a llorar. Siente la mano de su amiga acariciando la suya bajo las mantas. Sus dedos se entrelazan y se abrazan.

–¿Cómo voy a dejarte? –dice Ping'er—. Hemos sido siempre como hermanas. Incluso cuando yo era niña te ocupabas de mí. ¡Y cómo me ayudaste a cuidar de Qiaojie!... No la habrías tratado mejor si hubiera sido hija tuya.

–Tal vez las cosas vayan bien cuando te cases. No sabemos; podría ser buena persona –dice Xifeng, intentando consolarla—. Quizá hasta tengas otro hijo.

–No quiero más hijos.

–Eso es lo que sientes ahora, pero quizá algún día tengas ganas. Para mí es peor. Creo que Qiaojie ha sido la única oportunidad que tendré en mi vida de estar cerca de un niño.

–¿Qué quieres decir?

–Creo que nunca podré tener un hijo propio. Mis periodos son cada vez más irregulares. En ocasiones no me viene la regla durante dos o tres meses seguidos.

–Eso es porque no te cuidas.

–No creo que sea eso. –Algo va mal en su cuerpo. Puede sentirlo. Se agota con mucha facilidad, y no tiene buen color—. Además, no creo que Lian vuelva a acostarse conmigo.

Ping'er no dice nada. Aprieta las manos de Xifeng.

–Sí, me preocupas –dice finalmente—. Lian estará muy enfadado cuando vuelva de la cárcel.

–Bueno, todavía faltan unos cuantos años para eso. –Xifeng intenta hablar con calma, pero ella también tiene miedo de lo que pueda hacerle Lian cuando lo suelten.

–¿Puedes hacer algo por mí? –pregunta Ping'er tras un silencio.

–Sí. ¿El qué?

–Tú vas a quedarte aquí, en la Capital. ¿Irás a verla alguna vez? –Ping'er se refiere a la tumba de Qiaojie.

–Por supuesto que iré. –De nuevo las lágrimas se adueñan de los ojos de Xifeng—. Iría aunque no me lo pidieras.

–¿Quemarás incienso y llevarás ofrendas? Había pensado que podrías llevar esos pastelitos rellenos de judías rojas. Le encantaban, ¿verdad?

Era cierto, Qiaojie había comido muy poco, pero aquellos pastelitos eran una de las pocas cosas que parecían gustarle.

–Claro que sí.

–¿Seguro que irás el Día de Barrer las Tumbas?

–Iré.

–Bien –dice Ping'er, como si se hubiera quitado un peso de encima–. Así, todos los años, ese día, sabré que vas a visitar su sepulcro, y yo podré imaginar exactamente dónde estás y lo que estás haciendo.

Después de decir esas palabras, Xifeng siente que el cuerpo de Ping'er comienza a relajarse. Permanecen largo rato en silencio. Finalmente ve que los párpados de su amiga empiezan a cerrarse, temblorosos. Un poco después, Ping'er ronca plácidamente. Xifeng contempla su cara bañada por la tenue luz de la luna que se cuele por la ventana. Sus ojos siguen abotagados y hay marcas de lágrimas en su piel. Las mejillas han perdido su redondez y color y se ven ensombrecidas por unas ojeras oscuras, pero aun así conserva la dulzura de la curva de sus labios. Su respiración es sosegada.

Quizá las cosas no le vayan mal a Ping'er, al fin y al cabo. Puede que su marido la quiera y que tenga otro hijo. Seguro que eso la compensará en parte por la pérdida de Qiaojie. Se le ocurre que Ping'er es la afortunada; afortunada por poder escapar de la tiranía de la dama Jia, afortunada por librarse del ambiente de decepciones y privaciones de las mujeres de la familia Jia. ¿Qué no daría Xifeng por poder escapar de Lian, por empezar una nueva vida con otro marido, sin una historia de resentimiento y traiciones? ¿Qué no daría por ser capaz de tener un hijo?

Envuelve a Ping'er entre sus brazos, escuchando su respiración, y permanece despierta hasta el amanecer.

QUINTA PARTE



Cuarto mes, 1723

La separación es fácil. Lo difícil es juntarse.

LI SHANGYIN, *Poema sin título*

Baochai regresa del mercado con Xifeng, apoyando en el costado el peso de su cesta cargada a rebotar. Ahora que ya es primavera, vuelve a haber gran cantidad de verduras. Han comprado un montón de amaranto rojo, diminutos brotes de guisante enroscados y hasta un orondo melón de piel amarilla para tomar después de la cena.

Baochai nota que el sol le achicharra el pelo y disfruta de la sensación de pasar por fin tanto calor.

–Me alegro de que se haya acabado el invierno. Recuerdo lo terrible que era volver del mercado con el viento helador dándonos en la cara.

Xifeng la mira y sonrío débilmente. Baochai se fija en que avanza casi jadeando. Como siempre, Xifeng ha insistido en cargar con los artículos más pesados.

–Sí, el invierno ha sido duro –dice–. Pero todavía pasarán más inviernos antes de que tío Zheng y Baoyu vuelvan a casa.

–Seguro que el próximo invierno no lo es tanto. Pan ya habrá regresado del sur para entonces.

–¿Todavía no habéis tenido noticias suyas?

–No. Fui a preguntar a casa de Jingui la semana pasada, y aún no sabe nada. No entiendo qué puede estar reteniéndolo. Hace ya más de cinco meses que su mujer le escribió. –En su fuero interno, Baochai teme que su hermano haya vuelto a meterse en líos y esté pudriéndose en alguna cárcel, incapaz de ayudarles. Si supiera lo que ha pasado con los Jia, seguro que habría comprendido cuánto lo necesitan y habría regresado ya a la Capital.

Camina en silencio unos minutos. Después, Xifeng dice:

–Eres muy paciente por esperar tanto tiempo a Baoyu.

Baochai se sonroja, como acostumbra a hacer en las pocas ocasiones en que sacan a colación su compromiso.

–Bueno, tú también esperas a Lian –dice, solo para esquivar el comentario de Xifeng, que parece destacar de un modo embarazoso su fidelidad. Sin embargo, se arrepiente de haber pronunciado esas palabras en cuanto salen de su boca. Es evidente que Xifeng teme el regreso de Lian.

–Eso es distinto –responde Xifeng–. Yo ya estoy casada. No me queda más remedio. Tú solo estás prometida a Baoyu. No hay motivo para que lo esperes así.

A Baochai le molesta ese intento de volver a sacar un tema que considera cerrado.

–Tío Zheng y Baoyu fueron condenados por obstrucción a la justicia por ayudar a Pan. ¿Cómo voy a abandonarlos después de que hicieran eso por nosotros?

Xifeng la mira con un gesto de incredulidad.

–¿Es eso lo que te retiene? ¿Qué tiene que ver eso contigo? Eres una Xue, no una Jia. Tú podrías salvarte. Cuando Pan vuelva, deberías pedirles a él y a tu madre que te concierten un nuevo matrimonio.

–¿No te gusta Baoyu? –pregunta Baochai, sorprendida ante la vehemencia de Xifeng. Sospecha que debe de tener algún motivo oculto. Tal vez quiera deshacerse de ella porque conoce la historia de amor que mantuvo con Yucun. O quizá Xifeng no quiera que Baochai se convierta en su rival por el control de la casa cuando esté casada con Baoyu.

–El asunto no es si me gusta o no –dice Xifeng–. Va a estar en la cárcel cuatro años más. Además,

él quería casarse con Daiyu, no contigo. ¿Acaso no te importa eso?

La mención a Daiyu le duele. Por las noches, cuando no puede dormir, piensa con frecuencia en ella. Intenta cambiar de tema:

—¿A ti qué te importa con quién me case yo?

Xifeng se encoge de hombros y suelta una risita.

—No quiero que tomes una decisión de la que luego te puedas arrepentir.

—¿Y por qué iba a arrepentirme? —Estas palabras le suenan falsas incluso a ella misma. Lleva meses sin pensar en Baoyu. Intenta imaginárselo y hasta le cuesta evocar los rasgos de su cara. Xifeng tiene razón. Su espera no ha hecho más que empezar.

Mira de nuevo a Xifeng, intentando desentrañar sus motivos. No ha sido la misma desde la muerte de Qiaojie y la boda de Ping'er, hace ya más de dos meses. Ha dejado de discutir con la dama Jia, y ya no reprende a las Dos Primaveraes cuando las engañan en el mercado o se les quema la comida. A Baochai le parece que se comporta de un modo más amable, más accesible, que cuando llevaba la batuta en Rongguo. Tal vez sea verdad que solo se preocupa por su futuro.

Cuando entran en la calle del Tambor, Xifeng se tropieza y casi se le cae la cesta. Baochai le ayuda a levantarse y se fija en que está muy pálida.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

Xifeng se agarra al brazo de Baochai, como si necesitara apoyarse para permanecer en pie.

—¿Qué tienes? ¿Algo va mal? —insiste Baochai.

—No es nada. —Xifeng se calma y se suelta de la joven—. Solo he perdido el equilibrio.

—Parecías a punto de desmayarte. ¿Mandamos llamar a un médico?

—¡No! —exclama Xifeng con su antigua brusquedad—. Estoy bien.

Justo cuando llegan a la puerta de casa, oye una voz masculina a sus espaldas:

—¡Baochai!

Se gira. Pan, con atuendo de viaje, se acerca corriendo a ellas.

—¡Pan! —La joven estrecha a su hermano entre sus brazos—. ¡Has vuelto! ¡Estábamos muy preocupadas por ti!

—¿Cómo está madre?

—Está bien. Pasa a verla. —Entran apresurados a la casa, llamando a su madre a voces.

La señora Xue se abraza a su hijo y rompe a llorar.

—¿Por qué no contestaste a nuestro mensaje? ¡Estábamos tan preocupadas!...

—¿Qué mensaje? —dice Pan.

—Le dijimos a Jingui que te enviara un mensaje para pedirte que regresaras a la Capital.

—No recibí mensaje alguno. Supongo que llegó cuando ya me había marchado de Nanjing.

—¿Dejaste Nanjing? ¿Dónde has estado?

Pan se ríe.

—He ido a Hangzhou, a Chang'an y a Tianjin.

—¿Por qué demonios has ido a todos esos sitios? —exclama la señora Xue.

—Desde que me enteré de que habían confiscado los bienes de los Jia, me he dirigido a todos sus parientes por matrimonio para pedirles que intercedieran por ellos ante el emperador y suplicasen su clemencia —dice Pan, radiante de orgullo—. Fui a ver a los Xue, a los Shi y a los Wang, en Chang'an...

A Baochai casi se le cae la cesta de la sorpresa. Nunca se le habría ocurrido que su hermano haría algo para ayudar a los Jia por iniciativa propia.

Pan mira a su alrededor, a la dama Jia, a Xifeng y a las Dos Primaveras.

—Traigo excelentes noticias. ¡Me detuve en el *yamen* de camino aquí, y me dijeron que han concedido a los Jia el derecho a apelar!

—¿Eso qué significa exactamente? —La dama Jia interrumpe las exclamaciones de gratitud y sorpresa. Con Tanchun y Xichun sosteniéndola, se levanta de su almohadón al borde del *kang*.

—Significa que hay muchas probabilidades de que revoquen sus sentencias o, al menos, reduzcan sus penas.

—¿Cuándo lo sabremos?

—En una o dos semanas, supongo.

Baochai ve el reflejo de su sorpresa en el rostro de su madre.

—Pan —empieza a decir esta—, ¿cómo se te ocurrió algo así? No imaginaba que supieses..., que pensases...

—Sé que tío Zheng me ayudó. Por eso, cuando me enteré de lo que les había sucedido a los Jia, me dirigí a tío Xue en Nanjing y le pregunté si podía hacer algo. Me dijo que escribiría una petición a la corte.

—¿Lo hizo? —pregunta la señora Xue, sorprendida. Baochai sabe que su madre nunca se ha llevado bien con el hermano menor de su marido.

—Le conté que Baochai estaba prometida con Baoyu. Dijo que siempre había querido mucho a Baochai, y que no le gustaría ver sufrir a una chica tan buena. —Pan mira burlón a su hermana—. Fue mi tío quien sugirió que visitara a los demás parientes por matrimonio de los Jia, para pedirles que intercedieran también ante su alteza. Primero me dirigí a los Wang. —Se vuelve hacia Xifeng y continúa—: Vi a tu honorable tío. Cuando le conté que Lian estaba en la cárcel, dijo que mandaría una carta al instante.

Baochai se fija en lo forzada que es la sonrisa de Xifeng.

—Luego me dirigí a los demás —continúa Pan—. Al principio les tuve que suplicar, y seguían negándose a ayudar. Pero en cuanto les conté que Xue Bing y el general Wang ya habían enviado sus peticiones, aceptaron mandarlas ellos también.

Baochai ve que todo tiene sentido. Una persona siente miedo a alzar su voz en solitario, pero es más proclive a unirse a un coro de otras voces poderosas. Se encuentra más maravillada aún con la transformación de Pan. Ahora se comporta con la confianza resuelta de un hombre versado en los asuntos de este mundo.

Toma la mano de su hermano y le dice:

—Pan, no sé qué es, pero pareces tan distinto...

Pan sonrío.

—Me siento distinto. ¿Recuerdas cuando los secretarios de padre intentaban enseñarme el negocio? Nunca les presté la menor atención. Pero esta vez, cuando iba hacia el sur, me fijé en que varias medicinas se vendían a muy buenos precios: cuerno de rinoceronte, ginseng, oruga vegetal... De modo que me gasté casi todo el dinero que tenía y compré grandes cantidades: varios kilos de cada una. Luego, cuando llegué al sur, pude venderlas y saqué un beneficio tremendo... ¡Entre el trescientos y el cuatrocientos por ciento! Por primera vez comprendí que podía triunfar en algo yo solo, sin que me dijeran lo que tenía que hacer. —Suelta una risa modesta—. Ya sabes, aunque nunca se me dio bien memorizar textos, siempre fui bastante bueno con los números. —Sorprendida y sintiéndose culpable, Baochai se da cuenta de que aunque a ella siempre se le dieron bien las

matemáticas, jamás se le pasó por la cabeza que su hermano pudiera compartir su talento.

—Así que empecé a hablar más con los antiguos secretarios de padre acerca del negocio, y comencé a realizar adquisiciones para el Palacio Imperial y a llevar las cuentas personalmente. Lo encuentro muy interesante.

—Eso es maravilloso —dice Baochai—. Pero ¿qué hay del negocio de los Xia? ¿No quería Jingui que compraras papel y sándalo y los trajeras para venderlos?

Ante la mención a Jingui, el rostro de Pan parece endurecerse.

—La verdad —dice— es que cuando fui al sur descubrí que los precios de esos artículos eran bastante altos. No habríamos obtenido ningún beneficio trayéndolos aquí, de manera que no los compré.

—¿Has visto a Jingui? —pregunta su madre, dubitativa.

—Sí, fue ella la que me dijo que vivíais aquí —responde Pan. No añade nada más, todavía con un gesto duro en el rostro. Baochai se pregunta qué puede haber pasado entre ellos. Tal vez Pan haya descubierto algo deshonesto sobre Jingui cuando estuvo en Nanjing, o quizá esté enfadado con su mujer por no haber dejado que su madre y su hermana vivieran con ella tras la confiscación de Rongguo. En cualquier caso, Pan ya no parece estar bajo el dominio de su esposa.

—Cuéntame —dice la dama Jia—. ¿Es verdad que Zheng, Baoyu y Lian pueden salir pronto? No me lo creo. Tal vez podamos abandonar esta casa y regresar a Rongguo...

—No se exceda, Anciana Dama —dice Pan, riéndose de nuevo—. Mañana volveré al *yamen* y haré algunas averiguaciones. Y ahora que ya estoy en la Capital, me dirigiré al príncipe de Pekín para ver si puede mover algunos hilos. Siempre fue muy amigo de Baoyu. Pero, basándome en todo lo que me ha contado la gente, creo que hay muchas posibilidades de que no tengan que cumplir todas sus penas. A fin de cuentas —baja la voz—, todos los príncipes rivales están en la cárcel y su alteza lleva ya más de nueve meses en el trono, sin que hayan surgido problemas en ningún punto del Imperio. Seguro que puede empezar a relajarse...

—Gracias por todo lo que has hecho por nosotros. —La dama Jia, recobrando su antigua dignidad, intenta con dificultad bajarse del *kang* para ofrecerle un *koutou*—. Tu hermana, tu madre y tú habéis permanecido de nuestro lado cuando todos los demás nos abandonaron.

Pan la detiene, sonrojándose ante el intento de la anciana de darle las gracias.

—No es nada. Los Xue y los Jia siempre han sido cercanos, y tío Zheng me salvó cuando estuve a punto de ir a la cárcel. —Azorado, se refugia en una salida graciosa. Abraza a Baochai y le da un apretón—. Además, no podía dejar que mi hermanita se consumiese como una sirvienta vieja, ¿verdad que no?

Baoyu se encuentra tumbado en el jergón de paja. Su cara, pegada a la sucia y áspera sábana, está caliente y seca. Sufre, alternativamente, temblores a causa de la fiebre y tiriteras por el frío. Se tapa con una manta andrajosa que no han lavado desde que entró en la cárcel. A veces la agarra con fuerza, y luego la suelta cuando le sobreviene el siguiente acceso de fiebre. Por su cuerpo se arrastran los piojos, pero ya no se molesta en rascarse. La estancia apesta debido al orinal, que solo se vacía una vez al día. Menos fuerte que el olor del orinal, pero igual de nauseabundo, es el aroma de la comida –gachas de arroz con trozos de pescado seco flotando–, que no ha tocado. Él permanece allí tumbado, pero su mente está muy lejos del reducido espacio delimitado por las paredes de su celda. Como siempre, se dedica a repasar uno a uno sus recuerdos de Daiyu, como pasando las cuentas de un rosario. Se acuerda del primer día de la joven en Rongguo, con su túnica rosa algo sucia, su extraña mezcla de torpeza y gracia, de recelo y candor. Recuerda aquella primera cena en la que se ruborizó de un modo agónico tras beberse el té destinado a hacer gárgaras y evoca aquella ocasión en que Daiyu vino a verlo después de que su padre lo azotara, y él le habló sobre la vida secreta de Zhu. Pero la mayor parte de las veces recuerda el período que siguió al regreso de Daiyu, pálida y agotada, después de cuidar a su padre en Suzhou. Fue la época más feliz de su vida, cuando se colaba casi todas las noches en su dormitorio para charlar con ella antes de que se durmiera.

A veces se permite el gusto de repasar el aspecto físico de Daiyu hasta el más mínimo detalle: la leve inclinación que presentaba siempre el alfiler que sujetaba su moño; la fina capa de sudor en su nuca; la manera en que las plantas de sus zapatos se desgastaban de un modo desigual porque, al andar, torcía un poco los pies hacia fuera; sus uñas rosas, tan curvadas y delicadas como conchas de mar; la pequeña arruga entre sus cejas, que le confería una ligera expresión de melancolía incluso cuando estaba feliz...

En ocasiones rememora alguna conversación mantenida con ella, y examina y sopesa sus opiniones. Piensa en aquel día en que lo visitó cuando se quemó la cara. Él le enseñó por primera vez su jade, y ella se inventó una historia sobre una piedra que descendía de los cielos para vivir en el mundo de los humanos. Al decir que la piedra venía de los cielos, ¿se estaba burlando de él y de su sentimiento de superioridad? La piedra se había enamorado de una muchacha mortal. ¿Ya sabía en aquel entonces que estaba enamorado de ella? Recuerda su voz, rica y grave, con ese ligero acento del sur que no distingue entre la «n» y la «ng»; recuerda sus dientecitos blancos, un poco torcidos, y el perfil de sus labios gruesos. Tumbado en aquel duro jergón de paja, se imagina que lo que tiene debajo es el cuerpo de Daiyu, y que si abre los ojos verá su cara.

A veces piensa que está volviéndose loco por vivir de esos detalles del pasado. Pero luego se dice que revivirlos es lo único que puede hacer para no perder la cordura y rendirse a la apatía y la desesperación. ¿En qué otra cosa podría pensar en esa pequeña habitación, con su alta ventana con barrotes, sin papel ni pincel, sin libros? ¿Con qué otra cosa podría ocupar su mente, más que con la idea de que sobrevivirá a estos cinco años y luego la encontrará, donde sea, como sea?

Escucha una llave girando en la cerradura. La cabeza le dice que es algo inusual, porque normalmente nadie entra en la celda entre la hora de comer y la de la cena, pero no hace ningún esfuerzo por moverse.

–Jia Baoyu, ¡levántese! –dice una voz a su lado.

Vuelve la cabeza. Ve que, en lugar de uno de los guardias habituales, quien está allí es el alcaide, con el que se ha cruzado en contadas ocasiones.

–¿Qué quiere?

–¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? ¿No puedes levantarte?

Con grandes dificultades, Baoyu se apoya en los brazos para incorporarse hasta sentarse.

–¿Qué sucede?

–Recoge tus cosas. Hoy te han concedido la libertad.

–¿La libertad? –repite, confuso. A medida que el significado de esas palabras va penetrando en su cerebro espeso, siente un ataque de esperanza y alegría. Intenta ponerse en pie pero se tambalea, mareado—. ¿Cómo? ¿Por qué?

El alcaide lo agarra de un brazo para evitar que se caiga.

–Te han concedido un indulto imperial. ¡Vamos!

Baoyu se incorpora para intentar recoger sus pocas prendas, pero está a punto de perder el equilibrio.

–No te preocupes por eso –le dice con impaciencia el alcaide—. No creo que vayas a ponértelas cuando estés en la calle.

–Tiene razón –dice Baoyu. Atraviesa la puerta abierta de la celda y avanza tambaleándose tras el alcaide, tan rápido como puede, por una serie de galerías. No es capaz de seguir su ritmo, y al final el alcaide retrocede para aferrarlo del brazo. Terminan en una especie de despacho en la parte delantera de la prisión. Su padre está allí, sentado en uno de los bancos corridos de la pared. Pan se encuentra a su lado.

–¡Padre! –grita Baoyu.

Zheng se pone en pie y corre hacia su hijo con los brazos abiertos. Aunque sus ropas están andrajosas y ha perdido peso, no tiene mal aspecto.

–Padre, ¿cómo estás?

Zheng agarra las manos de Baoyu.

–Estoy bien. Pero a ti ¿qué te pasa? Tienes un aspecto horrible. –Observa la cara de Baoyu—. Tienes fiebre, ¿verdad?

–Eso creo. Mi celda estaba en el ala norte. No le daba mucho el sol, siempre hacía frío y había mucha humedad.

–Tenemos que llamar a un médico cuanto antes.

–Padre, ¿qué ha pasado? ¿Por qué nos sueltan?

Zheng se gira hacia Pan con una sonrisa agradecida.

–El primo Pan, aquí presente, visitó a nuestros parientes para pedirles que intercedieran ante el trono, y parece que su alteza ha decidido concedernos un indulto imperial en reconocimiento a los muchos años que nuestra familia sirvió fielmente a la corona. Además, tu amigo el príncipe de Pekín fue a ver en persona al emperador la semana pasada, para rogarle que nos dieran la libertad anticipadamente.

Baoyu sonrío. El príncipe de Pekín siempre se portó bien con él. Se dirige a Pan:

–No sé cómo darte las gracias –dice, juntando sus manos para hacer una reverencia.

Pan interrumpe su *koutou*.

–Por favor, no es necesario que hagas eso. No ha sido nada. A fin de cuentas, dentro de poco

seremos cuñados.

Las palabras de Pan hacen que se le congele el corazón. En la cárcel casi no se ha acordado de su compromiso matrimonial. Jamás se le ocurrió que Baochai esperaría cinco años hasta que recobrar su libertad. Se dice que no puede cometer el mismo error de la última vez; debe dejar bien claro que no tiene intención de casarse más que con Daiyu.

Sin embargo, antes de que pueda decir nada, Lian y Huan son conducidos a la habitación. Le sorprende el ataque de cariño que siente por ambos. Los dos lo abrazan y comentan que parece muy enfermo. Ellos, por el contrario, aparentan gozar de buena salud, a pesar de su palidez y delgadez.

Y de ese modo, casi sin tiempo para asumirlo, se termina aquella terrible experiencia. El alcaide les lee en voz alta unos documentos, aunque a Baoyu le duele demasiado la cabeza como para prestar atención. Anotan sus nombres en una lista y de repente están en la calle, en un carruaje que Pan ha alquilado para conducirlos a casa. Baoyu se apoya en la pared del vehículo para mantener el equilibrio, maravillado ante el aire fresco y la vastedad del espacio que los rodea. En la cárcel ha perdido la noción del tiempo, pero ahora siente, por la calidad de la luz y el calor, que están a finales de la primavera. La luz del sol es demasiado intensa para sus ojos, y se los cubre con la mano. Se acercan a una parte más animada de la ciudad. Le parece que la gente en las calles pertenece a una especie diferente y desconocida. Hay niños que gritan y se persiguen, vendedores a las puertas de sus tiendas pregonando su género... Sus voces son tan altas, y las formas y los colores de los objetos le resultan tan vivos... Ve montones de *zongzi*, esos triangulitos de arroz envueltos en hojas de bambú que se comen para conmemorar el suicidio de Qu Yuan, y comprende que deben de estar cerca de la Fiesta del Barco-Dragón, que se celebra el quinto día de la quinta luna.

Ahora avanzan dando tumbos por una calle que le resulta familiar.

—¿Vamos a Rongguo? —pregunta.

—No, todavía es propiedad imperial —dice Pan volviendo la cabeza—. La familia había alquilado una residencia al sur de Rongguo. Era bastante pequeña, de modo que en cuanto regresé a la Capital alquilé también los aposentos vecinos.

Entran en un callejón estrecho, y el cochero detiene los caballos. Mientras Pan ayuda a Zheng y a Baoyu a bajar de la carroza, una puerta se abre de golpe y aparecen las Dos Primaveras, Baochai y la señora Xue para recibirlos. Tanchun abraza entre lágrimas a Baoyu, a su padre y a Huan, mientras Xichun estrecha a Lian. Baochai y la señora Xue abrazan primero a Zheng. Luego, la señora Xue se gira para dar un abrazo a Baoyu, mientras Baochai le ofrece una reverencia formal, sin apenas mirarlo a la cara. Esta frialdad llena de disgusto a Baoyu. La muchacha debe de seguir considerándose prometida a él; por eso lo trata con tanta formalidad.

La dama Jia sale de la casa, ayudada por Xifeng. La anciana abraza a su hijo, pero Baoyu no puede apartar los ojos de Xifeng. ¿Qué le ha sucedido? Su tez ha adquirido un tono extraño, arcilloso, y el blanco de sus ojos se ha tornado amarillo turbio. Ha perdido tanto peso que se distingue claramente la forma de su quijada. ¿Habrán notado las demás ese cambio? Después mira a Lian, que sigue hablando con Xichun y no se acerca a su esposa. Seguramente, piensa, Lian se apiadará de su mujer y no será muy duro con ella por lo de los préstamos. Baoyu toma las manos de Xifeng.

—¿Dónde está Qiaojie?

Un escalofrío recorre el rostro cetrino de Xifeng.

—Murió el invierno pasado.

—Lo siento mucho. No lo sabía. —Baoyu aprieta sus manos, y siente que los delgados dedos de la

mujer están temblando—. ¿Y Ping'er?

Por la expresión de Xifeng, comprende que ha tocado un tema doloroso.

—La Anciana Dama insistió en venderla —dice.

El tiempo ha permanecido suspendido mientras Baoyu ha estado en prisión. Solo ahora, con las palabras de Xifeng, comprende cuántas cosas han sucedido en su ausencia, las pérdidas y despedidas que han desgarrado a la familia. Instintivamente, le viene a la cabeza un verso de Zhuangzi: «Esta vida, este insustancial entramado de vanidad, flota como una nube en el viento».

Ahora es la Anciana Dama quien lo abraza. Aunque se alegra de ver a su hermana y a sus primas, Baoyu todavía está enfadado por el modo en que su abuela trató a Daiyu. Deja que lo envuelva entre sus brazos y le acaricie el pelo. Abruptamente, la dama Jia aparta su mano.

—¡Santo cielo! ¡Estás lleno de piojos, y tu cabeza arde como el fuego!

—Sí, dejemos descansar a Baoyu. No se encuentra bien. Tenemos que llamar a un médico —dice Zheng pasando un brazo sobre sus hombros y ayudándole a entrar en la casa. Dándose cuenta de lo cansado que está por el viaje desde la prisión, Baoyu deja que lo conduzcan al *kang*. Se desploma encima de unos cojines, mientras los demás comienzan a hablar sobre a qué médico llamar y sobre cómo bañar a los recién llegados y conseguir ropa nueva para ellos.

Mientras Baoyu contempla la vivienda desconocida y observa el trajín de los demás, se siente tan abatido por la ausencia de Daiyu que desea gritar de dolor. ¿Cómo pueden conversar y reír todos, disfrutando de la vuelta de los condenados, sin acordarse de los que faltan? Incapaz de contenerse, dice:

—¿Alguien sabe qué pasó con la prima Lin después de la confiscación de Rongguo?

Xifeng da un respingo. Parece a punto de hablar, pero luego cierra la boca. Se produce un silencio incómodo.

Su padre es el primero en romperlo. Mira a su alrededor, pestañeando, como si hasta entonces no se hubiera percatado de la ausencia de Daiyu.

—Suponía que estaría aquí con vosotras. —Mira a la dama Jia—. ¿Dónde está?

El rostro de la Anciana Dama es inescrutable.

—Desapareció de Rongguo durante la confiscación. Creo que debió de pensar que nos portamos mal con ella, de modo que escapó en la primera ocasión que tuvo.

Zheng está sorprendido.

—¡Desapareció! ¿Adónde puede haber ido? ¡Pudo haberle pasado cualquier cosa durante la confiscación! Los soldados pudieron haberla tomado por una sirvienta, ¡o peor! ¿No indagasteis un poco?

—¿Cómo íbamos a buscarla? Bastantes preocupaciones teníamos ya.

—Aun así, una jovencita, sola en la Capital, sin nadie que la proteja... —dice su padre, visiblemente contrariado.

—Debemos hacer algo para encontrarla, padre —interviene Baoyu, apremiante—. Podemos preguntar entre los Chaquetas Bordadas. Quizá la confundieron con una criada y la enviaron a otra mansión. Podemos investigar adónde condujeron a las demás sirvientas y...

—Yo sé lo que pasó con Daiyu —dice alguien con la voz queda. Baoyu no necesita volver la cabeza para saber que se trata de Baochai, con su voz pausada y su articulación casi exagerada de las consonantes. La mira y ve que dos marcas rojas arden en su rostro, pálido por lo demás, pero su gesto es tan sosegado como siempre. Baochai le da la espalda y se vuelve hacia su padre, como para

dejar claro que se dirige a Zheng y no a Baoyu.

–¿Qué le pasó? –pregunta su tío.

–Se fue a vivir con la familia de Ganso Blanco.

Al escuchar las palabras de Baochai, el corazón de Baoyu se llena de alivio y gratitud hacia Ganso Blanco. Muy típico de ella, tan generosa bajo su actitud hosca, asegurarse de que Daiyu estuviera bien.

–¿Cómo lo sabes? –pregunta Xifeng.

–Ganso Blanco se presentó aquí una vez, después de la confiscación de Rongguo. Vino a pedir algo de ginseng para Daiyu –contesta Baochai.

–Estaba enferma, entonces –exclama Baoyu.

–¿Por qué no nos lo contaste? –pregunta la señora Xue al mismo tiempo.

Baochai guarda silencio por un momento. Luego añade, con la voz tan firme como antes:

–Tenía tisis. Fui a visitarla una vez, el duodécimo mes. Sufría una tos terrible y escupía sangre.

Baoyu siente que todo su cuerpo se enfría y se torna pesado como una piedra.

–¡Tisis! –exclama. La madre de Daiyu también había muerto a causa de esa enfermedad–. Bueno, tenemos que traerla aquí y buscar a los mejores médicos para atenderla. Estoy seguro de que con el mejor tratamiento...

Finalmente, Baochai se gira y lo mira. Su rostro sigue inescrutable, pero ¿es posible que capte un ligero temblor en su voz?

–Ya es demasiado tarde. Fui a verla de nuevo a finales del primer mes. Había muerto.

Baoyu retrocede como si hubiera recibido un golpe físico.

–¡Muerto!

–Sí. Le di algo de dinero al hermano de Ganso Blanco. Se llevó el cadáver al sur para enterrarla en Suzhou.

Lo primero que siente Baoyu es un odio ardiente hacia Baochai. Experimenta el deseo de golpear su cara, tan fría y plana como un plato. Siempre sospechó que fue ella quien delató a Daiyu e hizo que la dama Jia se volviera contra la muchacha. La muerte de la joven debería recaer sobre sus espaldas. Solo tras un momento su afligido cerebro comprende que Baochai debe de haberse arrepentido de lo que hizo. Por ese motivo pagó el traslado del cadáver para que la enterraran en Suzhou.

¿Y por qué culpar a Baochai? ¿Acaso no tuvo él la culpa de todo? Fue él quien sedujo a Daiyu, colándose en sus aposentos para visitarla noche tras noche. Él le prometió que se casaría con ella. Aunque fuera Baochai quien los delató, fueron sus propios actos los que volvieron a la dama Jia contra Daiyu. Seguramente, su amada murió pensando que él la había abandonado y traicionado. ¿Será posible que nunca vaya a tener ocasión de decirle lo mucho que la amaba, que no hubo un solo día en la cárcel en que no soñara con ella y planeara cómo pasar la vida a su lado?

Pero ni todos sus lamentos la traerán de vuelta. Con un ligero temblor, se derrumba en el *kang*. Cierra los ojos y siente el peso de su dolor aplastando su corazón.

Durante toda esa tarde, Xifeng se dedica a esquivar a Lian. Sabe, desde el instante en que lo vio bajarse del carruaje, que sigue enfadado con ella. El hecho de que no haya terminado cumpliendo toda su condena no ha apaciguado su ira. Xifeng lo percibió en la rigidez con la que la abrazó, en la manera explícita en que evitaba sus ojos. Lian no reconocía su presencia de ningún modo, como si viera a través de ella cuando se acercó corriendo a recibirlo. Xifeng se volvió para saludar a Huan, con la esperanza de que, en el bullicio de la bienvenida a los indultados, la frialdad de su esposo pasara desapercibida. Durante toda la tarde, para apartar la atención del hecho de que su marido no le hablaba, Xifeng fingió estar lo más activa y ocupada posible. Dirigió la preparación de la cena, riendo y haciendo bromas sobre el menú. Pan prometió prestar a los Jia lo que necesitaran, así que ella compró pescado y carne para celebrar el regreso de los prisioneros. Consiguió materiales para confeccionarles nuevas ropas, preguntando a todos qué colores y telas comprar. Luego se puso a trabajar en el *kang* de la sala, desenroscó con ostentación los rollos de tela y punzó y cortó los patrones de papel. Lian no la miró ni una sola vez. Tendría que estar agradecida, se decía Xifeng, de que él hubiera optado por no humillarla repudiándola delante de toda la familia.

Ahora ya es de noche, y no puede seguir evitando quedarse a solas con él. Pan ha alquilado la casa colindante para que la familia tenga más espacio. A Lian y a ella, al ser la única pareja casada, se les ha asignado uno de los dormitorios para ellos solos. Xifeng se sienta sobre el *kang* y se pone a coser con rapidez unos pantalones, con el miedo en el estómago como un nudo de hierro. Oye pasos al otro lado de la puerta. Entra Lian.

–¡Mira! –dice ella con alegría, mostrándole los pantalones–. Seguramente los tenga terminados para mañana.

Lian no responde ni la mira. Xifeng deja los pantalones y se levanta.

–¿Qué ha dicho el doctor Wang de Baoyu?

Para su alivio, su marido responde pasado un momento, sin mirar en su dirección.

–Dice que puede ser malaria. Parece que su cuerpo se calienta mucho y luego se enfría. Tiene el bazo hinchado y lleno de fuego.

–Pero la malaria se cura, ¿verdad?

Lian se sienta al borde del *kang* y se quita los desgastados y sucios zapatos usando los dedos de los pies.

–El médico dejó algunas medicinas –masculla–, pero Baoyu no quiere tomárselas.

–¿Que no quiere? ¿Por qué?

Lian no responde. Momentáneamente distraída de sus preocupaciones, Xifeng se pregunta si Baoyu estará tan afectado por la noticia de la muerte de Daiyu que ha decidido no curarse.

–Me siento fatal por lo que sucedió con Daiyu –dice Xifeng–. Tendría que haberme esforzado más por descubrir qué fue de ella... –Al ver que Lian no la está escuchando, se calla. Su marido se levanta y comienza a quitarse la ropa.

–Espera, deja que te ayude –dice, acercándose a él.

Lian se aparta.

–Puedo hacerlo solo.

–Entonces déjame que te ayude con los calcetines. –Se arrodilla ante sus pies y le quita los calcetines sucios y agujereados. Recoge sus zapatos, contemplando las suelas desgastadas–. Están muy estropeados. Debería tirarlos, ¿no te parece? Mañana puedo empezar a hacerte un par nuevo.

Lian no responde.

Xifeng recoge la chaqueta que su marido ha arrojado encima del *kang*.

–Será mejor tener cuidado con dónde ponemos esto. ¿Seguro que no traes piojos o pulgas? Tal vez sea mejor quemar toda la ropa que has traído. O quizá podamos lavarla con agua hirviendo...

Lian sigue sin decir nada. Se limita a desvestirse hasta quedarse con los pantalones y la túnica, que están llenos de manchas y remiendos. Xifeng no quiere que se meta en la cama con la ropa que ha traído de la cárcel. Se acerca a él con una camisa que le ha pedido a la Anciana Dama, que es ancha de hombros, y con sus pantalones más holgados.

–Toma, ¿por qué no te pones esto? Está limpio.

Ignorándola, Lian se acerca a la jofaina llena de agua que Xifeng le ha calentado. En lugar de darse un baño como es debido, mete la cabeza en la palangana. Se frota un puñado de jabón por el pelo mojado y luego se aclara la cara y la cabeza. Al secarse, deja manchas en la toalla. Xifeng quiere pedirle que se lave mejor, pero no se atreve. Lian se acerca a la ventana, la abre y arroja el agua a la calle. Cierra la ventana y echa el pestillo, y luego se dirige al *kang*, donde Xifeng ha dispuesto dos juegos de sábanas, uno al lado del otro, en el medio. Lian toma uno de ellos y se coloca en el extremo más alejado del *kang*. Luego apaga la lámpara de un soplido.

Xifeng permanece allí, a oscuras, escuchando cómo Lian se revuelve entre las colchas. Puede considerarse afortunada, piensa, de que no le haya gritado ni pegado. Debería desvestirse e intentar dormir, pero permanece allí, en la oscuridad, escuchando la respiración de su marido. Sabe que no es de los que se van ablandando con el paso del tiempo. Si deja las cosas así, el espacio entre ambos, su distanciamiento, pasará a ser permanente e inamovible.

Lentamente, se desviste, tiritando en el frío de la noche, y deja sus ropas en una pila ordenada en una esquina del *kang*. Cuando sus ojos se acostumbran a la oscuridad, puede distinguir en la tenue luz que entra por la ventana a su marido tumbado. Se sube al *kang* a su lado, y se arrodilla.

–Yo... quería decirte cuánto siento lo de esos préstamos –empieza a decir en voz muy baja–. Nunca pensé que acabarían causándote problemas.

Durante cerca de un minuto, Lian no responde. Cuando por fin habla, su voz deja claro que ha estado allí tumbado hirviendo de rabia, y que apenas puede controlar su ira contenida.

–Sin embargo, cuando los Chaquetas Bordadas me llevaron no abriste la boca.

–¿Qué iba a decir? Aunque hubiera confesado que fui yo quien hizo los préstamos, te iban a arrestar de todos modos.

Lian se sienta en la cama.

–Podrías haber dicho la verdad, y dejar que un juez decidiera si debían condenarme...

–Iban a encarcelarte de cualquier modo, igual que a tío Zheng, a Baoyu y a Huan. ¿De qué nos hubiera servido estar los dos en prisión?

–No me pongas enfermo con tus excusas. Lo cierto es que solo querías salvar tu propio pellejo, y no te importó nada que yo me pudriera en la cárcel por un delito cuya existencia ni siquiera conocía. No sé cómo te hiciste con mi sello, para empezar...

–Ya te he dicho que lo siento. Usé tu sello porque pensé que así los préstamos tendrían más validez. Y no me habría visto obligada a realizar esos préstamos si tú no hubieras sido tan

descuidado con el dinero, para empezar... –Xifeng sabe que no debería sacar ese tema, pero no puede permanecer sentada escuchándolo sin intentar defenderse de algún modo.

–¡Dinero, dinero, dinero! Contigo, todo se reduce al dinero. ¡Sabía que tergiversarías las cosas e intentarías echarme a mí la culpa de todo!

La discusión se está convirtiendo en un calco de las que ya han tenido decenas de veces. Xifeng se siente atrapada, pues sabe que ya no es la misma persona que discutía con su marido sobre dinero con tanta pasión. Mientras intenta encontrar palabras que decirle, Lian enmudece frustrado y se derrumba sobre la cama. Guarda silencio durante un par de minutos. Luego dice:

–Pero eso no es lo que más me molesta.

No añade nada más, y Xifeng puede escuchar su respiración acelerada y enfadada. Parece estar haciendo un esfuerzo por mantener su ira bajo control. Cuando vuelve a hablar, su voz suena temblorosa a causa de la furia acumulada:

–Supongo que debería haber sospechado que aprovecharías esta oportunidad para deshacerte de Ping'er.

–¡Deshacerme de Ping'er! –exclama Xifeng. Se queda helada en la oscuridad, momentáneamente sin habla. Tendría que haberse esperado algo así-. ¿Cómo puedes pensar que quería deshacerme de ella, con lo que la quiero?

–¡Siempre has tenido celos de ella!

Típico de él, piensa Xifeng, no darse cuenta del afecto que revivió entre ambas tras el nacimiento de Qiaojie. Cuando recuerda cuánto lucharon ella y Ping'er, codo con codo, para cuidar de la pequeña, no encuentra fuerzas para defenderse.

–Perder a Ping'er, y además a Qiaojie... –dice Lian, echándose a llorar en la penumbra.

–¡Yo sí que las he perdido! A ti Qiaojie ni te importaba. –Las palabras salen de su boca, aunque no tenía intención de pronunciarlas en voz alta.

Lian se levanta rápidamente de la cama. A pesar de la oscuridad, Xifeng puede distinguir su brazo derecho alzado.

–Vamos, pégame –lo azuza, poniéndose de rodillas para recibir el golpe–. Siempre he esperado eso de ti. Lo único que me sorprende es que no lo hayas hecho antes.

Lian baja el brazo. Durante largo rato, ambos permanecen inmóviles. Solo se escucha el ruido que hacen al respirar, y Xifeng tiene la sensación de que cada vez que lo hacen exhalan un veneno invisible; el ambiente de la habitación se va volviendo más tóxico con cada segundo que pasa, hasta que a ella casi le cuesta respirar. Siente que se marea un poco. Estos vahídos la asaltan con cada vez mayor frecuencia; necesita cuidarse más. No quiere seguir viviendo así, no después de todo lo que ha tenido que soportar. Se acerca a su marido sobre el *kang* y lo rodea con sus brazos. Puede sentir la tensión de su cuerpo.

–No quiero pelear más por estas cosas. –Xifeng descansa la cabeza en sus hombros–. ¿No pertenece eso ya al pasado?

Lian no responde.

–¿Por qué no dedicamos nuestras energías a trabajar duro para ayudar a que la familia vuelva a ponerse en pie, en lugar de pelear? –Agarra las manos de Lian–. Podemos ahorrar dinero, volver a empezar. Tal vez un día podamos incluso tener otro hijo. –En el fondo de su corazón no cree que esto sea posible, pero quiere sacarse de la manga la imagen de un futuro rosado para animarlo a colaborar con su plan.

Lian se aparta de ella.

–¡No me toques!

Su vehemencia sorprende y hiere a Xifeng, que lo mira fijamente.

–Quiero hablar contigo de otra cosa –dice Lian. Su voz suena ahora distinta; despreocupada, casi amistosa. Por algún motivo, esto incomoda a Xifeng más que cuando le hablaba furibundo. Intenta leer el gesto de su marido, pero está demasiado oscuro—. Cuando terminó el juicio, casi había convencido al juez de que yo no sabía nada de aquellos préstamos. La única explicación era que tú los habías realizado. Pero, al final, el juez no pudo entender cómo una mujer perteneciente a una de las mejores familias, que se suponía que vivía recluida en los cuartos interiores, podía dedicarse a ir por toda la ciudad concediendo préstamos a la gente. De modo que decidió que, al fin y a la postre, yo debí de ser el responsable. Por eso me condenaron.

–Fue la abadesa del convento de la Luna en el Agua quien me ayudó a realizar los préstamos –se apresura a explicar, humedeciendo sus labios secos—. Ella conoce a mucha gente, y puede ir a todas partes. Me avisaba cuando alguien necesitaba un préstamo y...

Lian la interrumpe, con un tono todavía apacible.

–Debo reconocer que me preguntaba cómo te las habías ingeniado. Entonces me enseñaron una nota que encontraron entre los contratos de los préstamos. ¿Qué decía? –finge no recordarlo, como si lo tuviera en la punta de la lengua.

El corazón de Xifeng empieza a latir acelerado. ¿Puede haber sido tan descuidada como para haber conservado una nota de Yucun?

–Ah, sí –dice Lian, como si se alegrara de haberse acordado—. Decía: «No puedo pasar un día más sin verte. Ven al almacén a las dos». No estaba firmada, por supuesto. Pero reconocí la letra. Verás, él también me escribió algunas notas a mí. Así que no fue difícil sumar dos más dos. No eran más que unas pocas palabras, ¡pero explicaban tantas cosas! –Se ríe, como divertido por la ironía.

–Solo nos veíamos porque me ayudaba con los préstamos –miente Xifeng, desesperada.

Lian se ríe de nuevo, de un modo desagradable.

–Pero ¿no has dicho que era la abadesa quien te ayudaba?

–Sí, pero él también.

–Guárdate tus mentiras –le espeta. Se calla por un momento, antes de añadir–: Por desgracia, como no había pruebas de que estuviera implicado en los préstamos, no habría servido de nada sacarlo en el juicio. Deberías estarme agradecida. No le conté nada al tío. Pero desde ese momento supe lo que eras.

Xifeng guarda silencio, helada de vergüenza y miedo. Ya no sirve de nada mentir o poner excusas. Ahora las cosas están mucho peor que cuando el problema eran solo los préstamos. Lo único que puede hacer es permanecer allí sentada, con la cabeza agachada, esperando a oír lo que Lian piensa hacer al respecto.

–Tenía pensado pedir el divorcio en cuanto saliera de la cárcel –dice–, pero ahora que me han soltado antes no estoy seguro. Ya hemos soportado bastantes escándalos, y no sería justo hacer pasar por otro a la Anciana Dama y al tío. –De repente, parece más cansado que enfadado—. No te preocupes, no se lo contaré a nadie. Pero no esperes que te vuelva a tratar como a una esposa.

Xifeng no se mueve, todavía arrodillada y con la cabeza gacha en un gesto de sumisión. En su interior, los pensamientos van de un lado a otro, descontrolados. Lian nunca la ha tratado como a una esposa, piensa amargamente, ni siquiera al principio.

–Por cierto –añade Lian, y Xifeng puede adivinar por el tono de su voz que va a decir algo malicioso–. ¿Te has enterado de los rumores sobre Yucun?

No contesta, a sabiendas de que quiere regocijarse en el hecho de que quien traicionó a la familia fue su amante.

–Elegiste bien, ¿no es así? –comenta Lian, burlón–. Debía de quererte mucho. ¡Tanto que denunció a tío Zheng!

Sus palabras la golpean como puñetazos, y tiene el reflejo de extender los brazos para protegerse. Se acuclilla en la oscuridad, mareada a causa de la humillación, esperando a que Lian vuelva a burlarse de ella. Por fortuna, su marido no dice nada más. Oye cómo se tumba y se da la vuelta en la oscuridad. Xifeng permanece allí, en la misma postura, sin atreverse a mover un dedo. Finalmente, escucha que la respiración de Lian es más profunda y comprende que se ha dormido. Se arrastra tiritando por el *kang* y se mete bajo las sábanas del otro extremo. Se echa el edredón sobre la cabeza y envuelve los brazos alrededor de su cuerpo. Siente frío, tanto que se pregunta si alguna vez volverá a tener calor.

El resto de la familia se ha acostado ya. Mientras se echa una bata sobre su ropa de dormir, Zheng se levanta de su cama en el *kang* del salón y se dirige al dormitorio del fondo para echar un vistazo a Baoyu. La habitación está a oscuras, excepto por una pequeña linterna que despide un círculo de suave luz sobre la cabeza y los hombros del muchacho. Desde que, hace ya cuatro días, los soltaron de la cárcel, su hijo se niega a comer y beber. Lleva todo el día tumbado en el *kang*, dormido o sumido en el estupor, Zheng no está seguro. A veces, su cuerpo se encoge y tiritita como si estuviera sobre una cama de hielo. En otras ocasiones, el sudor asoma a sus labios y su frente, y él se retira las mantas, intentando rasgarse la túnica. No importa que le hablen o lo sacudan; Baoyu no responde. Cuando tratan de incorporar su cabeza para darle la medicina, el muchacho se retuerce y se zafa, negándose a abrir la boca. Cuando el doctor Wang lo visitó por primera vez, hace cuatro días, pronosticó que en un par de semanas podría ponerse en pie. Esta mañana, sin embargo, ha dicho que su pulso era convulso y que su *qi* había disminuido peligrosamente. Estaba deshidratado, y como resultado de ello cada vez le subía más la fiebre. Si Baoyu no empezaba a beber líquidos y a tomar sus medicinas, el doctor Wang no se hacía responsable de las consecuencias.

Zheng se inclina sobre su hijo y observa su cara. Está tan delgado que se le marcan los huesos de los pómulos y la mandíbula en la piel. Tanchun y Xifeng lo afeitaron el día que regresó de la cárcel, pero ahora una incipiente barba oscura remarca su palidez cerosa. También le lavaron el pelo, pero ahora lo tiene extendido sobre la almohada, revuelto y descuidado. A pesar de todo, y aunque resulte extraño, la enfermedad no parece haber atenuado la nobleza y hermosura de su rostro. Si acaso, la delgadez destaca aún más su frente despejada y su nariz finamente esculpida. Zheng escucha la respiración estertórea de Baoyu mientras repasa las notables cualidades que posee su hijo. Aunque no lo ha visto en los últimos nueve meses, desde que los encarcelaron, le basta con lo que hizo durante la confiscación de Rongguo y el juicio, y siente que en aquel momento llegó a comprender a Baoyu más que durante todos los años que pasaron juntos antes. Cuando los Chaquetas Bordadas se los llevaron a rastras al *yamen*, su hijo fue el único que no gritó ni proclamó su inocencia. Se limitó a pedir que le expusieran cuáles eran los cargos y las pruebas que había en su contra, y no abrió la boca más que para tranquilizar y consolar a los demás. Durante las siguientes semanas, aguantó sin queja el maltrato a manos de los carceleros y los guardias, así como la humillación del juicio, respondiendo con sencillez y claridad a los interrogatorios. Nunca, ni de palabra ni de forma velada, sugirió que su padre, por haber entablado amistad con Yucun, fuera el culpable de sus penas. Zheng tenía a su hijo por malcriado y débil. Ahora comprende que Baoyu era alguien que necesitaba unas circunstancias exigentes para mostrar su esencia más sublime.

Baoyu se revuelve y se aparta de su padre, envolviéndose en la manta. Zheng se inclina y lo sacude de los hombros. Baoyu no responde. El hombre vuelve a sacudirlo, en esta ocasión con más insistencia. Tiene la sensación de que la mente de su hijo se encuentra un poco por debajo de la superficie de la consciencia, y que si le habla con contundencia y claridad su voz podrá atravesar aquella bruma.

—¡Baoyu! ¡Baoyu! Necesito que te despiertes. —Le da unas palmaditas en las mejillas, que están calientes debido a la fiebre. Los párpados de Baoyu tiemblan.

–Baoyu, escúchame. No puedes seguir así. Tienes que tomar tu medicina.

No hay respuesta.

Zheng lo vuelve a intentar, dando unas palmadas más fuertes en la cara de su hijo.

–Despierta y escúchame. –Se siente estúpido hablando a Baoyu mientras este se encuentra inconsciente, pero no puede dejar que su hijo muera sin intentar hacerle entrar en razón–. Sé que estás molesto por lo de Daiyu. Pero no puedes hacer esto. Tienes que curarte.

Ante la mención del nombre de Daiyu, como si fuera el conjuro de un hechizo mágico, los ojos de Baoyu se abren de golpe. Zheng ve que están hinchados e inyectados en sangre.

Se inclina hasta que su rostro queda a apenas unos centímetros del de su hijo.

–Puedes oírme, ¿no es así? No comes por Daiyu, ¿verdad? No puedes hacer esto. Tienes unas obligaciones para con la familia...

–No me importa –masculla Baoyu.

–Pues debe importarte. ¿Qué crees que les sucederá a todos si mueres? Nuestra situación sigue siendo precaria. No me han restituido a mi antiguo puesto. Con todas nuestras propiedades confiscadas, el único modo que tenemos de sobrevivir es que apruebes los exámenes para poder tener ingresos... –Por primera vez, Zheng expresa en voz alta las preocupaciones que han comenzado a consumirlo desde que salió de la cárcel.

Baoyu se estremece, pero Zheng continúa:

–Puede que Huan consiga aprobar dentro de unos años, pero todavía no está listo. Si pones empeño, tú podrás aprobar la próxima primavera.

Baoyu sacude la cabeza.

–Debes hacerlo. De lo contrario, ¿cómo vamos a casar a Tanchun y a Xichun? ¿Cómo vamos a pagar la escuela de Huan? Incluso Lian y Xifeng dependen de ti, así como la abuela.

–No puedo. No puedo seguir.

–¿Por qué no?

–¿No lo entiendes? Yo destruí a Daiyu. Yo la maté. De no ser por mí, no estaría muerta.

Zheng está desconcertado.

–Tú no tuviste nada que ver con eso.

–¡Sí que lo tuve! La abuela no se habría enfadado con Daiyu si yo no hubiera dicho que me quería casar con ella. Y cuando se enteró de mi compromiso con Baochai, Daiyu ya no quería volver a verme, pero entonces le di el jade y le prometí que rompería mis esponsales...

Baoyu solloza, casi sin poder hablar de la conmoción.

Zheng no conocía los detalles de lo sucedido, y no quiere saberlos. Aunque le apenan Daiyu y el pesar de su hijo, también siente que la muerte de su sobrina ha sido casi como un alivio, una forma de dejar atrás un pasado tortuoso y difícil.

–Obraste de un modo vergonzante. Pero debes recordar que todo lo que hizo Daiyu fue por su propia voluntad.

–Pero yo la engañé, y le dije que me iba a casar con ella...

–Si Daiyu decidió creer que te podrías casar con ella sabiendo que estabas prometido a otra persona, eso fue una insensatez por su parte. Además, no sabes si de todos modos habría muerto, aunque se hubiera quedado aquí con las demás. A fin de cuentas, Min murió de tisis. Debía de estar contagiada ya...

–Si la hubieran tratado adecuadamente, la enfermedad no la habría matado. Estoy convencido de

que la familia de Ganso Blanco hizo todo lo que pudo, pero son pobres y su casa debe de ser fría y húmeda.

–No estoy seguro de que aquí las condiciones sean mucho mejores –comenta Zheng, mirando a su alrededor–. Ten en cuenta que Qiaojie murió en esta casa. –Cuando Xifeng le contó, entre sollozos, la enfermedad y muerte de la pequeña, Zheng se llenó de remordimientos al pensar que la indefensa criatura sufrió por culpa de sus errores. Las lágrimas asoman a sus ojos.

–De cualquier modo, ¡es todo culpa mía! No puedo perdonármelo –grita Baoyu.

–¿No puedes? –Zheng mira fijamente el rostro demacrado de su hijo–. ¿Piensas que no sé lo que es haber causado un terrible sufrimiento a aquellos a quienes más amas?

Los ojos de Baoyu, brillantes a causa de la fiebre y las lágrimas, se alzan para mirarlo. Zheng advierte que su hijo entiende lo que quiere decir.

–Lian, Huan y tú habéis estado en la cárcel por mi culpa. Mi propia madre ha tenido que vivir en unas condiciones peores que las de una criada, y ha visto morir a su bisnieta...

–Nunca te he culpado por ello...

–Tú no... ¡pero Lian, Huan y la abuela, sí! Y aunque tú no lo digas, yo sé que soy el culpable. Y, sobre todo, me siento culpable por ti.

–Pero ¿por qué?

–¿No lo recuerdas? Me advertiste sobre Yucun. «Es un hombre peligroso», fueron las palabras que usaste. ¡Y yo me reí de ti!

–No había forma de que supieras cómo terminaría actuando.

–Tú sí lo sabías, y me avisaste. Pero no te escuché. –Zheng sacude la cabeza, tapándose la cara con las manos–. ¿Cómo he podido ser tan ingenuo? Me hizo sentir torpe y estúpido, así que terminé contándole anécdotas sobre los príncipes y la corte, para demostrarle que sabía muchas cosas y que él era un ignorante. –Zheng comprende ahora que su orgullo lo hizo vulnerable ante Yucun–. Fui un estúpido vanidoso. Y todos vosotros, la familia entera, habéis tenido que pagar por ello.

Baoyu alarga el brazo y le da unas suaves palmaditas en la mano.

–Olvídalo, padre. Todo eso pertenece al pasado.

Zheng aparta las manos de su rostro y mira a su hijo.

–Entonces, tú también debes olvidarlo.

La cabeza de Baoyu se mueve impaciente sobre la almohada.

–Es distinto. Para empezar, tú te viste obligado a tratar con Yucun para que los demás gozaran del lujo de no tener que preocuparse nunca por cosas desagradables. Antes de la confiscación de nuestros bienes, jamás pensaba de dónde salía la buena vida que llevaba. Solo a partir de entonces comprendí que tú, y Xifeng, hacíais todo el trabajo sucio para que yo pudiera dedicarme a presumir por ahí. –Baoyu suelta una sonrisita amarga y desesperada–. Así que ya ves, al final no te equivocabas conmigo. Soy un zángano inútil.

–Pero puedes cambiar. –Zheng toma las manos calientes y secas de Baoyu–. Lo único que tienes que hacer es estudiar y aprobar los exámenes, y podrás redimirte de todos los problemas que causaste en el pasado.

–No puedo redimirme de nada. –Baoyu cierra los ojos como si estuviera agotado.

–Sí que puedes. Si de verdad te arrepientes de lo que le hiciste a Daiyu, ¿no es acaso sobreponerte y presentarte a los exámenes la mejor forma de resarcirte? Todos dependemos de ti.

Baoyu no abre los ojos, pero suelta un largo suspiro. Interpretándolo como un signo de

conformidad, Zheng siente un rayo de esperanza.

De repente, los ojos febriles de Baoyu se abren y miran refulgentes a los de su padre.

–El compromiso –dice con voz ronca–. Seguro que puedo romper los esponsales. ¿No es suficiente con que me presente a los exámenes?

Zheng guarda silencio. Desearía poder decir que sí, pero entonces sacude la cabeza.

–¿Cómo vamos a romper los esponsales, después de todo lo que ha hecho Pan para conseguirnos el indulto del emperador? Y ahora nos está prestando dinero. –Suspira, él también–. Entiendo que es duro para ti, pero míralo de este modo: ya que no puedes casarte con Daiyu, hazlo con Baochai.

Baoyu no responde, y un momento después estalla en un apasionado torrente de lágrimas. Se vuelve sobre su estómago, tapándose la cara con las manos. Todo su cuerpo se ve sacudido por gemidos roncocos que desgarran el silencio de la habitación. Zheng lo observa, preguntándose qué puede hacer para consolarlo. Se da cuenta de que Baoyu llora de esa manera porque está aceptando sus palabras. Sea lo que sea lo que siente, no va a dejarse morir cuando el futuro de toda la familia depende de él. Incluso se casará con Baochai. Deseando actuar rápido, antes de que su hijo cambie de idea, Zheng se acerca raudo a la mesita, donde hay una dosis de la medicina que Xifeng preparó antes. Se la acerca a Baoyu, esperando a que se calme para poder dársela.

Baoyu sigue llorando un buen rato hasta que, finalmente, las emociones parecen agotarlo y se queda quieto. Zheng espera unos minutos antes de inclinarse sobre él e incorporarlo sobre unos cojines.

–Tómate esto –dice sosteniendo el tazón ante los labios de Baoyu.

Baoyu aparta la cara.

–Por favor, hijo, tómatelo. Te prometo que mañana todo parecerá mejor.

Baoyu asiente y empieza a llorar de nuevo. A pesar de todo, agarra el cuenco y comienza a beber. Los músculos de su garganta, que tanto tiempo llevan sin ejercitarse, se contraen y se estiran mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas.

SEXTA PARTE



Décimo mes, 1723

Inútil es imaginar el viento cálido en una miríada de hilos de sauce.

Wang Yisun, *Cigarras*, canción lírica de la oda *Alegría que llega a los cielos*

–Ahora, cierra los ojos –dice la señora Xue.

Baochai, sentada con su vestido de novia en sus aposentos de la casa de Jingui y Pan, cierra los ojos y siente las suaves pinceladas de la brocha de maquillaje cubriendo rápidamente su cara de polvos.

–No te muevas –dice su madre–. Voy a pintarte los ojos.

Baochai siente el dedo de su madre estirando la piel de la comisura de su ojo, y luego el pincelito trazando su párpado. La señora Xue le pide que mire hacia arriba, al techo. Luego nota cómo el pincel le dibuja la línea de las pestañas inferiores.

–¿Nerviosa? –pregunta la señora Xue.

–No –responde Baochai, aunque su corazón aletea como el de un pajarito y le sudan las palmas de las manos. No comprende el motivo de su inquietud. Ha tenido tiempo para pensar largo y tendido sobre su decisión de casarse con Baoyu, y lo tiene claro. ¿A qué se debe, entonces, este inusitado nerviosismo? ¿Se trata de impaciencia o es desasosiego? ¿O una combinación de ambas cosas?

Hace casi dos meses, tío Zheng le propuso a su madre que celebraran el largamente esperado matrimonio, ahora que el período de un año de luto por su difunta alteza ya había concluido. En un principio tenían pensado que la boda no tuviese lugar hasta que Baoyu aprobara los exámenes de funcionariado, pero después de todo lo que había pasado, Zheng pensó que lo mejor sería que el compromiso se consumase cuanto antes. La señora Xue había buscado un momento para estar a solas con Baochai y le había transmitido la propuesta de Zheng.

–¿Qué te parece, Baochai?

–¿Qué quieres decir, madre? ¿Me estás preguntando que cuándo me parece que debería celebrarse la boda?

–Me refiero –dijo su madre con un tono de impaciencia– a si quieres seguir adelante con este matrimonio.

Baochai miró sorprendida a su madre.

–No estarás pensando en que nos echemos atrás a estas alturas...

Su madre la contempló como si estuviera siendo tozudamente obtusa.

–Es nuestra última oportunidad. Después de esto, ya será demasiado tarde.

–Pero Baoyu ha salido de la cárcel. Ya no tengo que esperarle cuatro años más.

–Y esa es la razón por la que ahora podemos romper los esponsales. Los Jia ya no están implicados en ese tremendo problema. Podemos retirarnos sin que parezca que los abandonamos en los malos momentos. Además, Pan ha vuelto, y estoy segura de que le encantará buscarte un nuevo prometido.

Baochai guardó silencio. Su primera reacción fue de frustración ante el cambio radical en su madre. Durante todos esos meses había sentido que no tenía otra opción, y luchó para resignarse a aceptar el compromiso. Ahora, de repente, a las puertas de la boda, le decían que sí que podía haber elegido, al final. Pero ¿cómo iba ella a tomar esa decisión? Los antiguos motivos que desde el principio aceptó para ese enlace seguían en pie: las dos familias estaban ahora más unidas que nunca, y además iban a permitir que la señora Xue siguiera viviendo con Baochai en casa de los Jia.

Su madre la miró con una expresión extraña.

–Lo cierto –dijo finalmente– es que pensé que querrías romper los esponsales cuando viste la reacción de Baoyu al enterarse de la muerte de Daiyu.

Ante la mención de ese nombre, Baochai se estremeció. Las preguntas de Baoyu acerca de ella – casi lo primero que dijo al regresar de la cárcel– y su reacción al enterarse de la muerte de su prima la hirieron terriblemente al principio. Como siempre, intentó evitar el doloroso tema:

–Esto no tiene nada que ver con Daiyu –dijo.

–Sí, eso mismo pensé yo: Daiyu no tiene nada que ver con tu matrimonio. Pero creí que tal vez a ti te pareciera que sí. –La señora Xue suspiró, sacudiendo la cabeza–. Eres una persona tan reservada, Baochai..., casi hermética. Ahora sé que hay muchas cosas que no me cuentas ni siquiera a mí, que soy tu madre. Nunca me mencionaste que Daiyu estaba enferma, ni que habías ido a verla. ¿No se te ocurrió que, de haberlo sabido, me habría gustado visitarla a mí también?

Baochai sacudió la cabeza. No quería explicarle a su madre que, al haber sido ella quien la delató, le daba demasiada vergüenza hablar con otra persona sobre la situación de Daiyu.

–Dado que eres tan reservada –siguió hablando la señora Xue–, he decidido que tengo que hacer el esfuerzo de hablarlo todo contigo lo más abiertamente posible. Pensé que quizá te había molestado el modo en que Baoyu reaccionó al enterarse de la muerte de Daiyu. Es algo que a ninguna chica le haría gracia. Pero debes recordar que ella está muerta, y es preferible un rival muerto a uno vivo. De hecho, ahora que Baoyu es vulnerable debido a la muerte de Daiyu, es el momento perfecto para que lo conquistes.

–Sí, madre. –De hecho, tras la conmoción inicial que supuso la reacción de Baoyu ante la noticia de la muerte, Baochai llegó a esa misma conclusión por sí sola. Por supuesto, a ella también le dolió la muerte de su prima, pero aun así comprendió que aquello abría la posibilidad de que Baoyu terminara amándola a ella. ¿Por qué no iba a hacerlo, si Baochai era tan tierna y cariñosa como cabía esperar? A su pesar, sintió el débil despertar de la esperanza. Y más aún –aunque esto era algo que no se atrevió a reconocer ante su madre–, desde el regreso de Baoyu había sentido su antigua atracción por él con más fuerza que nunca. Lo deseaba, aunque se odiase por su debilidad. A pesar de su delgadez y palidez, Baoyu estaba tan guapo como antes, si bien ya no era el mismo muchacho despreocupado del pasado. Había un tono más serio en su voz, y su porte había adquirido una dignidad lúgubre. Baochai se dedicó a observarlo a escondidas cuando él retomó los estudios y, sentado en una esquina de la sala con sus libros, se sumergía en ellos con un gesto de profunda concentración que nunca antes había mostrado.

Así pues, le aseguró a su madre que no era infeliz con el matrimonio. Se decidió una fecha y, a fin de respetar la preceptiva distancia con su futuro marido y suegros, ella y su madre se trasladaron de la calle del Tambor a la casa de los Xia, con Pan. Su hermano les aseguró que eran bienvenidas y que podían quedarse todo el tiempo que quisieran, y adquirió unas criadas para que no tuvieran que depender de los sirvientes de los Xia. De hecho, casi nunca veían a Jingui, que habitaba en una parte distinta de la casa. Pan venía a verlas prácticamente todos los días, y pasaron los dos últimos meses muy a gusto.

–Ahora, estira los labios.

Baochai obedece, y la señora Xue pinta minuciosamente su labio inferior con el grueso carmín rojo.

–Relaja la boca.

Baochai siente cómo su madre dibuja un circulito en el centro de su labio inferior.

—Ahora vamos con el colorete, y estarás lista.

Su madre usa un alfiler del pelo para rascar una pizca de colorete y colocarlo en la palma de su mano. Lo suaviza con el calor de sus dedos, y luego lo extiende por las mejillas de Baochai.

—¡Perfecto! ¡Mírate! —La señora Xue le ofrece a Baochai un espejo del tamaño de una bandeja grande.

Baochai contempla su reflejo, fascinada con la transformación. Los rasgos planos e insignificantes que está acostumbrada a ver han desaparecido. Sus ojos, resaltados por el kohl, resultan grandes y expresivos bajo las delicadas cejas arqueadas. Su cara, menos redonda ahora tras los meses de privaciones en la calle del Tambor, ha adquirido definición gracias al maquillaje y el colorete. Incluso la nariz parece tener una forma más delicada. Es un rostro que puede enamorar a Baoyu, piensa con una ligera sensación de triunfo. Nunca antes ha tenido esa conciencia de su propio poder.

Entonces lo oye: un lejano sonido de tambores y gongs, a dos o tres patios de distancia.

Mira a su madre.

—¿Estoy lista?

—Hay una mancha en tu barbilla. —La señora Xue usa un pañuelo para quitarle algo. La música se acerca cada vez más. Ahora Baochai puede oír también el son que emiten las *suonas*.

—Deja que te alise el pelo. —Con unos pocos movimientos hábiles, su madre le ajusta varios adornos—. ¿Dónde está el velo? —pregunta mirando a su alrededor. De repente, la música suena más alta: la procesión nupcial ha entrado en el patio.

La señora Xue desenrosca el velo y cubre con él el rostro de su hija.

Ahora, Baochai ya no ve nada más que capas de seda roja. Extiende la mano. Su madre la toma y la conduce hacia la barahúnda.



Hasta bien entrado el banquete de bodas, Baochai no se da cuenta de que Baoyu se comporta de un modo extraño. Al principio se encontraba demasiado cautivada por la felicidad del evento como para prestar demasiada atención. Pan estaba tan emocionado que había propuesto tres brindis por Baoyu y su hermana, a pesar de los intentos de Jingui por contenerlo. Incluso su madre se había levantado y había alzado su copa por los recién casados. Tanchun la había envuelto entre sus largos brazos y le había confesado entre susurros que siempre había deseado que fuera su hermana. Xifeng había hecho que se sonrojara y provocado las risas de todos los presentes al compararla con la esposa del cochero de la que habla Yan Ying, que reprochó a su marido su aire altanero. Finalmente, tío Zheng se había levantado para brindar por la pareja y también para compartir dos espléndidas noticias: iban a devolverle su antiguo cargo en el Ministerio de Obras Públicas y la familia iba a recuperar Rongguo. Probablemente podrían mudarse antes del invierno. Su alteza el emperador Yongzheng empezaba a dar muestras de ser un administrador capaz, y su prioridad ya no era purgar a sus enemigos, sino reformar y reorganizar la burocracia.

Al principio, Baochai se había dedicado a disfrutar de la dulzura de los cumplidos y felicitaciones que le ofrecían todos, demasiado tímida como para hacer otra cosa que no fuera mirar a Baoyu, a

quien llevaba dos meses sin ver. Ahora, durante la cena, al amparo del murmullo general de las conversaciones, por fin tiene la oportunidad de observarlo disimuladamente. Presenta un aspecto magnífico: su figura alta y esbelta resaltada por su pesado atuendo de novio, la seda escarlata que destaca el brillo profundo de su pelo negro y su tez delicada. Durante los brindis, Baochai había escuchado su voz, que reía y daba las gracias a todos por sus buenos deseos, pero ahora se extraña, pues lo último que parece ser es un novio feliz. Baoyu mueve la cabeza y sonríe, pero de un modo cortés y abstraído, como si fuera un invitado en la boda de otro.

Baochai se gira y vuelve a sonreír y charlar con los demás. Mira a Baoyu unas cuantas veces más durante el resto de la velada, y en cada ocasión se desalienta al advertir el aspecto distante del novio. Se dice que era de prever: no puede esperar que esté encantado de casarse con ella, con la muerte de Daiyu tan cerca; ya es suficiente que haga el esfuerzo de mostrarse agradable y cortés.

Sin embargo, cuando se encuentra a solas con él en la cámara nupcial, se siente decepcionada e incómoda. Toda la emoción que la animaba antes de la boda se ha desvanecido. Los Jia han dispuesto y amueblado un dormitorio al lado de los viejos aposentos de la calle del Tambor como cámara nupcial. Es la primera vez que lo ve, y ahora lo recorre admirando los nuevos muebles: un tocador con un espejo, un bonito escritorio y un gran armario de puertas con incrustaciones de nácar. Se detiene ante el tocador, evitando mirar su reflejo en el espejo y examinando en su lugar el marco de palisandro tallado al detalle.

—Esto es precioso —dice, animada—. Les ha quedado una habitación muy bonita. Pero —añade, con una risa—, por lo visto, al final no vamos a estar aquí por mucho tiempo. —Le ofrece una sonrisa—. Es una noticia maravillosa que vayamos a regresar pronto a Rongguo, ¿no te parece?

Baoyu no responde. Se acerca al escritorio, donde han dispuesto ordenadamente sus libros y papeles. Los mira y se pone a hojear un fajo de notas.

—No te pondrás a estudiar esta noche... —dice Baochai con un tono más brusco de lo que pretendía.

—No, no. —Baoyu deja los papeles, a Baochai le parece que con cierto aire de culpa—. Solo comprobaba que esté todo.

—Bueno, supongo que no me importa si quieres estudiar un poco —dice ella, sintiéndose avergonzada por la brusquedad con la que le ha hablado.

—No, claro que no voy a estudiar. —Se aparta del escritorio y se dirige hacia el *kang*, ya cubierto por la nueva colcha y las almohadas de satén que Xifeng y las Dos Primaveras les han confeccionado, bordadas con un diseño de patos mandarines. Baoyu se sienta al borde del *kang* y comienza a quitarse los zapatos de boda.

Baochai busca las zapatillas de su marido.

—No sé dónde están las cosas aquí —dice con una risita nerviosa. Se dirige al armario de la esquina y ve que está lleno de montones de ropa bien doblada. Encuentra las zapatillas y se acerca apresurada a Baoyu. Él no deja que se arrodille para ponérselas; se las arrebató de las manos y se las pone él solo. Luego se quita el chaleco y comienza a desabrocharse la camisa.

Ante la idea de que está a punto de desvestirse delante de ella, un pánico extraño y tenso se adueña de Baochai e intenta ocultarlo. Acercándose con torpeza hacia él, dice:

—Deja que te ayude.

Baoyu aparta sus manos y le dice, con un tono agradable:

—No es necesario.

Baochai se siente desconcertada. El joven no le está dejando cumplir con las obligaciones de toda

buena esposa. Le cuesta no tomarse como un rechazo la insistencia de Baoyu por hacerlo todo él solo. Permanece allí, apartando la mirada, mientras él se quita la camisa. Sus ojos se posan en la bandeja de vino y aperitivos que les han dejado en una mesita sobre el *kang*.

–¿Quieres comer o beber algo?

–No, gracias, estoy bien. –Vestido solo con una túnica ligera y sus calzas, Baoyu dobla sus ropas y las coloca en el armario—. ¿Por qué no tomas tú algo?

Aunque hubiera tenido apetito, no podría sentarse allí a comer y beber mientras él se prepara para meterse en la cama.

–¿No quieres lavarte? –pregunta Baochai, indicándole la jofaina y el cuenco de agua que se calienta en el hornillo.

Baoyu se acerca rápido, antes de que lo haga ella. Vierte agua caliente del cuenco en la palangana. Una vez más, cuando Baochai se apresura a ayudarle, él la aparta con un gesto de la mano. Baochai supone que ella también debería prepararse para acostarse. Se sienta delante del tocador y comienza a quitarse los adornos del pelo. Contempla a Baoyu en el espejo mientras él saca una toalla del armario y echa agua fría del cubo para mezclarla con la de la jofaina. Muy despacio, Baochai se suelta el pelo y lo recoge en un moño. Mira el espejo. Su rostro, excesivamente maquillado, ya no le parece hermoso. Sus ojos, marchitos por el agotamiento del largo día, le resultan demasiado chillones con su línea de kohl, y sus labios tienen manchas de comida y bebida. Aun así, se muestra reacia a quitarse el maquillaje delante de él. Está siendo ridícula, se dice. Baoyu la ha visto sin maquillaje cientos de veces.

–¿Estás lista para ir a la cama? –dice Baoyu. Ha terminado de lavarse y está secándose las manos en una toalla.

Baochai asiente. Apuradamente, sin mirarlo, se limpia el maquillaje de la cara. Escucha cómo él abre la ventana para arrojar el agua sucia a la calle. Luego aclara la jofaina y la llena de agua limpia para ella, mezclando agua fría y caliente y midiendo la temperatura con la mano. Saca una toalla nueva para ella del armario. Cuando se la entrega con una sonrisa cortés, Baochai se da cuenta de la enorme distancia que los separa, por mucho que lo conozca desde hace tantos años.

–Gracias –dice, consciente de su rostro desnudo y lleno de manchas, que le hace sentirse incómoda. Se lava rápidamente la cara y las manos. Se pregunta si debería desvestirse, como él, pero se siente paralizada por la timidez.

Probablemente, al sentir su nerviosismo, él propone:

–¿Apago las luces?

–Está bien.

Baoyu sopla las dos linternas junto a la puerta. Solo sigue encendida la lamparita de la mesa del *kang*.

–¿Lista? –dice.

–Adelante. –Todavía está incómoda en pie junto a la jofaina.

Baoyu se sube al *kang* y apaga la última luz. Están en la oscuridad. Baochai permanece allí, inmóvil. Luego oye cómo él se mete en la cama, y un movimiento de sábanas.

Aguarda, aún en pie, cerca de un minuto. Entonces, tan sigilosamente como puede, Baochai se acerca al *kang* y comienza a desvestirse. Se quita el chaleco, desabrochándose los botones con dificultad, a tientas. Dobla las ropas y las deja al borde del *kang*. Se quita los zapatos y los calcetines. Ahora solo lleva puesta una túnica corta sin mangas y unas calzas holgadas. Se sube al

kang y se arrastra hasta el lado de la cama más alejado de él. Intentando mover lo menos posible la colcha, desliza su cuerpo por debajo y posa la cabeza sobre la almohada. Permanece largo rato tumbada, tratando de no hacer ruido, de espaldas, lo más lejos que puede de él. Todos los músculos de su cuerpo están en tensión, aguardando y preguntándose qué hará Baoyu. Por un lado, le da miedo que la toque. Por otro, teme que no se acerque a ella.

Él no hace ningún movimiento de aproximación. La joven escucha cómo expulsa suavemente el aire por la nariz. Comienza a sentirse humillada. No es suficiente con que su novio la avergüence comportándose de un modo callado y distante en el banquete. Además de eso, va a pasar su noche de bodas allí sola, sin que la toque. Recuerda que debe ser paciente y tierna con Baoyu, pero no se había imaginado que no iba a rozarla siquiera. Las lágrimas inundan sus ojos mientras contempla el techo negro. Deja que resbalen en silencio por su cara hasta el pelo; teme que él se dé cuenta de que está llorando si se seca los ojos. Los mocos taponan su nariz y colapsan su garganta. Intenta controlarse, pero se le escapa un sollozo solitario. Escucha el movimiento de la cabeza de Baoyu sobre la almohada, volviéndose para mirarla.

Sigue un silencio. A continuación, Baochai lo escucha acercándose hacia ella sobre la cama. Se aparta, pues no desea que la toque por lástima, pero los brazos de Baoyu, cálidos y fuertes, la envuelven. Se resiste un poco, pero luego deja que la atraiga hacia él. La abraza con fuerza. Ella siente su respiración, cálida y dulce, en su pelo. Esto es lo que siempre le gustó de él: nunca parece sucio y bruto como otros hombres. Le acaricia el pelo, rodeándola con el otro brazo. Sigue así largo rato, hasta que Baochai comienza a relajarse con sus caricias y descansa la cabeza sobre sus hombros. Él la toca con tanta suavidad que es imposible creer que no le tenga cariño. Aparta la mano de su pelo y traza la línea de sus cejas, tocando sus párpados. Baochai empieza a excitarse, y vuelve el cuerpo para mirarlo de frente. Extiende los brazos hacia él, y acerca la cara para que la bese. Baoyu la besa una vez en los labios, fuerte, y luego entierra el rostro en su cuello.

Ahora sus cuerpos están apretados el uno contra el otro. Baochai siente el roce de su miembro duro a través de las capas de ropa. De modo que al final sí que siente algo por ella... Tal vez solo esté tímido y cohibido. Quizá permanecía tumbado esperando a reunir el coraje suficiente para acercarse a ella. Los dedos de Baoyu comienzan a jugar con los botones de su túnica. Los abre en unos segundos y sus cálidas manos se posan en ella, tocando su vientre, su pecho.

—Oh, Baoyu—gime Baochai, deshaciéndose de su recato habitual—. Oh, Baoyu.

Quiere oír su voz, quiere que Baoyu diga su nombre. Él sigue en silencio, aunque recorre de arriba abajo el cuerpo de Baochai con sus manos. Luego se enzarza con los cordones de sus pantalones.

Baochai no se resiste. Su madre le contó, hace años, lo que se iba a encontrar. Deja que él deslice sus pantalones por su cadera. Cuando siente su mano tocando su trasero desnudo, no puede evitar temblar de pánico. Baoyu retira la mano inmediatamente.

Cuando el contacto desaparece, se siente más excitada todavía. Lo mira en la oscuridad, incapaz de descifrar su expresión. Le gustaría que él dijera algo para animarla, para reconfortarla, pero no lo hace; se limita a quedarse ahí tumbado, a unos centímetros de ella.

Finalmente, Baochai dice:

—No pasa nada. No me importa.

Aun así, él no hace nada. Ella se siente cada vez más incómoda con su silencio. ¿Está intentando demostrarle que tiene el control? Baochai quiere que siga tocándola. Impulsivamente, se quita los pantalones bajo la colcha y enrosca sus piernas desnudas en torno a su cuerpo.

Ante su atrevimiento, las reservas de Baoyu desaparecen. Vuelve a envolverla entre sus brazos, acercándola con violencia. Se coloca encima de ella, aplastándola contra el *kang*. Baochai contempla la silueta de Baoyu sobre ella, en la oscuridad, y baja la cabeza para que la bese en los labios, pero él vuelve a hundir la cabeza en su cuello. Permanece así largo rato, exhalando su cálido aliento salvaje sobre su piel pegajosa a causa del sudor. Luego, Baoyu le separa las piernas y la penetra sin emitir un sonido.

Xifeng limpia la nieve de la escalera con el pesado escobón de mimbre. La nevada alcanza casi treinta centímetros de altura, y le cuesta un gran esfuerzo arrastrarla. No lleva guantes, y la aspereza del mango roza su piel desnuda. Estira los puños de sus mangas por debajo de sus muñecas, usando la tela para proteger sus palmas frías del mango de madera. Una y otra vez, hasta que le duelen los brazos, pasa el escobón y empuja el montón creciente de nieve hasta despejar un estrecho pasillo frente a la casa. Se vuelve y comienza a limpiar otra franja. Ahora, a pesar del frío que hace, comienza a entrar en calor bajo sus abultadas ropas. Su respiración jadeante forma una columna de vaho en el aire. ¿Por qué no sale ninguna de las otras chicas a ofrecerle ayuda?, piensa. Se las imagina tiradas plácidamente en el *kang*, mientras ella se afana allí fuera, sola en el frío. Quizá estén todas conchabadas en su contra. Desde que tuvieron noticia de sus préstamos ilegales, ya nadie la trata igual. Soltando un gemido, empuja la pesada pila de nieve acumulada al borde del camino. No, será mejor que termine ella sola el trabajo, antes que volver a entrar y pedir ayuda. Quizá entonces aprecien lo mucho que hace.

Se gira y comienza a abrir un tercer pasillo. Ahora casi no puede mover sus brazos doloridos. Con qué facilidad se cansa estos días, no como en los viejos tiempos de Rongguo, cuando podía pasarse media noche en vela con Qiaojie y luego levantarse a las seis y media para servir el desayuno. Unos pasos más y habrá terminado. Aprieta el escobón, pasándolo por una rendija entre unos adoquines partidos con el fin de sacar la nieve encajada, y escucha el sonido de algo duro que choca contra las cerdas. Algo redondo y blanco que no es nieve sale rodando cuando lo golpea con el escobón. Xifeng se agacha y lo recoge, y en cuanto sus dedos se cierran alrededor de la piedra fría y dura lo reconoce: es el jade de Baoyu. Lo frota en su falda y lo alza ante sus ojos. Sí, para ella es tan familiar como un viejo amigo: del tamaño de un huevo de gorrión y vetado de iridiscencias lechosas, a la luz del sol del invierno despide reflejos púrpuras, verdosos y azulados. Xifeng está a punto de soltar una carcajada maravillada. ¿Cómo ha llegado hasta allí? ¿Llevaría todo el tiempo ahí metido? Se gira para entrar en casa para contárselo a las demás. Ahora, quizá, la suerte de la familia cambie para siempre...

Abre los ojos, parpadeando. Todavía está oscuro. El aire nocturno es gélido, y se envuelve mejor en sus dos colchas. Ha estado soñando, pero el sueño era tan intenso que casi puede sentir todavía el frío en sus dedos y la pesadez del escobón. Qué extraño que sueñe con la casa de la calle del Tambor cuando ya está de vuelta en sus antiguos aposentos de Rongguo. Mueve la cabeza sobre la almohada, mirando a su alrededor. Aunque faltan muchos muebles, la forma y la ubicación de las ventanas, y la altura del techo, con sus tallas en la penumbra, siguen siendo familiares. Y qué extraño que sueñe con el jade, precisamente. En el pasado temió que la pérdida del jade fuera un presagio del fin de la fortuna familiar, pero incluso sin la piedra la riqueza de la familia está en alza. Zheng ha recuperado su puesto y Baoyu y Huan están estudiando laboriosamente, con idea de presentarse a los exámenes en primavera.

Es solo su propia fortuna la que está disminuyendo, se dice, con la mirada fija en el techo negro. Lian se muestra grosero y desagradable con ella. Ahora que han vuelto a Rongguo, el desprecio que siente por su mujer resulta evidente para todos. Se niega a dormir en la misma habitación que ella y

se ha instalado en la otra punta del patio, en el cuarto que ocuparon Ping'er y él antes de que naciera Qiaojie. La última vez que vivió allí, a Xifeng no le importó demasiado. En esta ocasión, sin embargo, se encuentra muy incómoda ante el qué dirán los demás. Y se siente terriblemente sola, mucho más que nunca. Vivir en los aposentos que en el pasado compartía con Ping'er y Qiaojie, sin siquiera una sirvienta para hacerle compañía, hace que se desaten los recuerdos: cuando posaba los labios en la suave cabecita de la pequeña y aspiraba su aroma dulce y lechoso; cuando Ping'er la peinaba con doscientas pasadas del peine cada mañana... Ahora no tiene nada con que entretenerse para apartar los recuerdos. Tío Zheng gastó parte de su sueldo en adquirir unas pocas sirvientas; ella y las demás muchachas ya no tienen que ocuparse de comprar, cocinar y limpiar. Después de perder las haciendas del sur, y con un hogar tan sencillo de administrar, no hay rentas, salarios ni gastos que Xifeng deba gestionar. A pesar de su soledad, tiene demasiado orgullo como para salir a buscar a Baochai o a las demás para charlar un rato. En lugar de eso, se pasa el día cosiendo y tejiendo con desgana, o echándose una siesta más sobre el *kang*, con la esperanza de recuperar algo de energía.

Sigue preocupada por su salud. A pesar de que en Rongguo come mejor y goza de unas condiciones de vida más cómodas, cada día que pasa parece más débil y lánguida. Duerme mal, despertándose constantemente de un sueño ligero, en lugar de hundirse en uno más profundo y reparador. No tiene apetito, y siente tanto frío que ha tomado la costumbre de ponerse dos pares de calcetines. Cada vez con más frecuencia, le dan agudos pinchazos en el vientre. Lian no lo notaría ni aunque se desmayara delante de él, pero Baochai hizo venir al doctor Wang. Tras una larga revisión, el médico dijo que había una masa creciendo en sus órganos femeninos como resultado de un grave estancamiento del *qi*. Le recetó caparazón de tortuga, *longkui* y oldenlandia. Cuando Xifeng le preguntó cuánto tardaría en mejorar, el médico respondió que no sabía, y un extraño temor la persuadió de no hacer más preguntas. Encargó que le preparasen la medicina y se la toma obedientemente, pero no siente ninguna mejoría.

Nota que el agotamiento se adueña de ella, y vuelve a cerrar los ojos. Siente cómo se va extendiendo por sus miembros ese estado de duermevela que ha reemplazado al sueño de verdad. Tiene frío, pero está demasiado cansada como para taparse mejor con sus mantas. Experimenta esos extraños dolores fantasmales ardiendo en su abdomen. Cambia de postura, intentando ponerse más cómoda, pero el dolor no amaina. Intenta dejarse llevar por un sueño más profundo, pero en vez de eso su mente repasa ansiosa escenas del pasado: su infancia con Ping'er en la mansión de la familia Wang en Chang'an, la noche que nació Qiaojie, sus peleas con la dama Jia en la calle del Tambor...

Abre los ojos. La habitación está llena de luz del sol. Se ha quedado dormida. Aterrada, se levanta de un salto, pero el movimiento repentino le produce mareos. Se agarra al armario para no caerse, y consigue ponerse algo de ropa. Sin apenas mirarse al espejo, recoge su pelo en un moño improvisado y sale cruzando los patios hacia los aposentos de la Anciana Dama para servir el desayuno. Al principio intenta correr, pero se marea tanto que se ve obligada a reducir el paso.

Al cruzar el patio de los aposentos de la dama Jia, escucha el entrecuchar de la loza y la charla de las voces familiares mientras desayunan. Toma fuerzas, preparándose para lo que le dirán por haber llegado tarde, y se detiene para recobrar el aliento al otro lado de la puerta. Alisa su vestido y, tomando aire, atraviesa la cortina de la puerta. Todos –la dama Jia, tío Zheng, Lian, Baoyu, la señora Xue y las Dos Primaveras– están sentados a la mesa, comiendo. Nadie vuelve la cabeza cuando entra ella. En pie, detrás de la silla desde la que la dama Jia preside la mesa, se encuentra Baochai, que ocupa el lugar habitual de Xifeng. La muchacha acaba de servir una segunda ración de gachas de

arroz para tío Zheng, y ahora se encuentra inclinada sobre el plato de la dama Jia, quitando con unos palillos las espinas del pescado ahumado de la Anciana Dama, sonriendo mientras conversa con ella.

Una ola de desolación se apodera de Xifeng. Nadie parece haber notado su ausencia. Se siente ultrajada: ¿quién es Baochai para ocupar su lugar? Ella, Xifeng, es la nuera principal. Se acerca a Baochai, esperando que se aparte avergonzada y le ceda el sitio. Esta, sin embargo, sale a recibirla y, apartándola un poco de la mesa, le habla en voz baja para que los demás no la oigan.

–Pensé que no te sentías bien, así que no mandé a nadie a despertarte –dice, mirando la cara de Xifeng–. No, no tienes buen aspecto. ¿Quieres que vuelva a llamar al médico?

Xifeng sacude la cabeza.

–¿Estás segura? Bueno, al menos regresa a tu cuarto y tumbate. No haces falta aquí.

Xifeng observa el rostro terrible e inescrutable de Baochai. ¿Su preocupación es real o fingida? ¿En realidad se regocija por poder suplantarla? ¡Cómo odia y teme esa suave perfección, esa superficie reluciente sobre la que todo dolor parece resbalar! Ojalá ella pudiera estar recubierta por esa armadura de porcelana, en la que nada parece penetrar. En lugar de eso se ha vuelto débil, muy débil. Demasiado débil como para preocuparse por cuáles puedan ser los motivos de Baochai, demasiado para seguir luchando por la supremacía en el hogar. En silencio, se gira y vuelve a su cuarto.

Baochai se sienta en una esquina del *kang* a coser unas cortinas para las ventanas todavía desnudas de su nueva casa. Cuando la familia regresó a Rongguo, tío Zheng les asignó a Baoyu y a ella los aposentos que ocupó tío Jing antes de morir. Su madre tiene una habitación al otro lado del patio. Es una residencia grande, tanto que incluso después de trasladar los muebles de su ajuar desde la calle del Tambor, todavía parece vacía. Durante la confiscación de Rongguo se desvalijaron paredes y estanterías, pero Baochai está decidida a hacer el lugar lo más agradable posible. Después de solucionar las carencias del ropero de Baoyu, se dedicó a coser cortinas para la cama y la puerta. Con la ayuda de su madre, incluso cosió un almohadón y media docena de almohadas y cojines, que están distribuidos sobre la alfombra roja de cachemir que cubre el *kang*. Una vez haya terminado las cortinas, el lugar resultará bastante acogedor.

De vez en cuando levanta la cabeza para echar un vistazo a Baoyu, sentado frente a su escritorio al otro lado de la habitación. En el círculo de luz que emana de la lámpara se le ve totalmente inmerso en sus estudios. La mesa está a rebosar de libros y papeles. Hay una mancha de tinta en su dedo corazón derecho. Baochai siempre lo vigila mientras estudia, para poder atender sus necesidades antes de que lo distraigan. Se asegura de que siempre haya una taza de té a su lado, que vacía en cuanto se enfría para rellenarlo de té recién hecho. Si nota que la tinta está a punto de acabarse, muele un poco más. Si la lámpara chisporrotea, espabila la mecha. Baoyu no tiene tiempo para distraerse. Solo queda un mes para los exámenes.

Como siempre desde su enfermedad, Baoyu trabaja con una quietud y una concentración casi sobrenaturales; jamás se atusa el pelo o juguetea con sus papeles y libros. Ahora que ya se sabe los clásicos del derecho y del revés —Baochai le ha escuchado recitar largos pasajes sin un solo fallo—, está concentrado en practicar el ensayo. Escribe acerca de cualquier tema imaginable, probable o improbable, puliendo la redacción y ajustando la estructura retórica. A sugerencia de Baochai, incluso le ha pedido a su padre que lea sus textos y le aconseje. Esta preparación concienzuda le capacitará para afrontar los exámenes con la seguridad de que no habrá preguntas que lo pillen desprevenido.

Se está haciendo tarde. Baochai deja la costura, saca la ropa de cama del armario y la extiende sobre el *kang*. Luego se pone a doblar la colada que ha hecho antes. Mientras alisa las arrugas de sus túnicas, doblándolas con meticulosidad y exactamente con la misma forma y tamaño, siente una profunda alegría. Esta es la vida que se suponía que debía llevar: una existencia hogareña profunda y sosegada, con Baoyu por fin entregado al mundo masculino de los exámenes y la vida oficial mientras ella, por su parte, sobresale en la esfera femenina de la casa. Le gusta sentir que es útil —incluso indispensable— para Baoyu. No hay una sola tarea práctica que no haga para su marido, desde organizar sus papeles, libros y ropas a recordarle cuándo despertarse, comer, bañarse y dormir. Es un trabajo duro, pero se encarga de ello sola, con apenas una pequeña ayuda de su madre. Es posible que pronto, algún día, puedan permitirse una doncella. Y es consciente de que, llegado ese momento, lamentará tener que ceder parte de sus responsabilidades a otra persona.

Mientras mira a su esposo, con su brillante pelo negro y su nariz angulosa, siente una sacudida de deseo. Quiere hacer algo que no ha hecho nunca, acercarse y rodearlo entre sus brazos, o sentarse en

su regazo, quizá hasta desabrocharle la túnica. Pero reprime el impulso. Distraerlo de sus estudios sería lo último que haría. Además, piensa, se está haciendo tarde y pronto se irán a la cama. Baochai es incapaz de expresar o admitir para sus adentros que gran parte de su satisfacción matrimonial se debe a sus relaciones físicas con Baoyu. Noche tras noche, desde el día de la boda, ella solo tiene que tumbarse en la cama y esperar unos minutos hasta que él se gira en silencio y comienza a tocarla. Es cierto que algunas veces parece que tiene problemas para conseguir una erección, pero en esas ocasiones se toquetea velozmente bajo las sábanas antes de ponerse encima de ella. Como es natural, eso siempre le hace sentirse un poco incómoda, pero por lo demás sus relaciones sexuales son satisfactoriamente regulares. El deseo de su marido la convence de que no le es indiferente, como se temía en un principio. Baoyu ansía claramente poseer su cuerpo, y ella no cree que él sea de esos hombres capaces de mantener una relación física sin cariño ni afecto. Ha comenzado a pensar que ejerce un poder sobre Baoyu que él se niega a reconocer, por orgullo o por cautela. Por ese motivo él solo la toca a oscuras; por eso siempre le hace el amor en silencio, pues tiene miedo de traicionar su placer con el sonido más débil. Baochai se dice que Daiyu y él solo estuvieron juntos unas pocas veces. Es improbable que conocieran la intimidad que ahora Baochai comparte con él, y que crece cada noche que pasan juntos. Además, lo que siente por Baoyu también está aumentando. Es tan distinto del anterior Baoyu, aquel que siempre andaba charlando, distraído...

Por fin, el joven posa su pincel sobre la piedra de tinta. Levanta los brazos, estirándose y bostezando. Es la señal habitual que indica que ha terminado su trabajo por esa noche y que Baochai puede ya ayudarle a prepararse para ir a la cama. Se acerca con prisa y recoge el pincel y la piedra de tinta para aclararlos.

—¿Has terminado ya con Mencio? —le pregunta desde la palangana, mientras la tinta tiñe de gris el agua.

Baoyu señala el papel que tiene delante.

—Sí, creo que está bastante bien. —Se lleva la mano derecha a la espalda y se masajea un punto en el lomo bajo—. Creo que mañana puedo pasar ya a *El gran estudio*.

—¿Qué bien! —Ella seca la piedra de tinta y el pincel y se acerca a su escritorio para dejarlos en su sitio. Baoyu sigue frotándose la espalda mientras mira la página que tiene delante con el ceño fruncido, como si hubiera un párrafo que todavía no le convenciera.

Sin pensárselo, Baochai decide darle una pista de lo que está empezando a sospechar.

—Llevo retraso, ¿sabes? —dice, y rodea el escritorio para ponerse al lado de su silla.

Baoyu sigue con la vista fija en el ensayo.

—¿Retraso? ¿En qué? —dice, distraídamente.

Baochai se siente frustrada por verse obligada a ser más explícita.

—Quiero decir... que tengo un retraso —repite, tartamudeando y sonrojándose—. Es decir, que hace más de seis semanas desde mi última... —Se calla, avergonzada.

Baoyu alza la vista. De repente, el ambiente de la habitación se vuelve tenso.

—¿Estás segura? —pregunta, casi al mismo tiempo que ella añade, arrepintiéndose de haber hablado:

—No..., no estoy segura todavía. Podría no ser nada, al final.

Él la interrumpe:

—Bueno, si es verdad, es una noticia maravillosa —comenta, pero no lo dice como si lo fuera realmente. Baochai no puede adivinar lo que siente su marido; casi le parece ver alivio en sus ojos,

pero está claro que felicidad no es. Se produce un silencio incómodo que él rompe cuando se levanta de la silla y se acerca al armario. Comienza a quitarse él mismo la ropa en lugar de dejar que sea ella quien lo haga, como de costumbre.

A Baochai le entran ganas de llorar, como la noche de la boda, antes de que la tocara. La confianza y la alegría que ha sentido hace un momento parecen ahora frágiles como la cáscara de un huevo, fácil de quebrarse ante la extraña reacción de su marido. No puede contenerse, y le pregunta:

–¿No te alegras?

Baoyu se encoge de hombros, sin alzar la vista, mientras dobla su bata y la deja en el armario. Se da la vuelta para mirarla.

–¿Por qué no iba a alegrarme? –dice–. Un niño siempre es motivo de alegría. A fin de cuentas, ¿hay algo más puro e inocente que un bebé?

Está intentando esquivarla hablando de generalidades.

–Yo me refería a nuestro bebé, no... no a cualquier niño hipotético –dice ella con aspereza.

Baoyu ignora su interrupción.

–De hecho, estaba leyendo y pensando en ese fragmento de Mencio sobre «el corazón de niño».

Regresa a su escritorio, abre un libro y se lo muestra para que lo vea.

Baochai no sabe si mostrar interés para no apartarse del tema que le interesa. Apretando los labios con fuerza, se acerca a la mesa y mira la página.

–«El hombre grande es aquel que no ha perdido su corazón de niño» –lee–. –Lo contempla impaciente–. Bueno, ¿qué es esto?

–¿Qué crees que significa?

Baochai se lo piensa, sintiendo que la está poniendo a prueba.

–Bueno, está hablando de la virtud, por supuesto –comienza a decir lentamente, intentando desempolvar sus recuerdos de lecciones de mucho tiempo atrás–. No se refiere a un corazón infantil, literalmente. Es una metáfora sobre la pureza del corazón del sabio, libre de egoísmos, y su deseo de ayudar a la humanidad, como el emperador Yao y el emperador Shun, los antiguos reyes sabios –añade, ganando confianza.

–Eso dice la gente, pero no tiene sentido. –Baoyu sacude la cabeza con vigor. Este es el Baoyu de antes, animado y terco, al que hace tanto que no veía–. Piénsalo. ¿Desde cuándo el deseo de un niño es ayudar a la humanidad? Eso es absurdo. A ver, ¿qué quiere un niño? –Se inclina hacia delante, marcando sus ideas en sus largos dedos–. Lloro cuando tengo hambre, cuando estoy enfermo o cuando su pañal está mojado. Eso es todo.

–¿Adónde pretendes llegar? –dice ella con cierta brusquedad.

–A eso se refería Mencio. –Cierra el libro, dando unas palmaditas en su cubierta–. Un bebé no tiene deseos. Ni ambición, ni amor, ni envidia. Solo cuando nos hacemos mayores aprendemos a desear esas cosas...

Baochai no tiene ni idea de adónde quiere llegar, pero sus comentarios despiertan un temor repentino en su interior.

–¿Cómo puedes poner tus ideas en boca de Mencio de ese modo? Durante mil años, otras personas mucho más cultas que tú han dedicado su vida entera a estudiar a Mencio y a desentrañar su significado, y ahora vienes tú... –Se detiene, sorprendida ante su propia vehemencia. Le cuesta un momento controlarse lo suficiente como para hablar con aparente calma–. Lo siento, no debería haber dicho que...

–No, tienes razón. Solo estaba siguiendo el discurrir de mi propio pensamiento.

El descontento mutuo es palpable en ambos. Baoyu se aparta del escritorio y comienza a verter agua caliente en la jofaina.

Baochai desea desesperadamente recortar la distancia entre ambos.

–Baoyu, estudias demasiado...

–¿Que estudio demasiado? –Sonríe con ironía—. ¿Desde cuándo es posible que tú pienses que estudio demasiado?

Baochai sigue adelante, ignorando su sarcasmo.

–Nos pone tensos a los dos, de mal genio. ¿Por qué no hacemos algo para relajarnos?

–¿Como qué?

Baochai responde al azar.

–Oh, no sé. Podemos ir a dar un paseo... ¿Por qué no salimos mañana a dar una vuelta por el Jardín, si hace buen día? Está un poco descuidado, es verdad, pero el aire fresco te sentará bien...

–¡No! –dice Baoyu, con tanta contundencia que Baochai da un respingo. Pasado un instante, añade con una voz más suave–: No quiero ir al Jardín.

Baochai lo mira fijamente, pero su rostro es inexpresivo. Está más aterrada que antes. Baoyu empieza a echar agua fría en la jofaina. La joven se acerca a él y le quita el cazo de la mano. En vez de echarle agua, hace algo que no había hecho nunca. Se queda a su lado y toma las manos de su marido para que toquen su cuerpo a través de la ropa. Deja que el cazo caiga al suelo. Aprieta fuerte las manos de Baoyu contra su cuerpo, y las guía para que recorran su vientre, sus caderas, su trasero y sus pechos. Baoyu no se resiste, sus manos obedecen a la presión de las suyas. Es la primera vez que se tocan con luz. Baochai busca sus ojos, deseando descubrir el deseo en ellos, pero Baoyu los tiene fijos en el suelo. Lo toma de la barbilla para alzar su rostro, pero sus ojos todavía se apartan de ella, de modo que lo besa en los labios, con osadía, largo rato. Al principio su cuerpo está rígido, pero a medida que sigue besándolo y acariciándolo siente que se relaja. Luego lo conduce a la cama y por primera vez hacen el amor a la luz de las lámparas.

La noche previa a los exámenes, Zheng llama a Baoyu y a Huan a su despacho. Recuerda lo histérico que estaba él la víspera, hace ya tantos años, y cuánto anhelaba unas palabras de ánimo y consuelo. En lugar de eso, su padre lo amenazó con azotarlo si no aprobaba. No fue capaz de dormir en toda la noche, y salió por la mañana algo mareado a causa del agotamiento. Aunque se siente incómodo en el papel de mentor, sobre todo después de su experiencia con Yucun, decide que es su deber dirigirles unas palabras a sus hijos antes de una ocasión tan crucial.

Huan llega primero. El muchacho no para de revolverse inquieto, lo cual pone a Zheng de los nervios. Lo anima a conservar la calma y a mantener el ritmo en los exámenes. Tras haber leído los ensayos de prueba de Huan, Zheng tiene la sensación de que su redacción es demasiado basta y sus transiciones demasiado torpes como para aprobar. Al contrario que Baoyu, Huan no tiene suficiente talento como para dominar las materias de los exámenes sin la ayuda de un maestro. En cuanto Baoyu apruebe y comience a ganar un sueldo de funcionario, podrán permitirse un tutor para Huan. Sin embargo, como el muchacho se ha esforzado y desea presentarse a las pruebas, Zheng no considera correcto desanimarlo.

Después de que Huan se excuse para realizar un repaso de última hora, llega Baoyu.

–El paje me ha dicho que querías verme, padre –dice, en pie junto a la puerta.

Zheng se levanta de su asiento.

–Sí. –Sonríe–. ¿Baochai y las chicas tienen todo tu equipaje preparado?

–Eso creo.

–Con todo el ajetreo que se traen, parece que te fueras por tres meses, en vez de tres días.

Baoyu fuerza una sonrisa. Tiene un aspecto pálido y demacrado, y a Zheng le preocupa que no tenga fuerzas para aguantar concentrado durante todos los exámenes. Probablemente sean los nervios. Le pasa un brazo por la espalda.

–¿Preocupado?

Baoyu se encoge de hombros, casi impaciente, con la vista fija en el suelo. Zheng supone que tiene demasiado orgullo como para reconocer su inquietud.

–No tienes de qué preocuparte. Llevas muchos meses estudiando mucho. Tú hazlo lo mejor que puedas. –Al sentir la rigidez del cuerpo de Baoyu, se pregunta si no habrá metido demasiada presión al muchacho–. ¿Recuerdas lo que te dije la primavera pasada, cuando estabas enfermo? ¿Aquello de que todo dependía de ti?

Baoyu levanta los ojos y los dirige al rostro de su padre, con una mirada extrañamente intensa.

–Por supuesto.

–Bueno, desde entonces parece que las cosas han mejorado, ¿no? Me han readmitido en mi puesto y hemos recuperado Rongguo. Ahora que estás casado con Baochai, Pan se muestra más generoso todavía. Quiero que sepas –mira a los ojos de su hijoque no debes preocuparte si no apruebas esta primera vez.

Baoyu baja la vista.

–No lo dices en serio, padre. No has parado de machacarme con que todo dependía de que yo aprobase.

–Lo digo en serio. Solo quería que estudiases duro y dieras todo lo que hay en ti. Y ahora que lo has hecho, no importa mucho si suspendes. De hecho... –Zheng termina confesando algo que ha mantenido oculto a su hijo durante todos estos años, por temor a que pensara mal de él–. Yo suspendí la primera vez. Y la segunda, también. –Todavía siente el escozor de su fracaso treinta años después, y para su sorpresa las lágrimas asoman a sus ojos. Se ríe avergonzado para ocultarlas.

–¿De verdad, padre? –Baoyu alza la vista. En lugar de la mofa que Zheng temía que mostrara su hijo, los ojos de Baoyu están llenos de simpatía y comprensión–. Nunca me lo habías contado.

Zheng todavía recuerda cómo se sintió cuando colgaron la lista de candidatos aprobados y comprobó que su nombre no figuraba en ella. Se negó a salir de su cuarto, temeroso de leer el desprecio en los ojos de la gente debido a su fracaso. Lo invadían los celos por Min, porque su hermana era mucho más rápida que él a la hora de aprender. Odiaba a su maestro, a su madre y a su padre. Estaba tan sumido en la desesperación que, por primera vez, las broncas y amenazas de su padre no lograron conmoverlo ni asustarlo. Sentía que toda su vida se había acabado.

Sin embargo, se levantó y volvió a estudiar de nuevo. Y suspendió una vez más, es cierto, pero en esa ocasión uno de los examinadores, un amigo de su padre, filtró la información de que se había quedado a las puertas de la nota de corte. La tercera vez aprobó holgadamente. A partir de entonces ascendió con rapidez, ganándose el respeto de colegas y superiores, y sus fracasos previos quedaron aparentemente olvidados.

En cierto modo, esa misma experiencia se repitió durante su arresto y encarcelamiento. Cuando lo detuvieron, pensó que nunca sería capaz de volver a alzar la cabeza. A duras penas se atrevía a mirar a los ojos de los guardas de la prisión por temor a lo que pensarán de él. Pero de nuevo fue paciente, y no solo lo indultaron y lo liberaron sino que ha recuperado su empleo, en el que sus colegas lo tratan con el mismo –sí no mayor– respeto que antes. Esta es la moraleja que quiere inculcarle a Baoyu, lo que ha aprendido en la suma de sus cincuenta y tantos años, pero no sabe muy bien cómo expresarlo.

Aprieta los brazos de su hijo y le dice:

–No se gana o se pierde todo en un solo día. Aunque suspendas este año, terminarás aprobando, y entonces te sorprenderá lo distintas que parecen las cosas. No tendrás que estudiar todo el tiempo. Te gustará ser funcionario. Una parte del trabajo es aburrida, por supuesto, pero también llegarás a tomar decisiones, aunque sean sobre cosas pequeñas. Y quizá un día tengas tu propia familia...

Baoyu se zafa con violencia de los brazos de su padre.

–No tengo interés en algo así.

Zheng albergaba la esperanza de que el tiempo ayudara a su hijo a olvidar a Daiyu. Se ha fijado en lo solícita que es Baochai con él y en que la pareja no parece discutir nunca; no como Xifeng y Lian, que lo hacían incluso desde recién casados. Por eso llegó a creer que la nueva pareja se iba reforzando, pero ahora advierte el dolor contenido en el rostro de Baoyu y comprende que estaba equivocado.

El joven parece hacer un gran esfuerzo para controlarse. Pasado un momento, pregunta:

–¿Estás satisfecho conmigo, padre? ¿He hecho todo lo que querías?

Ante la evidencia de que Baoyu ha actuado en contra de sus deseos por el bien de la familia, Zheng siente un zarpazo de remordimiento.

–Sí, claro que sí –dice, tomando la mano de Baoyu–. Has hecho más que suficiente. Sé que ha sido duro para ti...

Baoyu se aparta, aparentemente poco interesado en el intento de su padre por consolarlo.

–Entonces, hay algo que quiero decirte.

–¿Qué es?

Baoyu se pone tenso y habla con tono casi ceremonial.

–Me gustaría darte las gracias.

–¿Por qué? –pregunta Zheng, sorprendido.

–Me gustaría darte las gracias por toda la atención que me has prestado a lo largo de los años; por todas tus enseñanzas, paciencia y preocupación.

Tras las emociones extremas de la conversación previa, este discurso afectado casi hace reír a Zheng.

–No es necesario que me des las gracias.

–Pero quiero hacerlo –replica Baoyu–. Si no hubiera sido por ti, ¿quién sabe qué habría sido de mí? Aun así, he aprendido muy poco...

–¡Calla! –dice Zheng, entre avergonzado y divertido–. Mejor que te calles, o acabarás poniéndote en ridículo.

Baoyu se detiene ante esta interrupción, y parece incómodo.

–Al menos, déjame despedirme de ti como es debido.

–¡Despedirme de mí! Pero ¿esto qué es? Solo estarás fuera tres días...

Antes de que Zheng pueda detenerlo, Baoyu se arrodilla en el suelo y pone la cabeza a los pies de su padre. Zheng intenta levantarlo, pero una y otra vez Baoyu presiona su frente y sus manos en los zapatos de su padre. Por segunda vez esa mañana, Zheng siente que las lágrimas asoman a sus ojos. Pero en esta ocasión, incapaz de contenerlas, brotan mientras levanta a su hijo del suelo.

Xifeng abre con dificultad sus pesados párpados y echa un vistazo al reloj. Se acostó después del almuerzo con la intención de descansar diez o quince minutos, y ya son las cuatro pasadas. Se incorpora de un respingo y baja las piernas del *kang*. El repentino cambio de posición hace que se le nuble la vista. Se encorva y se lleva las manos a la boca, invadida por una necesidad repentina de vomitar. Cerrando los ojos, agacha la cabeza y respira hondo y lento, para controlar el ataque de náuseas.

Cuando el mareo disminuye, se levanta, apoyándose en la mesa. Baoyu y Huan regresan esta tarde a casa de los exámenes; los demás se preocuparán si no acude a recibirlos. Las náuseas vuelven a aparecer, pero se impulsa en la mesa y llega a trompicones hasta el armario. Vomita en el suelo, cerca del rincón. Sujetándose a la puerta del armario, echa un vistazo a lo que ha salido de su estómago. No hay mucho. Últimamente casi no come.

Se arrastra para alcanzar el cubo de agua. Derrama el contenido sobre el vómito y consigue barrer la porquería hasta la puerta. Luego se dirige al armario y se baja los pantalones. El trozo de algodón que prende de su ropa interior está empapado de sangre. Tras meses y meses sin tener el periodo, ha vuelto a sangrar de nuevo, en grandes cantidades. ¿Cuánto tiempo lleva así?, ¿una semana?, ¿tal vez más? Si no se detiene en un par de días, le pedirá a Baochai que llame otra vez al médico. Cuando vino hace tres semanas, el doctor dijo que lo único que podía hacer era cambiarle de tratamiento. Xifeng se toma la nueva medicina dos veces al día, aunque no parece más efectiva que la anterior.

Cambia la compresa sucia por una limpia. Cuando se sube los pantalones, tiene que estirar la pretina de la cintura al máximo, para ajustarla a su vientre hinchado. Su cuerpo entero se está quedando raquítrico, como el de un mono. Solo su vientre sigue creciendo, cada vez más grande, y también más fofo. Habría pensado que estaba embarazada, de no ser, claro está, por el hecho de que hace más de dos años que no la toca un hombre. Se alisa el vestido por encima de la cadera para ocultar su tripa abultada.

De camino a la puerta, lanza una ojeada a su reflejo en el espejo del tocador. Lleva el cabello sin peinar, y durante la siesta se le ha borrado el maquillaje. Sin la capa de polvos, su tez está blanquecina. Sus pómulos y dientes, con las encías retraídas, parecen extrañamente prominentes. Se pasa un peine por el pelo y se aplica rápidamente colorete en las mejillas.

Cuando cruza el patio de la casa de la dama Jia, se fija en que no se escucha sonido de conversaciones o risas provenientes del salón. Baoyu y Huan no habrán llegado todavía. Aliviada, atraviesa la cortina de la puerta y exclama, intentando distraer la atención de su tardanza con una demostración de alegría:

—¿Dónde están nuestros exitosos opositores?

Espera risas, réplicas. En lugar de eso, las presentes en la sala —la dama Jia, Baochai, la señora Xue y las Dos Primavera— se vuelven hacia ella con un gesto tenso y luego apartan la mirada en silencio, decepcionadas al ver que se trata de ella.

—¿Qué sucede? —pregunta Xifeng.

Es Tanchun quien responde:

—Ya deberían estar en casa. —Sus ojos se dirigen incómodos al reloj de la pared—. Los papeles de

los exámenes se recogían a mediodía, y luego –cuenta con los dedos– una hora para recoger sus cosas, otra para salir del recinto de los exámenes y otra más para volver a casa. Eso calculando que tarden más de lo debido en cada paso.

–¿Lian y el tío no han salido a buscarlos? –pregunta Xifeng.

Esta vez es Baochai quien contesta:

–Sí –responde escuetamente, abriendo apenas los labios.

–Bueno –dice Xifeng–. No es tan difícil adivinar lo que ha pasado. Allí debe de haber miles de personas. Estarán perdidos entre la muchedumbre, buscándose.

–Se suponía que iban a encontrarse delante del recinto de los exámenes –dice Baochai.

–Sí, pero ese sitio es enorme; imagínate cuánta gente se habrá citado allí también...

Baochai se vuelve hacia ella y le espeta:

–¿Crees que somos tontas? ¿Piensas que no se nos ha ocurrido eso a nosotras?

Xifeng nunca ha visto a Baochai perder los estribos de ese modo. Al cabo de un momento, se encoge de hombros y dice suavemente:

–Entonces ¿por qué estáis tan preocupadas?

Nadie responde.

Xifeng suelta una risita y comenta:

–Baoyu no es ningún niño que no sepa volver solo a casa.

De nuevo, nadie dice una palabra. Xifeng mira a Baochai. Está sentada en cuclillas junto a la dama Jia, con la vista en el suelo, retorciendo y estirando su pañuelo entre los dedos. Su rostro está lívido, pero Xifeng ve sangre en su labio inferior, en carne viva de tanto mordérselo. Xifeng se sube al *kang*, con cuidado de no marearse otra vez. A su lado, la dama Jia está tirada en su almohadón, con los ojos fijos en la puerta. Sin que nadie la vea, Xifeng se coloca un cojín detrás de la espalda. Le avergüenza intentar ponerse cómoda mientras las demás parecen estar tan tensas. Se siente sola, perpleja ante la ansiedad de las demás. No puede imaginarse por qué actúan así, qué es lo que sienten y temen que ella no puede percibir. Una criada entra con té y aperitivos. Baochai le ordena que se marche, aunque a Xifeng le apetecía un té. Pasa media hora. Xifeng se va hundiendo cada vez más en su cojín. Lucha por mantener los ojos abiertos.

Lian entra de repente en la sala, con el pelo revuelto y sin aliento.

–No encontramos a Baoyu por ninguna parte.

–¡Ay, Dios mío! –Baochai rompe a llorar.

–¿Y Huan? –pregunta Tanchun.

–Lo hemos encontrado. Ha vuelto al recinto de los exámenes para buscar a Baoyu con el tío –dice Lian.

Xifeng se incorpora de un salto.

–Entonces ¿qué haces tú aquí? ¡Vuelve a buscarlo también!

Ignorándola, Lian se sube al *kang* y se dirige a Baochai y a la Anciana Dama, con la voz interrumpida por los jadeos.

–El tío y yo llegamos temprano, poco después de mediodía. Nos pusimos justo en la puerta. A eso de la una en punto, los candidatos comenzaron a salir, al principio uno a uno, luego en grupitos, y finalmente en masa. Huan apareció en uno de los grupos grandes, pero dijo que no había visto a Baoyu. Seguimos esperando, pensando que saldría en cualquier momento. A eso de las tres dejó de salir gente, y todavía no lo habíamos visto. – Hace una pausa para secarse un hilillo de sudor de la

sien. A Xifeng le sorprende lo alterado que parece.

–¿Entonces? –pregunta Baochai. Dejó de llorar en cuanto Lian comenzó su relato, y ahora lo mira con el pañuelo pegado a la boca.

–Nos dieron permiso para acceder al recinto de los exámenes –continúa Lian–. Como era de esperar, estaba completamente vacío. Nos dirigimos a los funcionarios y preguntamos si alguien lo había visto. Al principio dijeron que no era posible controlar a todo el mundo que se presentaba. Luego, cuando les rogamos que lo comprobaran, repasaron la pila de exámenes para ver si Baoyu había entregado algo.

–¿Y lo había hecho?

–Cuando comprobaron los papeles, vieron que había sido el primero, entre miles de candidatos, en entregar su examen: el suyo era el último de la pila. Entonces, un funcionario dijo que se acordaba: Baoyu había intentado entregar su examen muy pronto, pero cuando le dijeron que no era posible, volvió a su sitio y recogió sus cosas, para poder entregarlo y marcharse en cuanto dieran las doce.

–¿Y lo había completado? –pregunta Baochai, avanzando para aferrar del brazo a Jia Lian–. Su examen..., ¿lo había completado? –Xifeng, notando el gesto de insoportable suspense en la cara de Baochai, no tiene claro si está más preocupada por que su marido haya aprobado el examen o por su paradero.

–Sí. Cuando intentó entregarlo la primera vez, lo miraron para ver si estaba terminado –le confirma Lian–. Dijeron que los ensayos parecían completos. Pero el asunto –continúa– es que Baoyu debió de ser el primero en salir del recinto de los exámenes. Por eso no lo encontramos. Después lo buscamos por todas partes. Pensamos que simplemente no lo habíamos visto, pero luego la muchedumbre comenzó a dispersarse, y seguíamos sin encontrarlo. Por eso volví a casa, para ver si estaba aquí.

–Bueno, pues ya ves que aquí no está, ¿verdad? –dice Xifeng–. ¿Por qué no te llevas a unos criados contigo y continúas buscando? –Le ha costado contener su impaciencia durante la interminable narración de Lian.

Una vez más, Lian la ignora. Se detiene para secar otro hilo de sudor en su frente.

–Entonces, cuando me marchaba del recinto de los exámenes, vi a Perca, el nuevo paje de Baoyu. La cara de Baochai, ya demacrada, parece perder todo su color.

–¿Sin Baoyu? –pregunta con aspereza.

–Estaba solo, a punto de perder la cabeza a causa de la preocupación y el temor. Me contó que, cuando salieron del recinto, Baoyu le pidió que vigilara el equipaje mientras él se alejaba a aliviar sus necesidades. Baoyu se metió en un callejón, pero no salió. Perca se pasó las siguientes cuatro horas buscándolo. Creo que, de no haberme tropezado con él, no habría vuelto a casa, del miedo que tenía a que le echáramos la culpa por haber perdido de vista a Baoyu...

–No sirve de nada buscarlo –lo interrumpe Baochai–. Se ha ido. –Comienza a sollozar de nuevo.

Xifeng mira a Baochai. ¿Por qué actúan todos de un modo tan extraño? Se preocupan demasiado por haber perdido a Baoyu en una multitud.

–¿Qué quieres decir con que se ha ido? Se presentará aquí por su propio pie en una o dos horas.

–No, no vendrá –dice Baochai–. Se ha escapado.

–¡Escapado! –exclama Xifeng, apenas capaz de comprender lo que quiere decir–. ¿De quién? ¿De qué?

–De nosotros. De mí –solloza Baochai. Intenta controlarse, llevándose de nuevo el pañuelo a la

boca, pero las lágrimas siguen brotando—. Cuando se marchó, se despidió de mí de un modo muy raro, como... como si nunca más fuéramos a vernos. Comprendí que algo pasaba, pero no suponía...

—Pero ¿por qué iba a escapar? —la interrumpe Xifeng de pura impaciencia.

Baochai busca las palabras adecuadas.

—Porque ya no le importa nada.

Xifeng guarda silencio, pues comienza a entender. Recuerda cuánto deseaba Baoyu casarse con Daiyu antes de la confiscación, y cuánto le afligió la muerte de su prima. Seguramente, tío Zheng lo habrá obligado a casarse con Baochai. Ahora, él se rebela escapándose. Una parte de ella lo envidia: una mujer jamás podría fugarse de esa manera. Otra parte de su ser piensa que está loco por huir justo cuando está a punto de lograr el éxito por el que lleva tanto tiempo peleando. Piensa en Yucun: ascender por el escalafón burocrático le ha proporcionado estatus y dinero, pero no libertad. Quizá Baoyu, gracias a su asombrosa intuición, haya comprendido la realidad de antemano. Xifeng siempre pensó que algo tan extraño como la aparición del jade en la boca de Baoyu no podía ser una simple casualidad, del mismo modo que le parecía que Baoyu, con su voluble sensibilidad, no formaba parte de la familia Jia. Seguramente el jade, así como la llegada y desaparición del muchacho, son parte de un proyecto más grande y trascendental.

—De modo que todo el cariño que he gastado en él durante todos estos años ha sido en vano —dice la dama Jia. Habla con tono impasible, pero Xifeng puede ver, en las comisuras de sus secos ojos de anciana, dos lagrimillas brillando entre los pliegues, finos como el papel, de los párpados.

—Pero no ha sido en vano —dice Tanchun—. Se presentó a los exámenes, y quién sabe, es posible que apruebe y traiga el honor a la familia.

—¡Honor! —grita Baochai—. ¿Y eso qué importa cuando se ha ido?

Xifeng mira a Baochai, esforzándose por comprender sus reacciones. A pesar de la inteligencia de la muchacha, a Xifeng siempre le ha parecido una persona que jamás piensa por sí misma, que se conforma con seguir los dictados del «deber» y las «obligaciones filiales», sin cuestionárselos. Por eso se casó con Baoyu, aunque resultaba evidente que el muchacho todavía suspiraba por Daiyu. Sin embargo, a día de hoy casi le parece que, al final, Baochai lo ama. Por supuesto, piensa Xifeng con cinismo, dado que Baochai no será capaz de volver a casarse, no es de extrañar que sienta pavor al ver que su esposo la abandona con solo veintiún años. Contempla a la joven, que mantiene el pañuelo apretado contra la boca mientras lucha por contener las lágrimas. En una sola tarde ha revelado más emociones de las que ha demostrado en los cinco años que lleva viviendo con los Jia. Fueron su aplomo y su hermetismo los que hicieron que Xifeng se mantuviera apartada de ella. Siempre sospechó que Baochai sabía de su romance con Yucun. Aunque al principio agradeció su silencio, con el paso de los años esperaba que Baochai le diera alguna pista de su complicidad, mediante una palabra o una mirada. En lugar de eso, siempre fingió a la perfección que nada sucedía, que todo era exactamente como parecía, que se había erigido entre ellas un muro de silencio que no caería jamás.

Xifeng se baja con dificultad del *kang*.

—¿Por qué estamos perdiendo el tiempo hablando? ¿Y si organizamos una partida de búsqueda?

—¿En qué piensas que ayudará eso? —pregunta Lian con un tono desagradable—. ¿Acaso dudas que tío y yo hayamos buscado a conciencia?

—Pero podría estar en cualquier parte. Tal vez se haya encontrado con un amigo. Podría haber enfermado y haberse desmayado en algún sitio. ¿Por qué no reúnes a todos los sirvientes?

—¿Qué sirvientes? —pregunta Lian con maldad—. Solo tenemos un par de pajes y un portero. ¿De

verdad piensas que serán capaces de peinar toda la ciudad?

Xifeng se ve invadida por una ola de rabia e impotencia. Incluso en unas circunstancias como estas, Lian no pierde la oportunidad de intentar desacreditarla delante de todos.

–Por el amor de Dios, seguro que puedes hacer que las doncellas salgan a buscarlo ahora mismo...

Siente un dolor y un ardor terribles en el vientre. Es como si le estuvieran comiendo las entrañas. Tiene que reunir todas sus fuerzas para no doblarse y llevarse las manos al estómago. Vuelve el rostro, tapándose la boca con una mano.

–Lo siento –consigue decir–. No me encuentro muy bien. Tengo que tumbarme.

Atraviesa tambaleándose la puerta y sale al patio. Tiene la esperanza, y también el temor, de que alguien acuda tras ella, pero al salir a trompicones por la puerta principal de la casa de la Anciana Dama, no escucha pasos ni preguntas de preocupación a sus espaldas. Avanza por el sendero casi a la carrera, consciente de que si no se da prisa no tendrá fuerzas para llegar a sus aposentos. Siente una sensación de ardor en la vagina, y un repentino chorro caliente. Le recuerda el aborto que tuvo hace tantos años, pero el dolor es incluso peor. Se agacha y ve que la entrepierna de los calzones que lleva por debajo del vestido está teñida de rojo. Una vergüenza indescriptible se apodera de ella. Hay gotitas de sangre sobre las piedrecillas blancas que pavimentan el camino. Tiene que reprimir el impulso de intentar limpiarlas o cubrirlas antes de que alguien las vea. En vez de eso, hace un esfuerzo por seguir caminando, todavía encorvada. Apenas quedan cincuenta metros para llegar hasta sus aposentos; una vez en su patio, nadie la verá aunque tenga que arrastrarse.

Pero el mareo y las náuseas que sintió tras la siesta han vuelto. Una negrura se apodera de sus ojos y se tambalea, a punto de caerse. Deja de andar para tomar aliento. Puede sentir los latidos de su corazón en los vasos sanguíneos bajo sus ojos. El sudor resbala a chorros por su rostro. Permanece allí, parpadeando, apoyando las manos en las rodillas para mantenerse en pie. Finalmente, su visión se despeja. Ve que todavía se encuentra en pie en mitad del camino. Avanza un poco. Unos pasos más, solo unos pocos pasos más, se dice. Levanta la cabeza y ve un retoño de tilo en una curva del sendero, a unos veinticinco pasos de distancia. Si consigue llegar hasta allí, podría apoyarse en el árbol y descansar.

Las náuseas y el mareo crecen inexorables, como una ola. Siente que pierde el equilibrio e intenta correr los últimos cinco o seis pasos, estirando los brazos para agarrarse al árbol. Pero ya no le quedan fuerzas, y se derrumba en el suelo con todo su peso.

A pesar de la desaparición de Baoyu, Baochai compone un gesto impasible y se ocupa de los preparativos del funeral de Xifeng. Preferiría quedarse en sus aposentos esperando noticias de los sirvientes contratados para buscar a su marido, sobre todo desde que ha empezado a sentir náuseas de embarazada. Sin embargo, ahora que es la única nuera que queda en Rongguo, es su obligación encargarse de todo. Lian debería ayudar, pero el corazón de piedra que demostró tener con Xifeng mientras vivía no ha cambiado tras su muerte. Para disgusto de Baochai, ni él ni la dama Jia fingen siquiera estar afligidos.

De modo que Baochai encarga un ataúd y hace levantar en uno de los patios una capilla temporal donde exponer el cuerpo. Manda traer monjes budistas para que recen por la salvación de las almas de los difuntos y sacerdotes taoístas que lleven a cabo las ceremonias de purificación y absolución. Encarga aceite, velas, ofrendas de papel e incienso, así como adornos y estandartes de luto para la procesión funeraria, y luego reparte varias tareas entre los sirvientes: vigilar que las lámparas y el incienso estén prendidos en el templo, cambiar las cortinas y realizar ofrendas de arroz y té ante las tablillas de los espíritus...

Por último, tiene que atender a las invitadas que se acercan a Rongguo para presentar sus condolencias. La familia Jia sufrió el ostracismo de sus parientes y amigos después de la confiscación de sus bienes, durante su estancia en la calle del Tambor. Pero una vez que Zheng recuperó su antiguo cargo y los Jia regresaron al palacio, la gente ha vuelto a visitarlos. Ahora que Baochai es matrona, debe recibir y dar conversación a las numerosas esposas de funcionarios y aristócratas, a la mayoría de las cuales no conoce. Como la dama Jia, excusándose en su mala salud, se niega a aparecer, Baochai solo cuenta con el apoyo de su madre. Recibir al torrente de visitas le ha resultado doblemente duro, pues no cesa de imaginarse los cotilleos de los invitados sobre ella, abandonada por su marido apenas unos meses después de la boda.

Una tarde, con la capilla ardiente aún instalada, después de quemar las ofrendas de papel, se dirige a velar en solitario a Xifeng. Entra en el silencioso patio bajo la tenue luz del atardecer y se arrodilla ante el ataúd. Sin ningún esfuerzo, las lágrimas comienzan a correr por su rostro. Ha estado tan ocupada con los preparativos prácticos que apenas ha tenido tiempo para dejar fluir sus propias emociones. Sin duda, así es como se debió de sentir con frecuencia Xifeng.

Siente su pérdida más de lo que podría haber imaginado. En muchas ocasiones a lo largo del día, si los adornos del carruaje no llegan bien cosidos, o los sirvientes se retrasan a la hora de servir la cena, o la conversación con un invitado decae, Baochai se gira involuntariamente para pedir ayuda o consejo a Xifeng, antes de darse cuenta de que ya no está. Ella siempre trabajó sin descanso y con tanta eficiencia que se convirtió en alguien indispensable para todos los que la rodeaban, sin ser conscientes de ello. Solo ahora que Baochai debe asumir sus tareas se da cuenta de todo lo que hacía. Pero aún más le sorprende el hueco emocional que ha dejado su muerte: hasta qué punto la templanza y vivacidad de Xifeng servían para levantarle el ánimo, por mucho que Baochai nunca hubiera confiado en ella ni la hubiera comprendido. Intimidada por su actitud inquieta y su lengua afilada, Baochai siempre guardó las distancias y nunca se fío de ella. Ahora piensa que no había motivo para tal desconfianza. Cuando Xifeng le sugirió que rompiera su compromiso con Baoyu,

Baochai sospechó que tenía algún motivo oculto. Ahora entiende que, probablemente, Xifeng solo lo había dicho preocupada por su bienestar. Recuerda el disgusto y el desprecio que sintió al descubrir su romance con Yucun. En estos momentos, tras aprender que un marido puede estar ausente aun cuando esté físicamente presente, se imagina los años de soledad que Xifeng ha tenido que afrontar.

Al arrodillarse, sollozando, escucha un sonido a su espalda. Es la dama Jia, que avanza renqueante apoyada en un bastón. Últimamente la Anciana Dama casi no se aventura fuera de sus aposentos, y sin duda nunca va a ninguna parte sin alguien en quien apoyarse. De hecho, Baochai jamás habría supuesto que era capaz físicamente de llegar hasta allí. Se apresura a ponerse en pie. Hay una silla junto al ataúd para que se sienten los dolientes. Baochai se la acerca a la dama Jia, que se derrumba en ella.

Le conmueve el esfuerzo que debe de haber realizado la Anciana Dama para recorrer todo el camino hasta el templo con el fin de velar a Xifeng. Estaba equivocada al pensar que su muerte no había afectado a la Anciana Dama.

—¿Ha venido a realizar una ofrenda? —le pregunta.

—He venido a verte.

Baochai se sorprende.

—Si quería verme, podía haberme llamado a sus aposentos, en vez de recorrer todo este camino.

—Quería verte a solas.

Baochai espera expectante, pero la dama Jia no dice nada mientras mira malhumorada el ataúd de Xifeng.

Tras un largo silencio, Baochai pregunta:

—¿Cómo vamos a arreglárnoslas sin ella?

La dama Jia se vuelve para mirarla.

—No hace falta que te las des de virtuosa conmigo. Es de suponer que te alegras de que nos hayamos librado de Xifeng.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Baochai, sorprendida por la crueldad de sus palabras.

—Tampoco tienes que fingir que eres más estúpida de lo que ya eres. Evidentemente, para ti será más sencillo administrar la casa sin tener que competir con Xifeng por el control de todo.

—Pero... yo no quiero controlarlo todo —balbucea Baochai.

La dama Jia la observa atentamente, como evaluando cuánto hay de verdad en su afirmación.

—No, supongo que no. Pero Xifeng sí. Recuerdo cuando llegó. Era tan ambiciosa, tenía tantas ganas de demostrar que era más lista que las demás... Así que le dejé administrar la casa, porque nos habría dado problemas si no le hubiera encomendado una tarea exigente. —La anciana suspira, sacudiendo la cabeza—. Pero aun así se metió en líos: esos préstamos, y ese romance con Jia Yucun, y... ¿quién sabe qué más?

Baochai jamás hubiera soñado que la dama Jia estuviera al corriente del romance. Intenta mantener un gesto impasible, pero la mujer capta su sorpresa y se ríe.

—Sí —dice la dama Jia, arrugando los ojos con una malicia divertida—. Lo sabía. ¿Por qué si no iba Yucun a andar rondando por aquí a todas horas? Pero sacarlo a la luz no habría servido más que para provocar un gran escándalo. Hace tiempo que descubrí que a veces es mejor no airear todo lo que se sabe. —Su rostro se oscurece—. También sabía que Baoyu y Daiyu tenían un romance, antes de que tú me lo contaras.

Esta vez, Baochai no puede reprimir un gemido y la mira, incapaz de controlar su conmoción.

–Sí, supe que Daiyu nos daría problemas desde el día en que llegó a esta casa. Sentí que había algo entre los dos, pero quise dejarlo pasar. Al fin y al cabo, mientras nadie más lo supiera, ¿a quién hacían daño? Pensé que Baoyu se cansaría de la muchacha y se le quitarían las ganas de casarse con ella. Pero luego, cuando lo descubriste y viniste a contármelo, me vi obligada a hacer algo, es evidente. Como estabas prometida a él, por respeto a ti y a los sentimientos de tu madre, no podía seguir ignorándolo. Además, me dijiste que le había dado el jade, algo que jamás se me hubiera pasado por la cabeza...

Baochai permanece completamente inmóvil. La dama Jia lo supo desde el principio y no hizo nada. Fueron sus quejas las que destruyeron a Daiyu. Recuerda cómo lo hizo movida por su mojigata indignación, como si fuera su deber informar a la Anciana Dama del terrible quebrantamiento de los valores tradicionales, cuando la verdad era que la mujer no esperaba que nadie respetase tales normas. Ahora se pregunta qué habría sucedido si no hubiera abierto la boca. Tal vez Daiyu estaría felizmente casada con Baoyu y ella, con otra persona. Quizá las dos seguirían siendo amigas.

La dama Jia empieza a hablar de Daiyu:

–Era egoísta, como Min, siempre pensando en ella y nunca en la familia. De siempre, los padres han concertado los matrimonios de sus hijos, pero ella no, Daiyu quería elegir a su marido ella sola. Siempre tenía que ser una excepción... –Mientras la dama Jia habla de su nieta, Baochai piensa que se podría decir lo mismo de Baoyu. Esa misma negativa a aceptar el éxito y la comodidad que tanto anhelan los demás es lo que ha provocado que se escape.

La Anciana Dama mira a los ojos a Baochai.

–Supe qué tipo de persona eres cuando me contaste lo que Baoyu y ella se traían entre manos. No rehuiste tu deber. No te lo impidieron sentimentalismos banales. Por eso te elegí hace años para casarte con Baoyu. Eres como yo, y quería que fueras tú, no Xifeng ni Daiyu, la encargada de dirigir la familia cuando yo ya no esté.

Baochai quiere resistirse a las palabras de la dama Jia, pero una parte de ella tiene que admitir que son ciertas. Compara a Xifeng con la anciana. Tenía a Xifeng por una persona dura y sin corazón, debido a cómo trataba a los sirvientes, pero al volver la vista atrás ve que puso en riesgo su posición por las tres personas a las que amaba: Yucun, Qiaojie y Ping'er. En contraste, la dama Jia se jactaba de haber consentido, en diversas épocas, a Xifeng, a Baoyu y a ella misma. En realidad, la Anciana Dama favorecía a cada persona solo mientras fuera útil para la familia: mimó a Baoyu porque era probable que aprobara los exámenes; su amabilidad con Xifeng duró mientras esta cumplió con la administración de la casa de un modo ejemplar; luego fue la primera en sugerir que Lian se buscara una segunda esposa cuando Xifeng no pudo darle un hijo... Por último, la Anciana Dama la eligió a ella para casarse con Baoyu debido al poder y la riqueza de los Xue, y porque pensaba que sería apta para sucederla como matriarca. A pesar de todos sus regalitos y cumplidos, la dama Jia es fría; solo la mueve el pragmatismo, nunca los sentimientos personales. Dado que sus intereses siempre se centraron en el progreso de la familia, comprendió que aquello que era mejor para el clan también aseguraba su propio bienestar y su seguridad.

En cuanto a ella misma, ¿de verdad se parece a la dama Jia? Pensaba que Daiyu era su mejor amiga, pero luego, al contrario que Xifeng, traicionó su amistad para asegurar que su matrimonio prosperase. Se casó con Baoyu sabiendo que él amaba a otra mujer. Quizá la Anciana Dama tenga razón. Al fin y al cabo, tal vez sea ella su auténtica heredera. Sus ojos se posan en su vientre, que ya crece bajo la cintura de su vestido, y se acuerda de Baoyu. Quizá, piensa con amargura, no es más

que la víctima de un amor no correspondido, que se casó con Baoyu porque lo amaba aunque él no correspondiera a sus sentimientos. Eso la hace sentirse más idiota que Daiyu o Xifeng.

Baochai se sienta en el *kang* de la habitación que compartió con Baoyu, agotada tras la jornada de viaje hasta el cementerio familiar para el entierro de Xifeng. Tiene un chalequito a medio terminar en el regazo, pero se encuentra demasiado cansada y desanimada para coser.

Oye ruido de pasos apresurados al otro lado de la cortina de la puerta y a continuación Zheng entra en su cuarto. Consciente de que su suegro jamás se presentaría de ese modo a no ser que traiga noticias, Baochai se incorpora de un salto y exclama:

–¿Habéis tenido noticias de Baoyu?

–Sí. ¿Cómo lo has sabido?

Baochai se fija en el aspecto sombrío del rostro de Zheng y siente un escalofrío de pánico.

–Está muerto, ¿verdad?

–No, no. –Zheng sacude la cabeza en un gesto tranquilizador–. ¿Qué te hace pensar eso? De hecho, traigo buenas noticias.

–¿Cuáles son?

–Hoy han salido los resultados de los exámenes.

–¿Y ha aprobado?

–Sí...

–¡Gracias al cielo! –Baochai da una palmadita. Por un momento, el dolor por la desaparición de su marido disminuye, sustituido por una sensación de triunfo y alivio.

–De hecho –añade tío Zheng–, ha aprobado con una de las mejores notas. –Sonríe–. El tercero de trescientos sesenta candidatos, nada menos. Huan no ha aprobado, pero eso ya me lo esperaba.

–¡Es magnífico! –Baochai casi no puede creérselo. Por fin, Baoyu ha demostrado lo excepcional y talentoso que es en realidad. Por fin ha compensado de algún modo toda la atención y amor que la familia le ha dedicado–. ¡El tercero! ¡Es maravilloso!

A Baochai le sorprende que tío Zheng todavía mantenga un semblante serio, a pesar de las magníficas noticias.

–¿Qué sucede, tío? ¿No estás contento?

–Te olvidas de que todavía no lo hemos encontrado.

Baochai ríe.

–Seguro que ahora, cuando descubra que ha aprobado entre los primeros, vuelve y se deja ver.

Zheng la mira un poco extrañado.

–¿De verdad piensas que va a aparecer de repente y a presentarse aquí, como si fuera un niño jugando al escondite? El motivo por el que todas nuestras pesquisas no han dado resultado es que Baoyu no quiere que lo encontremos.

–Pero seguro que ahora que ha demostrado a todo el mundo lo talentoso que es, ahora que ha logrado todo aquello por lo que tanto ha luchado, volverá. Simplemente reaparecerá, y luego quizá conseguirá un alto cargo, y el respeto de todos, y...

La boca de tío Zheng se tuerce en una sonrisa amarga.

–Actúas como si Baoyu fuera igual que los demás.

Baochai está sorprendida e irritada ante el pesimismo de su tío.

–Bueno, pienso que todo el mundo, incluso Baoyu, prefiere el éxito al fracaso y los halagos a las críticas, por muchas ínfulas que se dé.

–Entonces ¿por qué no estudió antes? Seguramente sabía que era lo bastante listo como para aprobar sin muchas dificultades.

Baochai se encoge de hombros.

–Era demasiado vago, supongo.

–En tal caso, ¿qué hizo que dejara de ser un vago y que le entraran ganas de estudiar tanto al final?

Por algún motivo, el insistente interrogatorio de tío Zheng hace que las lágrimas asomen a los ojos de Baochai. Pestañea para quitárselas, sopesando la última pregunta, intentando adivinar los motivos de Baoyu.

–No estoy segura del todo –responde finalmente–. Me parecía que estaba haciéndose mayor para ese comportamiento extraño e infantil que tenía. Pensaba que el paso por la cárcel lo había cambiado. Supongo que, cuando vio la desesperada situación de la familia tras la confiscación de los bienes, se dio cuenta de que no podía eludir sus obligaciones por más tiempo.

–En parte fue por eso, creo. Pero en realidad estaba engañándonos y era el mismo Baoyu de siempre. ¿Es que no lo ves? No se esforzó con los estudios cuando tenía todo por ganar, ni siquiera cuando lo azotaba para que estudiase. –Tío Zheng meneaba la cabeza, como si todavía estuviera intentando encontrarle un sentido a lo sucedido–. No, creo que al final estudió duro solo porque ya sabía que se iba a marchar, y quería compensarnos de algún modo. Así era él: jamás actuó guiado por el pragmatismo, sino por los sentimientos...

–Tío, ¿estás diciendo que Baoyu tenía decidido escaparse desde hacía tiempo? –pregunta Baochai, sorprendida.

–Sí.

El dolor le impide seguir hablando. Su mente se dedica a repasar el tiempo que pasó con Baoyu. ¿Puede ser que su vida sexual, que ella se tomaba como una muestra de intimidad, fuera simplemente un intento de Baoyu por cumplir con su deber y dejarla embarazada antes de marcharse? ¿Se casó con ella siendo consciente de que un día se marcharía? Baochai siente un arrebató de ira como nunca antes ha tenido. ¿Acaso no pensó Baoyu lo terrible que eso sería para ella? ¿Creía que no tenía sentimientos? Al mismo tiempo, se siente tan humillada que decide no contarle a nadie, ni siquiera a su madre, lo que acaba de sugerir tío Zheng. Consigue terminar la conversación con calma hasta que tío Zheng se va. Cuando su madre entra, ya ha recobrado la suficiente compostura como para fingir que está encantada con el resultado de los exámenes de Baoyu.

SÉPTIMA PARTE



Tercer mes, 1736

La cítara decorada, sin motivo alguno, tiene
cincuenta cuerdas.
Una cuerda, un traste por cada año glorioso.
El maestro Zhuang, en su sueño de la mañana, es
hechizado por una mariposa,
el emperador Wang entregó su corazón de primavera
a un cuco.
En el vasto océano, bajo una luna reluciente, las
perlas derraman lágrimas.
En la montaña añil, con el calor del sol, el jade
emana vaho.
Esta sensación, si pudiera esperar, se convertiría en
un recuerdo pasajero.
Solo, en ese momento, ya estaba desconcertado.

LI SHANGYIN, *La cítara decorada*

Baochai ocupa la antigua silla de la dama Jia, presidiendo la mesa del desayuno, mientras el resto de la familia toma asiento. En pie, a su lado, Otoño –la esposa de Lian– sirve las gachas de arroz, y Hushi, la mujer de Huan, reparte los tazones humeantes. El grupo reunido alrededor de la mesa es tan numeroso y animado como en el pasado, durante su juventud. Sin embargo, al mirar a su alrededor mientras agarra sus palillos, le sorprende lo distintas que son las caras. Su suegro, tío Zheng, sentado a su izquierda, tiene casi el mismo aspecto que antes, pero su pelo está más canoso y su panza es más prominente. El otro extremo de la mesa, donde antes se sentaban Daiyu y las Dos Primaveras, lo ocupan ahora Lian y Huan con sus hijos, atendidos por un grupo de amas y nodrizas. Zheng concertó el matrimonio de Huan con Hushi hace ya ocho años, después de que aprobara los exámenes. Ahora tienen dos vástagos, un varón y una niña. Un año después de la muerte de Xifeng, Lian encontró a su antigua doncella, Otoño, al servicio de la condesa de Xiping. La compró y se la quedó como concubina, ascendiéndola a primera esposa cuando le dio una hija y dos hijos varones.

Lian, sonriendo a Baochai desde el otro lado de la mesa, dice:

–Prima, nos estábamos preguntando si podríamos contratar a otra ama para los chicos. Cuidarlos está agotando a Otoño.

–Por supuesto –dice Baochai–. ¿Os aumento la asignación en dos taeles al mes?

–Eso será más que suficiente –dice Lian, agradecido.

Otoño interviene:

–Asegúrate de dármelos a mí y no a Lian. Cada penique que cae en sus manos se lo gasta en juego y bebida.

Lian se vuelve hacia su mujer.

–¿Quieres callarte?

–¿Y por qué debería hacerlo? Solo he dicho la verdad.

–Vaya, ¿así que soy el único que juega aquí? ¿Y qué hay de ti?

Los dos suelen enzarzarse en este tipo de riñas, sin inmutarse por la presencia de los demás. Esto siempre incomoda a Baochai, no solo por sus evidentes desavenencias, sino también por los detalles privados que cada uno le echa en cara al otro. Extrañamente, a pesar de sus peleas, parecen una pareja muy unida. Lian se muestra mucho más cariñoso con Otoño que lo que fue con Xifeng o Ping'er y, al menos que Baochai sepa, nunca ha mencionado que desee buscar otra concubina.

Quizá para cambiar de tema, Zheng se dirige a Baochai:

–¿Dijiste que Tanchun vendría hoy a visitarnos?

–No –responde Baochai–. Tenía pensado hacerlo, pero su hija no se encuentra bien. Ha mandado un mensaje diciendo que vendrá mañana por la tarde.

–Bien. Volveré pronto del ministerio para verla –dice Zheng, levantándose para marcharse.

–¿Mañana? –dice Huan, incorporándose como su padre–. Intentaré volver antes yo también.

Desde la muerte de la dama Jia, hace dos años, todas las pequeñas rivalidades que en el pasado dividieron la casa se han desvanecido, y Tanchun y Huan ahora se tratan con cariño. Quizá la desaparición de Baoyu también hizo que creciera el aprecio de Tanchun por el único hermano que le quedaba. Baochai siempre ha dado gracias por el hecho de que Tanchun viva lo bastante cerca como

para visitarlos con frecuencia. Cuando tío Zheng decidió que había llegado el momento de buscarle un marido, rechazó una ventajosa oferta de un funcionario de Chang'an a favor de una propuesta más modesta de una familia de la Capital. La Anciana Dama se opuso con denuedo, pero Baochai supuso que tío Zheng no quería separarse de su única hija.

—¿Va a venir Xichun del convento, también? —pregunta tío Zheng.

—Dijo que nos visitaría cuando la abadesa le diera permiso, pero no sé cuándo será eso.

Al mencionar a Xichun, Baochai advierte que Lian frunce el ceño. Xichun hacía años que rogaba que le dejaran afeitarse la cabeza y tomar los votos como monja budista. Aunque tío Zheng llevaba siete años posponiendo la búsqueda de un marido para ella, no aceptó que ingresara en el convento hasta hace un año, cuando la dama Jia ya no estaba para oponerse. Xichun se desprendió de todas sus posesiones y se instaló en el convento de la Luna en el Agua. A Baochai le parece que está bastante contenta, pero Lian nunca ha aceptado la elección de su medio hermana.

Tío Zheng y Huan recogen sus papeles y se preparan para salir hacia sus ministerios. Huan, en particular, alisa su traje de funcionario y ordena sus documentos con aire de importancia. Al contemplarlos, Baochai se llena de orgullo. ¡Dos generaciones de Jia en el funcionariado!, piensa triunfante. ¡Qué orgulloso debe de estar tío Zheng por poder acudir a la corte acompañado de su hijo! Nadie puede decir que la familia Jia no sea ahora próspera. Se le ocurre que si Baoyu hubiera vuelto habría tres varones Jia en la burocracia. La idea le hace sentirse un poco melancólica, pero aun así no le duele. Hace tanto que se marchó Baoyu que ya casi no le parece real.

Mientras Hushi se despide de Huan, Baochai se acerca a su suegro.

—¿Y tu madre? ¿La señora Xue vendrá hoy? —pregunta tío Zheng.

—No, dijo que se pasaría mañana, cuando esté Tanchun —responde ella. Esta es la gran fuente de tristeza en su vida: después de todo lo que pasaron juntas, su madre decidió irse a vivir con Pan. Baochai sabe que su madre tiene buenos motivos para ello. Jingui tardó dos años en quedarse embarazada, y entretanto Pan adquirió una concubina. Finalmente Jingui dio a luz a una niña, mientras que la concubina le dio dos varones que ahora tienen seis y cinco años. Ni Jingui ni la concubina prestaban la menor atención a los niños, y ninguna de las sirvientas era capaz de evitar que se estuvieran volviendo unos salvajes. Finalmente, Pan le pidió a la señora Xue que se fuera a vivir con ellos para ayudarle a educar bien a los críos. Su madre no estaba dispuesta a abandonar a Baochai. Sin embargo, resultó evidente que tenía más sentido que se trasladara a casa de Pan. Sus nietos la necesitaban, mientras que en Rongguo no tenía mucho que hacer. Baochai la echa de menos terriblemente. Su madre viene a visitarla, a veces acompañada por Pan, una o dos veces a la semana, pero aun así no es lo mismo que vivir con ella.

Baochai se fija en un punto desgastado en la manga de tío Zheng.

—Este traje está un poco viejo. Será mejor que te haga uno nuevo.

—Está bien.

—Está algo nublado. No te olvides el paraguas.

Sin Baoyu, y sin un hijo propio, Zheng es el único que le queda por quien preocuparse.



Después de recoger la mesa del desayuno, Baochai siempre pasa dos horas enseñando a sus dos sobrinos mayores a leer el *Clásico de los tres caracteres*. Con un niño a cada lado, recorre con su dedo índice las letras y lee las series infinitas de aforismos rimados de tres caracteres. «Si no enseñas, la naturaleza te desdeña. Para la enseñanza vital, la concentración es fundamental...» El hijo de Lian se limita a fingir que escucha mientras juega con la colorida borla que usa de marcapáginas. El vástago de Huan es un poco más atento, y es capaz de reconocer algunos de los caracteres más comunes.

A veces, cuando les está dando clases, se imagina cómo sería tener a sus propios hijos en su regazo. Sufrió un aborto en el séptimo mes de su embarazo. Su hijo –pues fue capaz de saber que habría sido un varón– tendría ahora doce años. Se imagina cómo sería: con la gracia y los hermosos rasgos de Baoyu, y la rectitud y paciencia de su madre. Cuando perdió al bebé, sintió que su vida se había acabado y que, sin marido ni hijo, no le quedaba ninguna fuente de felicidad ni esperanza. Pero entonces la Anciana Dama sufrió un ataque y pasó a precisar una atención total. Tanchun estaba prometida, y había que atender a los detalles de su ajuar y su boda. Las exigencias de la administración del hogar secaron las lágrimas de Baochai y la obligaron a salir de la cama. La salvaron de la desesperación y dieron un sentido a su vida.

Tras las lecciones de los chicos, Baochai suele disponer de una o dos horas para ella antes del almuerzo. Se dirige al Jardín con su cesta de coser. Enfilando el sendero que rodea el pie de la montaña, camina hasta el lago. Unos cuantos años después de la desaparición de Baoyu, cuando ya habían perdido la esperanza de que volviera, tío Zheng contrató a varios jardineros para que limpiaran el Jardín, que llevaba largo tiempo descuidado. Aunque parecía una extravagancia, a Baochai le agradó. Mientras el Jardín estuvo infestado de zarzas y cardos, sintió que le habían amputado ese período de su infancia, como si fuera un sendero que ya no podía tomar, ni siquiera en el recuerdo. Ahora, aunque hace mucho que los viejos aposentos que compartió con Daiyu están deteriorados, los retoños de melocotoneros y ciruelos se arquean como nubes de peluche sobre el paseo por la orilla.

Llega al puente de los nueve giros y cruza al pabellón en mitad del lago. Es un día ventoso, y se acurruca en un rincón abrigado para coser. Está bordando una funda de almohada para su suegro. Cose despacio, dando cada puntada con precisión, disfrutando al ver cómo el largo hilo se desliza por la tela. Pasados unos minutos, un sonido de risas y gritos la distrae. Deja a un lado su labor y se dirige a la barandilla del pabellón. Libres de sus clases, los niños están en la orilla cerca de la pérgola rosa, volando cometas. Hay un cangrejo rojo, una dama bonita y un ciempiés verde y dorado. Una mariposa, atrapada en una corriente de aire, sale disparada hacia el cielo. De repente, un sentimiento de nostalgia por Daiyu la inunda.

Epílogo

Bajo el resplandeciente sol del mediodía, un monje alto vestido con andrajos camina de puesto en puesto pidiendo comida. Abriéndose paso entre la multitud de clientes, muestra su plato de limosna, pulido por el uso, con la cabeza gacha. La mayoría de los vendedores no le hacen caso. Uno incluso le llama zángano inútil y tira el plato de su mano. Él se agacha y lo recoge, sin mudar su gesto.

Otro de los vendedores le da medio plato de arroz y unos trocitos de tofu chamuscado. Cuando se lanza a comer a la sombra de una pared, ve dos leones de piedra al final de la calle. Un recuerdo fugaz, como un ratón correteando por el techo. Hace un esfuerzo por bajar la vista, limpiándose las manos en la ropa. Sin levantar los ojos, sopla la comida y se la lleva a la boca con los dedos. Lleva años deambulando al azar como una hoja arrastrada por el viento, sin saber en qué dirección viaja ni los nombres de las ciudades por las que pasa.

Cerca de allí, dos niños juegan con unas canicas. La luz del sol cae sobre una piedra redonda, provocando un destello blanquecino. El monje se lleva la mano a la garganta, donde estuvo el jade en el pasado, y de repente está de vuelta en Rongguo. Recuerda despertarse cada mañana con el sonido de un goteo: el aceite de nerolí que vertía una criada en la jofaina en la que se lavaba las manos y la cara. Recuerda las largas y plácidas siestas de la tarde, tumbado junto a su madre, el roce del satén en su mejilla cuando hundía el rostro en la espalda de la mujer. Recuerda estar sentado junto a Zhu mientras el tutor insiste con *El invariable medio*, contemplando las moscas que se chocan contra las ventanas de gasa. De fuera le llegan las voces chillonas y agudas de las Dos Primaveras, y no puede dejar de revolverse inquieto. Casi se volverá loco de alegría cuando por fin pueda salir corriendo a jugar con ellas.

¿Qué habrá sido de su hermana y su prima, con quienes pasó su infancia? ¿Estarán ya casadas y con hijos? ¿Y su padre...? Aunque la Anciana Dama debe de estar muerta, seguro que su padre sigue vivo. Y Baochai; estaba embarazada cuando él se marchó. Es probable que ya sea padre. ¿Cuántos años tendrá su hijo, once, doce? Su corazón empieza a latir más deprisa. Podría recorrer la calle hasta el portón triple. No diría quién es, solo echaría un vistazo y quizá pediría información a los lacayos de la puerta. Se pone en pie.

No se mueve, mirando el juego de los niños. El antiguo pesar, del que lleva doce años intentando escapar, estruja su corazón con su amargura habitual. Él, que amó a Daiyu, fue el responsable de su muerte y sufrimiento. Él destruyó a la única persona en este mundo que lo comprendió y lo amó. Ese pensamiento fue el que lo llevó a alejarse de su hogar y el que lo espolea a seguir caminando bajo las lluvias torrenciales de primavera. El nombre de Daiyu siempre estuvo en sus labios cuando se arrojaba al suelo al anochecer, tan agotado que, incluso los primeros días, era capaz de dormirse profundamente sobre unas escaleras de piedra. Por la mañana, antes incluso de abrir los ojos, era consciente del peso de la tristeza que aplastaba su pecho. Cada día arrastraba ese peso más y más lejos, hasta que llegó a regiones donde la gente hablaba con acentos que apenas entendía.

No puede regresar. Hacerlo supondría afrontar la enormidad de su crimen, el vacío de su vida sin ella. Recoge su plato de limosna y continúa su camino.



Un destello blanco llama la atención de Daiyu en el puesto del joyero. Lleva en brazos a Adou, su hijo pequeño, y, colgada del codo, una cesta llena de verduras. Aun así, no puede evitar detenerse para echar un vistazo. Ahí está, en una caja forrada de seda, el jade de Baoyu, o algo muy parecido. Le dice a Shushu, su hija mayor, que aguante al bebé y toma la piedra. La sostiene en la mano. Posee el tamaño y la forma de un huevo de gorrión, así como el brillo atenuado y lechoso de una nube iluminada por el sol.

No es posible que sea el jade. ¿Cómo iba a haber llegado hasta Suzhou desde la Capital? Sin embargo, no quiere dejarlo, y sigue mirándolo durante largo rato, tanto que Adou se aburre y empieza a lloriquear. A su memoria regresa aquel terrible año en que perdió a su madre y a su padre y se fue a vivir a Rongguo con los parientes de su madre. Se ve de adolescente, torpe y a la vez desafiante, con los nervios tan a flor de piel que se ofendía por nimiedades. Estaba tan sola y necesitada tras la muerte de sus padres que se enamoró un poco de sus dos primos, Baochai y Baoyu.

El joyero interrumpe su ensoñación.

—Cuarenta taeles —dice—. O lo tomas o lo dejas.

Daiyu da un respingo, y devuelve el jade a su caja.

—No, gracias —dice. Toma al bebé de brazos de su hija y se abren paso entre los puestos del mercado hacia casa, pero su mente sigue ocupada con el pasado. Aunque han pasado muchos años, su rabia hacia Baoyu no ha muerto del todo. ¿La quería de verdad? ¿O solo estaba fingiendo? Aún se hace esas preguntas, pero ya no parecen acuciantes. Se echa la cesta al hombro y le dice a Shushu que no se aleje demasiado de ella en las atestadas calles.

El camino a casa las lleva cerca de las orillas del Gran Canal. Deja que Shushu corra por delante. La niña va dando saltitos por la orilla, gritando y riendo mientras señala una tortuga caimán o el reflejo plateado de un pez. Las aguas brillan indolentes a la luz del sol, tan poderosas bajo su engañosa superficie sedosa. Cada vez que pasa junto al canal, no puede evitar pensar en que le salvó la vida. Aquella última semana en la calle de las Flores, dos semanas después de la visita de Baochai, estuvo tan enferma que no fue capaz de comer o beber durante tres días.

Ganso Blanco había comprado las telas para su mortaja, pero Shiyin le gritó a su hermana: «¡No!». Se acercó al *kang* y se sentó junto a Daiyu. Luego, tomando sus manos, le dijo:

—Te oí decir cuando vino tu prima que te gustaría volver a ver Suzhou.

—Sí —balbució ella a través de su garganta cerrada.

—Entonces ¿por qué no vamos? Allí nunca estuviste así de enferma. Tal vez el clima y el aire sean mejores para ti.

—¿Cómo vamos a ir? —preguntó Daiyu, empezando a llorar de pura debilidad—. Si no puedo ni levantarme de la cama.

—Buscaremos una barca y yo te llevaré.

—No llegaré.

—Sí que llegarás. Yo te cuidaré.

—Está muy lejos, y no tenemos dinero.

—Sí que tenemos. —Zhen Shiyin se sacó algo de debajo de la manga. Con un torrente de gratitud, vio que era el colgante de Baochai.

Esa misma tarde, Shiyin arregló la venta de la herrería y reservó dos asientos en una embarcación. La llevó en brazos del muelle al barco, con su modesto equipaje colgando a sus espaldas. Daiyu

recuerda estar allí tumbada, a bordo, envuelta en mantas, contemplando el cielo frío y lejano. La primera semana, no pudo hacer otra cosa que tiritar en brazos de Shiyin. El movimiento del barco provocaba que se estremeciera entre arcadas vacías. Pero en cuanto pasaron Yangzhou, parecía que a cada milla que avanzaban hacia el sur, parte del hielo que oprimía su pecho aflojara su presión. Comenzó a comer y a beber de nuevo. Cuando el barco rodeó el gigantesco desfiladero al norte de Wuxi, se sentó apoyada en la espalda de Shiyin y vio las luces de la ciudad. En Suzhou se bajó del barco andando, apoyada en el brazo del muchacho.

Los primeros años fueron duros. Shiyin y ella gastaron el dinero que les quedaba del colgante de Baochai para casarse. Casi no recuerda nada de la boda. En lugar de eso, sí que recuerda el comienzo de su amor, aquel momento en el que sus manos se unieron en la cubierta del barco. Se habían tocado muchas veces antes, porque Shiyin llevaba mucho tiempo cuidándola, pero este contacto fue distinto, entrelazando sus dedos por debajo de la manta. Por supuesto, no se habría embarcado en ese viaje con Shiyin sin antes quererlo y confiar en él. Volviendo la vista atrás, no puede evitar comparar su apasionado enamoramiento de Baoyu con su amor por Shiyin, que creció de un modo tan natural e imperceptible como el musgo que brota a la vida en las grietas de las rocas.

Una vez casados, se instalaron en casa de una vieja vecina en la calle de la Calabaza, compartiendo habitación con otras seis personas. Shiyin trabajó largas horas de jornalero en otra herrería mientras ella luchaba por recobrar la salud. Entonces sucedió algo que les dio nuevas esperanzas y fuerzas. La ama de Ganso Blanco en la Capital, la princesa de Nan'an, decidió que su doncella era ya muy mayor para ser sirvienta y la casó. Su nuevo esposo era un mercader que tenía gran parte de sus negocios en el sur. Tres años después de que Daiyu y Shiyin se marcharan de la Capital, Ganso Blanco y su marido se presentaron en Suzhou. Cuando Shiyin y ella por fin pudieron permitirse una casa propia, Ganso Blanco y su marido se mudaron a la misma calle.

El camino se aparta ahora del canal. Hay que subir una última cuesta antes de llegar a casa. Le dice a Shushu que devuelva al agua la rana que ha capturado. Mientras espera a que su hija la alcance, intenta imaginar qué estarán haciendo Baoyu y Baochai. Seguro que Baoyu ya ha llegado lejos en el funcionariado. Quién sabe, tal vez esté en el Ministerio de Obras Públicas, como su padre. Se imagina a Baochai contemplando a sus hijos mientras juegan en el Jardín. Se imagina a niñas rollizas y sosegadas como su madre, y a niños altos y grandes como su padre. La imagen le hace sonreír.

Shushu llega jadeando por la cuesta detrás de ella, su cara colorada de tanto correr. Ve que Daiyu se cansa del peso del bebé, y toma a Adou en brazos. Se lo sube a los hombros, y el pequeño empieza a reír y a balbucear.

—¿Por qué te quedaste tanto tiempo mirando ese jade? —pregunta Shushu. A Daiyu le recuerda a sí misma de niña, con sus cejas serias y su cara fina—. ¿Era ese el jade? ¿El jade del tío Baoyu?

Daiyu la mira fijamente. Ya ha olvidado que una vez, cuando Shushu estaba nerviosa y no se podía dormir, le contó a su hija la historia del chico que nació con un jade en la boca. Sonríe y acaricia el pelo de Shushu.

—No. —Menea la cabeza—. Se parecía, pero creo que no era ese.

—Cuéntame otra vez lo de cuando te fuiste a vivir con los Jia en la Capital... —empieza a decir Shushu, y luego se interrumpe—. ¡Escucha! ¡Es el martillo de papi!

Daiyu oye también el ruido del martillo de Shiyin golpeando la forja. Escucha las notas plateadas, firmes y puras.

Shushu sale disparada con Adou rebotando y riendo sobre los hombros. Daiyu sube con dificultad los últimos pasos de la pendiente. Le cuesta respirar; sus pulmones no han recobrado toda su fuerza desde su enfermedad. Ya solo queda una manzana hasta casa. Piensa en ver a Shiyin, y echa a correr.

Nota de la autora

Es probable que los amantes de la novela original se sientan horrorizados por la manera en que he retocado, truncado y eliminado tanto los personajes como el argumento para crear una obra cohesionada y más condensada. Al mismo tiempo, muchos de mis cambios estuvieron guiados por un intento de ser fiel al significado más profundo de la novela y su contexto.

En primer lugar, si bien el final original de Cao se perdió, los *Zhiyan Zhai* –«Comentarios de la piedra de tinta roja», las anotaciones interlineales que se cree fueron escritas por un miembro de la familia de Cao en un manuscrito primitivo– ofrecen varias pistas acerca de cómo pretendía concluir la novela el autor. Estos comentarios parecen sugerir, por ejemplo, que en el final original Baoyu acaba siendo encarcelado y que Wang Xifeng recupera el jade perdido mientras barría la nieve. Aunque no aparecen en el final existente, obra de Gao E., he incluido estos hechos en *El ensueño del pabellón rojo*.

En segundo lugar, en la novela original Zhen Shiyin y Jia Yucun son en cierto sentido personajes menores que solo aparecen esporádicamente. Sin embargo, sus nombres son muy significativos, pues son pares de juegos de palabras que significan «la verdad permanece oculta» y «las palabras falsas permanecen». En *El ensueño del pabellón rojo* me valgo de sus nombres para comparar a un amante fiel, Zhen Shiyin, con uno falso, Jia Yucun.

Por último, aunque la historia nos dice que la familia de Cao Xueqin –en la que está basada la obra– sufrió degradaciones y confiscaciones de bienes tras el ascenso al poder del emperador Yongzheng, la novela que nos ha llegado se cuida mucho de ser apolítica, teniendo en cuenta que apareció en mitad de la Inquisición Literaria de Qianlong, un período durante el cual numerosos escritores fueron ejecutados a causa de los supuestos fragmentos sediciosos de sus obras. Es más, algunos estudiosos creen que el final original de la novela pudo ser eliminado debido a que contenía fragmentos que podrían haber ofendido al emperador. En *El ensueño del pabellón rojo* he incluido una trama política novelada de carácter secundario sobre la confiscación de bienes y la sucesión de Yongzheng, basada en líneas generales en la experiencia de la familia de Cao Xueqin.

Aunque he intentado basar mis descripciones –de comidas, ropas, arquitectura, fiestas, etcétera– en el texto original, muchas veces me he visto obligada a alejarme del rigor histórico en interés de la fluidez narrativa. Una de mis desviaciones más drásticas de la precisión ha sido eliminar a un gran número de sirvientes. Por ejemplo, en el tercer capítulo de la novela original nos enteramos de que Daiyu, al igual que Baoyu y las otras chicas de la mansión, va a tener a su cargo a cinco amas, dos sirvientas personales y cinco o seis doncellas para su casa. Sin embargo, la presencia de tantos criados habría dificultado, llegado cierto punto, las conversaciones privadas que tan importantes son para el desarrollo de las relaciones entre los personajes.



Un comentario sobre el vendaje de los pies. Si bien las mujeres de la aristocracia china

continuaban vendándose los pies durante la dinastía Qing, las mujeres manchúes ya no lo hacían. Siguiendo a David Hawkes, el eminente traductor al inglés de la novela original, creo que las mujeres de la familia Jia, en su condición de siervos imperiales con fuertes conexiones culturales con los manchúes, no se vendaban los pies, y por eso podían disfrutar de actividades tales como pasear por el Jardín y hacer volar cometas.

Agradecimientos

Mi más profunda gratitud para Leo y Somiya, el sol y la luna, por su alegría e inspiración diarias; y a papá, Janet y Stanley, por su amor y fuerza.

Muchas gracias a Elyse Cheney, Sarah Rainone y Jordan Pavlin, cuyas opiniones me ayudaron a comprender mi visión; especialmente a Elyse, por ser tan intransigente con la calidad del libro. Gracias también a Leslie Levine y Hannah Elnan por su inagotable paciencia y profesionalidad a lo largo del proceso. A Sarah Stoll, Qiusha Ma, Sarah Kovner, Howard Huang y Bill Petersen por los años de amistad y apoyo; a Jen Shults y Martha Ferrazza, por hacer de Oberlin mi hogar; y a Ben Howe por sacarme a flote con sus ánimos y consejos cuando me estaba hundiendo. A Andrew Plaks y Yu-Kung Kao por compartir conmigo su amor y sus conocimientos sobre la literatura china. Al Oberlin College por las becas de viaje y el uso de su biblioteca. Por su ayuda incalculable y sus consejos en distintas fases del manuscrito, doy gracias a Gillian MacKenzie, Claire Messud, Ursula Hegi, Murad Kalam, Tom Downey, Mingmei Yip, Elizabeth Elrod, Sonja Boos, Jeff Bartos, Gary Lowitt, Shannon Jones, Oliver Schirokauer y Laura Bentz. Gracias también al doctor Peter E. Schwartz por ayudarme a tener una segunda oportunidad, y a los doctores Shohreh Shahabi y Mert Ozan Bahtiyar y a las enfermeras del 9W del Hospital de Yale-New Haven por estar ahí en las silenciosas guardias nocturnas.



Aunque he trabajado con el texto original de Cao Xueqin, la deuda que tengo con la traducción al inglés de David Hawkes y John Minford, *The Story of the Stone* (Londres: Penguin, 1973), es inmensa. En particular, el colosal esfuerzo de David Hawkes por contextualizar la novela, buscar equivalentes ingleses para los términos difíciles y dar forma e interpretar la novela durante el proceso de traducción ha sido una fuente inagotable de inspiración.

Las traducciones de los acertijos de las lámparas de Tanchun y Baochai, en el capítulo cuarto de la segunda parte, y del acertijo de la lámpara de Daiyu, en el quinto de esa misma parte, están tomadas de *The Story of the Stone*, así como la definición de «esposa de bambú». Además, las traducciones de las inscripciones en el vestíbulo, del capítulo segundo de la primera parte, y del verso de Zhuangzi, en el capítulo segundo de la quinta parte, son también de *The Story of the Stone*.

Estos fragmentos también toman prestadas expresiones de la traducción de Hawkes y Minford: el uso de la expresión «gusano en busca de honorarios» y la descripción del jade en el capítulo once de la primera parte; la descripción, en la primera parte, de las ropas de Baoyu (capítulo cuatro) y de sus aposentos (capítulo once); la terminología legal usada en el caso de Pan en los capítulos seis y siete de la primera parte; las palabras de Plata en el cuarto; la descripción de los regalos de Pan en el capítulo segundo de la segunda parte; el dicho sobre el ciempiés en el tercero; la descripción de los faroles en el cuarto; los diagnósticos médicos en el quinto y el octavo; los comentarios de Baochai sobre la muerte de Plata en el capítulo cuarto de la tercera parte; la discusión entre Baochai y Baoyu

sobre el «corazón de niño» en el tercer capítulo de la sexta parte y la descripción de los preparativos del funeral de Xifeng en el sexto de esa misma parte. Las traducciones de los poemas que abren cada parte del libro son más, así como la traducción de la cita de Mencio en el capítulo cinco de la primera parte.

Glosario

Baiyao: Remedio tradicional de la medicina china para el tratamiento de heridas y contusiones.

Bandera Blanca: Uno de los ocho estandartes bajo los que se agrupaban los distintos clanes manchúes.

Banlangen: Raíz de *Isatis indigotica*, hierba usada en la medicina tradicional china.

Blanco dulce (en chino, *tianbai*): Color blanco de tonalidad mate utilizado en la porcelana china.

Caizhiaren: Género de novela romántica típico de la literatura china que presenta una pareja estereotipada de amantes, formada por un varón estudioso y una mujer hermosa.

Cejas de Patriarca: Variedad de té originaria de la provincia de Hunan, elaborado con brotes tiernos. Sus hojas tienen cierta semejanza con las cejas.

Celadón: Tipo de cerámica de color verdoso propio de China.

Chaquetas Bordadas: Guardia secreta y política de los emperadores de la dinastía Ming. Fundada en 1368, su nombre (*Jin-yiwei*) hace referencia a sus uniformes amarillos, que llevaban una tablilla bordada en el pecho.

Clásico de los tres caracteres: Texto clásico chino compuesto en el siglo XIII. Reúne máximas confucianas redactadas en coplas de tres palabras, y es muy utilizado para enseñar a los niños a memorizar los caracteres de la escritura china.

Cuatro Libros: Textos de literatura clásica china seleccionados y comentados por Zhu Xi en la dinastía Song como textos de introducción al confucianismo. Su estudio era fundamental para los exámenes imperiales. Los cuatro libros son *Analectas de Confucio*, *Mencio*, *Gran estudio* y *El invariable medio*.

Dama bonita: Cometa tradicional china con forma de mujer.

Día de Barrer las Tumbas: *Qingming*, festividad celebrada a principios de abril en la que se recuerda a los antepasados acudiendo a los cementerios para limpiar sus tumbas y realizar ofrendas. También es costumbre volar cometas ese día.

Ensayo en ocho partes: Ensayo dividido en ocho partes y formulado sobre unas rígidas estructuras que debían dominar los candidatos que se presentaban a los exámenes imperiales.

Exámenes imperiales: Sistema de oposiciones para seleccionar a los candidatos a funcionario que

tuvo vigencia en la China imperial desde el año 606 hasta 1905. Era el método más rápido de ascenso social para las clases cultas. El grado más alto que se podía alcanzar era el de graduado de Palacio.

Fiesta de los Faroles: Festividad celebrada el decimoquinto día del primer mes del calendario chino en la que es costumbre encender faroles y pegar en ellos acertijos.

Fiesta del Barco-Dragón: Fiesta *Duan Wu*, celebrada el quinto día de la quinta luna. Se cuenta que en esa fecha se suicidó el gran poeta Qu Yuan arrojándose al río Miluo. Una competición de barcas con forma de dragón simboliza el rescate del cadáver del poeta.

Ginkgo: *Ginkgo biloba*, árbol originario de China cuyos frutos y hojas se utilizan en la medicina tradicional.

Guanyin: Diosa de la misericordia en el panteón budista. Es la deidad budista más popular en China.

Guixiu: «Belleza de los cuartos interiores», término eufemístico empleado para referirse a la palabra «niña».

Huanglian: Raíz de *Coptis chinensis*, una de las cincuenta hierbas fundamentales de la medicina tradicional china.

Huangqin: Raíz de *Scutellaria baicalensis*, otra de las cincuenta hierbas fundamentales.

Jiejie: Hermana mayor.

Jin: Unidad de peso equivalente a unos quinientos gramos.

Kang: Lecho de ladrillos que se calentaba por debajo durante el invierno mediante algún tipo de estufa. Ocupaba todo el ancho de la habitación y se situaba bajo las ventanas.

Koutou: Saludo de homenaje que se realiza postrándose de rodillas, de manera que la frente toca el suelo.

Li: Unidad de medida equivalente aproximadamente a quinientos metros.

Li Qingzhao (1083-c.1151): Poetisa china que vivió durante la dinastía Song.

Li Shangyin (c.813-858): Poeta chino de la dinastía Tang. Su obra se caracteriza por la ambigüedad y por una técnica muy elaborada.

Li Yu (937-978): Soberano de la dinastía Tang del sur. Compuso poemas cantados.

Liangxin: Sentido de la decencia.

Longkui: *Solanum nigrum* o hierba mora, planta muy utilizada en la medicina tradicional china.

Mantou: Panecillos chinos cocinados al vapor.

Nombre de leche: El que las familias chinas asignan al bebé nada más nacer, distinto al nombre oficial, que se le pondrá más adelante.

Pipa: Instrumento chino de cuerda semejante al laúd.

Polvo rojo: Metáfora usada en el budismo para referirse al mundo material, en contraposición con el mundo de la iluminación.

Pu Songling (1640-1715): Escritor de la dinastía Qing. Autor de la famosa obra *Cuentos fantásticos del estudio del charlatán*, recopilación de historias sobre diversos demonios con forma de zorro, una de las obras cumbre de la literatura china.

Qi (pronúnciese «chi»): Flujo vital de energía. En la cultura tradicional china es un principio activo que forma parte de todo ser vivo. La interrupción de su libre flujo en el organismo es la base de trastornos físicos y psicológicos.

Qin: Instrumento musical tradicional chino de siete cuerdas, de la familia de la cítara.

Qinglou: «Casa Verde», burdeles donde actuaban artistas.

Qu Yuan (340 a. C.-278 a. C.): Político y poeta chino del sur del estado de Chu durante el período de los Reinos Combatientes. Tras caer en desgracia, se suicidó arrojándose al río Miluo. Este hecho se conmemora en la Fiesta del Barco-Dragón.

Reyes sabios: Soberanos legendarios que la mitología china considera como los primeros monarcas de su historia. Entre ellos destacaron el Emperador Amarillo, Yao y Shun.

Samshoo: Vino.

Suona: Instrumento de viento originario de China, semejante al clarinete.

Sutra: Escrito que recoge los discursos y enseñanzas de Buda.

Tael: Antigua moneda china de plata.

Tansu: Mueble con compartimentos, originalmente transportable.

Ume: *Prunus mume*, árbol conocido también como ciruelo chino. Sus flores son un motivo decorativo recurrente en la tradición artística del Lejano Oriente.

Vigilias: En la antigua China, la noche se dividía en cinco vigilias. La primera vigilia va desde las

siete de la tarde hasta las nueve de la noche; la segunda, desde las nueve hasta las once; la tercera, desde las once hasta la una de la madrugada; la cuarta, desde la una hasta las tres; y la quinta, desde las tres hasta las cinco.

Wei Zhuang (836-910): Poeta chino de la dinastía Tang.

Xifu: Nuera, hija política.

Yamen: En el Imperio chino, residencia burocrática desde la que el gobernador administraba una ciudad o región.

Yan Ying (siglo VI a. C.): Político y filósofo de la antigua China. Sus enseñanzas morales en forma de fábulas se recogen en el libro *Los anales de Yanzi*.

Zhizi: Extracto de gardenia empleado en la medicina tradicional china.

Zhuangzi (369-290 a. C.): Filósofo de la antigua China, considerado el segundo pensador taoísta más importante.

Zongzi: Plato típico de la cocina china consistente en hojas de bambú rellenas de arroz.

Título original: *THE RED CHAMBER*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez con imagen de Shutterstock

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

© Pauline A. Chen, 2012

© de la traducción, Álvaro Abella Villar, 2014

© Maeva Ediciones, 2014

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 9788415893783

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.